
Cuando lloren las nubes
Tierras altas 5
Josephine Lys

Cuando lloren las nubes

Tierras altas 5



Josephine Lys

© 2025, Tierras altas V
Cuando lloren las nubes.

© Josephine Lys
Corrección: Marta Salvador
Diseño portada y contraportada: Nune Martínez
Maquetación: Valerie Miller

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de
reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de la obra, solo podrá realizarse
con la autorización expresa de los titulares
del copyright.

Para mi madre.

Ya brillas en el firmamento, junto a las estrellas.

Te quiero infinito, mamá.

PRÓLOGO

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

XXIX

XXX

XXXI

XXXII

XXXIII

XXXIV

XXXV

XXXVI

EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
BIOGRAFÍA
SUS NOVELAS

PRÓLOGO

Escocia 1181, tierras del clan Colquhoun

Los truenos, incesantes, retumbaban en el exterior mientras los relámpagos iluminaban el interior del viejo castillo. El olor a humedad, provocado por la lluvia torrencial que anegaba cada palmo de tierra perteneciente al clan Colquhoun, impregnaba el aire, y el frío invernal calaba los huesos de aquellos que osaban estar a la intemperie a tan intempestivas horas. Todo parecería normal, si no fuera porque en la estancia principal de la fortaleza se había desatado un infierno.

Una docena de hombres de rostros desconocidos había conseguido entrar, sin resistencia, hasta el corazón del castillo con las espadas en las manos y la determinación de matar a todo aquel que se interpusiera en su camino y les impidiera llevar a cabo su misión: la de acabar con la vida de Coby Colquhoun, jefe del clan, y la de toda su familia.

No hubo palabras, no hubo misericordia, solo caos, confusión, sangre y muerte.

Los pocos guerreros Colquhoun que habían permanecido de madrugada en la estancia principal fueron tomados por sorpresa. Sus expresiones, llenas de estupor durante la lucha, por verse a merced de un puñado de guerreros desconocidos que los superaban en número, aún delataban, incluso en la muerte, la incredulidad de no entender cómo estos habían podido penetrar, sin ser descubiertos, hasta el corazón del castillo.

Meribeth, que dormía en su habitación sumida en un sueño profundo, fue arrancada de entre los brazos de Morfeo sin piedad, cuando el eco de un alarido desgarrador la despertó de golpe, acelerando su corazón.

Desubicada, con la inquietud como compañera y con sus sentidos aún mermados por el adormecimiento, saltó de la cama sin dilación, y tomó la espada que reposaba sobre el arcón a los pies de su lecho. Un arma hecha a medida para ella, más liviana, pequeña y estrecha que las que usaban los *highlander*s y que encajaba perfectamente en la palma de su mano, como si fuese parte de la misma.

En su cabeza resonó la palabra «peligro» mientras se dirigía a la puerta tan solo vestida con su camisola y la abría con determinación. Cerró en un puño su mano izquierda y tomó aire antes de enfilar el pasillo donde escuchó nuevos gritos, incomprensibles, desesperados y llenos de urgencia. El ruido del metal chocando entre sí la condujo hasta el inicio de las escaleras, las mismas que descendían hasta la estancia inferior y que le dejaron una visión clara de lo que acontecía en ella: una imagen que jamás hubiese deseado presenciar y que se cristalizó ante sus ojos haciendo que incluso sus peores pesadillas, en comparación, tomaran un cariz dulce.

Varios cuerpos estaban tirados en el suelo, en ángulos extraños, con los ojos abiertos, la mirada vidriosa y sin vida, y el rictus de sus caras veladas por el asombro y el horror. Entre ellos distinguió a Sunna Colquhoun, la esposa del *laird*.

Meribeth negó repetidamente con la cabeza como si no pudiese aceptar que una mujer tan dulce y generosa como aquella hubiese alcanzado tal fin. Sunna había sido como una segunda madre para ella, y le había ofrecido, junto a su marido Coby y sus hijos, Ronald y Crom, un hogar.

Se apoyó contra la pared cuando sus piernas flaquearon amenazando con fallarle al

contemplar cómo uno de los hombres abatía a Ronald, arrancándole con un movimiento salvaje la espada con la que le había atravesado el estómago. La sangre que manó de sus labios en una arcada y que terminó abruptamente cuando su cuerpo quedó inmóvil y sus ojos se opacaron obligó a Meribeth a llevarse una mano a la boca para no gritar y delatar su presencia. Ronald había sido un hermano para ella y ahora, con solo dieciséis años, estaba muerto.

El estómago de Meribeth se revolvió al verlo sin vida mientras contemplaba a Coby luchar con la fuerza y la furia de diez hombres para ser finalmente alcanzado en el hombro al darse cuenta de que su hijo mayor y su esposa yacían en el suelo sin vida. El rugido que brotó de su garganta fue peor que el de un animal rabioso, y Meribeth sintió en su propio pecho el dolor desgarrador y la furia ciega que emanaba de aquel sonido.

Coby le había enseñado todo lo que sabía, la acogió en el seno de su familia cuando quedó huérfana y la hizo entender que no importaba lo que los demás pensaran si ella se sentía segura y orgullosa de sí misma. Y ahora, ser testigo de cómo su interior se quebraba con un dolor tan inhumano la devastó por dentro, incitándola a dar un paso más, a bajar un par de escalones y acercarse al final del tramo que desembocaba en aquella estancia de muerte y destrucción.

Se paró en seco cuando tres de esos desconocidos, libres ya de su lucha contra los pocos guerreros Colquhoun que yacían muertos a sus pies, acorralaron al jefe del clan, que, en una desventaja numerosa y herido de muerte, resistió con coraje y determinación el envite de sus enemigos antes de que sus fuerzas lo abandonasen y su suerte quedase echada.

De esa forma, Coby cayó finalmente de rodillas cuando dos hombres más le atacaron conjuntamente, alcanzándole en el costado y provocando que la sangre manase de sus heridas de forma profusa y continua, oscureciendo su camisa y empapándola de rojo. Con la mirada dura y orgullosa, la de un jefe de clan con una fuerza, nobleza y honor que pocos igualaban, miró al frente sabiendo que su final era inminente.

Meribeth, que lo vio caer, sostuvo un grito en su garganta, ahogándolo antes de que este cobrase fuerza. Su cuerpo reaccionó, no con temor ni con miedo, sino con una furia ciega provocada por la injusticia y el horror presenciado, y que conducía a un desenlace que parecía tan irreal como que el cielo se abriera en dos para tragarse todo ahíto de vida.

Si aquel era el fin, ella no iba a permitir que la mataran sin intervenir. Moriría aquella noche, pero se llevaría a todos los que pudiera por delante.

Antes de iniciar el movimiento para bajar los escasos escalones que la separaban de la sala, la mirada de Coby la alcanzó; profunda, determinada, turbada por la inquietud y el miedo, al ser consciente de que ella estaba allí, presenciando todo. Los orbes grises de Coby se achicaron un segundo, dotando a sus ojos de una dureza como pocas veces Meribeth había visto en los mismos. El gesto de negación que el jefe del clan realizó ligeramente con su cabeza la detuvo, sobre todo cuando sus labios formaron un nombre que, mudo, Meribeth entendió a la perfección: «Crom».

Y ese nombre la sacudió de pies a cabeza, haciéndola retroceder. Sus ojos inquietos se movieron con rapidez por el resto de la sala, consciente de que la ausencia de luz, que dejaba en penumbra las escaleras, no la ocultaría de los invasores por mucho tiempo. Todo su cuerpo ansiaba la sangre de aquellos malditos sobre la hoja de su espada, pero sabía que, si era descubierta, su fin sería acabar como el resto de la familia Colquhoun, y antes de que eso sucediera, aún quedaba un miembro de la familia al que no veía sobre el suelo de aquella sala.

Observó el alivio infinito que su pequeño retroceso provocó en la mirada de Coby, y se maldijo a sí misma, conocedora de que o se centraba o la oportunidad de salvar a Crom sería nula. Había estado tan aturdida por todo lo ocurrido que no pensó en el niño hasta el instante en

que los labios de Coby dibujaron su nombre, y eso que la razón de que ella cayera deshecha de cansancio en la cama horas antes y que la familia hubiese seguido en pie hasta aquellas horas de la madrugada había sido el precario estado de salud del pequeño. De hecho, la curandera del clan les había dado pocas esperanzas de que Crom sobreviviera a la fiebre que había debilitado su salud hasta llevarlo al borde de la muerte.

Y eso la hizo mirar con atención la sala de nuevo, porque, ¿cómo estaba el cuerpo de Sunna allí si desde que Crom cayó enfermo no quiso dejar su sitio al lado del lecho de su hijo? Solo Meribeth había conseguido que Sunna se ausentase lo suficiente como para que se alimentase un poco. ¿Quizás había bajado alertada por los gritos igual que la habían despertado a ella y había dejado al niño solo en su habitación? No lo sabía, y dadas las circunstancias, eso carecía ya de importancia.

La espada que de improviso atravesó a Coby por la espalda y salió por su estómago manchando con su sangre el suelo detuvo los pensamientos de Meribeth que, apretando los dientes hasta producirle dolor, consiguió no soltar el grito desgarrador que atenazó sus entrañas con fiereza. Las ganas de vomitar ante lo que estaba presenciando se incrementaron hasta tal punto que Meribeth pensó que no podría evitarlo. Sin embargo, la bilis que tenía en la garganta quedó atrapada allí cuando, al caer el cuerpo de Coby hacia delante, descubrió a la persona que empuñaba la espada: Frang Colquhoun, el sobrino de Coby y miembro de la familia. Y entonces sí, entonces Meribeth sacudió la cabeza, negando lo que sus ojos veían, como si aquello no fuese una pesadilla, sino el puto infierno. ¿Qué sentido tenía aquello? ¿Cómo podía ser real?

Meribeth tembló tanto que su mano apenas pudo sostener su arma, mientras Frang le daba la vuelta al cuerpo de Coby que, respirando aún con dificultad, estaba cercano a exhalar su último aliento.

Un pequeño gruñido de dolor procedente de su cuerpo moribundo laceró el interior de Meribeth haciendo que las lágrimas se escaparan de sus ojos sin control.

—Por fin se ha hecho justicia. Mi padre murió por tu culpa. Y ahora tu mujer y tu hijo pagan por eso —escupió Frang Colquhoun con clara satisfacción—. He disfrutado viendo el dolor en tus ojos, tu impotencia… al no poder salvarlos.

Frang se agachó hasta que sus labios quedaron a la altura del oído de Coby cuya respiración era agitada y superficial. No le quedaba mucho tiempo de vida.

—Y aún me falta Crom —continuó, sonriendo abiertamente cuando un gruñido apenas audible salió de los labios de Coby ante la mención de su hijo menor—. Tu pequeño, el mismo que, si no muere atragantado con sus propios fluidos, delirando de fiebre, si por cualquier milagro consiguiera sobrevivir, quedará en mis manos. Voy a criarlo, hasta que consiga que te odie y te olvide —continuó entrecerrando ligeramente los ojos antes de proseguir—, o quizás no…, puede que solo lo mate lentamente, deleitándome con sus gritos de dolor cuando lo despelleje vivo.

Un brillo de felicidad, de auténtico deleite, cruzó por los ojos de Frang cuando la respiración frágil, difícil y superficial de Coby cesó. Puro regocijo por haber presenciado la agonía y el dolor que sus palabras habían provocado en los ojos de su tío, solo unos segundos antes de que este muriese.

Su venganza, ahora, era plena.

—Nosotros hemos terminado aquí —dijo de pronto uno de los intrusos.

Frang desvió sus ojos hacia el otro extremo del salón y, con un leve movimiento de cabeza, llamó la atención de alguien. Ese hombre, al que Meribeth solo pudo ver las piernas, desapareció de su campo de visión solo para volver a ser visible un instante después. Si Meribeth

pensó que nada podría asquearla, horrorizarla o asombrarla tanto como todo lo presenciado hasta ese momento esa noche, supo lo errada que estaba en el preciso momento en que su mirada se clavó en Bean Colquhoun, uno de los hombres de confianza de Coby y al que este había tratado como a un padre.

Aquello era una locura, un sinsentido del que deseaba despertar.

Movió la cabeza, negándose a creer lo que sus ojos veían: a Bean, al hombre curtido de mirada segura y bondadosa y con cicatrices en las manos, dándole una pequeña bolsa llena de joyas a los extraños, a esos a los que Meribeth no había visto jamás pero que habían llenado esa noche el salón del castillo de muerte y dolor. Y observó al intruso al que Bean había llamado Cuddle torcer la sonrisa en un arco casi imposible, antes de tomar la bolsa, hacer un gesto a sus hombres y retirarse.

También oyó la orden de Bean de que algunos hombres los acompañaran hasta el límite de las tierras para que no hubiese ningún problema. Otros traidores del clan al que Meribeth, dada su limitada visión de la sala, no pudo ponerles cara.

Sabía que tenía que salir de allí, subir de nuevo las escaleras, tomar a Crom, y escapar antes de que se percataran de su presencia, antes de que el tiempo se agotara y fuese demasiado tarde; sin embargo, las palabras de Frang volvieron a detenerla.

—Voy a subir a terminar lo que hemos empezado.

Bean frunció el ceño y su pelo castaño oscuro veteado de canas cayeron por su frente cuando giró la cabeza con demasiada fuerza al escuchar las palabras de Frang, tomando por el brazo a este cuando hizo intención de moverse, haciendo que las facciones del sobrino de Coby se endurecieran.

—¿De qué demonios estás hablando? —preguntó con voz baja y grave, arrastrando las últimas sílabas.

Frang se deshizo del agarre con un gesto airado y contundente.

—Del niño y de Meribeth McKinnon.

Bean endureció sus facciones antes de que una sola palabra saliera de su boca, seseante, rotunda.

—No.

—¿Cómo qué no? —preguntó Frang, enfrentándose a Bean, apretando la empuñadura de su espada.

—No he apoyado tu causa para que mates a niños y a mujeres —masculló, mirándolo con hostilidad—. Me dijiste que te desharías de Coby, no mencionaste nada de acabar con toda su familia. Si lo hubiese sabido no habría…

—¿No habrías qué, Bean? ¿No me habrías ayudado? ¿Estás seguro de eso? —preguntó con prepotencia—. Porque ambos sabemos que no es verdad, o es que ¿ya no recuerdas cómo Coby echó a patadas a tu hijo del clan?

Bean apretó los dientes y una de sus manos se contrajo en un puño.

—Ya me parecía a mí —susurró Frang escupiendo esas palabras a la cara del *highlander*.

Bean lo tomó nuevamente del brazo impidiéndole dar un paso cuando este hizo amago de retomar su primera intención.

—¡Suéltame, maldita sea! Si vuelves a tocarme te mato —exclamó Frang achicando los ojos y mirando a Bean como si en verdad quisiese acabar con él.

—Escúchame —siseó Bean—, te hago tanta falta como tú a mí, así que no me amenaces —continuó, señalando a Frang con un dedo—. Has matado a Coby, a su esposa y a su hijo mayor. No necesitas más. Te has cobrado tu venganza con creces. Crom está enfermo, ya

escuchaste a la curandera. No sobrevivirá —dijo mirándole fijamente a los ojos, como si así sus palabras pudiesen calar con mayor facilidad dentro de esa testarudez que caracterizaba al sobrino del jefe del clan—. La naturaleza hará el trabajo por ti, y Meribeth ni siquiera es una Colquhoun. Creo que esa chiquilla ha sufrido suficiente en esta vida para que acabe bajo el filo de tu espada.

Frang le devolvió la mirada con odio, pero Bean continuó hablando, confiando en que sus palabras calaran por fin en el sobrino de Coby.

—Ni Meribeth ni el niño saben nada; todos los que nos han visto están muertos en esta sala. Para ellos y para los miembros del clan, han sido unos desconocidos los que han entrado esta noche aquí y han asesinado a toda la familia y a los guerreros que han intentado protegerlos. Incluso el cadáver de Dougald, muerto por ayudarnos y del que todos conocían sus enfrentamientos con Coby, nos servirá para explicar cómo los invasores pudieron llegar hasta el seno del mismo castillo sin que nadie más lo supiera. Él estaba de guardia esta noche al norte del territorio —prosiguió Bean ahora hablando con mayor suavidad, como lo haría un padre con un hijo al que intenta hacerle entrar en razón—. He visto cómo miras a Meribeth. Si la matas, ya no podrá ser tuya —terminó, dejando ese argumento para el final porque conocía el deseo casi enfermizo que Frang sentía por Meribeth desde que ella era prácticamente una niña. Aunque nunca lo habló con él, Bean sabía que Coby también había sido consciente de ello siendo este el motivo fundamental por el que el jefe del clan obligó a su sobrino a mantenerse alejado de ella. Una decisión que incrementó aún más la inquina que Frang le tenía a su tío, sintiendo siempre que Coby anteponía a Meribeth, alguien que no era de su familia, ni siquiera un miembro legítimo del clan, por encima de su propia sangre, del hijo de su hermano, el mismo que llevaba pudriéndose años bajo tierra por salvar la vida de Coby, por aceptar un desafío en nombre de su hermano menor que, demasiado joven e impetuoso, había faltado al respeto a miembros del clan McAuley. Si Errol Colquhoun no se hubiese sacrificado por un error de Coby, Frang aún tendría a su padre, y este sería sin duda el jefe del clan, un puesto que nunca debería haber pertenecido a Coby. Él jamás se lo mereció.

Frang escupió sobre el cadáver de su tío antes de volver a mirar a Bean y esbozar una sonrisa torcida y amarga.

—La haré mía antes de matarla. Esa bastarda no debería haber vivido jamás entre nosotros, ni ocupar el lugar que ostentaba en la familia. Primero haré que vea cómo asfixio al crío y después me meteré entre sus piernas mientras grita y lucha hasta que la dome, para después matarla lentamente. Además, ¿quién dice que solo yo quería la muerte de toda la familia? Eres tan ingenuo…

Los ojos de Bean se abrieron más de lo normal al escuchar a Frang y su rostro se contrajo en un gesto de repulsa. Era cierto que él no era mucho mejor que Frang, pero aquello, aquello le pareció repulsivo. Si bien, por motivos personales, había vendido su alma, había cerrado los ojos y traicionado sus principios al ayudar a aquel hombre, también era cierto que jamás quiso la muerte del resto de la familia sobre su conciencia. El plan, ideado junto a varios de los ancianos que nunca estuvieron conforme con que Coby fuese el *laird* del clan Colquhoun, había sido otro: contratar a unos mercenarios a cambio de joyas y oro, para acabar con la vida del *laird*. El que parte de la familia hubiese estado presente en el salón a esas horas de la madrugada junto con algunos de los guerreros había sido circunstancial, algo que no habían previsto y que no pudieron evitar, porque, ¿quién sabría que el estado de Crom se agravaría de aquella forma esa noche y con ello cambiaría la rutina establecida bajo el techo del hogar del clan Colquhoun?

Meribeth había sido la única en no estar presente en el salón aquella noche después de haber estado cuidando del pequeño desde el día anterior. El cansancio y la insistencia de Sunna

la habían hecho claudicar a la hora de retirarse temprano a descansar. Y Bean se alegró de ello, de que por lo menos la muchacha se librase de ese destino. Ahora, sin embargo, tras las últimas palabras de Frang, dudaba no solo de que la joven sobreviviese, sino de todo lo que sabía, porque, ¿había insinuado Frang que los ancianos habían estado de acuerdo con asesinar a toda la familia? ¿Puede que incluso lo supiera alguno de los *highlanders* de su confianza? Si eso era así, también él había sido engañado y utilizado por todos ellos.

—¡Estás loco! —exclamó el *highlander* como si no pudiese creer que aquello fuese cierto, ni que realmente Frang hubiese sido capaz de hacer lo que acababa de relatarle.

—Te aconsejo que hagas lo que te digo si quieres seguir respirando. ¿Aún no lo entiendes? —escupió Frang con una expresión fría e impersonal—. Eres prescindible, Bean Colquhoun. Siempre lo has sido. Así que escúchame con atención: haremos creer a todos, cuando salga el sol y se descubra lo que ha pasado aquí, que ni el niño ni Meribeth pudieron escapar, al igual que el resto de la familia, de los actos crueles e innombrables de aquellos que osaron entrar en nuestro territorio. Eso aumentará la furia de parte del clan, que estará mucho más dispuesta a vengar la muerte de su jefe en la dirección que nosotros le señalemos —continuó Frang sin dejar de mirar fijamente a Bean que no parecía dispuesto a dar su brazo a torcer—. No olvides a tu hijo. Sé que has hecho todo esto por él, así que suéltame y deja tu conciencia a un lado si no quieres que tu vástago siga siendo un hombre desterrado, porque eso terminaría con la escasa salud de tu esposa, ¿verdad?

Frang sonrió de medio lado y sus ojos se iluminaron parcialmente cuando observó cómo las facciones de Bean se contraían ante la mera mención del delicado estado de su mujer.

—Quítate de mi camino o haré de tu vida un infierno cuando sea el próximo *laird*. Sabes quiénes son los que me apoyan, así que no dudes de que seré el nuevo jefe de este clan —sentenció Frang mirando fijamente al *highlander*, que retrocedió un paso ante la veracidad de tales palabras—. Eso es —continuó, cuando vio cómo la determinación de Bean se resquebrajaba —, quédate aquí o sal a controlar que el resto de los hombres hagan exactamente lo que hemos planeado. Me reuniré contigo más tarde, cuando acabe arriba.

Meribeth, que había escuchado cada palabra de aquella conversación, con el mayor de los sigilos comenzó a subir las escaleras, lentamente, caminando hacia atrás. Había visto y oído lo suficiente como para tener pesadillas durante el resto de su vida, una vida que sería muy corta si no salía de allí rápidamente.

Intentando mantener una calma que no sentía, se giró cuando supo que sus movimientos ya no quedarían a la vista de los ocupantes del salón, solo para paralizarse en el acto al ver, a escasa distancia de ella, la figura inmóvil de Crom que, pálido y ojeroso, tenía la mirada perdida y la respiración descontrolada y superficial. La euforia que sintió al verlo consciente, en pie, se diluyó dentro de la vorágine de emociones y pensamientos que la golpearon de pronto con fuerza. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿De cuánto había sido testigo? ¿Cómo iba a salvarlo?

Apretando los dientes, y consciente de que apenas tenía unos segundos para idear algún plan, acortó la escasa distancia que la separaba de Crom y, sin soltar la espada que portaba en su mano, tomó con dificultad al pequeño en brazos. Apenas pesaba. Ya de por sí era delgado, pero la fiebre de los últimos días se había cebado con él dejándolo prácticamente en los huesos. Meribeth, que también era muy delgada y de estatura baja, sostuvo con fuerza a Crom, teniendo cuidado de que los pies del pequeño, que le llegaban por debajo de sus rodillas, no se enredasen con sus piernas y ambos terminaran en el suelo descubriéndose ante cualquiera que subiese las escaleras tras ellos. Al estrecharlo mejor contra su pecho, sintió el cuerpo de Crom arder con virulencia, sin entender cómo un niño podía aguantar aquel castigo y seguir hacia delante, pero

aferrándose a eso con todas sus fuerzas para centrarse en lo que debía hacer, que era evitar que Crom pereciese junto a los demás.

Acelerando el paso, enfiló el pasillo que llevaba directamente a la habitación de Sunna y Coby. Miró hacia atrás cuando el ruido de unos pasos, firmes y fuertes, resonaron por la escalera. Prácticamente corrió los últimos metros que la separaban de la estancia antes de abrirla, meterse dentro y entornar la puerta. Condujo a Crom hasta la cama y lo metió debajo de ella, haciéndole una señal desde el borde para que guardara silencio y no se moviese de allí. Crom no reaccionó, ni siquiera cuando Meribeth, al moverlo hacia dentro, le dio un golpe, sin querer, en la pierna. Era como si estuviese ausente, lejos de aquella realidad.

Los pasos, de nuevo, ralentizándose al acercase, hicieron que Meribeth, con rapidez, se pusiera en pie, corriera hacia la pared y tomara posición al lado de la puerta, pegándose a la piedra, al resguardo que la oscuridad de la habitación, solo iluminada por la luz de la luna y las antorchas del pasillo, le ofrecía. Con la espada entre sus manos, aguantando la respiración, sabía que sus posibilidades eran nimias, pero aún tenía la esperanza de salvar a Crom. Apretando la empuñadura de su espada, sabiendo que solo tendría una oportunidad, le temblaron ligeramente las manos cuando la imagen de su familia, sin vida, se deslizó en sus pensamientos abruptamente. Sacudiendo la cabeza, la desechó al instante, sabiendo que no podía desconcentrarse, consciente de lo que les haría Frang si no conseguía acabar con él. Un hombre sin escrúpulos ni honor, que merecía obtener lo mismo de ella.

Cuando los pasos llegaron finalmente hasta la puerta de la estancia en la que permanecía, Meribeth tensó el cuerpo, lista para la lucha. El sonido de la madera, crujiendo levemente, resonó en el silencio de la estancia como si estuviese lamentándose. Ella se mantuvo firme, sin emitir un solo sonido, conteniendo el aliento, sin moverse. El pie de un hombre profanó la piedra que pisaba, y después, envalentonado por la inmutabilidad de lo que ocurría a su alrededor, adentró el otro en la estancia.

—¿Meribeth? ¿Dónde estás? Sal. Han atacado esta noche el castillo, pero ahora todo está bien. Estás a salvo y Crom también. Sé que lo tienes contigo. He estado en su habitación, y la cama está vacía. Ya no tenéis nada que temer, hemos acabado con los intrusos y… —continuó Frang con esa voz desagradable producto de la entonación melodiosa con la que pronunciaba las últimas sílabas y que ella siempre detestó, antes de entrar totalmente en la habitación.

Meribeth se mantuvo quieta un instante más a fin de cerciorarse de que estaba solo, y después, todo ocurrió demasiado deprisa.

Frang giró el torso hacia atrás para otear toda la estancia y ella lo atacó, hiriéndolo, pero no lo suficiente como para acabar con él. Solo le abrió el costado cuando debería haberlo atravesado.

La expresión de Frang al tocarse la herida, mirando la sangre que manchaba sus dedos, abarcó desde el asombro hasta la furia, y Meribeth reaccionó al instante. No dudó, no esperó a que Frang se rehiciese de su ataque, sino que cargó contra él con todas sus fuerzas haciendo que Frang trastabillase varios pasos hacia atrás y levantase su espada en alto para rechazar un nuevo envite de Meribeth.

—Vas a pagar por esto, maldita bastarda —escupió Frang dejando al descubierto sus dientes como si fuese un perro furioso.

—Cállate y pelea —le devolvió Meribeth con furia, a escasa distancia de la cara del *highlander*, antes de que Frang, con un golpe seco, repeliera la espada contraria, allí donde ambas se unían por encima de la cabeza de Meribeth, y la apartase de un empujón, dejándolos a ambos enfrentados cara a cara.

—Juro por mi vida que te haré gritar y retorcerte de dolor —siseó Frang con la respiración irregular y el sudor perlando su frente, mientras su camisa se le pegaba cada vez más al cuerpo donde la sangre no dejaba de manar.

—Inténtalo —lo desafió Meribeth.

Coby siempre le había dicho que su fuerte era la rapidez, la flexibilidad y su capacidad para leer y adelantarse a los movimientos contrarios. Esa era su ventaja, su mejor baza. Así que tomó aire e intentó olvidarse de todo, centrándose solo en la lucha, aislándose de lo que la rodeaba para ser más astuta y veloz que su contrincante. De ello dependía su vida y la de Crom.

Cuando Frang se abalanzó de nuevo sobre ella, con la espada creando un arco perfecto para partirla en dos, Meribeth se agachó girando sobre sí misma, dejándose caer hacia atrás cuando Frang volvió el torso para seguir su movimiento. Ella fue consciente del momento exacto en el que el sobrino de Coby pensó que ya era suya la victoria, solo para arrebatársela cuando se movió hacia el otro lado, provocando que la espada de su oponente se desviase lo suficiente como para estrellarse contra la piedra, dejando por un instante el torso de Frang al descubierto.

Meribeth no necesitó más.

Con un golpe certero, hundió la punta de su espada en la carne de su oponente, ahondando con furia, con la fuerza de sus dos manos juntas, cuando Frang intentó retorcerse para evitar su final, lo que, a término, le ayudó a encontrarlo más rápido.

Meribeth aguantó la mirada llena de ira y de incredulidad que desbordaron los ojos de Frang, así como el quejido rudo y animal que brotó de su garganta cuando su cuerpo se estremeció y cayó de lado. De sus labios se deslizó un hilo de sangre que corrió por su mejilla hasta perderse en su pelo, mientras sus orbes se tornaban vidriosos hasta terminar carentes de vida.

Meribeth tembló incontroladamente y su respiración, trabajosa e irregular, se adueñó del silencio en el que se había sumido de nuevo la estancia. Un pequeño ruido bajo la cama la hizo reaccionar y, sin ningún tipo de ceremonia y de un solo movimiento, Meribeth extrajo la espada del cuerpo de aquel traidor y gateó hasta llegar al borde del lecho para asomarse bajo él. Allí acurrucado, tal y como lo había dejado, seguía Crom, con los ojos fuertemente cerrados, como si intentara de esa forma protegerse de la pesadilla que estaba viviendo.

Sin dilación, Meribeth se metió junto a él. No había sido casualidad que llevara a Crom a esa habitación y que lo escondiera en aquel lugar. Cerca de la cabecera de la cama, en el suelo, la piedra era irregular y en los bordes podían verse unas pequeñas argollas de metal.

Meribeth tiró con todas sus fuerzas de ellas, como había visto hacer a Coby cuando en su día se lo mostró, haciéndola partícipe de un secreto que solo la familia conocía.

El falso suelo, con piedras de poco grosor unidas a unos tablones de madera, cedió, y Meribeth lo puso a un lado dejando al descubierto un hueco por el que cabía el cuerpo de una persona. El olor a humedad que desprendía la abertura la golpeó con fuerza.

Tomó la espada y la tiró a la oscuridad. Después agarró a Crom, arrastrándolo con cuidado hacia ella, y lo pegó a su cuerpo.

—Voy a meterme en ese hueco, ¿vale? —explicó Meribeth al pequeño, deslizando los dedos por el pelo negro y ondulado del niño que no se movió—, y después voy a tirar de ti para bajarte. No te asustes, está oscuro y hace frío, pero yo voy a estar contigo en todo momento. No voy a dejarte, Crom.

El labio inferior del niño tembló ligeramente, y Meribeth sintió un tirón en su camisola cuando el puño de Crom se cerró sobre ella, apresando la tela entre sus dedos. Ese pequeño gesto humedeció sus ojos, y la hizo tragar con dificultad el nudo que tenía en la garganta. Crom solo la

tenía a ella y no podía fallarle.

Sin perder ni un segundo más, cambió de postura y deslizó primero las piernas y luego el resto del cuerpo a través del hueco, arrastrando después a Crom, que se enganchó a ella en cuanto lo bajó, cruzando los pies tras su cintura, y sus brazos alrededor de su cuello.

—Crom, necesito que me sueltes un momento; tengo que volver a cerrar el pasadizo —le susurró al oído cuando las manitas del pequeño se cerraron sobre los mechones de pelo castaños de Meribeth que corrían por su espalda hasta la cintura.

—Está bien, lo intentaremos así. No te preocupes —continuó cuando se dio cuenta de que Crom no la soltaría por voluntad propia.

Con dificultad, consiguió volver a encajar el falso suelo, pero al hacerlo, el hueco quedó sumido en una profunda oscuridad.

El cuerpo de Crom tembló, y su respiración se agitó.

—Tranquilo —le dijo Meribeth, posando su mano en la pared para guiarse por el estrecho túnel, mientras contaba los pasos hasta la escalera que los llevaría a un pasadizo que desembocaba lejos de la fortaleza, al otro lado del bosque.

Continuó andando despacio, muy lentamente, sintiendo cómo los filos de la piedra sin apenas pulir le provocaban heridas en la planta de sus pies desnudos.

Cuando mentalmente la cuenta llegó a su fin, con cautela siguió andando, muy despacio, a sabiendas de que estaría cerca. Cuando su pie, manchado con la sangre de sus heridas, pisó la resbaladiza piedra debido a la humedad, Meribeth patinó, cayendo al suelo. El brazo, el costado y su mejilla derecha fueron los que recibieron mayor impacto cuando al caer estrechó más contra sí el pequeño cuerpo de Crom, intentando protegerlo todo lo posible del golpe. La espada que llevaba en su mano derecha salió despedida, y el sonido del hierro cayendo como si rebotase contra el suelo la hizo ser más consciente de lo cerca que había estado de caer por las escaleras. Si hubiese perdido el equilibrio solo un instante después, quizás ninguno de los dos hubiese salido de allí con vida.

Levantándose, rogando por tener la fuerza suficiente para poner a salvo a Crom, tanteó con el pie, a ciegas, lo que era el inicio de las escaleras. Tragó con esfuerzo antes de llevarse la mano a su mejilla donde sentía un dolor agudo. Sus dedos se humedecieron con lo que supo que era sangre, y sus yemas tantearon los bordes de una herida abierta que le cruzaba el pómulo. Temblando, tomó aire, se limpió los dedos en su camisola, y comenzó lentamente el descenso. Este se hizo eterno y el silencio y la oscuridad que los envolvían provocaban que aquella situación fuese asfixiante. Su respiración era cada vez más rápida e irregular y tuvo que esforzarse al máximo para mantener la calma; sin embargo, la angustia se apoderó de ella cuando de pronto Crom dejó de sujetarse a su cuello, quedando el cuerpo del niño laxo entre sus brazos.

—No, ahora no…, por favor, tú no… —susurró al borde de la desesperación mientras intentaba obtener alguna reacción por parte del pequeño que le asegurara que seguía con vida. Meribeth lo zarandeó entre sus brazos y suspiró entrecortadamente, dando gracias al cielo cuando escuchó la respiración leve y agitada del niño en su oído, estrechándolo contra ella, con todas sus fuerzas, como si de esa manera pudiese darle parte de su vitalidad. Si fuese posible, se la daría toda con tal de que sobreviviese.

Apoyándose levemente contra la piedra cuando sus fuerzas flaquearon, sabía que todavía le esperaba un largo recorrido por aquel túnel que atravesaba el castillo y las tierras del clan hasta llegar al pequeño bosque que antecedía a la casa del viejo McKinley, que apartado del resto por voluntad propia, con una pierna cortada y un sinfín de cicatrices en su cuerpo, era un superviviente. En su día había sido un guerrero magnífico, cuya tozudez, fuerza y valentía eran

leyenda entre los suyos. Su carácter, en cambio, debido al transcurso del tiempo y de las heridas deparadas por la vida, se había ensombrecido. Actualmente era un hombre hosco y huraño que prefería permanecer alejado del resto del clan, sobre todo desde que su esposa y su hijo fallecieron de unas fiebres años atrás.

Meribeth quería confiar en él. Coby siempre lo había tenido en alta estima, indicándole en más de una ocasión que acudiera al *highlander* si alguna vez necesitaba ayuda.

En aquel momento, echando la vista atrás, entendía el significado de algunos comentarios que en su día le extrañaron de Coby, como recordarle lo del pasadizo, hablarle de algunos asuntos internos del clan y remarcarle que acudiese a McKinley en caso de dificultad.

Ahora también comprendía por qué le exigió mucho más en los últimos entrenamientos y por qué las sonrisas y su paciencia, tan presentes en sus anteriores lecciones, dieron paso a una seriedad y exigencia extremas, que ella, en su momento, achacó a los problemas que la enemistad existente con los McKinnon, los McAuley y los McFarlane provocaban, recrudeciéndose en los últimos años. En ese momento entendía, demasiado tarde, que Coby debía de sospechar que el mayor peligro no provenía del exterior, sino de los suyos propios.

Con el dolor haciendo estragos en su cuerpo, así como en su alma, juró entre dientes que no iba defraudarle, ni a él ni a Crom, ni a sí misma. Ya había perdido demasiado en esta vida como para dejar que le arrebatasen más. Iba a salir de allí, pedir ayuda a McKinley y asegurarse de que Crom sobreviviese. Como se llamaba Meribeth Colquhoun que lo lograría.

I

Escocia, 1182

Algunos lo tacharían de loco por volver a la tierra que lo vio nacer, en la que se había criado y que defendió con todo su ser hasta ese instante. El clan Ross había sido su hogar, como lo fue antes de su madre y su abuelo y, aunque durante toda su vida muchos habían intentado arrebatárselo, jamás lo permitió.

Sin embargo, en ese momento, en presencia de los más respetados de su clan, frente a su propia sangre, era él quien decidía dejarlo atrás. El orgullo por sus antepasados permanecería bajo su piel hasta el final de sus días; el nombre del clan Ross y lo que significaba lo acompañarían por siempre, pero sus caminos se separaban allí.

Había estado a punto de morir en la última reunión de clanes en la que confirmó que, no solo su tío y sus primos, la única familia que le quedaba, lo querían muerto, sino también hasta qué punto llegaba su necedad y su odio, tan enquistados como para realizar una alianza con dos clanes enemigos a fin de conseguir, entre otras cosas, deshacerse de él.

Y todo por el afán de poder, la prepotencia y el orgullo de su tío Mervin, y su incapacidad para aceptar que Broc fuese un bastardo. Una realidad que llevó a Mervin a esforzarse por hacer del día a día de su sobrino un infierno y divulgar, cuando este estaba más indefenso, su secreto, no solo verificando así los rumores que circulaban desde su nacimiento, sino también dejando que fuesen sus propios hijos los primeros en referirse a él por ese nombre.

Broc tenía tan solo seis años cuando escuchó esa palabra abiertamente. Un vocablo que lo acompañó desde entonces, y que definió su posición dentro del clan para el resto de su vida. Nunca se lo contó a su madre que, demasiado enferma como para poder salir de la cama, se fue debilitando hasta que su cuerpo, después de una larga lucha, dijo basta. Así que, cuando ella misma en su lecho de muerte, con Dune McGregor como único testigo, le confesó la verdad sobre su origen, así como el nombre de su verdadero padre, el hecho de ser un bastardo no le sorprendió.

Aparte del nombre de su progenitor, y de su naturaleza brutal y maliciosa, Siüsan no hizo mención alguna sobre su persona, salvo para hacerle prometer a Broc, con los ojos enfebrecidos y casi sin vida, que nunca se acercaría a él.

Y Broc, fiel a aquella promesa, jamás faltó a ella.

—Es mejor que te vayas y no regreses jamás. No sé cómo has osado en volver a poner un pie sobre esta tierra —dijo Akir entre dientes.

Las palabras de su primo centraron la atención de Broc en la conversación, dejando al margen sus pensamientos y desviando sus ojos hacia Leathan, nuevo *laird* del clan Ross, cuando este comenzó a hablar.

—No deberías dirigirte así a nuestro primo. El único familiar vivo que nos quedará después de que ejecuten a padre, eso si no lo han matado ya —dijo Leathan arrastrando la última palabra, con una aparente tranquilidad que no pudo enmascarar el sarcasmo y la furia que se ocultaban tras ellas.

Broc, que llevaba conviviendo con ambos toda su vida, los conocía a la perfección, y sabía del resentimiento que albergaban ambos hacia su persona.

—No sabemos cómo has llegado a pensar que serías bien recibido de nuevo en el clan

después de todo lo que ha pasado —escupió Aulay, uno de los ancianos que, junto a otros tres y varios hombres de confianza de Leathan, estaban presentes en la sala.

—Este es su clan. No olvidemos que su abuelo fue Clyde Ross, uno de los mejores *lairds* de la historia del clan Ross —intervino Dalziel, convirtiéndose en la voz discordante dentro de aquella estancia.

Broc lo miró fijamente. Dalziel era uno de los pocos ancianos que siempre fue amable con él. Su abuelo lo había estimado, y, a pesar de que en el pasado pudo haber hecho algo más por ayudar a Broc, nunca le guardó rencor por ello.

—¿Y qué es, según tú, lo que ha pasado? —preguntó Broc a Aulay, evitando a conciencia referirse a él con el respeto que se le debía a un hombre de su edad e importancia dentro del clan. Su voz sonó grave y calmada como si en aquella estancia en verdad no estuviera en una desventaja de ocho a uno.

Para cualquier espectador ajeno, el que Broc se hubiese presentado allí, después de que intentaran matarlo, sería un suicidio; sin embargo, él no había dudado en regresar. Siempre había sido bueno determinando la naturaleza de las personas y, aunque no era un necio, sabía que, a pesar del peligro que podría suponer volver allí, no era probable que su vida corriese algún riesgo. Aquellos que permanecían en la estancia no tenían ni las agallas ni la estupidez necesaria para rematar lo que su tío empezó en tierras McGregor.

—Bastardo desagradecido… —empezó a decir entre dientes Ail, otro de los ancianos, reaccionando con furia al tono irónico utilizado por Broc y enmudeciendo de golpe ante la mirada gélida que le dirigió el *highlander*.

Ambos sabían que Ail recelaba de lo que él pudiese contar, ya que tenía en su mano la posibilidad de cuestionar la lealtad del anciano hacia Mervin Ross, su antiguo *laird*.

El motivo: una conversación que meses atrás Ail mantuvo con Broc, durante la cual, con la habilidad y cautela que la edad y la experiencia le otorgaban, le confesó el sentir de varios de los ancianos que, descontentos con la gestión de Mervin como jefe del clan, y temiendo las consecuencias que sus acciones pudieran acarrear al futuro de los Ross, se lamentaban por la situación para después insinuar sutilmente la posibilidad de que Broc fuese un *laird* más idóneo para su gente. Él como respuesta le aconsejó que tuviese cuidado con sus palabras, las cuales podían ser malinterpretadas y tomadas como traición. Después de aquello, Broc guardó silencio y desechó la conversación pensando que los ancianos, llevados por la preocupación y buscando solo el bienestar y la seguridad del clan, solo intentaron, desesperadamente, abogar por un cambio que los alejara de la situación a la que Mervin los había llevado.

Sin embargo, con el tiempo comprendió que aquella conversación, lejos de ser solo un alegato promovido por un instante de desasosiego, fue en realidad una acción premeditada, y que su respuesta negativa ante aquella oferta fue la que sentenció en realidad su destino. Ya que el anciano, movido por la preocupación de que Broc pudiese sembrar la duda sobre su lealtad si le contaba a su tío aquella conversación, envenenó el oído de Mervin con pequeños rumores, lo suficiente para que este pensase que era Broc quien deseaba su puesto, proporcionándole con ello a Mervin un motivo para hacer lo que siempre había deseado: matarlo. Y este, sin poder llevarlo a cabo directamente y sin pruebas tangibles de su traición, lo intentó por otros medios, hasta que en territorio McGregor casi lo consiguió.

—Sabes de sobra, muchacho, lo que has hecho; no hace falta que te lo recuerde —dijo Aulay, ahora visiblemente nervioso.

Broc asintió esbozando una ligera sonrisa, una que no llegó a sus ojos. Esos orbes verdes que parecían los de un felino y que miraban sin ningún tipo de indulgencia a los presentes.

—Temo que mi verdad no se parece en nada a la vuestra.

—¿Tu verdad? —preguntó Leathan ahora acercándose a él—. Más bien tus mentiras —siseó al final—. Mi padre intentó acabar contigo, sí, es cierto, pero porque luchaba por lo que era suyo. Podrás engañar a todos, y al rey, pero la verdad es que nuestro *laird* se defendió cuando sospechó que tú estabas tramando un plan para arrebatarle lo que le pertenecía.

Broc se mantuvo impasible ante la acusación de su primo.

—Eres incapaz de ver a corta distancia, a pesar de tu magnífica visión —respondió Broc, centrando su intensa mirada en Leathan y dando un paso al frente para terminar de acortar la distancia que separaba a ambos—. Sospechar está muy lejos de tener la certeza y, a pesar de ello, asumió lo peor y tomó la decisión de acabar con mi vida, la de su sobrino, que jamás lo traicionó. Deshonrar el nombre del clan Ross no es lo mío, Leathan; eso lo saben hacer muy bien otros miembros de este clan —continuó Broc recorriendo con su mirada a los presentes en la sala—. Jamás hubiese hecho nada para dañar a Mervin —prosiguió con dureza—. Su padre era mi abuelo. Su hermana, mi madre, y simplemente por ellos dos jamás me hubiese atrevido a levantar una mano para dañarle a él o a los suyos. Si alguien ha dicho lo contrario quizás deberías empezar a cuestionarte por qué les interesa que creas eso.

Ail Ross se volvió rápidamente hacia Leathan.

—No lo escuches, quiere manipularte y sembrar la desconfianza entre los tuyos —exclamó rápidamente, con saña.

—Sí, ten cuidado. Es capaz de inventar viles mentiras para confundirte. Quiere que desconfíes de nosotros —aseveró Aulay, mientras los otros ancianos, salvo Dalziel, cuyo rostro denostaba incredulidad, asentían con fuerza, conformes con sus palabras.

Leathan miró a los ancianos y en sus ojos una chispa de desconcierto brilló durante un instante, antes de endurecer su mandíbula, y dirigir de nuevo sus ojos hacia Broc.

—Eso sería desafortunado si fuese cierto…, pero los ancianos representan la sabiduría de este clan y son los mejores consejeros de un *laird* y los suyos. Sé que no osarían traicionarme.

—¿Estás seguro de eso? Deberías pensarlo nuevamente, porque, si no lo haces, estarás cavando tu propia tumba y la de los miembros de este clan —sentenció Broc con voz firme.

Leathan le enseñó los dientes como si fuese un animal salvaje, y ahí Broc comprendió que nada de lo que pudiese decir mermaría la fe y la confianza que Leathan depositaba sobre aquellos parásitos.

—Si no sales de mis tierras de inmediato, nada me impedirá matarte como debería haber hecho mi padre en tierras McGregor —sentenció Leathan con una expresión que decía claramente que su mayor deseo era ese, y Broc en respuesta sonrió de medio lado, con una mirada que podría congelar el maldito océano.

Quien lo conociera bien sabía que ese matiz frío y amargo en sus orbes verdes significaba muchas cosas y ninguna buena. Inclemencia, dolor, tristeza.

Leathan jamás vería la verdad por la simple razón de que necesitaba a alguien a quien culpar por todo lo que Mervin había hecho y la difícil situación en la que había sumido al clan. Y era más fácil señalarlo a él que llegar por sí solo a esa conclusión.

—No pensaba quedarme. Solo he venido a recoger mis pertenencias —señaló Broc que lo único que quería era cerrar una herida abierta que supuraba desde hacía años y que necesitaba dejar atrás de una vez por todas, así como encontrar respuestas a ciertas preguntas que habían quedado sin resolver en tierras del clan McGregor.

Era curioso como algunas heridas abiertas, que sangraban sin cesar, sanaban infligiendo nuevas encima, hurgando en la ponzoña que las devoraba por dentro.

Leathan achicó sus ojos y Akir soltó un gruñido, sorprendidos por la fría calma de Broc.

La voz de Dalziel dirigida a su *laird* rompió el silencio que se había instalado entre los presentes.

—No puedes echar a un miembro de tu clan. No tienes pruebas de nada de lo que has dicho, y, además, estamos bajo la supervisión del rey, uno que tiene la confesión de tu padre confirmando que no solo planeó junto a Sinclair y a Morgan sabotear la reunión con el fin de iniciar una guerra, sino que también participó e ideó, junto al resto, el asesinato del *laird* Morgan, así como los intentos de matar a Bruce Gordon y a Broc —dijo el anciano, y Akir escupió a los pies del *highlander* nada más terminar.

—¡Mide tus palabras, viejo! —rugió Leathan.

Dalziel se encogió levemente ante la furia de *laird* Ross, y Broc cruzó su mirada con la suya, haciéndole entender que no necesitaba, ni deseaba, su ayuda.

El hecho de escuchar el nombre del jefe del clan Gordon provocó en él una extraña sensación.

Cuando su madre le confesó quién era su verdadero progenitor, y le hizo prometer que jamás se acercaría a él, Broc nunca imaginó que terminaría conociendo a los hijos legítimos de Bryson Gordon en una reunión. Bruce y Kam Gordon zarandearon su mundo, sorprendiéndole y haciéndole sentir de nuevo orgullo por llevar la misma sangre que otro ser humano. Ponerles cara a sus hermanos, conocerlos, descubrir cómo se preocupaban el uno por el otro, la confianza y complicidad que reinaba entre ellos, lo protectores que eran con su familia, sus amigos y su clan le hicieron reafirmarse en su decisión de llevarse a la tumba su secreto. Esos días deseó que nadie, y menos él, pudiese perturbar lo que los Gordon tenían y habían forjado. Sin embargo, lo que ocurrió en territorio McGregor provocó que sus deseos fuesen ignorados. Broc no culpaba a Dune por haber revelado su identidad a los hermanos Gordon cuando pensaba que él no vería un nuevo día.

—Aunque me cueste reconocerlo, Dalziel tiene razón —expuso otro de los ancianos que hasta ese instante había permanecido callado—. Guillermo no verá con buenos ojos que expulses del clan al nieto de Clyde Bryson, incluso el rey podría tomarlo como una prueba fehaciente de que apoyábamos a Mervin en su decisión de matarlo y que, por ende, conocíamos sus planes de traición. Eso agravaría la situación y nos llevaría a encontrarnos en una posición aún más precaria de la que disponemos ahora.

—Nos da igual lo que piense el rey Guillermo… —empezó a decir Akir con convicción, y furia. Una que intentaba controlar y que a duras penas conseguía.

—Creo que no me habéis entendido —interrumpió Broc con voz grave, elevándola un poco para que todos los presentes pudiesen escucharlo—. No pretendo ni deseo quedarme.

Leathan arrugó el entrecejo y achicó sus ojos mientras escrutaba con atención a Broc, como si estuviese intentando discernir qué era lo que ocultaba tras esa declaración.

—Me da igual lo que penséis y lo que queráis. Eso ya no es de mi incumbencia —prosiguió Broc.

Akir escupió sobre la piedra y dio un paso al frente acortando la distancia que lo separaba de él.

—Si no deseas quedarte, entonces, ¿a qué has venido? No creo que solo sea para recoger tu mierda —preguntó, mirándolo para después desviar sus ojos hacia su hermano cuando este tomó la palabra.

—Si lo que quieres es ver cómo este clan se derrumba y se pudre por tu culpa, pierdes el tiempo. Ni tú ni nadie acabará con nosotros. Antes te veré a ti arder, bastardo —aseveró Leathan

pronunciando lentamente y con énfasis la última palabra, como si la paladease con sumo placer.

La sala quedó en silencio completamente. Los ojos de varios de los ancianos se abrieron más de los normal, intuyendo que aquello podría desembocar en un enfrentamiento violento entre ambos, y si eso llegaba a ocurrir, tanto Ail como el resto eran conscientes de que la velocidad y destreza de Broc no podrían ser igualadas por su actual *laird*. Él acabaría con Leathan y Akir antes de que ellos, o los hombres de confianza de ambos, pudiesen hacer algo. Sin embargo, la mirada imperturbable, el rostro sereno de Broc, como si las palabras de Leathan no significaran nada para él, fueron aún, incluso, más mortíferos que su espada.

—Si ser bastardo significa no compartir por completo tu sangre, si ser bastardo entraña ser diferente a ti y los tuyos, entonces sí, soy un bastardo y estoy orgulloso de serlo.

Leathan gruñó apretando sus puños, y Akir se lanzó hacia Broc. Solo la mano de su hermano consiguió detenerlo a tiempo.

—Está claro que ha perdido el juicio —dijo Ail con premura—. Déjelo ir, *laird* Ross —prosiguió el anciano, miedoso de que al final el enfrentamiento se llevase a efecto—. No caiga en sus maliciosas intenciones. Lo que quiere es derramar su sangre.

Broc desvió los ojos de Leathan hacia el anciano.

—Si vuelves a abrir la boca una vez más, te aseguro que la sangre que verteré sobre estas piedras será la tuya.

Ail tragó saliva con dificultad cuando sintió la amenaza de Broc calar hasta sus huesos.

—No puedes tratar a… —comenzó otro de los ancianos.

—Puedo hacer lo que quiera. Ya no pertenezco a este clan —contestó Broc.

—Se te ha expulsado, pero sigues siendo un Ross —explicó Ail con una ceja alzada.

Broc sonrió levemente, un sutil gesto que heló el ambiente de la sala hasta parecer que en verdad lo que se gestaba sobre sus pies era hielo.

—Y ese ha sido vuestro primer error —contestó Broc mirando fijamente a cada uno de los presentes—. Siempre honraré el nombre del clan Ross, el clan de mi abuelo y de mi madre, pero mi padre no era un Ross, como bien has señalado antes —continuó esta vez con sus ojos fijos en Leathan—, así que aquí se termina todo. Voy a dar media vuelta, recoger mis pertenencias y hacer una última cosa por este clan, y es no derramar vuestra sangre por intentar acabar con mi vida en repetidas ocasiones, por traicionar a vuestra gente llevándolos al borde de la destrucción y por ser tan necios como para creeros vuestras propias mentiras.

Las caras de todos los presentes, de estupefacción algunas, de furia y de ira, otras, eran dignas de ver. Sin embargo, Broc ni siquiera reparó en ellas, simplemente dio media vuelta y les dio la espalda para salir de una vez por todas de allí.

—¿¡Que tú decides dejarnos!? ¡No lo creo! ¿¡Me oyes!? ¡Mientes! ¡Soy yo quien te expulsa de este clan! —gritó Leathan mientras Broc seguía andando hacia la salida—. Te pudrirás solo. Nadie, óyeme bien, nadie, va a dejar que formes parte de su clan. ¡Ni siquiera sabes quién era tu padre!

Broc disminuyó su paso cuando estaba a escasa distancia de la puerta y sin volverse respondió, su voz resonando en la estancia y llegando a los presentes como si fuese eco.

—Mentir es tu naturaleza, no la mía —sentenció Broc, y las exclamaciones quedaron atrás, desgastadas y muertas cuando Broc salió definitivamente de aquella sala.

II

—Por favor, detente, por favor… mis piernas no son tan ágiles como las tuyas, muchacho —pidió Dalziel cuando por fin encontró a Broc cerca del establo, después de ir a buscarlo a la que había sido, hasta ese momento, la habitación del *highlander*. Un minúsculo espacio en la planta baja del castillo junto a las pequeñas estancias para los utensilios de limpieza y organización del hogar. Ni siquiera le habían dado una habitación como las que se reservaban para los miembros del clan que ayudaban a la llevanza del castillo durante el día y que, por no tener familia, gozaban de un espacio donde descansar y dormir por las noches.

En aquella minúscula habitación había vivido Broc desde que muriera su madre, y su tío Mervin decidiera que ese era el lugar que le correspondía. Esa estancia debería haber representado una vergüenza para su clan, una en la que todos habían participado ya fuera activamente, apoyando a Mervin, o bien por omisión, conociendo de su existencia, pero mirando hacia otro lado. Y lo mismo con el resto de injusticias que tanto su familia como el resto del clan habían cometido contra Broc. Dalziel no se sentía orgulloso de ser uno de los que habían mirado hacia otro lado, y siempre se sintió como un desecho por no haber protegido al chico. Y Broc, con su fuerza de voluntad, con su entereza y valía, había no solo sobrevivido a todo aquello, sino que se había convertido en el mejor de los Ross.

—Creí que solo ibas a recoger tus cosas y a marcharte —dijo Dalziel, y contrajo el gesto en cuanto sus palabras salieron de su boca. No era eso lo que quería decirle, y al contrario de lo que quería expresar, parecía que estuviese cuestionando por qué seguía allí—. Perdona, no era…

—Tranquilo, no te lo tendré en cuenta —le cortó Broc, y Dalziel asintió sin que su sonrisa llegara a sus ojos.

—Lo que quería decirte, y espero esta vez expresarme mejor, es que deseo hablar contigo unos instantes, a solas, antes de que te vayas. Por eso fui a buscarte a tu estancia. Pensé que ya te habías marchado al no encontrarte allí.

Broc lo miró fijamente.

—Todavía no podía irme; había personas de las que quería despedirme —respondió Broc y, ante la cara de desconcierto de Dalziel, decidió apiadarse de él.

—Martha cuidó de mi madre cuando estaba enferma, y siempre tuvo para mí un plato de comida caliente. Angus, que apenas puede moverse ahora, siempre fue un punto de apoyo para mi abuelo y fue él quien me enseñó a luchar cuando el resto se negó a hacerlo. Lo que aprendí de él me ha convertido en el *highlander* que soy, y me ha salvado la vida muchas veces —aseveró Broc, y Dalziel fue testigo de cómo su mirada se suavizó al hablar de ellos—. Y Rose Marie curó cada una de mis heridas cuando nadie más lo hizo. No puedo contar el número de veces que dormí en el suelo de su pequeña casa cuando las cosas con Mervin se volvían insostenibles, hasta que fui lo suficientemente mayor como para frenar sus arrebatos de mal genio —continuó Broc, y esas últimas palabras Dalziel las sintió en las entrañas, quemándole por dentro—. No podía irme sin despedirme de ellos. Ni Leathan ni nadie iba a impedírmelo —finalizó Broc antes de encaminarse nuevamente hacia el castillo para, ahora sí, tomar sus pertenencias y marcharse definitivamente.

Cuando había dado solo unos pasos, se giró para dirigir unas palabras al anciano.

—Si deseas hablar conmigo, espérame en el borde del bosque. No tardaré. No tengo mucho que recoger.

Dalziel retiró su mirada antes de que Broc volviera a reanudar la marcha. No había podido mantener sus ojos clavados en los penetrantes orbes verdes del *highlander*. No cuando este, incluso sabiendo que Dalziel no había hecho nada por él, le había instado a que se reunieran fuera de la vista de los demás miembros del clan para evitarle problemas en el caso de que alguien lo viese en su compañía. Esa deferencia era más de la que Daziel se merecía. Broc siempre había sido un protector nato, extremadamente inteligente para su bien y el mejor guerrero entre los Ross. No en balde, se había ganado el respeto y el apoyo de parte del clan aun cuando todos eran conscientes del desprecio con el que le trataba su propia familia. Incluso Mervin, que claramente lo rechazaba y que al final estuvo a punto de matarlo, tuvo que claudicar en más de una ocasión y enviar a Broc a negociar con otros clanes, cuando se hizo patente que la astucia y el buen hacer del chico no tenían parangón entre sus hombres.

Sacudiéndose los últimos pensamientos, Dalziel maldijo entre dientes y se fue caminando despacio hasta el límite del bosque, donde, tras unos árboles, esperó paciente a un Broc que no tardó en reunirse con él. Era cierto que no tenía muchas pertenencias que llevarse. La pequeña bolsa que portaba en su mano derecha era prueba de ello.

Broc se detuvo frente a él, dejando su caballo junto a ellos, para mirarle atentamente.

—No creo que sea bueno para tu salud el que te vean teniendo esta conversación conmigo —señaló Broc pausadamente, con esa templanza que Dalziel envidiaba profundamente. Él era un hombre de sesenta años que jamás había conseguido esgrimir ni una décima parte de la que derrochaba el hombre que tenía delante.

Y, pese a su edad, ese temor seguía sin ser indulgente con él. No se había calmado ni diluido en el tiempo, simplemente había permanecido aletargado, enredado en su cuerpo, despertando cada vez que miraba a su esposa, a sus hijos y nietos y comprendía que sus actos podían provocar el sufrimiento de sus seres queridos. No podía perderlos, y detrás de eso se había escudado para mantenerse al margen y mirar hacia otro lado cuando los actos de Mervin y sus hijos distaron mucho de los propios de un *highlander* y jefe de clan.

Pero ahora pensaba que quizás, si todos hubiesen tenido el valor de enfrentarse a lo que estaba podrido, seguramente se hubiese podido evitar la traición de Mervin y, como consecuencia, la vulnerable y delicada situación en la que se encontraba el clan en la actualidad. Ahora que veía cada vez más cercano su final no quería abandonar este mundo sintiendo que había estado toda su vida habitando bajo una piel que no era la correcta, una que lo incitaba a huir mientras frente a sus ojos, en el seno de su propio hogar, se cometían errores injustificables. Ese no era el ejemplo que quería dar a sus hijos ni a sus nietos.

—Lo sé, pero necesitaba avisarte. No puedo dejarte ir sabiendo lo que sé. No quiero tu muerte sobre mi conciencia.

Broc enarcó una ceja ante esas palabras y, sobre todo, ante el vigor con las que fueron pronunciadas, pero siguió callado al comprender que el anciano aún tenía algo más que decir.

—Sí, lo sé, no tienes por qué creerme cuando durante todos estos años no he hecho nada por ti. Puede que haya sido un cobarde, pero si hubiese sabido que Mervin quería tu muerte no me habría mantenido al margen.

Broc miró hacia atrás solo unos segundos cuando su caballo se inquietó ligeramente. A Dalziel no se le escapó el pequeño e imperceptible gesto que hizo con la cara, cuando sus facciones durante un breve instante se contrajeron como si sintiese alguna clase de dolor físico. Por inercia, Dalziel desvió sus ojos hasta el hombro y el torso de Broc. Sabía que lo habían herido en ambos sitios en aquella dichosa reunión en tierra de los McGregor y estaba seguro de que, si era verdad lo que decían sobre la gravedad de sus heridas, sin duda era un auténtico

milagro que pareciese tan recuperado.

—Haz caso a mi advertencia y, por favor, no vuelvas jamás… —rogó de repente Dalziel con más seguridad de la que pensó que destilaría su voz.

Broc lo miró fijamente, escrutando su rostro, como si aquella petición le resultase de pronto interesante.

—Este siempre será el clan de mi abuelo y de mi madre, no puedo asegurar tal cosa.

—Tienes muchos enemigos y de peso dentro del clan.

—Siempre los he tenido —respondió Broc con esa mirada afilada y penetrante que podía reducir a un hombre a simples despojos.

—Te matarán —continuó Daziel, temblándole la voz.

—Ya lo han intentado. Eso no es algo nuevo para mí.

—Maldita sea —refunfuñó el anciano entre dientes—. Estoy seguro de que si tus primos no han seguido los pasos de su padre y han intentado acabar contigo es porque saben que el rey los está vigilando muy de cerca. Eso no significa que no lo intenten más adelante o que algún otro miembro de este clan sea tan necio como para olvidar la situación en la que nos encontramos y se arriesgue —continuó Daziel—. De hecho, eso es de lo que quería avisarte.

Broc enlazó su mirada con la del anciano, y este, al ver su expresión, comprendió que todo lo que le estaba diciendo era innecesario. El *highlander*, de alguna manera, ya lo sabía.

—No solo has venido a recoger tus cosas y despedirte de ciertas personas, ¿verdad? —preguntó Dalziel comprendiendo de pronto las intenciones del sobrino de Mervin Ross.

—No —dijo Broc con un semblante que no dejaba entrever emoción alguna—. Necesitaba comprobar algo.

—¿Y lo has hecho? ¿Ha merecido la pena arriesgarse por ello?

—Sí, sin lugar a dudas —afirmó Broc, mirando fijamente a los ojos del anciano.

Dalziel no era el primero ante el que había tenido que responder a esa pregunta. Dune McGregor se la había hecho antes.

McGregor había sido el mejor amigo de su abuelo y, cuando la madre de Broc murió, intentó velar por él todo lo que pudo, comportándose como un padre. Pero ser el *laird* de otro clan, además de la distancia que los separaba fueron escollos insalvables que no permitieron a McGregor hacer todo lo que hubiese deseado por él; sin embargo, Broc sabía que podía contar con Dune si lo necesitaba.

Que hubiese sido herido de gravedad en tierras del clan McGregor había sido, dentro de su infortunio, una suerte, ya que Dune, como *laird* del mismo, había tenido la potestad de velar por él y protegerlo, junto a Bruce y Kam Gordon cuando inconsciente y malherido había sido vulnerable a los planes de quien lo quería muerto. Todavía le costaba reconciliarse con el hecho de que Dune les contara a Bruce y Kam que él era su hermano. La conversación que mantuvo con Bruce cuando se despertó tras haber estado luchando contra la fiebre que le provocó sus heridas seguía vívida en su mente, como si hubiese sido ayer.

Abrió los ojos lentamente, para volver a cerrarlos, agotando con aquel simple gesto las pocas fuerzas que le quedaban.

El dolor que inundó su cuerpo, y le quemó el costado y el hombro, le hizo sentir entumecido, agotado, como si sus extremidades fueran simples apéndices sobre los que no tuviera control alguno.

Intentó moverse, centrar su vista en esa penumbra que lo rodeaba y oyó un gruñido, rasgado, quebrado, salir de su garganta reseca, uno que apenas pudo reconocer como propio, y que provocó que su cuerpo temblara sin control por el esfuerzo. Hasta que unas manos grandes

y duras evitaron que se quebrara, manteniéndolo de nuevo en el lecho, una sobre su pecho, la otra sobre su frente, con un gesto delicado para provenir de unas manos tan fuertes.

—Tranquilo…, despacio, poco a poco —dijo la voz, grave, imposible de ignorar, y a la que se encontró siguiendo, tratando de llevar a cabo sus indicaciones, confiando.

—Bebe —dijo al rato la voz, y él intentó abrir de nuevo los ojos para ver a quién pertenecía, mientras empezaba a recordar…

Volvió a gruñir cuando las manos levantaron con cuidado levemente su cabeza y vertieron a través de sus labios un poco de agua que tomó con avidez, tanto que tosió cuando el líquido regó su boca al intentar tragar con ansia.

—Despacio —le ordenó la voz, y él así lo hizo, bebiendo pequeños sorbos hasta que su cabeza volvió a estar de nuevo recostada sobre el lecho.

—¿Dune? —preguntó cuando sus sentidos empezaron a responderle, cuando recordó dónde estaba y por qué.

—No, no soy Dune… —dijo la voz lentamente de forma pausada, calmándolo.

Giró la cabeza, hacia donde la voz le hablaba… y esta vez consiguió abrir los ojos.

Le costó enfocar la mirada lo suficiente para poder ver su imagen. La penumbra en la que estaba sumida la estancia apenas ayudaba. Debía ser de noche, pensó de pronto… ¿Cuántos días llevaría allí tumbado, inconsciente? Por cómo se sentía, como si hubiese salido del mismísimo infierno, debían de haber pasado bastantes, o quizás la gravedad de sus heridas le habían dejado sumido en una virulenta fiebre provocando que estuviese en aquel estado. Solo sabía que estaba vivo y que eso era mucho más de lo que esperó cuando lo hirieron. Realmente en aquellos momentos pensó que no sobreviviría.

Ahora otras preguntas le acuciaban. ¿Qué había pasado durante todo el tiempo que él llevaba inconsciente? Esa y otras preguntas se agolparon en su cabeza, una tras otra, sin orden ni control, mientras terminaba de enfocar la figura que estaba sentada al lado de la cabecera de la cama y que permanecía inclinada ligeramente hacia él.

—Bruce… —dijo con dificultad cuando pudo verlo con claridad, apenas reconociendo la voz ronca que salió de su garganta.

—Sí… —afirmó Gordon, y él entrecerró un poco los ojos cuando observó con nitidez la mirada del highlander. *En los orbes pardos de Bruce creyó ver un profundo alivio dentro de la oscuridad que los dominaba. Esos ojos que en aquel instante escrutaban los suyos, inquisitivos, con esa voluntad inquebrantable de la que Broc había sido testigo durante aquella reunión.*

—¿Qué ha pasado? —preguntó con apenas un hilo de voz.

Observó a Bruce tomar aire antes de contestar. Sus ojos fijos en los suyos, seguros, firmes y determinados. Y durante su explicación él no dejó de pensar en las consecuencias que aquella reunión tendrían para el clan Ross, y en cómo había cambiado su vida para siempre.

La mención de Kam en boca de Gordon desvió de nuevo su plena atención sobre la conversación.

—Sinclair intentó matar a Ross cuando este iba a confesar, y murió a manos de Kam.

El entrecejo de Broc se arrugó inmediatamente.

—Kam está bien —se apresuró a decir Bruce, que interpretó a la perfección el origen de la preocupación de Broc—. Se ha casado esta mañana con Elsbeth Comyn.

Una sonrisa imposible de dibujar lo hizo en sus labios resecos. Se alegraba por Kam y Elsbeth más de lo que podía expresar.

—¿Cuánto tiempo llevo…?

—Siete días —contestó Bruce—. Has tenido mucha fiebre.

—Me duele todo. No puedo apenas moverme —dijo casi en un susurro… mirando los ojos de Bruce que parecieron, en la penumbra, dirigirle una mirada cálida.

Debía de estar todavía confuso porque no entendía nada de la actitud de Bruce. Primero creyó ver en su semblante preocupación, alivio, y ahora… ¿Qué era aquello que destilaban sus ojos? Y, entonces, una fugaz sospecha se instaló en el centro de su pecho, dejándole sin aliento. No podía ser… maldita sea… no. Apartó de golpe la mirada de la de Bruce y cerró los ojos por un instante.

No, no, por favor…

Él no quería que ellos lo supieran, no quería irrumpir a la fuerza en sus vidas, no quería imponer su verdad ni su existencia a nadie y menos tener que soportar, como lo había hecho durante toda su vida, el rechazo, el rencor y el maldito odio.

«Maldita sea, Dune, ¿qué has hecho?».

—Broc… —le llamó Bruce con voz grave y firme.

Broc abrió los ojos, y lo miró fijamente, de forma determinada y fuerte, con esa voluntad que lo había mantenido en pie durante toda su vida.

—No tenía derecho a contártelo —dijo, añadiendo a su voz una dureza que provocó que Bruce arqueara una ceja. No había motivo para disimular cuando podía ver en los ojos de Gordon que lo sabía—. Olvida todo lo que Dune haya podido decirte. Como si nunca te hubieses enterado —terminó con la respiración agitada por el esfuerzo.

Una tenue sonrisa se adueñó de los labios de Gordon y su mirada penetrante se ciñó sobre él como si pudiese escrutar hasta su alma.

—No voy a olvidar nada… De hecho, en cuanto te encuentres mejor, vamos a tener una larga conversación…, Broc Gordon —dijo Bruce lentamente, enfatizando cada palabra.

No se esperó lo que su nombre unido al apellido Gordon provocó en él, como si le hubiesen dado un puñetazo en el estómago. Doloroso y esperanzador.

Aquello pareció hacerle gracia a Bruce que amplió su sonrisa al ver el gesto de Broc.

—Y ahora, descansa…

No pudo evitar que sus ojos buscaran los de Bruce y le fulminara con la mirada. Fue instintivo. Una cosa era que se hubiese enterado de quién era él y otra que actuase como si eso le otorgase la gracia de decirle lo que debía hacer.

La risa baja y profunda de Gordon retumbó entre las cuatro paredes de piedra.

—Creo que vamos a llevarnos muy bien —finalizó Bruce, y él maldijo por lo bajo.

Ahora, tras haberse ido de tierras McGregor sin esperar su vuelta, Broc no creía que Bruce siguiese pensando lo mismo. A esas alturas ya habría descubierto que, aprovechando que ellos habían tenido que acudir a la corte para dar su testimonio sobre lo ocurrido, Broc abandonó el reposo impuesto por la curandera, y haciendo oídos sordos a las objeciones de Dune, que amenazó con atarlo a la cama si no volvía a ella por voluntad propia, ignoró el malestar que le producían aún sus heridas y dejó aquellas tierras para enfrentarse a un pasado que dolía como el infierno.

—Sigo pensando que no deberías haber regresado.

Aquella aseveración hecha por Dalziel le hizo esbozar una sonrisa de medio lado.

—He vuelto porque este clan es mucho más que todo lo que se ha dicho esta tarde en la sala principal. Es más que las acciones estúpidas y ambiciosas de un hombre, que la ira y la cobardía de algunos, o que el temor y el miedo de otros. Es la suma de su gente, de esta tierra y de sus antepasados.

Dalziel contrajo sus facciones en una clara mueca de incredulidad.

—No entiendo cómo puedes seguir preocupándote por un clan que te ha dado la espalda tan fácilmente.

Broc se pasó una mano por sus cabellos rubios, más largos de lo habitual, despejando así los mechones que a veces se vencían hacia su barbilla.

—No pretendo que lo entiendas. Solo deseo quedar en paz con mi pasado.

—Yo no podría —soltó Dalziel—. No podría perdonarlos.

La mirada de Broc se intensificó en un instante.

—Yo no he dicho que lo haya olvidado, pero es un peso añadido con el que no pienso viajar por más tiempo —sentenció Broc.

Dalziel tragó saliva y asintió cuando vio la determinación en los ojos del *highlander*.

—Quizás ellos no te dejen hacerlo —dijo el anciano, y en sus ojos se podía ver la tristeza y desesperanza que los embargaba por completo—. Porque hay alguien tan estúpido como para no dejar las cosas tal y como están.

Broc esbozó una pequeña sonrisa, una extraña que no llegó a sus ojos y que a Dalziel le heló la sangre.

—Ail —nombró Broc, sin atisbo de duda.

Dalziel lo miró apreciativamente.

—Sí —dijo dando un paso al frente y acortando la distancia entre ambos—. Cuando te has ido de la sala, ese viejo entrometido ha hecho hincapié en que tu vida supone un riesgo para el futuro de este clan. Ha intentado manipular a Leathan recordándole que nada te impide, y más si lo que has dicho es cierto y cuentas con el apoyo de otro clan, volver aquí y arrebatarle lo que es suyo, lo que intentaste robarle a su padre —continuó el anciano—. Akir estaba dispuesto a escucharlo, pero Leathan le ha hecho callar, reprochándole que sugiriera tal cosa cuando sabía que ahora estaba atado de pies y manos y no podía hacer nada, sobre todo teniendo los ojos de Guillermo pendientes de lo que haga el clan. —Dalziel tragó saliva de forma audible antes de seguir. Tenía la boca seca, pero su conciencia por primera vez en mucho tiempo comenzaba a estar limpia—. A pesar del rechazo abierto de Leathan hacia su sugerencia, he visto a Ail hablar con su sobrino tras la reunión, y no creo que sus intenciones fuesen buenas. Solo quería avisarte de ello. En el tiempo que has estado fuera, Carr ha ocupado tu lugar, entrenando a los hombres junto a Netchal y David. Tiene fuertes aliados y amigos entre los *highlanders* más jóvenes.

Broc asintió lentamente.

—No me sorprende. Carr es demasiado ambicioso como para conformarse con los privilegios que Ail le ha ido otorgando. Siempre ha sido muy tenaz y diestro con la espada. Lo que en realidad desea es ser la mano derecha de Leathan.

Los ojos de Dalziel no se perdieron un solo gesto de Broc mientras este le desgranaba el carácter de Carr. Era impresionante cómo el muchacho conocía la naturaleza de los miembros del clan.

—Gracias por la advertencia —finalizó Broc, ofreciéndole el antebrazo, un gesto que sorprendió y emocionó a Dalziel y que el anciano no dudó en aceptar, estrechándolo contra el suyo. Estaba claro que Broc ya sospechaba lo que él le había contado, así que el que le diese las gracias fue solo un gesto de respeto que lo conmovió hasta lo más profundo.

Broc enarcó una ceja cuando vio la expresión del anciano que parecía estar debatiéndose interiormente sobre la idoneidad o no de hacerle una pregunta.

—¿Es cierto que tienes un lugar a donde ir? ¿Un nuevo clan? —preguntó finalmente Dalziel.

Broc le miró antes de tomar las riendas y subir a lomos de su caballo, tan rápido que

Dalziel dio un paso atrás cuando el animal se removió inquieto hacia los lados, hasta que Broc lo tranquilizó tocándole suavemente el cuello.

—Eso espero —contestó Broc, consciente de que quizás Bruce pidiese su cabeza en cuanto él pusiese un pie en tierras de los Gordon.

III

Broc no podía creer que fueran tan estúpidos como para intentar matarle a tan solo medio día de distancia de las tierras del clan Ross.

Sin *feileadh mor* ni ningún tipo de indumentaria distintiva, los hombres que le seguían eran imposibles de identificar y menos durante el escaso periodo de tiempo en que habían sido visibles para Broc; sin embargo, no necesitaba tener más información sobre ellos para estar seguro de quién los había enviado y de cuál era su propósito.

Sus perseguidores eran cinco, y Broc sabía que no podía dejarlos atrás, así que buscó un lugar escarpado desde el que tener cierta ventaja y sorprenderlos. Y su plan habría ido bien si un muchacho y un niño, cabalgando en un único caballo, no se hubiesen interpuesto en su camino.

Todo se complicó cuando ellos aparecieron de pronto procedentes de una zona boscosa, al mismo tiempo que los hombres que le perseguían se hallaban a escasa distancia de donde Broc se encontraba agazapado esperándolos.

Los *highlanders*, que vieron a su vez a los dos desconocidos, rectificaron levemente su dirección para encontrarse con ellos, sorprendiendo al muchacho y al niño que fueron rodeados impidiéndoles cualquier posibilidad de huir. A Broc no le pasó desapercibido cómo el muchacho mayor, al percatarse de la situación, intentó buscar con sus ojos una vía de escape.

Supo, sin lugar a dudas, que aquellos hombres matarían al niño y al chico cuando reconoció, incluso a pesar de la distancia, a Gowan Ross. El *highlander* era uno de los guerreros veteranos del clan, avezado en la lucha y al que no le temblaba el pulso a la hora de hacer lo que le ordenaban. Si pensaba que Broc estaba cerca, no dudaría en matar a cualquier testigo que pudiese ver u oír cómo ellos intentaban darle caza.

Si había albergado la más mínima esperanza de que los hombres enviados para matarlo no fuesen de su propio clan, desde ese instante la misma había quedado destruida.

Gowan había sido durante mucho tiempo la mano derecha de Mervin, y Broc lo conocía lo suficiente para saber que no tendría escrúpulos. Si pensaba que lo que hacía lo llevaba a cabo para preservar el bienestar y la seguridad del clan, sería implacable. Y si eso no fuese suficiente, siempre le tuvo a Broc un resentimiento que este nunca llegó a comprender.

Sabía que Gowan, además, era inteligente, lo suficiente para no dejarse engañar. Estaba seguro, y más cuando le vio escudriñar los alrededores, de que el *highlander* sabía que él no había podido aventajarlos lo suficiente como para desaparecer sin más, por lo que estaría cerca.

Broc había esperado contar con un poco de suerte, la que le hubiese otorgado el tomarlos por sorpresa, pero desterrada tal posibilidad con la aparición de aquellos chicos, y sabiendo que los *highlanders* tenían la certeza de que él se escondía cerca, sus posibilidades contra ellos eran escasas, por no decir suicidas.

Maldijo entre dientes cuando desde la distancia observó de nuevo al muchacho que montaba tras el niño intercambiar unas palabras con el cabecilla de los hombres, antes de inclinarse suavemente hacia delante y susurrarle algo al pequeño. Cuando el chico cerró la mano izquierda, con fuerza, sobre las riendas, Broc supo que no había vuelta atrás. El muchacho intentaría alguna locura para escapar y precipitaría la muerte de ambos.

Sin dilación, viendo que atacarían a los chicos, dejó el lugar en el que había estado esperándolos, tomó su montura que estaba escondida tras las rocas, y espoleó a su caballo para acortar la distancia que había entre él y el grupo, quedando totalmente al descubierto, ya que no

había tiempo de afrontar aquella situación de otra forma y que ofreciera a su vez a los muchachos una oportunidad de escapar.

Broc contuvo el aliento cuando, aprovechando que los hombres habían girado sus rostros hacía él, el chico sacó una espada de entre los ropajes de su montura y atacó al hombre que tenía a su espalda, el cual no previó su movimiento hasta que este prácticamente le enterró la espada en las entrañas.

El gruñido del hombre al caer alertó al resto que, de inmediato, reaccionaron.

Uno de ellos persiguió al chico que aprovechó el resquicio que había dejado el hombre a quien había matado para dar media vuelta a su caballo, alejarse unos metros y bajar al niño, el cual salió corriendo de nuevo hacia el bosque, sin mirar atrás.

Al muchacho, atento a la partida del niño, apenas le dio tiempo a girarse cuando un golpe le hizo caer al suelo. El quejido que salió de su garganta al impactar contra la tierra quedó opacado por el gruñido del *highlander* que lo derribó y que, desmontando ágilmente de un salto, se encaminó hacia él con la espada en la mano y la mirada de un hombre que deseaba teñir el suelo con la sangre de su enemigo. Al verlo, Broc espoleó con más fuerza su caballo, con la esperanza de que el chico pudiese aguantar lo suficiente hasta que él llegase, ya que su oponente, al que reconoció al instante, era uno de los guerreros más jóvenes e inexpertos del clan y que en su opinión carecía de la experiencia y la destreza de otros miembros del mismo.

Broc desvió la vista cuando, próximo al lugar, el propio Gowan y otros dos guerreros Ross se abalanzaron sobre él.

El puñal que había extraído con anterioridad del interior de su bota lo empuñó con su mano izquierda, la misma que sostenía las riendas, soltándolas un instante para lanzárselo al hombre que le atacó primero. El *highlander* cayó del caballo cuando la afilada hoja le atravesó la garganta.

Rápidamente siguió hacia los dos hombres restantes, blandiendo su espada con la mano derecha y creando un arco perfecto de arriba abajo cuando, al pasar entre las monturas de sus dos oponentes, inclinó su cuerpo hacia un lado, en una postura casi imposible, consiguiendo con la sola fuerza de sus piernas mantenerse sobre ella. De esa forma, alcanzó a uno de los guerreros, infligiéndole una herida profunda en su costado y provocando que cayera sobre el lateral de su montura.

El otro *highlander*, Gowan, cuyo caballo hizo un extraño que lo desequilibró, también terminó en el suelo. Broc giró con rapidez, para enfrentarlo, pero no la suficiente como para esquivar el puñado de tierra que Gowan le lanzó a los ojos.

Soltando un gemido por la horrible quemazón, Broc apretó los dientes cuando sintió cómo un par de manos lo tiraban de la montura. El cabezazo hacia delante que lanzó a ciegas dio de lleno en su objetivo, cuando un crujido, que sonó igual que el de un hueso al romperse, unido al grito de agonía que profirió su atacante, se escuchó cerca de su oído. Sin embargo, eso no evitó que Gowan lo alcanzase. El dolor sordo que sintió en el costado, en la misma zona donde todavía no había terminado de cicatrizar una de las heridas que lo habían tenido postrado en una cama por más de dos semanas, le hizo tensar todo el cuerpo, retrocediendo con rapidez. La mano que se llevó allí de forma instintiva se humedeció con el fluido que empezó a empapar su camisa.

Sin ver con claridad, Broc se puso en guardia de nuevo cuando percibió, a pesar de la visión borrosa y los ojos enrojecidos, la silueta de aquel que había conseguido herirlo. A sus espaldas escuchó el sonido de choque de espadas y rogó para que el muchacho pudiese aguantar un poco más.

—No puedes vencer, bastardo. Eres hombre muerto —exclamó Gowan con furia.

Broc forzó una postura ambigua, desorientada, fingiendo que sus ojos seguían completamente cegados por el polvo y la tierra que los había anegado un momento antes.

—Hablas demasiado —contestó Broc girándose levemente hacia su izquierda, dejando su costado derecho desprotegido y al alcance de su oponente. Era una apuesta arriesgada, pero la única que podía funcionar.

Gowan, creyendo que Broc desconocía su posición, con la certeza de que no podía verle tras su magistral argucia y teniendo a su alcance el costado desprotegido del *highlander*, inició la acción, con la furia corroyéndole por dentro para acabar de una vez por todas con aquel bastardo que debería haber muerto nada más nacer. No era una lucha justa, como tampoco había sido cegarlo, pero si quería acabar con Broc debía hacerlo de aquella manera y aprovechar que el bastardo estaba en desventaja para asegurarse de que no viviera un día más.

Broc por su parte, con una templanza difícil de igualar, esperó hasta el último momento, conteniendo incluso el aliento, inmóvil, fingiendo estar desorientado, antes de girar hacia el lado contrario y repeler la espada de Gowan que, desequilibrado, no pudo hacer nada para evitar que la afilada hoja de Broc le hiriera en la espalda. Con un gruñido de dolor, Gowan se revolvió como si fuera una fiera, dispuesto de nuevo a atacar, para encontrarse con que ya era tarde. Aquel bastardo había sido más listo que él, más rápido y al final había conseguido herirlo de muerte. Ese fue el último pensamiento del *highlander* antes de mirar hacia abajo para contemplar cómo su sangre manaba de su pecho antes de que Broc, de un solo movimiento, extrajera la espada de su cuerpo. Su único consuelo fue saber que él, a su vez, también le había infligido una herida grave. Solo deseó con su último aliento que fuese mortal.

Cuando el cuerpo de Gowan se desplomó sobre el suelo, sin vida, Broc se giró hacia el chico que aún seguía aguantando los envites de su oponente, con una destreza impropia de un muchacho de aquella edad. Tenía que reconocer que era hábil con la espada, si es que lo que llevaba en la mano se le podía llamar así. Era increíble cómo había conseguido resistir hasta el momento a los golpes de Lorne: un *highlander* que era dos veces más grande que él y con una fuerza muy superior a la del chico.

Broc no lo pensó y actuó cuando Lorne se acercó lo suficiente al muchacho como para desequilibrarlo con un empujón, con tan mala suerte que la cabeza del chico impactó contra una roca que sobresalía del terreno, dejándolo momentáneamente desorientado. La intención de Lorne, que levantó su espada por encima de su cuerpo, estaba clara. No iba a tener piedad del chico; iba a partirlo en dos.

Broc apretó los dientes y acortó la distancia que lo separaba del *highlander*, llegando justo a tiempo de interponer su espada en el camino de la hoja de Lorne que, con una fuerza casi inhumana, descendía hacia el cuerpo del chico. Broc consiguió detener el golpe y ambas hojas quedaron cruzadas a escasa distancia de la cara del muchacho, quien se despejó lo suficiente como para mirar con horror la cercanía de las dos espadas.

La sorpresa se adueñó de la cara de Lorne por un instante que, con los ojos expresivos y más abiertos de lo normal, miró a Broc como si no pudiese creer que aún siguiese entre los vivos.

—Baja la espada —le ordenó Broc, manteniendo a raya, como si no le supusiese ningún esfuerzo, la presión que el *highlander* ejercía sobre su arma, evitando que ambas espadas se acercasen más al rostro del chico.

—Pero, ¡¿qué estás haciendo?! —preguntó el muchacho con un chillido que hizo que los oídos de Broc prácticamente sangraran. Su voz más grave al principio, se fue tornando aguda al final, lo que reforzó la primera impresión de Broc al pensar que el chico no debía de tener más de catorce o quince años.

—Suéltala y te dejaré vivir —siguió Broc mirando fijamente a Lorne, obviando la clara indignación del muchacho que seguía tirado en el suelo bajo las hojas de sus espadas.

—¿Le dices solo que suelte la espada? Está claro que algún golpe te ha dejado mal de la cabeza. ¡Que quería matarme! —volvió a gritar el chico a Broc, sin poder moverse un ápice.

Ambos *highlanders* siguieron ignorando al muchacho, manteniendo la mirada de uno clavada en la del otro como si, además de sus espadas, estuvieran manteniendo otra contienda con sus ojos, igual de feroz y decisiva.

—No puedo —sentenció Lorne—. No puedo volver sin haberte matado antes —escupió, y Broc pudo detectar, bajo toda la rabia que sus palabras desbordaban, un deje de desesperación, al igual que el brillo de angustia que asoló los ojos del *highlander* cuando barrió el claro y vio a sus cuatro acompañantes muertos, abatidos sobre la tierra por la espada de Broc y la del muchacho.

—No deberías morir por la ambición y la codicia de un puñado de hombres. Ni siquiera es por el bien del clan, y lo sabes. Eres inteligente, piensa por ti mismo. Elige vivir y volverás para llevarle un mensaje a la persona que os ha enviado para acabar conmigo —respondió Broc, despacio, con un tono de voz que hizo que Lorne tragase saliva con dificultad y que sus manos empezaran a temblar acusando el esfuerzo que le suponía intentar doblegar a Broc Ross cuando en realidad sabía que este podía acabar con él en cuanto quisiera.

—Si no vais a mataros, ¿podríais hacerme caso y alejar vuestras espadas de mi cara para que pueda levantarme?

En esa ocasión, Broc desvió su mirada hacia el chico, y por primera vez pudo observarlo con atención. Era muy delgado y parecía de constitución débil, pero a tenor de cómo había matado a uno de los hombres y había sido capaz de contener a Lorne, debía de ser más fuerte de lo que aparentaba. Tenía el pelo castaño y corto, tanto que podía verse perfectamente su cuello esbelto y níveo; sin embargo, por delante, un mechón de cabello espeso y largo cruzaba sus facciones desde su frente hasta el pómulo derecho, ocultando prácticamente la mitad de su rostro. De hecho, solo uno de sus ojos era visible, de un castaño tan claro que parecía ser del color del bronce y que le devolvía la mirada con una determinación y una seguridad impropia para alguien de su edad. En su mejilla izquierda había una cicatriz que la cruzaba, delgada y aún rosada de una herida reciente. Varios manchurrones de lo que parecía barro se extendían por su barbilla y llegaban hasta el borde de una boca que parecía demasiado pequeña para albergar unos labios tan voluptuosos.

Broc dejó de mirar al chico y centró de nuevo su atención en el *highlander* cuando este, de improviso, suavizó el agarre sobre la empuñadura de su arma y lentamente la apartó, en señal de rendición.

—De acuerdo, volveré, pero no por lo que acabas de decir, sino porque quiero vivir lo suficiente para verte muerto. Ambos sabemos que eres un bastardo y un maldito traidor —exclamó entre dientes Lorne.

El silencio que siguió a esas palabras se alargó hasta que el muchacho lo cortó de forma abrupta.

—Tenías que haberlo matado —aseveró dirigiéndose a Broc con voz grave, como si le estuviese haciendo una confidencia mientras se ponía en pie.

Broc lo miró fijamente y el muchacho enarcó su única ceja visible, haciendo un mohín con los labios que le otorgó un aspecto granuja.

—No me mires así, el que está tomando aquí malas decisiones eres tú —continuó el chico.

—Ya que no sabes qué es lo que está pasando, te agradecería que te mantuvieses callado por un instante —siseó Broc en respuesta, a quien la actitud del muchacho le divertía y lo exasperaba a partes iguales.

El chico sonrió de medio lado, provocando que la cicatriz que marcaba su mejilla izquierda acentuara aún más el hoyuelo que se dibujaba en ella.

—Perfecto, y como no me necesitas, que controlas la situación, mejor me voy —contestó el muchacho, andando hacia atrás lentamente.

Broc se mordió el labio inferior para no esbozar una sonrisa ante esa actitud.

—Ni se te ocurra dar un paso más. No vas a ir a ningún lado.

El muchacho se detuvo y miró a Broc claramente contrariado.

—¿Me lo vas a impedir tú?

—Acabo de salvarte la vida —respondió Broc sin apartar ni un momento los ojos de él aun cuando estaba pendiente de cualquier movimiento que pudiera hacer Lorne.

—Si no fuera por estos hombres que te buscaban, mi hermano y yo no hubiésemos estado en peligro —señaló rápidamente el chico—. Además, podía yo solo.

—Sí, ya me he dado cuenta —contestó Broc y la fina ironía no pasó desapercibida para ninguno de los presentes.

El chico miró fijamente a Broc con la furia brillando en su único ojo visible.

Unos pequeños pasos procedentes del bosque hicieron volverse al muchacho, provocando que la mirada de Broc también se desviara hacia allí. El niño que apareció de pronto entre la arboleda, el mismo que se había escondido antes, se acercó hasta ellos ralentizando el paso según se acercaba, mirando con ojos desorbitados los cuerpos de los cuatro hombres que se hallaban en el suelo sin vida.

El muchacho se apresuró a llegar hasta el pequeño y lo abrazó cuando el niño se lanzó hacia él, escondiendo la cabeza entre los brazos de su hermano y aferrándose a su cintura como si aquello fuese su salvación.

Broc aprovechó ese instante para centrar de nuevo su atención en Lorne.

—Dile a la persona que te ha enviado que no habrá próxima vez. Que esto acaba aquí y ahora. Dile que sé a lo que más teme y que no dudaré en llevarlo a cabo si vuelve a intentarlo —dijo Broc con determinación y ahínco—. Dile que no soy una amenaza, a no ser que me obligue a ello. Y que, si se detiene aquí, me mantendré al margen y alejado.

Lorne se mantuvo callado, aunque la tensión que exudaba su cuerpo hablaba de lo que le estaba costando contenerse.

—Estás muy seguro de saber quién es —farfulló Lorne entre dientes cuando Broc terminó de hablar—. Créeme, somos muchos los que deseamos tu muerte.

Broc dio un paso más hacia el *highlander*, y este, de forma instintiva, estuvo a punto de alejarse.

—Pero solo hay uno que me teme lo suficiente como para intentarlo tan desesperadamente.

Lorne le sostuvo la mirada, aunque tuvo que apretar los dientes para evitar desviarla ante la perspicacia y la fuerza que desprendían los ojos de aquel bastardo que había matado a tres de los mejores guerreros de su clan él solo.

—Y, una cosa más. Si vuelves a levantar tu espada contra mí, será lo último que hagas —sentenció Broc—. Y ahora, coge tu caballo y vete.

Lorne dio unos pasos hacia atrás, sin apartar sus ojos de los de Broc. Cuando se hubo alejado lo suficiente para poder darle la espalda, escupió en el suelo en señal de repulsa, y

después desvió su mirada un momento hasta el muchacho y el niño que permanecían en el mismo sitio observándolo, antes de girarse, montar en su caballo y largarse de allí.

Broc mantuvo sus ojos fijos en Lorne hasta que este se hubo alejado, antes de centrar toda su atención en el muchacho y el niño que, disimuladamente, se habían dado la vuelta para marcharse.

Si aquel muchacho pensaba que podían desaparecer sin más, iba a llevarse una desagradable sorpresa.

IV

—Deteneos los dos —ordenó Broc al mismo tiempo que se llevaba la mano al costado para intentar taponar la herida que no cesaba de sangrar. Si no cortaba la hemorragia pronto, no llegaría muy lejos. Ya empezaba a sentirse algo mareado, y el hecho de que no se hubiese recuperado todavía de las graves heridas que sufriera semanas atrás no ayudaba.

—No, nosotros nos vamos —exclamó el chico sin hacer el amago de girarse para enfrentarse a Broc, y el *highlander* supo en ese instante que lo que nadie había conseguido durante toda su existencia aquel chico de medio rostro podría lograrlo de forma natural: acabaría con su paciencia.

Broc masculló por lo bajo. Ninguno de los dos era de su incumbencia, pero un muchacho y un niño solos, en aquellas tierras, estaban expuestos a miles de peligros. Por la indumentaria de ambos, unas calzas, y una improvisada prenda de abrigo sobre lo que parecía una especie de camisola de recia tela, no había nada que pudiese orientar a Broc sobre su procedencia o el clan al que pertenecían, pero estaba claro que atravesaban una situación difícil. En su fuero interno creció la necesidad de no dejarles a su suerte. Sobre todo, al niño.

—¿A dónde os dirigís?

Esa pregunta consiguió que el chico se detuviese y después se girara hacia él. Con una mirada que podría helar el infierno y su mandíbula bien apretada, como si le estuviera resultando difícil contenerse, contestó a Broc como si le hiciese un favor.

—No te importa.

El *highlander* esbozó una ligera sonrisa que no llegó hasta sus ojos. Aquel chico tenía agallas; había que concederle eso, pero también destilaba una furia interna y unas ansias desmedidas por mandar al mismísimo infierno al que intentase acercarse, que fue imposible no sentir cierta simpatía por él. Broc conocía demasiado bien esa desconfianza, tan visceral y arraigada como una segunda piel, que supo que, si no era él quien cedía, si no tendía la mano primero, aquel muchacho simplemente se revolvería, cerrándose a él de manera absoluta.

—No debería importarme, no, pero la cuestión es que me interesa. Si vais en la misma dirección que yo, sería más seguro para vosotros.

La expresión del chico, y eso que solo podía verle media cara con el mechón de pelo que obstinadamente ocultaba la otra mitad, se endureció ante sus últimas palabras.

—Nos hemos apañado bien hasta ahora. No te necesitamos —exclamó con una seguridad aplastante. Sin embargo, Broc le vio titubear cuando el niño tiró de su mano llamando su atención. Observó cómo la mirada que ambos compartieron durante una eternidad terminó con una maldición entre dientes del muchacho y la derrota en su rostro. Broc comprendió en aquel instante otra cosa importante acerca del chico y es que este haría cualquier cosa por el niño, incluso tragarse su orgullo. Eso le pareció tan maduro y elogiable en un chico de su edad que quiso a su vez salvaguardar el orgullo del muchacho, dándole una salida para aceptar haciéndole pensar que el viajar juntos sería beneficioso para ambos, aunque no fuese cierto.

—También sería mejor para mí… si viajásemos juntos —dijo Broc con voz templada y grave.

La sorpresa que se reflejó en el rostro del muchacho no le pasó desapercibida, ni tampoco el brillo de entendimiento que iluminó después su iris de color bronce. El chico era inteligente y observador, y Broc ya esperaba que le dijese que no cuando la expresión del niño, con sus ojos

más abiertos de lo normal, llamó la atención de ambos, sobre todo cuando este tiró de la mano de su hermano para que se moviera y acortara la distancia que los separaba de Broc hasta quedar frente al *highlander*.

El niño frunció el ceño con lo que pareció un gesto genuino de preocupación antes de señalar el cuerpo de Broc. Él siguió la mirada del pequeño hasta su propia mano, que aún sobre su costado presionaba la herida sobre la tela manchada con su sangre, de tal manera que esta se escurría por sus dedos. El miedo que anidó sobre los ojos del niño hizo que Broc se acercara hasta él y plantara una rodilla sobre la tierra para quedar a su altura. Ahora que lo veía tan de cerca, Broc se percató de que el niño no parecía estar bien. Los surcos oscuros debajo de sus ojos y su extrema delgadez, así como la tristeza y la fragilidad de su mirada, le dijeron que el pequeño estaba enfermo.

El muchacho, debido al escrutinio de Broc, hizo el amago de separar y alejar de él al pequeño, pero este se resistió, mirando fijamente al *highlander*.

—Es solo una herida, no debes temer nada —explicó Broc con suavidad.

Los ojos del niño, de un color azul oscuro que a Broc le recordó a los de Kam Gordon, no parecieron convencidos.

—¿Te asusta que esté herido? —preguntó Broc, y el leve temblor que se adueñó del cuerpo del niño fue suficiente respuesta.

—No te preocupes, es solo un corte, pero habrá que quemarlo para que deje de sangrar. Solo eso.

Broc no pudo evitar que una leve sonrisa se esbozara en sus labios cuando el pequeño miró rápidamente a su hermano mayor alzando las cejas, apremiándole con determinación a que interviniera. Los gestos del niño unidos a sus enormes ojos eran una constante fuente de información. No le hacía falta hablar para expresar lo que quería. Broc en ese instante se preguntó si el pequeño no hablaba porque no podía o porque no quería hacerlo delante de él.

—No, Calan, ni aunque estuviera al borde de la muerte —contestó el chico a la muda petición de su hermano.

Broc pensó que el niño, a quien ahora podía ponerle nombre, callaba en la misma proporción que su hermano mayor tenía una lengua demasiado afilada.

—Tranquilo, Calan; no me hace falta ayuda para eso, puedo hacerlo yo solo —quiso tranquilizar Broc al pequeño, desviando su atención después hasta su hermano mayor, que al escucharle puso los ojos en blanco.

El niño no pareció muy de acuerdo con la apreciación de Broc, y miró con determinación a su hermano, manteniendo de nuevo una silenciosa conversación con él que acabó cuando volvió a tirar de la mano del muchacho con obstinación.

La cara del mayor, que parecía que estuviese tragando tierra, denotaba su total disconformidad, pero ante el asentimiento enérgico de la cabeza de Calan, se rindió.

—De acuerdo…, le ayudaré con la herida y después viajaremos con él, pero solo si nos conviene —espetó el muchacho entre dientes y haciendo énfasis en sus últimas palabras con un tono de voz más grave de lo normal, antes de levantar su mirada, desviándola del niño para centrarse en Broc.

—¿Hacia dónde te diriges tú? —preguntó el muchacho con un tono de voz para nada cordial.

Broc enarcó una de sus cejas. El chico tenía mucho carácter. La entereza y la templanza que desplegaba a pesar de lo que acababa de vivir le dijo mucho de él. Cualquier otro estaría aún temblando porque un puñado de desconocidos los hubiesen acorralado con la intención de

deshacerse de ellos. Cualquier muchacho de su edad no hubiese encarado a un oponente como él lo había hecho, con la confianza que solo la experiencia o un adiestramiento temprano otorgaba. Todo eso llevó a Broc a pensar que aquel chico era más de lo que aparentaba.

—A Obar Dheathain, exactamente a tierras del clan Gordon.

Broc vio al muchacho pensar durante un instante; sin embargo, su expresión, ese medio rostro del que era testigo, apenas dio muestras de indecisión. Si no fuese por el leve ceño fruncido y sus labios algo más apretados que un instante atrás, nada le hubiese indicado que el muchacho estaba sopesando si les convenía viajar con él o no. Algo le decía a Broc, ese instinto que había aprendido a no ignorar, que aquellos dos desconocidos tenían algo que ocultar, y que, si quería, independientemente de ello, ayudarlos, debía dejar que el muchacho decidiera por sí solo, aunque él intentara ponérselo más fácil a fin de que aceptara.

—Mientras te lo piensas, si me permites, voy a ocuparme de mi herida antes de que me desplome delante de vosotros —comentó con una sonrisa sesgada.

Broc se agachó para recoger unas ramas secas a fin de hacer un pequeño fuego para poder calentar la hoja de su puñal y quemar con él el corte profundo que empezaba a debilitarlo.

El niño se soltó rápido de la mano de su hermano y ayudó a Broc a rebuscar ramas mejores con las que el *highlander* pudiese llevar a cabo su cometido.

La sorpresa en la cara del hermano mayor habría sido cómica si no fuese porque corrigió su expresión al instante para disimularlo.

—Sé cómo se llama tu hermano, pero desconozco tu nombre. Así es difícil mantener una conversación —dijo Broc al chico mientras aceptaba de manos del pequeño suficientes ramas para hacer lumbre.

—Yo no sé el tuyo y aquí estamos. Hablando —dijo el chico cortante.

Broc miró al pequeño que se había quedado quieto al escuchar a su hermano, y vio cómo este fruncía el ceño y soltaba un pequeño bufido ante la respuesta de este. Luego lo miró a él como si le estuviese pidiendo perdón por las palabras de su hermano mayor. La verdad es que la situación era grotesca. Acababan de intentar matarlos, estaba herido y empezaba a sentir el cansancio que la pérdida de sangre estaba causando en su cuerpo. Sabía que aquellos dos desconocidos guardaban algo y, a pesar de todo ello, una sonrisa genuina acudía a sus labios con recurrencia cuando los veía interactuar entre ellos. Su curiosidad, esa que no era acuciada a no ser que fuese importante para su seguridad, se despertó desde el mismo instante en que el chico hizo gala de un comportamiento inusual en alguien de su edad, incrementada al observar la apariencia desmejorada del pequeño que, a pesar de la fragilidad que aparentaba, miraba con una fuerza y una obstinación difícil de ignorar.

—Pertenezco al clan Ross y mi nombre es Broc —dijo con despreocupación, intentando que el chico se relajara un poco.

—Broc significa tejón, normal que quisieran matarte —contestó el muchacho con una media sonrisa de satisfacción.

Broc tuvo que morderse el labio inferior para no sonreír también. Aquel chico era todo un personaje.

—¿Por eso no me quieres decir tu nombre? ¿Porque es tan horrible que temes que se rían de ti? —preguntó Broc, y vio al chico alzar una ceja, aunque la tenue sonrisa que se dibujó en los labios del niño al escucharlo hizo que la expresión del hermano mayor cambiase al instante. Broc juraría que había visto cierta humedad en su único ojo visible, como si lo que acabase de presenciar fuese algo especial y extremadamente valioso.

—Por lo menos podrías decirme a qué clan pertenecéis, y por qué ambos estáis viajando

solos —continuó Broc levantando una mano cuando vio la intención del chico de protestar, ya repuesto de su momentánea turbación—. Imagino que vas a decirme que no me importa, pero esa respuesta no te va a servir para siempre, y lo sabes —continuó Broc mirándolo fijamente. Si el chico no era consciente de que hasta ahora habían tenido mucha suerte y que su secretismo despertaría la desconfianza de aquellos clanes o viajeros con los que se cruzasen, era hora de que empezase a pensarlo.

—Mi nombre es Fie, y no pertenecemos a ningún clan —contestó con fiereza.

Broc siguió mirándolo, viendo cómo este se estremecía levemente bajo su escrutinio. Si le dirigió en aquel instante aquella mirada, esa que convencía a sus oponentes de que no podían engañarlo, de que no tenían escapatoria, fue porque cuanto más hablaba con el muchacho, cuanto más estaba en presencia de ambos, más seguro estaba de que los dos chicos huían de algo.

Broc sintió la mano del pequeño sobre la suya, llamando su atención, obligándole a desviar la mirada de su hermano y centrarse en él. El niño señaló el pequeño fuego que había hecho y Broc se asombró de que, siendo apenas un chiquillo, lo hubiese conseguido tan rápido. Eso le dijo que la situación en que se encontraban los hermanos debía de haberse prolongado por un tiempo, porque aquello dejaba claro que no era la primera vez que Calan se ocupaba de hacer fuego.

Broc sacó su puñal y lo sostuvo mientras lo acercaba a la llama dejando que la hoja se calentara lo suficiente. Cuando levantó la tela que cubría su costado con su mano izquierda, apretó los dientes, sabedor del dolor que experimentaría en breves segundos cuando la lengua de fuego castigara su piel sin piedad alguna.

—Espera, permíteme que te ayude —dijo Fie arrodillándose junto a él. El *highlander* no pudo evitar fijarse en que su voz había sonado menos firme, como si el hecho de verle sufrir dolor le afectara de alguna manera. Desde luego que aquel muchacho era una pura contradicción. Solo unos segundos atrás parecía dispuesto a enviarlo al infierno, sin que nada en él hiciese pensar que sentía algún tipo de empatía por él, y ahora…

—Tienes el costado hecho un asco.

Broc miró a Fie, mientras este observaba su costado con una expresión entre sorpresa, repulsa y fascinación.

—Lo de que te hieran parece ser una costumbre, ¿no? —continuó Fie con un pequeño mohín en sus labios, ajeno a la forma en que lo estaba mirando Broc—. Sé que soy mucho más joven que tú, pero, un consejo: intenta la próxima vez que no se te acerquen lo suficiente como para hacerte otro agujero. Es mejor, créeme.

—Si sigues hablando, voy a preferir desangrarme —dijo Broc.

Fie miró al *highlander* y este sintió el preciso instante en que el muchacho decidió con esfuerzo morderse la lengua. No porque no se atreviera, sino porque estaba seguro, después de ver su expresión al mirarle a los ojos, de que este se había dado cuenta de que, con su diatriba, aparte de hacer tambalear su paciencia, de una forma inesperada lo divertía, y Broc estaba seguro de que esa no era la reacción que el muchacho pretendía obtener con sus comentarios mordaces.

Broc no pudo pensar en nada más cuando Fie tomó el puñal de su mano tan rápido o más a como lo acercó a su carne y lo presionó sobre ella. Antes de cerrar los ojos, Broc pudo comprobar en la expresión de aquel demonio que este pareció disfrutar con su sufrimiento, borrándole la sonrisa de los labios.

Conteniendo la respiración, apoyó su mano derecha sobre la tierra cuando el dolor se agudizó, matando en su garganta el gruñido que estuvo a punto de salir de ella.

La pequeña mano en su espalda le hizo abrir los ojos. Los de Calan estaban fijos en él,

precavidos, asustados; sin embargo, lo que más le sorprendió no fue eso, sino contemplar en el rostro de Fie lo que parecía ser un atisbo de preocupación.

—Has disfrutado ayudándome, ¿verdad? —preguntó Broc con ironía porque, sin estar seguro de la razón, quería ver de nuevo relucir el fuego en la mirada del chico.

—No, ni un poquito —respondió este con igual ironía, y Broc se encontró, a pesar del dolor, soltando una pequeña carcajada.

La risa baja y apenas audible de Fie se unió a la de él al mismo tiempo que una sonrisa más amplia se dibujaba en los labios de Calan.

—Está bien. Te acompañaremos a Obar Dheathain —decidió de pronto Fie.

Broc asintió antes de ponerse en pie, no sin cierta dificultad. Se sorprendió cuando Fie, con un medio gruñido se dirigió hacia su montura para luego volver con un trozo de tela en la mano, con la que le ayudó a vendar su herida.

Cuando Broc iba a dirigirse a su propio caballo después de asegurarse de que los dos hermanos estaban montados en el suyo, un carraspeo proveniente de Fie lo hizo detenerse.

—Gra… gracias —dijo finalmente el muchacho con cierto esfuerzo.

La vulnerabilidad que por un instante vio en la mirada del joven, esa que le decía que sabía perfectamente por qué Broc les había pedido que viajaran con él, fue algo que el *highlander* no esperó de aquel chicho y que lo sorprendió, tanto como el sentimiento de protección que surgió en su interior hacia ambos hermanos y que reforzó su determinación de averiguar qué era lo que ocultaban y de qué forma podía ayudarlos.

V

—¿Por qué no preguntas lo que deseas saber? —dijo Broc sentándose cerca de donde el pequeño Calan se acurrucaba dormido junto a su hermano.

Fie le miró a los ojos con gesto burlón.

Aquel hombre era demasiado intuitivo, algo que ni Calan ni él podían permitirse.

Antes de encontrarse con el *highlander*, Calan y él llevaban varios días de viaje desde el último lugar en el que pudieron comer caliente y dormir sin estar expuestos a las inclemencias del tiempo, aunque no había sido la única vez. Junto a Calan, Fie llevaba durmiendo a la intemperie de manera intermitente durante semanas. Lo peor habían sido los días de lluvia y frío en los que no había podido conseguir que el pequeño durmiera bajo un techo que lo resguardara. Una cueva, varios tablones que apenas se sostenían de una cabaña deshabitada y maltratada por el tiempo habían sido, en el mejor de los casos, el refugio que Fie había podido ofrecer a Calan.

Durante los días que llevaban compartiendo viaje con Broc, las conversaciones con el *highlander* habían sido escasas, recurriendo a monosílabos para contestar a sus preguntas para intentar disuadirlo de querer saber más sobre ellos. Sin embargo, Broc había resultado ser un hombre de paciencia infinita, extremadamente sutil y con una innata elegancia para sonsacar información, cualidades todas ellas que Fie no recordaba haber presenciado todas juntas en otra persona y que podían sacar de quicio a cualquiera. Demasiado inteligente para abordarlos de forma directa, más de una vez el *highlander* le había sorprendido con la guardia baja, haciendo que un simple comentario salido de sus labios de forma neutra y sin revelar nada se convirtiese en un nuevo intento de desgranar el pasado de Calan y el suyo.

Y no es que Fie, a su vez, no tuviese curiosidad por saber cuál era la historia del *highlander*, que la tenía, sino que evitaba a toda costa que Broc Ross creyese que, si saciaba su curiosidad, eso le daría el derecho a exigir lo mismo.

—De acuerdo —dijo Fie—, pero no creas que esto va a ser algo recíproco. Yo no tengo nada que contarte a cambio.

—No esperaba menos —contestó Broc, y Fie tuvo que morderse el labio inferior para evitar que el *highlander* se diese cuenta de que aquella contestación, su clara ironía, muy a su pesar le había hecho gracia.

Fie rozó los cabellos de Calan que se removió inquieto mientras dormía, hasta que su respiración, que se había agitado por unos instantes, volvió, tras su caricia, a escucharse calmada y con una cadencia armónica.

—Esos hombres que nos atacaron dijiste que eran de tu clan —dijo Fie señalando los colores del *feileadh mor* de Broc. ¿Por qué quiere matarte tu propia gente? —preguntó, suavizando su tono al final. El pequeño mohín con la que frunció sus labios le hicieron parecer más joven aún de lo que aparentaba.

La calidez que acarició el interior de Broc fue completamente inesperada. Estaba acostumbrado a estar solo y a cuidar de sí mismo, sin esperar nada de nadie. Así que comprobar cómo Fie modulaba su voz, teniendo cuidado, como si quisiese pasar de puntillas a la hora de hacer su pregunta, pensando que este sería un tema doloroso para Broc, le sorprendió y le pareció un gesto considerado y tierno. Una actitud muy diferente a la insensibilidad que con tanto ahínco se esforzaba por aparentar el muchacho. Así que, con aquel tono de voz, su ceño fruncido y su innata curiosidad, Broc acababa de comprobar que su instinto no le había fallado y que aquel

chico que cuidaba de su hermano Calan de forma protectora y entregada no era tan indiferente y falto de empatía como se esforzaba por aparentar. Algo que, si en verdad viajaban solos y no tenían a nadie, era un problema.

Quería advertirle que si quería sobrevivir jamás debía bajar la guardia, y menos dejar que los demás descubrieran que tenía un noble corazón, como Broc había podido comprobar en los últimos días, en la forma cariñosa en la que Fie hablaba y trataba al pequeño Calan, y en su afán y manera de protegerlo como si así pudiese evitar que cualquier mal lo rozase.

Broc podría haberle dicho todo lo que pensaba, pero se encontró a sí mismo queriendo proteger ese gesto de comprensión y genuina preocupación que el chico había tenido hacia él como algo preciado en un mundo donde gestos como ese eran solo una utopía. Quiso arropar esa pizca de inocencia que aún podía verse bajo un millar de capas que con tanto cuidado erigía el muchacho a su alrededor.

En los días que llevaban viajando juntos, los dos hermanos, tanto Fie como Calan, estaban resultando ser toda una sorpresa. Le recordaron, en su forma de tratarse, de protegerse y en su complicidad a otros dos hermanos a los que Broc les había puesto rostro hacía muy poco tiempo. Unos hermanos que habían conseguido tambalear su mundo y que le habían dado esperanza. Ahora deseaba comprobar si su instinto le había jugado una mala pasada o si en verdad podría formar parte del clan Gordon.

—Es complicado —contestó Broc despejando hacia atrás con sus dedos los mechones de pelo que habían caído rebeldemente sobre su frente, dejando a un lado sus últimos pensamientos.

—¿Cómo de complicado? —preguntó Fie, carraspeando cuando la voz le salió más aguda de lo normal. Un brillo travieso iluminó su único ojo visible antes de proseguir, haciéndole parecer aún más grande y expresivo de lo que ya era de por sí—. ¿Es complicado en la forma: «me quieren matar porque, aunque me considero un hombre de honor y un buen *highlander*, he hecho algo que merece que me claven puñales ardiendo y me despellejen vivo poco a poco hasta que sufra las iras del infierno por lo miserable, despreciable y canalla que he sido», o es complicado en el sentido de que «soy la peor persona de este mundo y merezco pudrirme en una agonía sin fin y ahogarme con mi propio vómito»? —finalizó sonriendo de medio lado como si decir aquello le hubiese provocado un secreto placer.

—Vaya, no pensaba que me tenías en tan alta estima —comentó Broc entre dientes.

Fie asintió con gravedad.

—Y cada día que pasa, más. Es algo incontrolable —soltó Fie sacudiéndose levemente como si le hubiese recorrido un escalofrío.

Broc soltó una carcajada y el chico lo miró fijamente.

El *highlander* estudió por un segundo sus facciones y frunció levemente el entrecejo aún con la sonrisa danzando en sus labios cuando Fie desvió suavemente la mirada hacia su hermano pequeño. Si no fuese porque el fuego que habían encendido frente a ellos provocaba extraños reflejos en sus rostros, Broc hubiese jurado que la mejilla del joven se había teñido de un leve color rojo producto del rubor.

—Es complicado porque mi familia lo es. Y porque es una historia que solo he compartido con una persona en toda mi vida. Un secreto así se te pega como una segunda piel y es difícil desprenderse de él.

Fie volvió a mirarlo de nuevo, como si aquellas últimas palabras hubiesen captado toda su atención.

—No pretendía ser entrometi… entrometido —carraspeó con seriedad. La oscuridad que por un momento enturbió el brillo de su ojo color miel denotó una gravedad que Broc no había

visto en el chico hasta entonces—. Lo entiendo, de verdad —continuó mirándolo fijamente.

—No lo pongo en duda —contestó Broc con la misma seriedad; sin embargo, no pudo contenerse de decir algo más, un comentario que despejase el halo de tristeza que en un momento se había adueñado del rostro de Fie y que a Broc irritó de manera irracional—. Me alegro de haberlo hablado contigo y de que hayamos llegado a la misma conclusión: que no volverás a interesarte sobre ello porque esa es una pregunta demasiado personal —continuó con una sonrisa algo canalla.

Y Broc se regocijó interiormente al ver cómo la expresión del chico cambiaba al instante. Fie bufó por lo bajo, mientras ponía los ojos en blanco, o eso intuyó, ya que aquel mechón de pelo que se obstinaba en ocultar la mitad de su cara solo le dejaba suponerlo.

—¿Por qué me dices entonces que pregunte lo que desee? Podías haberme dicho directamente que no ibas a contarme nada y nos hubiésemos ahorrado todo lo demás. Me hubieses hecho un favor —gruñó Fie.

—¿Y perderme tu cara de conmiseración? —preguntó Broc ampliando aún más su sonrisa y haciendo que el chico rechinara los dientes—. Creía haberte escuchado decir que lo entendías, ¿o no era cierto? —continuó Broc, sacando de la bolsa que había cogido de su montura un poco de pan y queso, tendiéndole parte a Fie para que lo tomase. Al pequeño Calan ya le había dado su parte cuando Fie se ausentó durante un momento para aliviar sus necesidades y asearse un poco en el agua del Loch Nis.

Broc sabía que no había nada que justificase que quisiese contárselo, y menos el hecho inaudito de desear saciar la curiosidad innata de aquel chico, y, sin embargo, se encontró a sí mismo pensando en hacerlo. Aquello lo tomó por sorpresa, así como que aquel chico le recordaba a veces a sí mismo.

Desde niño había sentido la imperiosa necesidad de proteger a los que amaba. Eso incluyó a su madre y a su abuelo, a quienes desde que era un infante les intentó ocultar en todo momento los gestos, susurros e insultos que le proferían a diario miembros del clan o su propia familia. Más de una vez había omitido el motivo de una pelea en la que se había involucrado al defenderse cuando otros niños habían intentado darle una paliza por creer que era un bastardo. Pero sobre todo fue cuando su madre cayó enferma cuando se agudizó aún más su necesidad de que ella estuviese ajena por completo a su sentir en el seno del clan Ross. No quería que sufriese por ningún motivo y menos que se preocupase por algo que no podía evitar. Por ello, cuando su abuelo y su madre murieron, su capacidad de confiar en alguien que no fuese Dune McGregor, de compartir, aunque solo fuese una minúscula parte de él con otro ser humano, de abrirse y confesar algún tipo de sentimiento, murió también con ellos, y sin embargo en los últimos tiempos esa determinación se tambaleaba con inusitada frecuencia.

La primera vez que sintió el impulso de confiar en otra persona, después de tantos años, fue al conocer a Bruce y Kam Gordon. Y ahora extrañamente le pasaba igual con este chico, el mismo que le miraba en ese instante como si quisiese arrancarle la cabeza.

—No sé para qué pregunto —masculló Fie mientras tomaba el pan y el queso de mano de Broc con un tirón nada cordial.

Broc le vio mordisquear el pan, sin volver a mirarlo.

No tenía por qué, no había ninguna necesidad, y en el pasado no lo hubiese hecho, aunque su vida dependiese de ello…y, sin embargo, con una leve sonrisa irónica en sus labios decidió saciar la curiosidad del chico.

—Mi tío Mervin era el jefe del clan Ross hasta hace unas semanas después de que lo acusaran de traición y de conspirar para matar a varias personas, entre ellos, al *laird* del clan

Morgan —empezó Broc como si no estuviese relatando algo de importancia. El hecho de que Fie dejase de comer y que incluso pareciese haber suavizado su respiración, como si no quisiese que nada enturbiara el momento temiendo que Broc abandonara su explicación, hizo que el *highlander* siguiese adelante después de mirarlo y comprobar que el chico le devolvía la mirada de forma intensa y grave—. Yo ayudé a revelar sus intenciones, unas que de haber tenido éxito hubiesen contribuido a masacrar a dos clanes y a destruir a personas que me importan.

—Esas personas que te importan, ¿no eran miembros de tu clan? —preguntó Fie con cautela.

Broc asintió levemente.

—En parte. También me importaba el futuro de mi clan y de la gente inocente que sufriría por las decisiones de mi tío.

Fie se mordió el labio inferior que adquirió un tono rojo como la sangre cuando lo soltó de golpe de entre sus dientes.

—¿Y no intentaste disuadir a tu tío o buscar una solución interna antes de exponerlo de esa manera? —preguntó Fie sin que nada en sus palabras desprendiera algún tipo de reprobación, simplemente la constatación de un hecho.

—Una de las personas que mi tío tenía planeado matar era a mí, Fie. Lo de intentar hablarlo con él no me pareció buena idea.

La forma en que el ojo del chico se abrió desmesuradamente en cuanto escuchó sus últimas palabras fue casi cómico.

—Te dije que era complicado.

—Pues explícamelo —respondió el chico, y a Broc la urgencia en su voz le sonó a ruego.

—¿Por qué te interesa?

Fie soltó el aire lentamente, de forma delicada. La dualidad en aquel muchacho que por momentos actuaba como una fuerza de la naturaleza y al siguiente se tornaba delicado y elegante intrigaba a Broc sobremanera.

—Me interesa porque hemos decidido viajar contigo, porque en el fondo, durante estos días estoy depositando mi confianza en ti, y lo estoy haciendo a ciegas.

Broc desvió sus ojos hacia el muchacho que, en otra arista, de las múltiples que estaba descubriendo en esos días, le había contado una verdad a medias sin titubear.

—¿Crees que no me he dado cuenta de que apenas duermes cuando estoy de guardia, o que lo haces con la mano cerca del puñal que guardas en tu bota izquierda?

Fie endureció sus facciones antes de contestar.

—El que confíe en ti no significa que sea estúpido. No te conozco, y no me fío de nadie, y menos si de ello depende la vida de mi hermano; pero el simple hecho de decidir viajar contigo es más de lo que hubiese hecho con cualquier otro —dijo Fie con dureza—. Sería una contradicción que nos salvaras la vida para después intentar hacernos daño.

Broc no pudo evitar que una pequeña sonrisa asomara a sus labios. Fie era inteligente y astuto, además de directo cuando hacía falta. Cualidades todas ellas que Broc apreciaba sobremanera. Por ello, tenía que reconocer que se había encontrado a sí mismo más de una vez durante los últimos días acicateando el autocontrol del chico para que este saltase, para poder ver, aunque solo fuese por un instante, al verdadero Fie. Justo como había ocurrido un momento atrás.

—Bien.

—¿Bien? ¿Qué demonios significa bien? —preguntó Fie con la respiración agitada.

Broc miró a Calan que, por un instante se removió inquieto, perturbado su sueño por la

voz de Fie.

—Significa que por una vez me has dicho la verdad —dijo Broc tan calmado como Fie exaltado.

Fie escrutó los ojos de Broc con minuciosidad como si estuviese buscando una respuesta en ellos.

—¿Esto era una especie de prueba o algo parecido?

Broc tocó los cabellos del niño cuando este volvió a removerse, hasta que pasados unos segundos se quedó calmado, durmiendo más relajado entre su hermano y el *highlander*.

Fie soltó un bufido cuando, tras mirar fijamente a Broc, llegó por sí mismo a una conclusión.

—No…, maldita sea. No era una prueba, ¿verdad? Esta es tu manera de demostrarme que siempre vas un paso por delante de mí. Que tienes mucha más experiencia que yo y que puedes prever lo que pienso o lo que voy a hacer. Que soy un crío, ¿no es cierto?

El *highlander* miró fijamente a Fie, y sus facciones, ahora serias por completo, así como su mirada intensa, dejaron momentáneamente al chico sin aire.

—Solo hace falta veros a ti y a Calan para saber que lleváis tiempo viajando solos. El que permanezcáis juntos y a salvo después de todo ese tiempo no es casualidad. Tú lo has hecho posible y te admiro por ello. Hay que ser muy inteligente, astuto y tener mucha fuerza de voluntad para no flaquear en ningún momento, porque no puedes permitírtelo. Y, además, recuerda que te he visto pelear. Tu habilidad con las armas, tu destreza, tu agilidad y velocidad, potenciando aquellos puntos que te son más favorables para equilibrar la lucha contra un rival que te puede superar en experiencia y fuerza, son extraordinarios —dijo Broc con rotundidad—. No creo que seas un crío Fie, creo que eres un chico que ha tenido que convertirse en un hombre demasiado pronto. No pido que confíes en mí. Desconfiaría si así fuese. Solo te pido que me digas la verdad. Y, ante todo, que no intentes manipularme otra vez.

El rostro de Fie se tensó y en su ojo color miel, además de asombro, se vislumbró un enjambre de emociones difícil de descifrar. Gratitud, desconcierto, enojo…

—¿Y cómo sé que tus palabras son sinceras? —preguntó el chico.

Broc se acercó un poco más para que Fie no perdiera detalle de sus ojos y de su expresión cuando le contestase a la pregunta.

—Si no quiero hablar de algo, simplemente no lo hago. No me hace falta mentir.

—¿Así de simple? —preguntó Fie con un hilo de voz.

—Así de simple —contestó Broc con voz grave.

Fie tragó saliva lentamente y asintió, llevándose después a la boca un trocito de queso que tenía en su mano derecha y que casi había olvidado después de su intercambio de palabras con Broc.

—Bien —repitió Broc.

Fie casi se atraganta.

—Si vuelves a decir «bien», me apuñalo a mí mismo y acabo con mi sufrimiento —masculló el joven por lo bajo.

La sonrisa espontánea de Broc fue suficiente para que Fie se diese cuenta de que el *highlander* había escuchado sus palabras.

—¿Todavía quieres que te cuente por qué es complicado?

Fie solo tardó un segundo en contestar.

—Por supuesto.

—Bien —volvió a contestar Broc con retintín, y Fie puso los ojos en blanco.

Durante un buen rato Broc le relató a grandes rasgos por qué Mervin había intentado matarlo y lo que aconteció en la reunión que semanas atrás había tenido lugar en tierras McGregor, sin entrar en detalles que pudiesen violar secretos o asuntos que debían permanecer ocultos.

—¿Por qué no le dijiste a tu clan que ese anciano te traicionó? ¿Que realmente había sido él y no tú el que había insinuado que tu tío Mervin no era el adecuado para seguir siendo el *laird* del clan Ross, y que te apoyaría si decidías traicionarlo?

La voz de Fie sonó contundente como si estuviese controlando su furia.

—Hay que saber qué batallas luchar y cuáles no, y esa estaba perdida desde el principio. Ese anciano está apoyado por otros que tienen el suficiente peso en el clan para que nadie cuestione su palabra —dijo Broc con resolución—. A ojos de todos, yo soy el nieto bastardo de Clyde Ross, y muchos los que han pensado que mi afán de superación no era más que una cuestión de ambición.

—¿Ambición? —preguntó Fie frunciendo el ceño ligeramente, pero antes de que Broc pudiese contestarle, comprendió a qué se refería—. No, no era ambición, sino una cuestión de supervivencia —soltó con una especie de gemido al final.

—Exactamente —asintió Broc.

Fie desvió la vista un momento, inspirando lentamente como si estuviese queriendo controlarse.

—Lo que no entiendo es cómo todos supieron que tu padre no era el hombre con el que tu abuelo casó a tu madre —dijo el joven después de un instante, volviendo a mirar a Broc.

—Podría darte un sinfín de razones por las que pudieron sospechar, pero bastó una para que nadie dudara de mi origen —comenzó Broc—. Solo mi abuelo, mi madre, Dune McGregor y otra persona sabían ese secreto. Fue esa última persona la que, celosa de la atención que mi abuelo nos prestaba a mi madre y a mí, lo divulgó cuando mi abuelo murió.

—Tu tío Mervin —susurró Fie, y Broc tuvo que reconocer que el chico era rápido—. Ese hombre es un mal bicho —finalizó con una voz fría y cortante.

Broc soltó una suave carcajada.

—No sé cómo puedes reírte; no, después de todo lo que me has contado.

La mirada de Fie, plena de una furia contenida, entibió por dentro a Broc de una forma inusual y sorpresiva.

—Porque la vida me ha enseñado que es mejor morir con una sonrisa en los labios que vivir con el alma partida en dos.

Fie tragó con dificultad la saliva que se aglutinó en su garganta al escuchar las palabras de Broc con esa cadencia grave y algo ronca que le llegó hasta las entrañas. El significado de aquellas palabras y lo que había tras ellas lo dejó momentáneamente sin aire.

—¿Y confías en los Gordon? —carraspeó Fie al preguntar, todavía turbado por lo que había dicho Broc—. Por lo que me has contado, ni siquiera querías que ellos supieran que eran tus hermanos. Apenas los conoces —dijo el muchacho como si aquello fuese obvio.

—No es una cuestión de confianza, Fie.

—¿Y entonces de qué es? Porque puedes estar equivocándote.

Broc hizo una pequeña mueca cuando corrigió su posición para que su espalda quedase más recta. La mano que este posó sobre su costado no pasó desapercibida para Fie, al igual que el leve sudor que perlaba la frente del *highlander* y que el joven estaba seguro de que era producto de la fiebre. Esa misma mañana había ayudado a Broc vendándole la herida y la grotesca imagen que había presentado su costado, junto a esas otras heridas que todavía no

habían cicatrizado del todo, le había hecho contener el aliento. Aquello debía de ser tremendamente doloroso, y el joven temía que la fiebre empeorara, debilitando de tal forma a Broc como para poder temer por su vida. La fiebre que había mermado el cuerpo de Calan durante días y que estuvo a punto de arrebatárselo todavía lo hacía temblar. De hecho, el pequeño no se había recuperado de aquello, y la debilidad que siguió a la enfermedad parecía haber echado raíces en el cuerpo del niño como evidenciaban sus continuas ojeras y su extrema delgadez.

—No tienes por qué estar con ellos. Ahora puedes ir a donde desees —continuó Fie, cuando el silencio se instaló entre ambos sin que el *highlander* respondiera a su última pregunta.

—Y ahí es hacia donde me dirijo —contestó Broc mirándolo fijamente—. Ya lo había decidido antes de volver al clan Ross por última vez.

—¿Y entonces, si ya habías decidido ir al clan Gordon, por qué volviste, por qué exponerte sabiendo que podrían intentar matarte? No lo entiendo —negó con la cabeza el joven.

—Porque necesitaba cerciorarme de algo, y despedirme de algunas personas. Hay muchos miembros del clan, gente maravillosa, a los que aprecio y que no se merecían que desapareciera sin más.

Fie lo miró con los labios apretados antes de hablar.

—No pienso lo mismo. No se lo merecen.

La mirada de Broc, tibia y comprensiva, como si estuviese ante el comentario de un niño y no de un adulto, enfureció por un segundo a Fie.

—Eso solo lo decido yo —contestó el *highlander* con gesto afable.

Y el muchacho bufó por lo bajo antes de volver a mirarlo.

—¿Y has averiguado lo que querías? Porque han estado a punto de matarte de nuevo.

Broc sonrió de medio lado.

—Sí, lo he hecho.

—¿Y ha merecido la pena? —preguntó Fie con ímpetu.

—Por supuesto.

Fie metió los dedos entre las guedejas del pelo de Calan cuando el pequeño empezó a murmurar en sueños.

La templanza de Broc a veces lo volvía loco; sin embargo, envidiaba su determinación y arrojo.

—La vida vale más que el orgullo. A veces huir es lo único que queda —dijo Fie en voz baja.

—Sabias palabras para alguien tan joven —respondió Broc, cuyos ojos escrutaron los de Fie con intensidad, tanto que el joven se removió inquieto—. Pero te equivocas conmigo. No fue orgullo. Jamás dejaría que ese sentimiento dictase mis acciones —precisó Broc levantándose.

—Y si no fue por orgullo, ¿entonces qué buscabas? —preguntó el muchacho.

Broc lo miró a los ojos antes de contestar. El verde de sus orbes se oscureció como las nubes cubren un cielo despejado en un día de tormenta.

—La verdad —respondió Broc, y Fie asintió. Eso podía entenderlo. La verdad a veces era lo único que te quedaba.

—Y tú, ¿no vas a preguntarme sobre lo que quieres saber? Sé que deseas averiguar qué hacemos Calan y yo viajando solos, sin clan al que volver. Puedo verlo en tu mirada.

Broc ladeó un poco el rostro sin dejar de fijar su atención en Fie.

—Dejaste claro que no quieres que te pregunte sobre ello. Respeto tu decisión.

La expresión determinada de Fie se tornó confusa.

—¿Y siempre respetas los deseos de los demás?

—Siempre que sean lícitos, sí —contestó Broc de forma pausada—. Haré la primera guardia. Ya estamos cerca de las tierras de los Gordon —dijo Broc antes de dar media vuelta y alejarse unos metros.

—Va a volverme loco —murmuró Fie por lo bajo cuando Broc se separó de ellos lo suficiente para que no lo escuchase.

Echándose sobre una manta que había extendido bajo el pequeño cuerpo de Calan, se acercó al niño e intentó cerrar los ojos. No había podido dormir durante las últimas noches. Broc era un extraño, y Fie había aprendido que incluso los más cercanos podían cercenar esperanzas, sueños e incluso vidas. Sin embargo, en aquel instante, después de su charla con Broc Ross, sintió más que nunca lo pesada que era la soledad y el regusto amargo que la desconfianza absoluta generaba. Con suavidad, sacó el puñal que llevaba en la bota para ocultarlo bajo el extremo de la manta. Así se sentía tranquilo. Estaba cansado, mucho, demasiado… Y Broc Ross solo lo complicaba todo.

VI

Bruce Gordon, el jefe del clan Gordon, entró junto a su hermano Kam al interior de su hogar. Habían estado ausentes semanas, primero acudiendo a las tierras del clan McGregor por orden del rey Guillermo y después desplazándose hasta la corte cuando ambos fueron llamados por el monarca a fin de que compartieran con él y el resto de sus consejeros su testimonio sobre los acontecimientos ocurridos durante la reunión de clanes que tuvo lugar en dichas tierras.

Lo que había sucedido en el hogar del clan McGregor había sido demencial: secretos, traiciones y asesinatos entre los clanes que habían acudido allí por orden de su rey. El monarca había querido con esa reunión evitar una guerra entre cinco de los grandes clanes del norte, y erradicar así la posibilidad del principio de una rebelión. Sin embargo, una alianza secreta entre tres de esos clanes con la intención de sembrar el caos para matar a aquellos que le importunaban y poder culminar sus deseos de destrozar y apropiarse de parte de los territorios del norte estuvo a punto de provocar un incidente mucho más peligroso.

Bruce había sido el objetivo de uno de esos clanes que, teniendo una deuda de sangre con los Farquharson, enemigos de los Gordon, intentaron saldarla matándole. Y, sin embargo, de todo lo acontecido, lo único de su estancia en tierras McGregor que perturbó el carácter indomable y templado de los Gordon fue descubrir que tenían un hermano del que nunca tuvieron conocimiento: Broc Ross, sobrino del jefe del clan Ross.

Broc, que fue el primero en sospechar de la alianza y de lo que tramaban los traidores aun cuando el resto no podía ni imaginar lo que se avecinaba y quien descubrió con antelación lo que pensaban hacer contra Bruce, consiguió salvar la vida de este al interponerse entre Bruce y un puñado de flechas.

Eso había llevado a los hermanos Gordon a ver el cuerpo herido de Broc, y reconocer en su costado una marca de nacimiento idéntica a la de ellos. Contemplar en los ojos de Dune McGregor, que había sido el mejor amigo del abuelo de Broc, la certeza de sus sospechas fue suficiente respuesta para ellos. Más tarde, llegaron las preguntas y, con ellas, el relato de la historia de Broc, de su niñez y de lo que tuvo este que soportar durante años en el seno del clan Ross, relatado con paciencia por McGregor con voz grave y clara, encontrando en Bruce y Kam unos atentos oyentes cuyas expresiones de incredulidad, conmiseración, furia y absoluta devastación fueron sucediéndose como si de un círculo infinito se tratase.

Durante los días que siguieron, en los que Broc se debatió entre la vida y la muerte, ambos hermanos velaron junto a Dune el lecho del *highlander* y, cuando este despertó y supieron que sobreviviría, Bruce apenas tuvo la oportunidad de hablar con él antes de que el mandato del rey Guillermo solicitando la presencia de los hermanos Gordon en la corte llegara. En esas conversaciones en las que Broc todavía estaba demasiado enfermo para mantenerse despierto durante mucho tiempo, ninguno pudo ahondar en lo que significaba haber descubierto que eran hermanos. Gracias al esbozo que Dune McGregor les hizo de lo que había sido la niñez de Broc y lo que le supuso crecer en el seno del clan Ross, Bruce tenía una idea bastante aproximada de lo que tenía que haber sufrido su hermano durante toda su vida. El hecho de que su propio tío hubiese querido matarlo en la reunión era solo una muestra más de lo que la familia de Broc era capaz de hacer. De esa realidad nació la firme determinación por parte de Bruce de no permitir que nada ni nadie intentara volver a dañar a Broc, porque desde el mismo instante en que ambos supieron la verdad, para Bruce y Kam, Broc Ross era y siempre sería su sangre, su clan. Un

Gordon, independientemente de lo que decidiera hacer Broc.

Ambos hermanos Gordon habían hablado sobre ello y los dos estaban de acuerdo en que apoyarían a Broc en lo que decidiera hacer con su vida, dejándole claro que, para ellos, independientemente del rumbo que decidiera tomar, él estaría enlazado al clan Gordon por siempre, teniendo junto a ellos un hogar, si así lo deseaba. Ellos eran su familia.

Ahora solo quedaba dejárselo claro a Broc, porque Bruce, tras las escasas palabras que había podido cruzar con él, se había hecho una idea de lo cabezota que este podría llegar a ser. Y no lo culpaba. Cuando uno crecía sabiendo que solo se tenía a sí mismo era muy difícil después aceptar la ayuda de los demás. La desconfianza, el orgullo, la soledad eran aliados muy poderosos. Bruce y Kam lo sabían muy bien, salvo por el hecho de que ellos se habían tenido el uno al otro.

El cansancio que acumulaban tras los días en el camino, sin hacer un alto salvo lo necesario para llegar cuanto antes al hogar, pareció esfumarse de pronto cuando ambos escucharon las risas provenientes del salón principal.

Los labios de Bruce dibujaron una sonrisa de forma espontánea, y los ojos de Kam brillaron como si tuviesen luz propia. Una voz masculina, que ambos hermanos conocían a la perfección, resonó junto a otras risas entre las cuatro paredes de la sala principal del castillo.

Al asomarse a una de las puertas que daba paso a la sala, ambos se detuvieron para ver la imagen que se les presentaba frente a ellos.

Duncan McPherson, jefe del clan McPherson, aliado y mejor amigo de Bruce y Kam, miraba divertido cómo uno de sus hijos, sentado en el suelo con cara de pillo, apretaba a su hermano gemelo contra sí, intentando librarse del apretón y de las babas que el otro estaba dejando en su regordete moflete al querer mordérselo.

Elisa, la esposa de Duncan, estaba agachada intentando que uno de sus vástagos dejara en paz al otro, ante la atenta mirada de Eara y Elsbeth que, tras el gorgojeo del pequeño Kerr, impaciente por no poder morder el moflete de su hermano Bruce a gusto, sonrieron de nuevo.

Los ojos de Bruce, centrados ahora en Eara, su esposa, observaron el movimiento que de forma casi imperceptible ella hizo con su mano, posándola unos segundos sobre su vientre, un gesto que hizo que el pecho de Bruce se contrajera, lleno de calidez, de esa felicidad que pensó que siempre le sería esquiva. La respiración entrecortada de su hermano Kam a su lado y la forma en que sus orbes azules brillaron al contemplar a Elsbeth le indicó que no era el único afectado por llegar al hogar y ver de nuevo a su familia. El hecho de que Duncan, su amigo, su hermano en todos los sentidos salvo por la sangre, y Elisa, a la que Bruce quería también como una hermana, estuvieran allí junto a sus dos hijos solo hacía que la llegada al hogar fuese aún más perfecta.

El pequeño grito que profirió Eara al desviar su mirada de los niños y verlos apoyados en la entrada, observándoles, quedó amortiguado por el barullo de bienvenidas y preguntas del resto.

Kam sonrió ampliamente cuando entró con paso apresurado a la estancia y cogió en brazos a Elsbeth, dándole un beso que hizo que Duncan murmurara que había niños pequeños delante. Elisa puso los ojos en blanco y Duncan rio por lo bajo cuando Kam, después de terminar el beso, murmuró algo así como que no sabía cómo su esposa y su clan lo aguantaban.

Bruce, cuyos ojos estaban clavados en los de su esposa, la estrechó contra sí en cuanto ambos acortaron la distancia que los separaba.

—Te he echado de menos, pelirroja —le susurró al oído después de besarla y sentirla estremecerse entre sus brazos.

—Y nosotros a ti, no sabes cuánto —le contestó Eara hundiendo su rostro en el cuello de Bruce, rozando con sus labios la piel levemente salada de su clavícula.

—Solo habéis estado fuera unas semanas; no quiero ni pensar en qué pasaría si llegáis a estar separados por más tiempo— dijo McPherson divertido.

La sonrisa que se extendió por los labios de Bruce hizo que Duncan cerrase los ojos por un instante.

El suave chillido del pequeño Bruce seguido de un leve gimoteo llamó la atención de nuevo de todos los presentes. Eara se separó de Bruce lo suficiente para ver cómo el pequeño empezaba a llorar desconsolado cuando su moflete, ahora rojo, evidenciaba una pequeña marca que había dejado en su piel el diente que unos días atrás por fin había visto la luz en la encía de Kerr.

Elisa tomó en sus brazos al pequeño, mientras Duncan cogía a Kerr, que, contagiado por el llanto de su hermano, no quiso quedarse atrás.

—Tranquilo, tranquilo, sh… —dijo Elisa mientras mimaba al pequeño dándole un beso en su cabecita.

El pequeño Kerr dejó de llorar en cuanto encontró en la barbilla de su padre un nuevo oasis para intentar morder con su pequeño dientecillo y así aliviar el malestar de sus encías.

—Perdonad, pero es que, desde que les están saliendo los dientes, están muy irritables y sensibles —dijo Elisa acunando al pequeño que ahora la miraba con los ojos muy abiertos y con varias lágrimas empapando sus largas pestañas.

—Tenías que haber visto a Kam de pequeño. Eso sí que era irritabilidad —dijo Bruce acercándose junto a Eara hasta donde se encontraba Elisa para acariciar la carita del pequeño cuyo nombre se lo habían puesto sus padres en deferencia a él, un gesto que había emocionado a Bruce más de lo que había sido capaz de expresar.

—Eh…, que yo siempre he sido maravilloso —contestó Kam—. Que me lleves unos años y recuerdes ciertas cosas no significa que tengas que meterte conmigo todo el tiempo.

La mirada que le dirigió Bruce a su hermano hizo que este pusiese los ojos en blanco.

—O sí —continuó Kam claudicando, y todos rieron ante la espontaneidad y el buen humor que siempre acompañaban al menor de los Gordon.

El ambiente cambió ligeramente, haciendo que los rostros de los presentes adquirieran mayor seriedad, cuando Duncan les preguntó por su visita a la corte.

—¿Qué ha pasado con Mervin Ross y Farlan Morgan?

—Ambos fueron sentenciados a muerte, y ejecutados en el acto —respondió Bruce sin un ápice de misericordia.

Duncan asintió con extrema seriedad.

—¿Y sus clanes?

Gordon miró a Duncan frunciendo ligeramente el ceño.

—Guillermo ha decretado que ambos estén bajo vigilancia. Los Morgan han elegido a un nuevo *laird* no afecto a Cathair y cuyo nombramiento fue del agrado del rey. En cuanto a los Ross, Guillermo ha permitido que el sentir del clan, que apoyan al hijo mayor de Mervin, Leathan, como nuevo jefe del mismo, prospere. Sin nada que confirme fehacientemente que los hijos de Mervin estaban al corriente de todos los planes de su padre, y con el testimonio del propio Mervin, incluso de Farlan, corroborando sus palabras, Guillermo ha preferido ser prudente.

—Maldita sea —farfulló Duncan por lo bajo, y algo en la expresión del *highlander* alertó al mayor de los Gordon cuyas facciones se tensaron al instante.

—Queremos descansar esta noche y mañana salir a tierras del clan McGregor para hablar con Broc —apuntó Kam, ajeno a la postura más rígida de su hermano, hasta que se percató de la mirada que Duncan y Bruce estaban intercambiando. Cuando sintió tensarse a Elsbeth a su lado y observó la mirada seria y preocupada de Eara centrada en Bruce, supo que algo había pasado y que, en esta ocasión, la visita de Duncan y Elisa obedecía a otro fin distinto al de la amistad que los unía.

—Dime que Broc sigue recuperándose de sus heridas en tierras del clan McGregor —exigió Bruce con voz calmada que, todos aquellos que lo conocían bien sabían que no auguraba nada bueno. Sus ojos destilaron ese brillo que hacía que cualquiera que estuviese frente a él supiese que su vida corría serio peligro.

Kam cerró los ojos porque no le hizo falta escuchar la respuesta de Duncan para saber lo que saldría de sus labios. Bruce se había percatado de ello incluso antes que él. Podía verlo en su expresión.

El pequeño Kerr eligió ese instante para revolverse inquieto entre los brazos de Duncan.

—Eara, ¿te importaría…? —preguntó McPherson, desviando por un instante su mirada sobre su hijo.

—Claro, por supuesto —respondió la pelirroja acercándose hasta ambos y tendiéndole los brazos al niño—. Ven conmigo, pequeñín —continuó cuando Kerr con sus enormes ojos la miró algo indeciso—. Dejaré que me muerdas el moflete por esta vez —susurró Eara en confidencia, haciendo una mueca al niño que este encontró divertida y que provocó que soltara una carcajada que en cierta forma alivió la tensión del ambiente por un instante.

Duncan tomó aire antes de retomar la conversación.

—Fui hace unos días a ver a Dune McGregor. Tenía pensado ver cómo estaba Broc y saber si Dune tenía alguna noticia sobre Logan.

Logan McGregor, además de ser el hijo de Dune, era uno de los pocos hombres en los que el rey Guillermo depositaba su confianza. Que la reunión que tuvo lugar en tierra McGregor hubiese tenido como anfitrión y mediador principal a Logan no había sido una casualidad. Fue una nueva demostración de la confianza que el rey depositaba no solo en el hombre sino también en sus dotes de negociación y persuasión. Tras la partida de Bruce y Kam de la corte después del juicio y la ejecución de Mervin Ross y Farlan Morgan, Logan les comunicó que permanecería unos días más en la corte.

—Duncan —fue la única palabra que salió de los labios de Bruce, grave, y con un matiz urgente, que instaba a que McPherson no se demorase en su explicación.

—Broc no estaba —soltó Duncan—. Dune McPherson intentó impedir que se fuera porque aún no estaba recuperado de sus heridas y porque pensaba que lo que iba a hacer era una auténtica temeridad, pero parece que Broc es sin duda un Gordon. Cabezota e imprevisible.

Ahora fue Kam el que apretó los dientes cuando una idea absurda se abrió paso entre las posibles razones por las que Broc abandonaría las tierras de los McGregor sin haberse recuperado de la gravedad de sus lesiones.

—Ahora soy yo el que te ruega que no me digas que ha vuelto con el clan Ross. ¡Por todo lo sagrado, ahora no! —espetó Kam—. No cuando aquel nido de víboras está deseando tener una excusa para acabar con él —continuó exclamando—. Entiendo que es su clan, pero Mervin intentó matarlo, más de una vez, y no lo hizo él solo porque, aunque no podamos probarlo, todos sabemos que Leathan y Akir estaban al tanto —siguió Kam con una furia que era evidente que le estaba costando controlar—. Leathan es ahora el jefe del clan, y entre los ancianos hay más de uno al que no le conviene que vuelva porque sabe que, si Broc habla, su vida podría pender de un

hilo. Lo traicionaron a él y también a su *laird* para salvarse ellos —continuó, desviando su mirada de Duncan hacia Bruce—. Maldita sea, el clan Ross ahora mismo es una trampa infernal para él.

Duncan miró a Kam. Sus ojos destilaban en aquel instante la calculadora racionalidad que lo hacía único.

—Olvidas que es uno de los mejores guerreros que conocemos. Ha sobrevivido toda su vida a pesar del odio y el menosprecio que le rodeaban.

—¡Es todo un maldito clan, Duncan! —explotó Kam con el ceño fruncido y los ojos nublados por la preocupación. La mano de Elsbeth rozando la de Kam pareció calmar en alguna medida al menor de los Gordon. Era extremadamente extraño verlo en ese estado. Kam era el mejor ejemplo de templanza que existía. Su sonrisa, su buen humor, su carácter que gobernaba con mano férrea hacían que en muy pocas ocasiones se doblegara ante un impulso desaforado.

—Es un Gordon —contestó McPherson antes de desviar sus ojos hacia Bruce que, a su vez, lo miraba conteniendo lo que Duncan sabía que eran las furias del infierno—. Tú hubieses hecho lo mismo, y lo sabes —afirmó McPherson con la certeza de que ese también hubiese sido el proceder de su amigo. No en balde a Bruce le llamaban el lobo solitario, un hombre que, además de ser extremadamente inteligente, brutalmente sincero e intuitivo hasta lo indecible, también era completamente impredecible. Duncan tenía la certeza de que Bruce era capaz de eso y de muchísimo más. De hecho, sabía lo que estaba pensando su amigo en aquel instante y, si no se equivocaba, más valía que Broc estuviese vivo e ileso o arrasaría, él solo, el clan Ross al completo.

—Volverá y estará bien —dijo Eara con convicción mientras miraba a Bruce con fuego en sus ojos—. Sé que ambos queríais que este fuese su hogar, que supiese que de ahora en adelante no tendría por qué seguir librando sus batallas solo, pero no podéis esperar que confíe en vosotros, que renuncie al que ha sido su clan, a la tierra y el hogar de sus antepasados, en tan solo unos días.

—Un clan que lo quiere muerto, Eara —expresó de nuevo Kam, como si aquello lo dijese todo.

—No es tan fácil cuando es tu propia sangre, a pesar de lo que te hayan podido hacer —afirmó Elisa que hasta ese momento se había mantenido al margen de la conversación.

La mirada que compartió la esposa de Duncan con los presentes, descarnada, pero en paz con su pasado, fue suficiente para que el silencio se adueñara de la sala por unos instantes. Todos sabían que Elisa había tenido una infancia difícil a manos de un padre inestable y violento y de una madre que jamás la quiso y que siempre la culpó por su infelicidad.

—Cuando intentan matarte con sus propias manos, tu perspectiva sobre la familia cambia drásticamente, créeme —respondió Kam sin acritud alguna, aunque sus palabras tenían la firmeza y el peso de aquellas que son fruto de la experiencia y de la convicción más absolutas.

La infancia de Bruce y Kam había sido cruel y desgarradora. Su padre había maltratado a su madre y a ellos como un sádico. El odio, la maldad y la ira que siempre corrieron por la sangre de Bryson Gordon, como la ponzoña que se pudre e infecta todo lo que toca, fue un infierno al que sometió día y noche a su familia, y a su clan. A Kam había intentado matarlo con solo cinco años, ahogándolo frente a su madre, cuando la curandera le dijo que sería siempre un niño enfermizo. Si no hubiese sido por Bruce, Kam no hubiese sobrevivido a aquel momento. El menor de los Gordon, a pesar de aquello, siempre se consideró un hombre afortunado en comparación a lo que tuvo que soportar su hermano mayor, Bruce, que, por el resto de sus días, portaría las cicatrices que ese bastardo le provocó, tanto en su piel como en su alma. Si no fuese

por su fuerza, por esa infinita voluntad que Kam tanto admiraba, y por su valor, el clan Gordon podría haberse convertido en un espectro de lo que era ahora.

Elisa miró a Kam a los ojos tras esas palabras. Quería a los hermanos Gordon como si fuesen su propia familia, esa que había creado junto a Duncan McPherson, sus hijos y todo el clan McPherson. Ella lo entendía muy bien, no en vano, para Elisa, Bruce y Kam eran los hermanos que nunca tuvo, aunque la conexión que la unía a Bruce era sin duda especial. Aquel hombre se había convertido en su confidente, su amigo, su hermano, confiándole incluso la vida de sus hijos en el caso de que a Duncan y a ella alguna vez les pasara algo.

—Bruce… —dijo Duncan ante el mutismo del jefe del clan Gordon, uno que conocía a la perfección y sabía a qué conducía.

—Saldré esta tarde —sentenció Bruce, resonando las palabras en mitad de la estancia como si tuviesen eco. La fría resolución con la que las pronunció no dejó indiferente a ninguno de los presentes.

Unos pasos aproximándose con celeridad terminaron con la irrupción de Johnson en la sala. El rostro del *highlander*, más serio de lo habitual, hizo que Bruce acortara las distancias con el que era uno de sus hombres de confianza.

—¿Qué ocurre?

—Se aproximan dos caballos. Un chico y un niño van en uno, en el otro un hombre con el *feileadh mor* del clan Ross. Donel los escolta. Edwin se ha adelantado para comunicárnoslo —dijo el *highlander* con premura—. El hombre dice que os conoce y que su nombre es Broc Ross.

—Gracias a Dios —dijo casi sin aliento Eara, poniéndose al lado de Bruce.

Gordon, sin embargo, frunció el entrecejo cuando vio la mirada de Johnson, sabiendo por ella que había más de lo que informar.

—Edwin dice que tanto el niño como el miembro del clan Ross no tienen muy buen aspecto.

Elisa ya le había dado su hijo a Elsbeth antes de que Johnson terminase la frase. Como curandera del clan McPherson, su reputación era envidiable, y aunque los clanes colindantes al de ella tenían la suya propia, en muchas ocasiones le pedían consejo o esta prestaba su ayuda para atender a sus heridos o enfermos más graves.

Bruce sin ir más lejos había confiado en ella para ayudar a Kam con el asma con el que este llevaba conviviendo desde que era un niño. Bruce jamás podría pagarle lo mucho que sus remedios le habían ayudado al menor de los Gordon a mejorar sus ataques, que en la actualidad eran más leves y más espaciados que nunca.

—Tengo aquí mi bolsa con las hierbas y ungüentos, por si me necesitáis.

Bruce agradeció con una simple mirada a Elisa su disposición, al escuchar, junto al resto, las noticias que traía Johnson.

La mirada que intercambió con Bruce solo confirmó a McPherson lo que ya sabía.

Se avecinaba tormenta y era de esas que arrasaban con todo lo que encontraban a su paso, sin dejar nada tras ella.

VII

Fie observó a Broc mientras este hablaba con el *highlander* que los había interceptado en cuanto entraron en tierras pertenecientes al clan Gordon.

Todavía no sabía cómo podía mantenerse sobre su montura. Aparte de la herida profunda que la lucha con aquellos hombres le provocó, las lesiones que Fie había descubierto en su cuerpo cuando le ayudó a detener el profuso sangrado de su costado, y que todavía no habían terminado de sanar, la hicieron tomar conciencia de la fuerza y la voluntad de aquel hombre. La fiebre había aparecido unos días antes y había ido empeorando. Fie lo sabía por la palidez de su rostro y la forma en que tembló ligeramente la noche anterior mientras dormía. Aparte de esos leves signos externos, que para cualquiera que no se fijara con atención pasarían desapercibidos, nada en él, en su comportamiento y en su estado de ánimo, le habrían conducido a pensar que en verdad estaba sufriendo.

Tuvo que admitir que eso le arrancó un breve sentimiento de admiración.

Su trato amistoso, paciente y atento con Calan supuso otra fuente constante de contradicción para Fie que, a pesar de saber que no podía confiar en él, que necesitaba que el muro que había levantado semanas atrás siguiese intacto, no pudo evitar a veces sentir cierto respeto y simpatía por él. Y maldita sea si eso le hacía alguna gracia. El esfuerzo de tener que convivir bajo una segunda piel ya era sumamente difícil, aunque tenía que admitir que cada vez estaba más cómoda en ella. Incluso había conseguido disciplinar sus pensamientos acostumbrándose a pensar en ella como en el chico delgado, desgarbado y callado que debía ser Fie, refiriéndose a sí misma, en su fuero interno, como un chico; lo suficiente para que su lengua no la traicionase y revelase su secreto. El hecho de que Crom no hablara desde la noche que presenció cómo mataban a su padre había sido una pesadilla, pero también, aunque se aborreciera por pensarlo, una bendición. Eso había evitado que el niño pudiese poner en evidencia su engaño con algún tipo de error respecto a sus identidades y contradecir la historia que ella, junto a McKinley, habían ideado la noche en que consiguieron escapar del castillo sin ser vistos.

Aún a veces le costaba creer que lo hubiesen conseguido. Había momentos en los que, al cerrar los ojos, volvía a encontrarse en aquel pasillo, a oscuras, con el corazón a punto de salírsele del pecho y la incertidumbre de si volverían a ver un nuevo día. Si lo hizo fue gracias a todo lo que le enseñó Coby y a la ayuda de McKinley. Este último, desde la muerte de su mujer y su hijo unos años atrás, y la pérdida de una de sus piernas por una herida que pudrió parte de sus dedos, se había mantenido aislado del resto por decisión propia. El único que lo había visitado con frecuencia en su destierro autoimpuesto había sido Coby que siempre se preocupó por el que había sido, en otro tiempo, uno de sus mejores hombres.

Meribeth jamás podría olvidar la expresión de McKinley cuando los vio llegar, cuando comprobó en el estado en que estaban los dos y cuando escuchó de boca de ella todo lo que había acontecido durante aquella aciaga noche. El dolor que le provocó oír de labios de Meribeth cómo Frang mató a Coby y planeó la muerte de toda la familia contratando a unos mercenarios solo fue patente en el rostro de McKinley a través de las marcadas arrugas derivadas de la alta tensión de sus músculos faciales y la ferocidad de su mirada.

Meribeth, que apenas lo había tratado, comprendió en un instante por qué Coby había tenido siempre a McKinley en tan alta estima y había respetado su inteligencia hasta el extremo

de pedirle consejo. Deshecha como estaba, sin apenas capacidad para pensar, fue McKinley quien la tranquilizó e ideó un plan que ella, después de lo que había visto y sentido aquella noche, hubiese sido incapaz de trazar.

Fue él quien le dijo que debía huir y no mirar atrás…

—Si hubiese sido solo Frang habrías tenido una posibilidad de hacer justicia, pero según escuchaste, hay más miembros del clan que deseaban la muerte de toda la familia, y desgraciadamente no sabemos quiénes son, y con Ben apoyando esta traición, y Frang muerto por el filo de tu espada, no puedes quedarte aquí. Ni tú ni Crom viviríais un día más —dijo McKinley mientras colocaba al pequeño sobre la cama que había en uno de los rincones de la pequeña cabaña y que estaba sepultado entre penumbras—. Y créeme, nadie dudará de la palabra de Ben. Ese hombre tiene la confianza de los guerreros de este clan y de los ancianos. Incluso acató la orden de Coby cuando este desterró a su hijo. Nadie creerá que ha participado en la masacre de la familia de su laird *—continuó el curtido* highlander *cuya voz había adquirido un tono más grave y ronco al hacer alusión a las muertes de Sunna y Ronald.*

—¿Y cómo huimos? No podremos llegar muy lejos. Nos seguirán en cuanto encuentren el cuerpo de Frang y se den cuenta de que no estamos en el castillo. Nos quieren muertos, McKinley —dijo Meribeth con voz ahogada.

El guerrero tomó a Meribeth de los hombros, haciendo que lo mirase fijamente.

—Por eso no os seguirán. Tú tienes que prometerme que no mirarás atrás, que olvidarás que alguna vez has pertenecido a este clan y que jamás volverás a poner un pie en estas tierras, y que Crom tampoco lo hará —exigió McKinley con ímpetu.

Meribeth frunció el ceño negando lentamente con la cabeza en señal de confusión.

—Lo que ha pasado esta noche ha sido el resultado de luchas internas que se remontan a muchos años atrás. Coby era un hombre magnífico, pero siempre tuvo en contra a parte del clan, a hombres influyentes y con peso dentro de él que gozan de la confianza y la fe ciega del resto de los miembros y que sin su ayuda no hubiesen conseguido jamás llevar a cabo esta barbarie —explicó McKinley con gravedad—. ¿Cómo han conseguido un grupo de mercenarios penetrar en nuestras tierras sin que nadie los haya visto? ¿Cómo han entrado hasta las entrañas del castillo y han tomado por sorpresa a los hombres de confianza de Coby e incluso a él mismo?

Meribeth sabía que McKinley tenía razón. Ella ya lo había pensado dentro de la nube de desesperación y dolor que enturbiaba sus sentidos.

—Puedo asegurarte que, muerto Frang, nadie va a creer que Ben lo apoyaba. Seguramente ese bastardo ya esté dando el aviso de lo acontecido y sea él mismo quien se apresure a tomar el mando de los hombres para vengar las muertes de Coby y su familia. ¿Ben puede creerte capaz de matar a Frang? —preguntó McKinley mirándola fijamente.

Meribeth negó con la cabeza antes de contestar.

—Sus hombres de confianza sabían que Coby me enseñaba a luchar junto a Ronald desde que era una niña, pero nunca lo tomaron en serio. Nadie le decía nada abiertamente, no eran capaces, pero sé que les parecía una locura por parte de Coby. Incluso hubo alguno que intentó hacerle ver que no era lo adecuado. Más de una vez los escuché murmurar que una mujer era demasiado débil y voluble para poder ser diestra con una espada —continuó Meribeth desviando sus ojos hasta el arma de hoja afilada que descansaba sobre la mesa de madera que el highlander *tenía bajo una de las dos ventanas de las que gozaba su pequeña casa. Se abstuvo de decirle al guerrero las palabras que solían ir tras esa frase, la clase de apéndice con la que ellos insinuaban que podía ser diestra si la enseñaban bien.*

McKinley siguió la mirada de Meribeth hasta la espada, observando cómo los ojos de la muchacha destilaban una profunda tristeza.

—A Ronald le hice escupir barro más de una vez. Incluso conseguí derribar a Gregory en dos ocasiones. Coby a veces me hacía enfrentarme a guerreros con más destreza, fuerza y experiencia que yo.

—Sí, me lo contaba en sus visitas —dijo McKinley—. Estaba muy orgulloso de ti. Decía que eras tan veloz, inteligente e intuitiva, que ojalá todos los jóvenes guerreros de nuestro clan tuviesen la mitad de tu talento —continuó McKinley—. Yo le di la idea de que forjara una espada más liviana y ligera para ti. Fue lo que hice con mi hijo cuando tenía doce años y empecé a enseñarle.

Meribeth posó una de sus manos sobre la de McKinley que aún tenía las suyas tomándola por los hombros. Quizás fueron imaginaciones suyas, pero por un segundo creyó ver cierta vulnerabilidad en las pupilas del highlander *antes de que sus ojos la mirasen con una inusitada intensidad.*

—Si Ben tiene la certeza de tu falta de capacidad para vencer a Frang, pensará que ha sido algo fortuito y que no has podido salir ilesa de ese enfrentamiento —dijo McKinley con una fría sonrisa.

—¿Y…? —preguntó Meribeth.

—Que le daremos lo que anda buscando, y, si con eso no basta, si no engaño a ese perro de Ben Colquhoun, él, de igual manera, no podrá encontrarte, porque estará buscando a alguien que ya no existe.

—¿De qué hablas?

—Escúchame con atención porque no tenemos tiempo —exigió McKinley—. Antes o después Ben pasará por aquí. Lo hará previamente a salir de nuestras tierras. Es inteligente y sabe que sin ayuda jamás podrías huir de ellos. No en el estado en el que está Crom, al que cree moribundo y ni en el que supondrá que te encuentras tú tras tu enfrentamiento con Frang —continuó el highlander*—. Eso nos es favorable. Todo el mundo dará por muerto al niño, así que cavaré dos tumbas y le diré lo que quiere escuchar. Esperemos que eso sea suficiente.*

—No te creerá —espetó Meribeth.

—La gente cree lo que puede llegar a comprender, Meribeth —dijo el guerrero con convicción—. Ben, al igual que el resto del clan, estaba seguro de que Crom moriría en cuestión de horas. La virulenta fiebre y la opinión de la curandera fueron suficientes para que el clan estuviese prácticamente de duelo. Nadie va a imaginar que el chico ha sido capaz, en ese estado, de salir del castillo y seguir con vida. Y tú misma me lo has confirmado, que Ben jamás imaginaría que eres capaz de matar a Frang. Pensará que lo tomaste por sorpresa, y que tuviste suerte al matarlo, pero con la certeza de que él tuvo que herirte de gravedad en el conflicto. No puede imaginar que hayas sido capaz de acabar con él y salir ilesa. Así que, cuando vengan, que vendrán, les diré que llegaste malherida, apenas con vida hasta la puerta de mi casa, con el cadáver de Crom entre tus brazos, y que lo único que pudiste susurrar antes de exhalar tu último aliento fue avisarme de que nos habían atacado —expuso McKinley—. Eso es mucho más fácil de creer que la verdad.

Meribeth tuvo que admitir que tenía mucho sentido.

—¿Y si excava para comprobar que están los cuerpos?

McKinley la miró con un brillo de orgullo en sus ojos.

—Es una posibilidad —dijo el highlander*—. Pero, si llega el caso, no exigirá desenterrar los cuerpos de inmediato. No delante del resto de guerreros que creerán en mi palabra y que*

serán reacios a profanar vuestras tumbas —continuó el highlander *con una sonrisa ladeada en los labios—. Ben no es estúpido. Jamás haría eso delante de sus hombres.*

McKinley, en un gesto que tomó por sorpresa a Meribeth y que contrastaba totalmente con el carácter reservado, frío y tosco que ella había percibido en él las pocas veces que había estado en su presencia, tomó uno de sus largos mechones de pelo que le llegaban hasta la cintura.

—Tendrás que cambiarte de ropa, y necesitaré esa camisola —dijo McKinley que, en un movimiento veloz, sacó su puñal y lo puso encima de la mesa—. No está lo suficientemente manchado de sangre.

Meribeth siguió la mirada del guerrero y vio a qué se refería. El frontal de su camisola estaba manchado en varias partes. La mayoría era de ella, de la herida que con la caída se había hecho en la mejilla y que según el highlander *le dejaría una bonita cicatriz. Con presteza, cogió el cuchillo y, sin titubear, hizo un corte en su brazo lo suficientemente profundo para que la sangre brotara de él, pero sin que fuese tan hondo como para poder convertirse en un problema. Cuando hubo manchado suficiente la prenda, McKinley le vendó la herida.*

—Tienes que prometerme que jamás vas a volver, Meribeth. Por ti y por Crom —dijo McKinley—. Siempre será tu palabra contra la suya y la de todos los que le han apoyado. Y, aun en el caso de que descubrieran la traición de Ben, jamás llegaríamos a conocer todos los nombres de aquellos que participaron en esta barbarie. Siempre habrá dentro del clan enemigos para Crom.

Meribeth asintió, tragando con fuerza el nudo que se le había formado en la garganta.

—Luego hablaremos de a dónde podéis ir y qué caminos tomar, pero tú no irás muy lejos de esta manera. Debéis pasar desapercibidos por si llega el caso en que Ben descubra que no estáis muertos y vaya tras vosotros —explicó McKinley, y sus ojos adquirieron, en un segundo, una tonalidad más oscura y peligrosa—. Además, una mujer sola en los caminos está expuesta a…

A Meribeth no le hizo falta que acabara la frase para saber a qué se refería.

—Lo sé —dijo con rapidez, evitando que McKinley verbalizara lo que en su mente recreó de forma inmediata. El estómago se le revolvió con las posibilidades.

El guerrero frunció el ceño al deslizar de nuevo los dedos por un mechón de pelo de Meribeth, absorto por un instante en sus pensamientos. Los ojos de ella se movieron inquietos intentando averiguar lo que podría estar pensando el highlander, *hasta que una idea cruzó por su mente y supo con certeza lo que quería hacer McKinley.*

—Córtalos, hazlo —dijo de pronto con firmeza Meribeth.

McKinley la miró fijamente con un brillo de reconocimiento en sus ojos al adivinar la joven sus pensamientos.

—Estás muy delgada, y eres menuda. Puede que funcione —dijo tomando con suavidad la barbilla de Meribeth y haciendo que esta girase la cabeza hacia un lado y, luego, al contrario —. Con el pelo corto y la ropa adecuada puedes parecer un chico de no más de catorce o quince años.

Meribeth cogió la mano de McKinley y puso en ella el puñal que el guerrero había dejado con anterioridad sobre la mesa.

—Y no bastará con cortarlos, habría que ocultar parte de tu cara. Tu rostro es… Eres demasiado hermosa para poder pasar por un muchacho. Y luego están tus ojos…

Meribeth endureció sus facciones. Toda su vida había tenido que aguantar los susurros, las burlas, e incluso el rechazo de ciertas personas que consideraban la peculiaridad de sus ojos

como una maldición. Tener cada iris de un color distinto, uno azul y otro de la tonalidad del bronce, siempre había sido un motivo más para recelar de ella y tratarla como a una extraña, a pesar de haber nacido y crecido allí y de ser aceptada como una hija por Coby y Sunna tras la muerte de su madre.

—Puedes dejarme un mechón de pelo más largo por delante, que haga que uno de mis ojos y parte de la mejilla no sea visible. Quizás con eso… —dijo Meribeth, y su voz sonó tensa y cansada.

McKinley exhaló el aire con una cadencia más pesada.

—Puede funcionar —dijo el highlander *asintiendo lentamente—. Y tus ojos son perfectos, Meribeth, no me malinterpretes, pero jamás conocí a nadie con unos ojos como los tuyos y eso sí que sería reconocible, más allá de cualquier coincidencia.*

Meribeth asintió y McKinley le dijo que se diese la vuelta. Tardaron más de lo que pensaron en que el highlander *le cortase los cabellos, pero el resultado pareció satisfacer al guerrero que gruñó en señal de aprobación.*

—He dejado visible el lado de tu mejilla derecha, porque la herida va a dejarte cicatriz y endurecerá un poco tus facciones. —Un chasqueo con la lengua le indicó a Meribeth que el guerrero estaba disconforme con algo—. No podemos hacer nada con tus largas pestañas, ni con tu piel, así que intenta tenerla lo menos limpia posible. Espera aquí.

Meribeth se tocó los cabellos con las manos en cuanto el highlander *se dirigió al otro extremo de la estancia y abrió una puerta tras la que desapareció unos instantes. Sus abundantes y largos mechones castaños desperdigados por el suelo le parecieron incluso escasos ante la sensación de ligereza que sentía al haber sido despojada de ellos.*

—Esto tendría que valeros —dijo McKinley, haciendo que Meribeth diese un pequeño respingo al no haberlo escuchado acercarse de nuevo a ella. Entre sus manos traía varias prendas, además de otras de abrigo.

—Pertenecían a mi hijo. Es posible que te estén un poco grandes, pero creo que no lo suficiente para pensar que no son tuyas. Para Crom solo tengo esto. Apenas conservo prendas de mi chico a la edad de Crom.

—Es perfecto, McKinley. Muchas gracias —dijo Meribeth mientras apretaba una de sus manos, cuando tomó de ellas las prendas que le tendía en ese instante.

—Debéis daros prisa. Cámbiate mientras yo me encargo del muchacho. Tengo solo una montura, tendréis que viajar en ella los dos. Y… Meribeth, no mires atrás, ¿de acuerdo? No debéis volver —le reiteró el highlander *mirándola con intensidad—. Hay situaciones en la vida contra las que no se puede luchar.*

Meribeth dejó los recuerdos atrás cuando Crom se revolvió inquieto delante de ella, dormido en su regazo mientras cabalgaban.

—¿Quieres que lo lleve yo un rato? —le preguntó Broc mirándola fijamente, acercándose con su caballo hasta quedar en paralelo con ella.

Aquel *highlander* era imponente, pensó una vez más, sin poder evitar que sus ojos se posasen sobre él con disimulo. Broc era delgado y alto, de músculos definidos y fibrosos que esculpían su cuerpo con una elegancia casi felina. Su pelo rubio oscuro y sus ojos verdes, junto a su rostro de proporciones perfectas, terminaban de darle un aspecto que no parecía terrenal, y sin embargo lo que más le llamaba la atención de él era esa mezcla de seguridad en sí mismo, de determinación y calma que la atraía sin que pudiese evitarlo.

A pesar de los signos visibles en su rostro de los estragos que la fiebre y el dolor de la herida estaban causando en él, ni una sola palabra de referencia, de queja, ni un solo gesto de

vulnerabilidad o cansancio había sido exteriorizada en su presencia. Y sin embargo ahí estaba de nuevo, esa seguridad, esa voz firme con un ligero tono de preocupación que sus ojos se encargaron de reforzar al contemplar a Crom. Era increíble cómo se había ganado la confianza del pequeño en tan poco tiempo. Incluso antes del ataque, Crom siempre había sido un niño selectivo a la hora de otorgar su confianza. No se abría a cualquiera y, aunque su comportamiento extrovertido y risueño había sido cotidiano en su círculo más cercano, con el resto de los miembros del clan siempre mantuvo un trato cordial pero distante.

Pero todo cambió después del asalto, tras el cual Crom dejó de hablar, no permitiendo, salvo a ella, que alguien se le acercase, huyendo de cualquier tipo de contacto.

Hasta que llegó Broc.

—No, tranquilo, puedo llevarlo —contestó Meribeth, recriminándose haber bajado la guardia por primera vez desde que escaparon de las tierras del clan Colquhoun. Pensar en él en aquellos términos, como lo había estado haciendo un momento atrás, podía ser muy peligroso, así que desvió los ojos de los orbes verdes que la miraban con intensidad y que parecían buscar en los suyos algún tipo de respuesta.

—Ya queda poco —dijo el *highlander* con los colores del clan Gordon, que, cabalgando un poco por detrás de ellos, parecía no perderse nada de su conversación.

Meribeth tragó saliva con dificultad.

Había pasado por mucho para llegar hasta allí, y no iba a fallar ahora.

Solo pensaba quedarse unos días, lo suficiente para que Crom descansara y pudiese continuar camino hacia su destino final. Ese que McKinley le había fijado, hacia la persona que gozaba de su confianza y que pensaba que les ayudaría a asentarse en un nuevo hogar.

Lo único que tenía que hacer era intentar pasar desapercibida, cuidar a Crom para que tomara fuerzas y salir de allí lo antes posible.

Si hubiera imaginado lo que le esperaba entre las piedras de aquel castillo perteneciente al clan Gordon sin duda hubiese huido en dirección contraria.

Lo que no sabía en aquel instante era que ya resultaba demasiado tarde.

VIII

Broc bajó del caballo y se acercó hasta la montura de Fie para que este le diese al pequeño, quien abrió ligeramente los ojos cuando Broc lo tomó en brazos.

El costado, que en los últimos días pasó de doler moderadamente a sentir que le arrancaban las entrañas, le hizo apretar los dientes cuando, al tomar a Calan, una punzada de dolor lo atravesó por completo, dejándolo sin aire.

—Tranquilo, soy Broc —le dijo el *highlander* al pequeño cuando este abrió por completo los ojos y parpadeó varias veces con la mirada desenfocada, como si todavía no se hubiese terminado de despertar. Broc no quería que se asustase al no ver a su hermano.

Meribeth se apresuró a bajar de su montura tendiéndole las riendas a un hombre mayor del clan que se acercó hasta ellos y que previamente tomó las del caballo de Broc y las del *highlander* que los había escoltado hasta allí.

—Por aquí —dijo uno de los guerreros Gordon dándoles la espalda y empezando a andar para que los siguiera.

Ella se puso al lado de Broc y mesó el cabello de Crom que ajustó más sus brazos alrededor del cuello del *highlander*, dejando caer la barbilla sobre su hombro.

A Meribeth todavía le resultaba increíble ver hasta qué punto Crom confiaba en Broc. Jamás había visto hacer aquello al niño salvo con sus padres, su hermano Ronald o con ella misma. Lo que otros de su propio clan no habían conseguido en años, Broc lo había alcanzado en días, sin que el guerrero hiciese nada especial para que así fuese. Y eso la llevó a querer confiar también en él, no solo porque su instinto así se lo indicase, sino porque Crom no había tenido reparos en bajar sus defensas con él.

Al echar a andar, ambos apenas tuvieron tiempo de fijarse en el entorno y en los miembros del clan que pararon sus actividades para observar a los recién llegados. El castillo era grande y de líneas defensivas y elegantes, cuya piedra desgastada por el devenir del tiempo parecía susurrar, a todo aquel que quisiese escuchar, las leyendas de aquellos que eran leales al lema del clan Gordon «*Bydant*».

El interior del hogar los recibió con calidez cuando una mujer de mayor edad, procedente de uno de los pasillos que convergían hacia el punto donde la entrada se unía con el acceso al salón principal, se les acercó con premura.

—Calan, deberías ir andando —dijo Meribeth mientras tocaba la mejilla del pequeño que aún seguía apoyando su cabeza en el hombro de Broc.

El niño asintió lentamente.

—¿Estás seguro? ¿Puedes? —preguntó Broc al pequeño haciendo que el niño levantase la cabeza para mirarle a los ojos, aprovechando que el hombre que los estaba conduciendo hasta el interior del hogar del clan Gordon se detuvo unos pasos delante de ellos para hablar con la mujer.

Crom esbozó una pequeña sonrisa que hizo que el corazón de Meribeth casi se paralizara. Ese diminuto dibujo sobre sus labios había sido una imagen imposible de observar durante las últimas semanas, de tal forma que ella llegó a pensar que quizás no lo volviese a ver en el rostro del pequeño.

La palmadita que Crom le dio en el hombro a Broc hizo que este le devolviese la sonrisa y lo bajase al suelo. El niño se tambaleó ligeramente antes de que sus piernas y el brazo de Broc lo sostuvieran con seguridad.

Las ojeras de Crom habían empeorado en las últimas semanas, y Meribeth temía que la debilidad de la que no había conseguido liberarse este tras superar las fiebres siguiese haciendo estragos en su sistema hasta llegar a un punto en que el pequeño no lo aguantase. Por eso había decidido, por peligroso que pudiese ser para su engaño, quedarse lo necesario para que Crom se repusiese lo suficiente para poder seguir su camino.

—¿Y este guerrero quién es? —preguntó la mujer de edad avanzada mirando a Crom cuando se acercó a ellos. Ante el silencio del niño, la anciana prosiguió hablando.

—Soy Amy y me encargo de cuidar lo mejor posible de todos los habitantes de este castillo, aunque me lo pongan muy muy difícil —dijo la anciana con un brillo pícaro en los ojos que provocó por segunda vez en ese día, que una renuente sonrisilla acudiera a los labios de Crom.

Amy desvió los ojos del pequeño para centrarse en el muchacho extremadamente delgado que se pegó al crío poniendo una de sus manos sobre el pecho del niño. Su rostro era visible a medias y la miraba fijamente como si estuviese evaluando si ella representaba algún tipo de peligro. Sin embargo, lo que más la impactó fueron los ojos del *highlander* que, colocado tras el muchacho y el niño, los custodiaba como si fuesen un raro tesoro. Eso pudo constatarlo cuando Donel, que se posicionó a su lado, alargó el brazo para indicarles que le siguieran hasta la sala. El pequeño, creyendo que iba a tocarlo, dio un paso atrás con pánico en los ojos. Inmediatamente, el chico delgado lo rodeó con los brazos y el *highlander* detuvo el gesto de Donal de forma tan veloz que los ojos de Amy apenas pudieron proseguir la ejecución.

—No le gusta que lo toquen desconocidos —advirtió Broc, soltando lentamente el antebrazo de Donel.

—Entiendo —dijo el *highlander* en cuya expresión se pudo observar el mismo ceño fruncido que en la de Amy.

A la anciana, aquella mirada cargada de miedo procedente del niño no le era desconocida. La había visto más veces de la que quería recordar en los rostros de otros niños, de otras personas, miembros de su clan que sufrieron antaño la violencia y la maldad de Bryson Gordon.

Sin embargo, y a pesar de la evocación de aquellos recuerdos, se encontró de nuevo mirando fijamente a los ojos del *highlander*, enterrando el pasado para centrarse en aquello que requería de su atención.

Si le quedase todavía alguna duda acerca de lo que le contó Bruce sobre la identidad de Broc Ross y del descubrimiento del parentesco que les unía, ella la hubiese descartado firmemente en aquel instante. Esa mirada, su pose, su forma de hablar delataban que era un Gordon por los cuatro costados. El parecido estaba presente, sin duda alguna.

—Gracias, Donel —dijo Amy mirando al *highlander* de su propio clan—. Yo los conduciré hasta el salón.

Donel desvió sus ojos hasta la anciana y su mirada se suavizó al instante.

Amy había sido y siempre sería un importante pilar dentro del clan Gordon. Amiga y confidente de Helen, la madre de Bruce y Kam, Amy había sido, tras la muerte de Helen, el único apoyo de ambos hermanos. Todo el mundo sabía que daría su vida por cualquiera de ellos sin dudar. Su enorme corazón, su experiencia y su generosidad no tenían límites.

—Lo primero que voy a hacer —dijo Amy cuando inició el paso, seguida por los visitantes— es encargarme de que haya una sabrosa cena —dijo girando un poco el cuello para poder mirar a los ojos del niño, guiñándole uno de los suyos—. Hay que poner algo de carne sobre esos huesos o un soplo de aire podría mandarte hasta Inglaterra, y eso no creo que nos guste a ninguno de los dos, ¿verdad?

Crom negó rápidamente con la cabeza y Broc vio la sonrisa disimulada en los labios de la anciana.

—Veo que no eres muy hablador —apuntó Amy, antes de llegar a la puerta de la gran sala—. No importa, por ahora no hacen falta las palabras. A veces estas tienen la manía de esconderse hasta que se sienten seguras. Estoy deseando que las tuyas se dejen ver.

Broc admiró la perspicacia de aquella mujer cuyos ojos expresaban más sabiduría de la que había contemplado en la totalidad de los ancianos del clan Ross. La forma de tratar a Calan, de cómo se había percatado de la renuencia de este a hablar y del miedo en sus ojos cuando estaba ante extraños demostraban con creces que su primera impresión sobre ella había sido acertada. Tampoco le pasó desapercibido cómo esta los había estado observando a todos. El brillo de reconocimiento en los ojos de Amy al posarse sobre él había sido muy revelador. Esto solo le llevaba a pensar que aquella mujer gozaba de la plena confianza de Bruce.

Cuando entraron en el salón, los ojos de los ocho ocupantes de la estancia se clavaron en ellos con interés, aunque dos pares de orbes lo hicieron con mayor intensidad que el resto.

Broc ya sabía que aquella conversación no iba a ser fácil, y, a tenor de la oscuridad que tiñó la mirada de Bruce Gordon al posarse sobre él, podía ponerse incluso peor. Quizás, después de todo, lo pasado en tierras McGregor semanas atrás había sido solo un mero espejismo, y el ofrecimiento de Gordon, no tan genuino como pensaba.

Su clan, su vida y sus raíces, hasta hacía solo unas semanas, habían estado en el clan Ross; sin embargo, tenía que admitir que cuando conoció a los Gordon se permitió imaginar, solo por un instante, cómo sería volver a experimentar ese sentimiento de pertenencia a un lugar y a una familia que perdió con la muerte de su abuelo y de su madre. Un sentimiento que provocaba en él una dualidad difícil de gestionar. Esperanza…, a veces rechazo…

Muchos años contando solo consigo mismo para sobrevivir creaba costumbres difíciles de romper.

El silencio que se adueñó del momento, como si el simple hecho de inspirar y expirar perturbara la tensión reinante, se rompió cuando Broc dio un paso al frente mirando fijamente al mayor de los Gordon.

—Bruce —dijo Broc, consciente de que su voz había sonado más ronca que de costumbre, pero satisfecho con el hecho de que no hubiese reflejado ni un ápice de cómo se sentía por dentro. El costado le estaba matando y la fiebre que lo tenía debilitado, hasta el límite de costarle mantenerse en pie, no le daba tregua desde hacía varios días.

—¿Estás herido? —preguntó Bruce, y Broc tuvo que admitir que Gordon no se andaba con rodeos, ni era sutil en su proceder. No, Bruce era de los que iba directo al pecho, siempre de frente y sin dar la oportunidad de amortiguar el golpe.

—Estoy bien —contestó Broc, manteniendo la mirada de Bruce que, en ese instante, parecía estar decidiendo si lo mataba o lo dejaba desangrarse un rato antes de darle el golpe de gracia.

—Pufff… —soltó Meribeth disconforme, y los ojos de todos los presentes se desviaron hasta el chico delgado y con medio rostro oculto tras un mechón de pelo que había bufado ante la respuesta de Broc. Este último lo fulminó con los ojos, lo que provocó que ella apretara los labios en un mohín.

—Perdón por interrumpir. No me estaba preguntando a mí —aclaró con prontitud Meribeth a Bruce, el cual desvió toda su atención sobre su persona.

Ella, bajo el férreo escrutinio de *laird* Gordon, pareció sinceramente contrariada por haber interrumpido, pero nada más lejos de la verdad.

Broc casi gruñó por lo bajo cuando vio al chico coger aire antes de soltar otra de sus frases.

—Pero si me hubiese preguntado, le diría que tengo una opinión muy diferente sobre lo que es estar bien.

—Ah…, ¿sí? —preguntó Gordon con una expresión inescrutable, la voz más grave y una suave inflexión en la misma al final, poniéndole los pelos de punta.

A pesar de ello, Meribeth esbozó una sonrisa algo ladeada antes de contestar.

—Definitivamente, sí —dijo con una seguridad aplastante. Una confianza que no nacía de la arrogancia o del arrojo, sino de su forma de ser que, a veces, necesitaba exteriorizar para no asfixiarse dentro del personaje del chico de quince años al que tenía que interpretar.

—Fie —dijo Broc con una voz grave y seca que hubiese detenido hasta al hombre más bragado. Sin embargo, Meribeth ladeó la cabeza centrando su atención en el *highlander*.

—No creo que mentir a tu nueva familia sea lo mejor —le contestó, sin dejar que la mirada de su único ojo visible se apartase de la de Broc.

La que le dirigió él de vuelta, penetrante e intensa, hizo que Meribeth exhalara el aire de golpe en un suspiro cansado.

—Está bien… no pienso decir nada más —respondió endureciendo sus facciones—. Pero eres un maldito cabezota —masculló Meribeth por lo bajo entre dientes.

La sonrisa de Eara y el brillo divertido en los ojos de Elsbeth delataron que ese comentario, aunque no había sido la intención de Meribeth, había sido lo suficientemente alto como para que todos lo oyeran.

La forma en que la miró Bruce le hizo tragar saliva. Ese hombre tenía unos ojos que parecían poder leer el alma de quien se le antojase, y con su sola presencia, imponente en todos los sentidos, hacía que aquella estancia pareciese en realidad demasiado pequeña. Al igual que el otro hombre que estaba junto a él y que, por su parecido con Bruce, Meribeth supuso que sería Kam. Los hermanos Gordon tenían los tres eso en común. Podían decir muchas cosas de ellos, pero que pasaban desapercibidos, jamás.

Meribeth sostuvo la mirada de Bruce al igual que lo había hecho antes con Broc y algo en la expresión del *laird* Gordon pareció reflejar cierto regocijo en ello.

El otro hombre presente en el salón, al que miró en último lugar, la observaba a su vez con sumo detenimiento. No sabía quién era, ni a qué clan pertenecía a tenor de que llevaba un *feileadh mor* distinto al resto. Algo en su forma de mirarla la puso nerviosa. No porque esa mirada le provocase algún tipo de rechazo o inquietud, sino porque con ella la estaba evaluando con detenimiento, como si pretendiese desgranar sus secretos. Y Meribeth movió ligeramente la cabeza haciendo que su mechón de pelo castaño ocultase totalmente la mitad de su rostro, algo que hacía cuando quería sentirse más segura. El miedo a que aquel hombre se percatase de que, en verdad, tras aquellos atuendos de chico había una mujer se acentuó bajo su escrutinio.

Los gorgojeos de uno de los niños provocaron que la atención del *highlander* se apartase de su persona, y eso le dio la oportunidad a Meribeth de ser ella quien lo observara abiertamente. De apariencia un poco mayor a la de Gordon, aquel hombre también era digno de tener en cuenta. Un poco más bajo que Bruce, y de facciones más toscas, no estaba en absoluto desprovisto de atractivo. Su mirada inteligente e imperturbable era demoledora.

Y Meribeth se vio a sí misma alargando su escrutinio sobre su indumentaria y su rostro, intentando apaciguar la curiosidad que el *highlander* había despertado con su inquisitiva forma de observarla.

Los gorgojeos del pequeño Kerr se repitieron esta vez con más fuerza y la forma en que

se frotó con el puñito los ojos medio abiertos en señal de sueño hicieron que Amy se adelantase hasta donde se encontraba McPherson, el cual le tendió al pequeño cuando las manos de la anciana se ofrecieron hacia el niño.

—Quizás sea mejor que me suba a este pequeñín y a su hermano —dijo Amy mirando a Elsbeth, la cual mantenía entre sus brazos a un ya dormido Bruce McPherson—, para que duerman un rato tranquilamente.

—Te lo agradecemos —dijo Duncan a Amy.

—De nada. Estos niños me rejuvenecen —contestó la anciana dirigiéndose hacia donde se encontraba Elsbeth.

—Voy contigo y así te ayudo —dijo la rubia a Amy mientras echaba una última mirada hacia su esposo el cual dibujó una pequeña sonrisa en sus labios al ver una significativa mirada en los orbes azules de su mujer. Una mirada que decía a las claras que deseaba que más tarde se lo contase todo.

—¿Quieres acompañarnos? —preguntó Amy a Crom con una mirada afable y cariñosa, esa que se adueñaba de los ojos de la anciana cuando alguien despertaba en ella, como lo había hecho el pequeño nada más conocerlo, su instinto protector.

Crom se apretó contra Meribeth, reticente.

—No tienes nada que temer —afirmó Eara, dando un paso hacia el niño—. Amy puede enseñarte el castillo y, sobre todo la cocina, donde estoy segura de que Nighinn ha preparado algo dulce y sabroso para esta noche. Quizás podías probarlo y decirme si estás de acuerdo conmigo en que sus guisos son lo más delicioso que has comido jamás —y la sonrisa de la pelirroja, con esa chispa traviesa en sus ojos, hizo que el niño la mirara fijamente y que sus hombros se relajasen visiblemente.

Crom desvió su mirada hacia Meribeth, buscando su parecer, y esta asintió levemente.

—Y tu hermano puede venir con nosotros. Ya habrá tiempo de hablar después, cuando hayáis descansado un rato y comido algo. Creo que eso es prioritario después de lo que, por vuestro aspecto, ha debido ser un viaje exento de aburrimiento —continuó Eara, guiñándole un ojo al pequeño y mirando después a su esposo con una sonrisa de medio lado en los labios.

Meribeth jamás hubiese pensado que los orbes pardos de aquel hombre pudiesen albergar tal cantidad de emociones si no hubiese sido testigo, en ese momento, de las que contenían aquellos al devolverle la mirada a su esposa.

Y no pudo evitar sonreír por las palabras y los movimientos de aquella preciosa mujer cuyos gestos y tono desprendían una seguridad aplastante. Debía tener mucho carácter a tenor de la fuerza y el ímpetu que arrojaban tanto su postura como su mirada. A Meribeth le cayó bien desde ese instante, aun sabiendo que no la conocía lo suficiente como para emitir tal juicio.

Crom asintió rápidamente a las palabras de Eara, haciéndole saber a todos los presentes que no iría a ningún sitio sin su hermano. Sin embargo, Meribeth frunció el ceño. No le hacía gracia salir de aquella estancia sin haber aclarado antes si tanto ella como Crom gozarían de la hospitalidad de los Gordon. Por eso se sorprendió cuando Broc, que pareció leerle el pensamiento, se dirigió a Bruce para hablar precisamente de ese tema.

—Ellos son Fie y Calan —dijo Broc presentándolos al resto—. Nos conocimos en circunstancias adversas y hemos compartido viaje los últimos días —continuó desviando ahora su mirada hacia Bruce—. Te pido que les dejes quedarse un tiempo, el suficiente para que el pequeño se recupere y que ambos puedan tomar fuerzas para seguir su camino. Te lo agradecería profundamente.

Varios pares de ojos se centraron en Broc. Los de Bruce con un brillo que dotaba a su

mirada de una intensidad que intimidaba, y los de Meribeth teñidos de agradecimiento y asombro.

Era cierto que solo conocía al *highlander* de unos días, pero lo había observado con atención y hablado lo suficiente con él como para hacerse una idea bastante nítida de su carácter. Si Meribeth tenía algo claro en virtud de la actitud y las conversaciones que había mantenido con él, era que Broc no otorgaba con facilidad su confianza. Escucharle abogar por su causa provocó que una suave calidez se extendiera por su pecho, reprendiéndose al mismo tiempo por sentir aquello. Las palabras que le repitió McKinley antes de que les ayudara a escapar eran claras, una advertencia y un consejo que ella siguió para poder sobrevivir hasta que llegó Broc: «No confíes en nadie hasta que llegues a tu destino y hables con la persona que te he dicho. Sé cordial, pero no hables demasiado. Evita a otros viajeros en los caminos, y no mires fijamente a nadie a los ojos, pero tampoco rehúyas la mirada abiertamente, eso podría dar a entender debilidad y es lo último que necesitas si deseas pasar desapercibida. Coopera y trabaja con los clanes que te den cobijo, pero nunca desveles nada personal. Sé afable y no te quedes durante mucho tiempo. Y jamás jamás esperes nada bueno. Vosotros seréis unos extraños. Nadie os defenderá ante los de su mismo clan. Estáis solos. No lo olvides».

Había sido muy fácil seguir esas directrices durante semanas, y extremadamente difícil hacerlo durante los últimos días con Broc. Él era diferente. Era perseverante e intuitivo, protector y misterioso. Era un sinfín de cosas que la llevaron a cuestionar el consejo de McKinley, que la estaba volviendo loca a la hora de mantener las distancias con él y de evitar que le importase lo más mínimo. No cuando, con unas pocas frases, la hacía sentir que lo estaba traicionando por mantener su identidad en secreto y sostener una mentira.

—Podéis descansar y permanecer con nosotros el tiempo que deseéis —dijo Bruce, antes de volver a prestar su atención a Broc—. Y tú, no necesitas agradecer nada. Esta es tu casa —sentenció el jefe del clan Gordon y las miradas de ambos, fijas en el otro, parecieron entablar toda una conversación que no incluía al resto. El silencio se extendió durante unos instantes hasta que la pelirroja tomó la palabra.

—Pues entonces, si os parece bien, vamos a mostraros vuestra habitación y… —comenzó a decir Eara antes de que Meribeth la interrumpiera abruptamente. Acostumbrada a dormir a la intemperie, en alguna construcción abandonada o un rincón de los establos cuando solicitaba cobijo o trabajaba unos días para algún clan, ella nunca imaginó que la hospitalidad de los Gordon llegara al extremo de ofrecerles su hogar, algo demasiado peligroso para ellos. Cuanto más contacto tuviese con la familia y los miembros del clan, más difícil sería sostener su engaño.

—Ohh, no, no…, os lo agradecemos infinitamente, pero no queremos molestar. Podemos dormir fuera o en el establo... —contestó rápidamente Meribeth intentando no parecer maleducada ante su generoso ofrecimiento.

Supo que se había equivocado rehusándolo en el mismo instante en que todas las miradas se centraron en ella, sobre todo la de Broc que, inquisitiva, la escudriñaba en busca de una explicación.

Y es que, en su afán por intentar rehuir la compañía de la familia Gordon, no había pensado que su negativa podría provocar cierto recelo y, desde luego, generar más preguntas de las que podía contestar. La mirada especulativa que Bruce le estaba dirigiendo en ese mismo instante, la inquisitiva de Kam y las penetrantes y curiosas del resto solo reforzaron ese razonamiento. A Meribeth le había costado mucho llegar hasta allí para que un estúpido error echara por la borda las semanas de sufrimiento, frustración y miedo que aquel viaje le habían dejado bajo la piel, como un veneno de acción lenta.

—O podemos ir a ver la habitación que tan amablemente nos habéis ofrecido —rectificó rápidamente, mirando a la pelirroja—. Perdonad, pero no estamos acostumbrados a gozar de la amabilidad que nos brindáis tan gentilmente —continuó con su mirada fija en los ojos verdes, grandes y luminosos de la que parecía ser la esposa de *laird* Gordon—. Que le deis a mi hermano la oportunidad de poder descansar unos días es algo que nunca podré pagaros, y querría pediros —esta vez Meribeth miró tanto a Eara como a Bruce Gordon— que me permitáis durante lo que dure nuestra estancia aquí trabajar con ahínco en aquellas tareas que consideréis oportunas para poder agradeceros vuestra generosidad, ya que no tengo otra forma de corresponderos que no sea con el trabajo de mis manos.

Quizás ahora se había pasado. Le rechinaron los dientes de lo empalagosas y extremadamente efusivas que habían sonado sus palabras, pero la sonrisa ladeada que le dirigió Broc fue suficiente para saber que había sorteado bien su desliz, y lo último que deseaba era levantar sospechas con su conducta y ofender a *laird* Gordon rechazando su generosa hospitalidad. Además, no podía dejar que el miedo a ser descubiertos la hiciera perder de vista su objetivo principal que era proteger y cuidar a Crom. Él necesitaba descansar, comer adecuadamente y dormir tranquilo, bajo cubierto, para que lo que la fiebre no había conseguido no lo hiciese ahora el cansancio y la falta de una adecuada alimentación.

Viendo la mirada apreciativa que le lanzó la pelirroja, Meribeth asintió levemente con la cabeza en señal de respeto. El bufido que salió esta vez de los labios de Broc Ross la hizo levantar la mirada y fundirla con la del *highlander* cuyos ojos verdes, de un color vibrante y único, la observaban con un cierto brillo de diversión. Estaba claro que no se había tragado en ningún momento su exagerado alarde de amabilidad. Él, que durante días había aguantado sus gélidas contestaciones, su descaro y su mala leche, ahora parecía estar a punto de echarse a reír por su dulce discurso, consiguiendo que se pusiese nerviosa y que maldijera de nuevo entre dientes. Una mala costumbre que últimamente estaba yendo a peor, y que Coby en su día intentó que abandonase…

Pensar en él la devolvió de golpe a la realidad del momento, haciéndola recordar lo que estaba en juego, lo que debía hacer, y su obligación de no perder de vista cuál era su cometido. No podía distraerse de su objetivo ni cometer un error por estar embelesada observando unos ojos que, si se miraban bien, no eran tan impresionantes como había supuesto en un primer momento. Si se fijaba detenidamente eran del color de la hierba en un día de lluvia. Una hierba pisoteada por una manada de caballos que además habían defecado encima de ella. Sí, definitivamente esa era una buena imagen para alejar determinados pensamientos. Con eso en mente endureció su mirada haciendo que su ceja derecha, la única visible, se arqueara ligeramente, retándole a que siguiese divirtiéndose a su costa. Lo malo de aquello es que se había centrado tanto en sus ojos para determinar que no eran tan magníficos que no lo vio venir…, no se preparó para que el condenado de Broc Ross ladease suavemente los labios haciendo que su sonrisa adquiriese un aspecto canalla. Y ella, contra su buen juicio, lo que hizo fue suspirar. En ese instante quiso arrancarse la cabeza y sacarse los ojos, sobre todo cuando sintió una sensación extraña en el estómago, como si tuviese un enjambre de abejas dentro de él, haciendo que este se agitase de forma extraña y desagradable. «Era la falta de sueño. Era la falta de sueño. Era la falta de sueño y el hambre», se repitió una y otra vez mentalmente para justificar lo injustificable, porque, ¿desde cuándo Broc Ross le parecía atractivo? ¿Desde cuándo, maldita fuese mil veces, sus ojos eran dos pozos sin fondo a los que quería tirarse de cabeza y sin coger aire? Y, por el amor de Dios, ¿por qué descubría aquello en ese preciso momento? El estómago ya de por sí raro, se le revolvió, y el gruñido que salió de sus entrañas, a juego con el que tenía en la garganta

atrancado, hizo que sus mejillas adquirieran una tonalidad, no sonrosada, no…, porque para su vergüenza tenía una piel en la que el más ligero sonrojo podía verse desde Inglaterra, sino rojo rojo fuerte, una tonalidad de rojo imposible de ignorar.

—Creo que la cena es prioritaria. Todo lo demás puede esperar —señaló Bruce de pronto, ante el rugido de las tripas de Meribeth que resonó vergonzosamente en toda la estancia.

—No creo que sobreviva a mi estancia aquí —masculló Meribeth entre dientes cuando, tras las palabras de Bruce, Eara la conminó a seguirla.

Antes de salir de la sala, fue consciente de las miradas de los presentes sobre ella, y del intercambio de palabras entre la mujer rubia, que parecía ser la esposa de Kam Gordon, y Broc.

—Me alegra verte de nuevo y, sobre todo, que aún conserves la cabeza —señaló esta mirando fijamente al *highlander*.

—Yo también me alegro de verte —contestó Broc divertido por la franqueza de Elsbeth.

Después de eso, Eara también le dio un abrazo al *highlander*, aunque en esta ocasión Meribeth no pudiese escuchar lo que este le dijo al oído.

Ella solo pudo intercambiar una última mirada con él antes de seguir a Amy por los anchos pasillos. Una mirada que la calmó como si le hubiese acariciado el alma. La mano de la pelirroja sobre su brazo la sobresaltó. No esperaba ese trato tan cariñoso, ni tampoco la mirada que intercambió con la rubia, como si entre ellas estuviesen hablando algún tipo de idioma que los demás desconocían.

Meribeth estrechó con mayor fuerza la mano del pequeño Crom cuando la sintió temblar ligeramente dentro de la suya, sin poder quitarse de encima la sensación de que, si se quedaban allí, aquellas personas terminarían por descubrir todos sus secretos.

Fuera como fuese su estancia no podía ser prolongada.

Porque no podía confiar en nadie.

Debía mantener las distancias.

Debía seguir fingiendo y debía seguir siendo Fie, ahora más que nunca.

Y ese fue el primer momento desde el inicio de aquel viaje impuesto en el que aquellos pensamientos no la reconfortaron.

No, no lo hicieron. Todo lo contrario.

IX

Broc aprovechó la salida de la estancia de Fie y Calan, junto a Eara, Elsbeth, Elisa y Amy, para dar unos pasos hacia atrás y mover las piernas, unas que parecían menos estables a cada instante que pasaba. Estaba exhausto, eso lo sabía, pero la maldita fiebre era la que lo mantenía en aquel estado de debilidad. Una fiebre que no era liviana. Sentía que le ardía la cabeza y le golpeaban las sienes al mismo son que el sonido del corazón. Y eso no era lo peor. La herida del costado lo estaba matando, y la pérdida de sangre que sufrió por motivo de esta solo contribuyó a dejarle exangüe hasta el extremo de impedirle recuperarse con su acostumbrada facilidad.

—Lamento presentarme así después de… —comenzó Broc, antes de que Bruce interrumpiera su frase dando un paso al frente para acercarse más a él, acortando de nuevo la distancia entre los dos.

—Voy a preguntártelo otra vez —espetó Bruce escrutándolo con la mirada—. ¿Estás herido?

Broc se irguió levemente, corrigiendo su postura, lo que le costó la vida misma, pero nada en su semblante reveló ese hecho.

—Estoy bien —respondió, y las facciones de Bruce se endurecieron levemente al escuchar esas dos palabras procedentes de sus labios, como si aquella respuesta no fuera la que esperaba oír.

—Imagino que tendrás unas cuantas preguntas que hacer —continuó Broc intentando que los tres pares de ojos que ahora estaban centrados en él dejasen de especular sobre su estado.

—Nos alegra que estés aquí, pero hasta que te he visto entrar, vivo, me han dado ganas de matarte yo mismo —dijo Kam sin que la jovialidad que era tan intrínseca en él estuviese presente en su rostro—. Cuando nos ha dicho Duncan que te habías ido de tierras McGregor para volver con el clan Ross no podía creerlo. Estuvieron a punto de matarte y tú vuelves con ellos, solo y sin haberte recuperado de tus heridas. ¡¿Has perdido el juicio?!

—¿Has terminado? —preguntó Broc a Kam con un tono de voz gélido.

—No he hecho más que empezar —respondió el menor de los Gordon con el cuerpo en tensión—. ¿Por qué no esperaste a que volviésemos?

—¿Por qué debía hacerlo? No tengo que dar explicación alguna de mis actos ni de mis decisiones, Kam. No te equivoques —contestó Broc con una calma que rivalizaba con la dureza de sus palabras.

El hecho de que los Gordon se hubiesen enterado de que él era su medio hermano no les daba derecho alguno a exigirle nada, al igual que Broc no reclamaba ni esperaba ninguna cosa de ellos. Llevaba gran parte de su vida solo, sin el arropo o el arraigo que proporcionaban una familia de verdad, y había sobrevivido sin la ayuda de nadie. No estaba acostumbrado a otra cosa.

—Ni nosotros te exigiríamos tal cosa —contestó Kam. Su voz firme, pero mucho más suave y calmada que un instante antes, dejaba entrever lo mismo que sus ojos azul oscuro, una absoluta sinceridad y una pizca de desconcierto.

Broc miró a los orbes de Kam y apretó los labios por un instante. Quizás su reacción había sido excesiva.

En la reunión que tuvo lugar en tierras McGregor fue el menor de los Gordon el que se

acercó a él. En aquel momento le sorprendió la personalidad directa, divertida, tenaz y sumamente intuitiva de Kam. Fue la primera vez que dudó si mantener el secreto de la relación que le unía a los Gordon.

—Lamento si he sido brusco —dijo Broc, y la expresión de Kam se suavizó al instante.

Si quería quedarse allí por un tiempo, si quería en verdad conocer a sus hermanos, tenía que hacer alguna concesión, debía intentar ser menos hermético, aunque le costara la vida misma.

La mirada de Bruce, incisiva, parecía estar evaluándolo constantemente, y Duncan McPherson no se quedaba atrás.

—Tenía mis motivos para volver con el clan Ross, solo —continuó con serena firmeza—. Y conozco a Leathan y a Akir lo suficiente para saber que, por mucho que lo desearan, no atentarían contra mi vida abiertamente. No ahora, después de que su padre intentase matarme consiguiendo ponerles a ellos y al resto del clan bajo el escrutinio del rey. Leathan no es estúpido, y estaba seguro de que no haría nada que pudiese poner en peligro su posición como nuevo *laird*. Él es consciente de lo delicada que es su situación, y que el rey Guillermo ya duda sobre su lealtad. Hacerme algo a mí, dentro de sus tierras, hubiese sido definitivo.

—Estoy de acuerdo contigo, pero tienes muchas agallas —dijo Duncan McPherson y un brillo divertido se instaló en sus ojos antes de decir las siguientes palabras—. No podéis negar que sois hermanos —continuó mirando a los tres hombres que había en la estancia junto a él—. Igual de cabezotas y de inconscientes.

—Así no ayudas —respondió Kam mirando a McPherson como si quisiera asesinarlo, lo que provocó que una sonrisa ladeada hiciera acto de presencia en los labios del *highlander*—. Por mucho que creas tener una situación controlada, el ser humano es impredecible y, a veces, estúpido —terminó el menor de los Gordon mirando a Broc con intensidad.

Broc no contestó a la última afirmación de Kam. Primero porque este tenía razón como había demostrado el propio Ail al enviar a unos hombres para acabar con su vida, y en segundo lugar porque lo que destilaban los ojos de su hermano en aquel preciso instante parecía genuina preocupación, y eso lo perturbó, tomándole por sorpresa. Apenas lo conocían, ¿por qué iban a intranquilizarse por su seguridad?

—¿Conseguiste lo que buscabas? —preguntó Bruce Gordon, y su voz grave y dura traspasó sus pensamientos haciendo que sus ojos se desviaran de nuevo hacia él.

Si Kam no se andaba con sutilezas, siendo incisivo y tenaz, Bruce hacía las preguntas exactas y lanzaba verdades a bocajarro, dando en el blanco cada vez que una palabra salía de sus labios.

En el estado en el que se encontraba, en el que mantenerse en pie ya le estaba costando la poca resistencia que le quedaba, el tener que enfrentarse a aquellos dos titanes, junto a la mirada astuta de Duncan McPherson, iba a matarlo antes que la herida del costado.

Broc dio dos pasos hacia atrás, apoyándose en la mesa de madera que, de proporciones generosas, ocupaba gran parte del lateral derecho de la estancia. Aquello le aportaría la sujeción necesaria para que sus piernas siguieran sosteniéndolo el tiempo suficiente como para acabar aquella conversación y poder retirarse después un momento a solas, a cualquier rincón alejado de todo, donde pudiese agonizar y morir en paz.

—Sí, lo hice —contestó Broc.

—¿A qué precio? —preguntó Bruce dando un paso hacia él, acortando de nuevo la distancia que los separaba.

Y Broc no pudo evitar esbozar una tenue sonrisa ante la perseverancia de *laird* Gordon.

Sosteniéndole la mirada a Bruce, decidió que no había ninguna razón para seguir ocultándoles lo que había ocurrido. La resolución de dejar el clan Ross ya la había tomado, al igual que la de pasar un tiempo junto a ellos.

Ambas fueron difíciles, pero no tanto como la de intentar confiar en alguien más, que no fuera Dune McGregor o él mismo. Sabía que eso dependía de él y ya que había dado el paso de ir hasta allí, en aquel instante, en aquella mirada, tomar la decisión de contarles lo que había pasado se tornó más fácil, provocando extrañamente que sus hombros se sintieran una pizca más ligeros.

—Uno que estaba dispuesto a pagar —contestó Broc, observando cómo los ojos pardos de Bruce refulgieron un instante ante sus palabras. Por la expresión de su rostro y la dureza de su gesto sabía que esa respuesta no había sido de su agrado—. Pero tenéis razón en cuanto a lo impredecible que puede llegar a ser una persona y lo ciegas que pueden estar otras —continuó Broc captando con ello la atención de los tres hombres que se encontraban junto a él—. Independientemente de eso, necesitaba tomar una decisión antes de visitar el clan Ross, y quería hacerlo sin que hubiésemos tenido esa conversación que dejamos pendiente antes de que os fuerais a la corte —relató mirando fijamente a Bruce y a Kam—. Quería pensar con tranquilidad, y los días que pasé postrado en una cama recuperándome de mis heridas me proporcionaron el tiempo suficiente para ello.

Broc agradeció que ninguno de los presentes lo interrumpiese con las preguntas que se veían reflejadas en sus rostros, dejándole continuar.

—Y si volví al clan Ross fue para despedirme de personas importantes para mí sin las cuales no creo que hubiese podido sobrevivir cuando las cosas se complicaron al morir mi abuelo y mi madre, y también para corroborar mis sospechas sobre uno de los ancianos.

—¿El que pensabas que había envenenado los oídos de tu tío Mervin respecto a ti?

Broc asintió ante la pregunta de Kam.

—Y has descubierto que era peor de lo que imaginabas —aseveró Bruce con una certeza abrumadora, como si le hubiese leído el alma.

Broc lo miró fijamente y esa fue suficiente respuesta a su afirmación. Una que había sido tan certera como precisa.

—Mi tío siempre me consideró, desde mi nacimiento, un inconveniente, y en los últimos años una amenaza a su posición —explicó Broc con frialdad—. La sospecha de que el esposo de mi madre no era en verdad mi padre siempre fue una constante en el clan, pero a raíz de la muerte de mi abuelo esta dejó de ser una incertidumbre para convertirse en una certeza.

—¿Tu tío Mervin? —preguntó Duncan arqueando una ceja.

—Sí, así es. Fue él quien se encargó de que todos supiesen la verdad —contestó Broc—. Lo descubrí un tiempo después, y jamás entendí ese odio acérrimo que me profesaba y su afán por deshacerse de mí. Sin embargo, cuanto más lo intentó, más me afané yo por sobrevivir —continuó con una calma que contrastaban con la dureza de sus palabras—. Imagino que por eso fue fácil para uno de los ancianos manipularle para que pensara que yo deseaba destruirle para convertirme en el nuevo *laird* del clan.

—Dune nos contó que hace unos meses uno de los ancianos habló contigo para insinuarte que fueras el nuevo *laird* del clan Ross en vez de tu tío Mervin —apuntó Kam con el entrecejo fruncido.

—Sí, en efecto —contestó Broc—. Y créeme que aquello me tomó por sorpresa. Jamás imaginé, bajo ningún concepto, que pudiesen contemplar esa posibilidad —continuó con una sonrisa sesgada cargada de incredulidad y desagrado—. El anciano no dijo nada que pudiese comprometerlo en exceso, no para poder tacharlo abiertamente de traición. Todo fueron

suposiciones hechas con la sutileza y la maestría de un hombre que tiene experiencia en tales lides. En ese instante acallé cualquier otra pretensión que tuviese —continuó Broc intentando que en su rostro no se reflejara el dolor intenso que de pronto le atravesó el costado, haciendo que su respiración se volviese algo errática—. Al poco tiempo de eso la animadversión que sentía mi tío hacia mí adquirió tintes más sangrientos. Una emboscada en el camino de vuelta a casa y su expresión de profunda decepción al comprobar que volví ileso me bastó para saber que él no esperaba que retornase al hogar con vida. Ahí fue cuando comprendí que quería matarme y sospeché quién le había dado la excusa perfecta para hacerlo.

—El anciano con el que hablaste —apuntó Duncan—. Astuto, sin duda. Acudiendo a tu tío y tergiversando la conversación que mantuvo contigo, se protegió a sí mismo a la vez que le dio a Mervin una razón para llevar a cabo lo que siempre había querido. Tu muerte.

—Sí, esa es la conclusión a la que llegué yo; sin embargo, había algo que no terminaba de encajar —continuó Broc sintiendo que una gota de sudor corría por su cuello. Tenía un frío terrible y, sin embargo, sudaba. Si no descansaba pronto seguramente se desplomaría en mitad de aquella estancia—. Lo aparté de mi mente cuando estuvimos reunidos en las tierras de Dune McGregor, pero mientras estaba postrado en la cama por las heridas, ese pensamiento volvió a mí con fuerza. Esa fue otra de las razones por la que volví. Quería comprobar hasta dónde llegaba la ambición de ese anciano y el poder que ejercía dentro del clan Ross

—¿Y lo conseguiste? —preguntó Kam. Su voz destiló una frialdad como no lo había hecho hasta entonces.

Broc asintió levemente con la cabeza.

—Ese hombre tiene el respaldo de los ancianos más influyentes dentro del clan, y la lealtad de muchos de los guerreros, incluso de entre los más jóvenes.

—¿Cómo tienes la certeza? —preguntó Kam.

—Porque ha desafiado incluso a su rey.

La expresión de los presentes se endureció. Duncan McPherson dio un paso hacia delante.

—¿De qué hablas? —preguntó el *highlander*, mirándolo fijamente.

—Voy a matarlo —exclamó Bruce entre dientes con sus ojos clavados en los de Broc.

—¿Qué...? —preguntó McPherson mirando a Bruce para después desviar los ojos hacia Broc. Kam hizo lo mismo, intentando comprender qué era lo que había descubierto Bruce para reaccionar así.

—Esperó hasta que salí de las tierras del clan, y aunque uno de los ancianos me avisó de que podía estar tramando algo, tampoco me hubiese hecho falta esa información. Me di cuenta de que me seguían casi antes de salir de las tierras del clan.

—¡¿Intentaron matarte de nuevo?! —exclamó Kam con una expresión de ira en el rostro.

—Es estúpido y temerario. No tiene sentido —señaló Duncan frunciendo el ceño.

—Lo mismo pensé yo, hasta que me di cuenta de algo. ¿Si me ocurriera alguna cosa, el castigo por ello sobre quién recaería? ¿Sobre quién las sospechas? —preguntó Broc a los tres hombres presentes—. Es igual que hace unos meses cuando se acercó a mí para ofrecerme su apoyo si decidía luchar por la jefatura del clan. ¿Y si hubiese aceptado? —dijo sin esperar a que ninguno respondiese—. Él sabía igual que yo que, por mucho que me hubiese ganado el respeto de parte del clan, la mayoría no permitiría que un bastardo alcanzase tal posición. Al principio pensé que era desesperación, necesidad de salvaguardar la seguridad del clan, pero cuando retorció la situación para envenenar los oídos de Mervin y de mis primos, tan fácilmente…

—No le importaba tu respuesta porque carecía de importancia. Solo eras un medio para

conseguir un fin —razonó Bruce.

Los ojos de Duncan brillaron con reconocimiento.

—Desde el principio quiso deshacerse de Mervin y de ti —señaló McPherson.

Broc carraspeó un poco cuando su garganta seca apenas le dejó tragar algo de saliva antes de contestar.

—Y entonces, si ya se ha desecho de Mervin y sabe que tú no eres un peligro real porque el clan no te apoyaría, ¿por qué intentar matarte de nuevo? ¿Por qué arriesgarse a la ira del rey? —preguntó Kam con el entrecejo fruncido.

—Porque no puede manejar a Leathan como él desea. Con Akir podría, pero Leathan está demasiado vanagloriado de sí mismo como para poder controlarlo a su gusto.

—Ese viejo está loco —declaró Duncan entre dientes.

—Si hubiese acabado conmigo, el rey apartaría a Leathan y a Akir del liderazgo del clan, y ese anciano, con la influencia y el apoyo que tiene dentro del mismo, tendría libertad para elegir al nuevo *laird* del clan Ross. A alguien de su confianza, al que pueda manipular. Eso es lo que quiere.

Las caras de todos los presentes delataban la gravedad de los hechos relatados por Broc.

—¿Cuántos hombres envió? —preguntó Bruce.

Broc miró a Gordon, apoyando las manos sobre la madera donde su cadera descansaba.

—Cinco —contestó apretando la mandíbula cuando una punzada le atravesó el costado.

—¿Y cómo conseguiste despistarlos? —preguntó Duncan.

—No lo hice —contestó Broc, y la mirada de Bruce sobre él quemó como el mismísimo infierno.

—¿Te enfrentaste a ellos en campo abierto? —preguntó Kam mirándole como si hubiese perdido la cabeza.

—No era ese mi pensamiento, pero apareció el muchacho con el niño y la situación se complicó. Lo importante es que conseguimos salir indemnes y dejé con vida a uno de ellos para que le llevase un mensaje al anciano.

—¿Cinco contra uno? —preguntó Duncan con una ceja alzada.

—El chico resultó ser bastante hábil con la espada —contestó Broc, que veía cómo Kam y Duncan lo seguían mirando como si estuviese loco.

—Preparé una emboscada en un terreno favorable para mí, pero la aparición del muchacho y el niño… —comentó Broc aclarándose la voz al final que resonó más ronca y cansada de lo que estaba al principio—. No iban a dejarlos con vida. No si pretendían matarme allí, y yo no podía permitir que murieran por ello —finalizó Broc.

—¿Sabes algo del muchacho y el niño? ¿Qué hacían allí? —preguntó Bruce que, desde hacía un rato, lo miraba más fijamente de lo normal, como si le estuviese escrutando el alma.

Broc negó con la cabeza a la vez que contestaba.

—No, pero están solos. Fie es muy protector con su hermano pequeño y le cuesta confiar en alguien que no sea él mismo.

—Eso me suena —dijo Kam con una mueca, lo que hizo que Duncan no pudiese contener una sonrisa y que los ojos de Bruce brillaran incisivos.

Broc lo miró fijamente con una ceja alzada antes de seguir hablando, lo que arrancó una carcajada a McPherson.

—El pequeño Calan no habla, y tiene pesadillas casi todas las noches —continuó Broc —. Y Fie es como una roca para el niño. Por él haría cualquier cosa, hasta matarse de agotamiento —dijo mirando a Bruce—. Creo que han sufrido mucho, y tengo la sensación de

que están huyendo, poniendo distancia entre lo que sea que les pasara y un destino que no me ha querido especificar, pero desde luego no suponen ninguna amenaza.

—Se quedarán aquí, el tiempo que ellos deseen —aseveró Bruce con firmeza.

—Gracias —dijo Broc, asintiendo.

—Te lo he dicho antes y vuelvo a recordártelo —contestó Bruce, y sus ojos adquirieron una calidez que Broc solo había visto en ellos cuando miraba a su esposa o a Kam—. Este es también tu hogar.

—Sí, lo es —afirmó Kam—. Porque has venido para quedarte, ¿verdad?

En ese instante uno de los guerreros del clan entró en la sala, apresuradamente, haciendo que la pregunta de Kam quedara en el aire y que todos los presentes desviaran sus ojos hacia el recién llegado. Broc lo reconoció como el hombre que los había llevado hasta allí un rato antes.

—Los hombres del clan Shaw están en el límite de nuestras tierras. Como no sabía cuánto tiempo os llevarían los asuntos en la corte, accedí a reunirme con él hace unos días, pero me exigió hablar contigo o con Kam. También me dijo que quería hablar con Duncan —dijo Donel con el gesto serio y tenso—. Amenazó con mandar a todos sus hombres hasta el límite de nuestras tierras para poder conversar contigo. Parece que lo de los robos en sus tierras se ha intensificado.

—Pues vayamos a verle —respondió Kam, mirando después a McPherson, buscando su confirmación de que estaba de acuerdo en acercarse los dos para tener una reunión con el viejo Shaw, aunque aquello fuese lo que menos les apeteciera en aquel instante.

—Shaw puede esperar —dijo Bruce.

—Ya que ha surgido y estoy aquí, prefiero ir con Kam y reunirme con él ahora que posponerlo para otra ocasión —comentó Duncan con una sonrisa de medio lado que hizo que Bruce arqueara ligeramente una ceja.

—Shaw puede ser muy testarudo, lo sabes. Es preferible acabar con esto hoy —comentó el menor de los Gordon.

Bruce miró fijamente a Kam antes de desviar su mirada hasta Donel y asentir levemente.

—Estaré en el establo preparando los caballos —contestó el *highlander*.

—No deseo que nuestra llegada interrumpa vuestras obligaciones. Podemos hablar más tarde —intervino Broc mirando a los presentes.

—Créeme, si pudiera evitar encontrarme con los hombres del clan Shaw lo haría, pero es mejor verlos hoy —señaló Kam.

—La tierra de los Shaw limita con la de los Gordon y con la nuestra —explicó McPherson a Broc—. Biast Shaw, *laird* del clan, es algo malhumorado.

—Lo que tiene es un genio de mil demonios, y es un grano en el culo —apostilló Bruce haciendo que Broc sonriera de medio lado.

—Sí, así queda mejor explicado —apuntó Duncan sonriendo ampliamente.

—¿Tú no vas? —preguntó Broc a Bruce.

—No.

La mirada intensa y oscura que le dirigió Bruce fue suficiente para saber que este no daba por terminada su conversación con él.

—Pues entonces nos vemos esta noche —dijo Duncan intercambiando una mirada con Bruce, una que sin duda conllevaba algún tipo de significado, pero que Broc no supo discernir con claridad.

—Descansa, luego te veo —dijo Kam a Broc, con el semblante ahora más serio.

Broc asintió levemente, maldiciendo en su interior por la situación física en la que se

encontraba, como si estuviese a las puertas del infierno, mientras veía cómo Kam y Duncan se despedían de Bruce antes de salir de la estancia. El costado le abrasaba, dolía como si le atravesara una maldita espada al rojo vivo, y el cuerpo le ardía. Su mente estaba ofuscada por una neblina mental que cada vez era más espesa y que amenazaba con hacerle perder la poca coordinación y capacidad de reacción que le quedaban. Las fuerzas eran escasas por no decir prácticamente nulas y por un instante sopesó la posibilidad de dejarse caer sobre la piedra fría del suelo para que le dejaran morir en paz; sin embargo, se encontró prestando atención a las palabras de Bruce cuando este se dirigió de nuevo a él.

Por el tono y la expresión en la cara de Gordon, este debía de haberle repetido sus últimas palabras varias veces, porque el eco de las mismas pareció llegar hasta él con demasiado retraso.

—Perdón, no te he escuchado —dijo Broc, aclarándose la garganta e intentando aguantar un instante más.

No fue consciente de que había perdido el equilibrio hasta que sintió las manos de Bruce tomándolo por los brazos, haciendo que volviera a apoyar la cadera sobre la mesa de madera que había tras él.

Broc apretó los dientes cuando sintió que perdía la percepción de todo lo que le rodeaba. Solo pidió tener un poco más de fuerza para que la oscuridad no lo engullera por completo.

X

Su respiración era errática y sus sentidos estaban mermados, pero todavía permanecía en pie. Parte de su peso descansaba sobre la mesa que tenía tras él y una de sus manos se agarraba a ella con fuerza, haciendo que sus nudillos se tornasen casi blancos.

La otra mano la tenía cerrada en un puño aferrada al *feileadh mor* de Bruce y su frente estaba sobre el pecho de su hermano. Ahora que había recuperado levemente el control de sus sentidos no sabía cómo había acabado apoyándose en él.

La voz de Bruce llamándolo penetró poco a poco en su cabeza mientras intentaba reunir las fuerzas necesarias para separarse, pero la mano de Bruce tocando su nuca se lo impidió.

—Maldita sea, estás ardiendo —exclamó Bruce entre dientes.

—Estoy…

—No vuelvas a decirme que estás bien o te mato sin piedad alguna —espetó Bruce con dureza, un tono que se contradecía con el cuidado con el que lo estaba sosteniendo.

—Puede que no haya sido completamente sincero y me sienta peor de lo que os he dicho.

—¿Cuánto peor? —preguntó Bruce.

—Como si estuviese a las puertas del infierno —contestó Broc, y su voz, aunque firme, sonaba más grave y entrecortada. El dolor y la fiebre se estaban cebando con su cuerpo.

Broc sintió cómo el agarre de Bruce sobre él se intensificaba al mover este la mano que reposaba sobre su nuca hasta el cuello, donde el frescor que le provocó sobre la piel fue un descanso momentáneo al fuego que lo estaba devorando por dentro.

—Tienes el sudor frío a pesar de que tu piel está hirviendo —siseó Bruce—. Voy a llevarte hasta una de las habitaciones y hacer que Elisa te vea. ¿Crees que podrás andar?

«¿Eso que había percibido en su voz era de nuevo preocupación?».

—Creo que sí, pero… por favor, déjame descansar un instante —contestó Broc, con una voz que parecía provenir del fondo de una caverna.

—Tranquilo, yo te ayudaré —dijo Bruce, y Broc volvió a apretar el puño que ceñía el *feileadh more* de su hermano—. ¿Hay algo más que me hayas ocultado? ¿Estás herido? —preguntó con urgencia Bruce, de nuevo esa cadencia grave al final.

Broc estaba seguro de que Gordon se estaba conteniendo para no decirle lo que realmente pensaba.

—En el costado derecho. La espada de uno de los hombres me alcanzó y perdí bastante sangre —respondió Broc y su tono sonó extrañamente lejano.

El gruñido que salió de los labios de Bruce hizo que Broc cerrase los ojos por un momento y apretara los dientes intentando levantar la cabeza para mirarlo.

—Ni lo intentes —contestó Bruce evitando que dejase de apoyarse en él.

La fuerza ciceante de esas palabras hizo que Broc tomase aire antes de intentar responderle.

—Debiste decirme que estabas herido en cuanto entraste en esta estancia —señaló Bruce cortando lo que Broc iba a decir.

—Estaba aguantando bien hasta hace un momento.

—No tenías por qué aguantar. ¿Pensabas no decir nada hasta que te desangraras? —preguntó Bruce con dureza y esta vez ayudó a Broc cuando, con un esfuerzo titánico, este levantó la cabeza para cruzar su mirada con la de él.

—No estás solo; ya no —afirmó Bruce con sus ojos pardos clavados en los verdes de Broc con una fuerza arrolladora—. Este es tu hogar, esta es tu familia y tú, un Gordon.

Broc sintió la férrea convicción de esas palabras. En su voz, en su mirada… y, a pesar de no encontrar fisura alguna en ella, a Broc le costó entender por qué. Apenas se conocían, y, aunque le había salvado la vida a Bruce, este no le debía nada.

—¿Ya lo has decidido?, ¿que soy un Gordon? ¿Incluso antes de tener esa conversación que quedaba pendiente entre los dos? —preguntó Broc entrecortadamente. Su voz demasiado debilitada como para poder seguir con normalidad, y la mirada de Bruce fija en él inalterable, inmensa, sin duda alguna—. ¿Sin preguntas? No sabes si estoy aquí porque fue mi elección o porque en este momento no tengo clan al que volver —espetó Broc, devolviéndole la mirada, retadora—. Sé que estás conteniéndote desde que he entrado en esta sala. Sé sincero y dime qué es lo que tanto te molesta.

Una sonrisa se extendió por los labios de Bruce. Fue todo, menos dulce. Si Broc hubiese sido otro hombre seguramente habría rogado por su vida antes de que Gordon acabase con ella.

—Contengo mis impulsos, nunca mi lengua —espetó Gordon con una calma inquietante —. Ser sincero es mi naturaleza, y vas a hartarte de ella, créeme —continuó haciendo énfasis en sus últimas palabras—. Y no me importa si es tu decisión o no estar aquí. Sé que por necesidad jamás te hubieses acercado a estas tierras, no con tu fuerza y tu orgullo, pero si ese fuera el caso, me daría igual. Lo importante es que estás aquí —prosiguió con contundencia—. Y, respecto a tu futuro, tu libertad está por encima de mis deseos o los de Kam. No lo olvides jamás. Y, ahora, pasa tu brazo por encima de mi hombro y deja que te ayude a llegar a una habitación para que pueda ver tu herida.

Broc apenas podía sostenerse y menos pensar con claridad, pero no pudo evitar esbozar una sonrisa ladeada.

—Impresionante respuesta —dijo con cierto deje de admiración.

—No seguirás pensando lo mismo dentro de unos días —contestó Bruce mientras ayudaba a Broc a ponerse en pie y cargaba con parte de su peso. El brazo de Broc por encima de su hombro y el suyo por la cintura de Broc haciendo que fuese mucho más fácil llevarlo.

A la salida de la estancia, Jonhson, uno de los hombres de confianza de Bruce, se encontró de frente con ellos.

—Iba a hablar contigo... —comenzó el *highlander* frunciendo el ceño cuando al aproximarse hasta donde ellos se encontraban contempló a su *laird* cargando con Broc.

—Busca a Elisa, está con Eara y Elsbeth, y tráela contigo a la habitación que hay contigua a la mía. Rápido —exigió Bruce, y Jonhson, sin dilación, sin una palabra más, se giró y apresuró el paso, alejándose de allí para cumplir con el pedido de Gordon.

—Puedo llegar hasta la habitación, creo que podría ir por mi propio pie —dijo Broc intentando separarse de Bruce.

La mirada que le dirigió Gordon dibujó otra sonrisa en los labios de Broc, a pesar del estado en que se encontraba. Esas miradas eran como espadazos bien dirigidos. Precisos y mortales.

—Así que Kam es el que regaña y tú el mandón. No sé en qué lugar me deja eso a mí —siguió Broc, arrancando una pequeña carcajada a Bruce Gordon.

Aquel pequeño gesto desató algo dentro de Broc.

Porque hacía mucho que no confiaba en nadie.

Porque hacía demasiado tiempo que no sentía esa calidez dentro del pecho.

Porque había olvidado lo que era tener una familia.

Sí, aquello era peligroso, y no debería obviarlo; sin embargo, se apoyó en Bruce, y dejó por un momento que los muros que había construido a su alrededor se resquebrajaran. Solo un poco.

***

Meribeth acusó de golpe el cansancio acumulado durante las últimas semanas como si de repente al estar entre aquellas cuatro paredes de piedra, a resguardo, y aparentemente a salvo, su cuerpo hubiese interpretado que podía bajar la guardia.

Se obligó a despejarse y a mantenerse alerta. Si algo le había enseñado lo acontecido en tierras Colquhoun era que no podía fiarse de nadie, ni siquiera de los que consideraba sus amigos, menos aún de unos extraños, aunque estos le hubiesen ofrecido su hogar para permanecer en él durante unas semanas.

Si hacía aquello era por Crom. No podía seguir arrastrándolo, con aquel ritmo endiablado en las circunstancias en las que se encontraba. Durante todo aquel tiempo de huida, siempre había tenido que mantener un precario equilibrio entre intentar que la salud de Crom no se deteriorase más y alejarse lo más posible de los Colquhoun. Las escasas ocasiones en las que había conseguido que algún clan les permitiera descansar en sus tierras por unos días habían sido también un foco de tensión y de peligro. Primero, por estar demasiado cerca y temer que alguien pudiese reconocer a Crom, después, por el riesgo de que alguien descubriera realmente que ella no era quien aparentaba ser. No le había hecho falta que McKinley le dijese los peligros que conllevaba para una mujer joven viajar sola por las Highlands y permanecer entre extraños para que ella supiese a lo que se enfrentaba. Sin pertenecer a ningún clan, sin que nadie pudiese reclamarla, ni a ella ni al niño como parte de algo más grande y tangible, ¿a quién le importaría lo que les pasara? ¿Quién se enteraría? ¿Ante quién tendría que rendir cuentas aquel que intentara dañarlos? Desde la violación al asesinato, esos eran los escenarios más comunes a los que podría enfrentarse si alguien averiguaba la verdad. Así que había minimizado sus estancias cuando, por alguna milagrosa razón, habían conseguido refugio por unos días. Había intentado pasar desapercibida, trabajando en lo que le dijeran para pagar la comida y el descanso de Crom. Al principio había sido difícil, pero con el transcurso de los días ser Fie y no Meribeth Colquhoun fue algo a lo que se acostumbró hasta convertirse en natural. Y ahora podía hacerlo de forma inconsciente como respirar; sin embargo, no quería ni podía tentar a la suerte. Siempre cabía la posibilidad de cometer un error y hacerlo delante de quien no debía podría significar su muerte y la de Crom. Por eso no podía hacer excepciones ni bajar la guardia.

—Se está quedando dormido mientras se come las gachas —dijo Elsbeth viendo cómo el niño cabeceaba con la cuchara en la boca—. No queremos que se ahogue, ¿no?

Eara miró a Elsbeth con una ceja alzada, y la rubia le sonrió mientras le guiñaba un ojo.

—Vas a ser tía dentro de poco y esa pregunta me preocupa y me inquieta —señaló Eara mientras tocaba la cabeza del niño con delicadeza y le retiraba con cuidado el utensilio de la boca.

Meribeth, que había iniciado el gesto de levantarse deprisa para ayudar a Crom, se obligó a dejar a un lado sus instintos de protección cuando vio el gesto cariñoso de la pelirroja.

—A tu hijo o hija la voy a cuidar muy bien. Le voy a dar los mejores trocitos de carne. ¿Eso pueden comerlo desde el principio o lo de no tener dientes dificulta que puedan masticarlos? —preguntó Elsbeth, y Meribeth hubiese pensado que la rubia estaba trastornada, si no hubiese sido por el brillo divertido que vio en sus ojos al terminar la pregunta. La mano que instintivamente la pelirroja llevó a su vientre, ligeramente abultado, le confirmó que estaba

embarazada.

—Con esas preguntas, es una pena que Kam se quede viudo tan pronto, pero no me das elección —sentenció la pelirroja.

—No les hagas caso, Fie, están así todo el día —dijo Amy entrando en la pequeña estancia cercana a la cocina junto a Elisa. La anciana llevaba una jarra con agua que puso encima de la mesa.

Desde que habían salido del salón principal no les habían dejado ni un instante solos. Primero los acompañaron para que viesen la habitación que sería de ambos mientras permanecieran bajo la protección y hospitalidad del clan Gordon. Una estancia pequeña, con una cama lo suficientemente grande como para que cupiesen los dos. Para Meribeth aquello fue como vislumbrar un trozo de paraíso. Tras semanas de dormir a la intemperie, en cuevas o bajo construcciones medio derruidas y abandonadas, dormir en una cama se vislumbraba como tocar el cielo con los dedos.

El hecho de que Crom dejase, después, que Elisa revisase su salud sin ponerse nervioso, distraído con los gorgojeos de uno de los pequeños de la curandera, fue otro de los gestos que la llevaron a autoconvencerse de que había hecho lo correcto al aceptar la hospitalidad de los Gordon. El parecer de Elisa sobre su estado, dictaminando que lo único que le hacía falta era comer bien y descansar, alivió a Meribeth de tal forma que parte de la angustia con la que había convivido las últimas semanas desapareció al escuchar de sus labios que nada más grave amenazaba la salud de Crom.

Después les enseñaron parte del castillo, hablándoles de él, del clan y haciendo que tanto Crom como ella misma se sintiesen acogidos y tranquilos. El que no le preguntasen sobre su origen o el porqué de viajar solos fue algo que Meribeth agradeció profundamente. Con lo cansada que estaba, no creía que hubiese podido dar una respuesta convincente.

Sus ojos se detuvieron de nuevo en Crom cuando este abrió los suyos y tensó su cuerpo ante el contacto de Eara. Estaba preparada para tomarlo entre sus brazos, pero, para su asombro, Crom no terminó por alejarse ni estremecerse ante la proximidad de la pelirroja. Sus ojos medio adormilados no desprendían el pánico que había sido habitual ver en ellos desde que huyeron, cada vez que alguien se les acercaba. Verlo así y contemplar la ternura y la amabilidad con la que lo estaban tratando la hizo tragar fuerte, apretando la mandíbula para sofocar las dos emociones que la embargaron. Por un lado, una furia irracional por ser testigo de algo que tanto a Crom como a ella le arrebataron de golpe. Contemplar a la pelirroja, a Elsbeth y a los demás era un doloroso recordatorio de lo que significaba tener una familia. No estaba orgullosa de sentir rabia al ver cómo otros gozaban de lo que ellos ya no podían tener, y menos cuando era testigo de cómo trataban a Crom, pero la herida estaba todavía fresca y las cicatrices dolían demasiado. Por otro lado, en contraposición, estaba la emoción que con furia calentaba su pecho al contemplar los gestos, las miradas y el esfuerzo de las presentes por hacer que el niño se sintiese bien y seguro.

La mirada de Crom clavada en la suya provocó que Meribeth se obligase a rebajar la tensión que se había apoderado de ella, esa desesperación que en ocasiones acudía a su ser y se filtraba en su interior con incisiva precisión, desbaratando su autocontrol y la fría determinación que la caracterizaban.

Sonrió de medio lado, sin ganas, pero sabiendo que Crom entendería mejor que nadie lo que significaba. Que estaban vivos, que estaban bien y que ella daría hasta su último aliento porque él tuviese la oportunidad de vivir una vida plena.

—¿Los niños se han dormido? —preguntó Eara a Elisa cambiando de tema, haciendo que

Meribeth dejase a un lado sus pensamientos para centrarse de nuevo en la conversación y en todo lo que los rodeaba.

—Sí, los dos… Están arriba con Nesha —contestó la esposa de McPherson con una sonrisa en los labios.

Nesha era la hermana de Susan, la otra curandera del clan McPherson que, con sus hijas ya mayores, casadas ambas con hombres de otros clanes, recibía siempre con ilusión la petición de Elisa de acompañarlos para ayudarla con los pequeños cuando preveía ausentarse de su hogar por varios días.

—Fie, si vas a pasar un tiempo con los Gordon te acostumbrarás al continuo cruce de palabras entre Eara y Elsbeth —comentó Elisa retomando la conversación de antes.

—¿Insinúas que no nos llevamos bien? —le preguntó Eara —. Solo porque planee matarla no significa que no la quiera —espetó la pelirroja consiguiendo que Elsbeth, que en ese instante bebía un poco de agua de la jarra que había traído la anciana, escupiera el sorbo que tenía en la boca, rociando la mesa y a Fie que estaba enfrente.

—Perdona —se excusó Elsbeth en cuanto pudo respirar con normalidad.

Meribeth no pudo evitar sonreír con ganas cuando escuchó las carcajadas del resto. Incluso los ojos de Crom lucían divertidos, con más vida de lo que lo habían hecho en mucho tiempo.

—Has dicho que me quieres en la misma frase en la que afirmas que deseas matarme. Qué bonito. Es tan conmovedor que no sé si podré dormir esta noche —continuó Elsbeth mirando a Eara, la cual no dejó de fulminar a la rubia con un brillo travieso en los ojos.

—A veces sueño que no te conozco. Eso sí que es conmovedor.

Amy miró divertida a la pelirroja antes de desviar sus ojos hacia Meribeth para guiñarle uno con picardía.

—Todo el día así… —dijo la anciana alzando una ceja provocando que Meribeth soltara una pequeña carcajada. Y al hacerlo todo su cuerpo vibró con ese sonido y sus manos se crisparon sobre la madera pulida. En las últimas semanas no había tenido motivos para reír, y tampoco se lo había permitido, no después de lo ocurrido.

Carraspeó y miró de soslayo a las presentes, y supo con solo mirarlas a los ojos que provocar su risa era lo que habían pretendido con aquel rifirrafe divertido. Que su intención había sido la de hacerles sentir que estaban entre amigos con el simple gesto de mostrarse, de darse a ver de forma natural en una situación cotidiana, de esas que no se muestran al mundo, solo a aquellos que son cercanos, que comparten el día a día y que son una familia.

Agradeció aquel gesto en lo más profundo de su ser, y más cuando en los orbes de Elisa McPherson, de Elsbeth y Eara Gordon así como en los de la anciana observó esa clase de entendimiento que surge entre dos personas cuando una sabe reconocer en la otra los vestigios que deja el dolor, el sufrimiento y la muerte.

Meribeth contuvo el aire por un segundo cuando se dio cuenta de que, sin excepción alguna, todas aquellas mujeres eran capaces de percibir esos sentimientos en Crom y en ella, y por un instante, a pesar de la soledad que la acompañaba, sintió que no era la única en el mundo que había mirado a los ojos a la muerte y que había sufrido la desesperación de que se lo arrebatasen todo.

—Tienes una risa hermosa, muchacho. Quédate lo suficiente para que la escuchemos más —comentó Amy arrugando un poco la frente antes de seguir hablando—. Y también espero poder verte la otra mitad de la cara antes de que partas. Estoy segura de que hay un hombre apuesto bajo ese, ese… puñado de pelo enmarañado —siguió la anciana moviendo la mano para

señalar la parte izquierda de la cara de Meribeth que perpetuamente durante los últimos meses había estado oculta bajo varios mechones de su cabello—. No quiero que te sientas agraviado por mis palabras, pero así parece que le estoy hablando a una bola de pelo.

Meribeth sonrió de nuevo, esta vez con una mueca sesgada. Había divagado lo suficiente como para pensar en ellos como Meribeth y Crom, algo peligroso que no debía hacer de nuevo, no hasta que estuvieran seguros en el seno del clan que le había señalado McKinley, bajo la protección de la persona que, según el *highlander*, tas entregarle su mensaje, les ofrecería un nuevo hogar y protección.

McKinley le había asegurado que confiaba plenamente en esa persona y ella confiaba en McKinley, así que solo esperaba que, al llegar a su destino, Crom pudiese comenzar una nueva vida.

—Su nombre es Calan, ¿verdad? —preguntó Elsbeth a Meribeth mirando al niño.

—Sí —respondió Meribeth, repitiéndose a sí misma que ellos eran Fie y Calan, dos hermanos sin clan ni hogar, que viajaban solos sin rumbo fijo, sin saber cuándo volverían a ser Meribeth y Crom, porque quizás nunca pudiesen volver a serlo.

—¿Has terminado, Calan? ¿Quieres un poco más? —preguntó Eara al niño con una sonrisa en los labios.

Crom negó con la cabeza suavemente, pero al ver el trozo de pastel que Amy puso sobre la mesa, los ojos del niño se agrandaron de pronto, captando este toda su atención, como si la soñolencia que lo había acompañado solo un instante antes hubiese desaparecido sin más.

—Entonces no querrás un trozo de este delicioso… —continuó la anciana, pero el niño tomó con fuerza el pedazo haciendo que todas las presentes riesen por la reacción vehemente del pequeño ante la posibilidad de que le arrebatasen el dulce delante de sus narices.

—Está claro que ya se encuentra mejor —afirmó la pelirroja mirando a Meribeth.

—¿En qué lo habéis notado? —preguntó esta, haciendo que todos volviesen a reír.

Los ojos en blanco que puso Crom ante las palabras de Meribeth no lo detuvieron en el deleite de saborear aquel manjar que ahora se comía a dos carrillos.

—Eh, pequeñajo, ve despacio o te sentará mal —le regañó Meribeth.

—A ti también debería verte. ¿Tienes alguna herida? —le preguntó Elisa, y su mirada cambió a una más seria y exhaustiva.

—No hace falta. Yo estoy bien —contestó Meribeth sin dilación y con firmeza.

—El surco negro que hay debajo de tu único ojo visible y esa cicatriz que no ha terminado de cicatrizar bien en tu mejilla no dicen lo mismo —comentó la curandera.

—Al igual que tu cuerpo demasiado delgaducho —anotó Amy.

—Y se te ve exhausto, como si tú también estuvieras a punto de quedarte dormido sobre la mesa —dijo Elsbeth con una ceja alzada.

—Sí, y ese olor… —comentó Eara arrugando un poco su nariz.

Meribeth solo pudo limitarse a desviar sus ojos de una a otra según le iban haciendo cumplido tras cumplido.

—Les agradezco mucho su amabilidad y la consideración…

—Déjate de tonterías. Vas a lavarte en cuanto caliente algo de agua —comentó Amy, cuyas palabras sonaron a «o haces lo que te digo o hiervo el agua contigo dentro para después despellejarte mientras agonizas».

Fue instintivo para Meribeth echarse un poco hacia atrás poniendo algo de distancia con la anciana. Anciana, ¡ja! Ahora mismo imponía más que una docena de guerreros sedientos de sangre.

—Y luego vas a comer hasta que nos quedemos satisfechas de que te has alimentado adecuadamente —soltó la rubia y esos ojos, de un azul transparente, le dieron escalofríos. La mirada de Elsbeth Comyn prometía muchas cosas y ninguna buena.

—Y más tarde vas a dejar que te eche un emplaste en la cicatriz de la mejilla. No me gusta el aspecto que tiene —comentó Elisa, que parecía la más gentil en ese momento, pero cuyo tono le recordó por un instante al de Sunna. El tono de una madre que no va a dejar que la contradigan.

Meribeth por inercia miró a Eara. La pelirroja era la única que faltaba… y cuando habló no la decepcionó. Si las demás habían sido contundentes, Eara Gordon fue fulminante.

—Y luego vas a dormir en la habitación y en la cama que te hemos enseñado. Necesitáis descansar los dos. Me sentiría agraviada si por la noche me acercara a ver cómo estáis y descubriera que habéis decidido dormir en otro sitio, como por ejemplo los establos. Mi furia podría desbordarse y cada vez que lo hace tiende a morir alguien.

Vale, eso había sido aterrador. ¿Cómo demonios habían adivinado que eso era lo que en principio había pensado hacer?

—No vamos a exigirte nada, ni a preguntar sobre cosas que no estés dispuesto a contestar, así que no hace falta que intentes mantenerte alejado. Aquí estáis seguros, incluso de nosotros y nuestra curiosidad —terminó la pelirroja mirándola fijamente.

Meribeth le sostuvo la mirada por un instante antes de contestar.

—No tengo nada que esconder —respondió, y por un momento le pareció ver en los ojos de la pelirroja cierta decepción ante su respuesta.

—Pues entonces no tienes nada por lo que preocuparte —espetó Elsbeth, con una sonrisa escalofriante.

¿Cómo habían pasado en un instante de parecer las más adorables del mundo con Crom a ser un ejército perfectamente coordinado y estratégico con ella?

En ese momento uno de los guerreros Gordon entró en la estancia con cierta urgencia.

—Donel, ¿ocurre algo? —preguntó Eara mirándolo.

—Bruce solicita la presencia de Elisa un instante.

—Claro —dijo Elisa en el acto a Donel, desviando la mirada hasta Eara y Elsbeth—. Ahora vuelvo.

La rubia y la pelirroja se miraron entre sí por unos segundos después de que Elisa saliera de la estancia, y Meribeth no pudo evitar sentir un malestar en la boca del estómago, algo que siempre le ocurría cuando tenía un mal presentimiento. Y esta vez presentía que se trataba de Broc. Ella sabía que durante los últimos días la fiebre y el dolor se habían cebado con él, así que apretó la mandíbula cuando se dio cuenta de cuánto le afectaba todo lo que tenía que ver con el *highlander*. Solo habían sido unos días, unos malditos días en su compañía, pero habían valido para cambiarlo todo.

***

Bruce miró a Elisa fijamente cuando esta, después de atender a Broc, se alejó unos pasos para hablar con él con mayor privacidad. Aunque Broc había terminado por perder el conocimiento al final de la cura, ninguno de los dos quería perturbar su descanso.

—Jamás he visto nada igual, Bruce. No sé cómo ha podido aguantar en pie y viajar todos esos días con esa herida en el costado y más cuando todavía está recuperándose de las anteriores que casi acaban con él. Las del hombro aún no han sanado del todo, y la herida nueva del costado es profunda y está en la misma zona que la anterior. Tuvo que perder mucha sangre y,

estando debilitado como ya estaba por las antiguas heridas, es un milagro que haya conseguido llegar hasta aquí.

Bruce había visto la herida. Estaba muy cerca de la última que, junto a las del hombro, habían estado a punto de cobrarse la vida de Broc unas semanas atrás, y verla en carne viva, en el estado en el que estaba... le hizo apretar los dientes en un acto reflejo de lo que bullía en su interior.

De nuevo había estado a punto de perder la vida. Y de nuevo Kam y él habían estado a punto de perder a su hermano incluso antes de tener tiempo de conocerlo.

No iba a permitir que nadie le arrebatase su futuro a Broc. Antes tendrían que matarlo a él.

—Es un luchador y un superviviente —dijo Bruce, y Elisa contempló en los ojos de Gordon algo que en escasas ocasiones había visto en ellos. Un destello de orgullo, de admiración por otra persona.

—Desde luego lo es. Debe ser la sangre de los Gordon —espetó Elisa mirando fijamente a Bruce.

La media sonrisa que se dibujó en los labios del mayor de los Gordon hizo que Elisa sonriera abiertamente en respuesta, y le tocara levemente el brazo en una muestra de afecto.

En otro tiempo cualquier persona que hubiese presenciado dicha escena hubiese pensado que aquello era imposible, y sin embargo ahora a nadie le extrañaba la especial conexión que había entre Bruce Gordon y Elisa McPherson. La amistad y el cariño que ambos se profesaban eran inquebrantables. Tanto que Elisa le había confiado la vida de sus hijos en el caso de que les pasara algo a Duncan y a ella. Esa confianza que muchos no entendían cómo había arraigado en el corazón del lobo solitario había nacido fruto de las cicatrices internas que ambos portaban, que ambos habían sabido reconocer en el otro, y de los caracteres dispares, pero tan complementarios, que hizo que su amistad se fraguara con fuerza.

—¿Soportará la fiebre estando tan débil? —preguntó Bruce, con el aplomo y la entereza que le caracterizaban.

—Hace unas semanas cuando le saqué tres flechas de su cuerpo, pensé que no podría sobrevivir, y lo hizo —sentenció Elisa con firmeza—. Si me hubieses preguntado antes de hoy si creía que alguien sería capaz de viajar en el estado en el que él lo ha hecho, mi respuesta hubiese sido que no, y sin embargo él lo ha conseguido, así que creo que no hay una respuesta fácil con Broc.

—Es complicado y tenaz —respondió Bruce desviando sus ojos hasta el cuerpo que descansaba sobre la cama y que después de la cura permanecía inconsciente e inmóvil.

—¿Y eso es un problema? —preguntó Elisa.

—Jamás —respondió Bruce, y Elisa observó cómo la mirada de Bruce se contrajo ligeramente, suavizándose con una calidez que solo reservaba para sus seres queridos, para aquellas pocas personas que le importaban de verdad.

—Yo me quedo con él —continuó Bruce, y Elisa ni siquiera intentó convencerlo de lo contrario. Lo conocía lo suficiente para saber que sería inflexible en ello. La preocupación que podía ver en el fondo de sus ojos pardos, y que ella había aprendido a reconocer, era irrefutable.

—Muy bien. Se lo diré a Eara, y yo vendré dentro de un rato para ver cómo sigue.

Bruce asintió y Elisa se encaminó hacia la puerta. Antes de cerrarla echó su vista hacia atrás lo suficiente para ver cómo Gordon se sentaba en un pequeño banco a la altura de la cabecera de la cama. Lo vio tomar el paño de la frente de Broc, ese que Elisa había sumergido en agua fría y le había colocado repetidamente sobre la piel para intentar refrescar y bajar la

temperatura del cuerpo del *highlander*. Contempló la diligencia y la rapidez con la que ejecutó los mismos movimientos que ella había hecho, para después colocárselo de nuevo sobre la piel. Vio la expresión de Bruce concentrada, fija en su hermano, así como la forma delicada, en contraste con la imagen dura e imperturbable que arrojaba el mayor de los Gordon, con la que acomodaba el paño de forma repetida, cada poco tiempo a fin de que Broc siempre estuviera fresco, y Elisa tragó con fuerza, con un nudo en la garganta. Ese que se le formaba cada vez que era consciente de todo lo que aquel hombre guardaba en su interior, y que tan celosamente ofrecía de manera incondicional a aquellos a los que amaba.

Era curioso cómo las especies más complejas y hermosas conseguían crecer en los lugares más duros e inhóspitos de la tierra y cómo superaban la adversidad, con una determinación y una fuerza más allá de lo razonable.

Así era Bruce Gordon. Su amigo, su confidente. Su hermano de corazón.

XI

Angus Farquharson había muerto hacía meses, pero su legado estaba a salvo gracias a su hijo mayor Erskine. Eso era lo que decían los miembros de clan Farquharson que no tenían ni idea de que el primogénito sustentaba en su interior tanta sed de poder como rabia e ira había sentido hacia su padre.

Solo una cosa había compartido con su progenitor, y era el odio que ardía en sus entrañas hacia los Gordon y, en especial, hacia su *laird*.

Ambos clanes eran enemigos desde hacía décadas y en los últimos tiempos la situación se había recrudecido hasta llegar a un punto en el que el mayor deseo de Erskine era ver al clan Gordon subyugado, humillado y diezmado a su antojo, y a Bruce Gordon destrozado y agonizante tras despojarle de cada maldita cosa que le importara en la vida.

Angus Farquharson había intentado en innumerables ocasiones cortar la cabeza al clan Gordon, fracasando estrepitosamente en cada una de ellas, y cuando Bryson por fin murió, pensando que ese sería su momento, se encontró con el primogénito de Gordon: un enemigo mucho más peligroso de lo que hubiese podido imaginar y que, a diferencia de su padre, resultó ser un hombre demasiado inteligente e imprevisible, con la desagradable costumbre de no temer a nada.

Bryson había sido un loco, un sádico con codicia, sin honor y con una marcada necesidad de humillar a sus congéneres, pero Angus Farquharson no se quedó atrás. Más disciplinado y racional, el *laird* del clan Farquharson había sido un hombre entregado al odio y a la venganza, hacia Bryson y hacia todo su clan, supeditando toda su vida a esas dos emociones. Una animadversión que inculcó a sus hijos con vehemencia y precisión.

Para Erskine, aquellos dos hombres habían sido fáciles de comprender; sin embargo, Bruce Gordon seguía siendo un misterio para él. Su forma de actuar, su insolente manera de mirar, con esa seguridad aplastante como si nada le perturbara, era molesta y ofensiva. El hecho de que hubiera escapado varias veces de la muerte, ocasiones que habían planeado los Farquharson con meticulosa precisión, no había conseguido más que alimentar entre los hombres del clan la creencia de que el lobo solitario era invencible, y Erskine ansiaba acabar con aquello tomando como meta personal el matar a Gordon de una vez por todas, destruyendo así la leyenda que Bruce había ido tejiendo en torno a su persona a lo largo de los años.

—No creo que debas hacerlo, y menos ahora, cuando aún recae sobre nosotros las sospechas de que conspiramos con Fletcher Sinclair para matar a Bruce Gordon en tierras McGregor —dijo Cailean mirando fijamente a su hermano Erskine.

Cailean, segundo hijo de Agnus Farquharson, era un hombre más templado, pragmático y menos bélico que su hermano mayor, y, aunque su aversión por el clan Gordon era firme, no estaba tan arraigada en su interior como lo estuvo en su padre y se mantenía en Erskine, no hasta el punto de poner en riesgo el futuro de su clan y la seguridad de sus miembros con tal de conseguir su ansiado deseo de verlos arder en el infierno. Además, nunca lo reconocería delante de Erskine ni de su clan, pero desde el punto de vista de un hombre cultivado y al que nunca le habían cegado los rencores del pasado, debía reconocer que Bruce Gordon le parecía no solo un enemigo a temer, sino también un hombre muy inteligente que había sabido ganarse la admiración y el respeto de su clan y cuyo liderazgo había terminado con la era de miedo y temor que sembró Bryson Gordon entre los suyos. Aunque enemigos, Cailean nunca se dejó llevar por

los prejuicios, intentando evaluar con objetividad los testimonios que durante años había escuchado sobre él de hombres cuya valía jamás pondría en entredicho: que Bruce Gordon no era Bryson y que, en verdad, era un hombre justo.

—Si hubiese habido alguna prueba, si el rey tuviese dudas, ya nos lo habría hecho pagar, Cailean. Nuestra participación en la conspiración murió con los hombres que envié a tierras McGregor, alejando cualquier sospecha sobre nuestra cooperación activa en los sucesos que acaecieron en tierras de Dune McGregor —dijo Erskine con la cara contraída por el asco—. Viejo loco —murmuró refiriéndose a Dune y escupiendo en el suelo en señal de repulsa.

—Padre ya hizo suficiente en vida para poner en peligro al clan. Su sed de venganza y su orgullo le cegaron y nosotros no deberíamos cometer los mismos errores —contestó Cailean con firmeza—. Enviar a esos hombres a acabar con Bruce fue temerario e innecesario —siseó.

—¿Osas poner en tela de juicio mis decisiones o es que, de repente, sientes cierto aprecio por esos bastardos? —preguntó Erskine acercándose lentamente a su hermano. El primogénito de Angus Farquharson tenía el pelo negro como el ala de un cuervo. Sus ojos eran del mismo color, dotando a su mirada de una profundidad endiablada. Si no fuese por la frialdad que destilaban hubiesen sido devastadores. La nariz aguileña y unas facciones algo toscas completaban el rostro del *laird*. Más bajo que Cailean, su cuerpo era musculoso y robusto. Su hermano, sin embargo, a pesar de compartir el color de pelo, tenía los ojos azules y sus facciones eran más elegantes y armoniosas. Su cuerpo, delgado y fibroso, estaba cada vez más consumido por el mismo mal que acabó llevando a su padre a la tumba.

Que su final estaba cerca Cailean lo sabía; de hecho, parte de la claridad con la que veía la situación en la que se encontraban y el reconocimiento de la tozudez sin sentido de Erskine provenía del hecho de saber que no le quedaba mucho tiempo en este mundo.

—Sabes que mi sentir hacia los Gordon no ha variado.

—¡Tu sentir!, ¿qué es eso? Si no hablas de odio, de rabia, de ira es que no eres un Farquharson. ¿O es que olvidas lo que Bryson Gordon le hizo a padre? Mantuvo una guerra con nuestro clan durante años, desangrando, mutilando y mermando a nuestros hombres, sin razón, sin motivo. Ese hombre al igual que su descendencia no merecen vivir.

—Bruce Gordon quiso una tregua con nosotros a la muerte de su padre, y el nuestro la rechazó. Desde entonces hemos intentado matarlo varias veces y Gordon solo se ha defendido. No es como su padre, Erskine.

—La enfermedad debe haberte afectado a la cabeza, hermano, si en verdad piensas eso. Vuelve a repetirlo en mi presencia y no tendrás que esperar a ahogarte con tu propia sangre para abandonar este mundo. Te mataré gustosamente yo mismo.

Cailean mantuvo la mirada de Erskine cuyos ojos destilaban un desprecio absoluto por él y por su vida.

Su relación nunca había sido de hermanos, sino la de dos extraños destinados a competir entre ellos. Así había sido la enseñanza de Angus Farquharson, que siempre sintió un extraño placer en hacer que sus hijos se enfrentasen en cada pequeño ámbito de la vida. Cailean lo comprendió pronto y renunció a ganarse su afecto y su respeto si, para conseguirlo, necesitaba competir, humillar y sabotear a su hermano. Simplemente se apartó y dejó que Erskine luchase esa batalla solo.

Sin embargo, su hermano mayor nunca dejó de lado esa rivalidad alentada por su padre y por su propia inseguridad. Una que mostraba las fauces cuando Erskine veía en determinados miembros de su clan una preferencia por la compañía y el consejo de Cailean.

Cuando a la muerte de Angus, Erskine se hizo con el liderazgo del clan, apoyado por

parte de los ancianos, Cailean, de nuevo, no fue un obstáculo para él. De forma intencionada volvió a apartarse, esta vez sabedor de que el mal que le aquejaba no le daría la oportunidad de tener una vida larga y próspera.

—Solo tienes que esperar un poco más y ni siquiera tendrás que ensuciarte las manos con mi sangre —escupió con calma, y en los ojos de Erskine, en su expresión, podía leerse el desconcierto que le provocaba el que su hermano no reaccionara con el temor o la duda que estaba acostumbrado a provocar en aquellos que le rodeaban.

—Nunca has sabido detener a tiempo tus palabras. Da gracias a que te estés muriendo —replicó Erskine achicando los ojos.

—No tengo por qué frenar mis pensamientos y menos cuando son motivados por la preocupación que siento hacia mi clan y mi gente —contestó Cailean enfrentándose a Erskine sin ambages—. No cuando veo que tu ira y tu orgullo nos pueden llevar a todos al ostracismo con graves consecuencias para tu clan. El rey podría tomar duras medidas contra nosotros, contra miembros inocentes que lo único que han hecho es creer en ti y en tu capacidad para preservar su bienestar y futuro.

—Esos libros y manuscritos que has leído desde que eras un crío lo único que han conseguido es convertirte en un hombre débil e inútil —contestó Erskine—. Matar a Bruce Gordon y destruir a su maldito clan es lo mejor para los Farquharson. Esta enemistad que se alarga durante décadas lo único que ha hecho es mermar nuestras fuerzas y debilitarnos. Y lo conseguiré, cueste lo que cueste. Mi clan debe estar dispuesto a pagar ese precio por el bien de todos.

—No te equivoques. No es por el bien de todos; es por el tuyo propio.

El puño que lanzó Erskine dirigido hacia el rostro de Cailean con intención de derribarlo se encontró de pronto con la mano de este que, con un movimiento ágil y rápido, consiguió atraparlo, parando el golpe a escasa distancia de su cabeza.

—Estoy débil, pero no muerto. No todavía, así que no tomes medidas precipitadas sin consultar con los ancianos y con los *highlanders* cuyo respeto los jóvenes quieren ganarse.

Erskine miró a Cailean con una sonrisa de medio lado.

—Ya es tarde para eso… —contestó el *highlander* soltándose con fuerza del agarre de su hermano menor.

—¿Qué has hecho? —preguntó con la voz contraída por la sospecha—. Dime que no has contratado a esos mercenarios de los que antes me has hablado para acabar con la vida de Bruce Gordon. Dime que solo es una idea y que todavía no la has llevado a cabo.

—Es lo mejor.

Cailean dio un paso atrás como si esta vez no hubiese podido esquivar el golpe.

—¡Estás loco! ¿Lo mejor para quién? —preguntó exaltado Cailean.

—Para nosotros. Para nuestro clan, así que deja ya de hacer preguntas estúpidas y, si no vas a apoyarme en esto, mantente al margen —continuó Erskine—. Los hombres llegarán en breve y, para tu información, ya cuento con el beneplácito de algunos de los miembros más respetados de este clan. No creas que soy tan vehemente como para cometer el error de asumir decisiones unilaterales sin garantizarme el respaldo de miembros importantes de nuestro clan.

Cailean negó con la cabeza lentamente, sabiendo que aquella decisión, aquella acción, sería desastrosa para ellos. Bruce Gordon no iba a quedarse de brazos cruzados, no cuando Erskine llevase una guerra hasta la misma puerta de su hogar y amenazase la vida de los suyos.

Cailean había escuchado que Bruce Gordon era implacable con aquellos que osaban atentar contra sus seres queridos. Había oído que el *highlander* podía perdonar una ofensa contra

su vida, pero era inmisericorde con aquellos que ponían en peligro a su familia. Él tenía que reconocer que aquello había suscitado en sí mismo, años atrás, cierta envidia, hasta que la aparición de Moray acalló ese sentimiento.

—No voy a quedarme impasible si veo que pones en peligro a los nuestros. No tengo nada que perder —espetó Cailean mirando fijamente a Erskine antes de darse media vuelta camino a la salida, a fin de abandonar la estancia.

—¿Estás seguro de eso, hermano? —preguntó Erskine consiguiendo que Cailean ralentizara su paso hasta detenerse cuando escuchó sus siguientes palabras.

—Sería una pena que ese bastardo que recogiste medio muerto hace unos años, y al que has estado criando como a uno de los nuestros, sufra algún daño. Solo tiene, ¿cuántos?, ¿doce años? Sí, una verdadera pena.

Cailean sintió un sabor amargo inundar su boca.

Moray… Si Erskine creía que iba a hacerle algo a aquel niño estaba muy equivocado. Él no lo permitiría, aunque fuese lo último que hiciese.

Ese niño era lo único decente que había en su vida: un ser de luz en un nido de serpientes.

Habían transcurrido cinco años desde que lo encontraran sin memoria y con signos claros de brutal maltrato, delgado, desnutrido y casi sin vida, escondido entre unas rocas cerca del territorio del clan. Todavía recordaba su mirada, tan fuerte, intensa y cargada de emociones a pesar del estado en que se encontraba que a Cailean todavía le impresionaba rememorarlo.

A pesar de la oposición de su padre y de la de su hermano, que querían dejarlo exhalar su último aliento solo, en aquel inhóspito lugar, dejándolo a su suerte, como si nunca lo hubiesen visto, Cailean luchó por llevarlo consigo, y hacerse cargo de él. Aquel niño, demasiado inteligente para su edad, demasiado intuitivo y maduro para sus escasos años, había sido la única constante y el mayor acierto en su vida.

Sin siquiera volver la vista, Cailean pronunció sus siguientes palabras duramente.

—Si vuelves a amenazar a Moray, será lo último que hagas. No lo olvides.

Y así, con una idea gestándose en su interior consecuencia de las últimas palabras de su hermano, Cailean supo que debía tomar una pronta decisión, una que podría condenar definitivamente su alma, pero de la que estaba cada vez más seguro. Quizás no era la forma adecuada, quizás si hubiese tenido más tiempo…, pero no lo tenía, y, antes de dejar este mundo, iba a cerciorarse de hacer lo correcto.

XII

Bruce levantó la mirada para encontrarse con la de su hermano menor que, desde el vano de la puerta, miraba la cama con extrema preocupación.

—Elisa nos ha contado a Duncan y a mí lo que ha pasado, y nos ha puesto al corriente de cómo está —dijo Kam con el gesto serio y las facciones tensas mientras cerraba la puerta de la estancia tras él y se acercaba al lecho donde Broc parecía estar dormido. Su respiración estaba más agitada de lo normal y su rostro se contraía a veces ligeramente como si el dolor alcanzase por instantes cotas más altas, perturbando su descanso—. Maldita sea, cuando me fui parecía solo estar cansado. ¿Por qué no dijo nada? ¿Por qué nos dejó hablar y mantenerlo allí de pie haciéndole preguntas cuando tenía que estar doliéndole el costado como un infierno? —preguntó exaltado—. Elisa nos ha dicho que no entiende cómo ha podido viajar durante días en esas condiciones.

Bruce volvió a quitar el paño húmedo de la frente de Broc para enjugarlo nuevamente y posarlo después sobre la piel del *highlander*. Había perdido la cuenta de las veces que en las últimas horas había realizado la misma acción.

Eara y Elsbeth habían subido un rato antes a ver a Broc, y, aunque ambas habían intentado disimular su grado de preocupación, los ojos de las dos mujeres, honestos y directos, no habían podido camuflar lo que en verdad sentían. Se habían marchado un rato después a fin de informar a Fie y Calan, y a la espera de que llegaran Duncan y Kam. Fie había expresado su preocupación por saber cómo se encontraba Broc. Incluso el niño, que no hablaba, en sus ojos vivaces había mostrado inquietud al conocer que el *highlander* no se encontraba bien.

—Porque es un superviviente y aguantar significa vivir un día más —dijo Bruce mirando a Kam—. Nadie esquiva a la muerte como él lo ha hecho, tantas veces planeada por aquellos que debían haberlo protegido, si no es a base de no confiar en nadie, de mirar siempre por encima del hombro, de observar y estudiar a los demás hasta ser capaz de adelantarse a sus movimientos, de aguantar sea cual sea el costo, y dormir con un puñal en la mano cuando es imposible mantenerse despierto.

—Sé que le llevará tiempo bajar la guardia, pero… con nosotros no tiene por qué hacer eso, ya no tendrá que hacer eso nunca más —señaló Kam con vehemencia.

—Ya forma parte de él, Kam. No le será fácil desprenderse de ese hábito —contestó Bruce mirando a su hermano menor, a esos ojos azules que rebosaban determinación y fuerza—. Ser así lo ha mantenido con vida —continuó Gordon—. Lo importante es que está aquí ahora y vamos a asegurarnos de que sea libre para hacer lo que desee con su vida. No dejaremos que nada ni nadie vuelva a arrebatarle eso. Jamás.

Kam miró a su hermano mayor con un brillo especial en los ojos.

—¿Sabes qué fue lo que más me llamó la atención de él cuando le conocimos en tierras de los McGregor, cuando aún no sabíamos qué nos unía a él? —preguntó Kam a Bruce.

—Su templanza —contestó Bruce sin duda alguna.

Kam esbozó una sonrisa ladeada.

—Sí, como si nada pudiese perturbarlo —continuó el menor de los Gordon—. Eso y su capacidad de adaptarse a cualquier entorno, de leer perfectamente a los que le rodean. Me llamó la atención su inteligencia y lo astuto que es, su sentido del humor y lo pragmático que parecía en todo momento, pero, sobre todo, su impavidez. Esa imperturbabilidad intrínseca que vi aflorar

sobre todo en los momentos de peligro.

—Lo sé —afirmó Bruce con voz grave, y el silencio imperó por unos instantes en la estancia como un breve preludio a las palabras que estaban por venir.

—Como si hubiese aceptado de antemano que iba a morir —expresó Kam, lentamente.

—¿Y eso te extraña? —preguntó Bruce, inclinándose ligeramente hacia delante y mirando fijamente a su hermano menor.

—Me inquieta —contestó Kam.

—¿Por qué? —preguntó Bruce con sus ojos pardos clavados en los de su hermano.

Kam soltó el aire que permanecía en el interior de su pecho y que en ese instante parecía más pesado.

—Porque su vida es valiosa.

—¿Y crees que él no lo sabe? —preguntó Bruce lentamente.

—Lo conocemos de hace solo unas semanas y ya le han herido de gravedad dos veces. Sí —dijo Kam con contundencia—, es una posibilidad que se me ha pasado por la cabeza, sobre todo porque no lo he visto preocupado por ello.

Bruce inspiró despacio, antes de hablar.

—Es su vida… y la razón por la que esté dispuesto a arriesgarla le pertenece —contestó el mayor de los Gordon—. Y, si no la valorase, como es tu temor, no lucharía por seguir vivo un día más —continuó desviando la vista hacia la cama donde permanecía Broc.

Kam puso los ojos en blanco antes de soltar un pequeño bufido.

—Y el motivo de que lo defiendas es que sois iguales en ese aspecto.

Bruce lo miró con un brillo divertido en los ojos.

—Y es por eso que no debes preocuparte.

—No creo que eso me sirva, hermano —contestó Kam arqueando una ceja—. Dune dijo que Broc era dos años mayor que yo, y tú tienes cinco más que él, y el más racional de todos ¿soy yo?, ¿el menor de los tres?

—No puedes ser perfecto —soltó Bruce, y Kam no pudo evitar reírse por lo bajo—. ¿Sabes lo que me dijo un momento antes de perder el conocimiento? —preguntó Bruce con los ojos ardiendo como dos ascuas al rojo vivo.

—¿Qué? —preguntó Kam con curiosidad.

—Dijo que tú eras un gruñón y yo un mandón —contestó Bruce mirando a Kam, cuyos ojos se abrieron ligeramente de asombro para después volver a reír, haciendo que su expresión se suavizara del todo, y que parte de la tensión que se había apoderado de sus facciones se diluyese con el cambio de tema de Bruce.

—¿Ha osado decir eso a su hermano mayor?, ¿nada más llegar? —preguntó con cierto retintín, y sus ojos volvieron a brillar llenos de vida, con esa chispa divertida que siempre reinaba en su mirada y que por un momento se había opacado al ver el estado de Broc—. Y luego dices que valora su vida. No sé… —continuó con cierto sarcasmo—. Habrá que esperar a que se recupere para que lo tires al abrevadero de cabeza. Va a ser divertido por una vez “ser testigo de”, en vez de ser quien soporte el poco aguante que tienes para que te lleven la contraria.

Bruce acentuó su mirada inquisitiva sobre Kam. Orbes pardos, casi felinos, penetrantes e intensos contra los azules, profundos y llenos de luz del menor de los hermanos.

—Vale, eso me ha sonado a mentira hasta a mí —confesó finalmente Kam, y su sonrisa fue desapareciendo lentamente hasta tensarse en un gesto apenas perceptible, al igual que sus ojos, que por un momento se oscurecieron como si otro pensamiento se hubiese colado en su mente robándole el pequeño momento de respiro.

—No vas a dejarlo pasar, ¿verdad? —preguntó Kam cambiando el rumbo de la conversación a uno mucho más serio, y Bruce no necesitó que le dijese nada más para saber qué era lo que le estaba preguntando exactamente.

—No —contestó Gordon, y esa sola palabra, salida de sus labios, igual que un juramento, cortó el silencio como una espada: lacerante, peligroso y mortal.

—Bien —contestó Kam asintiendo, y en su mirada la misma oscura determinación que la de su hermano mayor, ambos entendiéndose sin palabras, con esa sincronía y complicidad que había entre ellos desde siempre y que hacía que se compenetraran a la perfección a pesar de las diferencias que había entre ambos.

Los ojos de Kam fueron los primeros en desviar la mirada hacia la figura que permanecía inerte sobre la cama al escuchar un breve quejido.

Los ojos verdes, vidriosos por la fiebre que azotaba a Broc, se abrieron levemente y miraron a su alrededor, ausente, como si no fuese completamente consciente de dónde se encontraba. Su cuerpo empezó a tiritar y Kam inclinó el torso hacia el lecho, a escasa distancia de la cabecera, para que Broc pudiese verlo, mientras este se revolvía levemente, intentando incorporarse.

—Broc, tranquilo —dijo Kam con voz suave y calmada.

La mano de Bruce rápida apoyándose en el pecho de Broc, impidiendo que se moviese, y la otra en su frente, sujetando el paño húmedo y frío que se encontraba sobre su piel, fue lo que impidió que Broc hiciese un movimiento más brusco, consiguiendo que permaneciera quieto sobre el lecho. Su cuerpo se estremecía por el frío que la fiebre virulenta amenazaba con llevar al límite, y Kam maldijo en voz baja cuando tocó la mano de su hermano y la sintió arder.

Broc enfocó con dificultad sus grandes orbes sobre Bruce el suficiente tiempo como para que sus labios dibujasen el nombre del *highlander* antes de cerrar otra vez los ojos, quedando sumido en un nuevo letargo.

—Si no le bajamos la fiebre terminará por matarlo —dijo Kam mirando a Bruce.

Este asintió lentamente.

—Ve a por Elisa. Me dijo que mañana probaría con una infusión para ver si podía ayudar a bajarle la temperatura. No tenía la raíz que necesitaba —continuó Bruce con firmeza—. Está empeorando, así que…

Kam se puso en pie y, antes de que Bruce dijera nada más, él completó la frase:

—No puede esperar —dijo sin vacilación—. Todavía hay luz. La acompañaré y traeré esa raíz —terminó Kam contundente.

La determinación de los Gordon era una de sus cualidades más temida y odiada por aquellos que no eran sus aliados: su constancia y su inquebrantable voluntad que exudaban por cada uno de sus poros.

Kam apretó la mano de Broc, miró a Bruce una vez más y salió de la estancia como alma que lleva el diablo.

Bruce escuchó los pasos de su hermano urgentes alejarse. Tomó la jarra con agua fría que tenía tras él y vertió parte de ella en el recipiente en donde volvió a enjugar el paño que permanecía en la frente de su hermano, para de nuevo ponerlo sobre su piel.

Lo hizo varias veces más hasta que una figura en el vano de la puerta logró desviar su atención hasta allí. No le hacía falta mirar para saber quién era. Estaba seguro de que podría percibirla, aunque le privaran de todos sus sentidos, porque ella formaba parte de él de una forma intrínseca e inalterable. Su pelirroja, que se metió bajo su piel desde el primer día que la vio, desde que sus grandes orbes verdes lo miraron como si quisieran mandarlo al infierno y su mano

disparó firme la flecha que rozó su cuello en señal de advertencia. De ese fuego, de esa alma libre y rebelde que no se doblegaba ante nadie, de ese carácter fuerte y de ese corazón sensible y tremendamente generoso, de la forma en que defendía lo que creía justo, de la pasión que imprimía a cada gesto, cada palabra y cada inspiración, de todo eso fue de lo que Bruce se enamoró con todo su ser.

—Kam se ha ido con Elsbeth y Duncan a buscar lo que Elisa necesita para aliviar la fiebre de Broc —comentó Eara, acercándose lentamente al lecho y tocando con una de sus manos la de Broc al llegar junto a él.

—Está hirviendo —dijo mirando a Bruce con urgencia, sin que pudiese ocultar la intranquilidad que la embargaba—. Podemos empapar sábanas o paños grandes con agua fría y ponérselos por todo el cuerpo, además de en la cabeza —continuó la pelirroja con rapidez.

Bruce miró a Eara con calidez e intensidad.

—Traeré los paños y un recipiente más grande para verter el agua y poder empaparlos —contestó levantándose, y dando la vuelta a la cama para acercarse a su esposa. Cuando estuvo frente a ella, tocó la mejilla de Eara con suma delicadeza, como si fuese lo más preciado que tenía en el mundo, y ella se estremeció como siempre le ocurría al entrar su piel en contacto con la del amor de su vida.

Bruce la besó en los labios. Solo una breve caricia, un leve toque antes de susurrar en su oído unas palabras.

—Gracias, pelirroja.

Eara tomó con fuerza la mano de Bruce cuando este ya iniciaba el gesto para separarse de ella, y Gordon paró el movimiento mirándola a los ojos.

—Todos los Gordon sois unos cabezotas. No dejaremos que la fiebre pueda con él y nos lo arrebate. No lo permitiré.

Esa vez la mirada de Bruce se oscureció con un brillo diferente en sus iris volviéndolos casi negros, antes de que una ligera sonrisa se instalara en sus labios.

—Y pobre de aquel que ose desafiarte —contestó Bruce, y los ojos de Eara brillaron con intensidad, con ese fuego que ardía dentro de ella y que logró desterrar sin piedad, en su día, el gélido invierno que habitó en el interior de Bruce.

***

Meribeth miró a su hermano. Su respiración regular y sosegada le indicó que por fin se había dormido, y ella soltó el aire que había estado conteniendo por momentos desde que Elisa McPherson les explicó el estado en que se encontraba Broc.

Se permitió cambiar su expresión, esa imperturbable que siempre adoptaba cuando estaba con los demás, para dejar paso a la verdadera, a la que no necesitaba fingir, mientras se pasaba las manos por la cara y se echaba el pelo, que le cubría la mitad de su rostro, hacia atrás. ¿Cómo no se había dado cuenta de que el estado de Ross era tan grave? Maldita sea, había viajado con él durante días…, se reprochó de inmediato. Era verdad que desde el principio supo del alcance de su herida, ella misma se la había quemado y vendado, incluso había visto otras cicatrices recientes en su torso y en el costado que no estaban del todo cicatrizadas. Había sido también consciente de la fiebre que había ido soportando durante el camino, pero jamás imaginó que esta fuese tan virulenta, sobre todo porque Broc no había dado signos, en ningún momento, de que tanto la herida como la fiebre lo devoraban por dentro. Aun así, se sintió responsable de no haber sabido ver más allá de esa muralla de imperturbabilidad que el *highlander* abanderaba a cada instante, como si nada fuese capaz de afectarle. Elisa les había dicho con asombro que no sabía

cómo había podido aguantar y llegar hasta allí en el estado en el que se encontraba, y Meribeth solo pudo apretar los dientes cuando el eco de las palabras de la esposa de McPherson resonó nuevamente en su cabeza como una melodía incansable. Se sentía culpable y responsable en cierta medida porque Broc, durante los días que habían viajado juntos, estuvo pendiente de Crom en todo momento, atento a las necesidades del niño, y, sin embargo, ella no supo o no quiso ver el evidente declive en el estado de salud del *highlander*. Ahora recordaba con remordimiento cómo Broc apenas durmió esos días, haciendo las guardias por la noche casi en su plenitud cuando, a pesar del reclamo de Meribeth, él insistió en ello, aceptando ella con rapidez, sobre todo cuando sus acciones la dejaron, por primera vez en mucho tiempo, dormir sin que sintiera que el sueño era un lujo que no podía permitirse.

Aquella cesión por su parte fue tan extraña que estuvo días dándole vueltas. La forma en que había decidido confiar en él hasta el punto de cerrar los ojos y dejar que velara el sueño de su hermano y el de ella; aunque lo hiciera con un puñal escondido entre su ropaje, había sido algo a lo que todavía no podía ponerle nombre. Jamás en sus diecinueve años de vida había sentido una afinidad tan espontánea e intensa con otra persona, una que iba más allá de lo que la razón le dictaba. Puro instinto ante el que cedió sin cuestionar nada, sobre todo al ser testigo de cómo se comportaba Crom cuando estaba con él. Ver cómo el niño, que tenía pesadillas al dormir constantemente, que había dejado de hablar a raíz de aquella horrible noche, que temía el contacto con otra persona que no fuese ella, había buscado con la mirada desde el primer momento a Broc, dejando que se le acercase, confiando en él de una forma que Meribeth no creyó posible volver a ver, le devolvió un poco de la fe que había perdido sobre el ser humano y reafirmó su primera impresión, esa que la llevó a poner la vida de ambos en sus manos. Y no se equivocó. En los días que había pasado junto a él, había conocido más de Broc de lo que lo había hecho de otras personas con las que había convivido desde que era una niña. Con una naturalidad y una franqueza arrolladora, él se había mostrado sin tapujos, sin ambages ni subterfugios, tan auténtico que Meribeth dudaba, a veces, contagiada por la necedad, las mentiras, las traiciones y las palabras con dobles significados de aquellos que la habían rodeado y en quienes había confiado ciegamente, de si lo que veía en Broc Ross era real. Porque ahora que había pasado el impacto inicial, ahora que podía echar la vista atrás y repasar todo lo ocurrido sin que los demonios volvieran para asfixiarla y dejarla al borde del abismo, estaba comprendiendo que muchos de los que en su día consideraron como familia, amigos y fieles compañeros solo habían sido fieras esperando una oportunidad para darles un zarpazo mortal, traicionándolos hasta la última consecuencia: la muerte.

Meribeth escuchó a Crom removerse inquieto en la cama, y, centrando toda su atención en él, acarició sus cabellos, lentamente, hasta que este se fue relajando y su respiración, que se había agitado, volvió a ser de nuevo sosegada y regular. Un pequeño suspiro, tembloroso, salió de los labios de Crom. Había sido difícil contemplar cómo las facciones del niño aquella tarde se habían ensombrecido por el miedo cuando, medio dormido, se enteró de lo que hablaban sobre Broc. Meribeth vio el pánico de nuevo en los ojos del chico cuando su mirada se desvió rápidamente hacia la de ella, buscando una negación que Meribeth no pudo dar. Cuando acudió a su lado de pronto, retirándose del resto para abrazarla con fuerza, le había roto el corazón. Jamás hubiese imaginado que Crom se preocuparía tanto por Broc como para sentir el miedo ante una nueva pérdida. Esa era la atracción que ejercía Broc Ross sobre el resto de las personas que lo rodeaban, y de la que Meribeth estaba segura que no era consciente.

Porque no solo Crom estaba preocupado de una forma impensable. Ella estaba asustada. Mucho.

Porque no podía perder a nadie más.

Porque no soportaría tener que decir adiós a otra persona que le importaba.

Porque no podía perderlo a él.

Porque, por primera vez desde la noche en la que huyeron, Meribeth deseaba poder contarle a alguien que ellos no eran Fie y Calan, sino Crom y Meribeth Colquhoun. Por primera vez, a pesar de todo lo que podía perder, de todo lo que podía significar que les descubrieran, necesitaba decirle a una persona la verdad. Porque quería poder mirar a los ojos a Broc y contárselo.

Porque, maldita sea, pensar que él podía morir dolía, dolía como el infierno.

Y lo más aterrador de todo era… ¿qué demonios significaba eso?

XIII

Pasaron cuatro días, cuatro malditos días, hasta que la fiebre de Broc desapareció.

Cuatro días en los que el hogar de los Gordon actuó como un único ente, sin fisuras, con un propósito claro y con una voluntad conjunta.

Meribeth nunca había visto nada igual, y eso que cuando Crom estuvo enfermo, Sunna, Coby, Ronald, la curandera y ella misma estuvieron al lado del niño. Pero esto iba más allá. El clan entero estaba allí; durante esos días todos parecieron pasar por aquel castillo, cada uno con una forma de ayudar distinta, con una preocupación latente como si fuese la suya propia, un único latido, un solo sentir. La herida de uno se convertía en la del clan. Y eso había sido lo más increíble que había presenciado Meribeth jamás.

En los ojos de los miembros del clan Gordon no había un respeto ciego, no existía ni un vestigio de miedo, ni una inculcada obligación de obediencia hacia su *laird*. No, Meribeth los había observado y no era eso, ni mucho menos. Era lealtad, confianza absoluta, cariño sincero, de los que se forjan y se dan libremente, de los que nacen del alma sin exigencia alguna. Y eso era extraordinario de contemplar.

En esos días, Meribeth había hecho mucho más que observar a los Gordon.

Cada uno de esos días había subido a la habitación de Broc y lo había visto, aunque solo fuese por un breve instante. Crom también había subido con Meribeth en varias ocasiones cuando el niño no cesaba en su nerviosismo tras saber que Broc estaba enfermo. Sin embargo, ninguna de esas veces Meribeth pudo estar a solas con él, y aunque pareciera algo ilógico y sin fundamento alguno, sobre todo para ella, eso la molestaba.

¿Por qué? ¿Por qué le molestaba si nada la unía a Broc? ¿Desde cuándo le importaba tanto?

Eran preguntas a las que no podía dar respuestas y que la asediaban desde el día en que llegaron y él cayó inconsciente preso de la fiebre. El miedo que se apoderó de ella al saber de su estado la tomó por sorpresa y la desconcertó de tal manera que aún estaba intentando descubrir cómo había llegado a esa situación.

Un sinfín de explicaciones habían acudido a su mente, y ninguna satisfacía esa desazón que acunaba desde que se dio cuenta de que Broc, un hombre al que conocía de poco tiempo, se había convertido en alguien especial para ella.

Era verdad que los días que habían viajado juntos habían sido tan intensos y las circunstancias que los unieron tan atípicas que la relación entre ambos tampoco podía ser convencional. Broc les había salvado la vida. Meribeth había luchado junto a él y habían hablado de cosas banales y de otras mucho más importantes, de forma tan natural y fluida como no recordaba haberlo hecho con nadie en tan escaso periodo de tiempo. Y, si era completamente sincera, tampoco lo había hecho con personas a las que apreciaba y con las que había convivido gran parte de su vida. Y entonces, ¿por qué con él sí? Para eso era para lo que no tenía una explicación coherente… o no quería tenerla. Porque una de las posibles respuestas lo complicaba todo.

—Muchacho, ¿estás bien? —preguntó Henderson alzando una ceja, acercándose a ella.

Meribeth dio un pequeño respingo al escuchar la voz ronca del hombre mayor que hasta solo un instante atrás ella lo creía al otro lado del establo. Se reprochó mentalmente haber divagado hasta el extremo de no prestar atención a su entorno, sobre todo ahora que estaba

trabajando. Eso le ocurría desde que había empezado a hacerse esas preguntas sin sentido y a cuestionarse su buen juicio.

—Perfectamente —contestó, agravando su voz un poco más de lo habitual cuando la primera sílaba fue más aguda de lo debido para un muchacho de quince años.

—Pues no es lo que me ha parecido —continuó Henderson achicando los ojos levemente como si estuviese analizando alguna cosa en profundidad. Meribeth esperó que fuere lo que fuese que le pasara por la cabeza al anciano lo desechase sin más —. Está bien —dijo de pronto con un movimiento algo brusco de su mano derecha—, pero concéntrate. Si estás pendiente de los caballos y debes estar junto a ellos, no puedes distraerte. No sería la primera vez que la coz de uno de ellos mata a alguien.

Meribeth ni siquiera pestañeó, pero, por dentro, sabía que Henderson tenía razón. Debía tener cuidado y ser diligente en la tarea asignada y más ella, cuya afinidad con los animales nunca había sido buena, sobre todo con los caballos. ¿Sabía montar? Sí.

¿Era una experta amazona? No, no y no. Ja, ja, ja… no.

Su caballo siempre había sido el más manso y viejo de todos los que habían tenido en el clan. Aquella había sido la única manera de que se relajase lo suficiente como para subirse a uno de ellos y cabalgar mientras intentaba tensarse tanto como para poner nervioso al animal. A Coby le había costado mucho que se volviese a acercar y montar sobre un caballo, y Meribeth casi había acabado con su paciencia en el proceso.

Después de que con cinco años un potro la tirase al suelo tras asustarse con un trueno y la pisotease, acabando casi con su vida, Meribeth le tomó miedo, uno superior a cualquier intento por parte de Coby de explicarle que él no dejaría que eso volviera a pasar. Con el tiempo, se enteró por casualidad de cómo Coby había castigado al *highlander* que, encargado de vigilarla mientras aprendía a montar, no atento a ella, no reaccionó a tiempo para evitar su caída. Coby podía ser intratable cuando algo amenazaba a su familia, y aquel *highlander* pasó, de ser de uno de sus hombres de confianza, a perder toda la estima de su *laird*, incluso después de que este lo dejase inconsciente con más de una herida en su cuerpo por su negligencia.

Tuvieron que pasar dos años, esfuerzo y muchas conversaciones por parte de Coby para que ella se acercase de nuevo a un caballo. Y tampoco acabó bien. Todavía lo recordaba, intentando conseguir que ella se subiera a uno de ellos. Meribeth le arrancó un mechón de pelo en el proceso, mientras pateaba al aire y decía palabras malsonantes que hubiesen escandalizado hasta a un curtido marinero.

El mal rato de aquel día no se lo perdonó en años, pero, poco a poco, Meribeth fue venciendo ese miedo y rebajándolo hasta convertirlo en una mera aversión.

Porque sí, porque, aunque podía haberse negado, quería poder con aquello, porque era una cabezota, porque tenía demasiado orgullo, y porque no quería que algo la dominara hasta el punto de reducir su cuerpo a un amasijo de extremidades temblorosas. Podía no conseguirlo, pero no por ello iba a dejar de intentarlo. Así que, cuando creció un poco más, fue ella misma la que pidió a Coby que la enseñara, y él lo hizo, con mucha paciencia, con más de la que jamás le vio desplegar con otra persona.

Y, aunque nunca pudo superar del todo su miedo, montaba a caballo dignamente.

Así que, cuando el viejo Henderson le preguntó si quería ayudarle con el cuidado de los caballos, ya que Amy había comentado en el clan que era del gusto del muchacho ayudar mientras durase su estancia, trabajando en donde hiciese falta, Meribeth no dudó en aceptar.

—¿No puedes hacer algo con eso? —preguntó Henderson señalando con su dedo hacia su cara.

Meribeth ladeó la cabeza.

—¿Con qué? —preguntó, aunque podía imaginar a qué se refería el hombre.

—Con todo ese pelo que te tapa una parte de la cara. Si ni siquiera se te ve un ojo. No sé cómo puedes ver bien —espetó el *highlander* con un bufido al final—. Si no te mata el caballo lo hará ese mechón de cabello. No he visto nada igual en mi vida, y eso que ya soy un viejo. ¿De qué clan provienes?

Y ahí estaba la pregunta que no iba a poder eludir por mucho tiempo. La aparición oportuna de Duncan McPherson junto a su caballo hizo que esta quedara en el aire y a ella le dio la oportunidad de rehuir el tema por el momento.

—*Laird* McPherson —dijo Henderson con calidez en los ojos y una sonrisa en los labios.

Por lo que había podido observar esos días, McPherson era más que un aliado para los Gordon. Por la forma en que se relacionaba con ellos, tanto él como su esposa, cualquiera podría pensar que eran familia. El hecho de que el día en que llegaron junto a Broc, cuando hablaron con ellos, McPherson formara parte de la conversación junto a Bruce y Kam, como si no hubiese secreto entre ellos, evidenciando el nivel de confianza existente, ya fue revelador. Se notaba que tanto *laird* McPherson como su esposa Elisa eran preciados para los Gordon y gozaban de su total confianza. Ambos llevaban allí más tiempo del que habían pensado en un principio, prolongando su visita por el estado de Broc. Al parecer, Elisa era la mejor curandera de los clanes cercanos y Bruce parecía tener en alta estima su capacidad como tal.

—Fie se ocupará de su caballo —dijo Henderson mirando a Meribeth, que, de forma disimulada, intentaba mantener las distancias con el recién llegado, pero que no tuvo más remedio que centrar su atención en McPherson después de las palabras del *highlander*.

Decir que McPherson la inquietaba era quedarse corto. Ese hombre, que, con su mirada, calmada y profunda, con un tono de voz que parecía inmutable y con un carácter que, por lo que había oído y había apreciado en las escasas ocasiones que compartieron espacio esos días, era ecuánime y tranquilo, a Meribeth la ponía nerviosa. La mirada de McPherson le resultaba demoledora, como si pudiese ver más allá de lo que estaba dispuesta a mostrar, y en su caso, eso podría resultar muy peligroso.

—No, gracias, Henderson. Puedo hacerlo yo mismo —soltó McPherson mirando al anciano y después a ella, con una tranquilidad y serenidad en sus ojos que incitaban a confiar, a relajarse en su presencia y, por ende, a cometer errores.

Meribeth tragó saliva lentamente antes de hacer un leve movimiento con la cabeza cuando sus ojos se clavaron sin titubeos en los suyos.

Algo que Coby siempre le dijo que le gustaba de ella era su mirada, una que no desviaba, que no censuraba ni doblegaba y que mostraba fuerte y decidida ante cualquier persona o circunstancia de forma sincera y visceral, siendo lo único que le costaba disfrazar a voluntad, demasiado instintiva y combativa por naturaleza como para conseguirlo.

A McPherson tuvo que gustarle lo que vio en su ojo, el único que era visible en ese momento, porque sonrió tenuemente y sus orbes brillaron con cierto tinte de diversión antes de darse media vuelta y dirigirse al fondo del establo donde dejó a su caballo, encargándose después de él durante unos instantes, antes de retirarse.

—No sé si les pasará lo mismo, pero tengo un hambre voraz. Estoy deseando probar lo que tiene preparado para esta noche su esposa, Henderson —dijo McPherson acercándose a ellos una vez que hubo terminado.

Nighinn era la esposa de Henderson y la que se encargaba principalmente de la cocina del castillo.

—Las comidas de mi Nighinn son maravillosas —afirmó el anciano, y McPherson asintió dándole totalmente la razón, antes de iniciar el paso y dirigirse a Meribeth.

—¿Vienes? —le preguntó McPherson—. He visto a tu hermano afuera esperándote. Imagino que también tiene hambre.

Y la risa de Henderson, grave y algo ronca, resonó en el interior de la construcción de madera.

—Ese chico no tiene fondo —comentó el *highlander* mirando a Meribeth.

—El que tenga buen apetito es importante. Eso significa que se ha adaptado bien, que está tranquilo y que se siente seguro entre los Gordon —comentó Duncan, mirándola fijamente, y Meribeth supo a qué se refería exactamente.

No había que ser muy observador para darse cuenta de que el comportamiento de Crom en aquellos cuatro días había variado, y todo a mejor. Jamás imaginó que en tan poco tiempo el cambio fuese visible incluso para aquellos que acababan de conocerlo.

Para Meribeth las diferencias eran sutiles pero abismales. Crom seguía sin hablar, pero no rehuía las miradas, no se encogía cuando alguien se le acercaba o se dirigía a él, y sobre todo había empezado a buscar la compañía de otros que no fueran Meribeth. Crom también la había acompañado a ver a Broc mientras este soportaba la fiebre en todo su cenit, sentándose a su lado y tomando la mano del *highlander* como si fuera su familia. Lo había observado sonreír y escuchar atentamente a Eara y Elsbeth Gordon, coger la mano de Amy e incluso jugar con algunos de los niños del clan la tarde anterior. Y, ante cada uno de esos pequeños gestos, Meribeth hacía grandes esfuerzos para aguantar el nudo que se le formaba en el pecho y que amenazaba con humedecer sus ojos, porque, después de lo que habían pasado y de todo lo que habían perdido, pensar que podían alcanzar de nuevo algo de normalidad, rozar un poco de felicidad, ahora se antojaba menos improbable y lejano.

Meribeth asintió levemente, centrándose en las palabras de McPherson y mostrando su acuerdo, antes de dirigirse a Henderson.

—Si te parece bien, me iré a cenar y luego acabaré con los caballos del fondo —dijo con voz grave y pausada.

Henderson hizo un gesto con la mano manoteando al aire antes de contestar a Meribeth.

—No hace falta que vuelvas, chico. Ya has hecho más que suficiente hoy. Te has ganado de sobra la comida de mi Nighinn. Apresúrate y ve junto a *laird* McPherson y tu hermano. Yo acabaré aquí, y me uniré a vosotros en un momento.

—Gracias, Henderson —contestó Meribeth iniciando el paso junto a McPherson.

Cuando salieron, Crom estaba sentado sobre un promontorio de tierra, removiendo con un pie el barro que la lluvia de esa mañana había formado.

Todavía a Meribeth le daba un vuelco el corazón cuando la sombra de una sonrisa sesgada se insinuaba sobre los labios del niño, y, aunque no quisiera reconocerlo, porque cuanto más tiempo pasaran con los Gordon más posibilidades había de que descubrieran su engaño, la única verdad era que el hecho de que Crom estuviese con aquel clan y con Broc había provocado un cambio en él que ella no hubiese imaginado semanas atrás. Solo deseaba que, cuando tuvieran que irse, todo aquello no se desvaneciese. No quería volver a ver en los ojos de Crom el vacío que los inundó tras la muerte de toda la familia, ni deseaba que su rostro volviese a estar desprovisto de emoción alguna, como si la oscuridad le hubiese devorado el alma.

Por todo ello, había decidido permanecer con el clan Gordon más tiempo del que se había fijado en un principio, suficiente para que Crom se recuperase, lo bastante como para no volver atrás y lo necesario para que la fuerza que sabía portaba en su interior imperase de nuevo.

Crom miró a McPherson antes de tomar la mano de Meribeth.

—¿Tienes hambre, Calan? —preguntó Duncan, y el niño cabeceó con energía, provocando que una sonrisa acudiese a los labios de McPherson.

Los tres echaron a andar y, en su camino hacia el castillo, la mirada de Meribeth se desvió inconscientemente hacia uno de los laterales de la impresionante construcción donde en los días previos había visto entrenar a un grupo de *highlanders*.

McPherson siguió su mirada. Al fondo, varios hombres daban por terminado el entrenamiento bajo el mando de Jonhson.

—¿Te gustaría ejercitarte con ellos? —le preguntó McPherson de pronto, haciendo que Meribeth retirase su mirada con rapidez de los hombres, maldiciéndose por haberse delatado.

¿Cómo podía haberse dado cuenta McPherson de lo que pensaba? La capacidad de percepción de aquel hombre le ponía los pelos de punta. Que con solo una mirada supiera lo que ella deseaba era inquietante.

—Broc comentó que te manejabas bien con la espada. He supuesto, tras tu mirada, que te gustaría hacerlo. Y sé que a Bruce no le importaría —continuó McPherson, mientras se cruzaban con varios miembros del clan a los que Duncan saludó con familiaridad.

Ante las palabras del *highlander*, Meribeth arqueó su ceja izquierda sin ser consciente de lo que reveló con ese gesto. Incredulidad, recelo, escepticismo.

Ella había sido una privilegiada en el clan Colquhoun y lo sabía. Para Coby jamás había supuesto una diferencia que ella fuese una mujer a la hora de enseñarla a luchar. Desde pequeña, Coby tomó la decisión de adiestrarla en el manejo de la espada y el puñal junto a su hijo Ronald.

Meribeth todavía recordaba el primer día que Coby le entregó una espada mucho más liviana y pequeña, realizada por Kenzie, el herrero del clan, al que Coby le pidió que la forjara especialmente para ella. Era la misma espada que llevó consigo cuando huyó. La única pertenencia que había podido mantener junto a ella al escapar. Eso junto a un puñal con una “s” grabada en el arriaz. La letra que recordaba a Meribeth el lema de los Colquhoun, el que Coby le había enseñado desde niña y que ella llevaba grabado en su interior. «Si je puis» que en latín significaba «Sí puedo». Ese también había sido su lema, el mismo que se había repetido hasta la saciedad cuando los propios miembros del clan no vieron con buenos ojos que su *laird* enseñase a una niña a luchar como a un *highlander*. Se lo había susurrado a sí misma por las noches cuando al morir su madre pensó que la tristeza la devoraría por completo hasta dejarla sumida en una total oscuridad. Se lo había gritado subida a lomos de un caballo cuando sentía que le costaba respirar y que el temblor en las piernas y las manos se apoderaría de ella, se lo repetía una y otra vez, desde niña, como una oración, cuando escuchaba las murmuraciones condenando y rechazando su origen, y se lo repitió aquella aciaga noche hasta la saciedad para poder sobrevivir un día más.

Ese lema con los años se había convertido en parte de ella, negando cualquier camino que conllevara la posibilidad de rendirse.

Y aunque Coby le dio la posibilidad y ella la tomó con decisión, Meribeth sabía que había sido afortunada. Que hubiese conseguido manejar una espada y luchar tan bien como alguno de los *highlanders* que tenían su misma edad era algo inusual e impensable en otros clanes. Era consciente de ello, al igual que entendía que la oferta que le estaba haciendo McPherson en ese instante era también insólita en cierta medida: ofrecerle a un chico de quince años, cuya procedencia desconocían, y cuya constitución era tan menuda y delgada que podría echarse a volar ante la más pequeña ventisca, que entrenase con los *highlanders* más aguerridos del clan Gordon. No había esperado ni por mil años ese ofrecimiento, y dudaba seriamente que

Bruce fuese tan magnánimo de acceder a ello como parecía estar seguro McPherson.

—Se lo agradezco, pero no vamos a quedarnos lo suficiente. Y no creo que deba molestar a *laird* Gordon con ello. Solo soy un muchacho, no un guerrero. Temo que Broc ha exagerado mi audacia con la espada.

La mirada de Duncan fija en ella, suave pero escrutadora, hizo que Meribeth se replantease por un instante si no habría errado al hablar, porque los ojos de McPherson parecían estar evaluando cada una de sus palabras y si estas se correspondían realmente con lo que pensaba.

Si la presencia de McPherson la ponía nerviosa de por sí, esa mirada avivaba demasiadas preguntas a las que no podía dar respuesta.

La mano de Crom que Meribeth sujetaba dentro de la suya apretó ligeramente sus dedos haciendo que Meribeth desviara sus ojos hacia él, que a su vez la miraba serio, con las cejas fruncidas. Ella conocía esa mirada de sobra. Era la que Crom utilizaba cuando no estaba de acuerdo con ella y, si pudiese apostar, diría que además estaba enfadado por alguna de sus palabras.

Meribeth intentó transmitirle, apretando a su vez la mano del niño, que aquel no era el momento para poner de manifiesto su disconformidad.

—No conoces todavía lo suficiente a Bruce Gordon… —respondió Duncan, y sus ojos, ahora lejos de ser inquietantemente observadores, parecían divertidos—. Y a mí no me parece que seas solo un muchacho —terminó el *highlander* en el momento en el que llegaron al castillo, antes de que McPherson los hiciera pasar delante de él y Meribeth sintiese que tras las palabras del *highlander* había mucho más que la simple constatación de un hecho.

XIV

Habían cenado en el gran salón, donde las mesas de madera junto a los bancos, dispuestos a lo largo de la estancia, reunían cada noche a la familia y a otros miembros del clan.

Meribeth no había tenido otro remedio que sentarse en la que reunía entre otros a Bruce Gordon y Duncan McPherson cuando Eara, tomándola desprevenida, la cogió del brazo para sentarla allí junto a Crom.

La pelirroja, como había oído llamarla alguna vez a *laird* Gordon, era de armas tomar y una mujer notable. Llevaba allí poco tiempo, pero la había observado lo suficiente como para que ella despertase su curiosidad y cierta admiración. Y Elsbeth Gordon no se quedaba atrás.

Crom se sentía muy a gusto con ambas mujeres y con Amy, y eso era mucho más de lo que se había atrevido a soñar Meribeth. La anciana cuidaba de cada uno de los miembros de aquella familia como si fueran sus propios hijos, y eso mismo era lo que estaba haciendo con Crom. Las tres mujeres lo habían acogido bajo su protección como si fuese algo suyo, y Meribeth jamás podría agradecerles lo suficiente todo lo que estaban haciendo por ellos. Por los dos, porque, aunque ella intentaba mantenerse distante y esquiva la mayor parte del tiempo, ninguna de las mujeres Gordon, así como Henderson y otros miembros del clan, le permitían hacerlo en demasía.

—Apenas has probado la comida. Te advierto que más de un miembro del clan ha tenido que correr por su vida tras enterarse Nighinn que no habían apreciado su forma de cocinar.

Esa voz, grave, imperturbable y oscura la sacó de sus pensamientos.

¿Cómo había llegado Bruce Gordon a ponerse a su lado?

Meribeth maldijo mentalmente varias veces. Había estado tan absorta en sus pensamientos que nuevamente no se había percatado de lo que ocurría a su alrededor. Aquello se estaba volviendo una mala costumbre.

Estar relajada, sentirse segura…, sensaciones y sentimientos que hacía mucho que no experimentaba, se volvían tan cálidos y cercanos que la estaban llevando a ser descuidada, haciéndola desear cosas que en ese momento no podía tener y que, sin buscarlo, alimentaban ese dolor sordo que habitaba últimamente en su interior, obligándola a levantar un muro aún más alto que necesitaba mantener intacto si no quería cometer un error y salir de allí con heridas aún más profundas de las que ya portaba. El recuerdo de las palabras de McKinley volvía una y otra vez a su mente cuando el resquicio de la duda asomaba a su traicionera cara: «No debes confiar en nadie, jamás, hasta que llegues a tu destino. La vida de Crom y la tuya propia dependen de ello».

Meribeth miró a su alrededor disimuladamente intentando centrarse. Vio a Jonhson, uno de los hombres de mayor confianza de Bruce y que se encargaba de entrenar a los más jóvenes del clan diariamente, al otro extremo de la mesa. Al inicio de la noche se había sentado a su lado. ¿Cuándo se había levantado el *highlander*? ¿En qué momento Bruce había ocupado la silla de Jonhson? Pero no solo eso. Había estado divagando, perdiéndose en sus pensamientos de tal manera que solo ahora se percataba de que la mitad de los comensales habían terminado de comer. Algunos se habían retirado y otros seguían hablando tranquilamente con los demás ocupantes de la mesa. Crom estaba al otro lado de la estancia jugando tranquilamente con la nieta de Nighinn, y Eara y Elsbeth se habían movido para estar cerca de Elisa y Duncan, con quienes hablaban animadamente. Todo ello había propiciado que ella, que se encontraba sentada en la esquina, se quedara a solas con Bruce, lo suficientemente alejada del resto para que su

conversación no fuese audible para los oídos más cercanos.

—La comida de Nighinn está muy buena. Es solo que estaba distraído —contestó Meribeth, esbozando una pequeña sonrisa a modo de disculpa—. Además, no conozco mucho a Nighinn, pero no me parece una mujer a la que le guste recurrir a la violencia. Parece muy agradable y cálida —continuó Meribeth tomando un poco del guiso y gimiendo levemente cuando lo masticó, manteniendo la sonrisa en la boca mientras miraba directamente a Bruce, para hacerle ver que no quería ser desconsiderada, y que, en verdad, la comida de la esposa de Henderson le parecía deliciosa. Sin embargo, lo que vio en los ojos de Gordon a punto estuvo de provocar que se ahogara con un pedazo de carne, que, tras toser, escupió y salió disparado a una distancia considerable cuando el maldito trozo no quiso seguir el curso natural hacia su estómago.

—Tampoco le gustaría que su comida fuese tu última cena —continuó Bruce, y Meribeth tragó con fuerza, intentando recobrar el aliento.

Bruce Gordon la desconcertaba a todos los niveles. ¿Tenía doble intención esa frase? ¿Era alguna clase de amenaza o estaba siendo irónico?, ¿o, simplemente, sincero?, pensó Meribeth, antes de tomar la copa de agua que Bruce le tendió, mirándole fijamente a los ojos, buscando las respuestas a esas preguntas, anclando sus orbes en los del contrario, no de forma cálida o ingenua, sino directa, desafiante y sin concesiones. Esa mirada de la que Coby siempre le advirtió atemperar porque era demasiado transparente, con una fuerza que muchos confundirían con insolencia. Pero ella era así, y, aunque se esforzaba, desde que huyeron, en disfrazarla para poder manipularla a su antojo, sus ojos a veces terminaban por traicionarla. Era instintivo, y gobernarlo frecuentemente se volvía un desafío imposible de conseguir. Sin embargo, el brillo que destelló en los ojos pardos de *laird* Gordon, de apreciación, la sorprendió y, lejos de hacerla recular, le dio un impulso para que su lengua siguiera a sus malditos ojos.

—No querría darle ese disgusto, *laird* Gordon. Sería una pena —espetó Meribeth con un brillo malicioso en su único ojo visible.

No se esperó la sonrisa de Bruce, ni tampoco que suavizara su mirada, tornándose incluso cálida, algo que pensó inconcebible cuando lo conoció.

—Bien —contestó Gordon, y Meribeth estuvo a punto de volver a atragantarse. Ese «bien» debía ser un rasgo de familia, porque Broc solía utilizarlo y a ella conseguía sacarla de quicio.

El hecho de que el nombre de Broc acudiera a su mente furtivamente provocó que desviase su mirada por primera vez en aquella conversación. Fue solo un instante, un gesto que hubiese querido evitar estando bajo el escrutinio de Bruce, pero que fue tan inevitable como sorpresivo. El motivo: que lejos de mentir para ocultar su identidad o cualquier reacción que despertara la desconfianza en *laird* Gordon, lo que la había llevado a desviar sus ojos había sido una imperiosa necesidad de proteger un sentimiento.

Porque su carácter podía adolecer de muchos defectos. Era impulsiva en exceso, cabezota, visceral y sincera hasta el extremo, pero nunca cobarde. Siempre había sido honesta consigo misma en cuanto a lo que pensaba y sentía. Y no podía disfrazar o ignorar en un rincón olvidado de su mente lo que Broc Ross provocaba en ella. ¿O debería llamarlo ahora Broc Gordon? Bueno, como fuese, desde que lo conoció se había sentido confusa respecto a él. Y en los días en que compartieron viaje y pudo conocerlo mejor, esa sensación fue tomando forma, mostrando su cara, afianzándose, cogiendo fuerza y echando raíces. Unas que ahora le iba a costar arrancar.

Cuando supo que su vida corría peligro, durante los días que había estado inconsciente,

no había podido evitar visitar su habitación, junto a Crom, ni tampoco había podido detener el nudo en el pecho que la sola visión de su cuerpo luchando contra la fiebre y el dolor le provocaban. Tuvo que disimular, pero eso la hizo comprender mejor que nada en el mundo que, quizás, por primera vez en su vida, podría albergar algún sentimiento de naturaleza amorosa por otra persona. Esa explicación era la que no había querido tener en cuenta, la que había dejado para el final, casi desahuciándola por desear que careciera de fundamento. Porque, si era verdad, lo complicaba todo. Pero después de que la vida de Broc corriera peligro, de que su angustia se disparara al saberlo, de la necesidad de verlo cada día, aunque fuese un instante, para cerciorarse de que él seguía vivo. Después de obligarse a respirar cada vez que escuchaba su nombre y se le cortara la respiración por miedo a que fuese acompañado de malas noticias. Tras todo eso no pudo negar que sentía algo por Broc Gordon. Un sentimiento que debía ser cortado de cuajo, porque la existencia del mismo solo la ponía a ella y a Crom en una situación que podría ser de todo menos amable.

Igual de honesta que había sido con reconocer lo que le ocurría, algo que le había costado al principio, también lo era con la imposibilidad de que aquel sentimiento pudiese llegar a germinar y menos en aquella tierra, a pesar de que, cada día que pasaba entre los Gordon, más sentía que ese clan podría llegar a ser un hogar para ellos.

Así que había desviado la vista de los ojos de Bruce en un arrebato infantil por preservar ese sentimiento y todo lo que conllevaba. Sabía que haciéndose pasar por Fie, un chico de quince años, Bruce confundiría su mirada con la admiración o el aprecio propio que un imberbe sentiría hacia el *highlander* que le había salvado la vida, pero ni siquiera eso había querido compartir. Y ese impulso había sido tan genuino, tan protector, que la había desconcertado.

Meribeth carraspeó ligeramente antes de tomar otro poco del guiso de Nighinn para desterrar los últimos pensamientos que lo único que estaban consiguiendo era descentrarla de aquella conversación que, aunque pudiese parecer trivial, no lo era en absoluto. Sabía que Bruce Gordon no hacía nada al azar. No había que conocerlo en profundidad para darse cuenta de que el lobo solitario, como también había oído llamar a *laird* Gordon, tenía una afilada perspicacia. Así que tener ocupada la boca masticando la comida de Nighinn y bebiendo un sorbo de agua de vez en cuando era lo mejor que podía hacer en aquel momento. Le daba una excusa para no hablar y cierto margen de tiempo para volver a centrarse en la conversación.

—Hoy no has subido a ver a Broc —soltó Bruce a bocajarro, y Meribeth escupió de golpe el agua que aún tenía en la boca. Esta salió en todas las direcciones y juraría que parte le calló a Bruce encima. Podría haberse cerciorado de ello si le hubiese mirado, pero estaba demasiado ocupada intentando respirar.

—También sería una pena que te ahogaras. Intenta evitar cualquier forma de morir esta noche, y, si es posible, te agradecería enormemente que tu puntería fuese dirigida hacia otro lado —comentó Gordon como si nada, y Meribeth cerró los ojos un instante, pensando que aquel hombre tenía un don, y no era precisamente uno bueno.

Ante el silencio como respuesta de Meribeth, Bruce continuó, incisivo.

—Me ha extrañado que tras visitarlo sin falta durante el tiempo que ha estado inconsciente no lo hayas hecho hoy que por fin ha despertado. Me ha llamado la atención porque sé que tanto Crom como tú os preocupáis por él. Puedo verlo.

Meribeth bebió otro sorbo de agua antes de dirigirse a *laird* Gordon.

—Sería un desagradecido si no lo hiciese. Él nos salvó la vida —soltó Meribeth como si con esa respuesta no solo se estuviera justificando ante Bruce sino también ante sí misma por haber sido tan descuidada en hacer evidente su preocupación por él.

—Lo sé, pero también pensaba que le guardabas cierto resentimiento. A tu llegada dejaste claro que jamás os hubieseis encontrado en peligro de no ser por los hombres que lo seguían.

Meribeth acentuó su mirada hacia Gordon con una mueca de contrariedad en su rostro.

—Sé lo que dije, pero también es verdad que Broc podría habernos abandonado a nuestra suerte, y aprovechar que esos hombres estaban ocupados con nosotros para seguir su camino y tomar ventaja, pero no lo hizo —contestó Meribeth con determinación, remarcando bien cada una de sus palabras—. Perdió la posibilidad de tenderles una emboscada y salió a campo descubierto contra un puñado de hombres. Eso fue prácticamente un suicidio y lo hizo por dos desconocidos.

Los ojos pardos de Bruce se tornaron casi negros filtrándose en ellos una oscuridad peligrosa, hasta tomarlos prácticamente por completo, y Meribeth, llevada por lo que veía en ellos, sintió la imperiosa necesidad de seguir hablando para dejar clara su postura respecto a lo que ocurrió ese día.

—Fue fortuito y desafortunado que Calan y yo nos encontráramos con esos hombres, pero que Broc decidiera salvarnos, aun a costa de su propia vida, fue un acto consciente y del que le estaré agradecido mientras viva —continuó Meribeth, consiguiendo que la atención de Bruce se agudizara más sobre ella, si eso era posible—. Incluso se preocupó de mi orgullo, del de un chico de quince años al que no había visto jamás en su vida.

—¿Y cómo preservó tu orgullo? —preguntó Gordon lentamente, remarcando bien cada una de las palabras, de tal forma que provocó que Meribeth tragara saliva antes de responder.

—Él sabía que era peligroso que siguiésemos viajando mi hermano y yo solos. Se las ingenió para que le acompañásemos, y eso que al principio no se lo puse fácil. Yo no confío en los extraños, *laird* Gordon, aunque acaben de salvarme la vida, y tampoco soporto la compasión de nadie.

Bruce frunció ligeramente el ceño ante sus últimas palabras, pero permaneció en silencio cuando Meribeth siguió hablando.

—Me dijo que le vendría bien que fuésemos con él. Dijo eso para salvaguardar mi orgullo, para que pareciera que le estaba haciendo un favor y no al contrario. Hasta ese punto es molesto su hermano.

La expresión de Bruce era la misma, pero su mirada se tornó afilada como debía de ser la de un halcón.

—Acabas de decir que no confías en nadie y, sin embargo, al final decidiste viajar con él. ¿Por qué?

Meribeth jugueteó con la copa de agua entre sus manos. ¿Hasta dónde podía hablar?, ¿hasta dónde exponerse? Sin embargo, llegados a ese punto, era mejor ser sincera. Si no sobrepasaba la línea, podía ceñirse lo más posible a la realidad, y así le sería mucho más sencillo seguir allí durante el tiempo que necesitaba, hasta que Crom estuviese lo suficientemente bien como para poder continuar su viaje.

—Por mi hermano Calan.

El ceño de Bruce volvió a fruncirse ligeramente. Pero era tan mínima la variación que, si Meribeth no estuviese centrada en las expresiones de Bruce Gordon, le hubiese sido prácticamente imposible darse cuenta.

—Él no habla. Tuvimos una mala experiencia hace un tiempo —explicó Meribeth de forma tan contundente, sin desviar la mirada de la de Bruce, que no hizo falta más para que Gordon entendiera que eso era todo lo que sobre ese tema iba a contarle.

Meribeth tragó saliva cuando los ojos de Bruce se desviaron por un segundo hasta su mejilla, ahí donde una pequeña cicatriz le marcaría la piel de por vida. La mejilla que se lastimó cuando huyó con Crom.

La percepción y la rapidez de aquel hombre le robaban el aliento.

—Y, por esa mala experiencia, Crom dejó de hablar y de confiar en los demás —continuó Meribeth cuando los orbes pardos de Gordon volvieron a anclarse en los suyos—. De hecho, apenas tolera que se le acerquen desconocidos y menos aún que lo toquen, pero con Broc fue diferente. Desde el principio. Jamás le había visto reaccionar así. Resultó instintivo y natural, y eso fue lo que me convenció.

Bruce seguía mirándola fijamente, como si cada una de sus palabras fuesen importantes.

—Aunque apenas dormí y siempre lo hice con un puñal en mi mano, accedí a viajar con él por eso.

El destello en los ojos de Bruce y el dibujo de sus labios, como si quisiesen arquearse en una ligera sonrisa, hizo que Meribeth inclinara ligeramente su cabeza antes de dejarse llevar por su temperamento.

—Soy joven y haría lo que fuese por mi hermano, pero no soy idiota.

Bruce ni siquiera movió un músculo antes de contestar. A veces ese hombre parecía estar esculpido en piedra, y sin embargo otras, en sus ojos podían verse océanos enteros.

—Créeme, eres muchas cosas, menos idiota —soltó Bruce, imperturbable.

¿Y eso qué significaba? ¿Era un insulto velado o un halago? Meribeth se inclinaba por una mezcla de ambos.

El silencio que siguió por parte de Bruce como si estuviese esperando algo más de ella extrañamente no la puso nerviosa, ni fue incómodo. Sabía que ese momento llegaría, en el que alguno de ellos le pediría una explicación, y a pesar de lo que le había dicho Eara, que no la presionarían para que dijese nada más de lo que estaba dispuesta a contar, en ese instante supo que Gordon lo conseguiría sin ni siquiera romper esa promesa.

No era necesario, porque solo hacía falta una conversación con él para darse cuenta de que el silencio a veces era mucho más revelador que las medias verdades, y Gordon manejaba y comprendía los silencios como nadie que hubiese conocido jamás.

Sin embargo, antes de que una palabra saliese de sus labios, Bruce se adelantó.

—No me importa de dónde vienes, ni hacia dónde vas —dijo Gordon, y sus ojos volvieron a oscurecerse, inquisitivos y penetrantes—. Ni tampoco por qué huyes —soltó el *highlander*, y Meribeth apretó la mandíbula fuerte cuando sintió que la sangre abandonaba su rostro. ¿Cómo podía saber eso? ¿Quizás solo estaba diciendo cosas al azar para ver si su reacción la delataba? Debía ser eso porque era imposible que él…

—No solo Calan sufre. Lo hacéis los dos. El niño de forma visible, y tú por dentro. ¿Crees que no veo cómo te contienes y te escondes?

Meribeth dejó de respirar por un instante. Ni siquiera pudo moverse, paralizada por las palabras tan exactas de Bruce Gordon.

—Yo no huyo —espetó Meribeth con una aparente calma, una que no sentía en absoluto.

La expresión de Bruce se endureció ligeramente, confiriendo a sus facciones una severidad que solo enfatizaba aún más su mirada, si es que eso era posible.

—Puedo entender el silencio y la omisión, pero no tolero bien las mentiras —dijo Bruce mirándola fijamente.

Aquello la dejó sin habla. Su boca, que un instante atrás había refrescado con un sorbo de agua, se quedó seca y la mano con la que sostenía la copa tembló ligeramente; sin embargo, en

ningún momento su mirada titubeó, sino que siguió clavada en los ojos de Bruce.

Ella había afirmado que no huía. O eso es lo que se había dicho a sí misma durante todo ese tiempo, pero la verdad es que, aunque no había sido por elección propia, sí que lo había hecho. Y aquello, en ocasiones, la corroía por dentro. Sabía que si hubiese bajado las escaleras aquella noche habría terminado desangrándose en el suelo junto a Coby, Sunna y Ronald, además del resto de hombres del clan Colquhoun que también dieron su vida por defender a su *laird* y a su clan. Entendía que su muerte no hubiese servido para nada, solo para sacrificar también la vida de Crom, pero la culpa aparecía en ocasiones y apretaba en su pecho, como si su corazón se disociase de su razón y tuviese su propio sentir. Lo único que mitigaba en parte esa carga era recordar la última mirada de Coby, fija en ella, dibujando con sus labios el nombre de Crom. El alivio que vio entonces en sus orbes desesperados cuando ella asintió era la única razón por la que su mente acallaba esa desazón que no la dejaba conciliar el sueño.

—No es una amenaza, es una advertencia —continuó Bruce inclinándose ligeramente hacia adelante, quedando más cerca de ella—. Dicho esto, si no quieres continuar tu viaje o si en algún momento quieres pertenecer a un lugar, este puede ser vuestro hogar.

Meribeth inspiró profundamente y aflojó su agarre de la copa lo suficiente para no hacerse daño. La había estado sujetando con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos. Lo dicho por Bruce la había sacado de pronto del estupor en el que se había sumido tras sus anteriores palabras.

—¿Por qué? ¿A cambio de qué? —preguntó casi en un susurro, consiguiendo recuperar el temple—. No nos conoces, no sabes quiénes somos. ¿Por qué nos ofrecerías algo así?

—Porque Broc confía en vosotros y yo confío en él —espetó Bruce.

Meribeth negó levemente con la cabeza.

—Esa no es razón suficiente para mí, porque a Broc tampoco lo conoces lo suficiente como para fiarte ciegamente de él. Incluso las personas más allegadas, a las que conoces de toda la vida pueden traicionarte —dijo Meribeth con vehemencia—. Durante estos días de viaje él me contó por qué esos hombres habían intentado matarle, me habló de los Ross y también de ti y de Kam. Apenas lo conoces.

Y Meribeth se dio cuenta en ese instante de que, con cada pequeña respuesta, Bruce conseguía que ella le revelara más y más, de forma inconsciente. ¿Cómo lo hacía? Porque estaba segura de que Gordon estaba llevando la conversación hacia donde él deseaba.

—He visto de él lo suficiente para saberlo, y tú también, si no, no le hubieses acompañado hasta aquí, ni Calan se hubiera sentido seguro con él.

Meribeth mantuvo la mirada clavada en la de Bruce. ¿De dónde provenía esa seguridad aplastante?

—No es tan sencillo —matizó Meribeth.

—Las mejores cosas nunca lo son —soltó Bruce.

Meribeth volvió a cabecear de forma negativa.

—No te entiendo. ¿Siempre tienes una respuesta preparada? —dijo Meribeth, y en su voz se pudo escuchar la confusión—. Sé que no somos una amenaza para ti, eso lo tengo claro. Un niño pequeño y un muchacho de quince años…, pero sigo sin saber por qué nos ofreces un hogar, por qué serías tan noble y generoso.

Bruce sonrió levemente, dibujando en sus labios una ruta que no parecía corresponderse con la tormenta que se fraguaba en sus ojos pardos.

—No te confundas —dijo lentamente, y Meribeth contuvo de pronto la respiración—. No es generosidad, es puro egoísmo —soltó Bruce levantándose del banco—. Termina la cena sin

morir en el proceso, y piensa en la posibilidad de ver a Broc. Ha preguntado esta mañana por vosotros —finalizó, antes de alejarse lentamente hacia el otro extremo de la mesa para volver con el resto.

Meribeth no sabía si iba a poder sobrevivir a su estancia allí. Tres hermanos Gordon eran demasiado para su salud y, sobre todo, para su cordura. Bruce era implacable, Kam, impredecible y Broc, un misterio, uno que la confundía con demasiada facilidad. Su corazón, sus pensamientos y sus sueños eran perturbados por él con demasiada facilidad.

Meribeth volvió a tomar una cucharada del guiso, intentando parecer que la conversación que acababa de mantener con Bruce Gordon había sido banal, pero una voz en su cabeza, esa que siempre la alertaba de que el peligro estaba cerca, le susurró casi de forma agónica que acababa de cambiar el rumbo de su destino y el de Crom. Era una locura pensar que una sola conversación pudiese sellar el mañana, pero después de los últimos meses, de todo lo que había vivido las semanas atrás, ese pensamiento se le antojaba más real que nunca.

XV

Meribeth asomó la cabeza por la puerta antes de que sus ojos se encontraran con los de Broc.

—Estaba empezando a pensar que en verdad no te caía bien.

La voz del *highlander*, más ronca y apagada de lo habitual, salvó el silencio que durante unos instantes se había instalado entre los dos.

Meribeth entró en la habitación esbozando una desdeñosa sonrisa.

—Y no me caes bien, pero me sentiría un poco despreciable —dijo Meribeth reforzando sus palabras con un gesto de sus dedos, entre los que dejó un minúsculo espacio entre el dedo gordo y anular— si no viniese a verte. Al fin y al cabo, nos salvaste la vida y gracias a ti podemos quedarnos un tiempo con los Gordon hasta que Calan mejore.

—¿Cómo está? —preguntó Broc intentando incorporarse un poco para quedar completamente sentado en la cama.

—Eh, eh, ¿qué haces? —se apresuró a preguntar Meribeth, deteniendo el movimiento que había iniciado Broc, apoyándole una mano en su torso desnudo. Ahora que se fijaba bien, salvo unas vendas de tela que cubrían su costado y parte del abdomen, el resto estaba al descubierto, sin que ninguna prenda lo cubriera.

Meribeth había visto a muchos hombres sin nada que vistiese la parte superior de su cuerpo cuando estos entrenaban. Había admirado en ocasiones los músculos que el trabajo duro y constante forjaba en sus cuerpos, pero esa visión nunca había despertado en ella ninguna reacción física, hasta ese instante en el que la garganta de pronto se le quedó seca y sintió una extraña sensación en el estómago, como si le hubiesen dado un puñetazo cortándole la respiración con ello. La piel de su mano pareció quemar donde estaba en contacto con el torso de Broc, y su rostro ardió como si el fuego que debía asolar el averno viviese en sus mejillas.

Intentó disimular todas sus reacciones con un suave carraspeo antes de quitar de forma apresurada la mano del pecho de Broc, como si su vida dependiera de ello.

—No deberías hacer ningún esfuerzo… así que, por favor, quédate como estás —le apremió Meribeth con la voz estrangulada mientras daba un paso atrás y se sentaba en la silla que había junto al lecho.

Cuando por fin volvió a mirar a Broc, la ceja alzada de este y sus ojos fijos en ella, escrutadores, provocaron que maldijese mentalmente. Debía ser más cuidadosa con sus reacciones. Si el padre David, que, según Amy, era el sacerdote que velaba por las almas del clan Gordon, y al que todavía no conocía, supiese de la frecuencia con la que recurría a soltar palabras malsonantes en su cabeza, su penitencia no tendría fin.

—No me voy a romper por incorporarme, Fie —aseveró Broc con una leve sonrisa en los labios, aunque sus ojos felinos seguían fijos en ella, como si buscase algo en sus facciones.

—Yo no estaría tan seguro. Parece que tienes cierta tendencia a salir herido —bufó Meribeth—. Has estado cuatro días inconsciente por la fiebre y la herida del costado. No creo que provocar que vuelva a sangrar por un esfuerzo sea lo mejor.

—La herida está bien —contestó Broc con un tono de voz que desbordaba seguridad y templanza por los cuatros costados—. Y no soy propenso a que me hieran.

—¿Entonces a qué lo eres, a que quieran matarte? Quizás decir eso sea más acertado —respondió Meribeth haciéndole una mueca de burla al final. Recurrir al sarcasmo o al humor para

distender el ambiente lo llevaba desde siempre bajo la piel.

¡¡Dios!! Cómo se alegraba de que Broc estuviese bien. Quizás nunca hubiese descubierto cuánto le importaba perderlo de no ser por los últimos días. Comprender lo que Broc Gordon significaba para ella la había dejado perpleja, y asustada. Asustaba horrores.

Y ahora iba a ser mucho más difícil decirle adiós.

—¿Calan está bien? Antes, no has llegado a responderme —preguntó Broc nuevamente, cambiando de tema.

—Cada día está más fuerte —respondió Meribeth con un leve cabeceo que hizo que el mechón de pelo que le tapaba media cara acompañara sutilmente el movimiento.

—¿Y tú?

Meribeth frunció el ceño ligeramente ante esa pregunta.

—Bruce me ha dicho que intentas pasar lo más desapercibido posible —continuó Broc, y ella soltó el aire que había inspirado con más fuerza de lo habitual.

—No intento hacer eso, simplemente no estoy acostumbrado a estar rodeado de gente. Hemos sido, por un tiempo, solo Calan y yo. A veces necesito estar solo.

Meribeth desvió la vista hacia abajo, hacia sus pies, solo un instante antes de volver a levantarla y posar sus ojos en los de Broc que la miraban con intensidad.

Meribeth negó levemente con la cabeza y cerró los ojos con fuerza antes de continuar.

—De acuerdo, quizás sí intente pasar desapercibido, pero no puedo evitarlo.

El brillo de apreciación que vio aparecer en los orbes cansados de Broc la llevó a maldecir nuevamente entre dientes. ¿Por qué se sentía tan malditamente bien cuando conseguía que Broc sonriera o como en ese caso apreciara su sinceridad?

—¿Por qué? —preguntó Broc.

Meribeth apretó los labios.

—Dijiste que no me preguntarías.

Broc se movió ligeramente para poder mirarla mejor y su rostro se contrajo levemente de dolor.

—Debería irme y dejarte descansar. Y no deberías esforzarte hasta que estés mejor. Deja de moverte —continuó Meribeth con voz cortante y menos contenida de lo habitual.

Broc frunció el ceño mientras una chispa divertida cruzaba sus ojos.

—¿Estás preocupado por mí, Fie?

—Ya quisieras —contestó Meribeth mirándolo con cara de pocos amigos. Y ante la sonrisa de Broc, que hizo que sus facciones, a pesar de estar demacrado y pálido, fuesen tan atractivas y cautivadoras como el océano embravecido, Meribeth no pudo evitar bufar y poner sus ojos en blanco.

La risa baja y ronca de Broc ante su gesto la hizo contener el aliento. La golpeó en medio del pecho como si el sol del verano la estuviese calentando, y por primera vez en mucho tiempo sintió que parte del entumecimiento que adormecía sus emociones desaparecía de golpe.

—Y entonces… —dijo Broc arqueando una ceja.

—¿Y entonces, qué…? —preguntó Meribeth achicando los ojos

—¿Por qué intentas pasar desapercibido?

¡Por todos los cielos!, pensó Meribeth. La tozudez y constancia de este hombre no conocía límite alguno.

Broc, Bruce y todos los malditos hermanos Gordon eran implacables. En cuanto olían la sangre no soltaban la presa.

Broc tuvo que darse cuenta por su expresión y la forma en que lo miró, como si quisiese

matarlo en ese preciso instante, de que Meribeth no estaba para que él metiera el dedo en la llaga una y otra vez. Sin embargo, a tenor de su mirada y la sonrisa medio ladeada que dibujada su boca, Meribeth supo que no iba a poder eludir aquella conversación por mucho tiempo.

—Quizás no me hayas escuchado antes, pero te lo repito: dijiste que no ibas a preguntar —señaló Meribeth con el rictus serio.

—Y no he faltado a mi promesa. Te dije que no exigiría respuestas, no que no preguntaría —contestó Broc, y Meribeth tuvo que aplaudir la forma tan elegante de desarmarla. Quería enfadarse, quería decirle que nunca había esperado que cumpliera su palabra, que desde el día en que lo conoció había sido como el resto de personas con las que había cruzado su camino en las últimas semanas. Rostros anónimos a los que evitar, en los que nunca confiar y menos depositar algún tipo de esperanza. Pero eso hubiese sido mentira. Ni siquiera podía estar decepcionada, porque Broc tenía razón. Aquellas habían sido sus palabras, y ahora estaba en su mano no contestar, dejar que las preguntas que permanecían huérfanas entre los dos muriesen antes de abrir los ojos.

—Es una costumbre —se escuchó decir a sí misma porque, sin saber por qué, su boca la traicionaba. Quizás fuese el cansancio, o esos grandes orbes verdes, felinos, fuertes e intensos que la hacían desear con todas sus fuerzas que las cosas fuesen distintas.

La mirada de Broc se tornó más oscura. Había visto esa mirada en otros ojos, en otro rostro, aquella misma noche, en el salón del castillo. Si Meribeth hubiese albergado alguna duda respecto a que Broc fuese el hermano de Bruce Gordon, en aquel instante, estas hubiesen desaparecido totalmente.

Y Meribeth se perdió en la inmensidad de esos ojos verdes del color del musgo, del que crecía salvaje entre las rocas y los troncos de los árboles. ¿Cómo una mirada podía ser tan poderosa y transmitir tantas cosas? Exudaba libertad, conocimiento, calma y fuerza. Sin embargo, en ocasiones, la tormenta que se fraguaba en ellos era devastadora. Era la debilidad de Meribeth, como en ese preciso instante.

No quería mentirle, no quería hacerlo…

Podía no contestar a su pregunta…

¿Y por qué eso le parecía tan erróneo?

Meribeth apretó los labios, en una mueca de la que no fue consciente, hasta que Broc fue a romper el silencio y ella se le adelantó.

—No tenemos clan, ni un hogar…, porque tuvimos que huir de él —dijo Meribeth, incapaz de mirar a Broc mientras contaba una verdad a medias que por lo menos la permitía respirar. No supo cuánto le costaba hacerlo, lo difícil que había sido durante todo ese tiempo inhalar un poco de aire en cada inspiración, hasta que soltó esa sencilla frase y su pecho pareció extenderse con una nueva bocanada.

Broc se mantuvo en silencio, aunque Meribeth podía sentir su mirada fija en ella, extrañamente reconfortante que la incitó a ir un poco más lejos.

—Tuvimos que hacerlo para sobrevivir —continuó Meribeth apretando una de sus manos entre los dedos de la otra—. No puedo hablar de ello, todavía no pue… puedo —terminó, sintiendo que su corazón latía a una velocidad vertiginosa y que su cuerpo temblaba con solo el recuerdo de aquella noche.

No fue consciente de que se estaba haciendo sangre en la piel al clavarse las uñas en el dorso de la mano hasta que Broc cubrió sus dedos con la suya.

—Fie, mírame.

Meribeth cerró los ojos al escuchar la voz cálida y fuerte de Broc. Solo por un segundo.

¿Qué había hecho?

Estar a su lado, cerca de él, era demasiado peligroso.

Había desoído las palabras de McKinley, y, sin embargo, en aquel momento eso era lo que menos le importaba.

Porque estaba demasiado cansada.

Exhausta.

Solo quería cerrar los ojos por un instante y que la pesadilla de las últimas semanas, de los últimos meses, cesara.

Quería dejar de escuchar por un momento sus gritos en la cabeza, olvidar la expresión que tenía Coby solo un instante antes de morir, sus ojos vidriosos sin vida cuando cayó al suelo. No recordar la visión de los cuerpos sin vida de Sunna y Ronald y de otros tantos, el olor de la sangre de todos ellos derramada sobre las desgastadas piedras, la traición, el odio, la soledad, el frío que atenazaba cada parte de su cuerpo y que no conseguía desterrar, ese que la estaba carcomiendo por dentro, destruyéndola poco a poco.

Ya apenas podía encontrarse ni recordar quién era.

No quedaba nada de la antigua Meribeth…

—Aquí estás seguro. No permitiré que os ocurra nada malo. Ni a Calan ni a ti.

Meribeth sintió esas palabras calar hasta lo más hondo de su ser. Habían sonado a promesa y, viniendo de Broc, de ese hombre que les salvó la vida sin importarle nada, sabía que eran una certeza.

Abrió los ojos y lo miró fijamente. Sintió correr una lágrima, una solitaria sobre su mejilla, y los orbes de Broc quemarle en la piel por la intensidad y la fuerza en que sus iris se posaron sobre ella, y sobre esa traicionera lágrima.

Sí, aquella era una promesa.

Meribeth se deshizo de esa lágrima borrando sus huellas con su mano, de manera poco delicada, con rabia. No quería llorar. Hacía tanto que no lo hacía que en algún momento pensó que ya no sería capaz.

—No hablaremos de ello hasta que estés preparado.

Meribeth asintió lentamente mientras las facciones de Broc se suavizaban ligeramente.

Y entonces, de manera casi imperceptible, ahí estuvo de nuevo, esa pequeña muesca de dolor en el rostro de Broc.

—Ahora sí que me voy. Tienes que descansar —dijo Meribeth poniéndose en pie—. Con tu facilidad para el desastre, lo mismo se te vuelve a abrir la herida —continuó, y su ojo visible recobró la chispa de luz que se había opacado con los recuerdos.

Broc sonrió de forma sesgada.

—Te salva el hecho de que todavía no esté lo suficientemente fuerte como para tirarte de cabeza al abrevadero.

Meribeth chasqueó la lengua.

—Es una pena…

La risa baja de Broc fue lo último que escuchó Meribeth antes de salir de la habitación y fue como un bálsamo para sus sentidos.

Broc Gordon sería su perdición.

***

Meribeth no lo vio al salir y chocó contra él.

¿Todos los hermanos Gordon eran como un muro de piedra?

Si Kam no la hubiese cogido por el codo, ella hubiese dado con el trasero en el suelo.

—Lo siento —se apresuró a decir Meribeth cuando consiguió estabilizarse.

—Tranquilo… has salido de ahí como si hubiese dentro un incendio —comentó Kam con esa sonrisa que, desde que lo conocía, pocas veces había visto abandonar su rostro.

Meribeth hizo una pequeña mueca con los labios.

—Ha amenazado con tirarme al abrevadero.

Los ojos azules, profundos, de Kam brillaron divertidos.

—Eso lo explica todo.

Y a la risa baja de Meribeth se unió la grave y ronca de Kam.

—¿Cómo está? —preguntó Kam, y aunque la sonrisa seguía en sus labios, sus ojos adquirieron una seriedad que un instante antes no había en ellos.

—¿Te he dicho que ha amenazado con tirarme al abrevadero? —dijo de nuevo Meribeth, y la sonrisa de Kam se amplió—. Pero creo que siente algo de dolor —continuó, y Kam frunció el ceño—. Estoy seguro de que no lo admitirá, ni aunque se esté muriendo. Durante los días que estuvimos viajando juntos, jamás hubiese pensado que estaba tan mal como realmente se encontraba. No he conocido a nadie tan testarudo ni resistente —terminó Meribeth ante la atenta mirada de Kam.

—Sí, lo es —afirmó el *highlander*—. Gracias por subir a verle. Esta mañana, cuando por fin despertó, estaba preocupado por Calan y por ti.

Meribeth hizo un pequeño gesto de asentimiento con la cabeza.

—Si no hubiese sido por él, seguramente no estaríamos vivos —afirmó Meribeth—. Pero no le digas que te he dicho eso.

Kam arqueó una ceja y de nuevo un brillo divertido cruzó sus ojos.

—Protegió mi orgullo de crío. No quiero que piense que fue en balde.

Kam volvió a reír, y una mirada apreciativa surcó sus orbes color del mar embravecido.

Meribeth tuvo que reconocer que todos los hermanos Gordon eran capaces de dejarla sin aliento. Aunque su cuerpo y el latido de su corazón solo reaccionaban ante Broc, había que estar ciega para no ver que los tres eran hombres excepcionales. Inteligentes, astutos, atractivos y tremendamente peligrosos.

—De mis labios no saldrá una sola palabra.

Ahora fue Meribeth la que no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—Gracias —dijo Meribeth despidiéndose para continuar y dejar que Kam entrara en la habitación; sin embargo, cuando solo había dado un par de pasos, Kam la llamó deteniendo su marcha.

—Fie.

Meribeth se volvió al instante. Llevaba tanto tiempo con ese nombre, se había repetido tanto mentalmente que era Fie, un chico sin hogar de quince años, que Meribeth parecía alguien extraño y lejano.

—¿Sí? —preguntó.

—Duncan me ha comentado en la cena que quizás te gustaría entrenarte con el resto de los hombres.

El gesto de sorpresa de Meribeth tuvo que ser visible porque los labios de Kam volvieron a curvarse en una sonrisa.

—Mañana, al amanecer. Te estaré esperando junto al establo. No te retrases y trae esa espada de la que Broc le habló a Bruce.

Meribeth solo pudo balbucear unas cuantas palabras sin sentido antes de que Kam

desapareciese de su vista.

XVI

Un par de días después, Elisa, Duncan McPherson y sus dos hijos volvieron junto a su clan.

Con Broc mejor, sin que temieran por su vida, McPherson había puesto fin a la visita que, con la llegada de Ross, de Crom y Meribeth, se había alargado más de lo previsto.

En esos días que había pasado con ellos, Meribeth fue testigo de la complicidad y el afecto que existía entre los Gordon y los McPherson. Duncan parecía comprender a Bruce de una forma especial.

Las palabras, las miradas, el humor, incluso los silencios…

Duncan parecía uno más de los hermanos Gordon.

La forma en que Elisa juntaba su cabeza con la de Bruce, la manera en la que Bruce la escuchaba, atentamente, y reía con ella ante la mirada distante de Duncan, que sonreía al ver la complicidad entre su esposa y su mejor amigo, la forma en la que los hermanos Gordon adoraban a los bebés gemelos de los McPherson…

Todo ello hablaba de familia… más allá de la sangre.

Así que, cuando Duncan se despidió prometiendo volver, Meribeth supo que no tardaría en hacerlo, disfrutando no obstante de la tregua que le otorgaba su ausencia, aunque esta fuera solo por pocos días, porque McPherson la ponía nerviosa. Su perspicacia, su forma a veces de mirarla como si pensase que le ocultaba algo, como si estuviese esperando lo suficiente para unir todas las piezas… eso la había mantenido en una tensión difícil de alargar. Sin embargo, una parte de ella, por alguna loca razón y en contra de su buen juicio, sintió la partida de los McPherson.

***

Cinco días más tarde, Meribeth se arrepentía sinceramente de haber aceptado la propuesta de Kam Gordon. Y no porque terminase con todas sus extremidades ardiendo como el infierno y con un dolor que la hizo replantearse, en más de una ocasión, permitir al menor de los Gordon que se las cortara para evitar sufrir un instante más. Ni tampoco porque entrenara con Kam al amanecer y después con el resto de los hombres bajo el mando de Jonhson, y al terminar volviera a lamentar que Kam no hubiese acabado con su sufrimiento por la mañana.

No era por ninguna de esas razones, porque a pesar de que su cuerpo acababa con morados, dolores y laceraciones por doquier, Meribeth disfrutaba de una forma algo demencial de ello.

Si se arrepentía era porque en más de un entrenamiento tenía que aguantar la presencia de Broc observándolos. Todavía estaba algo débil después de la fiebre y sus heridas, pero no lo suficiente como para que permaneciera en la cama. Desde el día siguiente a que recuperara la consciencia, las fuerzas del *highlander* iban aumentando a marchas forzadas.

Así que contar con su presencia mientras a ella la machacaban en la lucha no era algo que la embargara de alegría, sobre todo porque verle perjudicaba seriamente su concentración. Y ese día con mayor virulencia cuando vio a Broc y Bruce observarles mientras Johnson enseñaba a los más jóvenes lo suficientemente cerca para que ella viese la sonrisa de Broc cuando uno de los *highlander*, en una serie de movimientos rutinarios, dejó la espada a solo un palmo de su garganta.

Maldijo entre dientes varias veces cuando se lamentó por no estar del todo centrada, pero es que con Broc traspasándola con la mirada era imposible, y más al observar la tenue sonrisa en sus labios cuando Johnson la puso de ejemplo de lo que no había que hacer si querías mantener tu cabeza pegada al tronco. Aquello hizo que la sangre de Meribeth bullera en su interior como si fuese lava hirviendo, y la llevó a actuar sin pensar cuando, al retirarse después del entrenamiento, pasó hecha una furia al lado de Broc y, necesitada de borrar su expresión jocosa, sin que este se lo esperara, lo empujó intentando tirarlo al abrevadero.

La risa de Kam que parecía que iba a partirle en dos retumbó contra las piedras del muro lateral del castillo. Bruce arqueó una ceja con un brillo divertido en los ojos y Broc…, el maldito Broc Gordon que todavía estaba convaleciente fue tan rápido recuperando nuevamente el equilibrio que no lo vio venir, y antes de que Meribeth pudiese correr hacia el interior, se encontró encerrada entre dos brazos fibrosos y fuertes que la estrecharon contra sí, un instante antes de arrojarla de cabeza al abrevadero, del que emergió rápidamente escupiendo agua suficiente como para inundar media Escocia.

—No debes darle jamás la espalda a tu oponente —dijo Broc con cara de suficiencia, y con una sonrisa canalla que Meribeth quiso borrarle al instante. Sin embargo, esa sonrisa, en unos labios tan plenos, sobre todo cuando Broc sacó levemente la lengua y se humedeció el labio inferior, la dejó sin aliento, como si se hubiese olvidado de respirar… ¡porque, por lo más sagrado…!, en ese preciso momento ella quiso lamérselo hasta el día del juicio final.

Y ese pensamiento intrusivo y vívido la hicieron gruñir por lo bajo mientras quería darse cabezazos contra el filo del abrevadero. ¡Por Dios! ¡Se lo había hasta imaginado con exactitud! ¿Desde cuándo tenía ese tipo de ideas? ¿De dónde habían salido?

—O eso, o corres más rápido —comentó Kam que todavía se estaba riendo. A ese paso el menor de los Gordon se iba a ahogar con tanta diversión a su costa, pensó Meribeth que no descartó que esa fuese mala idea.

Broc le tendió la mano para ayudarla a salir y ella de un manotazo se la quitó.

—Puedo yo solo —dijo lo más dignamente posible, empapada hasta los huesos, antes de apoyarse en la madera del cubículo para ponerse en pie y salir de allí lo antes posible.

Lo único que escuchó mientras se alejaba, dejando a su paso el agua que iba escurriéndose de su ropa, fue una nueva carcajada del maldito Kam Gordon.

***

Una semana después… Bruce se marchó al amanecer. Solo.

Eara dijo que iba a tierras de los McGregor.

El rostro de Broc no dio muestra de dudar de tal afirmación.

Pero sus ojos, oh, Dios, sus ojos, solo por un instante, dijeron algo distinto.

***

Pasó un día de tormenta y lluvia.

Meribeth terminó en los establos más tarde de lo normal. La espalda de Henderson se había resentido ese día dejándolo sin apenas poder andar, por lo que Meribeth no le permitió hacer nada durante aquella jornada. Se encargó ella sola del trabajo de los dos y le conminó a que descansara para poder recuperarse lo antes posible. El anciano, aunque reacio, accedió cuando su esposa lo amenazó señalándole con el dedo a la vez que le sugería que, por su bien y el de su matrimonio, hiciese caso a Fie.

Así que al final del día, al volver al castillo y llegar a la habitación que compartía con

Crom, no esperó escuchar la voz de Broc provenir del interior. Amy se quedaba algunas veces junto al niño cuando ella tardaba en llegar, y en días como ese en el que los truenos sonaban como si fuesen a arrasar la tierra, aún más, por eso escuchar al *highlander* la sorprendió.

Meribeth se detuvo justo en el umbral de la puerta, que, entreabierta, dejaba escuchar lo que se hablaba en su interior, y tuvo que sostenerse contra la pared de piedra cuando sus piernas amenazaron con fallarle al oír la voz de Crom. Se llevó una mano a la boca para acallar el jadeo que salió de ella.

No fue consciente de que los ojos se le habían llenado de lágrimas hasta que una cayó sobre la mano que presionaba sus labios y que temblaba ligeramente.

Crom había dicho una palabra.

Ella la había oído. Su voz, esa voz que pensó que no volvería a escuchar. Aniñada, seria, algo aguda y preciosa.

Y rogó en ese instante por que aquello no fuese un sueño.

Y esperó, esperó a volver a escucharla. Agudizó el oído y aguantó la respiración.

—Yo también tenía miedo de pequeño a las tormentas. Eso no te hace menos valiente. Todos tienen miedo a algo, Calan —dijo Broc al niño, bajo, cálido, como si fuese una confidencia—. Mi madre solía contarme una historia sobre las tormentas, lo que pasa cuando lloran las nubes. Eso me reconfortaba, y me hizo perder el miedo a las mismas. ¿Quieres escucharla?

—Sí —dijo Crom con la voz algo ronca.

Y Meribeth sintió que el mundo ya no era un lugar tan cruel y devastador.

Y solo pudo quedarse allí, escuchando el resto de la conversación, dando gracias, como una plegaria, con el corazón en un puño y el pecho lleno de esperanza.

***

Ocurrió varios días después.

Bruce llegó al anochecer.

Su cabello húmedo por cabalgar bajo una lluvia incesante.

Él no se percató de su presencia cuando llevó a su caballo al establo.

No supo que Meribeth había escuchado lo que le había dicho a Eara cuando un instante después la pelirroja, con un paño por encima de su cabeza, entró en el mismo. Como si hubiese estado vigilando su llegada.

—Ningún Ross volverá a hacerle daño jamás —aseveró Bruce Gordon, cuando Eara lo abrazó.

Meribeth sintió que se le erizaba la piel. El tono de su voz…, peligroso y afilado, se escuchó como un puñal preciso al corazón. Y supo con certeza que aquellos que habían intentado matar a Broc Gordon no podrían volver a hacerlo.

Ese día, una parte más de su alma encontró paz. Estaba más cerca del camino a casa.

***

Pasó un día en que llegó de visita Irvin, el primo de Duncan McPherson.

Henderson le pidió a Meribeth que montara a uno de los caballos, para ejercitarlo.

Las manos le temblaron por el miedo que aún le tenía a esos animales, a pesar del tiempo transcurrido, de las enseñanzas de Coby y de su tozudez.

No pudo negarse.

Todo empezó bien, pero cuando pensó que había salvado lo peor, Meribeth no escuchó la

voz de advertencia de los Gordon al espolear el caballo para llevarlo de vuelta al establo. Que el caballo se encabritara y levantara las patas delanteras para después revolverse era algo previsible, pero que Meribeth se soltara, rodara boca abajo encima del animal y acabara sentada de culo nuevamente sobre la grupa del mismo con cara de haber visto la muerte de cerca no se lo esperaba ninguno.

—uffff...ohhhh…ahggg —consiguió articular Irvin McPherson según la veía rodar.

—Dios mío —exclamó Broc con voz ronca y los ojos nublados por la preocupación.

—Eso no lo he visto en mi vida —comentó Bruce Gordon.

—Yo ni siquiera sabía que fuera posible hacerlo —apostilló con asombro Kam.

Meribeth lo vio todo negro cuando cayó finalmente al suelo.

No se desmayó para su eterna vergüenza. Solo se quedó sin aire cuando acabó bocabajo, con la cabeza metida en el barro. Tardó días en sacarse toda la tierra de las orejas, y en andar derecha.

Lo único que recordó fue la expresión de Broc cuando le dio la vuelta y pasó sus manos por su cabeza, por los brazos, el torso y las piernas, comprobando que no se había roto nada.

Meribeth solo atinó a llevarse las manos al pecho de forma instintiva, que, vendado, no creyó que pudiese delatarla si alguien la tocaba, justo como estaba haciendo Broc en ese instante, pero que, por instinto, no pudo evitar proteger. Eso, y escupir barro como si estuviese vomitando la maldita ladera de una montaña, fue lo único que su maltrecho cuerpo le permitió hacer.

La preocupación en los ojos de Broc, y su mandíbula apretada, como si dudase entre abrazarlo o zarandearlo por haberse casi matado, hizo que un montón de bichos con alas revoloteasen por su estómago.

Los Gordon y especialmente Broc, sin lugar a dudas, iban a acabar con ella.

***

Ocurrió con la llegada del invierno.

Uno de los hombres más ancianos del clan apareció muerto una mañana cerca del lago.

Parecía un accidente.

Dijeron que posiblemente fuese un accidente.

Pero la expresión de Bruce durante días hizo que a Meribeth se le encogiesen las entrañas.

***

Unos días más tarde, al atardecer, Meribeth acababa de terminar de recoger el establo, y de ocuparse de los caballos, cuando al salir para dirigirse hacia el castillo, se topó de frente con Broc Gordon que, apoyado en una de las vigas de madera que sujetaban la estructura, parecía esperar a alguien.

Sí, y ese alguien resultó ser ella.

Así se lo hizo saber su mirada que bien podría atravesar el infierno y salir indemne. Meribeth tragó saliva.

—Lo has hecho bien en el entrenamiento de hoy con Johnson.

—Gra… gracias —logró contestar Meribeth totalmente descolocada. No recordaba haberle visto estar presente en el mismo.

La tenue sonrisa que se dibujó en los labios de Broc, distinta a la desenfadada y transparente de Kam, y a la oscura e irónica de Bruce, le erizó los pelos de la nuca.

Esa sonrisa que siempre decía «te conozco, sé lo que piensas y no puedes esconderte de

mí» era tan sólida que la tenía en constante tensión. Ese hombre parecía un oráculo. Un maldito adivino, y Meribeth consiguió mantenerle la mirada mientras maldecía por dentro intentando no hacer o decir nada que pudiese revelar alguna de sus emociones.

—A partir de mañana entrenarás conmigo al amanecer en vez de con Kam.

«Bommm». Meribeth se tocó en mitad del pecho, solo para cerciorarse que no la había atravesado un hacha, un cuchillo o cualquier arma que hiciera estragos en su interior.

El brillo divertido en los ojos de Broc al ver la mueca de horror en la cara de Meribeth no tuvo desperdicio, y ella apretó un puño con tanta fuerza que por un momento temió que le estallaran los nudillos. ¿Por qué siempre hacía o decía algo que no esperaba?

—¿Estás recuperado lo suficiente como para…?

—Tranquilo, Fie. No pienso matarte —contestó Broc antes de que Meribeth pudiese terminar la pregunta.

Meribeth no alcanzó ni a balbucear, antes de que Broc abandonara la postura relajada y echara a andar hacia el castillo.

Si alguna vez pensó que Kam era duro, implacable y concienzudo a la hora de enseñarla, si en algún momento pensó que Jonhson había hecho de su vida un infierno, es que era una maldita ingenua y una auténtica imbécil, porque Broc llevó el entrenamiento, la exigencia y la disciplina a un nivel superior, que provocó que Meribeth pensase seriamente en subirse a lo más alto del castillo y saltar al vacío a ver si rebotaba contra el suelo y volvía a caer solo para morir nuevamente en un sinfín de agonía. Eso, eso habría sido mil veces mejor que la realidad.

***

La noche siguiente, tras la cena.

Meribeth estaba sentada cerca del hogar, donde las llamas mantenían el frío a raya.

Crom se había sentado encima de ella, y se había dormido con la cabeza apoyada en su hombro.

Ya nadie se sorprendía cuando Crom decía algún monosílabo.

Solo eran palabras sueltas. Ninguna frase había salido todavía de su boca, pero no importaba. La alegría, la sonrisa que se formaba en los rostros de aquellos que le escuchaban hablar, era visible, y Meribeth no podía estar más agradecida a los Gordon, y sobre todo a Broc por haber conseguido aquella hazaña. Estaba convencida de que había sido el mediano de los Gordon junto a las mujeres y los hombres que formaban aquel clan los que en su día a día habían hecho posible que Crom se sintiese tan seguro como para poder volver a hablar.

Broc…, pensar en él hacía que sus mejillas se ruborizaran, maldita sea. ¿Cuándo había sido ella así? Le estaba resultando muy difícil mantenerse alejada de él cuando lo que quería era hacer completamente lo opuesto.

—Está profundamente dormido —dijo el *highlander* que, hasta solo un instante, ocupaba los pensamientos de Meribeth.

¿De dónde había salido? Ni siquiera le había escuchado acercarse hasta ella.

Meribeth miró rápidamente hacia arriba para toparse con esos ojos verdes que la dejaban sin aliento, y Broc se sentó cerca de ellos, centrando sus ojos en ella antes de mirar el hogar.

Meribeth se permitió por unos segundos observar a Broc de reojo. Ya solo quedaban pequeños vestigios en su rostro, más delgado, de los días en los que todos temieron por su vida. Sí, tenía las facciones más afiladas, y su cuerpo fibroso todavía tenía que recuperar algo de peso que los días de convalecencia se habían cobrado, y sin embargo nada de eso le restaba un ápice de su atractivo. Su recuperación era un hecho y, si no, que se lo preguntaran a ella. Los

entrenamientos al amanecer eran demoledores.

—Sí…, no ha parado de jugar con los nietos de Henderson. Esta tarde lo he pillado con el resto rodando por la ladera de la montaña, muerto de risa. He tenido que lavarlo dos veces, pero ha merecido la pena por escuchar ese sonido de nuevo. Creía que jamás volvería a oírlo —confesó Meribeth, mordiéndose ligeramente el labio inferior cuando se dio cuenta de que había hablado sin ni siquiera pensar, sin filtrar sus reacciones o sus palabras. Y eso, en las últimas semanas, le pasaba con demasiada frecuencia cuando estaba con Broc.

No sabía qué le estaba haciendo el *highlander*, pero era innegable que lo que sentía estando a su lado no lo había sentido jamás con nadie. Y no solo era lo que le hacía a su corazón, o las sensaciones que despertaba en su cuerpo. Era mucho más. Confiaba en él, de una manera que no podía explicar…, casi ciegamente. ¿Cómo podía, después de lo que habían pasado Crom y ella? Era inexplicable.

Meribeth sintió la mirada de Broc sobre ella. Esos ojos…, de verdad que esos ojos la mataban.

A veces parecían arañar su alma.

—Ya no le da miedo perderte de vista —dijo Broc a media voz, para que Crom no se despertase—. Ni que se le acerquen otras personas —continuó mirándola fijamente—. Es más fuerte de lo que piensas, Fie.

Meribeth tragó con fuerza el nudo que se le había formado en la garganta.

—Lo sé.

—Y se preocupa mucho por ti —afirmó el *highlander*.

—Es muy protector —contestó Meribeth con una sonrisa de medio lado—. Es demasiado pequeño para llevar las cargas que se impone.

—Es igual que su hermano —respondió Broc, y en su mirada se podía ver su aseveración.

Meribeth lo miró fijamente, sorprendida y conmovida porque él se hubiese dado cuenta de aquello.

—Pero yo ya no soy un niño.

Y la mirada de Broc se oscureció, volviéndose más intensa.

—Eso no significa que la carga que has puesto sobre tus hombros no sea excesiva. No deberías llevarla solo —contestó Broc despacio, como si pretendiese que de esa forma las palabras calasen más hondo en Meribeth. Lo que él no sabía es que ni siquiera tenía que esforzarse para lograrlo. Ya de por sí, su mirada, su personalidad, su ímpetu y, ya puestos, todo él, de forma natural, ejercían un poder sobre ella que, estaba segura, sería su perdición.

—Solo estoy de paso, Broc. No puedo, no tengo derecho a…

—Puedes —cortó Broc de forma contundente—. Y tienes todo el derecho. No estás tomando nada que no te sea ofrecido voluntariamente. Todos están locos por Calan. Todos te aprecian. Déjanos… déjame ayudarte.

Meribeth desvió la mirada. No quería que él viera que esas palabras habían hecho que sus ojos se empañaran con un brillo extraño.

—Lo intento, pero no es fácil.

—Fie, mírame —pidió Broc, y Meribeth escuchó en su voz un tono más cálido, el mismo que a veces tenía cuando le oía conversar con Crom, el mismo que se utilizaba para hablar con un hermano pequeño o un hijo. Dios, cómo le gustaría que Broc la viera a ella, a quien era de verdad y no al chico de quince años que era como un grano en el culo, orgulloso y testarudo. «Aunque, a decir verdad, salvo por lo del chico de quince años, el resto se ajustaba muy bien a

ella», pensó Meribeth poniendo los ojos en blanco cuando el pensamiento se hizo hueco en su cabeza en el momento menos adecuado.

—Sé que no es sencillo, pero intentarlo es un buen comienzo —continuó Broc mirándola, dejando que ella viera en sus felinos orbes verdes que la entendía, más allá de las palabras. Y Meribeth asintió levemente, rebajando el abrazo hacia el niño y dejando que Broc lo cogiera en sus brazos para llevarlo a la cama. El pecho se le apretó en un puño cuando lo vio tomar con sumo cuidado a Crom, cuando colocó la cabeza del pequeño sobre su hombro y le tapó con el paño grande que le tendió Meribeth para que no cogiese frío.

Broc Gordon era un hombre enigmático. Cada día la sorprendía con una arista nueva.

Era un *highlander*, un luchador, un sobreviviente, un hombre astuto y valiente, que vivía y actuaba bajo sus propias reglas y que, según sus propias palabras, prefería morir con una sonrisa en los labios que vivir con el alma partida en dos.

Y ella estaba dispuesta a hacer lo que fuese necesario para que su alma permaneciera siempre intacta, aunque tuviese que visitar el infierno para conseguirlo.

***

Pasó tras una cena.

—Deberías descansar un rato —dijo Elsbeth a Eara Gordon mientras esta tomaba asiento cerca del hogar.

Meribeth llevaba sentada allí un rato, como solía hacer casi todas las noches para ver jugar a Crom hasta que este caía agotado.

—Estoy bien; de hecho, me siento mejor que nunca —contestó la pelirroja, cuya mirada se dulcificó cuando sus ojos recorrieron el salón y se posaron sobre Bruce.

—Que estés bien no significa que tengas que matarte a hacer cosas. Por Dios, Eara, no paras quieta en todo el día. Como el bebé sea igual, no creo que puedas volver a dormir jamás —contestó Elsbeth sentándose junto a ella y cerca de Fie, que intentó alejarse un poco para darles más privacidad. No llegó muy lejos, ya que la mano de Eara sobre su brazo la detuvo.

—¿A dónde vas, Fie? ¿No quieres hablar con nosotras? —preguntó la pelirroja, y el brillo divertido que vio en sus ojos la hizo sonreír.

—Déjalo tranquilo. Lo que menos le apetece será escucharte —dijo Elsbeth, guiñándole un ojo a Meribeth cuando Eara volvió rápidamente el rostro hacia la rubia con cara de querer asesinarla lentamente.

—Elsbeth Gordon, agotas mi paciencia… —dijo Eara señalándola con un dedo.

Elsbeth sonrió abiertamente.

—Dulces palabras para mis oídos…

—De entre todas las mujeres de las Highlands… —empezó Eara

—Kam tuvo la suerte de encontrarme a mí. Lo sé —contestó Elsbeth sin poder contener una carcajada cuando Eara puso cara de asco, fingiendo contener una arcada—. Fie, no le hagas caso. Yo la aguanto porque no tengo más remedio —continuó Elsbeth entre risas—. Eara tiene un carácter de mil demonios y te ensarta con una flecha cuando menos te lo esperas. No puedes llevarle la contraria, o si no, te muerde —se jactó la rubia ante la mirada fulminante de la pelirroja que, aunque sus ojos parecían querer darle muerte a Elsbeth lentamente, su rostro se esforzaba por mantener la compostura y no echarse a reír también.

Meribeth esbozó una sonrisa de medio lado. No pudo evitarla.

La confianza y el cariño que veía en cada una de sus interacciones era más que evidente, y sintió una punzada de añoranza.

Había echado de menos a su madre desde que la perdió a los ocho años. Esa había sido una constante en su vida, y siempre lo sería, pero el tiempo menguó ese dolor sordo haciéndolo llevadero. Sin embargo, la falta de Sunna todavía era un trago amargo. La esposa de Coby y la mejor amiga de su madre no solo había sido una segunda madre para ella, sino también una confidente y una amiga. Al ver así a Eara y Elsbeth Gordon algo se apretó en su pecho, un nudo pesado. Le hacía recordar a Sunna y lo que significaba para ella.

Carraspeando para alejar la humedad que sentía en sus ojos, se puso de pie y, ampliando aún más la sonrisa, una destinada a disimular su estado de ánimo, se dirigió a ambas mujeres.

—Es demasiado tarde para que Calan siga jugando. Voy a llevármelo —dijo moviéndose rápido para que la pelirroja no pudiera darle alcance una vez más, aunque la mirada de Elsbeth divertida y la ceja alzada de Eara decían a las claras que no se habían tragado su excusa ni por un instante.

Despidiéndose con la mano se dio la vuelta lo más rápido posible, antes de que le hiciesen confesar, y aunque la distancia se iba incrementando, eso no evitó que Meribeth escuchase las palabras de Eara, y que su sonrisa, esta vez, se dibujase de forma genuina.

—Muchacho inteligente.

***

Ocurrió un día en que Meribeth salía de su estancia.

Caminaba con paso firme y rápido.

Después de levantar a Crom, llevaba al niño con Amy, para que comiese algo antes de dirigirse al establo y realizar su trabajo.

Sin embargo, las voces que llegaron del salón los detuvieron a ambos, que sin darse apenas cuenta, terminaron por acercarse hasta él para ver qué era lo que ocurría.

—No estás contento de verme. Créeme, menos lo estoy yo de estar junto a un demonio del infierno como tú, pero alguien debe velar por las pobres almas de este clan que tienen la desgracia de estar bajo tu protección.

La voz grave, casi atronadora, de la persona que estaba hablando, como si saliese de una caverna, iba acorde con el hombre alto que estaba parado en mitad de la sala. A pesar de sus prendas que claramente pertenecían a un sacerdote, nada en su pose, en su lenguaje ni en su cuerpo, más parecido al de un *highlander* que a un siervo de Dios, indicaban que ese hombre podía ser, como él mismo había confirmado, quien cuidase de las almas del clan.

—Veo que hay invitados o, ¿son rehenes? —preguntó el sacerdote, mirando a Broc que estaba junto a Kam y Elsbeth Comyn, para después dirigir su vista hacia ella y Crom.

—Padre, este es nuestro hermano Broc —dijo Kam con su jovial carácter—, y los que acaban de entrar son Fie y su hermano Calan. Van a quedarse con nosotros por un tiempo.

Bruce, que estaba más cerca del sacerdote, a unos pasos del resto, tenía una postura relajada, apoyado despreocupadamente en una de las mesas del gran salón. Sin embargo, sus ojos, clavados en aquel desconocido, no eran indiferentes. El sacerdote no parecía darse cuenta del peligro que estaba corriendo en ese preciso instante, pensó Meribeth, antes de que las siguientes palabras del mismo la hiciesen arquear una ceja.

—¿Ya torturamos a niños? —le preguntó el cura ladeando un poco la cabeza para intentar ver claramente a Crom, que al escuchar el tono de voz del sacerdote se escondió parcialmente detrás de Meribeth—. Soy el padre David y me encargo del rebaño de la alimaña solitaria —continuó el hombre grande y rudo esta vez dirigiendo su mirada hacia ellos, y Meribeth contuvo el aliento. ¿Qué acababa de llamar a Bruce Gordon? Ese hombre o estaba loco o claramente no

quería seguir viviendo.

Los ojos de Meribeth se desviaron solo un instante hacia Broc cuando este inclinó ligeramente la cabeza para escuchar algo que Kam le estaba diciendo. A tenor de la sonrisa del menor de los Gordon y el brillo divertido en sus ojos, y la tranquilidad del resto de los presentes, quizás aquella escena era más habitual de lo que había pensado. Sin embargo, la sonrisa peligrosa que esbozó Bruce de pronto no hizo nada por tranquilizar a Meribeth que sintió cómo la tensión se adueñaba de ella poniéndola en alerta. Si iba a correr la sangre en mitad de aquella estancia, mejor sacar antes a Crom de allí.

—La alimaña peligrosa quizás decida que es hora de que partas a reunirte con el Creador —dijo Bruce mirando fijamente al sacerdote. Este le devolvió la mirada frunciendo el ceño.

—¿Sin nada que dé alivio a mi estómago? Muchacho, eso no es cristiano —contestó el padre David cruzando sus fuertes brazos sobre el pecho—. Además, acabo de llegar. Desde que el padre George tuvo a bien que me ocupara de otros clanes, mis estancias aquí no pueden ser extensas, lo que hace que me preocupe aún más por el camino que están siguiendo vuestras almas. Más que nunca, temo por este clan, y es mi deber cerciorarme de que vuestro camino es el correcto bajo los designios del Señor —continuó el sacerdote desviando los ojos hacia Broc—. Muchacho, ¿he escuchado bien? ¿Seguro que eres su hermano? —preguntó señalando a Bruce y a Kam—. Créeme, tú no quieres pertenecer a este clan y menos proclamar que llevas la misma sangre que estos dos. Todavía estás a tiempo de marcharte y así salvar tu alma.

—Es tarde para eso, padre. Ya estoy condenado —respondió Broc desafiando con sus ojos los del sacerdote que achicó los suyos antes de soltar un bufido despectivo.

—Mis condolencias —afirmó finalmente el padre David antes de fijar sus ojos de nuevo en Meribeth y Crom.

—¿Y vosotros?

—Nosotros solo estamos de paso. Quizás haya esperanza aún —soltó Meribeth, y el padre David liberó una carcajada que retumbó en las paredes de piedra del viejo castillo.

—¿Y tú eres? —preguntó el sacerdote.

—Fie —contestó Meribeth.

—¿Solo Fie, muchacho? —preguntó el hombre con una ceja alzada.

—¿Solo David, padre? —devolvió Meribeth con su verborrea rápida y sin filtro.

El sacerdote esbozó una sonrisa ladeada.

—Ehh…, lengua afilada, un poco de respeto hacia un hombre de Dios. Tú también estás condenado. La esperanza acaba de morir. Solo nos queda el chico. ¿Cómo te llamas? —preguntó el padre David mirando a Crom que poco a poco había dejado de estar tras Meribeth para ponerse a su lado, a la vista de los presentes.

—Mi hermano…

—Usted no parece un sacerdote —espetó Crom, claro, fuerte, y maravillosamente audible.

Meribeth tembló por dentro, intentando que nada delatara lo que le había provocado el escuchar hablar a Crom nuevamente, más allá de monosílabos.

Miró a Broc rápidamente, para ver que los ojos del *highlander* ya estaban fijos en ella. Los grandes orbes de Broc estaban llenos de orgullo y de una alegría que era la misma que corría en ese instante por sus venas. La mirada del resto de los presentes destilaba igual sentimiento.

—Y tú pareces un niño demasiado inteligente —dijo el padre David.

—Lo es —señaló Elsbeth que hasta ese momento se había mantenido al margen—. Mucho más que cierto sacerdote que dice velar por las almas de este clan, pero cuya indulgencia

pasa primero por los guisos de Nighinn.

Los ojos del sacerdote relucieron con un brillo desafiante pero divertido al posarlos sobre Elsbeth. La mirada de la rubia no tenía desperdicio alguno. Era como si un duelo verbal estuviese dando lugar en mitad de aquel salón y los movimientos ya hubiesen empezado sin que nadie se diese cuenta.

—Muchacha, tú y Eara sois la salvación de este clan.

—Lo sé, padre. Lo sé —afirmó Elsbeth provocando la ronca y fuerte carcajada del sacerdote.

El padre David se quedó entre ellos tres días más. Ninguno de los cuales tuvo desperdicio alguno.

XVII

Hacía frío y el cielo se veía gris, de ese tono que presagiaba lluvia o quizás los primeros copos de nieve.

Crom y los nietos de Henderson estaban jugando cerca de la orilla del lago. Taffy, el hijo de Ailsa, la cuñada de Nighinn, los vigilaba, mientras Meribeth los observaba desde una distancia prudencial. Ese día había acabado pronto con los establos, y antes de volver al castillo quiso ver a Crom y contemplar cómo jugaba, escucharlo reír, pero sin inmiscuirse. Broc tenía razón. Sin darse cuenta, el crío había dejado de tener miedo a perderla de vista y Meribeth quería que eso siguiese siendo así. Que se sintiese tan seguro y relajado como para no tener que buscarla a cada instante. Y si era sincera consigo misma, mantener las distancias le estaba siendo más difícil a ella que al niño, de eso estaba segura. Más de una vez, cuando no lo veía y barría los alrededores con la mirada, buscándolo, sentía que no podía respirar hasta que lo encontraba. Cuando en esos casos sus ojos se habían cruzado con el de alguno de los miembros de la familia Gordon, estos habían sabido leer el miedo en ellos, así de débil había sido su capacidad para camuflar el temor a que algo le pasase a Crom. Meribeth se había dado cuenta de ello por la forma en la que todos los Gordon, siempre de una forma sutil, le informaban de dónde y cómo se encontraba Crom. Decir que eso hacía que se resquebrajara aún más el muro que había levantado y que estaba ya prácticamente hecho añicos a sus pies era quedarse corta.

Meribeth dejó a un lado sus pensamientos, cuando escuchó a Taffy llamar a los niños.

Esperó a que se alejaran de vuelta al castillo para seguir sus pasos; sin embargo, varias figuras a caballo llamaron su atención. Achicó un poco la vista para intentar, aún en la distancia, distinguirlos. Llevaban el *feileadh more* de los Gordon y, al acercarse un poco más, Meribeth reconoció a Kam junto a uno de los *highlanders* de más confianza de Jonhson. No le hubiese parecido extraño si no fuese porque solo un instante después ambos tomaron caminos distintos. El *highlander* cuyo nombre no recordaba tomó rumbo al castillo, mientras que Kam se acercó al lago, desmontando de forma apresurada a cierta distancia de donde se encontraba Meribeth. Algo en la forma de andar del menor de los Gordon, en la manera casi abrupta en la que se agachó y se llevó una mano al pecho, la inquietó.

—¿Dando un paseo? Debe ser que el entrenamiento de Jonhson no ha sido del todo efectivo si aún te quedan ganas de hacer más ejercicio.

Meribeth, concentrada en la figura que veía a lo lejos, no se había percatado de la llegada de Broc.

—¿Te he asustado? —preguntó el *highlander* cuando la vio dar un salto y soltar un grito más agudo de lo normal.

Meribeth carraspeó enseguida con la finalidad de que Broc olvidase ese gritito lo antes posible. Sus ojos fijos en ella, con un brillo divertido en su mirada, le dijeron que había fallado estrepitosamente en ello.

Sin embargo, antes de contestarle volvió sus ojos hacia el hombre que había estado observando antes de que Broc llegara.

Broc siguió su mirada y Meribeth supo el momento exacto en el que el *highlander* vio a Kam. La tensión que emanó del cuerpo de Broc Gordon antes de que este empezase a correr fue más que evidente.

Meribeth siguió a Broc sin pensar, acompañada de una sensación gris que, desde la noche

en que perdió a toda su familia, se instalaba de vez en cuando en ella, como un mal presentimiento.

Cuando llegaron hasta donde se encontraba el menor de los Gordon, Broc se arrodilló frente a su hermano que, sentado en el suelo, con los ojos cerrados, parecía luchar por tomar una bocanada más de aire. Su tez estaba pálida, sus labios apenas tenían color. Una de sus manos estaba posada sobre el centro de su pecho y la otra, que parecía estar a punto de ceder, se apoyaba sobre la tierra, para evitar no caer hacia un lado en el suelo.

—Kam…, ¿estás herido? ¿Qué te pasa? —preguntó Broc con urgencia, mientras sostenía la cara de su hermano entre las manos.

El tono de voz había sido templado, pero a Meribeth no le pasó desapercibida la preocupación extrema en los ojos de Broc, mientras intentaba averiguar qué le ocurría a Kam.

—Fie, busca ayuda —pidió Broc con premura.

Los dedos del menor de los Gordon, que solo un instante antes estaban posados sobre su pecho, se cerraron sobre la muñeca de Broc, apretando ligeramente, mientras abría los ojos, esos pozos azules sin fondo, y se anclaban en los de Broc. La leve negación que hizo con la cabeza, unida al ruego de su mirada, mientras intentaba inspirar aire, hicieron que Broc detuviese a Meribeth antes de que ella se pusiese en pie.

—Rompe mi camisa y empapa el paño con agua fría, corre —exigió el *highlander* que se movió hasta quedar al costado de Kam para apoyarlo contra él. Kam cayó sobre el pecho de Broc apoyando la mejilla sobre el torso de su hermano. La mano de Kam, que seguía sin soltar la muñeca de Broc, tenía los nudillos blancos.

—Tranquilo, respira, así, despacio… puedes hacerlo —decía Broc lentamente sujetándolo fuerte contra él.

Meribeth rompió un trozo de su propia camisa y se acercó al lago. Empapó el paño, lo estrujó y volvió deprisa.

Jamás pensó que la imagen frente a sí la impresionaría tanto.

La voz de Broc, cálida, calmada, casi susurrante, dirigida a Kam no tenía nada que ver con la expresión de su rostro. La tensión en sus facciones, la angustia en sus ojos, el rictus de sus labios… hablaban por sí solos. Y Meribeth sintió una punzada en mitad del pecho. Distinta, esclarecedora y mortal. Porque en ese instante, en ese maldito momento, en medio de una situación de tensión, en donde no tenía sentido tener esa revelación, se dio cuenta de que lo que sentía por Broc Gordon era más que un simple enamoramiento. Era amor, de ese que se metía bajo la piel y que el tiempo no olvida, sino que lo hace más fuerte, de ese que sustenta la esperanza y puede romperte el corazón en mil pedazos. Ese pensamiento la paralizó, hasta que el sonido de Kam por tomar aire la devolvió de inmediato a la realidad.

Enseguida retomó el paso, apresurándose, acortando la distancia hasta llegar de nuevo a donde se encontraban ellos, dejando a un lado sus emociones. Le tendió el paño húmedo a Broc, y este se lo pasó por la cara y la nuca a Kam. El cuidado que puso en cada una de esas acciones, la extrema concentración de todos sus sentidos en observar cada pequeño gesto de Kam, su respiración, en cómo estaba, hizo que Meribeth sintiese orgullo, uno que no le correspondía. El mediano de los Gordon exudaba tanta autenticidad que era imposible no quedar atrapada por él. Ahora podía asegurar que había estado condenada desde el primer día en que lo vio. Nada hubiese podido evitar que su corazón fuese completamente suyo.

Broc no dejó en ningún momento de sostener a Kam, de hablarle, de vigilar que su respiración no empeorara aún más. En ningún momento lo soltó y solo aflojó su agarre cuando Kam dejó de sostener su muñeca con fuerza, cuando su respiración se hizo menos superficial y

sonora y cuando el aire pareció abrirse paso a través de su garganta y pecho.

La tensión en el cuerpo de Kam fue desapareciendo poco a poco, hasta que pudo separarse ligeramente de Broc para mirarlo, aunque al hablar todavía pareciera faltarle el aliento.

—Estoy bien, ahora estoy bien —dijo Kam, y su tono de voz fue más apagado de lo normal, lejos de la jovialidad y la alegría que lo impregnaban habitualmente. Sin embargo, sus ojos, esos que ahora miraban fijamente a Broc, contenían la fuerza de siempre y una determinación capaz de robar el aliento. Y también calidez, una que empañaba sus orbes con mayor magnitud.

—Gracias —continuó Kam mirando a Broc, y después posando sus ojos en Meribeth.

—¿Qué es lo que te ha pasado? —preguntó Broc, y Kam volvió a posar su mirada sobre su hermano antes de contestar.

—Asma.

Esa simple palabra, salida de los labios de Kam, los silenció a los tres por unos instantes.

—¿Desde cuándo? —preguntó Broc.

—¿Qué es el asma? ¿Estás enfermo? —preguntó Meribeth.

Kam sonrió levemente ante el aluvión de preguntas.

—¿Puedes dejar de fruncir el ceño? No me estoy muriendo —dijo Kam a Broc, y aunque la sonrisa se le había desdibujado ya de los labios, parte de la fuerza y alegría que emanaba siempre del menor de los Gordon estaba presente de nuevo en su tono de voz.

Sin embargo, la expresión de Broc, lejos de relajarse, se endureció, y su mirada se oscureció levemente, aunque permaneció en silencio cuando Kam desvió su mirada hasta Meribeth para contestar a su pregunta.

—El asma provoca que no pueda respirar. Es como si la garganta y el pecho se cerraran y no dejasen entrar ni un ápice de aire. Me duele el pecho y la sensación es como si me asfixiaran —dijo Kam lentamente—. Me ocurre desde que era un niño, y no siempre es igual de intenso —continuó desviando sus ojos hacia Broc—. Desde que Elisa me prepara unas hierbas, los ataques se han espaciado y no son tan fuertes.

—¿Eso no ha sido fuerte? —preguntó Broc, y su mirada acerada se clavó en Kam con fuerza.

Kam inspiró con mayor intensidad. La palidez de su rostro y sus labios exentos de color fueron recobrando vida poco a poco.

—Sí, lo ha sido, pero hacía mucho que no me pasaba —explicó, y su voz sonó más fuerte y su respiración más calmada y regular—. Es algo con lo que tengo que vivir. No va a desaparecer, pero ahora los ataques normalmente son más leves y espaciados —continuó Kam—. Créeme, era mucho peor de niño, y las dos veces que estuve a punto de morir por falta de aire, ni siquiera fue por el asma —dijo Kam con una sonrisa que, sin embargo, no llegó a sus ojos—. No tengo pensamiento de morir pronto. No te vas a quedar sin hermano tan fácilmente.

La mirada de Broc se oscureció aún más.

No respondió a la sonrisa de Kam, y Meribeth intuyó la razón. No tuvo que esperar mucho para que sus sospechas se viesen confirmadas.

—Háblame de las dos veces que estuviste a punto de morir ahogado —exigió lentamente como si esas palabras le estuviesen quemando el paladar.

Meribeth también había tenido un mal presentimiento cuando escuchó decir esa misma frase a Kam. Sus ojos habían adquirido un tinte peligroso y su voz se había teñido de la más fina ironía.

—Fue en un río. Duncan McPherson me sacó. Era todavía un crío —explicó antes de

hacer el gesto de levantarse. La mano de Broc sobre su brazo, deteniéndolo, impidió que Kam siguiese con dicha intención.

—Has dicho dos veces. ¿Cuál fue la otra?

¿Podía la mirada de Broc volverse aún más peligrosa?

Por la forma en que no desviaba sus ojos de Kam, la respuesta era sí.

Meribeth tragó saliva.

—Ni siquiera me acuerdo —contestó Kam, y sus ojos azules, del color del océano embravecido, se mantuvieron tan templados, tan transparentes, tan honestos, que, a pesar del escrutinio de Broc, no vacilaron en ningún momento.

Un trueno cerca de ellos fue el único aviso que tuvieron antes de que la lluvia empezase a caer sobre ellos como si se tratase de un diluvio.

Broc se levantó y tendió la mano a Kam que, tomándola, cogió impulso para incorporarse.

No hubo más palabras, solo una mirada significativa entre ambos, antes de salir corriendo todos hacia el castillo.

Meribeth sabía, al igual que Broc, que había veces que las cosas que se callaban eran mucho más importantes que aquellas que se decían.

***

Calan se había dormido y Broc esa noche, como otras tantas antes, lo tomó en brazos para llevarlo hasta la habitación y acostarlo.

Meribeth lo arropó bien cuando Broc terminó de acomodarlo.

—¿Has comido algo desde esta mañana? —le preguntó el *highlander*.

—Estoy bien —contestó Meribeth intentando que no le afectara la mirada penetrante de Broc.

—No te he preguntado si estás bien.

Meribeth endureció sus facciones y frunció el ceño.

El brillo divertido que cruzó los ojos de Broc la hizo apretar la mandíbula. Últimamente estaba pensando seriamente que el pasatiempo favorito del mediano de los Gordon era sacarla de quicio. No podía evitar que el hecho de que se preocupase por ella la pusiese nerviosa y removiese su interior como si se tratase de una tormenta capaz de arrasarlo todo.

—Te he visto esta mañana echar una mano a Errol para reparar el muro de su casa. Luego has ayudado a varios de los hombres a cavar una zanja. Más tarde, has estado en el entrenamiento con Jonhson y, desde esta tarde hasta ahora, te has encargado de los establos. No has comido en todo el día. Si te enfermas, no serás de ayuda a Calan ni a nadie.

—¿Me estás vigilando? —preguntó Meribeth con el ceño aún más fruncido.

La sonrisa de Broc, una que fue lenta y se reflejó en sus grandes orbes verdes, le puso los pelos de punta.

—Al igual que tú necesitas saber dónde está Calan a cada instante, a él le pasa igual. Hoy estaba más inquieto de lo normal. No estoy yo solo pendiente de ti, Fie, realmente todo el clan lo está para poder informar al chico. Nighinn quería buscarte y meterte el guiso por la garganta cuando esta noche no te ha visto en el salón para cenar. Henderson la ha detenido y Amy le ha prometido que te haría tomar algún alimento de los que ha dejado preparados.

Meribeth se mordió el labio y maldijo por lo bajo.

—¿Qué has dicho? —preguntó Broc, y el punto canalla que vio en sus ojos le dejó claro que el *highlander* la había escuchado maldecir a la perfección.

Decir que estaba azorada, conmovida incluso, por cómo todos los miembros del clan

Gordon se habían volcado con ellos era quedarse corta. La preocupación y el interés del clan era genuino sin ser jamás intrusivo o asfixiante. De hecho, si no se lo hubiese dicho Broc, jamás se habría dado cuenta de cómo todos se implicaban para cuidar también de ella. Lo había visto con Crom. Había que estar ciego para no percatarse del carácter protector, amable y afectuoso con el que habían arropado al niño, creando un nido en el que él se sintiese seguro y querido. No era de extrañar que debido a ello Crom hubiese ido sanando poco a poco, hasta volver a hablar. Observaba el cambio, los pasos de gigante que el niño daba cada día, en sus ojos, en su mirada que estaba dejando de estar velada por un vacío que solo desaparecía cuando era desplazado por el dolor o la extrema tristeza.

Pero que se preocupasen de ella, eso no lo había esperado.

No lo necesitaba…, o eso se llevaba diciendo a sí misma mucho tiempo.

Incluso con los Colquhoun a los que consideraba su familia, había sentido la necesidad de hacerles saber que podía valerse por sí misma, y se había empeñado desde niña, con ahínco en demostrárselo a todos. Quizás el hecho de que el resto del clan jamás la dejaran olvidar su origen, con miradas diferenciadoras, a veces despectivas y con murmullos mal intencionados, de los que nunca habló a Coby ni a Sunna, fue decisivo a la hora de sentir que tenía que ser más independiente, fuerte y hábil que los demás. Y Coby supo ver eso a la perfección. La comprendió, y tomó su educación como un reto personal, sin hacer distinción entre su hijo Ronald y ella. La entrenó incluso más duro, en todos los aspectos, a pesar de que varios de los ancianos, e incluso hombres de confianza de su círculo más cercano, le indicasen que no estaban de acuerdo con ello, y del recelo que provocaba entre los más jóvenes la deferencia con la que el *laird* del clan trataba a una bastarda. Esa palabra jamás la dijeron frente a él. El jefe del clan Colquhoun no lo hubiese permitido jamás, pero había veces que las palabras no eran necesarias.

Sin embargo, nunca en su vida junto a los Colquhoun había sentido el calor que proporcionaba hallarse arropada por todo un clan.

Y jamás había conocido a uno como el clan Gordon.

¿Cambiarían su trato hacia ella si supiesen quién era realmente?

Y el «no», que se le antojaba imposible, fue adquiriendo fuerza a medida que pasaba más tiempo entre ellos.

Meribeth volvió a la conversación con Broc sacudiéndose esos pensamientos que le hacían un flaco favor y que carecían de importancia, porque estaba claro que no podría quedarse allí el tiempo suficiente como para descubrirlo.

—No tengo…

—Si vas a decir que no tienes hambre, estás eligiendo las palabras equivocadas.

Meribeth hizo una mueca de desagrado y después se mordió el labio para no decir lo que realmente pensaba.

—¿Vas a hacer que te lleve a rastras? —preguntó Broc haciendo un gesto con la cabeza señalando la salida del cuarto.

Meribeth exhaló el aire que había inspirado con más fuerza de la normal, y miró con cara de pocos amigos a Broc.

—De acuerdo. Iré ahora en un momento.

El rostro del *highlander* reveló una mueca burlona.

—No sé quién es más crío. Si Calan o tú.

—¿No crees en mi palabra? —preguntó Meribeth haciéndose la ofendida.

—Ni una pizca —señaló Broc mirándola fijamente—. Tu boca dice una cosa y la expresión de tu cara, otra.

—Solo se me ve media cara, es imposible que veas tantas cosas —espetó Meribeth a la defensiva.

—Suficiente para mí —dijo Broc, y Meribeth tuvo que morderse la lengua. La seguridad que desprendía Broc Gordon en todo lo que hacía, en cada una de sus palabras, provocaba que fuese difícil rebatirle cualquier cosa—. Y ya que has hablado de ello, ¿cuándo vamos a poder ver la otra mitad de tu rostro?

—¿Por qué? ¿También me vas a obligar?

—¿Quieres que lo haga?

—¿Qué pregunta es esa? —dijo Meribeth arrugando la frente y haciendo un mohín con los labios.

La sonrisa de Broc se ensanchó, de medio lado, acercándose más a ella. Su mirada la atravesó y Meribeth tragó saliva, mordiéndose el labio y conteniendo el aliento porque sus ojos parecían diferentes esa noche, como si pudiesen acariciarle el alma.

Recurriendo a todo su autocontrol, Meribeth carraspeó rompiendo ese instante que parecía haber quedado suspendido entre los dos, para bufar a continuación en señal de disgusto.

—Vale, vamos —dijo echando un último vistazo a Crom que dormía profundamente, antes de dirigirse a la puerta. Los pasos de Broc tras ella le dejaron claro que no iba a dejarla en paz hasta que la viese engullir la dichosa comida.

***

Cuando iban camino al salón, Amy se cruzó con ellos.

—Veo que lo has encontrado. Ya iba yo a por él —soltó la anciana con fingido enfado pasando sus ojos de Broc a Meribeth. Su mirada amable y afectuosa desterraba la dureza de sus palabras.

—Amy, de verdad, tengo quince años, soy un hombre. Esto es vergonzoso —contestó Meribeth mirando a Broc y a la anciana a la vez.

—Eso es discutible. Si no te cuidas como es tu deber, entonces es que todavía eres un niño —sentenció la anciana señalándole con un dedo—. Sígueme antes de que se haga más tarde —continuó Amy comenzando a andar, girando la cabeza un instante para mirar a Broc—. ¿Podrías acompañarnos? Hay algo que quiero preguntarte.

Y Broc asintió cuando vio la seriedad empañar de pronto los ojos de la mujer.

Un momento después, mientras se acomodaban en la mesa grande que había en una sala anexa a la cocina, donde entre otras cosas guardaban parte de los alimentos, Amy miró fijamente a Broc, mientras Meribeth se comía el guiso que esta le había puesto delante.

—Antes os vi llegar con Kam. He hablado con él. En cuanto he visto su semblante… —dijo la anciana chasqueando la lengua con pesar—. Son muchos años los que tengo y he pasado junto a ellos como para no conocerlos como si fuesen mis propios hijos —comenzó Amy. Meribeth jamás le había visto esa expresión en su rostro, llena de preocupación y seriedad—. Me dijo que había tenido un leve ataque de asma. Sé que está en su naturaleza no querer preocupar a nadie, pero lo hago aún más si se me omite la verdad. ¿Estabas con él cuando sucedió?

—Sí —contestó Broc—. Estábamos ambos —añadió mirando un instante a Meribeth, que solo asintió levemente.

—Come —le ordenó Amy con una ceja alzada cuando vio que ella apartaba ligeramente el guiso.

Meribeth puso los ojos en blanco y volvió a acercarse la comida.

—No sabía que tenía asma hasta hoy —dijo Broc retomando nuevamente la conversación

que habían iniciado, y Amy afirmó con la cabeza con cierto vigor.

—Desde que era un niño —dijo la anciana mirándolo fijamente—. No lo oculta, todo el clan lo sabe, y lo admiran aún más por ello. Kam nunca ha dejado que eso sea una debilidad, al contrario. Se ha esforzado siempre más que el resto, hasta la extenuación —continuó Amy—. Hace un tiempo que los ataques se han ido reduciendo, tanto que a veces me olvido de que están ahí. Cuando ocurren suelen ser leves, pero de vez en cuando tiene uno que hace que mi viejo corazón se estremezca y se meta en un puño. El de hoy ha sido así, ¿verdad? —preguntó seriamente, su tono de voz carente en parte de esa vitalidad que siempre acompañaba a la anciana.

—Creí que se asfixiaba —confesó Broc suavemente, y Meribeth, en la mirada que Amy y el *highlander* compartieron, vio un entendimiento mutuo, una conversación sin palabras que hablaba de la preocupación que ambos sentían por Kam.

Esa mirada la dejó tocada por un instante, hasta que ambos rompieron el silencio solo para fastidiarla a ella.

—¡Come! —dijeron a la vez Broc y Amy cuando desviaron sus miradas hasta ella, que les observaba fijamente con el guiso suspendido en el aire a mitad de camino entre la mesa y su boca.

—Creo que debería ir a comer a otra parte.

La sonrisa de Amy de «si te mueves de ahí, muchacho, atente a las consecuencias» era igual de intimidante que la mirada de Bruce cuando quería que su oponente se hiciera sus necesidades encima. Parecía que era un rasgo que tenían en común todos los miembros del clan Gordon.

—O no… —matizó Meribeth haciendo un gesto con la mano en señal de paz y concordia —. También puedo seguir aquí, y comerme esto calladito.

Meribeth puso los ojos en blanco cuando ninguno de los dos contestó a sus irónicas palabras. La mirada matadora que le dirigieron ambos fue reveladora, así que siguió comiendo intentando hacer el menor ruido posible. Si pasaba lo suficientemente desapercibida, igual se olvidaban de ella y podía escabullirse.

—Kam me ha hablado sobre sus ataques de asma después de lo de esta tarde, pero le ha quitado importancia. Creo que intentaba tranquilizarme diciéndome que ha estado dos veces a punto de morir ahogado y que ninguna ha sido por esa enfermedad. Creo que no esperaba que quisiese saber más sobre ello, porque, cuando he intentado preguntarle, ha obviado el tema.

Amy frunció el ceño con fuerza.

—Kam no es de los que rehúye una conversación.

Broc miró fijamente a la anciana, entornando ligeramente sus ojos. Meribeth conocía esa expresión. ¡A quién quería engañar!, maldita sea. Se las conocía casi todas, y esa decía claramente que estaba pensando en algo. Si un año atrás le hubiesen dicho que ella sentiría lo que estaba experimentando, que sería capaz de aprenderse cada minúscula expresión del rostro de otra persona y que su interior se calentaría con cada una de ellas, que su piel se estremecería y que su corazón se saltaría un latido con cada una de sus miradas, se hubiese reído en su cara para después ensartarle la espada en alguna parte de su cuerpo que hiciese mucho, pero que mucho daño.

—¿Qué te ha dicho exactamente? —preguntó Amy visiblemente interesada.

—Me ha contado que estuvo a punto de morir en el río y que Duncan McPherson lo salvó.

Amy asintió, su semblante serio y su expresión tensa.

—Sí, es cierto, era todavía un niño. Fue en una reunión de clanes —dijo Amy poniendo las manos sobre la mesa y entrelazando sus dedos, como si ese gesto la ayudara a recordar. —No sé si lo sabrás, pero los McPherson y los Gordon no eran aliados por aquel entonces, sino todo lo contrario. El padre de Duncan y Bryson se odiaban y extendían esa animadversión al resto de miembros de sus clanes. Creo que el hecho de que Duncan salvara a Kam ese día fue determinante para todo lo que pasó después. Años más tarde, cuando Bryson murió, Bruce le tendió la mano a Duncan y este no solo no la soltó, sino que la tomó con fuerza convirtiéndose en su familia.

Broc asintió levemente ante la declaración de Amy, atento a las siguientes palabras de la anciana.

—El asma ha estado presente en su vida desde muy temprana edad, siempre como una espada suspendida encima de su cabeza, afilada y peligrosa. Él vive con ello, pero nunca ha dejado que eso marque su vida. Jamás, así que todos aquellos que le queremos no podemos hacer menos. ¿Te ha contado algo acerca de la otra ocasión en la que casi muere ahogado? —preguntó Amy, y la expresión de su rostro, su mirada acerada, casi rabiosa, puso en alerta no solo a Broc sino también a Meribeth que alejó el plato haciéndolo a un lado y prestando toda su atención a la anciana. En esta ocasión ninguno de los dos le llamó la atención. La tensión visible que se había instalado entre ambos podía sentirla Meribeth incluso en su piel.

—Me ha dicho que no lo recuerda —dijo Broc mirando fijamente a la mujer—. ¿Me ha ocultado algo, Amy?

La mirada apreciativa de la anciana dirigida al *highlander* y su leve asentimiento solo hicieron confirmar las sospechas de Broc y el mal presentimiento de Meribeth.

—Y creo saber por qué lo ha hecho. Porque, a pesar de lo que siempre ha odiado a Bryson Gordon, a pesar de que nadie puede ocultar el pasado horrible de ese hombre, creo que Kam no quiere ser el que te descubra la clase de persona que era vuestro padre. Además, es cierto que no lo recuerda, por lo menos en parte.

Las facciones de Broc se endurecieron al instante y su mirada, más afilada que nunca, fue incisiva y oscura.

—Sé que era un hombre despiadado y sin conciencia.

Amy clavó sus ojos sabios y templados en los de Broc, llenos de vitalidad. Inteligentes y perspicaces.

—Era mucho más que eso —contestó la anciana y su voz, de pronto, sonó cansada, como si sus palabras estuvieran cargadas con un peso difícil de llevar—. Lo que voy a contarte no es ningún secreto. Todo el clan lo sabe, porque de una manera u otra fueron testigos de lo que ocurrió. No fue algo aislado, pero ese día Bryson llegó más lejos de lo que ninguno podíamos imaginar —continuó Amy, mirando a Broc. Ahora en sus orbes se podía observar una tristeza como jamás había visto Meribeth en los ojos de la anciana.

—Kam tenía cinco años cuando empezaron los ataques de asma —comenzó Amy sosteniendo la mirada a Broc, que se la devolvió con una fuerza arrolladora—. A Bryson no le gustó descubrir que tenía un hijo enfermo. Para él era una debilidad de la que debía desprenderse —prosiguió la anciana, y la respiración de Meribeth se agitó cuando una horrible idea fue tomando fuerza en su cabeza. La tensión que desprendía la postura y el rostro de Broc le dio a entender que ambos estaban pensando en lo mismo, y Meribeth rogó una y otra vez para que sus sospechas no fuesen ciertas.

—Cuando la curandera del clan le dijo a Bryson que esos ataques empeorarían con el tiempo, él decidió solucionarlo.

—¿Cómo? —preguntó Broc, con un tono más grave y ronco de lo normal, como si estuviese haciendo un gran esfuerzo por mantener esa templanza que siempre lo acompañaba.

—Metió la cabeza de Kam en una cuba de agua para acabar con su vida, mientras la madre del niño, Helen, a la que retenía uno de sus hombres, gritaba el nombre de su hijo, rogando que la soltaran.

Meribeth sintió ganas de vomitar.

La cara de Broc, más pálida de lo normal, y sus ojos incendiarios convencieron a Meribeth de que, si Bryson Gordon hubiese seguido vivo, el *highlander* lo hubiese matado por aquello.

—¿Cómo consiguió…? —las palabras salieron de la boca de Meribeth antes de ser consciente de que lo habían hecho. Ni Broc ni la anciana la miraron, pero Amy completó la pregunta que Meribeth había dejado pendiente.

—¿…salvarse? —terminó la anciana por ella—. Me gustaría decirte que Bryson recuperó la cordura o que se apiadó de Kam o de Helen, pero él carecía de cualquier tipo de humanidad —siguió Amy, y Meribeth admiró la forma tan calmada en la que la anciana estaba contando un suceso tan horrible y execrable—. Pero fue Bruce quien lo salvó —afirmó, y los ojos de Amy brillaron. Había rabia, había dolor y había orgullo en sus pupilas—. Él acudió corriendo al escuchar los gritos de su madre, y consiguió detener a Bryson. Le pidió que soltase a Kam y cuando Bryson le contestó que les hacía un favor a los dos, matándolo, porque Kam siempre sería la debilidad de Bruce, él le contestó que estaba equivocado. Que jamás sería su debilidad, porque su hermano lo hacía más fuerte. La respuesta de Bryson fue arrastrarlo hasta la explanada delante del castillo, desnudarlo frente al clan, atarlo a una de las vigas del establo y azotarlo con una vara hasta casi matarlo. Si Bruce perdía el conocimiento, Kam moriría. Si una sola sílaba o quejido salía de sus labios, el niño moriría; si no se mantenía en pie, el chico moriría.

—¡Dios mío! —exclamó Meribeth.

Broc no dijo nada. No hacía falta. El puño apretado de su mano, sus ojos en llamas, la mandíbula apretada como si fuese a romperse en cualquier momento, la vena de su cuello y todo su cuerpo indicaban que estaba conteniéndose. La templanza, esa calma que parecía imperturbable en él, se había hecho pedazos con el relato de Amy.

—Bruce consiguió aguantar. Hubiese muerto antes que dejar que Bryson le hiciese algo a su hermano. Aún hoy en día nadie sabe cómo pudo soportar la ira de su padre y cómo pudo sobrevivir cuando, después de terminar ese horrible castigo, su espalda se había convertido en un amasijo de carne y sangre. Pero lo consiguió, se mantuvo en pie, no emitió ningún sonido y permaneció consciente. Solo tenía doce años.

Meribeth sintió un regusto amargo en su boca. El guiso lo tenía en la garganta y la rabia bullendo por sus venas.

Miró a Broc. Jamás, desde que lo conocía, había visto esa mirada. Sus ojos verdes se habían oscurecido, inmisericordes, y su mirada era como un cuchillo afilado y mortal. Había dolor en ellos, ira, y un sinfín de emociones en las que Meribeth se perdió. Su pecho se encogió no solo por el relato que había escuchado de los labios de Amy, sino también por lo que transmitían esos grandes orbes del mediano de los Gordon.

Porque una mirada, esa que había ahora entre Amy y Broc, decía mucho, y pesaba tanto que Meribeth tragó saliva sin apenas respirar.

—¿Fue siempre así? —preguntó Broc, y sus palabras, gélidas y duras, parecieron bajar la temperatura de la estancia. Meribeth sintió el impulso de arrebujarse con el paño que la anciana había dejado sobre uno de los bancos dispuestos a ambos lados de la mesa.

—Siempre —contestó Amy, firme y directa—. Con todo el clan, aunque más con Helen, Bruce y Kam. Ese monstruo disfrutaba haciendo daño. No le importaba nada ni nadie, solo él y sus ansias de dominar y doblegar todo lo que estaba a su alcance —continuó la anciana, y su rostro, por primera vez desde que Meribeth la conoció, pareció representar más años de los que tenía—. Todos hemos sufrido, pero esos muchachos… —dijo Amy quebrándosele ligeramente la voz—. Te vi dudar cuando llegaste aquí, y entiendo por qué, apenas los conocías, pero quiero que sepas que pocas veces los he visto tan felices como cuando atravesaste las puertas de este castillo para quedarte. Eres su sangre, su hermano, y darían su vida por ti.

Broc tragó saliva y alargó su mano derecha, tomando con ella una de las de la anciana, apretándola ligeramente entre sus dedos. La expresión de Amy, que rara vez reflejaba asombro, cambió al instante. Sus ojos se tornaron cálidos y su sonrisa, que hasta ese momento había estado ausente, apareció dibujada en sus labios con un trazo esperanzador.

—Jamás tuve un clan que sintiese mi hogar, hasta que llegué aquí —dijo Broc mirando fijamente a la anciana—. Este es mi hogar, esta es mi familia y no voy a irme a ningún sitio.

La sonrisa de Amy se extendió por sus labios con extraordinaria rapidez, llegando la alegría hasta sus ojos, unos que brillaron iluminándolo todo, y Meribeth necesitó de todo su autocontrol para contener las ganas que sintió de colocar una mano entre aquellas dos y decir las mismas palabras que habían salido de los labios de Broc Gordon.

***

Pasó unos días después y fue el principio del fin.

La visita de Evan McAlister y su esposa Meg.

La llegada poco después de Logan McGregor…

Si Meribeth lo hubiese sabido…

XVIII

Cailean Farquharson, sentado en el lecho, intentó reprimir la tos que irremediablemente le hizo encorvarse hasta que su pecho casi rozó sus piernas. Aquel había sido uno de los peores días que recordaba desde que la enfermedad que acabó con su padre se hizo presente también en su cuerpo.

La mano que se llevó hasta la boca en un acto reflejo se humedeció después de uno de sus accesos de tos que, virulento, quemó por dentro su pecho impidiéndole respirar y haciendo que su final se viese más cercano que nunca.

Extendió su mano y la sangre que había en ella consiguió, por un instante, que quisiese rebelarse ante su destino, como si eso fuese posible. La muerte era un puerto seguro para todos los seres humanos, simplemente él llegaría a ese puerto antes que otros.

Cuando escuchó la puerta abrirse, se apresuró a limpiarse con un trozo de tela que escondía entre sus ropas precisamente para ese fin. Sin embargo, los ojos de Moray fueron más rápidos que él, sin que su acción, como hubiese sido su deseo, pasara desapercibida ante su escrutinio. Apretó en un puño el retazo con los colores del clan, escondiendo su mano después bajo las sábanas.

Moray no tuvo que fruncir el ceño ni que decir nada para que Cailean supiese exactamente lo que pensaba el muchacho, porque, a pesar de ser todavía demasiado joven, de aquel niño que recogió con seis años, medio muerto, en unas condiciones deplorables, ya no quedaba prácticamente nada. Moray tenía doce años, y aún, como lo hizo entonces, lo seguía sorprendiendo cada día. Su capacidad para observar, para conocer la naturaleza de aquellos que lo rodeaban, su excesiva madurez y ese corazón noble y generoso que seguía intacto a pesar de lo que había pasado, a pesar de lo que le rodeaba.

Él no tenía hijos, y la única mujer que había amado, su esposa, había muerto unos años atrás de unas fiebres, dejándolo devastado. Después de aquello él no quiso ni pudo volver a amar a nadie. La extrañaba demasiado para dejar que el dolor se atenuase.

Todos pensaban que había salvado a Moray el día que lo encontró y lo tomó bajo su cuidado, y sin embargo la única realidad era que ambos se habían salvado mutuamente. Ese niño que no recordaba nada, cuyos ojos desprendían la mirada más limpia que jamás había visto, llegó en un momento crucial en el que Cailean pensaba que se volvería loco tras la pérdida de Forbia.

Él lo acogió, a pesar de la firme oposición de su padre y de su hermano Erskine. Ambos querían que dejara morir al niño donde lo encontró, entre unas rocas al norte del territorio del clan, o que acabara con su vida de una forma rápida. Cailean tuvo que luchar por la vida del chico, ganándose incluso la ira de Agnus, pero consiguió que con el tiempo el niño se quedara en el clan bajo su responsabilidad y cuidado. Todavía le costaba conciliar el hecho de que un niño fuese tan inteligente y tan maduro. Podía pasar desapercibido, moverse entre ellos como si fuese una hoja mecida por el viento, posándose sin que fuese visto en los sitios menos inesperados. Discreto y fiel a sí mismo, con una fuerza y una experiencia en sus ojos color cielo que a veces intimidaba.

Los Farquharson nunca lo habían aceptado, y el muchacho había crecido rodeado de un ambiente hostil, salvo por Cailean que lo había criado como si fuese de su familia. Con el tiempo, los miembros del clan se fueron acostumbrando a su presencia, dejándolo en paz mientras el muchacho no acudiera a las reuniones del clan, ni interviniera en su día a día.

Sabía que cuando él muriese, algo que sentía que estaba cada vez más próximo, la vida de Moray estaría en peligro. Erskine no iba a dejarlo seguir respirando, no cuando él ya no

estuviese. De hecho, una de las razones de que le estuviese costando tanto aceptar la enfermedad que lo estaba consumiendo por momentos era la debilidad que se aferraba a él y crecía día a día, una que limitaba sus facultades y le hacía cada vez más inútil para defender su vida y la del muchacho. Una que dificultaba que pudiese seguir velando por la seguridad de Moray. El chico no tendría nada que hacer frente a una jauría de perros deseosos de destrozarlo en cuanto viesen el camino libre.

Tenía que sacarlo de allí.

Y tenía que poner freno a los planes de su hermano, porque estos no podían salir bien, era imposible, y que Erskine se hubiese cegado hasta tal punto de no importarle nada salvo su venganza estaba siendo un suicidio para su clan y el futuro de sus miembros. Muchos de ellos morirían, lo sabía con la misma certeza como que tras el día llegaba la noche. Aunque pudiesen matar a Bruce, a Kam, incluso a ese nuevo hermano, de cuya existencia Erskine se había enterado solo unos días atrás, el clan entero lucharía hasta el último aliento por salvaguardar a su gente y la tierra de sus ancestros, porque lo que Erskine no entendía es que los Gordon, tras la muerte de Bryson, no reaccionaron como los Farquharson tras la muerte de su antiguo *laird*. Mientras que Erskine había mantenido el legado de Agnus, Bruce forjó su propia leyenda, incluso antes de que su padre muriese, y cuando este falleció consiguió que su clan se uniera bajo su liderazgo, con cohesión, con confianza y destilando una lealtad hacia él como Cailean no había visto jamás. Bruce era más que un jefe de clan. Era una leyenda para los suyos, aunque fuese el lobo solitario para el resto de las Highlands. Un lobo que sin pedirlo tenía a toda una manada detrás que irían a la muerte por él.

Así que, aunque los hermanos Gordon murieran, sus hombres, sus mujeres, sus ancianos… todos los que pudiesen empuñar un arma, dejarían su último aliento en arrasar el territorio de los Farquharson y, a pesar de que Cailean no desconfiaba de la destreza y aptitudes de sus *highlanders*, sabía que los Gordon los superaban. Había cosas contra las que no se podía luchar en igualdad de condiciones. Por eso debía evitar aquel destino.

Iría al infierno de todos modos. Su alma no tenía salvación. A sus espaldas llevaba una vida llena de acciones por las que debía pagar. Vilezas y atrocidades que deseaba no haber cometido jamás, pero que lo atormentaban a diario, sobre todo ahora que veía cerca su final.

No quería que la traición a su gente, a los suyos, se sumase a esa larga lista. Moriría en el acto antes de revolverse contra ellos, pero no tenía alternativa. Lo había intentado todo y sabía que Erskine y el resto de ancianos y guerreros que le seguían no atenderían a razones.

Se convenció a sí mismo de que lo que iba a hacer lo hacía por ellos, por la gente de su clan, por aquellos que no tenían voz y que, bajo el liderazgo de su hermano, iban a acabar sepultados bajo su locura, pero, aun así, dolía tomar aquella decisión.

Moray lo sacó de sus pensamientos cuando al llegar junto a él tomó rápido su mano antes de que Cailean pudiese apartarla. Soltó el retazo de tela bajo las sábanas, pero el chico las retiró con un movimiento aún más veloz para tomarlo y abrirlo dejando frente a sus ojos la evidencia del avance de su enfermedad.

—¿Desde cuándo? —preguntó Moray mirándolo fijamente.

Cailean tomó el paño de la mano del muchacho quitándosela con brusquedad.

—No importa —dijo tosiendo levemente.

Moray endureció sus facciones, y Cailean, a pesar de la gravedad de la situación, no pudo evitar sonreír de medio lado al ver el rostro del chico. Parecía mucho más mayor cuando ponía esa expresión y sus ojos lo miraban como si pudiesen penetrar en sus pensamientos, desnudando su alma. Cailean se había acostumbrado, pero había oído a más de un miembro de su clan decir

que el chico estaba maldito. Rumores y susurros, frutos de la ignorancia y que Cailean siempre se había encargado de sofocar, pero que siempre habían encontrado la forma de retornar con sigilo, haciendo imposible al final modificar la forma de reaccionar de esas personas ante la mirada y la manera de actuar de Moray.

—Claro que importa. Puedo hacerte una infusión de hierbas para mejorarte —dijo el chico sin que su mirada flaquease ni por un instante.

Ambos sabían lo que significaba que su enfermedad estuviese tan avanzada. Lo habían visto con anterioridad en Angus. La sudoración nocturna y la tos eran males a los que se había ido acostumbrando, pero, junto a la pérdida de peso, la fiebre discontinua y el esputar sangre, le habían dejado en un estado de debilidad que ya no podía disimular.

Cailean no logró evitar que su mirada se volviese más cálida cuando escuchó al muchacho preocuparse por él. Una de las mejores cosas que hizo cuando el chico llegó fue encomendárselo los primeros días a Fearchara, la curandera del clan. La anciana era la mejor sanadora de las Highlands y un orgullo para los suyos. Dos años atrás, la anciana había muerto en su lecho, durmiendo tranquilamente y dejando en manos de su sobrina parte de sus conocimientos, ya que su muerte inesperada había provocado que su único familiar vivo no llegase a aprender todo lo que la anciana tenía para transmitir.

Fearchara, desde el primer instante en que cuidó de Moray a su llegada, había tenido debilidad por el niño, y Cailean fomentó que el chico acompañase a la curandera cuando él no podía vigilarlo de cerca. El hecho de que Moray sintiese una incipiente curiosidad por los conocimientos y métodos curativos de Fearchara solo hizo más fácil su estancia entre los Farquharson. La anciana era respetada y querida entre los suyos y que protegiera al niño, lo cuidara y lo guiara, enseñándole al igual que a su sobrina lo que sabía, mitigó en parte el claro rechazo que los miembros del clan mostraban hacia él. El tiempo que compartió con Fearchara fueron momentos en los que supo que Moray estaba seguro y a resguardo del rechazo y de la violencia de los que sabía que el chico había estado sometido en alguna ocasión. Él jamás se lo había contado, pero a Cailean no le había hecho falta.

—No hay nada que pueda revertir esta enfermedad y lo sabes. El retrasarlo no va a cambiar mi destino —repuso Cailean.

—Pero puede aliviar el dolor y el malestar. No tienes por qué sufrir de esa manera —señaló Moray, apretando uno de sus puños junto a su cuerpo, indicativo de que aquella conversación le estaba afectando más de lo que deseaba expresar.

—Es un recordatorio de que aún sigo vivo y un justo precio por mis muchos pecados —respondió Cailean intentando esbozar sin conseguirlo una pequeña sonrisa.

—El dolor no equilibra nada, Cailean, solo hace que enturbie tus sentidos —señaló Moray, y el *highlander* estuvo a punto de atragantarse cuando una risa baja brotó de su garganta.

Era imposible reconciliar esas frases con la persona que las pronunciaba. ¿Cómo podía hablar así un chico de doce años?

—De acuerdo, me tomaré esa infusión, pero antes tenemos que hablar —y la seriedad y solemnidad con las que pronunció las últimas palabras hizo que Moray diese un paso hacia delante, acercándose aún más al lecho.

—No voy a irme de estas tierras y dejarte solo —soltó el chico tan calmado que hizo que el enfado se arremolinara en el estómago de Cailean.

—Claro que vas a irte. No vas a quedarte aquí y morir, porque eso es lo que pasará si después de mi muerte sigues en este clan. Y, además —continuó el *highlander* cuando vio la intención del chico de cortar su diatriba—, necesito que hagas algo por mí, y para eso vas a tener

que abandonar estas tierras antes de lo que habíamos pensado.

—No voy a dejarte cuando estás en ese estado —reiteró Moray.

—¡Escúchame! —exclamó Cailean, teniendo que callarse al extremo cuando su respiración agitada lo dejó sin aliento—. Erskine se está impacientando y los mercenarios que contrató no van a tardar en moverse. Sé que están ideando una manera de atraer a Bruce hasta un lugar donde puedan darle caza y matarlo. No puedo dejar que eso ocurra porque Erskine está perdiendo la razón y va a llevar a este clan directo al infierno —escupió Cailean con rabia mientras agarraba con fuerza la sábana que tapaba sus piernas con el puño izquierdo, apretándola tanto que sus nudillos quedaron desprovistos de color—. Sé lo que planea. No solo quiere acabar con Bruce, sino que quiere masacrar a todo el clan Gordon —continuó el *highlander*—. Va a dejar que esos mercenarios y nuestros hombres saqueen, violen y entierren a todo ser viviente dentro de esas tierras en cuanto caiga su *laird*, aprovechando el desconcierto que eso genere. Es tan arrogante que no se da cuenta de que Bruce no es el clan Gordon, y que sin él ese clan sigue siendo igual de fuerte. Va a condenar a muchos de nuestros hombres a una muerte segura y a la ira de los Gordon cuando no consigan vencerlos, porque no lo harán. Son más fuertes y mejores que nosotros, aunque Erskine, los ancianos y todos nuestros hombres no quieran verlo. Así que necesito que avises a Bruce.

La cara de Moray, cuya expresión rara vez dejaba entrever la sorpresa, se contrajo debido a las últimas palabras de Cailean como si le hubiesen dado un golpe y lo hubiesen dejado sin aire.

—Edom te ayudará —prosiguió Cailean cuando Moray no dijo nada, claramente todavía intentando asumir lo último que le había dicho.

Edom era uno de los mejores *highlanders* de aquel clan. Su único pecado: que su madre hubiese sido una Gordon de la que un Farquharson se enamoró con locura. La madre de Edom al quedar embarazada huyó del clan Gordon antes de que Bryson la matase por estar con un Farquharson, y a este, los suyos, le prohibieron llevar a una Gordon a su clan, aunque portase a su hijo en las entrañas; acabó muriendo de unas fiebres unos meses más tarde. Así que Edom fue criado por su madre, en una cabaña apartada en las montañas, en tierra del clan Robertson, hasta que, a los diez años, el chico se quedó solo, en el seno de un clan que había acogido a su madre por una deuda de sangre, pero al que quisieron echar en cuanto ella murió. Su abuelo paterno, al que *laird* Robertson avisó, finalmente lo acogió y lo llevó de vuelta al clan Farquharson con el beneplácito de Angus, que tras escuchar el ruego del anciano al que solo le quedaba Edom como familiar vivo, accedió a ello. Sin embargo, a pesar del esfuerzo, la valía y la entrega de Edom, este siempre había sido tratado de forma desigual e injusta durante todos aquellos años por el hecho de llevar sangre de los Gordon en sus venas. Ahora que Edom tenía un hijo de cinco años, y este era tratado de forma vejatoria por otros niños por el mismo motivo, Cailean había encontrado en él un aliado para su plan.

—Él te sacará de aquí.

—Cailean, es imposible que pueda irme sin que nadie se dé cuenta. Hay hombres haciendo guardia constantemente.

Y Cailean sabía que tenía razón, porque Erskine, y más tras la llegada de los mercenarios, había doblado la seguridad y la vigilancia dentro del territorio Farquharson.

—Edom estará de guardia pronto y conoce un pasadizo bajo el castillo. Yo se lo he enseñado.

—Pensé que Erskine los había tapiado todos —respondió el chico.

La sonrisa de medio lado y el brillo que por un instante pareció insuflar algo de vida a los

ojos de Cailean hizo que Moray lo mirase con mayor intensidad. La chispa que el *highlander* observó en los orbes azules del chico consiguió arrancarle una risa baja. Moray era tan rápido mentalmente que superaba todas sus expectativas.

—¿Cómo es posible que tu hermano no conociese de la existencia de todas las salidas ocultas? —preguntó al instante.

—Las conocía, al igual que yo, y un puñado más de miembros del clan, o eso creíamos.

Los ojos del chico por un instante se mostraros esquivos, mirando a la nada, como si estuviese buscando una respuesta que llegó rápida cuando al centrar de nuevo su mirada en Cailean este pudo observar en ellos una inusitada vivacidad.

—Entonces descubriste una nueva —afirmó el chico, y Cailean asintió lentamente.

—Tras la muerte de nuestro padre, Erskine delegó en mí la tarea de hacerlos intransitables. La existencia de los mismos solo era conocida por un puñado selecto de miembros del clan. Mi padre, nosotros, varios de los ancianos y unos cuantos hombres que trabajaron en su construcción, y que juraron guardar silencio tras haberlos terminado. De todos ellos solo quedamos con vida Erskine, yo y el viejo Cameron que fue uno de los encargados de realizar en su día parte de los pasadizos. Recurrí a él cuando Erskine me encomendó tapiarlos —dijo Cailean tomando algo de aire y realizando un alto en su explicación que le valió una ceja alzada del chico. Eso lo hizo sonreír aun cuando hacerlo le costaba la vida misma. El estar tanto tiempo hablando lo estaba agotando a marchas forzadas—. Tapiamos todos los que había, pero Cameron me enseñó uno que yo desconocía y que en su día habían utilizado él y los hombres encargados de su construcción para transportar parte de la piedra que se utilizó para su realización. Ese pasadizo oculto en uno de los extremos más alejados conduce cerca del límite sur con las tierras del clan Gordon. Ahora solo conocemos de su existencia tú, Edom y yo. Esa será tu vía de escape. Nadie sabrá cómo has salido de estas tierras, o cómo has entrado de nuevo en ellas.

La cara de Moray por segunda vez aquella noche mostró un atisbo de sorpresa.

—Edom irá hasta el final del túnel todos los días que esté de guardia, por si necesitas hacernos llegar algún mensaje. Hay muchas cosas que pueden salir mal y tengo que saber que podrás comunicarte con nosotros si hiciese falta.

—Cailean, no voy a dejarte así.

—No hay opción —dijo el *highlander* con la mirada severa—. Sé que no quieres que mueran personas inocentes. Lo sé porque te conozco. Serías capaz de dar tu vida por evitarlo, y no puedes convencerme de lo contrario.

Moray cerró los ojos por un instante, antes de abrirlos y mirar fijamente a Cailean.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó el muchacho finalmente.

La tenue sonrisa que esbozó el *highlander* rivalizó con la tristeza de sus ojos, esos que miraron al chico antes de empezar a contarle lo que había ideado. No sabía si lo que iba a hacer sería peor que lo que intentaba evitar, pero, ahora que estaba cercano a la muerte, se aferraba a la absurda esperanza de que su enemigo pudiese responder con el honor que él estimaba que tenía. Si se equivocaba, estaría condenando a los suyos, pero, si no lo hacía, quizás los salvase de un destino que era tan oscuro y certero como cada uno de los movimientos que hasta el momento había llevado a cabo Erskine en sus días como nuevo *laird*.

Por una vez en la vida, debía confiar en que su juicio fuese el acertado, y tener el valor de llevar a cabo su resolución.

Toda su vida se había mantenido al margen, sin intenciones, dejando que el resto dictaminase el futuro del clan, incluso en aquellas ocasiones en las que había estado seguro de que esas decisiones eran equivocadas. Así que era hora de dejar de ser un cobarde, de no

involucrarse y de pensar solo en él.

Eso lo había aprendido de un chico de seis años al que recogió medio muerto y que durante los últimos seis años le había dado una lección de lo que suponía ser fiel a sí mismo. De aquel que lo miraba ahora y en cuyos ojos solo había una fuerte resiliencia, y una valentía como no había conocido jamás. Todas las objeciones de Moray a su plan habían ido dirigidas a no dejarle solo en su enfermedad y ni una hacia el peligro que conllevaba lo que le estaba pidiendo, porque ambos sabían que, si lo descubrían, su muerte no sería rápida ni misericorde. Sería una larga tortura de dolor, sangre y sufrimiento, hasta que Erskine se saciara de ello.

XIX

Broc bloqueó el ataque de Bruce. La espada de su hermano cayó con fuerza sobre él, de costado, rápido y certero, tanto que estaba luchando al límite de sus habilidades para poder repeler la demoledora muestra de agilidad, destreza y astucia que estaba desplegando Bruce sobre él.

—No te contengas… —dijo Broc irónicamente entre dientes cuando tuvo que hacer fuerza para evitar que la espada de Bruce rozara su pecho conteniendo el ataque a escasa distancia de él.

—Hablar y luchar, mala idea —contestó Bruce atacando nuevamente.

Broc dio varios pasos hacia atrás a la defensiva, cortando el avance de Bruce que parecía moverse a una velocidad sobrehumana.

—Pues a ti te va de maravilla —contestó Broc, lo que le valió una risa baja de su hermano antes de que pudiera cortar el avance de una estocada por la derecha y devolverle el golpe.

Llevaba todo el tiempo de su estancia allí estudiando los movimientos de Bruce, su forma de luchar, su forma de pensar y, cada vez que llegaba a una conclusión, él volvía a sorprenderlo. Era una mezcla de instinto, racionalidad, pasión, astucia y entrañas, con una vena impulsiva que atemperaba con autodisciplina y que dejaba suelta con absoluta confianza cuando quería, sin medir las consecuencias porque estas ya no importaban.

Kam era parecido y a la misma vez muy diferente. El menor de los Gordon compartía la misma naturaleza de Bruce; sin embargo, su equilibrio, su diplomacia, su sentido del humor lo hacían mucho más accesible y cercano que al mayor de los Gordon, aunque Broc sabía que esas cualidades enmascaraban elegantemente otras que su hermano menor guardaba celosamente para sí mismo. Parecía despreocupado, pero era todo lo contrario. Lo había observado lo suficiente para saber que todo lo que decidía lo hacía después de haberlo sopesado a fondo, de pensar en todas las consecuencias y variables. Era tozudo, constante y siempre se ponía a prueba. Su afán por superarse era algo intrínseco en él, y Broc lo entendía a la perfección.

La lucha se alargó, pero la templanza de Broc, ese estado de absoluta concentración que con los años había aprendido a alcanzar, se apoderó poco a poco de cada parte de su cuerpo. No había nada más alrededor, solo la armonía de aquellos movimientos y la mirada de Bruce a la que ancló la suya para poder adelantar su próximo ataque.

Todo acabó en un instante cuando la hoja afilada de la espada de Bruce quedó a escasa distancia de su cuello. Los hombres junto a Jonhson que se habían acercado a verlos luchar aclamaron el triunfo de Bruce, pero la risa baja de Kam, así como la mirada de Bruce desviándose hacia abajo, acallaron de pronto las voces.

La espada de Broc apuntaba al vientre de Bruce y solo un dedo de distancia los separaba.

Broc esperó a que Bruce alzara de nuevo su mirada, y cuando lo hizo, los ojos de su hermano se clavaron en los suyos sin dilación. Broc había esperado muchas cosas, pero no lo que vio refulgir en ellos sin ningún tipo de filtro. Esa mirada estaba llena de orgullo.

Broc ni siquiera recordaba la última vez que alguien lo miró así. Quizás tenía siete u ocho años. Su abuelo, su madre…, los únicos hasta ese instante, y la imagen de ellos, cuyos rasgos apenas podía evocar, provocó que diese un paso atrás.

Sin embargo, Bruce no le dejó ir más lejos, tomándolo de la nuca y acercando su frente a

la suya.

—Bien hecho —dijo lo suficientemente fuerte para que el resto lo escuchara.

Broc tragó saliva y guardó silencio durante un instante antes de hablar.

—¿Estás seguro? Porque creo que alguien te está perdiendo el respeto por ello —contestó con una tenue sonrisa en los labios antes de que Bruce lo soltara y se volviera hacia esa risa baja que no paró ni siquiera cuando el mayor de los Gordon lo miró alzando una ceja.

Kam compuso una expresión de fingida seriedad cuando se dio cuenta de la mirada de su hermano y lo que eso significaba.

—No te atreverás —le dijo señalándolo con un dedo—. Broc, hermano, detenlo —continuó Kam mirando al mediano de los Gordon cuando Bruce comenzó a andar hacia donde él se encontraba.

Kam no fue lo suficientemente rápido.

Bruce lo cazó en dos zancadas y se lo cargó al hombro.

Broc los siguió, y no pudo evitar que una carcajada se escapara de entre sus labios, la primera genuina en mucho tiempo, en el mismo instante en que Bruce arrojó a Kam al abrevadero.

Cuando este sacó la cabeza del agua y escupió un buche, a pesar de su cara de indignación, sus ojos brillaron divertidos y plenos de una calidez que no se molestó en ocultar.

***

Broc se acercó al lago tras la lucha. Se introdujo en sus frías aguas antes de regresar al castillo. Necesitaba despejarse antes de volver con el resto.

El tiempo desde su llegada al clan Gordon había transcurrido veloz, tanto que a veces tenía la sensación de que acababa de pisar esas tierras cuando la realidad era que habían transcurrido semanas.

Era extraño pasar toda una vida entre los miembros de un clan sin sentirse parte de él y convivir solo unas pocas semanas entre los Gordon y sentir que cada hueso de su cuerpo pertenecía a aquel lugar.

Todos los miembros del clan, sin excepción, lo habían aceptado. Nadie lo miró con recelo, ni con objeción alguna, y la confianza, esa que tardaba años en fraguarse, entre los Gordon parecía tejerse con inigualable transparencia. Allí no importaba que fuese un bastardo, y la nobleza y generosidad de todos ellos hacia Fie y Calan, así como hacia él mismo, se habían convertido en un bálsamo para las cicatrices de su pasado.

Pensar en el pequeño y en quien lo acompañaba como su hermano le llevó a inspirar con más fuerza de lo normal.

Darle todo el tiempo que necesitaba a Fie para que bajase sus defensas, lo necesario para que le contase por qué huían, para que confiara en él, no era ningún problema. Verla cómo intentaba guardar su secreto celosamente, llevarse al límite física y mentalmente y ser testigo de cómo luchaba consigo misma era algo completamente diferente.

Haber descubierto que era una mujer fue una casualidad, una que aún le hacía apretar los dientes cada vez que lo recordaba. Fue el día que se cayó del caballo y él la alcanzó cuando ya estaba en el suelo. Palpó cada parte de su cuerpo pensando que se había roto algo, incluso temiendo que un golpe en la cabeza pudiese haber puesto su vida en peligro, cuando al cogerla por el torso sintió bajo sus ropas un vendaje que, aunque había logrado engañar a todos, bajo sus dedos revelaron el nacimiento de un pecho. En ese instante tuvo que recurrir a todo su autocontrol para ocultar su sorpresa, porque había que reconocer que quien quiera que fuese Fie

realmente había representado a la perfección su papel, hasta el punto de engañarlos a todos.

Su figura extremadamente delgada, su estatura, e incluso su voz se habían adecuado perfectamente a un chico de quince años que todavía no había alcanzado la madurez de un hombre. Su mechón de pelo continuamente tapándole parte de la cara y uno de sus ojos había sido una genialidad, sobre todo porque desviaba la atención de sus largas pestañas, de unos ojos grandes y una boca generosa que Broc no dudaba que, al descubierto en su totalidad, fueran demasiado atractivos y femeninos incluso para un imberbe. Siempre llevaba la otra mejilla cubierta de barro o manchada, y ahora sabía por qué. Para disimular su inmaculado cutis, que salvo por aquella cicatriz en su mejilla y cuya procedencia deseaba saber, envidiaría hasta una reina. Imaginar que pudiese habérsela hecho ella misma para crear una apariencia más dura y masculina le revolvía el estómago.

Y apostaba a que no tenía quince años… Como Fie, no lo había dudado, pero desde que sabía su secreto y la había observado con mayor atención pondría su cabeza a que tenía por lo menos un par de años más. Su mirada, llena de resolución y experiencia, a través de ese único orbe visible, castaño claro, su intuición y la sabiduría que en más de una ocasión había observado en su forma de actuar, le convencían de ello.

Si guardaba silencio sobre lo que había descubierto era porque quería que ella se lo contase, que confiara en él lo suficiente como para hablarle sobre su engaño.

—Vas a enfermar al meterte con este frío en el lago. El agua debe de estar helada.

La voz procedente de uno de los laterales del castillo, le hizo ralentizar sus pasos y dirigirlos lentamente hacia donde se encontraba la misma persona que había estado monopolizando sus pensamientos escasos instantes antes.

Broc se acercó hasta Fie que, apoyado sobre la pared de piedra, le hablaba mientras su atención se dividía entre su persona y un punto lejano a la derecha de Broc. No le hizo falta mirar hacia el sitio al que apuntaban los ojos de Fie para saber qué estaba observando.

A lo lejos, las risas de varios niños rasgaron el aire y el viento suave que soplaba desde esa mañana las hizo viajar rápido hasta ellos, tornándolas más cercanas y reconocibles. Fie estaba observando, como otras tantas tardes, a Calan jugar con los nietos de Nighinn.

Broc sabía que Fie normalmente se tomaba un pequeño descanso para ir a ver a su hermano, el suficiente para observar al niño y asegurarse de que este se sentía bien. Desde que Calan había empezado a hablar más que simples monosílabos la tensión que siempre había observado en Fie había menguado haciendo que incluso su expresión se suavizara, como si no estuviese en guardia a cada instante.

—Estoy acostumbrado —dijo Broc en cuanto llegó a su altura—. Quizás te vendría bien probarlo —continuó el *highlander*.

La cara que puso Fie casi hizo que se le escapara una carcajada, pero la sostuvo a duras penas. La vio disimuladamente olerse a sí misma, antes de volver a mirarlo con fuego en su único ojo visible, y Broc pensó que daría todo lo que tenía por ver su rostro completo.

—No, gracias. Me lavo con cubos de agua, no me hace falta ir al lago a morir congelado —contestó Meribeth—. Aunque no lo parezca, valoro mi vida lo suficiente como para sufrir innecesariamente.

La mirada de Broc aguda, enigmática y su sonrisa de medio lado hicieron que Meribeth se mordiese el labio inferior casi con saña, como si el dolor que le producían los dientes al lacerar su piel fuese lo que necesitaba para no perderse en cada uno de sus gestos y la mantuviese alejada de lo que su presencia le provocaba.

—No será que tienes mied…

La mano de Meribeth salió volando hacia los labios de Broc, los cuales tapó antes de que su última palabra saliera de ellos.

—No termines esa frase o tendré que luchar contra ti por ofenderme.

La ceja alzada de Broc sin que pareciese tener ningún interés en quitar la mano de Meribeth de encima de sus labios hizo que esta la retirase con rapidez como si le hubiese quemado, y de manera inconsciente cerró sus dedos, como si así protegiera la sensación que todavía hormigueaba sobre su piel allí donde la boca de Broc había estado en contacto con ella.

—¿Estás seguro? —preguntó Broc. Su voz más ronca de lo normal, casi como si hubiese acariciado esas palabras.

—Segurísimo —afirmó Meribeth tragando saliva y alzando la barbilla—. Aunque quien dice luchar también puede decir discutir. Creo que en este clan se abusa de la fuerza y no de la diplomacia. Hay que corregir eso.

—Sin duda —certificó Broc, y el brillo de sus ojos verdes confundió a Meribeth. Hasta ahora había creído que podía interpretar cada una de sus miradas, pero la que le estaba dirigiendo en ese momento era demasiado compleja, con demasiados matices para entenderla en solo un instante. Tampoco la ayudaba ver las gotas de agua surcar el rostro de Broc procedente de su cabello húmedo, seguir por su cuello, deslizarse por dentro de su camisa y proseguir por su fuerte pecho.

Meribeth sacudió levemente su cabeza y maldijo por lo bajo. ¿Qué había sido eso? Porque la imagen de ella lamiendo cada una de esas gotas se había filtrado en su mente con una claridad pasmosa provocando que le temblaran las manos, se le secase la boca y sintiese escalofríos por todo su cuerpo.

Aquello era el infierno. ¿Cómo iba a poder mirarle a la cara con naturalidad después de que esa imagen pasara por su mente?

Y aún peor, ¿cómo se le ocurría desafiarlo a un combate?

Claramente estaba trastornada.

Así que intentó reconducir la conversación al principio e intentar olvidar lo que había pasado después.

—Será mejor que olvidemos tu poco afortunado comentario. Te perdono —se apresuró a decir Meribeth con un gesto de su mano, evidenciando su magnanimidad.

La mirada de Broc, unido al paso que dio hacia ella, acortando aún más la distancia entre los dos, hizo que Meribeth abriera desorbitadamente su ojo visible y carraspeara antes de intentar escapar por el lateral.

La mano de Broc apoyándose en la piedra a la altura de la cabeza de Meribeth a escasa distancia, cortando su posible vía de escape, la hizo apretar los labios.

—Antes de hacer algo de lo que te arrepientas después, piensa que sería incongruente que al conocernos me salvaras la vida y ahora quieras arrancarme la cabeza.

Broc tuvo que contenerse para no soltar una carcajada.

—Eso es debido a que cuando nos encontramos por primera vez no te conocía en absoluto.

—Y ahora sí —dijo Meribeth ladeando ligeramente la cabeza y haciendo un mohín encantador con los labios del que Broc estaba seguro que ella no era consciente—. Por eso es una pena, sobre todo después de que se forjara esta hermosa amistad.

—No he sido yo quien ha desafiado al otro —apuntó Broc, y Meribeth pudo observar la chispa divertida que por un instante cruzó los ojos del *highlander*.

Se estaba divirtiendo a su costa como últimamente hacía con demasiada asiduidad.

—Pero si has sido tú el que me ha acusado de ser un cobarde.

Broc quitó la mano que seguía manteniendo a la altura de la cabeza de Meribeth, poniendo más distancia entre ellos, y aunque no llegara a entender la razón, en vez de aliviarla ese gesto, se sintió extraña, como si de pronto echara de menos su proximidad.

Tendría que dormir adecuadamente y comer más. Claramente estaba exhausta, no había otra explicación para su comportamiento errático y sin sentido.

Al final iba a tener que darle la razón a Amy cuando le decía una y otra vez que tenía que descansar y comer más, porque, si no, podría empezar a imaginar cosas, como aquella conversación y sus inadecuados pensamientos que estaban resultando ser los más extraños que había tenido nunca. Ni siquiera Broc parecía el mismo de siempre.

—Jamás osaría afirmar tal cosa.

Meribeth alargó la cara dejando la barbilla laxa cuando la boca se le abrió al escuchar la flagrante mentira. Su párpado empezó a temblar ligeramente, sobre todo cuando creyó escuchar una risa suave proveniente de Broc.

—Me has preguntado si lo que tenía era mied…

Ahora fue la mano de Broc la que salió rauda para apoyarla sobre los labios de Meribeth.

Las ganas de darle un mordisco a los dedos del mediano de los Gordon fueron definitivamente tentadoras.

—Preguntar si le temes a algo no es afirmar que eres un cobarde. Que algo te dé miedo no implica que seas menos valiente, ni mucho menos. Todos le tememos a algo —continuó Broc y ahora esa sonrisa, esa chispa divertida que había un momento atrás en sus ojos, había desaparecido por completo—.Y tengo claro, Fie, después de conocerte más —continuó y la expresión de su rostro, demasiado enigmática, como si supiese algo que ella desconocía, hizo que una sensación extraña zigzagueara por su cuerpo—, y después de ver cómo, no solo cuidas y te importa tu hermano, sino también los que te rodean, de observar que no eres tan indiferente a los problemas y necesidades de los demás como quieres hacer creer y sobre todo de observar tu capacidad para sobrevivir y mantener a Calan a salvo, es que eres muchas cosas, pero jamás un cobarde. Te he visto enfrentar tus miedos más de una vez sin rendirte nunca.

Meribeth retiró la mano de Broc de su boca, lentamente.

—¿Qué sabes tú de mis miedos? —preguntó, y sus palabras sonaron más frías y distantes de lo que había pretendido. Simplemente salieron así, producto del sentimiento de pérdida, de dolor, de vacío, de traición que todavía campaba a sus anchas dentro de ella sin que el tiempo la hubiese ayudado a doblegarlo.

—Más de lo que piensas —soltó Broc casi en un susurro, tan firme y convincente, con una mirada tan implacable, que Meribeth fue incapaz de hilar una palabra más, simplemente se perdió en sus ojos verdes, dudando por primera vez de si Broc Gordon sabría algo sobre ella.

«No, no podía ser…», negó mentalmente. Eso era imposible, él no había descubierto nada, ni sabía quiénes eran ellos, porque, si no, se habría dado cuenta, ¿verdad?

¿Por qué Broc callaría si supiese algo? La habría enfrentado, ¿cierto?

—Te escucho pensar desde aquí, Fie —continuó Broc guiñándole un ojo, mientras se soltaba suavemente del agarre que aún ejercía ella sobre su mano—. ¿Hay algo que quieras decirme? ¿No hay una respuesta ingeniosa esta vez? —preguntó, y la mirada penetrante del mediano de los Gordon se clavó en ella emanando una seguridad y cierto aire burlón que la hicieron salir de su leve estupor.

—No te soporto —contestó Meribeth poniendo los ojos en blanco cuando una sonrisa de medio lado fue la única respuesta por parte del *highlander*.

—Me va a encantar que me repitas eso mañana en el entrenamiento —dijo Broc tomándola del brazo para evitar que se cayera cuando, al iniciar el paso, Meribeth se tropezó al escuchar sus palabras.

En respuesta, ella se soltó del agarre de Broc de forma hosca, maldiciendo por lo bajo cuando aceleró para dejar atrás al *highlander*.

—Te he oído… —dijo desde atrás Broc.

—Me alegro —soltó Meribeth con la sangre bullendo por las venas.

Había veces en que Broc Gordon la sacaba de quicio, y maldita sea si eso le restaba un ápice de su atractivo.

Con un leve gemido de desesperación, apresuró el paso cuando lo sintió cerca de ella solo para alejarse nuevamente de él y entrar primero en el castillo.

Sintió los pasos del *highlander* pisándole los talones cuando enfiló para el salón.

Las voces provenientes de la estancia casi la hicieron dar la vuelta. No tenía ganas de tener que enfrentar a nadie del clan en ese instante, básicamente porque no le apetecía hablar con nadie. Su estado de ánimo bien podría calificarse en ese momento como infernal con impulsos asesinos, pero la otra opción era tener que encontrarse de nuevo a Broc que iba justo detrás de ella, y dado que su irritación en parte se la debía a él, continuó su camino, entrando en la estancia con la intención de pasar desapercibida; sin embargo, la pareja que se encontraba hablando animadamente con Eara, Elsbeth, Kam y Bruce Gordon, y cuyo *feileadh mor* Meribeth no reconocía, desvió su vista hacia ella cuando hizo acto de presencia, haciendo imposible su deseo de no llamar la atención.

Ahora salir de allí y evitarlos iba a ser prácticamente imposible.

Los ojos de la mujer, de un color ámbar que parecían ocupar casi todo su rostro, la miraron con curiosidad, al igual que los del hombre que estaba a su lado y que tenía una de sus manos sobre la cintura de la muchacha.

Eara le hizo un gesto a Meribeth para que se acercara a ella y, aunque le apetecía más que le arrancaran todos los dientes que hacerlo, inició el paso, deteniéndose cuando los ojos de la mujer desconocida se abrieron más de lo normal con un brillo intenso.

Meribeth estuvo a punto de llevarse una mano al corazón cuando un grito lleno de júbilo salido de boca de esa mujer resonó en toda la estancia, antes de que esta saliera corriendo, pasase por su lado como una exhalación y le echara los brazos al cuello de Broc.

Meribeth no supo quién de los presentes se quedó más sorprendido por la escena: el hombre que había estado junto a la muchacha y que en ese momento mantenía una expresión mortalmente seria con la mandíbula apretada y una mirada que no auguraba nada bueno, Kam y Elsbeth que tenían la boca abierta, Eara que presentaba una ceja alzada o Bruce… el lobo solitario que albergaba una viva curiosidad en sus ojos pardos.

Ella simplemente sintió que algo se retorcía en la boca de su estómago.

No era agradable.

No era amable.

Y por lo más sagrado, no era piadoso.

«Maldita sea», dijo entre dientes, maldiciendo por tercera o cuarta vez esa tarde, porque aquello a lo que no quería ponerle nombre, desconocido para ella hasta entonces y que se enredaba en su interior como la mala hierba, se parecía mucho a los celos.

XX

Broc cerró sus brazos con fuerza entorno a Meg McGregor. Hacía mucho tiempo que no la veía, pero seguía siendo la misma. Preciosa, rebelde e impulsiva.

—Me alegro de verte, pequeñaja —le dijo Broc al oído, y Meg lo achuchó aún más entre sus brazos antes de soltarle y separarse un poco para verlo mejor.

—Y yo a ti. Te he echado de menos —contestó con una sonrisa radiante, y Broc se la devolvió, espontánea y genuina, antes de que su atención se desviase por encima del hombro de Meg hacia el hombre que tenía sus ojos puestos en ellos con mirada asesina y toda la apariencia de estar conteniéndose.

—Imagino que el hombre que me está mirando con cara de querer desmembrarme lentamente es tu esposo.

Meg se dio la vuelta para ver a un Evan McAlister con sus ojos fijos en Broc con intenciones poco piadosas, y a todos los demás con caras de circunstancia.

—Yo te protegeré —susurró Meg, y se rio cuando Broc puso los ojos en blanco—. Vamos, voy a presentarte —continuó, enlazando su brazo al de Broc y tirando de él, lo que provocó una sonrisa de medio lado en los labios del *highlander*. Antes de dar un paso, este desvió un instante sus ojos hacia Meribeth, conminándole con la cabeza a seguirles.

Los pies de Meribeth, ante ese gesto y con renuencia, se movieron por inercia, acompañándolos hasta acercarse al resto del grupo. En ese instante prefería que una manada de lobos la desmembraran y se comieran sus entrañas antes que permanecer un momento más allí. Definitivamente aquel sentimiento era preocupante.

—Evan, te presento a mi hermano Broc —empezó Meg con entusiasmo.

La ceja izquierda de McAlister se elevó de forma desproporcionada.

—¿Tu hermano? —preguntó Evan sin dejar de mirar a los ojos de Broc—. Solo tienes un hermano y no es este.

—Es mi hermano de sangre. Yo tenía seis años y él ocho —dijo Meg con contundencia, asintiendo con la cabeza para dar más énfasis a sus palabras.

El gruñido de Evan resonó en la sala.

—¿Le hiciste un corte a una niña menor que tú para unir tu sangre a la de ella? —preguntó McAlister directamente a Broc dando un paso con aire amenazador hacia este.

Broc negó lentamente con la cabeza.

—La verdad es que fue al revés. Ella se hizo un arañazo y yo por poco pierdo una extremidad —explicó el mediano de los Gordon con tranquilidad extendiendo la palma de su mano izquierda hacia arriba donde se podía ver claramente una vieja cicatriz que cruzaba entera la misma—. Ya con seis años era un encanto —puntualizó con un brillo canalla en los ojos.

—¡Eh…! —exclamó Meg dándole un pequeño golpe en el brazo—. Yo solo quería que saliera bien y no tuviéramos que repetirlo.

—¿Y no se te ocurrió avisar antes? —preguntó Broc con una mirada entre divertida y recriminatoria.

—Pensé que si estabas dormido te dolería menos —contestó Meg, y la risa abierta de Kam resonó en el salón.

—Por lo que contáis, lo de *la mataclanes* ya se fraguó a temprana edad —aseveró Eara con una mirada divertida.

A Meg McGregor el clan de su esposo la llamaban orgullosos con ese sobrenombre desde que casi acabó con la vida de todos sus miembros envenenándolos en una cena. El hecho de que fuese una arquera excepcional y que terminase, a lo largo del último año, con la vida de dos hombres con unos disparos imposibles de ejecutar acrecentó su reputación hasta hacerse conocida en todas las Highlands.

—De pequeña él me llamaba algo peor —comentó Meg señalando a Broc.

—¿Cómo te llamaba? —preguntó la pelirroja intentando no echarse a reír por la forma en que Meg entornó los ojos para mirar, como ella lo llamaba, a su hermano de sangre.

—La destructora —contestó Broc de forma solemne, y esta vez Kam irrumpió a carcajadas. Las risas de Eara y Elsbeth y la mirada divertida de Bruce no hicieron que el rostro de Evan McAlister abandonara su rictus serio.

Meribeth, sin embargo, estaba dividida. Una parte de ella seguía anclada en lo que había sentido al ser testigo de la cercanía y confianza existente entre Meg McAlister y Broc, y otra, no podía evitar estar fascinada por conocer una parte del pasado del *highlander*. Porque tenía que admitir que verlo de aquella manera, sonriendo, relajado y con un brillo especial en sus ojos, zarandeó su interior como si hubiese chocado contra un muro de piedra, dejándola sin aire.

—Estaba totalmente injustificado que me llamara así —comentó Meg, explicando a los presentes lo injusto que le pareció en su día el apodo.

—¿Tú crees? —preguntó Broc—. Porque recuerdo una vez que acabé rodando por las escaleras porque querías comprobar si podías volar como un pájaro y estuve sin conocimiento dos días. Y otra vez terminé subido al tejado del viejo Errol junto a uno de sus cerdos, mientras te sujetaba para que no te abrieras la cabeza.

—No te obligué. Subiste porque te dio pena Mofletes.

—No sé si preguntar… —dijo Kam intentando no sonreír—. ¿Mofletes era el cerdo?

Broc miró a su hermano negando con la cabeza lentamente.

—Mofletes era como llamaba Meg al hijo del jefe del clan Stewart.

Esta vez, aunque todos intentaron contenerse, estallaron en carcajadas. Incluso Meribeth no pudo evitarlo.

—Traidorrr… —dijo Meg arrastrando la última sílaba entre los dientes antes de que una sonrisa enorme volviera a iluminar su rostro.

***

—Lamento si he dado la impresión de que quería matarte —dijo Evan a Broc un rato después, mientras todos disfrutaban de una buena conversación tras degustar la comida que había preparado Nighinn—. Pero mi querida esposa nunca me habló de ti. Espero que entiendas mi sorpresa —terminó, mirando después a Meg que se encontraba a su lado, justo enfrente de Broc.

Bruce, que ocupaba uno de los extremos de la mesa junto a Eara, los miraba con cierta diversión en los ojos. Elsbeth, a su derecha, seguida de Meg y Evan, escuchaba con atención la conversación, al igual que Kam, Broc y Meribeth que, sentados frente a Meg y su esposo, contemplaban atentos el intercambio de miradas entre ellos.

Johnson y Ken, los hombres de mayor confianza de Bruce, así como el padre David, con quienes también habían compartido conversación y cena, ya se habían retirado.

—¿Es eso cierto? —preguntó Broc a Meg arqueando una ceja—. ¿Nunca le has hablado de mí? He pasado en un momento de ser tu hermano de sangre a un completo desconocido. No sé si me recuperaré después de esta revelación.

Meg puso los ojos en blanco antes de que su pie bajo la mesa alcanzase de lleno la

espinilla del *highlander*.

—Auggg —se quejó Broc, consiguiendo que todos los presentes en la mesa rieran.

—Descansaréis aquí unos días antes de continuar, ¿verdad? —preguntó Eara a Meg cambiando de tema—. Me hace ilusión teneros con nosotros.

—Solo podemos quedarnos hasta mañana. Tenemos que visitar varios clanes más antes de quedarnos con Duncan unos días con motivo de la reunión que ha organizado para dentro de un par de semanas.

—Imagino que ya te habrá informado sobre dicha reunión —comentó Evan a Bruce.

El mayor de los Gordon asintió, antes de preguntar.

—¿Va a estar presente Grant?

—Sí —contestó Evan—. Estarán todos los aliados de los McPherson. Seremos nosotros, los McGregor, los Campbell, y Duncan me comentó que es posible que se unan los McThomas.

Meribeth, que se había mantenido callada durante la cena intentando pasar lo más desapercibida posible, se tensó al instante, perturbada por las palabras de Evan McAlister. No había sido la primera vez esa noche que el nombre de un clan la hacía reaccionar de forma instintiva, dificultándole disimular su reacción al oírlos.

La primera vez que se inquietó fue al escuchar el nombre del clan McGregor. Ellos eran un clan cercano territorialmente a los Colquhoun, y Meribeth había conocido tanto al *laird* del clan, Dune McGregor como a su hijo Logan. Sobre todo, a este último, cuyas visitas a Coby habían sido más frecuentes durante los dos últimos años. Sus clanes, que no habían sido aliados en el pasado, habían estado en vías de realizar una alianza. Ese intento de acercar posturas entre los dos clanes había sido un motivo de discrepancia entre Coby y los hombres de mayor edad en los últimos tiempos.

La segunda vez que sintió que su corazón daba un vuelco fue al oír el nombre del clan McThomas. Ese había sido el clan señalado por McKinley para su destino final, en donde se encontraba la persona a la que, según el *highlander*, debía pedir ayuda, seguro de que los protegería y les daría un nuevo hogar.

Ahora agradecía que Amy, un rato antes, se hubiese llevado a Crom a la cama cuando el niño empezó a dar signos de cansancio y sueño.

—Seguro que vendrá alguno de mis hermanos —dijo Eara, cuyos ojos habían brillado de júbilo ante la mención del clan de los McThomas. Sin embargo, Meribeth se removió inquieta en el banco. ¿La pelirroja era una McThomas?

—Pensé que su alianza era solo contigo, por vuestro matrimonio —dijo Broc mirando a Bruce.

—En un principio fue así, pero Tay lleva mucho tiempo teniendo problemas con varios clanes vecinos. En nuestra última visita le mencioné la posibilidad de extender esa confianza a los McPherson y al resto de nuestros aliados, si estos están de acuerdo durante la reunión. Duncan está dispuesto, ya que McPherson está teniendo también problemas con los Robertson, y su relación con los MacKintosh sigue sin ser buena, por lo que una alianza con los McThomas, que son un clan fuerte y que se ha mantenido unido y estable a pesar de las hostilidades surgidas en los últimos años, sería bueno para ambos.

Broc sabía que, si se forjaba dicha alianza, en la actualidad esta sería más ventajosa para los McThomas, pero que, a largo plazo, sin duda, lo sería para todos, porque con ellos de aliados la estabilidad en los territorios más al sur estaría garantizada. La mirada que compartió Bruce con él durante unos segundos le dijo sin palabras que sabía perfectamente lo que estaba pensando.

Meribeth no se percató de esa mirada, ni de las últimas palabras de Broc. Su mente estaba centrada en esa reunión que se llevaría a cabo en unas semanas y que supondría seguramente el punto y final a su estancia con los Gordon.

Si bien era cierto que la presencia de alguno de los McGregor en la reunión podría provocar que la descubrieran, también lo era que dicha reunión se celebraría en tierras McPherson y que era improbable que ella acudiera, pero si *laird* McGregor o su hijo, con motivo de dicha reunión, visitaba a Bruce, sin duda la reconocerían y eso era lo último que ella deseaba que ocurriese. No solo tendría que explicar muchas cosas, sino que Broc y el resto de los Gordon que les habían recibido con los brazos abiertos se sentirían traicionados por su falta de confianza y honestidad. Ella les había mentido hasta la saciedad y ahora, maldita sea, no estaba siendo mucho mejor al planear escapar sin despedirse y sin mirar atrás. Eso la hacía sentirse despreciable.

Un dolor sordo se extendió por su pecho cuando pensó en dejarlos y no volver a ver a Broc.

—¿Estás bien?

La pregunta de Broc la tomó por sorpresa. Estaba tan absorta pensando en lo que representaba para ella tener que adelantar su marcha que no se había percatado de la mirada inquisitiva del mediano de los hermanos Gordon. Tenía el ceño ligeramente fruncido y cierta preocupación velaba sus ojos. Era casi imperceptible, pero Meribeth había aprendido a reconocerla en sus orbes verdes, esos que se oscurecían más de los normal cuando algo le inquietaba.

—Sí, solo me he distraído un poco. ¿Por qué?

—Te has puesto pálido hace un momento.

La forma en que Broc seguía escrutando su rostro hizo que el estómago de Meribeth se contrajese como si le hubiesen dado un pellizco.

—Quizás es porque estoy cansado. Hoy ha sido un día muy largo.

—Fie, agotado. No puedo creer que haya escuchado esa palabra de tus labios. Pensé que no viviría para presenciarlo.

Meribeth puso los ojos en blanco. Sabía a qué se estaba refiriendo Broc y se lo merecía, pero de ahí a que le diese el gusto de reconocerlo iba un enorme trecho. Y todo porque en uno de los entrenamientos, cuando apenas podía sostenerse y Broc la incitó a rendirse con una sonrisa socarrona, no pudo evitar maldecirlo en voz baja, sacarle la lengua y contestarle que antes se rebozaría de barro entre los cerdos que rendirse.

—No sonrías de esa forma que no te voy a dar el gusto de bañarme con los cerdos. Si sigues así estarás tentando al destino.

—¿Con tu pequeña espada?

Meribeth lo miró fijamente con cara de pocos amigos.

—No te preocupes por su tamaño, pincha igual.

El pequeño gesto de morderse el labio inferior para no esbozar otra sonrisa por parte del *highlander* no le pasó desapercibida, provocándole una extraña sensación en el estómago.

Maldito fuera Broc Gordon y sus ojos, su sonrisa canalla, su mirada penetrante y limpia, sus malditos andares como si la tierra se mantuviera firme por él, sus manos con dedos largos y perfectos, encallecidos por el uso de la espada, así como su palma grande y fuerte y el dorso donde alguna vena se marcaba y que ella deseaba seguir a través de su antebrazo fibroso hasta llegar más arriba donde el músculo firme y…

Oh, por el amor de Dios, estaba babeando… sí, podía sentir cómo salivaba dentro de la

boca como si Broc fuese un manjar y ella estuviese deseando hincarle el diente. Tenía que enfurecerse por sus palabras, no pensar en darse un festín con su persona.

—¿Te estás ruborizando de pronto?, ¿o es que tienes fiebre? —preguntó Broc a bocajarro, y ella quiso borrarle la estúpida mirada burlona de sus ojos sacándoselos con los dedos.

—¿Por qué no me dejas tranquilo? ¿Yo qué te he hecho?

Broc enarcó una ceja.

—Vale. Olvida la última pregunta —dijo Meribeth consciente de que siempre que Broc le decía algo, ella intentaba tener la última palabra. Era verdad que recientemente discutían más que hablaban y Meribeth normalmente era quien lo provocaba, pero no podía evitarlo. Aparte de encontrarlo extrañamente estimulante y divertido, desafiar a Broc la hacía sentir, por un breve instante, ella misma. Podía sacar su genio, su ingenio y su afán competitivo sin que supusiese un riesgo para su identidad o su estancia allí. Y también le otorgaba una oportunidad de mantener las distancias con él, porque era más fácil enfrentarse a sus discusiones que a una conversación en la que tuviese que exponer una parte de ella. Las veces que habían hablado en serio, Meribeth había sentido la acuciante necesidad de contarle la verdad y desnudar su alma. Y había momentos en los que Broc se lo ponía muy difícil, como en ese instante, en el que abrió la boca y la hizo estremecer con solo una frase.

—Hacer has hecho muchas cosas, ¿quieres que te las recuerde?

Meribeth sonrió irónicamente de medio lado.

—No, gracias, prefiero innovar y hacer otras nuevas que te sigan sacando de quicio.

—¿Quién ha dicho que me sacas de quicio? —preguntó Broc con esa templanza que Meribeth tanto admiraba como odiaba a la vez.

—Si no es así, lo disimulas muy bien.

De nuevo ese atisbo de sonrisa en los labios de Broc.

—Eres cabezota, tienes un genio de mil demonios, mandón, sabelotodo…

Meribeth hizo una mueca con la cara antes de detener la diatriba del *highlander*, cargando sus palabras con una fina ironía.

—No sigas enumerando mis cualidades de esa manera que al final me sonrojo de verdad.

Y Broc no pudo evitar soltar una carcajada.

Meribeth maldijo por lo bajo ante ese gesto de espontaneidad del *highlander* antes de darse cuenta de que las voces que había estado escuchando de fondo mientras mantenía en voz baja la discusión con Broc ya no se oían. Desvió inmediatamente sus ojos del rostro del *highlander* hacia el resto de la sala para encontrarse con las miradas de los ocupantes de la mesa fijos en ellos, alternándose entre ambos.

Escuchó la risa baja de Broc ante su azoramiento, antes de que su lengua, esa que siempre iba a su rescate y era su perdición, volviera a tomar el control.

—Y así todo el día. No hay quien lo aguante —dijo Meribeth a los presentes con un leve rubor en su única mejilla visible—. Creo que por hoy es más que suficiente, así que, si no os importa, me retiro —siguió ante la mirada divertida de más de uno.

Meribeth no estaba huyendo a pesar de lo que parecía porque en verdad estaba cansada…, se dijo mentalmente para después reprocharse a sí misma una mentira tan absurda. No le extrañaba que los demás la miraran de esa forma en ese instante, como si fuesen conocedores de ese hecho.

A pesar de ello, Meribeth hubiese seguido con su intención de abandonar la velada si un movimiento a la entrada del salón no la hubiese detenido. La irrupción en la estancia de tres

hombres acompañados por Amy hizo que su atención, al igual que la del resto de los presentes, que ya solo eran los ocupantes de aquella mesa, se concentrara en los recién llegados. Sin embargo, a ella lo que la dejó sin aliento, con la respiración entrecortada y sin poder mover un músculo, fue la identidad de uno de los visitantes. La figura de Logan McGregor acercándose con paso firme hasta donde ellos se encontraban, seguidos de Duncan e Irvin McPherson, la hizo perder varios años de vida.

¿No habían dicho antes que la reunión era dentro de un par de semanas? ¿Qué hacía Logan allí, entonces? ¿Cómo llegaban a aquella hora? ¿Había ocurrido algo?

El grito de alegría de Meg al ver a su hermano hizo que saliera momentáneamente de esa parálisis que se había apoderado de ella al verlo allí. Tenía que retirarse de la estancia antes de que McGregor posase sus ojos sobre ella. Quizás no la reconocería, pero la posibilidad de que no fuera así estaba llevando su templanza al límite.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Meg, saltando del banco y acercándose a su hermano para darle un abrazo.

Logan rio ante la espontaneidad de su hermana antes de apretarla entre sus brazos.

—Unos asuntos del rey me han llevado hasta el territorio del clan Shaw. Allí me he encontrado con Duncan y el impresentable de su primo —dejó caer McGregor ante la cara de espanto de Irvin.

—Ehh… —dijo el aludido— ¿Quién es un impresentable? Soy uno de los mejores y más fuertes *highlanders* que ha dado esta tierra. Mucho cuidado con tus palabras, McGregor —terminó Irvin ante la risa de los presentes.

—La cuestión es que el viejo Shaw no nos ha dejado irnos hasta que no hemos comido con él y, cuando dejamos sus tierras, ya era tarde. Duncan me ha convencido de que era una temeridad que siguiera durante la noche hasta mi siguiente destino, así que nos dirigíamos hacia sus tierras cuando nos ha sorprendido la tormenta —explicó McGregor.

—He pensado que era mejor, si no es mucha molestia, hacer un alto en el camino y pedirte humildemente que nos dejes pasar la noche aquí —dijo Duncan a Bruce con un brillo divertido en los ojos.

—Eso te va a costar caro —apuntó Kam, el cual soltó una carcajada cuando su esposa puso los ojos en blanco antes de dirigirse al jefe del clan McPherson.

—No le hagas caso. Duerme él en el establo antes de que vosotros os quedéis a la intemperie —apuntó Elsbeth desafiando a Kam con sus ojos azul claro, tanto que casi parecían traslúcidos.

Kam le guiñó el ojo a su esposa y ella le sacó la lengua.

—Esta es siempre vuestra casa —dijo Bruce, y Eara asintió con una sonrisa en los labios.

Duncan les devolvió la mirada con calidez en los ojos, una que siempre acudía a ellos cuando estaba en presencia de aquellos a los que consideraba su familia.

—A mí me alegra que hayáis decidido venir, así he podido verte antes de lo que pensaba —dijo Meg mirando a su hermano a los ojos, todavía abrazada a él.

—Yo no diría que eso es motivo de júbilo —apuntilló Evan McAlister mirando a Logan con un brillo divertido en los ojos.

—Si te metes con alguno de mis hermanos eres hombre muerto —aseveró Meg apuntando con el dedo a su esposo.

—¿Tampoco con el de sangre? —preguntó Evan señalando a Broc. Los ojos del *highlander* estaban llenos de admiración y profundo amor mientras se posaban sobre su mujer.

Logan desvió sus ojos de pronto hacia Broc, y Meribeth bajó rápidamente la mirada

escondiendo aún más su rostro con el mechón de pelo que caía sobre su cara; sin embargo, supo el momento exacto en el que el *highlander* se quedó observándola con demasiada atención. Sin mirarlo pudo sentir los ojos de McGregor clavados en su persona como si pudiesen traspasarla.

Meribeth supo que, si seguía allí, las posibilidades de ser descubierta serían enormes, así que, rogando para que algún milagro sucediera, susurró a Broc que se retiraba y, sin esperar respuesta por parte del *highlander,* se puso en pie para abandonar la sala. Antes de que pasara al lado de los recién llegados, Duncan se dirigió a él.

—¿Ya te retiras, Fie? —preguntó McPherson.

Meribeth solo asintió antes de pasar por el lado de ellos y aligerar el paso. Sabía que estaba siendo descortés, pero ya pediría perdón a Bruce y al resto, así como a Duncan, al día siguiente, cuando Logan no estuviese cerca.

Sin embargo, la suerte, esa que últimamente le era esquiva, quiso que justo antes de que llegara a la puerta, la voz fuerte y segura de McGregor la traspasara como si le hubiesen clavado un puñal en el pecho.

—¿Meribeth? ¿Meribeth Colquhoun?

XXI

Maldita fuera la tormenta, los rayos, los truenos y todo el jodido clima de las Highlands. Y maldito fuera Logan y su capacidad de observación.

La espalda de Meribeth se tensó como una cuerda a punto de romperse. Cerró los ojos ante la pregunta de McGregor y saboreó el silencio que se adueñó de la sala y que acompañó a las interrogantes del *highlander*.

—¿De qué estás hablando? —escuchó Meribeth decir a Irvin McPherson dirigiéndose a Logan—. Su nombre es Fie y es un muchacho. Vino con Broc hace poco, junto a su hermano pequeño.

Meribeth dio un paso más, esperanzada en que la aclaración de Irvin fuese suficiente para Logan, y rogando para que la duda le diera el tiempo necesario para salir de allí.

—Detente —ordenó McGregor a Meribeth cuando esta ya se veía cerca de lograr escabullirse—. ¿Crom también está vivo? ¿Está contigo? —preguntó el *highlander* con un tono de voz que destilaba urgencia y gravedad.

Un «¿Pero ¿qué…?» proveniente de Kam Gordon fue el detonante para que los demás reaccionaran.

—Te estás confundiendo, Logan —dijo Eara.

—Pues que se dé la vuelta para que pueda verlo con claridad —espetó Logan.

—Déjalo, McGregor —aseveró Broc, y su voz no sonó a petición.

Logan conocía lo suficiente a Ross para saber que, a pesar de la tranquilidad con la que se había dirigido a él, aquello en realidad era una advertencia. No se lo tuvo en cuenta. Para él, Broc era alguien más de la familia. Su reacción protectora e instantánea hacia Meribeth evidenciaba que le preocupaba su bienestar.

—No voy a hacerle daño, me conoces… —dijo Logan a Broc.

—McGregor —espetó Bruce que hasta entonces había estado callado. Si lo de Broc había sido una advertencia, lo de Gordon era una orden.

—El *laird* de los Colquhoun junto a toda su familia fueron asesinados hace semanas en su hogar —soltó Logan a todos los presentes, como si así pudiese transmitirles la importancia de la situación.

Evan McAlister se levantó del banco y miró a Logan para después desviar sus ojos hacia la figura que estaba cerca de la salida y que se había mantenido inmóvil desde que McGregor lo había llamado por un nombre de mujer.

—Sí, oí que nadie se había salvado y que habían sido varios de sus propios hombres los que lo habían traicionado —señaló Evan.

—Esos hombres fueron descubiertos y sentenciados por el rey —se apresuró a señalar Logan.

Ante esas palabras ni siquiera Meribeth pudo dominar su reacción. Por inercia al escucharlas se volvió con rapidez, mirando a Logan con un fuego abrasador en su gran orbe color ámbar.

—¿Todos? —preguntó Meribeth entre dientes. Esa pregunta destilaba más furia contenida que la que cualquier mortal pudiera retener en su cuerpo—. Lo dudo, McGregor.

El silencio de nuevo se hizo en la sala, y las caras de los presentes reflejaron multitud de emociones: desconcierto, perplejidad, incredulidad, sorpresa…

Meribeth no observó ninguna, centrada como estaba en McGregor, sabiendo que, al contestarle, le había dado la razón, reconociendo que en verdad era Meribeth Colquhoun, porque, ¿qué sentido tenía negarlo, huir o alargar la agonía? Había sido descubierta y ella sabía que Logan no lo iba a dejar pasar.

Y si había tenido alguna intención de intentar escapar, después de sus últimas palabras, ni pudo ni quiso, porque necesitaba, más que el aire que respiraba, saber qué había de cierto en ellas y cuánto creía saber Logan. Porque estaba segura que ni él ni nadie conocía realmente el alcance de la traición hacia Coby.

—¿Qué diablos…? —empezó a preguntar Kam.

—¿Eres una mujer? ¿Eres quien dice Logan? —preguntó casi a la vez Irvin McPherson.

Unos pasos acercándose lentamente la hicieron desviar sus ojos de Logan hacia Broc, quien se cruzó en su campo de visión. Su mirada fue como un jarro de agua fría.

Meribeth tragó saliva, con el cuerpo en tensión y con una firme determinación. Solo esa mirada, solo esos ojos verdes repletos de tanto que parecían desbordarse eran capaces de hacerla titubear, de que por un instante olvidase su objetivo y lo que necesitaba hacer.

Unos ojos en los que se distrajo, asombrada de que no derrocharan sorpresa alguna o decepción. Había preocupación, dolor e incluso rabia, pero ningún reproche en ellos.

Manteniendo la distancia, pero permaneciendo cerca de ella, más que cualquier otro de los presentes, Broc siguió con sus ojos sobre su persona, con una fuerza arrolladora.

Bruce se adelantó unos pasos, hasta quedar a la misma altura que Broc, pero en el lado opuesto.

¿Ambos hermanos se habían posicionado para evitar que ella pudiese huir? Y, tan pronto lo pensó, se dio cuenta de lo absurda que era esa idea. Era imposible escapar de allí.

Y entonces, ¿qué demonios hacían?

La estúpida idea de que la estuviesen protegiendo cruzó por su mente, al mismo tiempo que pensaba que debía estar demente para poder siquiera plantearse esa posibilidad.

—No has respondido a mi pregunta. ¿Qué hombres fueron los que lo traicionaron, y qué ha pasado con ellos? —preguntó Meribeth a Logan, dejando de lado todo lo demás.

—Bean y Dougald fueron los que lo planearon y lo llevaron a efecto con ayuda de unos mercenarios y de algunos de los *highlanders* más jóvenes a los que Bean manipuló para que participaran, sin contarles en verdad hasta dónde pensaban llegar con su plan —explicó Logan extremadamente serio. En su semblante se podían ver también signos de preocupación—. Fueron precisamente varios de esos jóvenes los que, al descubrir que Bean había matado a toda la familia, reunieron al clan y confesaron. Tras eso hubo una lucha interna que acabó con Bean y varios de sus hombres más afectos muertos. Después de eso, se informó al rey y él envió una comisión a fin de averiguar todo lo que había ocurrido, porque la sospecha de que alguno de los clanes con los que Colquhoun mantenía una fuerte enemistad hubiesen podido ayudar a los traidores es en extremo preocupante, ya que podría desatar una guerra en gran parte del territorio. A falta de pruebas que confirmen esa suposición, Guillermo de momento ha decretado el destierro de los hombres que participaron en el plan de Bean y que no sabían de su alcance, y a los dos jóvenes que confesaron les concedió el perdón.

Meribeth cerró los ojos intentando contener la rabia que bullía por sus venas. Sabía que estaba temblando, pero no podía controlarlo. Escuchar la explicación de Logan solo había acrecentado aún más la sensación de impotencia que la había estado consumiendo desde que huyó de las tierras del clan Colquhoun.

—¿Por qué traicionaron esos hombres al jefe del clan? —preguntó Duncan a Logan.

—¿Y quién es ella y ese Crom al que has hecho alusión antes? —preguntó Irvin mirando a Meribeth y a McGregor seguidamente.

Logan no contestó a ninguna de las preguntas, centrado como estaba en Meribeth y en sus reacciones.

—¿Qué pasó aquella noche? ¿Cómo es que todo el mundo pensaba que estabais muertos? McKinley incluso nos enseñó vuestras tumbas —dijo Logan incisivo.

Broc se puso delante de Logan, dándole la espalda y mirando fijamente a Meribeth.

—Meribeth, mírame —le dijo con voz calmada pero firme—. No tienes que contestar si no lo deseas —continuó Broc sin dejar que sus ojos se desviaran una pizca de los suyos, como si la estuviera sosteniendo con ella.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Logan a Broc tomándolo por el brazo.

—Le estoy dejando claro que tiene opciones y que, si no desea hablar, nadie se lo exigirá bajo este techo —y la vehemencia con la que dijo esas palabras sacudió a Logan, que lo miró frunciendo el ceño antes de soltar el agarre sobre Broc, cuando la mirada de este se tornó gélida.

Logan miró de reojo a Bruce. Aquel era su clan, era el jefe del mismo y el que tendría la última palabra. No sabía qué había esperado, pero ver el brillo en sus ojos, fijos en Broc, velados por el orgullo mientras una sonrisa sesgada se dibujaba en sus labios, fue suficiente para saber que no conseguiría ayuda por su parte.

El hecho de que Eara y Elsbeth se adelantasen y se pusiesen cada una a un lado de Meribeth dejando claro que apoyaban cualquier decisión de esta casi le hizo poner los ojos en blanco.

Cuando miró a Duncan y este le hizo un gesto con los hombros en señal de que tendría que darse por vencido casi le dieron ganas de gruñir en alto.

Evan McAlister fue el único que se puso a su lado, aunque cuando abrió la boca quiso estrangularlo.

—No esperaba pasármelo tan bien esta noche, y menos a tu costa. Ver cómo falla por primera vez esa diplomacia tuya me reconforta lo indecible —dijo Evan guiñándole un ojo, cuando Logan lo fulminó con la mirada.

—Tenía en estima a Coby —soltó Logan de pronto mirando a Meribeth, con una expresión abierta que dejaba entrever cualquier emoción que lo embargara. Ese abandono, el deje de una pose y de un escrutinio a fin de analizar al otro interlocutor o con la mira en conseguir información, fue más efectivo que cualquier palabra que saliera de sus labios—. Es verdad que nuestros clanes han estado enemistados durante mucho tiempo, pero el acercamiento de los dos últimos años propiciado por Coby me dio la oportunidad de conocerle lo suficiente. No solo para respetar y apreciar al hombre, sino también para admirar su determinación y su valentía como *laird* a la hora de tomar decisiones difíciles, unas que le permitieron hacer lo correcto a pesar de la oposición que sufría por ellas dentro de su propio clan —continuó Logan—. No voy a mentirte diciendo que no deseo saber qué ocurrió, por el bien de la estabilidad en el territorio y porque Guillermo quiere que se investigue a fondo lo ocurrido, pero también es cierto que pienso que Coby no se merecía lo que le ocurrió. Fue un acto brutal e imperdonable, y deseo que se haga justicia.

—Está en tu mano —dijo Bruce a Meribeth mirándola a los ojos—. Nada de lo que digas saldrá de aquí jamás.

Ojos pardos contra ese único orbe visible de color bronce parecieron entablar algún tipo de conversación.

Tenía el respaldo de los Gordon.

¿Les había engañado y ellos la apoyaban?

Si cuando las mujeres Gordon se posicionaron a su lado ya había sentido un nudo en la garganta, con la respuesta de Broc y ahora la de Bruce estaba tan emocionada que tuvo que carraspear para poder decir algo.

El único temor de Meribeth de que los descubrieran durante todo ese tiempo, había sido la posibilidad de que llegaran hasta Crom. Aquella aciaga noche no había podido hacer nada por Susan ni por Ronald teniendo que presenciar cómo mataban a Coby sin intervenir, por el angustiado ruego que su mirada y sus labios le hicieron, pero ahora, en ese momento, sí que podía velar por el presente y el futuro de Crom. Uno en el que pudiese crecer tranquilo, libre y vivo.

—Debes prometerme que jamás revelarás que Crom está con vida —dijo Meribeth dotando a cada palabra de una fuerza y exigencia que hablaba más de un juramento que de una petición.

—¿Por qué? —preguntó Logan.

—Prométemelo.

Ahora fue Logan el que sostuvo la mirada de Meribeth, intentando descubrir por qué exigía esa promesa cuando los culpables habían sido descubiertos y cualquier peligro para Crom, erradicado.

—Prométeselo —pidió con firmeza Meg McAlister a su hermano, poniéndose a su lado y enlazando su brazo con el de él.

Duncan, que se había mantenido callado desde hacía un rato, tomó la palabra antes de que Logan tuviese oportunidad de decir nada.

—Temes que alguien le haga daño al chico, ¿verdad?, y eso solo es posible… —comenzó diciendo a Meribeth.

—Si además de los que has nombrado hubo otros involucrados en la traición —acabó Broc por McPherson.

—Alguien de peso dentro del clan —remató Bruce.

—Con los Gordon es imposible aburrirse —dijo Irvin por lo bajo, lo que consiguió que todos lo fulminaran con la mirada—. ¿Qué…? Es que cada vez que venimos se lía una nueva o, ¿ya no os acordáis de Alec Campbell y Helen? —continuó el *highlander*—. A todo esto. ¿Por qué tú no parecías asombrado de que fuera una chica? —preguntó Irvin a Broc.

—¿Es necesario aclarar esto ahora? —preguntó Broc a Bruce, ignorando a Irvin.

—No le hagas caso, es la edad… —respondió Gordon.

—Bruce, ¿desde cuándo haces ese tipo de comentarios con otros? Esto es algo solo nuestro. Realmente me siento desplazado —espetó Irvin.

—Tranquilo, después te doy un abrazo —sentenció Bruce, y la risa baja de Duncan llenó la estancia y relajó la tensión que hasta ese instante había reinado en la sala.

El carraspeo procedente de Logan centró de nuevo la atención de los presentes hacia él.

—De acuerdo. Te doy mi palabra —dijo finalmente con expresión adusta.

—¿Quieres hablar solo con Logan? —preguntó Broc a Meribeth, cuando esta no reaccionó de inmediato a la promesa de McGregor.

—¿Y perdernos la explicación después de tragarnos el drama? —preguntó Irvin.

Ese comentario hizo que hasta Meribeth esbozara una sonrisa.

¿Por qué Broc estaba siendo tan generoso con ella? ¿Por qué todos estaban siendo amables? ¿Por qué no estaban escupiendo fuego por la boca y sus caras no expresaban la traición o la decepción que tenía que haberles producido enterarse de que los había engañado desde el

principio?

—Nadie va a juzgarte. Estamos seguros de que has tenido tus motivos —dijo Eara mirándola a los ojos. Los grandes orbes verdes de la pelirroja eran como dos antorchas y en ellos no había reproche alguno.

—Todos tenemos secretos, y algunos pueden ser tan pesados como para corroer el alma —espetó Elsbeth, y Meribeth supo, por la expresión de la rubia y la intensidad con la que compartió una mirada con Kam, que hablaba por experiencia propia.

Meribeth apretó los dientes, sabiendo que, por las personas que había allí en la sala, que los acogieron a ella y a Crom sin ninguna reserva, sin preguntas, y los trataron como si fuesen uno de los suyos, por ese hombre que tenía delante, que la miraba como si quisiese traspasarle el alma y que a pesar de la furia velada que tintaba sus ojos, había sido el primero en ponerse de su lado, contaría lo sucedido aquella noche. Se metería la mano en el pecho y lo apretaría para que aquello que había estado conteniendo desde entonces no se desbordara, desangrándola en el proceso.

—Está bien. Confiaré en tu promesa porque Coby también te respetaba y tenía un alto concepto de ti, pero después de que te cuente lo que pasó esa noche, no me pidas que exponga nada de ello en ningún otro lugar.

El ceño de Logan se arrugó un instante y su semblante se endureció.

—Si hay más culpables, ¿no quieres que se haga justicia? —preguntó con fiereza—. Estamos hablando de Coby y su familia. Los mismos que te criaron y fueron como una familia para ti. Mataron a Sunna, y a Ronald con solo diecisiete años y...

—¿Crees que no lo sé? ¡Maldita sea, estaba allí! —gritó Meribeth.

Logan se calló de golpe, el silencio se apoderó de la sala y los rostros de todos mostraron una seriedad extrema.

Meribeth respiró con mayor fuerza, posó las manos en sus caderas y bajó la cabeza para intentar calmarse lo suficiente. Sabía que Logan no lo había dicho con intención de juzgarla. Conocía rasgos de la personalidad de ese hombre por Coby y siempre había confiado en el criterio de este último a la hora de valorar la naturaleza de los demás. Logan no tenía ni idea de lo que había pasado esa noche y, aunque no le había gustado la forma en que había insinuado que ella intentaba alejarse del problema, él no conocía sus motivos para ello.

—Necesito sentarme para contar lo que pasó esa noche —dijo Meribeth con un tono de voz más calmado, aunque sus ojos reflejaran, sin que ella pudiese hacer nada por evitarlo, la tormenta que estaba teniendo lugar en su interior y que amenazaba con arrasarlo todo.

Sus ojos, al levantar la cabeza, impactaron contra los verdes de Broc, que brillantes e intensos, seguían fijos en ella. No hicieron falta palabras, solo una mirada para que Meribeth tuviese que tragarse el nudo que se formó en su garganta y que amenazó con asfixiarla. Esos ojos, esos malditos ojos que nunca dejaban de asombrarla, eran capaces de expresar un sinfín de emociones. Ella creía que las había visto todas, incluso aquellas que todavía no había podido descifrar, y sin embargo allí había una nueva, un nexo tangible que le hizo evocar un puente, firme, imperturbable y sólido. Uno que él estaba extendiendo hasta ella y que quería transitar para quedarse en él, desde el que pudiera mirar sin miedo a que las aguas oscuras que navegaban bajo sus pies pudiesen alcanzarla.

Meribeth rompió la conexión desviando sus ojos, centrándose en el resto de presentes antes de echar a andar. Cuando llegó hasta la mesa se acercó hasta uno de los bancos que la rodeaban, justo a la mitad del mismo, y tomó asiento.

Broc la siguió hasta allí de inmediato y se sentó a su lado, seguido por el resto, que no

tardaron en hacer lo mismo centrando toda su atención en ella.

—No he querido antes insinuar que la muerte de Coby no te importase lo suficiente —dijo Logan con una mirada franca, y su expresión sincera respaldó sus palabras con ahínco.

—Lo sé —respondió Meribeth con determinación—. Y deseo hacer justicia por sus muertes más que cualquier otro, pero me temo que eso va a ser imposible, a no ser que quieras acabar con la mitad del clan.

Ante esas palabras, la expresión de Logan y la de todos los presentes se endureció, tornándose severa.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Logan entre dientes.

—Antes has nombrado a los que estaban involucrados —dijo Meribeth echando su torso un poco hacia delante, apoyando los antebrazos en la mesa, acortando así las distancias con Logan que estaba sentado justo enfrente de ella—. Me has hablado de los que confesaron y dijeron que no habían sabido del alcance de la traición de Bean y Dougald. Y también me has contado que Bean ha muerto. ¿Quizás murió antes de que pudieran interrogarlo? —preguntó Meribeth.

Los ojos de Logan se achicaron levemente.

—Sí, eso fue lo que nos dijeron a mí y al resto de enviados del rey cuando fuimos por mandato del mismo a evaluar lo acontecido.

El asentimiento por parte de Meribeth, el brillo de furia contenida en su único ojo visible no pasó desapercibido para nadie.

—Nos reunimos con los hombres de mayor peso dentro del clan —continuó Logan—, y también con todos los que, de alguna forma, estuvieron involucrados, incluidos los dos jóvenes que confesaron y que Guillermo desterró del clan. Sus versiones de los hechos tenían coherencia y eran coincidentes. También hablamos con el resto de los Colquhoun. Muchos no sabían nada y estaban destrozados por lo que había pasado. Algunos expresaron su incredulidad por el hecho de que Bean idease la traición, ya que era el hombre de confianza de su *laird* y todos lo tenían en alta estima. No podían creer que hubiese podido matar a Coby y su familia, así como a Frang, el sobrino de Coby.

Ante la mención de ese último nombre, Meribeth apretó los dientes y su expresión se tornó peligrosa.

—A Coby no lo mató él, y a Frang lo maté yo.

Que Logan era uno de los hombres de confianza del rey y que sabía moverse en la corte como pez en el agua ya lo sabía, pero que su diplomacia y su experiencia en asuntos internos eran excepcionales quedó más que patente ante su reacción después de escuchar las palabras de Meribeth. Solo cuando su voz sonó más ronca de lo normal y entrecortada al principio, fue cuando se notó que lo dicho por Meribeth le había impactado.

—¿Por qué… cómo, de qué manera llegó a…?

Bruce cortó a Logan antes de que este terminara de preguntar.

—¿Por qué no empiezas por el principio? —dijo el mayor de los Gordon—. Nadie va interrumpirte hasta que acabes —finalizó con contundencia mirando a Logan, y los labios de Broc esbozaron una leve sonrisa ante la autoridad que emanaba de su hermano por todos los costados. No lo hacía de forma consciente, simplemente Bruce tenía una personalidad arrolladora.

Meribeth inspiró con fuerza y, cuando tuvo la atención de todos fija en ella, comenzó a relatar lo ocurrido aquella noche: desde la enfermedad de Crom que explicaba por qué y dónde se encontraban cada uno cuando sucedió el asalto al castillo, pasando por la forma en la que se

despertó en mitad de la noche y cómo llegó a escuchar lo que hablaban los traidores y los mercenarios, arropada por la oscuridad de la escalera que daba a la sala principal, cómo fue testigo de la muerte de Coby a manos de Frang y cómo ella mató a este después, hasta la forma en la que logró escapar con Crom por el pasadizo que Coby le había enseñado tiempo atrás. Les habló de las condiciones en las que llegaron a casa de McKinley, cómo este les ayudó, el plan que ideó para que ella se hiciese pasar por un chico, y el largo número de semanas que pasó viajando con Crom, dando un rodeo por si los seguían hasta que pudiesen llegar a su destino.

Las caras de todos los presentes fueron cambiando durante toda su narración, pudiendo Meribeth contemplar en ellas un sinfín de emociones. Desde la sorpresa, la incredulidad, la repulsa, la furia…

Habían sido varios de esos pasajes, los más duros para ella de describir, los que arrancaron de sus interlocutores más gestos y miradas. La tensión palpable en sus rostros, sus ojos… como los de Eara o Elsbeth al relatar ella cuando tuvo que ver morir a Coby y presenciar los cuerpos sin vida de Ronald y Sunna, o cuando les contó lo que escuchó que Frang quería hacerle antes de matarla. Los ojos de ambas habían permanecido fijos en los de ella, desbordantes de entendimiento y furia, una rabia en el caso de la rubia que incluso le había puesto los pelos de punta.

Tampoco se le había escapado la cara de Logan, palideciendo al escuchar la magnitud de la traición y el alcance de la misma. La mirada de los McPherson y los McAlister, llenas de estupor, y de condena hacia los que habían cometido esa atrocidad. Y los ojos de los hermanos Gordon…

Ellos tres fueron los que más le impactaron.

Bruce parecía imperturbable, pero su mirada se había oscureciendo como si la luz jamás hubiese existido en ellos.

Los de Kam, tan joviales y templados, parecían haber adquirido un tinte salvaje, y los de Broc…, a esos no se atrevió a mirar. Había sentido la tensión de su cuerpo tan cercano al suyo. Había escuchado su respiración errar varias veces mientras ella hablaba, como si en algunos momentos le hubiese supuesto un esfuerzo mantener la calma. Y su mandíbula apretada, esa que vio de reojo y que le indicó que su templanza, sorprendentemente, se tambaleaba. Sin embargo, Meribeth no quiso comprobarlo, porque si, detrás de su enfado, uno que estaba más que justificado, no encontraba en sus ojos ningún otro sentimiento, aquello la haría pedazos.

Y eso la sacudió por dentro, como si se estuviese en mitad de una tormenta, y… ¿por qué? ¿Por qué después de aguantar todo ese tiempo, de enfrentar cada uno de los obstáculos que había ido encontrándose, sin que su voluntad, su fuerza o su dignidad se resquebrajara, si pensaba en Broc todo parecía volverse frágil, volátil y caótico?

—Malditos bastardos —escupió Logan, momentos después de que Meribeth dejase de hablar, rompiendo el incómodo silencio en el que se había sumido la estancia tras terminar de hablar.

—No es que no quiera que se haga justica, McGregor, es que después de aquella noche, después de hablar con McKinley, comprendí que la traición que sufrió Coby no fue solo cosa de unos pocos hombres —dijo Meribeth y en sus gestos, en su rostro y en sus palabras reverberaban la fuerza y la resolución que la habían ayudado a llegar hasta allí—. Jamás vas a poder averiguar quiénes son en su totalidad, y hasta qué punto están podridos —continuó Meribeth antes de coger aire e inclinarse hacia delante mirando fijamente a Logan.

—Tiene razón —aseveró Duncan asintiendo—. Según lo que nos ha contado, los mercenarios penetraron en el territorio y llegaron sin problemas hasta el mismo seno del castillo.

¿Cómo pudieron hacerlo sin que nadie se percatase? ¿Ningún miembro del clan escuchó los gritos y la lucha que tuvo lugar en el salón principal? —preguntó el *highlander*.

—Sí, y además era de madrugada, y salvo yo, que llevaba dos días sin dormir y estaba descansando, muchos se mantuvieron en vela, esperando a lo que parecía la muerte eminente de Crom. Y más tarde, cuando terminaron, después de matar a Coby y a los demás, ¿cómo pudieron desaparecer sin que nadie viese ni escuchase nada? —Y Meribeth cerró los ojos un instante con fuerza y apretó la mandíbula antes de proseguir.

McGregor se tocó el cuello con la mano. Su rostro reflejaba una severa concentración.

—Frang era el hijo de Errol, el hermano mayor de Coby, al que todos respetaban y adoraban por igual. El que Errol terminara muerto por salvar a su hermano, por luchar en su lugar, y que después Coby fuera el jefe del clan, es algo que muchos no olvidaron ni perdonaron jamás. Además, un considerable número de guerreros y ancianos también estaban en contra de que Coby quisiese una alianza con aquellos que habían sido sus enemigos durante décadas. En más de una ocasión verbalizaron su descontento por dicha iniciativa. Tampoco les gustaba que fuese un hombre recto y justo, cuya amistad y favoritismo no estuviese en venta. Decían que después de haber sido tan impulsivo en su juventud, su actitud no era sincera, sino un alarde de soberbia y prepotencia —dijo Meribeth con rabia por lo injusto de aquellas valoraciones. Coby había sido un hombre extraordinario en todos los sentidos, y Meribeth sabía que no había pasado un solo día sin que él hubiese recordado a su hermano mayor, lamentándose por lo sucedido años atrás. El que Errol hubiese ocupado su lugar en aquella lucha no fue algo que Coby aceptara en su día; de hecho, no lo supo hasta que fue demasiado tarde. Algo que nadie parecía querer recordar.

—Y por supuesto —continuó Meribeth—, nunca aceptaron que me tratase como si fuese su hija y una Colquhoun —dijo con énfasis, confiriendo a sus últimas palabras un mayor peso.

—Ella tiene razón. Lo que nos ha relatado no es fácil de llevar a cabo por solo un puñado de hombres, y claramente no está ideado y ejecutado por dos —dijo Broc—. Aunque los ejecutores del plan fueron descubiertos y ambos están muertos, las raíces de la traición se extienden mucho más allá de esos dos hombres, y con la confesión de los jóvenes, aquellos que apoyaron y ayudaron a Frang y Bean se cubrieron las espaldas. Estoy seguro de que solo estos conocían la identidad de todos los que estaban en contra de Coby y les ayudaron a ejecutar su plan. Y ahora ambos están muertos, y con ellos la posibilidad de descubrir quiénes estaban involucrados.

Meribeth contuvo la respiración solo por un segundo. Era tan sumamente consciente de la presencia de Broc que, aunque había querido obviarlo a toda costa, evitando mirarle desde que se habían sentado alrededor de la mesa, escuchar su voz, justo a su lado, tan cerca, hizo que se estremeciera por dentro.

No sabía lo que él pensaría de todo aquello, y por todos los infiernos que eso no debería importarle, pero así era, y aquello era un error que nunca debió permitirse. Su objetivo de mantener a salvo a Crom a toda costa, sin confiar en nadie, sin albergar una pizca de piedad y sin dejar que nada se interpusiese en su camino, debería haberlo llevado hasta al final. Y francamente, había fallado en su objetivo, a pesar de haberlo tenido tan claro, casi grabado a fuego bajo la piel. Su única excusa era que no lo vio venir hasta que fue demasiado tarde.

Y ahora, aunque se lo negase a sí misma, aunque su actitud y sus palabras a partir de ese momento fuesen frías y determinantes respecto a Broc y al resto de los Gordon, la única realidad era que se había enamorado de ese maldito *highlander* y que consideraba al clan Gordon como algo suyo.

—Ni Crom ni ella pueden volver —dijo Duncan, interviniendo nuevamente mientras negaba levemente con la cabeza, dando más énfasis a sus palabras—, porque los que podían ponerle nombre a los que traicionaron a su *laird* están bajo tierra, y se llevaron con ellos su secreto. Las personas que estuvieron detrás de la traición son astutas y sin honor. Nadie puede organizar un plan de esa envergadura sin el respaldo de hombres importantes dentro del clan. Hombres que sin duda gozan del respeto de su gente, y cuya palabra tendrá mayor peso que la de Meribeth. Hombres cuya resolución y resentimiento son tan fuertes como para permitir que mataran a toda la familia de su *laird*. Está claro que no querían solo acabar con Colquhoun. Querían destruir a toda su estirpe.

Los presentes asintieron en señal de conformidad. El resumen y las conclusiones de McPherson no podían ser más certeros.

—Entiendo que estás en lo cierto, Duncan, pero no puedo dejarlo pasar. Coby quería una alianza, y gracias a él varios de los clanes colindantes cuya enemistad con los McGregor, los McAuley y los McFarlane está enquistada desde hace demasiado tiempo, se avinieron a reunirse con nosotros para intentar un acuerdo de paz —continuó Logan mirando a Duncan y luego a Meribeth con agudeza—. Guillermo quiere esa paz, y lo que ha pasado con Colquhoun solo ha provocado que las relaciones entre esos clanes se recrudezcan. Las sospechas de que alguno de ellos pudiese haber cooperado con los traidores para matar a Coby solo ha creado una gran inestabilidad. Si hay una posibilidad de aclarar que ninguno de ellos tuvo que ver con sus muertes, que solo los propios hombres de Coby fueron los responsables, entonces se salvarían muchas vidas.

—¿A costa de otras? —preguntó Eara, frunciendo el ceño, sin percatarse de la mirada de apreciación que le dirigió Broc y de la calidez con la que la observó Meribeth.

—La decisión es suya, McGregor —sentenció Bruce —. Que quede claro que nadie que no sea Meribeth va a decidir lo que hacer con su vida y con la de Crom.

La mirada de Logan quedó suspendida unos segundos entre ambos. McGregor entendía perfectamente a Meribeth y respetaba y comprendía la postura de los Gordon con respecto a ella y el niño, pero allí había mucho más en juego.

La mirada penetrante de Duncan y la extremadamente seria de Irvin le hicieron comprender que los McPherson respaldarían a los Gordon, aunque eso significase caminar sobre brasas ardiendo hasta el infierno.

Incluso su hermana Meg, que le miraba con el ceño fruncido, y esa honestidad en sus ojos que tanto amaba, parecía no compartir tampoco su postura.

—Hay otra manera… —dijo Broc de pronto.

Todos los ojos de la sala se desviaron hasta el *highlander*.

—Explícate… —pidió Logan.

—Hay otra forma de que tengas a tu testigo y una confesión de lo sucedido; de que se haga justicia, y de que el rey tenga pruebas de la magnitud de la traición hacia Colquhoun, aunque no podáis descubrir a la totalidad de los que lo traicionaron.

McGregor contrajo sus facciones y, en sus ojos, una curiosidad innata.

—¿Sin exponer a Meribeth y a Crom?

—Exacto —dijo Broc con esa templanza que lo caracterizaba.

La seguridad con la que dijo sus palabras y el brillo en sus ojos convencieron a Logan y al resto de que realmente había pensado en una manera de realizarlo sin que Crom y Meribeth tuviesen que dar la cara, y esta, sumida en la tempestad que había supuesto poner en palabras todo lo ocurrido aquella aciaga noche, lo miró por primera vez desde que se sentaron a la mesa.

Los ojos verdes de Broc, centrados en Logan, eran enigmáticos y tenían tanta fuerza que era imposible no quedar fascinado por ellos.

—Los mercenarios —dijo el mediano de los Gordon.

La mirada apreciativa de Bruce y la sonrisa de medio lado de Kam se repitió en el rostro de varios de los presentes ante su idea.

—No será fácil, pero si los encuentras y consigues que confiesen, puede que descubras más sobre la identidad de quienes estuvieron involucrados en la muerte de *laird* Colquhoun y su familia que lo que pueda aportar Meribeth, y además será una prueba de peso —terminó Broc sin dejar que sus ojos, determinados, dejasen de estar fijos en los de Logan que ahora se veían especulativos, fiel reflejo de la rapidez en la que circulaba por su cabeza las medidas que tenía que adoptar para llevarlo a cabo.

—Si es así, cuenta conmigo —aseveró Meribeth —. Ellos no me vieron a mí, pero yo sí, a varios de ellos, además.

Logan asintió lentamente.

—Nos llevará más tiempo, y será difícil, pero, por la seguridad de Crom y la tuya, estoy de acuerdo en intentarlo primero por esta vía.

Meribeth negó ligeramente antes de hablar.

—No será la primera, será la única —contestó con rotundidad—. Y me da igual lo que tú o cualquier otro pueda pensar de mí. Mi prioridad es Crom. Si solo hubiese sido yo, ten por seguro que te habría acompañado hasta el fin del mundo, pero si descubren que estoy viva, dudarán también de la muerte de Crom, y no voy a dejar que nada ni nadie le haga daño al niño. Él es mi familia, lo único que me queda y, además, fue lo último que me pidió Coby —siguió, y su voz al nombrar al que había sido como un padre para ella, pareció romperse un poco. Sin embargo, se recuperó al instante porque sus siguientes palabras sonaron fuertes y templadas—. El miedo que había en sus ojos antes de morir no fue por su propio fin, sino por el temor de que Crom cayese en manos de Frang, o que este lo matase. Las palabras que ese malnacido le dijo…, cómo lo torturó con ellas antes de que Coby exhalara su último aliento… — continuó y su mirada se endureció, llena de oscuridad—. No, no voy a dejar que nadie le robe eso también, así que tendrán que enfrentarse a mí para llegar a Crom, porque no voy dejar que lo pongan peligro, y eso te incluye a ti, Logan McGregor.

XXII

La tensión volvió a instalarse en el salón tras sus palabras, pero le daba igual.

Meribeth le sostuvo la mirada a Logan, desafiante e inquebrantable, esa que tantas veces Coby le había dicho que representaba un constante peligro para ella, que tantas otras le aconsejó atemperar, pero que Meribeth ni pudo ni quiso evitar porque era parte de su ser, como su carácter fuerte y explosivo. Coby la enseñó a controlarlo, pero jamás intentó extinguirlo, porque hacerlo hubiese sido tan imposible como un día sin su noche. En vez de eso, la ayudó a convertirla en su ventaja, utilizándola con astucia, como un arma tan afilada como la espada especial que hizo forjar para ella, aunque hubiera veces, como en ese instante, en los que la prudencia y la templanza morían aplastadas por la necesidad visceral de dejar su autocontrol a un lado y mostrar su determinación y sus intenciones sin subterfugios ni medias tintas. Quizás siempre fue demasiado honesta y fiel a sí misma mientras convivió con el clan Colquhoun hasta el extremo de que su sinceridad, tan poco reconocida en el clan, la abocara a sentirse una extraña entre ellos, a pesar de los años que estuvo entre sus miembros; sin embargo, tras su estancia de unas semanas en el clan Gordon, se sentía como pez en el agua, en una tierra que era más un hogar que el que había habitado durante toda su vida.

Meribeth respiró hondo tras sus últimas palabras dirigidas a Logan, consciente de que todos los presentes permanecían atentos al duelo de miradas que mantenía con McGregor.

—Entiendo perfectamente tu preocupación —comenzó a decir Logan antes de que Evan McAlister lo interrumpiese.

—Yo creo que no; si no, no intentarías que hiciese algo que está claro que no desea hacer —apostilló este, levantando después las manos en señal de disculpa cuando Logan le fulminó con la mirada.

—Así no ayudas —le dijo Meg a su marido entre dientes.

—Me ha quedado claro cuáles son tus demandas, pero si lo de los mercenarios no funciona hay otras posibilidades —dijo Logan a Meribeth—. No estás sola. Nos tienes a todos nosotros, y sabes que puedes dejar de huir. No eres solo una Colquhoun —terminó Logan, y Meribeth abrió más su único ojo visible cuando el sentido de esas palabras caló hondo en su interior, como si hubiese sido un puñal directo al corazón.

—No puedo creer que menciones eso —dijo Meribeth arrastrando un poco las palabras, como si le costase aceptar que McGregor estuviese haciendo referencia a aquello en ese preciso momento.

—Sabes que Coby me preguntó sobre varios clanes. Tenía curiosidad por saber si eran hombres de honor. Me contó lo suficiente sobre su demanda para que no recelase de su interés; sin embargo, me dio el nombre de diversos clanes para que, aunque sospechase, tu secreto estuviese protegido.

—¿De qué está hablando? —preguntó Broc a Meribeth, aunque esta seguía mirando a Logan como si quisiera matarlo lentamente.

—¿Hay algún secreto más? —preguntó Irvin con una ceja alzada—. Y pensar que hemos estado a punto de perdérnoslo. Si no llega a ser por la tormenta, no nos enteramos.

Ahora fueron los ojos de todos los presentes, en los que podía leerse tras las palabras de Logan cierto desconcierto, los que miraron a Irvin con cara de querer cerrarle la boca.

—No tienes ni idea —continuó Meribeth, dirigiéndose a McGregor, indiferente a las

palabras de McPherson y haciendo que la atención de todos lo que estaban allí se desviara de nuevo hacia ella.

—No ha sido fácil, lo reconozco, pero creo que he llegado a la conclusión acertada —expresó Logan.

—No tienes ningún derecho a exponerlo —dijo Meribeth.

—Y no voy a hacerlo, pero últimamente me he preguntado más veces de las que quiero reconocer por qué Coby me pidió aquello. Por qué confió en mí, y por qué querría esa información después de tantos años. Creo que intuía que algo malo podía pasar y quería asegurarse de que tendrías un lugar al que poder acudir.

Meribeth ya intuyó en su día que Coby sabía que podían traicionarlo. La forma extraña con la que se comportó antes de que fuese asesinado, que le enseñara aquel pasadizo, que le indicase a quién acudir si alguna vez pasaba algo, y el hecho de confiar en Logan y pedirle aquella información…, visto ahora, desde la distancia, solo podía ser por un motivo.

—Meribeth… —exclamó Broc, y esta vez ella no pudo evitar desviar sus ojos hasta los del *highlander*. Y lo que vio en ellos la hizo maldecir en silencio. Maldito Broc Gordon. Maldita fuera su personalidad y su carácter que lo hacían tan imprevisible. Porque sus orbes verdes, esos en los que podía perderse, la miraban con calma, con una fuerza arrolladora, con confianza. No había reproche, no había incertidumbre alguna, ni siquiera la curiosidad que esperaba encontrar o el desconcierto tras las palabras enigmáticas de Logan.

Y entonces volvió a maldecir, pero esta vez en voz alta a tenor de cómo la miraron todos. Ni siquiera había sido consciente de ello, hasta que vio sus caras, y entonces soltando el aire que había retenido más de la cuenta en su última inspiración se llevó una mano a sus ropajes, hasta que su mano izquierda se introdujo en el apartado secreto que ella misma había cosido en el interior de su pantalón para buscar el objeto que allí guardaba.

—Apenas conocías a Coby, así que no te atrevas a suponer lo que él deseaba —dijo Meribeth mientras apretaba en su palma el trozo de metal que sus dedos habían encontrado solo un instante antes, desviando después su mirada al resto de los presentes. Y se sorprendió cuando en ellos encontró genuina preocupación.

Y tomó una decisión, porque, ¡al infierno con todo! No quería más secretos que alguien, en un futuro, pudiese esgrimir contra ella. Aquel era un asunto pendiente que durante los últimos años había ido relegando hasta el olvido, pero que en ese preciso momento el destino se había encargado de ponerle frente a sí. Además, sabía que su madre siempre tuvo un hondo pesar por no conocer las respuestas que quedaron en el pasado sin contestación alguna y que la dañaron demasiado, hasta el punto de no querer volver a amar.

—Ya he dicho antes que no soy una Colquhoun… —comenzó Meribeth entre dientes.

—No tienes que… —empezó Eara.

—Lo sé —se apresuró a contestar Meribeth, y la pelirroja asintió ligeramente cuando vio la determinación en sus ojos—. Pero no voy a dejar que nadie me presione por proteger un secreto que ya no tiene relevancia alguna —continuó ante la mirada atenta de todos los presentes.

—Te he dicho que no voy a revelarlo —comentó Logan con vehemencia.

—Si tu intención no era amenazarla con ello no lo habrías nombrado —concluyó Broc mirando al *highlander* como si quisiera arrancarle la cabeza.

La mano de Meribeth posándose en el brazo de Broc hizo que este desviase inmediatamente sus ojos hacia ella. La leve negación que le prodigó con la cabeza fue suficiente para que el *highlander* frenase en su intención de asesinar a McGregor.

—No importa…, está bien así —dijo Meribeth, devolviéndole la mirada cargada de

determinación, antes de empezar a hablar sobre su origen—. El matrimonio de mi madre con el jefe de su clan fue acordado por mi abuelo, a pesar de la negación y los ruegos de mi madre para que no la obligase a casarse con él. El *laird* era un hombre mucho mayor que ella, y había rumores de que no había tratado bien a su anterior esposa. Al parecer, su carácter violento en la intimidad era un secreto a voces. Y, además, sumado a eso, mi madre estaba enamorada de otro hombre, uno que conoció mientras estuvo en la corte junto a mi abuelo durante un tiempo —continuó Meribeth inspirando profundamente antes de seguir—. Ese hombre pertenecía a otro clan y, a pesar de la juventud de ambos, terminaron enamorándose. Poco tiempo después, la estancia en la corte llegó a su fin y tuvieron que separarse hasta que en una reunión de clanes volvieron a verse de nuevo. Para entonces, mi abuelo ya había comprometido a mi madre con el *laird* del clan y, fruto de su desesperación por lo que la obligaban a hacer, ambos decidieron escapar juntos, a pesar de lo que eso podría suponer para los dos. Sin embargo, cuando él no volvió a por ella como acordaron y, tras conocer mi madre que estaba embarazada, ya no pudo seguir ocultándoselo a mi abuelo. —Meribeth en ese momento hizo una pequeña pausa porque lo que venía a continuación seguía produciéndole dolor al escucharlo. Saber que su madre tuvo que sufrir de aquella manera le hacía hervir la sangre—. El *laird* se enteró cuando mi abuelo tuvo que explicarle el motivo por el que no podría casarse con él. Después de que la hiciera presentarse ante él, aquel hombre descargó su furia sobre ella de tal manera que se temió por su vida, y más cuando en su estado, el *laird* —dijo Meribeth cargando de ironía y desprecio esas últimas dos palabras— la expulsó del clan. Mi abuelo lleno de vergüenza la repudió, y fue un amigo de él quien se apiadó de mi madre, la cuidó y después, cuando pudo volver a caminar, la sacó de aquellas tierras acompañándola hasta el hogar del clan Colquhoun. Fue un verdadero milagro que no me perdiera a mí tras aquello. —Y los ojos de Meribeth brillaron velados por el recuerdo de su madre—. Ella me solía llamar así, decía que yo era su milagro.

—¿Por qué el clan Colquhoun? —preguntó Elsbeth, centrada en la narración de Meribeth, al igual que el resto que la observaban con atención.

—Sunna, la esposa de Coby, pertenecía al mismo clan que mi madre hasta que se casó con él y pasó a ser una Colquhoun. Ambas habían sido como hermanas, así que mi madre recurrió a ella cuando se encontró en esa situación desesperada. Después de aquello, cuando nací, mi madre me crio junto a ellos hasta que murió cuando yo tenía ocho años. Tras su fallecimiento, Sunna y Coby, junto a sus hijos, fueron mi única familia.

—¿Y tu madre jamás intentó averiguar por qué el hombre que amaba no fue a por ella? —preguntó Meg McAlister, cuyos grandes ojos del color del bronce la miraban como si entendiera el dolor que se sentía al perder a una madre.

—Tardó varios años en saber de él —dijo Meribeth mirando fijamente a Meg—, para enterarse finalmente de que este había muerto. Así que jamás pudo averiguar la verdad, aunque lo más acertado sería pensar que él se arrepintió de su promesa. Para ninguno de los dos era fácil escapar de lo que sus respectivos clanes esperaban de ellos.

—¿Cuáles eran esos clanes? —preguntó de pronto Irvin a Logan.

Las miradas del resto de los presentes sobre el *highlander* fueron de todo menos piadosas.

—No hace falta preguntar —dijo Meribeth con voz firme haciendo que la atención de todos se centrase de nuevo en ella, a la vez que sacaba el objeto que había estado estrechando en su mano izquierda y lo lanzaba encima de la mesa.

La cara de estupefacción, de asombro y de absoluta perplejidad sacudió los rostros de todos los presentes, porque aquel broche pertenecía a un clan que todos conocían.

—McPherson —dijo Kam con la voz ahogada.

Irvin tomó corriendo el trozo de metal entre sus manos, mientras Duncan miraba fijamente a Meribeth con una expresión torva.

—¿Era un McPherson? —preguntó McAlister cuando Irvin palideció de pronto.

—No cualquier McPherson —afirmó Duncan sin dejar de mirar a Meribeth.

—¿Duncan? —preguntó Bruce a su amigo. Lo conocía tan bien que solo por el tono de su voz supo que ver aquel broche le había afectado.

—Ese broche pertenecía a mi hermano Hasson —dijo Duncan, y en su voz podía percibirse el desconcierto por aquella revelación. La dureza con la que remarcó cada una de sus palabras hablaba también de cierta incredulidad y de lo ruin que le parecería aquello de no ser cierto.

—¿Tu madre era Elsia Mckinnon?

Esa pregunta salida de los labios de Irvin McPherson hizo que la sala se sumiera de nuevo en un profundo silencio. La voz del *highlander* sonó cansada como si evocar el pasado y el nombre de la madre de Meribeth le hubiese supuesto un gran esfuerzo.

—¿Irvin, qué…? —preguntó Duncan a su primo, contrayendo el rostro en un gesto involuntario, mitad por la sorpresa y mitad por el desconcierto que le había provocado el que Irvin tuviese conocimiento de quién era la madre de Meribeth.

—Sí —contestó esta en apenas un susurro.

Las facciones de Irvin se endurecieron y sus ojos se velaron, opacando su vivacidad que solo unos instantes antes los había desbordado.

—Sí que volvió a por ella. Lo sé porque yo lo acompañé —contestó el *highlander* que sonó distante al evocar aquellos recuerdos y el timbre de su voz careció de esa energía y jovialidad con la que impregnaba asiduamente a sus palabras—. Acordaron que acudirían durante una semana, todos los días, a un lugar cerca del clan McKinnon. Lo hicieron así por si alguno de ellos tenía un problema y no podía presentarse un día en concreto. El sitio elegido fue un pequeño bosque, a poca distancia del clan de Elsia, un lugar seguro según ella y al que solía acudir cuando quería estar sola. Algo que era conveniente y que nadie sabía, salvo su prima Coira —prosiguió Irvin apesadumbrado—. Nosotros llegamos finalizado el plazo fijado, porque una herida en el hombro de Hasson durante una contienda contra los Sutherland nos retuvo durante días. Aun así, a pesar de su estado, fuimos. Tuve que convencer a Hasson a nuestra llegada de que no irrumpiera en el clan McKinnon cuando casi se volvió loco al imaginar lo que pensaría tu madre del hecho de no haberse presentado. En vez de eso, acudimos a una tía nuestra, hermana de nuestros padres que estaba casada con un Macleod, el cual a su vez tenía una hermana que había sido esposa de un McKinnon. Ella había enviudado unos años atrás y vivía con nuestra tía, pero seguía manteniendo el contacto con varios miembros del clan. Fue a través de ella como conseguimos que alguien que conocía le hiciese llegar un mensaje a tu madre, o eso creímos. —Y a esa altura del relato Irvin la miró fijamente. Meribeth no esperó ver en sus ojos el dolor que encontró en ellos—. Tuvimos que esperar varios días y, cuando recibimos una respuesta por el mismo método, nos emplazaron a vernos en el lugar que antes te he comentado. Pero a la reunión no acudió tu madre, sino su prima Coira. Ella se presentó con los ojos rojos e hinchados de haber llorado. Sus manos inquietas temblaban y el desgarro en su voz fueron tan auténticos que en ningún momento dudamos de ella. Nos dijo, con la voz rota, que tu madre había muerto quitándose la vida cuando el clan la repudió por estar embarazada de otro hombre que no era su futuro esposo. Nos contó que al pensar que Hasson la había abandonado a su suerte y, abandonada por su clan, no vio solución —continuó Irvin—. Coira incluso se culpó a sí misma

por no haber sido capaz de prever que ella haría eso. Jamás en mi vida vi a mi primo Hasson como aquel día. Cayó de rodillas sin poder ni siquiera hablar. Nunca volvió a ser el mismo, jurando sobre aquella tierra que no se casaría jamás.

Los ojos de Irvin se nublaron y un extraño brillo se adueñó de ellos.

—No desconfiamos de Coira por la sencilla razón de que no pensamos que tuviera motivos para engañarnos. Tu madre nos había hablado de ella en alguna ocasión, asegurando que era la persona de su clan en la que más confiaba, por eso jamás pusimos en duda su palabra, y el estado en el que se encontraba cuando nos contó lo que había pasado…, en verdad que parecía devastada por ello. Ahora entiendo, después de haberte escuchado, que quizás la culpa que decía sentir fuese real, pero no por el motivo que creíamos, sino por traicionarla. —Irvin contrajo sus facciones un segundo, en una mueca de desprecio antes de continuar—. Hasson no quería aceptarlo, incluso tuve que sujetarlo para que no irrumpiera en el clan. Quería ver su tumba… tuve que dejarlo sin sentido de un golpe, y llevármelo de allí. Más tarde, el esposo de nuestra tía, que acompañó a su *laird* a ver al jefe del clan McKinnon para una reunión, nos contó que no pudo encontrarse con él ese día porque acababa de perder a su prometida. Eso fue lo que terminó de convencer a Hasson.

Meribeth, que había estado conteniendo el aliento durante parte de la narración de Irvin, con un nudo en el pecho al escuchar por lo que había tenido que pasar su madre, apretó inconscientemente uno de sus puños al conocer la vedad y entender por fin por qué su padre, esa figura ausente y desconocida para ella, a la que culpó durante mucho tiempo por la infelicidad de su madre, no apareció jamás.

—Créeme si te digo que Hasson, tras eso, nunca volvió a ser el mismo. Si hubiese sabido que tu madre estaba viva, y embarazada de ti, habría removido cielo y tierra hasta teneros junto a él.

—¿Por qué no me lo contaste jamás?

Esa pregunta, realizada con voz dura, proveniente de Duncan McPherson hizo que Irvin mirase a su primo. El enjambre de emociones que vio en sus ojos, esos orbes que eran siempre tan racionales y templados, y en los que solo se desataba la tormenta cuando realmente algo le afectaba profundamente, le hicieron tomarse un momento para ordenar sus pensamientos. No era fácil dar una respuesta cuando había pasado tanto tiempo desde aquello.

—Después de regresar, tu hermano no volvió a hablar de ello. Yo quise hacerlo, porque veía cuánto sufría y pensaba que guardar silencio no era el camino. Pero tu padre me lo prohibió. Me ordenó que jamás volviera a mencionarlo ante Hasson.

—¿Y le hiciste caso? —preguntó Duncan con un brillo peligroso en los ojos.

—Claro que no, pero fue Hasson quien al final me empujó a guardar silencio. Cada vez que yo intentaba hablar sobre ello, él se marchaba. Cambió en pocas semanas, créeme. Era un hombre distinto. Más frío y sombrío. Parecía a veces ausente, y cada vez que me acercaba con la intención de ayudarle, de que se sacase de dentro lo que le estaba corroyendo, él se aislaba más aún. Al final terminé por aceptar que no quería mi ayuda y que solo deseaba lidiar con el dolor a su manera. Durante su vida no volví a mencionarlo, y a su muerte no era mío ese recuerdo para revelarlo.

—Maldita sea, Irvin —exclamó Duncan, mirando con fiereza al *highlander*, y este asintió, con pesar, porque sabía que las palabras de su primo no habían sido pronunciadas como un reproche, sino como una forma de expresar la impotencia que le había generado todo lo que acababa de escuchar. La impotencia de saber que podía tener una sobrina de la que, hasta hacía escasos momentos, desconocía su existencia. De ser consciente de todo por lo que ella había

tenido que pasar. De haberlo sabido, Meribeth jamás habría tenido que sufrir de aquella manera.

—Y tú, ¿no ibas a decirnos nada? —preguntó Duncan a Meribeth de forma cortante.

La mano de Bruce sobre el hombro de su amigo hizo que este relajase su postura, y atemperara su mirada.

—Entiendo que, al principio, cuando no nos conocías, no tuvieses la intención de contármelo, pero después, tras estas semanas, ¿por qué no? ¿Pensabas desaparecer? —continuó Duncan más calmado, con ese aplomo que era tan habitual en él.

Meribeth tomó aire y sintió al inhalar como si un saco de arena le aplastase el pecho.

—No, no iba a decir nada. Cuando llegué pensé en quedarme unos pocos días, los suficientes para que Crom mejorase su salud y así poder continuar. Mi estancia aquí iba ser corta, y nunca imaginé que fuera a encontrarte aquí ese día. No sabía que los McPherson eran casi familia de los Gordon. Y después de conocerte, solo intenté tener más cuidado. Así que no, no iba decírtelo. Yo ya no era Meribeth para poder revelar mi secreto. Era solo Fie y estaba de paso. Meribeth había muerto junto al resto de la familia Colquhoun.

—Has dicho que debías tener conmigo más cuidado, ¿por qué? Aunque hubiésemos averiguado que eras una mujer, ¿cómo demonios íbamos a relacionarte con mi hermano Hasson? —preguntó Duncan enarcando una ceja. Su voz seguía siendo dura y afilada como la hoja de un cuchillo.

—Eres muy perspicaz, y la vida me ha enseñado que las mentiras tienen un recorrido muy corto.

—Puedo ser perspicaz, pero no adivino. Si no hubiese sido por lo que McGregor ha dicho esta noche, aun descubierta tu identidad, nadie jamás hubiese adivinado la relación que tienes con el clan McPherson.

—Él sí —dijo Meribeth mirando a Logan—. Y puede que tú te hicieses preguntas… —dejó Meribeth en el aire.

—¿De qué estás hablando?

—Si hay más secretos, espácialos, que me estoy haciendo mayor y no sé si escucharlos todos de sopetón es bueno para mi salud —intervino Irvin que aún seguía algo pálido.

Los ojos de los presentes volvieron a centrarse en él, y esta vez puso los ojos en blanco antes de hablar.

—Vale, ya me callo, pero tenlo en cuenta. Dínoslo con cuida… —comenzó Irvin mirando fijamente a Meribeth, aunque esta no lo dejó terminar.

—Estoy hablando de esto —interrumpió Meribeth respondiendo a la pregunta de Duncan, alzando su mano derecha y enredando sus dedos en las guedejas de su pelo, sobre todo en ese mechón que le cubría media cara, deslizando su cabello hacia atrás y dejando al descubierto la totalidad de su rostro, así como el ojo que siempre había ocultado.

—¡Dios mío! —exclamó Duncan, e Irvin con la boca abierta solo hizo un pequeño ruidito con la garganta, como si se estuviese quedando sin aire.

—He dicho con cuidado… —comentó el *highlander* entre dientes cuando pudo hablar.

La sorpresa en general se reflejó en los rostros de los que rodeaban a Meribeth.

Su ojo, ese que había permanecido oculto durante todo aquel tiempo, era de otro color. El contraste entre el color bronce del que hasta entonces había sido su único ojo visible con el azul turquesa del oculto era tal que resultaba imposible no quedarse hipnotizado por su mirada.

—¿Cómo es posible? —preguntó Evan McAlister con la voz apenas susurrada—. Jamás conocí a nadie con un ojo de cada color.

—Son iguales que los de tu hermano —afirmó Bruce, que, aunque apenas había visto al

mayor de los McPherson, se acordaba perfectamente de ese rasgo suyo.

—Eres preciosa —dijo Eara con una mirada firme y cálida.

Meribeth soltó de nuevo el mechón de pelo antes de mirar a la pelirroja.

—Gracias —dijo en voz baja, casi susurrada.

No sabía por qué, pero, de repente, se sentía muy cansada, como si toda la energía que normalmente la acompañaba hubiese sido drenada de su cuerpo de golpe.

—¿A dónde pensabas ir? —preguntó McPherson. Su expresión era la de un hombre que estaba haciendo un gran esfuerzo para asimilar lo que había descubierto.

—A tierra de los McThomas.

Los ojos de la pelirroja que todavía seguían mirando a Meribeth se abrieron cómicamente al escucharla.

—Y otra sorpresa más… —dijo Irvin echando la cabeza hacia atrás como si hubiese recibido un golpe—. Lo de decir las cosas con sutileza no es lo tuyo, sobrina.

—¿A mi clan? —preguntó Eara rápidamente.

—Ya no es tu clan —dijo Kam, guiñándole un ojo a la esposa de su hermano.

—Siempre será mi clan —sentenció esta rápidamente, mirándolo como si le estuviese perdonando la vida.

—Bruce, díselo; dile que ahora es una Gordon —prosiguió Kam con un brillo travieso en los ojos.

—La pelirroja puede ser quien ella quiera —afirmó Bruce mirando a su esposa de tal manera que esta carraspeó un poco, como si le faltase el aliento, devolviéndole después una sonrisa que podía haber iluminado por sí sola el firmamento.

—¿Por qué los McThomas? —preguntó Meg rompiendo el momento, inclinando levemente la cabeza hacia un lado y provocando que su pelo rizado se moviese, cubriendo por completo su hombro derecho.

—La mujer de McKinley era pariente de Lane McThomas.

—¿Mi abuela? —preguntó Eara con voz más aguda de lo normal.

Irvin arrugó la frente antes de intervenir.

—Como sigamos así, al final va a resultar que Bruce Gordon es en realidad mi hijo.

—Antes me doy muerte lentamente con mi propia espada —contestó al instante Bruce.

—Me encanta que seas tan sincero.

—Lo sé —contestó el mayor de los Gordon con una sonrisa en los labios.

Duncan miró a su primo con una ceja alzada, haciéndole entender que ese no era el momento adecuado para su particular sentido del humor.

—McKinley pensaba que, si iba de su parte, Lane nos daría cobijo y que allí estaríamos a salvo.

—Es razonable —comentó Kam—. Ambos clanes están distantes y los McThomas, que yo sepa, no tienen ninguna relación con los Colquhoun.

Eara negó con la cabeza ligeramente.

—No que yo recuerde. De hecho, no los había sentido nombrar jamás.

—De acuerdo —dijo Duncan tomando aire con la expresión extremadamente seria—. Mañana, Crom y tú vendréis con nosotros y os quedaréis con nuestro clan.

Las reacciones, todas casi al mismo tiempo, dirigidas a Duncan, no se hicieron de esperar.

—¡Eh! —exclamó Kam.

—Meribeth no va a ningún lado —dijo Elsbeth con sus ojos fríos como el hielo.

—¿Quién lo dice? —preguntó Eara con el ceño fruncido.

—Decidirá ella, y definitivamente no será mañana —espetó Broc con un tono de voz firme y tajante.

Irvin silbó por lo bajo.

—Eara dice que es mitad McThomas, mitad Gordon, pero este de aquí —dijo señalando a Broc— es un Gordon de los pies a la cabeza… Se parece cada vez más a ti —terminó, mirando a Bruce—. La misma mala leche.

La mirada de Bruce se oscureció ligeramente, mientras Kam sonreía a Irvin con descaro.

—No voy a irme contigo. Lo que has descubierto esta noche, no cambia nada —afirmó Meribeth al mismo tiempo que intentaba ignorar la extraña sensación que se instaló en su pecho al escuchar a los Gordon protestar ante las palabras de McPherson y la posibilidad de que ella abandonara aquellas tierras. Era una sensación cálida, acogedora, que la estremeció de pies a cabeza.

—No intento obligarte a nada, Dios sabe que jamás lo haría —comenzó Duncan—, pero lo que ha pasado esta noche lo cambia todo, por lo menos para mí —dijo con determinación—, y antes de que digas que no te importa —y McPherson casi esbozó una sonrisa desganada al ver cómo Meribeth abría y cerraba de golpe la boca mirándolo desafiante, sabiendo que había acertado con las que iban a ser sus próximas palabras—, antes de que pienses que lo hago por alguna especie de obligación moral con la familia o el clan, debo aclararte que no es así, y cualquiera que me conozca de verdad te dirá que no miento.

Los ojos de Meribeth, por inercia, antes de pensar siquiera, se desviaron hacia los de Bruce y se anclaron a la oscura mirada del *highlander*, pidiendo la confirmación de tales palabras.

—Pondría mi vida en sus manos sin dudar —contestó Bruce a Meribeth, y esta contuvo el aliento—. Junto a mis hermanos, es el mejor hombre que he conocido jamás. No te está mintiendo.

Ella llevaba el tiempo suficiente con los Gordon para saber que aquella afirmación, salida de los labios del lobo solitario, era casi impensable. Eso significaba que cualquier duda que pudiese tener al respecto había sido más que eliminada.

La mirada que le dirigió Duncan a Bruce tampoco pasó desapercibida para Meribeth. Era orgullo y admiración lo que destilaban los ojos de McPherson.

—Es verdad. Duncan es uno de los mejores hombres y *highlanders* que existen, y el mejor amigo que puedas tener. Sincero, honesto y protector. Eso es lo que hubiese dicho mi hermano Kerr si estuviese presente. Para él, Duncan fue un hermano más —dijo Evan McAlister con una tenue sonrisa en sus labios y un pozo de tristeza en sus ojos.

Y Meribeth, por la forma en la que McAlister se refirió a su hermano, el ligero temblor en su voz al recordarlo y la mirada cargada de dolor de Duncan, supo, sin lugar a dudas, que el hermano de Evan había muerto, y que este había sido importante también para McPherson. Ahora sabía por qué los hijos de Duncan se llamaban Bruce y Kerr: por esos dos hombres que, sin lugar a dudas, habían significado y significaban mucho para Duncan.

—Quizás no me he expresado adecuadamente y he sido autoritario e irreflexivo, pero... —Meribeth lo detuvo con un movimiento de su mano.

—No dudo de ti, pero Crom se siente seguro aquí y yo también. No quiero cambiar las cosas para él, ahora que ha vuelto a hablar y que ha recordado cómo sonreír —contestó Meribeth, siendo completamente sincera—. Y lo que he dicho antes…, sé que puede parecer frío o desinteresado, pero no es así, simplemente es la realidad. Puede que sea tu sobrina, pero somos

dos desconocidos. Dame tiempo —terminó Meribeth, soplando después su mechón, ese que caía sobre su cara y que al moverse dejó que su rostro de nuevo fuera visible en su totalidad.

Escuchó sisear a Broc a su lado o eso le pareció, quizás solo fuese imaginación suya.

—Tienes todo el tiempo que necesites —comenzó McPherson con un tono de voz cálido y calmado, más acorde a su naturaleza—, pero me gustaría hablar contigo mañana, si es posible, antes de irnos.

Meribeth asintió lentamente, mientras veía cómo McPherson desviaba sus ojos hacia Bruce, y deletreaba un gracias con sus labios.

De pronto, sintió el peso de la actividad de todo el día y la tensión que los últimos momentos había hecho mella en ella. El cansancio de golpe se cebó con su cuerpo y la necesidad de salir de aquella estancia, de tener un momento para ella y descansar, fue urgente.

Apoyando las manos en la mesa se levantó despacio, observada por todos los que la rodeaban.

—Si no os importa, me gustaría retirarme. Creo que ya no es necesaria mi presencia. Os lo he contado todo.

—Sí, debes de estar cansada —señaló Eara con el ceño fruncido mirándola fijamente a la cara. Si su rostro reflejaba solo la mitad de cómo se sentía no le extrañaba que la pelirroja la mirase con preocupación.

—Antes de que te vayas, quiero dejar claro que… —comenzó Logan.

—McGregor —dijo Meribeth mirándolo como si quisiera fulminarlo allí mismo—. Sé que eres un hombre de honor y quizás en otras circunstancias me caerías bien, pero ahora mismo no hay nada que me apetezca más que estrangularte lentamente, así que déjame en paz por un tiempo, ¿de acuerdo? —terminó Meribeth beligerante.

Logan asintió con un brillo admirativo en los ojos. Meribeth no sabía por qué y tampoco se sentía con fuerzas para pensar el motivo por el que su amenaza parecía ser del agrado del *highlander*, o la causa por la que varios de los presentes lo encontrasen divertido. Irvin incluso había carraspeado después de que se le escapara una pequeña carcajada.

Ignorando cualquiera de esos hechos, pasó las piernas por encima del banco de madera, y después de echar una mirada al resto, y hacer un movimiento respetuoso con su cabeza se encaminó hacia la puerta.

Muchas cosas habían pasado solo en unas horas, algunas impensables, como la de confesarle a McPherson el parentesco que la unía a él, y, sin embargo, a pesar de que pudiese arrepentirse en un futuro, en ese instante sentía que había hecho lo correcto. Si la paz interna que ahora fluía dentro de sí como si se hubiese quitado un peso demoledor de encima era indicativo de eso, sin duda había tomado la decisión adecuada.

Coby siempre decía que había que preocuparse por las cosas que podíamos cambiar, pero jamás atormentarse por aquello sobre lo que no tenemos poder alguno.

Lo que había pasado ya estaba hecho, y su identidad había sido descubierta. El no tener secretos, el sentir por primera vez en mucho tiempo que era libre, casi la hizo caer de rodillas. Sabía a libertad, y también a dolor. Uno que, ahora que no tenía que disimular, quería salir a borbotones. Así que aligeró el paso cuando abandonó la estancia, con el sonido de las voces de los que aún permanecían en el interior alejándose cada vez más de ella.

Solo el eco de otros pasos la siguieron, como si fueran su sombra. Los de aquel que había sentido a su lado durante toda la noche, de la persona que había clavado sus ojos en ella y no había dejado de mirarla como si así pudiese sostenerla. Del hombre que debía de estar enfadado y decepcionado por todas sus mentiras, pero que decidió obviarlo para ayudarla. La última

persona que quería que estuviese presente cuando se viniese abajo y la única que deseaba que la sostuviera en sus brazos.

—Meribeth, espera…

Y ante el sonido de su voz y la urgencia al pronunciar su nombre, ella apuró el paso…

Porque ya no tenía un escudo tras el que esconderse.

Porque se sentía completamente desnuda.

Porque no sabía cómo mantener intacto el muro.

Porque ese hombre era como un vendaval y lo arrasaba todo.

Maldito Broc Gordon.

XXIII

Broc había hecho durante toda la noche un esfuerzo titánico por mantener su autocontrol a raya mientras Meribeth contaba su historia.

Desde que la conoció era consciente de que había sufrido, pero jamás llegó a imaginar cuánto.

Escuchar de sus labios el relato de lo ocurrido en el hogar de los Colquhoun, de cómo fue testigo de los asesinatos de parte de su familia, imaginar lo que tuvo que sufrir al verlo, el miedo, la agonía y el dolor que debió soportar ante tanta injusticia, fue como sentir un cuchillo ardiendo abrirse paso entre las entrañas. Durante toda la narración tuvo que apretar los dientes en más de una ocasión para mantener la templanza y una apariencia calmada.

Así que se limitó a observarla con admiración y orgullo a medida que avanzaba en su relato. El que se hubiese mantenido con vida durante todas aquellas semanas, cuidando de Crom, suponía una auténtica proeza. Su ingenio, inteligencia, fuerza y determinación eran, sin duda, extraordinarios.

Por ello se mantuvo templado, sujetando las ganas que sintió, en más de una ocasión, de matar despacio a Logan por exponer de aquella manera la identidad de Meribeth y presionarla. La forma en la que ella le hizo frente, contestando a cada una de sus preguntas, rebatiendo de forma magistral sus razonamientos, fue simplemente sublime. Sí, había sentido tal orgullo al presenciarlo que estaba seguro que sus ojos lo traicionaron, desbordando esa emoción sin límite alguno. Se percató de ello cuando se encontró con los ojos de Bruce fijos en él, con una ceja levantada y una media sonrisa en sus labios.

Todavía no se había acostumbrado a tener cerca a alguien que supiera leer en él con tanta claridad como lo hacía Bruce. Al principio fue incómodo, hasta que se dio cuenta de que ninguno de sus dos hermanos tomaba nada que no ofrecieran en la misma medida.

Broc dejó de lado sus pensamientos y apresuró el paso cuando Meribeth, al abandonar la sala, prácticamente corrió hacia sus aposentos.

—Meribeth, espera…

Y su voz salió en un tono más duro y frío de lo que había pretendido.

Apretó de nuevo el paso para no perderla dejando atrás la mirada curiosa de varios de los presentes, cuando abandonó la sala siguiéndola sin ninguna explicación.

El gesto brusco, tenso de Meribeth, irguiendo aún más su espalda y su paso irregular le hicieron saber que ella le había oído claramente, sobre todo cuando retomó su camino, abriendo aún más el espacio que los separaba. Broc maldijo por lo bajo al comprobar que, a pesar de oírle, ella no tenía intención de detenerse y hablar con él.

De no ser por lo que había visto en sus ojos un instante antes de levantarse de la mesa, hubiera respetado su decisión de estar a solas, pero no quería obviar el dolor lacerante que observó emanar de sus grandes y expresivos orbes, tan hermosos que le habían robado el aliento cuando pudo contemplarlos con claridad, sin ese mechón de pelo que desde el principio había invadido la mitad de su rostro ocultándolo del resto del mundo. Y ahora sabía que por una buena razón. Porque no eran solo sus ojos; toda ella era preciosa. Si su inteligencia, su temperamento, su fuerza y verborrea lo habían vuelto loco hasta la fecha, su rostro no se quedaba atrás, sobre todo esos ojos, únicos, hermosos y vibrantes, capaces de atravesar el alma.

—Meribeth, para… —dijo de nuevo cuando la vio abrir la puerta de su estancia y entrar.

Llegó justo a tiempo para que no le diera con la puerta en la cara.

Puso la mano en el borde de la madera antes de que ella la cerrara por completo, y ejerció solo la fuerza necesaria para que no completara esa acción.

—Habla conmigo —pidió Broc sin hacer ningún otro movimiento.

La escuchó respirar agitadamente, como si le faltase el aire, cada vez más fuerte, a la vez que la presión desde el otro de la puerta se volvía casi inexistente. Sin pensarlo un segundo, empujó levemente la madera, lo suficiente para poder verla y asegurarse de que estaba bien, y cuando la contempló con la mano en el pecho como si le doliese tomar un poco de aire, con el rostro pálido y la mirada bañada por el miedo, abrió del todo, acortó la distancia que los separaba y la tomó entre sus brazos, llegando justo a tiempo para sostenerla, antes de que sus piernas le fallasen por completo.

No dijo nada, solo la abrazó fuerte contra él, con una mano en su espalda, rodeando su pequeña cintura y la otra acunando su cabeza sobre su pecho, apretando los dientes cuando la sintió temblar como si su cuerpo fuese a fracturarse en mil pedazos.

La envolvió contra él sabiendo que no podía evitarle aquel dolor, y volviéndose loco por ello. Esperó el primer llanto, pero este no llegó, solo el respirar agitado y febril que parecía estar haciéndola añicos, y Broc la apretó aún más entre sus brazos, como si así pudiese aislarla del mundo.

—No lo contengas…, por favor… no lo hagas —le susurró al oído—. Permite que salga todo lo que llevas reprimiendo dentro de ti desde esa noche.

Pareció pasar una eternidad hasta que la voz de Meribeth ronca, casi estrangulada, llegó hasta él.

—No me sueltes.

—Jamás —sentenció Broc con sus dedos entre los cabellos cortos de Meribeth.

Y, entonces sí, un sollozo casi inaudible que le partió el corazón en dos salió de sus labios. Su pequeño cuerpo convulsionó con cada bocanada de aire, y el llanto, silencioso, era aún más desgarrador por su esfuerzo por contenerlo. Broc hubiese preferido mil veces sus gritos, su angustia brotando con fuerza y no esa ausencia de sonido que parecía estar matándola por dentro.

—Déjalo salir, Meribeth. Hazlo.

El sonido de su voz, ronca y demandante, caló en Meribeth hasta los huesos, y fue el último empujón que necesitó para saltar al abismo.

Se aferró a Broc como si fuese un bastión de defensa, el último muro antes de caer presa de la destrucción, y todo se volvió confuso. Escuchaba un lamento lejano, el lloro desaforado de una mujer que penetró en sus oídos como un cántico de desesperación. Solo el cuerpo de Broc, envolviéndola, la protegía de caer en la oscuridad.

Pareció pasar una eternidad hasta que el silencio volvió a reinar en la estancia, hasta que ella tuvo consciencia de que esos sonidos que había querido detener con desesperación en realidad habían salido de su garganta, y que las lágrimas que empapaban la camisa de Broc eran las suyas, las que aún medio secas surcaban sus mejillas como un rastro visible de su llanto.

Y entonces deseó desaparecer. Ahora que había recuperado la cordura se sentía demasiado vulnerable y expuesta. Le había mostrado su dolor, sin control alguno.

—Te escucho pensar desde aquí, Colquhoun —dijo Broc casi en un susurro. Sus dedos abandonando lentamente el cabello de Meribeth donde habían estado enredados para deslizarlos por su mejilla, acunándola, separándola levemente de su pecho para poder mirarla a los ojos, pero sin soltarla, sin que su brazo izquierdo dejara de rodear su cintura, pegándola a él de tal forma que ni un hálito de aire cupiese entre los dos—. Olvida ahora mismo lo que se te está

pasando por la cabeza, porque no voy a irme de tu lado.

La penetrante mirada de Broc, esos orbes verdes que parecían arder como una hoguera, fijos en los suyos, la hicieron tragar saliva, dejándola paralizada. ¿Cómo había adivinado lo que pensaba?

Todo era un caos: su mente, su cuerpo, su corazón y su alma.

Y, entonces, apretó uno de sus puños, endureció su mirada, encerró todo lo que no podía entender ni controlar en su interior, con mano férrea, con una fuerza de voluntad que desafió hasta su cordura, y dio un paso atrás. Porque eso era lo que había aprendido durante las últimas semanas, como si se lo hubiesen marcado en la piel a fuego: mantener el control, ser distante y guiarse por la razón. Los sentimientos, la vulnerabilidad, la confianza… no podía permitírselos.

La sonrisa leve que se extendió por los labios de Broc Ross fue condenadamente hermosa, y peligrosa. Así era él, un maldito misterio que no dejaba de asombrarla y que la hacía caminar por una línea muy delgada, desafiando su buen juicio.

—Has vuelto a levantar las defensas —afirmó Broc, y ella lo miró fijamente, desafiándolo a que se atreviera a decir algo más, como si el hecho de que hubiese estado entre sus brazos unos segundos antes no hubiese tenido lugar jamás. Y ese recuerdo que aún perduraba en su piel la hizo desviar sus ojos por un instante, lo necesario para recomponerse. Ella pensaba que lo conocía bien, que durante las últimas semanas había llegado a entenderlo y prever sus reacciones, pero no se había dado cuenta de que en el proceso él había hecho lo mismo con ella. ¿Cuándo había pasado aquello? ¿Cómo no lo vio? Y, maldita sea, ¿cómo lo había permitido? Que Broc pudiese leer tan bien sus emociones asustaba, y mucho. ¿Qué más no podía ocultarle? ¿Qué más había leído en ella durante el tiempo en que habían estado juntos?

—Lo siento —dijo Meribeth, y la palabra brotó de sus labios antes siquiera de pensar en ello. ¿Por qué se estaba disculpando exactamente?, ¿por corresponder su caballerosidad y preocupación con frialdad y enojo?, ¿por mentirle durante todo este tiempo aun cuando él les había salvado la vida tanto a Crom como a ella misma?, ¿por permitirse sentir algo por él y después aplastarlo porque era más fácil ignorarlo que enfrentarse a ello?

—No tienes que disculparte por nada. Lo entiendo perfectamente.

—¿El qué entiendes exactamente? —preguntó Meribeth a la defensiva, carraspeando al final cuando se dio cuenta de que se estaba comportando como si estuviese loca. Se disculpaba y al instante siguiente lo enfrentaba con furiosa determinación.

—Que estés a la defensiva, que sientas que no debes confiar ni apoyarte en nadie. Que te asuste como el infierno tener esperanzas y creer de verdad que hay personas cerca de ti dispuestas a luchar a tu lado. Personas a las que les importas —dijo Broc dando un paso hacia ella, recortando la escasa distancia que Meribeth había impuesto entre los dos.

—¿Por qué? —preguntó ella con el ceño fruncido y voz demandante—. ¿Por qué haces esto?

—¿Estás segura de que quieres saberlo? —preguntó a su vez el *highlander,* y Meribeth pudo jurar que vio las llamas del infierno relucir en sus ojos verdes, esos que hacían casi imposible que pudiese pensar con claridad.

—¿Crees que puedo volver a confiar en alguien? —preguntó Meribeth con urgencia, negando con la cabeza—. ¿En lo que me digas? —continuó reprimiendo una risa sarcástica que silenció antes de que saliera de sus labios—. Creo que no…, y tampoco deberías fiarte de mí. Te he mentido desde el principio. Ni siquiera me conoces.

Los ojos de Broc se oscurecieron al igual que los cielos cuando presagian tormenta.

—Fie, Meribeth, Colquhoun…, da igual tu nombre y tu clan —comenzó Broc—. Te vi

desde el primer instante en que te conocí. A tu firme determinación, tu fuerza interior y tu rebeldía. Tu corazón, protector y fiero, al que ni siquiera permites cuidar de ti, y, sin embargo, sangra por todos aquellos a los que amas, a tu inusitada perseverancia y tu valentía extrema. ¿Cómo puedo confiar en ti, me preguntas? —dijo Broc con el rostro serio—. Porque mi instinto, mi experiencia, mi corazón e incluso mi maldita cabeza dicen que lo haga. ¿Crees que eres la única a la que le asusta volver a confiar en alguien? ¿Sabes que vi en tus ojos cuando te conocí? —preguntó Broc exigente, y Meribeth no pudo hablar, ni siquiera una sola palabra, perdida como estaba en la dureza de su mirada—. A mí mismo —afirmó dejando que sus emociones inundaran sus ojos—. Sé lo que es perder la fe en los que te rodean, y créeme, sé lo que es levantar un muro tan alto que oculte incluso al mismísimo sol —continuó Broc, y los ojos de Meribeth brillaron cargados de nuevo con lágrimas reacias a abandonarlos, conteniéndolas solo a fuerza de voluntad —. Sé lo que es intentar matar cualquier sentimiento para poder sobrevivir, y conozco el precio que se paga por ello. Y no mereces vivir así, no les des ese poder a los asesinos de Coby. Lucha por ti.

—¿Y volver a equivocarme? —preguntó Meribeth con el ceño fruncido—. Sabía que Frang no era un buen hombre, pero jamás pensé… ¡Confiaba en él, Broc!, y no me di cuenta de cómo era hasta que fue demasiado tarde.

Broc levantó su mano lentamente hasta acunar la mejilla de Meribeth en su palma.

—Eres humana. Ni siquiera Coby lo vio venir, así que deja de culparte por ello.

—Es…, es complicado —contestó Meribeth con la voz apenas saliendo de sus labios—, porque no es solo eso… Aquella noche…, debí haber bajado las escaleras.

—¿Y haber muerto con Coby?

Meribeth cerró los ojos antes de hablar con un nudo en la garganta.

—No me lo perdono, Broc.

—¿Qué no te perdonas exactamente?, ¿que Coby muriese con el consuelo de que su hijo tendría una oportunidad?, ¿haber honrado la confianza que depositó en ti salvando a Crom y a ti misma? Fuiste su esperanza y su brazo armado, Meribeth. Hay que tener mucho valor para hacer lo que hiciste, y te admiro por ello —continuó el *highlander* ejerciendo una leve presión en la mejilla de Meribeth, la suficiente para que ella levantase el rostro y clavase sus ojos en los de él —. Una vez te dije que prefería morir con una sonrisa en los labios que vivir con el alma partida en dos.

Meribeth lo miró, con el corazón latiendo a una velocidad alarmante, cuando Broc acercó su cara a la de ella hasta que sus respiraciones se mezclaron.

—No tenerte en mi vida me partiría el alma en dos.

Y el corazón de Meribeth se saltó un latido, la sangre le bulló por las venas como si fuera un potro salvaje y las piernas la amenazaron con fallarle cuando escuchó sus palabras. Las miradas ancladas, la una en la otra, como si fuesen indivisibles, parecieron detener el tiempo, sobre todo cuando Broc acercó su rostro al de ella, lentamente, hasta rozar sus labios con los suyos, consiguiendo que el mundo entero estallase en llamas.

Al instante siguiente, el brazo del *highlander* abarcó su cintura con una presión exquisita, apretándola contra su cuerpo mientras seguía atormentando su boca, con una cadencia lenta y firme. Meribeth separó por inercia sus labios cuando la mano de él, aún en su mejilla, rozó la comisura de los mismos. Sentir cómo su lengua asaltaba su interior deslizándose entre ellos fue sublime, tanto que ni siquiera fue consciente del pequeño gemido que brotó de su garganta y que él se tragó intensificando el beso, saqueando su interior como si ella fuese el aire que necesitaba respirar para seguir viviendo.

Y Meribeth se dejó llevar, con tal abandono que su pecho estuvo a punto de explotar. Sus manos, necesitadas de tocar su piel, le dolían, y poniéndose de puntillas, reacia a negarse aquello que anhelaba, enredó sus dedos en el cabello del *highlander*, en su nuca, y abrió la boca como si fuese una ofrenda, respondiendo al beso con igual ímpetu, sedienta de su sabor, embriagada por el deseo y la devoción de Broc. Sus lenguas se buscaron, bailando al son de una música tan antigua como el tiempo, y Meribeth le mordió el labio inferior cuando un hambre, desconocida hasta ese momento, se arremolinó en su vientre. El gruñido que emitió Broc después de su audacia la hizo sentir poderosa y necesitada de más. Si él no hubiese parado el beso en aquel preciso instante e impuesto una leve distancia entre sus labios, no sabía qué hubiese ocurrido.

Broc unió su frente a la de ella y cerró los ojos mientras las respiraciones de ambos, agitadas, erráticas y fuertes, se iban tranquilizando.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Meribeth entrecortadamente, sin moverse un centímetro de donde estaba, con sus alientos entremezclados, tan cerca que podía sentir el calor de sus labios.

—¿El qué? —preguntó Broc, casi en un susurro.

Ante su pregunta, Meribeth abrió los ojos al instante, mirándole de tal forma que Broc se mordió el labio inferior para no sonreír abiertamente.

Sus ojos, uno del color de los océanos y el otro como el bronce fundido, se oscurecieron de forma peligrosa mientras arqueaba una de sus cejas con grácil elegancia.

Meribeth se separó un poco más de él, lo suficiente para poder escrutar la cara del *highlander* con total libertad.

—Besarme —contestó ella sin que sus ojos abandonaran los de él ni por un instante, como si fuese tan importante lo que leía en ellos, como la respuesta que esperaba de Broc.

—Porque me moría por hacerlo desde hace mucho tiempo —contestó él, y la sinceridad descarnada de sus palabras afectó a Meribeth. Ella también había deseado besar sus labios, aunque nunca pensó que podría hacerlo. Siempre imaginó que se iría de allí siendo Fie, solamente un muchacho de quince años al que Broc apenas recordaría cuando desapareciera—. Pero si no deseas que… —continuó el *highlander*.

—Yo no he dicho… —se apresuró a contestar Meribeth, mordiéndose la lengua cuando se dio cuenta de su impulsividad y de lo que había estado a punto de admitir. El brillo divertido en los ojos de Broc le dijo que ya era tarde para disimular. La había pillado, ¡maldita sea!

—¿Desde cuándo? —preguntó Meribeth queriendo cambiar rápido de tema, antes de que toda ella se sonrojara. El ceño algo fruncido de Broc, en señal de confusión, la hizo reformular su pregunta—. ¿Desde cuándo sabes que soy una mujer?

El destello en sus ojos, intenso y salvaje, la estaba matando, pero se obligó a permanecer imperturbable, como si todo lo que acababa de pasar en realidad no la estuviese afectando.

Externamente parecía templada e incluso fría, pero en su interior temblaba, como una hoja a merced del viento.

—Desde el día en que te caíste del caballo —contestó él, directo. Era tan brutalmente honesto y sincero que Meribeth, a pesar de todas sus reticencias e inseguridades acerca de volver a confiar en alguien, tenía que reconocer que nunca, ni siquiera al principio, dudó de sus palabras. Tampoco de las pronunciadas un instante atrás cuando le había dicho que había deseado besarla desde hacía tiempo. Lo malo era que su corazón, después de escucharlas, seguía perdido, porque, ¿eso qué significaba? ¿Sentía algo por ella o solo era un deseo momentáneo?

Desviando su mirada, Meribeth se deshizo suavemente de su agarre y dio un paso hacia atrás incrementando el espacio entre los dos, como si necesitase alejarse de él para poder pensar

con claridad.

—Dices que lo entiendes, pero yo en tu lugar estaría muy enfadado. Te mentí desde el principio, y… —Meribeth levantó una mano para detener a Broc cuando vio que este iba a decir algo—, déjame terminar, por favor —continuó, pasándose los dedos por el cabello y retirando el mechón de pelo que le ocultaba la mitad del rostro. Oyó sisear al *highlander* cuando terminó de hacer el gesto, mirándola con intensidad, como si estuviese alterado y pensó que quizás, después de todo, sí se sintiera traicionado—. Lo siento de veras, pero no voy a poner ninguna excusa, porque, si volviera a ocurrir, haría otra vez lo mismo. Mi prioridad es Crom. Ponerlo a salvo, cueste lo que cueste —dijo Meribeth tomando aire y mirando a Broc con una determinación que contrastaba con la tristeza que desprendían sus ojos—. Hubo un momento en que quise contártelo…, no, eso no es verdad —señaló Meribeth negando levemente con la cabeza—, no es que quisiera…, es que necesitaba decírtelo, pero no podía, y eso me dolía aquí —continuó, tocándose en mitad del pecho—, aunque no tanto como pensar que tendría que irme sin poder ser yo misma contigo, sin despedirme. Me decía que ese era un precio pequeño a pagar por hacer lo que debía, pero estaba siendo mezquina. Me mentí a mí misma porque era más fácil, aunque eso supusiera ser insincera contigo… —continuó Meribeth, aunque tuvo que tragar saliva antes de proseguir—, y eso me estaba matando por dentro porque no te lo mereces, Broc Gordon, no después de salvarnos la vida y de conocer la clase de hombre que eres —dijo Meribeth, y la voz le tembló ligeramente, porque aquello no era fácil, pero quería que él supiese cuánto valoraba todo lo que había hecho por ellos.

Los ojos de Broc, expresivos, estaban fijos en ella, y Meribeth trató de no clavar los suyos en ellos. Lo que su mirada destilaba la estaba haciendo temblar de pies a cabeza.

—Gracias por ayudarme a cumplir la promesa que le hice a Coby, por confiar en mí a ciegas. Por darnos un lugar en el que sentirnos seguros. Por compartir tu familia, tu clan y tu hogar y hacerlos nuestros. Por… por apoyarme en el salón hoy, por ser mi amigo, por no juzgarme, por… por… —y las palabras se atascaron de pronto en su garganta. Todos los sentimientos y las emociones que había estado controlando durante tanto tiempo, el dolor, la angustia, la impotencia, habían vuelto a ella con fuerza esa noche, acechándola desde las sombras. En brazos de Broc, un rato antes, había dejado por primera vez que ese dolor saliera, como si el tacto de su piel hubiese tejido algún hechizo sobre su autocontrol. Había descubierto que esos brazos eran su debilidad, un lugar en donde sus defensas caían y su alma quedaba desnuda. Entonces, ¿por qué los anhelaba de nuevo?, ¿por qué deseaba que la abrazase si eso la hacía vulnerable?

Meribeth dejó sus preguntas a un lado cuando Broc se acercó hacia ella, lentamente.

—Si vuelves a abrazarme no creo que pueda evitar romperme en pedazos de nuevo —avisó Meribeth con dificultad mirándole a los ojos.

Y Broc, abriendo los brazos, dio el último paso para cerrar la distancia entre ambos.

—Pues no lo evites. Ven aquí —dijo el *highlander* con la voz casi susurrada, más ronca de lo normal. Y Meribeth lo hizo, se coló entre ellos y abrazó a Broc, escondiendo la cara a la altura de su pecho y escuchando el corazón del hombre que le había robado el suyo, y dejando de nuevo que todo el dolor que había en su interior y llevaba tiempo corroyéndola por dentro saliera a borbotones.

Dio gracias a que esa noche Crom no estaba allí, sino durmiendo con los nietos de Henderson, porque eso le permitió hacer algo inimaginable hasta entonces: bajar todas sus defensas y dejar que los brazos de Broc fuesen los altos muros que la mantuviesen en pie.

XXIV

Broc se dirigió al gran salón después de abandonar la estancia.

Había dejado a Meribeth en contra de su voluntad, pero sabía que ella necesitaba estar a solas y descansar. Todo lo que había acontecido esa noche la había dejado exhausta, por más que ella se negara a admitirlo. Una leve sonrisa acudió a sus labios al recordar cómo la había acompañado hasta el borde de la cama, ayudándola a tenderse y tapándola con una manta cuando sus ojos apenas pudieron mantenerse abiertos, todo entre pequeñas quejas salidas de sus labios en las que le aseguraba que no era una niña pequeña, argumentando que no lo necesitaba y pidiéndole que se fuera para así poder esconder la cabeza bajo la manta y morir lentamente. Esa dualidad, presente en ella, y su carácter fuerte y decidido lo volvían loco.

Su olor e incluso el tacto de su piel seguían acompañándolo mientras cruzaba el pasillo, y deseó tenerla de nuevo entre sus brazos. Desde que la había estrechado entre ellos era reacio a soltarla, consciente de ese pasado hostil y desgarrador que había estado a punto de arrebatársela. Con solo pensarlo, algo oscuro y pesado se retorcía en su interior. Quería acabar con todos aquellos que habían opacado su pasado y le habían dejado cicatrices.

Mejor que nadie, él sabía que las heridas que se portaban en el interior a menudo eran más dolorosas que las infligidas en la piel, porque las primeras eran más difíciles de reconocer.

Durante las últimas semanas había sido muy difícil callar lo que sabía: que era una mujer; así como mantener la misma actitud ante ella y el resto, sobre todo cuando la veía exigirse lo impensable.

Su entereza, su fuerza, su inteligencia, su entrega y, sobre todo su corazón, ese que vibraba al son de una canción propia, de unas convicciones y una honestidad únicas, conquistaron cada parte de su ser. Así se sorprendió, cada día, buscándola con los ojos, observando más detenidamente cada una de sus miradas, su postura, su rostro, protegiendo, desde la distancia, el silencio que ella tan celosamente defendía sobre su pasado y su intimidad. Se encontró anhelando estar a su lado, en silencio, lo suficientemente cerca para acudir si lo necesitaba, pero sin precipitar ni irrumpir en sus tiempos, deseando que fuese ella quien le contase su secreto, y no como había sucedido esa noche. Cada vez que lo pensaba, las ganas de estrangular a Logan volvían con renovada fuerza.

Ver el pánico surcar sus preciosos ojos al encontrarse descubierta y observar el temor en sus facciones lo habían llevado al límite. Recordar la sombra que había recorrido su rostro ante las palabras de McGregor todavía le hacían apretar un puño de forma inconsciente. La sed de venganza que galopaba por sus venas contra aquellos que la habían amenazado en su pasado y que todavía podían conminar la vida de Meribeth si se sabía de su existencia ardía bajo su piel con latente fogosidad, aunque atemperada por la certeza de que cualquiera que intentase hacerle daño moriría bajo su espada. Tendrían que acabar con él antes de llegar hasta ella.

Su paso se ralentizó al llegar a la sala principal, abandonando sus pensamientos al entrar en ella. Sus ojos se clavaron en Bruce y Kam cuando, al recorrer la estancia con la mirada, solo quedaban ellos dos.

—Al entrar por la puerta traías una mirada asesina que me ha dado escalofríos. Imagino que Logan McGregor habría sido el receptor de la misma si aún hubiese estado con nosotros esperándote, pero siento decepcionarte. Ha sido listo y se ha retirado junto a los demás, y no me extraña, porque esta noche ha sido ¿sorpresiva?, ¿inaudita?, ¿una maldita locura? —dijo Kam

haciendo una mueca con los labios a medio camino entre una sonrisa sarcástica y un rictus de «no estoy para bromas».

—¿Cómo se encuentra Meribeth? —preguntó Bruce mirando fijamente a Broc.

—Demasiado bien para todo lo que ha pasado —contestó Broc devolviendo la mirada a su hermano.

Bruce asintió con la cabeza, sabedor de todo lo que esa frase conllevaba.

—¿Desde cuándo lo sabías?, ¿que era una mujer? —preguntó Kam.

Broc exhaló el aire que retenía en su pecho lentamente antes de contestar.

—Desde que se cayó del caballo —afirmó un momento después, viendo cómo las facciones de Kam se tensaban ligeramente—, y, antes de seguir con esta conversación… —continuó, apoyándose en la mesa en la que habían estado sentados durante la cena—, si tenéis algún problema con que ellos permanezcan en el clan después de todo lo que ha contado Meribeth esta noche, y…

—¡¿Estás bromeando?! —preguntó Kam, interrumpiendo a Broc con presteza y un tono de voz cortante—, porque si sigues con esa frase no me lo voy a tomar bien. ¿No has escuchado lo que hemos dicho esta noche? —continuó con la expresión más seria que Broc le había visto lucir jamás.

—No estoy dudando de vuestra palabra, Kam, pero yo los traje conmigo, y no deseo que este clan sufra las consecuencias de que se sepa, en un futuro, que ambos están vivos. No creo que los Colquhoun lo dejaran pasar. Y yo no voy a permitir que Meribeth y Crom vuelvan a ese clan, ni tampoco que los Colquhoun se les acerquen lo suficiente como para acabar lo que empezaron.

Una ligera sombra nubló los ojos azul cobalto de Kam, entristeciendo su mirada antes de que esta se oscureciera y adquiriera de nuevo la fuerza y la viveza que eran tan propias del menor de los Gordon.

—¿Te has dado cuenta de que has dicho que no deseas que este clan sufra las consecuencias? «Este clan», Broc, no «mi clan». ¿Acaso nos sigues considerando unos extraños? Y, peor aún, ¿crees que puedes insinuar que prefieres irte para protegerlos que quedarte aquí y confiar en nosotros? —preguntó Kam, y Broc frunció el ceño, sin saber por qué el calmado, sonriente y atemperado Kam Gordon de pronto parecía estar deseando iniciar una disputa, hasta que se fijó en su expresión y en sus ojos. En ellos había enfado, pero, sobre todo, decepción y una profunda preocupación, y se maldijo a sí mismo por no darse cuenta antes. Su instinto era difícil de cambiar, ese que le hacía siempre actuar en solitario y que le inducía a pensar que su vida solo le importaba a él mismo. Ellos, sin embargo, cuyo pasado le había esbozado Amy a grandes rasgos, no solo le habían abierto las puertas de su hogar y de su clan, sino que lo habían aceptado como a su hermano, su igual, desde el primer momento, dándose completamente con una generosidad y una seguridad que Broc envidiaba. Y él, a pesar de los pasos de gigante que había dado desde su llegada para volver a tener una familia, por poder confiar plenamente en alguien, inconscientemente, seguía manteniendo sus muros levantados, bien armados y erguidos, como forma de autodefensa, sobre todo contra ellos.

—Jamás intentaríamos retenerte si lo que deseas es irte —dijo de repente Bruce, y Broc desvió sus ojos hasta el mayor de los Gordon, no sin antes ver la leve mueca de dolor que contrajo el rostro de Kam al escuchar las palabras de su hermano. Los ojos de Bruce, intensos, lo miraban con una calma que no era difícil de presenciar en los orbes pardos del jefe del clan Gordon—, pero este es y siempre será tu hogar y no puedes impedirnos, ni arrebatarnos, la decisión de luchar por ti, o por lo que creemos correcto —continuó Gordon—. Eres nuestro

hermano y llevas nuestra sangre. Ese es un regalo que la vida nos ha dado y te juro que no voy a permitir que nadie, ni siquiera tú, dude de ello.

El silencio que siguió a las palabras de Bruce pareció extenderse indefinidamente, hasta que la voz del mediano de los Gordon lo rompió de nuevo.

—No es mi deseo dudar de ello —afirmó Broc, y en su voz, algo más grave y ronca de lo habitual, pudo percibirse la convicción más profunda.

—Y, entonces, ¿qué es lo que te pasa? —preguntó Kam tomando levemente el brazo de Broc a fin de que le prestase toda su atención.

Broc se miró la palma de su mano derecha, y se tocó levemente el centro de la misma. El dolor en los días de lluvia le seguía recordando vívidamente por qué le costaba deshacerse de las costumbres del pasado.

Exhaló lentamente el aire que había retenido en su pecho, y esbozó una ligera sonrisa, una que salió de las entrañas con irónica agonía. Ellos se merecían conocer esa parte de él, esa que guardaba celosamente, producto de su pasado, de sus recuerdos, unos que ni siquiera había contado a Dune McGregor.

Así que extendió su mano ante la mirada curiosa e interrogativa de ambos hermanos. En el centro de la palma podía verse una cicatriz con forma circular. Al volverla, para dejar visible el dorso, podía observarse una marca similar.

—Tenía ocho años cuando mi madre murió —comenzó Broc mirando a ambos hermanos, que lo observaban, callados, con toda su atención puesta en él—. Las cosas antes de que ella falleciese ya eran difíciles. Los insultos o los desprecios velados por parte de algunos miembros del clan eran algo con lo que vivía a diario. Las peleas, la disciplina que Mervin decía que debía imponerme, a veces a base de golpes… Lidiaba con todo eso desde la muerte de mi abuelo; sin embargo, después de lo de mi madre todo empeoró —continuó Broc, inspirando más fuerte antes de iniciar la siguiente frase—. Hasta entonces pensaba que, a pesar de haber perdido a las dos personas que más amaba en el mundo, todavía tenía un clan y una familia. Una mal avenida, pero con la que compartía lazos de sangre —siguió explicando—. Un día, Mervin volvió de reunirse con el *laird* de un clan vecino hecho una furia, y yo estaba en los establos. En aquel tiempo me gustaba ayudar al viejo Malcolm con los caballos. Mi abuelo siempre decía que yo era demasiado curioso e inquieto —y una sonrisa involuntaria curvó sus labios, esta vez alentada por el recuerdo del hombre que, para él, lo fue todo—. Ese día mi error fue acercarme a ayudar al viejo Malcolm a levantarse cuando Mervin lo empujó por no acudir lo bastante rápido a por su montura —prosiguió Broc con la mirada perdida en los recuerdos—. Cuando quise darme cuenta, mi tío me agarró del pelo para separarme de él, antes de tirarme al suelo de un puñetazo —continuó Broc, su rostro inexpresivo y el tono de su voz demasiado calmado para aquello que estaba contando. Solo el rostro tenso de Kam y la intensa mirada de Bruce fueron signos externos, expresivos, de la dureza de lo narrado por Broc—. Mi segundo error fue revolverme cuando intentó alcanzarme nuevamente. Me defendí, pero fue inútil. A mi corta edad, no era enemigo para un hombre curtido y fuerte —dijo lentamente—. Todavía recuerdo cómo se acercó a mi oído y me susurró que me enseñaría a mantenerme quietecito. Estaba tan aturdido del golpe anterior que solo me percaté de lo que pensaba hacer cuando pisó mi muñeca contra el suelo, mientras me inmovilizaba contra la tierra con una de sus rodillas apoyada sobre mi pecho —prosiguió Broc, y ni sus ojos, ni sus facciones, ni siquiera la inflexión de su voz delataron emoción alguna—. Después de privarme de aire durante lo que me pareció una eternidad, sintiendo que me iba a destrozar el pecho, se quitó de encima, levemente, lo necesario para poner mi mano contra un poste de madera, coger un clavo de hierro, de los que Malcolm tenía por todo

el establo, colocar la punta del mismo sobre la palma de mi mano y, con la empuñadura de su espada, atravesármela hasta dejarme clavado en la madera. —El gruñido que salió de la garganta de Kam al oír las últimas palabras de Broc no fue nada comparado a la oscuridad que nubló los ojos del jefe del clan Gordon—. Si dejó de aprisionar mi pecho al hundir el clavo en mi mano no fue por compasión o porque eso le facilitara el movimiento, sino para escuchar mi grito cuando me atravesó la carne con el hierro. La carcajada que soltó al oírme, como si nada lo hubiese complacido más, no la he olvidado jamás, al igual que sus ojos: vacíos y despojados de cualquier tipo de emoción que conllevara compasión, empatía o piedad. Ese era mi tío, mi única familia, mi sangre. Y ese fue el día en que comprendí que dentro del clan estaba solo, que no tenía a nadie y que debía cambiar si quería seguir vivo. Fue una valiosa lección —sentenció Broc —. Si quería sobrevivir debía valerme de mi astucia y de mi inteligencia, y hacerme más fuerte y valioso que el resto. Aprendí a ser invisible cuando la situación lo requería, a no confiar en nadie y a contar solo conmigo mismo, y lo aprendí tan bien que pasó a formar parte de mí. Es instintivo y no sé si alguna vez podré desprenderme de ello —terminó Broc mirando a Kam y a Bruce. Si ellos se habían abierto a él desde que había llegado al clan, les debía hacer lo mismo, aunque le costase el mismo infierno hacerlo.

Sintió la mano de Bruce en su hombro, cerca de su cuello, antes de que su voz sonara clara y profunda entre aquellas cuatro paredes de piedra que parecieron reverberar ante su gravedad.

—¿Alguna vez se lo habías contado a alguien? ¿Lo sabe Dune?

—No, no lo sabe. Eso solo le hubiese causado pesar —dijo Broc mirando a su hermano —. Suficiente hacía con venir a verme a pesar de la hostilidad y la reticencia de Mervin, y de luchar contra la intransigencia del mismo para poder llevarme con él durante pequeñas temporadas mientras era un niño, como para crear más problemas diciéndoselo —continuó con una sonrisa de medio lado que no llegó a sus ojos—. Jamás podré agradecerle todo lo que hizo por mí, por eso no se lo dije, porque yo era un Ross, y él no podía apartarme del clan sin provocar una guerra. Y, créeme, de haberlo sabido, hubiese irrumpido allí, y habría intentado alejarme de ellos.

—Un niño de ocho años protegiendo a un jefe de clan —expuso Bruce con los ojos clavados en los orbes verdes de Broc—. En tierras McGregor, hiciste lo necesario para defender a los tuyos de los planes de tu tío, y me salvaste la vida a costa de la tuya propia —continuó el mayor de los Gordon—. O te interpones en el camino de una flecha dirigida a otros, o los alejas. Sin término medio.

—Tú no lo entiendes, Bruce —respondió Broc con firmeza.

—Pues explícamelo —pidió el jefe del clan Gordon.

—Han sido pocas las personas que me han importado en esta vida, y todos han muerto o han salido gravemente perjudicados. Intentar protegerlos es lo único que me queda, y a veces solo es posible renunciando a ellos.

—Pues con nosotros se te acabó la profecía, porque no estamos dispuestos a morir, ni tampoco a permitir que te pierdas de vista. Somos tu maldición. Todavía no sabes lo que es ser un Gordon, ¿verdad? —intervino Kam cruzándose de brazos a la altura del pecho—. Hay dolor, más dolor y un pasado tortuoso. ¿Lo ves? Encajas a la perfección ¿Que quieres ser un lobo solitario como nuestro hermano mayor? Te respeto, pero no nos mantengas al margen. ¿Que quieres llevar el peso del mundo sobre tus hombros? Lo compartimos contigo. ¿Que te cuesta dejar las viejas costumbres? Pues seremos tu anomalía, esa que te ayude a romperlas.

—¿Que tu hermano es un impertinente y quieres hacerlo callar? Te doy mi aprobación y

lo arrojas al abrevadero —apostilló Bruce mirando a Kam, y el menor de los Gordon sonrió de medio lado con un brillo travieso en los ojos.

—Está bien…, me ha quedado claro. Nada de intentar ser un héroe por mi cuenta —aseveró Broc con seriedad.

—¡Exacto! —exclamó Kam—. ¿Lo ves? —preguntó a Bruce desviando sus ojos un instante para clavar su mirada en la de su hermano mayor—. Es el más inteligente de los tres.

—Y tú el más exasperante.

—¿Lo puedo tirar ya al abrevadero? —preguntó Broc.

—De hecho, deberías hacerlo cuanto antes. Me da la impresión de que no te respeta lo suficiente —comentó Bruce apoyando la cadera en el filo de la mesa.

—¡Eh! —exclamó Kam mirándolos—. Es de madrugada, no podéis tirarme al agua ahora. Además, que os quede claro: os respeto a ambos muchísimo.

—No lo sé… —dijo Broc, frunciendo el ceño—. A mí me ha sonado a excusa.

—Él es así. Ya te acostumbrarás —dijo Bruce—. Al final terminas por cogerle cariño —continuó guiñándole un ojo a Kam—. Era adorable de niño, pero ahora…

—Traidor —murmuró Kam entre dientes, y Broc soltó una pequeña carcajada.

Kam se le quedó mirando fijamente antes de hablar.

—Quiero escuchar más de esas —aseveró, ahora olvidadas las bromas y las miradas divertidas de un momento atrás.

Y Broc no supo cómo responder a eso.

Kam lo desconcertaba. Era tan jodidamente transparente y honesto, le costaba tan poco expresar lo que sentía o pensaba y lo hacía con tal naturalidad, que te desarmaba sin darte cuenta.

—Meribeth y Crom forman ya parte de este clan —dijo Bruce atrayendo nuevamente la atención de Broc—. Y Logan no hará nada que pueda perjudicarlos, no después de lo que ha pasado esta noche. Llegado el momento, si es necesario, Meribeth tendrá a todos los clanes aliados de los Gordon a su lado. Mientras tanto, este será su hogar si ella lo desea.

—Yo sé de una persona que lo desea mucho, muchísimo, tanto que escupe flores por los ojos —apuntilló Kam, e hizo una mueca cuando sintió la mirada de sus dos hermanos mayores fijas en él. Bruce con una mirada divertida, y Broc con una ceja alzada.

—Puede que no me haya dado cuenta de que Fie era en realidad una mujer, pero esta noche la he estado observando, y, lo que es más importante: a ti también —prosiguió Kam dirigiéndose a Broc—, y habría que estar ciego para no darse cuenta de que, por decirlo sutilmente, sientes algo por ella. Te ha faltado estrangular a Logan, y has gruñido a los demás como si fueras un demonio vengador cada vez que decían algo que remotamente pudiese incomodar a Meribeth.

—Yo no he hecho tal cosa.

—Si te hace ilusión creerlo así…

—¿Bruce? —preguntó Broc mirando al mayor de los Gordon que parecía estar pasando un buen rato mientras ellos discutían sobre ese asunto.

—Me han dado ganas de preguntarte si hago venir al padre David.

Broc puso los ojos en blanco al escuchar la respuesta de su hermano mayor, sobre todo cuando Kam soltó una carcajada.

—Me lo podía esperar de él, pero de ti…

Bruce sonrió de medio lado mientras un brillo cadencioso se apoderaba de sus ojos.

—Aunque creas que no, tengo sentido del humor.

—Un pésimo sentido del humor… —respondió rápidamente Broc.

—Es una pena que no sepas apreciarlo.

Broc rio por lo bajo ante las palabras de Bruce.

—Yo no he dicho que no me guste.

—Bien, ese es el camino correcto —afirmó el jefe del clan Gordon.

Un silencio cómodo vagó entre los tres antes de que Broc lo rompiese dirigiéndose a Kam.

—Sé que no he sido sutil a la hora de ocultar mi preocupación por ella y por Crom, pero ¿cómo demonios te has dado cuenta de que siento algo por Meribeth?

—Fue fácil —dijo Kam mirándole fijamente—. Tus ojos.

—¿Mis ojos? —preguntó Broc con curiosidad.

—Sí. Tienes la misma forma de mirar que Bruce, y conozco esa expresión —respondió Kam antes de levantarse y guiñar un ojo a sus hermanos—. Mañana seguimos hablando. Yo me retiro.

Broc asintió levemente antes de que su hermano se diese la vuelta y se alejase andando con paso presto hasta la salida para desaparecer finalmente de su vista.

—Es una mujer extraordinaria —dijo Bruce, y Broc lo miró un instante después, desviando sus ojos desde la salida hasta su hermano mayor.

—Sí, lo es —afirmó pasado un momento, sabiendo que Bruce se refería a Meribeth—. Siento si te ha parecido mal que no os contara que sabía que era una mujer.

—Entiendo perfectamente por qué lo hiciste, y… me gusta el motivo por el que lo ocultaste.

—¿Ahora lees la mente? —preguntó Broc, y su voz sonó algo socarrona.

—Dime si me equivoco —contestó Bruce mirándolo fijamente—. Querías darle tiempo para que ella te lo dijese libremente. Sabías que le había ocurrido algo en el pasado, aunque desconocías el qué. Sus ojos jamás han ocultado del todo su dolor y la furia enquistada que los embarga, y, aun desconociendo la razón que lo provoca, la admiras porque sigue siendo una fuerza de la naturaleza, que no sabe lo que es rendirse. Escuchar de su boca esta noche por todo lo que ha pasado y pensar en lo que podía haberle ocurrido te ha estado volviendo loco. ¿Voy bien por ahora?

—Es un poco inquietante. ¿Haces esto a menudo? —preguntó Broc devolviéndole la mirada escrutadora.

—Continuamente.

—Eso me deja mucho más tranquilo —ironizó Broc haciendo una pequeña mueca, arrancándole a Bruce una sonrisa de medio lado.

—Es impresionante que haya llegado hasta aquí —dijo el mayor de los Gordon retomando el rumbo de la conversación.

—Ella es impresionante —afirmó Broc—. Testaruda, inteligente, generosa hasta el extremo, protectora y demasiado gentil con los sentimientos de los demás. Exigente consigo misma hasta la extenuación, siempre pone su vida en último lugar.

Bruce asintió levemente, mirándolo con un brillo extraño en los ojos.

—Y eso te preocupa.

—No quiero que le hagan daño.

—Y no se lo harán —aseveró Bruce con una cadencia en su voz que indicó lo peligroso que sería para quien osara intentarlo.

—No, no podrán, porque antes tendrían que acabar conmigo.

Bruce arqueó una ceja ante lo que Broc acababa de decir, y este tardó solo un instante en

darse cuenta del motivo. Poniendo los ojos en blanco, carraspeó antes de rectificar sus palabras.

—No, no podrán, porque antes tendrían que acabar con todo el maldito clan Gordon.

Y Bruce lo miró fijamente, con esa oscuridad que a veces asolaba los ojos del mayor de los Gordon y que hacía que la mitad de las Highlands lo temiera y la otra mitad ni siquiera se atreviera a interponerse en su camino.

—Me alegro de que esta charla no haya sido en vano —terminó por decir, y Broc soltó una carcajada antes de mirar a Bruce, ese que había dejado de ser, poco a poco, alguien desconocido, la familia de otros, o el jefe de un clan que no era el suyo, para convertirse en su hermano, su amigo, su familia y su *laird*.

***

Meribeth se despertó al despuntar el alba, como era habitual desde que había llegado al clan Gordon, con la única salvedad de que aquella mañana no era igual que las pasadas, no tras lo que había ocurrido la noche anterior.

Todavía le dolía la cabeza después de haber llorado delante, encima y alrededor de Broc. Solo pensarlo provocaba que le dieran ganas de meterse dentro de un hoyo y no salir hasta que su pelo tuviese canas. Ojalá hubiese podido sucumbir a su deseo de no abandonar la cama. De haberlo hecho no estaría en ese preciso instante acercándose a la explanada que había tras el castillo, donde cada mañana al amanecer se reunía con Broc para su entrenamiento.

A cada paso que daba, acercándola al punto de encuentro, dos sentimientos encontrados vagaban por su interior con incisiva precisión. Uno la había mantenido nerviosa y excitada hasta altas horas de la noche, y el otro espoleaba su mal genio hasta lo indecible al repasar todas las conversaciones y miradas que había compartido con él en las últimas semanas, cuando fingía ser Fie y él ya sabía de su secreto. ¡Por todos los santos!, ¡qué vergüenza!, pero si hasta una de las veces, tras una cena, varios de los *highlanders* del clan hablaron de cómo conquistar a una mujer para yacer con ella y le preguntaron si todavía era virgen. Ahora entendía la mirada de Broc y su sonrisa sesgada cuando ella se sonrojó y escupió el agua que estaba bebiendo después de balbucear que tenía la suficiente experiencia en el tema, pero que prefería no hablar de sus conquistas. Solo de pensarlo se ponía mala.

¡Y qué estúpida había sido! ¿Cómo había podido bajar la guardia de tal manera? El hecho de haber cometido ese error hacía que también estuviese furiosa consigo misma. Si hubiese ocurrido en otro lugar, si lo hubiese descubierto otra persona, esa falta de cuidado les podría haber costado la vida. ¡Maldita sea! Masculló entre dientes, aferrándose a ese sentimiento para desterrar el primero, el que le hacía sentir bichitos corriendo por el estómago, el que provocaba que sus mejillas ardiesen sin control y que su corazón retumbara en el pecho como si fuese el ritmo de alguna ancestral danza. El que calentaba algo en su interior y la hacía sentir viva. Sí, la furia era mejor que ese sentimiento.

La figura recortada por la luz que, tímida, aún se escondía parcialmente por el horizonte le dijo que, fiel a su rutina, Broc Gordon no había eludido su cita aquella mañana. Sabía que él acudiría aun cuando ella hubiese deseado que no fuese así. ¿Cuándo había sido una cobarde? Por lo visto en ese instante, en el que una parte de ella había querido no encontrarlo allí.

—Llegas tarde.

A tenor de su expresión, serena, indiferente casi, lo pasado la noche anterior no parecía que fuese, para él, a condicionar el entrenamiento de ese día. Meribeth se acercó lentamente con su espada en la mano, esa que Coby le forjó más liviana y más pequeña para que pudiese manejarla con facilidad. En el clan Colquhoun muchos se rieron de ella antes de que Meribeth

les demostrara que estaba igual de afilada que la espada más grande y peligrosa de las Highlands.

—Antes de empezar, deberíamos hablar… —comenzó Broc, dejando la frase incompleta cuando esta le interrumpió.

—Prefiero pelear —dijo Meribeth con un tono de voz firme y tajante, intentando cortar cualquier posible conversación. Podía imaginar lo que Broc quería hablar con ella, pero justo en aquel momento, la mañana siguiente a que se derrumbase entre sus brazos, a que él la besase hasta hacerla perder la razón y ella sintiese el deseo no solo de devolverle el beso sino de devorarlo entero, no se veía con las fuerzas necesaria para enfrentar sus palabras, ni de que ahondase en lo acontecido la noche anterior o en sus caóticos sentimientos. Meribeth suficiente había tenido con revolcarse durante horas en la autocompasión, reprochándose la necedad de sus actos y de sus pensamientos. Estos últimos también pecaminosos hasta la saciedad. Se veía rezando oraciones hasta el día del juicio final y ni siquiera con eso alcanzaría para obtener su salvación.

La penetrante mirada de Broc, fija en ella, la hizo tragar saliva. ¿Por qué sus ojos parecían estar acariciándole el alma? ¿Por qué tenía ese brillo peligroso que ejercía una poderosa influencia en ella? ¿Por qué su rostro reflejaba esa expresión profunda e impasible, vivaz y serena? ¿Tenían algún sentido las estupideces que estaba pensando, algunas contradictorias y otras demenciales? Porque si seguía así, y no se centraba en la contienda, acabaría yendo de cabeza al lago.

—De acuerdo —dijo Broc un momento antes de iniciar su ataque, tomando por sorpresa a Meribeth que, en el último instante, consiguió esquivarle, con el corazón trotando en el pecho y una maldición quemándole en los labios.

—Nunca bajes la guardia o eso podría costarte la cabeza —señaló Broc con voz cortante.

—Prefiero mi cabeza donde está.

—Yo también —contestó Broc a media voz mirándola fijamente con un brillo en los ojos que ella no pudo descifrar y que la hizo tropezar con sus propios pies.

—Nunca desvíes tu mirada de la de tu oponente —continuó Broc imperturbable, ambos moviéndose lentamente en círculo, midiendo el momento perfecto para atacar de nuevo.

—No la evito, a pesar de que no me gusta lo que veo en ella —escupió Meribeth, y Broc arqueó una ceja.

—No puedo decir lo mismo. Ahora que nos dejas contemplar tus ojos, me es imposible apartar mi mirada de ellos —declaró Broc, y Meribeth apretó los dientes y la espada que sujetaba con ambas manos.

—Y a mí no me importa lo que piensas, así que deja de compartirlo conmigo.

—Has empezado tú. Creía que querías pelear y lo único que haces es hablar y hablar…

Y Meribeth atacó, con la espada en alto, en un movimiento rápido y contundente que Broc bloqueó antes de esbozar una sonrisa que ella deseó borrarle de golpe.

La respuesta por parte de Meribeth no se hizo esperar: empujó su espada, que tenía cruzada con la de Broc, para poner distancia y obtener cierta ventaja, y en su retirada hacia atrás arrastró el pie derecho, enganchando el de Broc y llevándose la pierna izquierda del *highlander* con él. El pequeño desequilibrio que provocó en Broc lo aprovechó para lanzar una serie de mandobles que el *highlander* con maestría repelió, cediendo terreno hacia atrás y colocándolo en una posición defensiva, hasta que, con un giro rápido de cintura, consiguió bloquear una estocada de Meribeth, y empujar su espada hacia la izquierda, atrapando su brazo, impulsándola hacia delante, quedando detrás de ella, estrechando la espalda de Meribeth contra su pecho. La voz de Broc cerca de su oído, en un susurro, hizo que el vello de la nuca de Meribeth se erizara y

una multitud de escalofríos la recorriese de arriba abajo.

—Vigila tu espalda siempre.

El gruñido que salió de la garganta de Meribeth se escuchó en el silencio que los rodeaba, con inusitada fuerza, antes de impulsar el codo hacia atrás y clavárselo a Broc en el estómago. Sintió un dolor atroz en el brazo, pero valió la pena cuando escuchó el quejido brotar de entre los labios de Broc, y que le otorgó el tiempo necesario para revolverse y quedar nuevamente cara a cara con él.

Esos ojos que ahora la miraban con una inmisericorde determinación, ¿cuándo había pensado que le acariciaban el alma? Más bien se la atravesaban con devastadora precisión.

—Vigila tú la tuya… —contestó Meribeth entre dientes, soplando sobre el pelo que le cubría parte de la cara y que le impedía ver con claridad. Aunque estaba más que acostumbrada a llevarlo así, ahora necesitaba de todos sus sentidos y de su destreza para intentar conseguir que Broc volviese a retroceder de nuevo. Vencerle era muy difícil, lo sabía, pero sería igualmente feliz si conseguía que el imperturbable y templado Broc Gordon perdiera esa sonrisa que a Meribeth le provocaba ganas de sonreír también, como una tonta. Era desconcertante y extraño que la felicidad de una persona le afectara de esa manera: elevando la suya, incrementando su fuerza, sus ganas, como si con solo ver esa mueca de medio lado le diese alas para poder comerse el mundo.

Con una maldición colgando de la punta de la lengua se conminó a sí misma a dejar de pensar en estupideces y centrarse en lo que realmente era importante: intentar ponerle difícil la victoria a Broc Gordon. Para ello, se obligó a ser paciente, esperando esta vez a que fuese él quien tomase la iniciativa en la lucha.

El mediano de los Gordon no se hizo esperar.

Con una estocada que estuvo cerca de rozarle el pecho, Broc atacó, con templanza, con firmeza, sin darle un respiro, como si no hubiese fin y tuviese todo el tiempo del mundo. Parecía que deseaba agotarla hasta que echase por la boca todo lo que había ingerido la noche anterior o simplemente se muriese allí, de repente, de cansancio extremo.

Meribeth apretó los dientes y aguantó, utilizando la destreza adquirida durante años y que había perfeccionado gracias a los Gordon en las últimas semanas. Sacó ventaja de su agilidad y rapidez, pero el maldito Broc no solo lo aguantó todo, sino que parecía leer con suma claridad todos sus movimientos.

El cielo que había empezado a iluminarse con los primeros rayos de sol se oscureció de pronto con la aparición de unas nubes negras que descargaron una lluvia constante, haciendo más ardua la lucha y dificultando los movimientos.

El enfrentamiento se recrudeció hasta el punto de que los mandobles parecieron provenir de todos los lados. Un gruñido salió de los labios de Meribeth cuando repelió una estocada, esta vez dirigida a su costado. Con aquella intensidad, si lo alargaba por más tiempo, comenzaría a cometer errores, así que había llegado el momento de sacar partido a sus puntos fuertes: su agilidad y velocidad. Con esa determinación se dejó llevar, haciendo que su instinto tomara el control de sus movimientos, y su cuerpo respondió sin pensar guiado por la experiencia y la maestría adquirida al haberlos ejecutado hasta la saciedad, como si ya formasen parte de su naturaleza.

Ella lanzó una estocada y Broc la desvió sin dificultad, lanzando un mandoble después que a Meribeth le costó desviar. La fuerza con la que repelió ese ataque la hizo trastabillar, y, con el barro bajo sus pies formado por la incesante lluvia, se escurrió cayendo al suelo sobre su trasero. Quizás otro hubiese dado por terminada la contienda, pero ella no y, cuando Broc se

acercó con el brazo extendido para ayudarla, ella vio su próximo movimiento claro. Deslizó la mano dentro de su bota izquierda, mientras le esperaba, y cuando él estuvo a solo un paso…

—Dejémoslo por hoy, la lluv… —comenzó a decir Broc, pero el movimiento rápido de Meribeth le hizo recular hacia atrás. Repeliendo la estocada directa a su pecho, dobló su torso para que la inercia hiciera el resto y Meribeth se desestabilizara; sin embargo, cuando la tomó del brazo y la giró encarándola para dar por zanjada la lucha, la hoja del cuchillo en su cuello le hizo parar el movimiento quedando ambos con la mirada clavada en los ojos del otro.

—Deberías vigilar tu cuello —dijo Meribeth con la voz entrecortada por el esfuerzo.

La sonrisa que se extendió por los labios de Broc, y su mirada afilada y oscura la pusieron en alerta demasiado tarde. Un instante estaba dominando la situación, amenazando la vida de Broc y ganando la contienda, y al siguiente el cuchillo había desaparecido de su mano y ella se encontraba pegada al cuerpo del mediano de los Gordon, con sus brazos a la espalda aprisionados por las manos de Broc. Las armas estaban en el suelo y Meribeth no podía dejar de mirar ese rostro que ahora se encontraba a solo un palmo del suyo.

—Ríndete —dijo Broc lentamente, y su voz sonó más ronca y grave de lo habitual. Pareció un sonido hecho a medida para hacerla estremecer por dentro. ¿Eso se podía hacer a voluntad? Esperaba que no porque, si ese era el caso, estaba en graves problemas. Muy graves. Mucho… al punto de peligrar su cordura.

Sin embargo, controló su expresión, y relegó a un rincón de su mente cualquier otro pensamiento sobre él que no fuese ganar aquella confrontación.

—Jamás —contestó Meribeth con contundencia, sin pestañear, ni siquiera cuando Broc acortó aún más la distancia que alejaba su rostro del de ella, y sus alientos, visibles por el frío, se mezclaron formando uno solo. Los cabellos de ambos estaban empapados al igual que su ropa. Meribeth podía sentir los músculos del pecho y el abdomen de Broc contra ella y sus ojos, esos orbes verdes que eran capaces de hacerte perder la percepción del tiempo, fijos en los suyos, la estaban matando. No le había mentido… jamás se rendía, jamás lo hacía ante un desafío ni ante una batalla, pero en aquel instante, ¿por qué sentía el maldito deseo de perder?

—Empate entonces… —susurró Broc, y ella negó levemente con la cabeza, antes de que una sonrisa maliciosa se instalara en sus labios y alertara a Broc.

Meribeth metió una de sus piernas entre las de Broc y arrastró la del *highlander* haciéndole perder el equilibrio, empujándole con todas sus fuerzas con su cuerpo.

Broc cayó al suelo, arrastrando a Meribeth con él. Soltó sus manos antes de terminar de espaldas sobre la tierra mojada con Meribeth sentada a horcajadas sobre sus caderas.

—¿Te rindes tú? —preguntó Meribeth con una mano puesta en el centro del pecho de Broc.

Y Broc se olvidó de contestar, porque el fuego que desprendía su mirada lo estaba volviendo loco.

Meribeth tenía el pelo mojado, con algunas guedejas de su cabello pegadas al rostro. Sus ojos, esos que antes no había podido contemplar en su totalidad, brillaban con absoluto deleite y lo tenían totalmente hechizado. El de color bronce lo observaba con una profundidad que le rozaba el alma, y el azul, ese que parecía irreal y etéreo, lo vigilaba frío como el hielo, cautivando su cuerpo. Ambos formaban un conjunto letal del que era difícil escapar.

Su sonrisa, esa que clamaba victoria, con la satisfacción y el orgullo perlando sus comisuras, calentó su pecho a pesar de estar bajo la lluvia y con la espalda sobre el barro.

Con lentitud levantó una de sus manos y la llevó hasta la de ella, esa que mantenía en el centro de su torso y le quemaba el pecho, y la cubrió. Los ojos de ella se afilaron levemente ante

su gesto.

—Si es contra ti…, siempre —respondió Broc.

—¿Qu… qué? —preguntó Meribeth contrayendo el rostro con una expresión de desconcierto.

—La contestación a tu pregunta —dijo Broc, y los ojos de Meribeth se abrieron de pronto comprendiendo a qué se refería el *highlander*. Para esconder lo que su respuesta había provocado en su interior, se removió ligeramente encima de Broc y este contrajo el rostro en un gesto cercano al dolor—. Si sigues sentada encima de mí, vamos a tener un problema —continuó el *highlander* mirando hacia el punto donde sus cuerpos estaban en contacto. A Meribeth no le pasó desapercibida la intensidad en su mirada ni la voz ronca que había salido de su garganta al decir la última frase. Ella no tenía experiencia alguna, pero no era tan ingenua como para no comprender el significado de sus palabras.

Si en algún momento había sentido frío, este desapareció al instante. Sus mejillas ardían y sus manos le quemaban, allí donde estaban en contacto con él. Bajo una lluvia incesante, con la ropa mojada y pegada al cuerpo, debería estar temblando, pero no era así. El furor del combate había alejado el frío, pero la ausencia de él había llegado con sus palabras, haciendo que todo su cuerpo ardiera.

De un salto se puso en pie y la mirada divertida de Broc la dejó sin aliento.

El *highlander* recogió su espada mientras se ponía en pie, y ella buscó la suya, tomando también su puñal y guardándolo dentro de su bota.

—Lo has hecho muy bien —afirmó Broc acercándose a ella, y Meribeth contuvo el aliento cuando él, con suma delicadeza, tomó un mechón de sus cabellos que, húmedo, se pegaba a su rostro, y lo colocó hacia un lado—. Vamos —dijo mirándola fijamente antes de tomarla de la mano y echar ambos a correr.

La distancia que los separaba del castillo no era mucha, pero se sorprendió sonriendo más de una vez cuando ambos se escurrieron en varias ocasiones con la tierra mojada y a punto estuvieron de caer de bruces al suelo. Las manchas de barro que salpicaron en su carrera y que alcanzaron sus ropas y el rostro de Broc la hicieron soltar una carcajada cuando por fin entraron dentro del hogar.

«Hogar», esa palabra acudió a su mente con absoluta libertad, sin condicionamiento ni razón, pero que, de alguna manera, lo puso todo en su lugar. El clan Gordon era ahora su hogar, y Broc tenía que ver mucho en ello. Pensar en alejarse de allí con anterioridad le había dolido como jamás hubiese creído posible. Ahora sencillamente no podía hacerlo. No cuando, a pesar de todo por lo que habían pasado Crom y ella, de las mentiras, del miedo…, de nuevo sentía que podía ser feliz.

—Estás temblando y tus labios..., espera —dijo Broc mirándola con el entrecejo fruncido y el semblante más serio.

Lo vio desaparecer por el pasillo, solo un instante, para aparecer después con una manta entre sus manos. La abrió cuando llegó a su lado y un momento después estaba envuelta en ella, con las manos del *highlander* restregando sus brazos arriba y abajo, y secando su cabello con sumo tacto. Meribeth tragó el nudo que se le hizo en la garganta con ese gesto, y quiso apartar la mirada cuando los ojos de él se cruzaron con los suyos, sabedora, al ver su expresión, de que su reacción no había pasado desapercibida para el *highlander*.

—¿Qué pasa? —preguntó Broc casi en un susurro, consiguiendo que lo mirara cuando las manos de él, que todavía tenía sobre su cabello, con delicadeza, la conminaron a que volviera su cabeza hacia él.

—Nada, no es importante —dijo Meribeth esbozando una sonrisa que no llegó del todo a sus ojos. Los recuerdos a veces tenían un sabor agridulce.

—No me lo parece —contestó Broc—. Tu expresión dice lo contrario.

—Y tú conoces todas mis expresiones, ¿verdad? —preguntó Meribeth mirándolo con un brillo retador en los ojos. Medio en broma, medio en serio—. Ni en una vida entera llegarías a descubrirlas todas.

—¿Es un desafío? —preguntó el *highlander*.

—Es una realidad —contestó Meribeth haciendo un gesto con sus hombros que indicaba lo segura que estaba de sus palabras.

Los ojos de Broc se oscurecieron levemente.

—Entonces tu realidad será la mía.

En ese momento fue Meribeth quien frunció el ceño en señal de confusión.

—¿Qué significa eso?

Broc volvió a restregar sus brazos lentamente hasta cerrar la manta totalmente en torno a ella.

—Dime en qué pensabas, en eso que según tú no tiene importancia, y yo te diré lo que quieres saber.

Meribeth afiló su mirada, como si quisiera traspasarlo, y Broc rio por lo bajo.

—Me ha sorprendido cuando… cuando me has envuelto con la manta y me has secado el cabello. La última persona que hizo algo así… fue mi madre. Ya casi no lo recuerdo —contestó Meribeth y su voz sonó nostálgica y pesada, como su corazón cada vez que intentaba evocar el rostro de su madre en su mente.

La expresión de Broc cambió, sus ojos penetrantes atraparon los suyos, plenos de fuerza, de intensidad y colmados por un sinfín de emociones que hicieron que su cuerpo temblara de nuevo. La mano de él sobre su mejilla con el pulgar recorriendo lentamente su piel, como si trazara un camino discontinuo, la dejó sin palabras. No hicieron falta. Con solo ese gesto, con la amalgama de sentimientos que desbordaron sus ojos alcanzándola, no las necesitó. Él la comprendía a la perfección, y sentir eso sin necesidad de verbalizarlo fue único.

Broc rozó con sus dedos el contorno de su labio inferior.

—Deberías ponerte ropa seca, tus labios están pálidos —dijo con preocupación y en su voz había cierta premura.

Meribeth asintió antes de arrebujarse más bajo la manta, separándose de él y echando de menos al instante el tacto de la yema de sus dedos sobre su boca. Mirándolo fijamente, le dio las gracias antes de alejarse para dirigirse a su habitación.

Había dado solo unos pasos cuando giró sobre sus pies.

El *highlander* no se había movido del sitio, con su mirada todavía fija en ella.

—Hemos hecho un trato y tú no me has dicho lo que significan tus palabras —dijo Meribeth con curiosidad.

Los ojos de Broc la miraron con intensidad y Meribeth pensó que era el hombre más impresionante que había visto jamás, a pesar de que en ese momento sus sentimientos estaban encontrados.

—Significan que quiero más de una vida cerca de ti para llegar a conocer todas tus expresiones.

Y Meribeth se quedó sin respiración. Estaba segura de que sus ojos se le habían salido de las órbitas, y su corazón, ese traidor, se saltó varios latidos haciendo que las piernas le flaquearan. No había entendido bien lo que había dicho, ¿verdad? No en el sentido que ella

pensaba, ¿cierto?

Estaba segura de que sus palabras podían interpretarse de muchas maneras. Dejarse llevar por la imaginación era peligroso, y ella no podía permitírselo. Eso fue lo que se repitió hasta la saciedad para matar cualquier posibilidad que la indujera a pensar que eran ciertas.

—Son solo palabras… —dijo Meribeth achicando los ojos y dándose la vuelta para desaparecer definitivamente de la estancia, no sin antes observar con desconcierto la sonrisa canalla que se dibujó en los labios de Broc.

«Lo has hecho bien», se dijo mentalmente, «no significan nada, al igual que el beso de anoche… solo fue un error», continuó pensando mientras caminaba por el pasillo. Pero entonces, ¿por qué su corazón seguía latiendo de forma errónea? ¿Por qué sus manos temblaban? Y, ¿por qué su pecho se expandía con una calidez difícil de controlar?

Aquello era ilusión, era hogar, era amor.

Maldito Broc Gordon.

XXV

—No veo resultados, y mi paciencia se está agotando.

Erskine Farquharson paseó su mirada de un hombre a otro. Ambos eran los cabecillas del grupo de mercenarios que había contratado para acabar con Bruce Gordon y toda su estirpe. Ambos eran diestros, inteligentes y despiadados, pero, para su gusto y su temperamento, demasiado lentos con los resultados. Erskine llevaba mucho tiempo aguardando para ver a Bruce Gordon de rodillas suplicar por su vida, y la espera se le estaba haciendo eterna. Quería someterlo, torturarlo y luego matarlo, todo en ese orden. Solo de esa manera conseguiría mitigar el odio que, desde niño, corría por sus venas. La enemistad entre los Farquharson y los Gordon duraba décadas, pero en los últimos años se había recrudecido aún más. Su padre había odiado a Bryson con toda su alma, inculcándoles a sus hijos ese mismo sentimiento. Uno que Erskine alimentó hasta la saciedad. Todavía recordaba la primera vez que luchó por ganarse la aprobación de su padre intentando acabar con la vida de uno de los Gordon. Él solo era un muchacho, pero la satisfacción que sintió al empujar al pequeño Kam al río solo fue superada por la decepción al no conseguir matarlo. Nadie, salvo dos miembros más del clan Farqharson, fue testigo de lo que hizo, ni siquiera el niño, que, de espaldas, no pudo ver la cara de su agresor; sin embargo, aquello no evitó que su padre se enterase de lo que había hecho. La decepción en sus ojos cuando le hizo presentarse ante él, la rabia que destilaba el gesto de su rostro debido al fracaso de su hijo, jamás la olvidaría. Después de aquello él pasaría años intentando ganarse el reconocimiento de su padre, algo que nunca consiguió plenamente. Siempre le dolió como una herida abierta, no solo que tuviese que conformarse con las migajas del viejo, sino que a su hermano Cailean no le importase gozar o no del beneplácito de su padre, y que a pesar de ello lo obtuviese sin esfuerzo. Durante toda su vida Erskine había odiado y envidiado a partes iguales esa pasividad e indiferencia que su hermano exhibía en relación a su familia y el liderazgo del clan. Cailean siempre fue un misterio para él. Sin ambición, sin expectativas, tan inútil según su criterio, y sin embargo tan respetado por muchos miembros del clan, no por su fuerza, ni por ser el hijo de Angus Farquharson, sino por sus opiniones y consejos, que a Erskine se le retorcían las entrañas por la envidia y los celos. Así que, a pesar de la aparente indiferencia de Cailean, durante toda su vida este había sido una amenaza para él, aunque su hermano se hubiese esforzado por darle a entender que no deseaba nada de lo que Erskine ambicionaba.

Solo una vez le vio rogar y humillarse ante su padre, y no fue por poder, ni por ganarse el favor de su progenitor, sino por salvar a un niño moribundo, huérfano y andrajoso que encontraron más muerto que vivo cerca de su territorio. Y su padre, ese hombre despótico, sin piedad ni sentimiento alguno, le concedió a Cailean la vida de aquel mocoso. Ese fue el instante en que supo que odiaría a su hermano por el resto de su vida.

Ahora que Cailean se estaba muriendo, todo parecía encajar en su sitio. Su hermano desaparecería y él se daría el capricho de matar lo único que le importaba: a Moray. En el mismo momento en que Cailean falleciera, él segaría la vida de ese bastardo. Solo pensar en la expresión de su hermano, cuando cercano a su muerte, se fuese de este mundo sabiendo que su protegido, ese que había criado y cuidado como si fuese un hijo, moriría bajo la hoja de su espada lo excitaba muchísimo.

La respuesta tardía de uno de los mercenarios le devolvió al presente, relegando sus pensamientos a un segundo lugar.

—Sabía que no iba a ser fácil y tampoco rápido, *laird* Farquharson —dijo Cuddle. De los dos jefes que lideraban al grupo de guerreros, ese era el más astuto, y el que hablaba normalmente por los dos. Tenía una mirada aguda y penetrante que en cierto modo incomodaba a Erskine. Su tono de voz, algo pretencioso, tampoco era de su agrado. Si no fuese porque sabía que eran buenos en su trabajo no toleraría ni un instante más su presencia.

El otro de los jefes, un hombre con un rostro surcado por una cicatriz que lo cruzaba desde la ceja izquierda hasta la mejilla contraria y cuya expresión parecía tallada en piedra, se mantuvo con la mirada fija en él mientras su compañero hablaba.

—Lo sé, pero llevan semanas aquí y no he visto ningún progreso.

La sonrisa irónica y algo sesgada de Cuddle apareció de pronto, confiriendo al rostro del mercenario un aura de peligro y anticipación que complació a Erskine.

—Créame…, Bruce Gordon ya debe sospechar que algo extraño pasa en su territorio —señaló Cuddle, cuya cadencia en la voz daba a entender que en cierto modo le divertía aquella caza—. Habrá llegado a la conclusión de que no se enfrenta a un simple robo de ganado, ni a hechos aislados —dijo el mercenario exponiendo su razonamiento—. Hemos matado a un anciano, robado alguno de sus animales de pasto y asustado a una familia cuyo hogar está cerca de los límites de vuestras tierras, lo suficiente para que se pregunte quién es tan osado como para molestarlo, y mañana, mandaré a varios de mis hombres a rematar el trabajo. Después de lo que tengo preparado, dejarán de creer que han sido los Farquharson, y *laird* Gordon sabrá que nos debe tomar en serio —continuó Cuddle dando un pequeño paseo por la estancia mientras seguía desgranando su plan—. Querrá, sin duda, tomar represalias, se volverá más descuidado y, cuando menos lo espere, caerá en nuestra trampa. Después yo se lo entregaré, para que pueda acabar con él como desee.

La mirada que le dirigió Erskine al mercenario hablaba de lo poco que le convencían sus palabras, sabedor de que su plan tenía muchas grietas.

—Ese hombre no es estúpido. No vendrá solo —escupió Erskine.

—Sí que lo hará. De una manera u otra.

—¿De qué estás hablando? —preguntó el *highlander*, ahora intrigado por la expresión de Cuddle que derrochaba confianza y seguridad.

—Hay varias formas de sacar a una rata de su escondrijo —explicó Cuddle con los ojos medio entornados como si estuviese visualizando sus palabras—. O la acorralas, o la engañas para que venga directa hacia ti, y creo que con Bruce es mejor hacer las dos cosas a la vez.

—¿Y cómo demonios vas a lograrlo? —espetó Erskine.

—Hay muchas formas, pero solo una que no falla nunca.

La ceja arqueada de Erskine en señal de interrogación fue todo lo que necesitó Cuddle para que, con una macabra sonrisa, satisficiera su curiosidad.

—Tomaremos algo que él quiera y haremos que se arrastre hasta nosotros para recuperarlo, y suplicará por primera vez en su vida antes de que le hagamos arrodillarse, completamente derrotado.

***

Cailean miró a Moray con el entrecejo fruncido, y la mandíbula apretada.

—¿Estás seguro?

El chico asintió con esa seguridad impropia para su edad. Su apariencia, demasiado inocente y etérea para este mundo, con unas facciones elegantes, perfectas y sumamente hermosas, le daba aspecto de ángel, lo que hacía pensar erróneamente a todos los que lo conocían

que el chico no suponía ningún peligro. Y, ¡qué equivocados estaban! Era tan inteligente, observador y diestro en la lucha, sabía leer tan bien en el interior de las personas e interpretar sus reacciones y situaciones que a veces daba miedo.

—Mañana van a hacer el siguiente movimiento y con ello quieren atraer a Bruce. Han dicho que intentarán tomar algo que Gordon quiera para hacerle caer en una trampa.

—Te has expuesto demasiado. Si te hubiesen descubierto…

—Pero no lo han hecho —dijo Moray con rotundidad mirando fijamente a Cailean.

Al *highlander*, la enfermedad parecía haberle dado una pequeña tregua. Llevaba varios días levantándose un rato de la cama, e incluso por momentos parecía tener mejor semblante, pero el muchacho no se dejó engañar por su apariencia. Sabía que la muerte tenía varias caras y una de ellas era disimular que se alejaba para después asestar el golpe final. La tos constante, la sangre que la acompañaba, la debilidad extrema y su delgadez, ya que prácticamente estaba en los huesos, no hacían sino evidenciar la gravedad de su estado.

Y Moray lo sabía, podía sentirlo… era solo cuestión de días, así que haría todo lo que estuviera en su mano para que Cailean dejara aquel mundo en paz.

—Está bien, pero debes tener cuidado… Sé que lo que te estoy pidiendo es demasiado peligroso, pero…

—Lo sé, pero nadie me obliga a ello —respondió Moray cuando las palabras de Cailean se interrumpieron por un ataque de tos que dobló en dos al *highlander*—. Sabes que pasar desapercibido no es un problema para mí, y en esta ocasión ha sido sencillo. Erskine no conoce los rincones de este castillo tan bien como yo. Era difícil que me descubriera.

Cailean asintió lentamente, ya recuperado de esa tos que prácticamente le había dejado sin aire. El paño que llevaba últimamente entre sus ropajes para limpiarse los labios cada vez que tenía un acceso se tiñó de rojo, algo que no pasó desapercibido para los ojos avezados del muchacho que, con una sabiduría que el *highlander* no había visto ni siquiera en los miembros más ancianos del clan, lo observaba con esa templanza que lo calmaba más que cualquier otro remedio que pudiese tomar.

Y sintió miedo, y el peso de la culpabilidad. Estaba poniéndolo en peligro, pidiéndole que hiciera lo que él no podía. Era verdad que aquel castillo tenía rincones que solo ellos conocían, pero eso no tranquilizaba su alma. El pasadizo que le enseñó Cameron y de cuya existencia solo sabían Moray y Edom había resultado en los últimos días más que beneficioso, y esperaba que fuese crucial en los venideros.

Aquello le hizo pensar en su padre. Él había intentado ser mejor persona y quizás había fallado. Angus siempre desmereció a sus dos hijos, tratándolos como si fuesen miembros podridos que debía amputar. Era cierto que Cailean llevó su desprecio mejor que Erskine, pues su hermano siempre quiso cambiar la visión que el viejo tenía de él, mientras que Cailean comprendió pronto que querer ganarse la aprobación de Angus solo le acarrearía más problemas y dolor. Él no había sido ningún santo. Durante su juventud había carecido de muchas de las cualidades que ahora se arrepentía de no haber cultivado, y había sido un egoísta, que prefirió mirar hacia otro lado y dejar que su padre y Erskine cometieran actos execrables, mientras él dormía bien por las noches. Sabía que Moray conocía esa oscuridad que había dentro de él, porque durante aquellos años el muchacho había sido testigo de su indiferencia ante situaciones que aún pendían en su conciencia como la mala hierba. Había visto la condena en sus ojos, una que no moría en ellos, sino que siempre lograba verbalizar para su eterna mortificación. Así empezó a intentar enmendar su proceder, no siendo tan impasible como lo había sido toda su vida.

—Cuando ves la muerte tan cercana, y además tienes a tu lado un alma tan honesta, justa y noble, como tú, empiezas a hacerte preguntas que no deseas contestar, y a sentir, como en mi caso, que no tengo nada de lo que enorgullecerme, sino todo lo contrario —dijo Cailean con los ojos nublados por el cansancio y el dolor—. En mi vida, lo único bueno que hice fue salvarte, y tampoco puedo vanagloriarme de eso porque la verdad es que, aunque parezca lo contrario, ese día, el que me salvó a mí fuiste tú. —Cailean tomó aire lentamente y un sonido sibilante resonó en su pecho. Cada vez le costaba más hablar—. Moray —pronunció mirándole fijamente—, deseo y necesito hacer esto por mi clan, por ti y por la buena gente que dejaré atrás, la cual no quiero que sufra las consecuencias de los actos desquiciados de mi hermano; y también por los Gordon, porque durante estos últimos años me he dado cuenta de una cosa y es que Bruce Gordon, por mucho que nos pese, no es el hombre despiadado y cruel que nos afanamos en creer. Desde que Bryson murió, Bruce nunca inició una disputa, nunca intentó matarnos a pesar de tener motivos, y después de todos estos años observando a su clan, sus acciones y proceder, es un hombre al que respeto, porque alguien capaz de levantar tal devoción y lealtad por parte de los suyos no puede ser un bastardo igual a su padre. Si cruzamos la línea ahora, y dañamos a alguien de los suyos, ten por seguro que ese hombre arrasará este lugar, aunque después tenga que aceptar las consecuencias. Sé que, si lo hieres, no se detendrá. Lo he podido ver en sus ojos.

—Debes descansar —dijo Moray con el entrecejo levemente fruncido fruto de la preocupación al escuchar estertores en el pecho de Cailean, cada vez más fatigado.

Aquella preocupación por parte del muchacho por su salud, por su bienestar, era algo que Cailean sabía que no se merecía y, sin embargo, daba gracias todos los días por permitirle sentir que realmente había algo en su vida por lo que sentirse orgulloso. De aquel muchacho, de esa persona que, siendo todavía prácticamente un niño, seguía dándole lecciones sin pretenderlo.

—Ya no podemos posponerlo más —dijo de forma apresurada, atragantándose levemente antes de beber un poco de agua que Moray le acercó y que había vertido previamente en una copa—. Prométeme que tendrás mucho cuidado y que, pase lo que pase, no volverás a pisar esta tierra.

Cailean vio a Moray endurecer su expresión, la mandíbula apretada y en sus ojos una tozudez que podría rivalizar con la del ser humano más cabezota que existiese sobre la faz de la tierra. Ya sabía que esa parte iba a ser difícil, la de convencerlo de dejarle atrás, y, sin embargo, era necesario. Él moriría en poco tiempo, de hecho, la sombra de la muerte ya le rondaba, podía sentirlo, y después de que eso sucediese, aun en el caso de que su hermano dejase la jefatura del clan, Cailean sabía que Moray tendría los días contados si se quedaba allí. El clan lo seguía viendo como un intruso, e incluso podía sentir que más de uno le tenía miedo, porque aquel niño era capaz de mirarte como si conociese tus más oscuros secretos. Además, él sabía que Erskine, al igual que los afines a él, no le permitirían seguir con vida.

—Puedo prometerte lo primero, pero no voy a hacer lo segundo.

—Maldita sea, Moray. Si vuelves te matarán, y… No, espera, déjame terminar —continuó Cailean levantando la mano para que se detuviera, cuando vio la intención del muchacho de interrumpirle—. Necesito que no vuelvas, ¿lo entiendes? Yo ya estoy muerto y tú no estarás seguro aquí, así que no te aferres a nada.

—No voy a abandonarte, ¿entiendes tú eso? —preguntó Moray con una contundencia que hizo que Cailean casi se echara a reír si no fuera porque aquello no tenía nada de gracioso.

—No me estarás dejando, sino cumpliendo mi última petición para que pueda descansar en paz. Debes sobrevivir, e intentar tener una larga vida. Haz lo que sea necesario para ser feliz. No me arrebates eso —dijo entre dientes Cailean—. Eres lo único que me queda. En mi vida solo

he tenido a dos personas que se han preocupado realmente por mí. Mi esposa a la que amé con todo mi ser, y que murió demasiado pronto, y tú, que has sido lo más parecido a un hijo que he tenido —continuó con la mirada apagada—, así que obedéceme en esto, por favor, te lo suplico. Demasiada carga es pensar lo que te estoy pidiendo que hagas. Es peligroso y estoy siendo un bastardo egoísta, pero…

—De acuerdo —dijo Moray cuando la desesperación en la voz de Cailean se hizo más que patente—. Te lo prometo.

Los ojos de Cailean parecieron brillar por primera vez en días, aunque fuese solo un instante, y sus labios resecos se estiraron tímidamente, esbozando una pequeña sonrisa.

—Gracias…

—No, gracias a ti, por no rendirte, por hacer lo correcto.

Cailean lo miró con todo el cariño que era capaz de expresar. De nuevo aquel niño aliviaba su carga y le daba esperanzas. Quizás, tras su muerte, el infierno no fuese su último destino.

—Nunca he sido una buena persona, y al final lo que hago es solo el resultado del acto egoísta de un hombre que quiere redimirse en lo posible —confesó Cailean.

—Hay que tener valor para hacerlo, sean cuales sean los motivos —contestó Moray—. Intentas salvar a todo un clan. Eso es más grande que la razón que lo motiva.

—¿Cuándo te convertiste en alguien tan sabio?

Moray esbozó una leve sonrisa, aunque esta no llegó a sus ojos.

—Siempre lo he sido o, ¿no recuerdas lo primero que te pregunté cuando me acogiste?

Cailean cabeceó casi de forma imperceptible antes de sonreír abiertamente.

—«¿Merece la pena poner su vida en peligro por un niño que no puede ofrecerle nada?» —dijo Cailean repitiendo la frase que un día le fue dicha por el muchacho—. Me dejaste sin palabras. Esa fue la única vez que sé que me mentiste. El tiempo ha demostrado que tenías mucho que ofrecer, lástima que los demás no hayan sabido valorarlo.

—Eso nunca me ha importado.

—Lo sé, por eso lo único que no puedo perdonarles es por todo lo que te han hecho pasar, sobre todo Erskine. No te protegí como debería.

—No era tu cometido.

—Déjame arrepentirme de algo, maldita sea. No puedes salvar mi alma a toda costa. Eso no es posible.

Moray hizo un gesto con los hombros que hizo a Cailean poner sus ojos en blanco.

—Está bien, vamos a dejar de hablar de estos temas que no nos conducirán a nada y a organizar tu salida. Recuerda: Edom…

Ahora fue el turno de Moray de levantar una de sus manos para detener las palabras de Cailean.

—Cuidaré también de Edom. Él y su familia estarán a salvo.

Cailean miró detenidamente a Moray. ¿De dónde demonios sacaba ese muchacho la seguridad y la convicción para decir tal cosa con su corta edad? Esa era la clase de empuje y de fuerza, la clase de carácter descollante que sobrecogía a todo el que lo trataba. Eso, unido a su desconcertante capacidad de predecir con certeza el comportamiento de sus semejantes hacía que algunos le tuviesen más inquina de la que de por sí le tenían por no ser un Farquharson y no recordar nada de su pasado.

—Edom es un *highlander*, un hombre adulto que tiene esposa e hijo. Es mucho mayor que tú. Créeme que si hay alguien que puede proteger a otro es él a ti. Con que intentes

mantenerte a salvo ya me es suficiente. Si algo me pasase antes de que te vayas… —dijo Cailean lentamente—, es el único en quien puedes confiar.

—No pasará antes de que me vaya… —susurró Moray.

Cailean estaba seguro de que el muchacho no lo había dicho con intención de que él le escuchase, pero el movimiento de sus labios, unido a lo poco que había llegado hasta su oído, fue suficiente para entenderle.

Suficiente para confiar en el instinto del chico, que durante los años que llevaba junto a él había aprendido a respetar, porque el muchacho tenía otra cualidad, una mucho más difícil de explicar. La clase de intuición que podía malinterpretarse por gente inculta y supersticiosa.

Dejando a un lado los pensamientos que le habían provocado las últimas palabras del chico, Cailean volvió a mirarlo con detenimiento, arrepintiéndose de poner sobre los hombros del muchacho la responsabilidad de salvar mucho más que su vida; sin embargo, calló cualquier palabra que, a esas alturas, pudiese eximir a Moray de tal misión. Ya no quedaba tiempo. Así que, con dificultad, tomó aire de nuevo, y procedió a explicarle en qué consistía el plan.

***

Meribeth jamás había rehuido un enfrentamiento, y no iba a empezar a hacerlo ahora.

Por eso había hablado con Duncan antes de que este se fuera y ambos habían acordado que ella visitaría el hogar de los McPherson próximamente con motivo de la reunión de clanes y que permanecería allí unos días para poder conocer mejor al clan de su padre y también a su familia.

Tampoco había intentado eludir a Broc en el entrenamiento de esa mañana, a pesar de que después de lo que había pasado la noche anterior el *highlander* estuviese permanentemente presente en sus pensamientos, haciendo que le fuera prácticamente imposible centrarse en nada de lo que hacía.

Esa era la verdad: ella no rehuía los problemas, ella los enfrentaba, se repitió mentalmente después de evocar los ejemplos sobre los que sostenía tal afirmación, y, sin embargo, algo no dejaba su conciencia tranquila, porque ese día había tomado dos caminos distintos a los que debía seguir cuando había visto de lejos a Bruce Gordon.

No es que lo estuviese evitando, que sí. No es que no quisiese hablar con él, que también, es que simplemente, después de enfrentar a Broc y de hablar con Duncan, no se veía con fuerzas para tener una charla con el lobo solitario.

¿Y qué suele ocurrir cuando uno no quiere que pase algo? Que te cae encima en cuanto doblas la esquina.

Exactamente lo que le pasó a Meribeth. Se lo encontró de pronto de frente, casi como si la hubiese estado esperando, sin darle tiempo a reaccionar, esconderse o huir.

Y lo normal hubiese sido que de los labios de *laird* Gordon saliese un: «tengo que hablar contigo» o quizás «me alegro de verte, pues me gustaría comentarte algo», pero no, aquel hombre no se andaba con sutileza alguna.

—Si has dejado de rehuirme, deberíamos aclarar algunas cosas.

Así, de pronto, directo entre los ojos, a bocajarro.

Meribeth lo miró con cara de pocos amigos. Esa que de manera inconsciente adoptaba cuando se sentía al descubierto.

—No te rehúyo.

Bruce la miró fijamente.

—No de manera consciente, al menos —matizó Meribeth.

Bruce elevó una de sus cejas. Ella cruzó los brazos a la altura del pecho y desvió un instante su mirada hacia un lado, antes de volver a enfrentar la de *laird* Gordon y hablar.

—Vale, quizás lo haya hecho, pero solo porque lo mejor siempre se hace esperar. Por eso estaba intentando dejar esta conversación para el final.

La línea ascendente por la comisura del labio derecho que esbozaron los labios de Bruce le pusieron los pelos de punta.

Así que no dijo nada más, porque estaba claro que cada vez que abría la boca lo empeoraba, y cuando Bruce se dio la vuelta y echó a andar, ella le siguió en sentido contrario al salón principal, por el pasillo que se abría paso hacia el ala izquierda de la construcción, hasta una habitación que Meribeth sabía que utilizaban los hermanos Gordon para la llevanza de las cuentas del castillo y de los asuntos del clan.

Bruce se sentó en una de las sillas que había cerca de la mesa de madera que presidía la pequeña estancia y sobre la que había esparcidos varios libros y hojas en las que se podían distinguir algunos escritos. Con la mano la conminó a que se sentara en la silla que había junto a él, y Meribeth no tardó en hacerlo.

—Broc me ha comentado que por ahora no quieres que nadie en el clan sepa de tu verdadera identidad. Que prefieres que sigan creyendo que eres Fie.

Meribeth asintió lentamente antes de mirar fijamente a Bruce.

—No me siento bien con ello, pero creo que es lo mejor —confesó Meribeth.

—¿Lo mejor para quién? —preguntó Bruce, y Meribeth entrecerró ligeramente los ojos intentando descifrar a dónde quería llegar el mayor de los Gordon con aquella conversación.

—Para mí —dijo con convicción—. Necesito tiempo para pensar y de esta forma me siento más segura y más tranquila no solo con respecto a mí sino también por Crom, aunque…

Y Meribeth se detuvo. ¿Por qué le estaba contando aquello a Bruce?, ¿porque era el jefe del clan y le debía una explicación o porque intentaba justificarse por una decisión que ella pensaba que había tomado de forma egoísta?

—¿Aunque…? —preguntó Gordon.

Meribeth tomó aire y lo expulsó lentamente antes de continuar.

—No me gusta mentir a las personas, y menos a aquellas que se han desvivido por ayudarnos y nos han acogido con tanto cariño. Y sé…, sé lo que dijisteis ayer, lo escuché, pero no puedo cambiar el hecho de que os engañé desde el principio y que volvería a hacerlo si fuese necesario —continuó Meribeth enlazando sus manos, algo que hacía inconscientemente cuando estaba nerviosa—. Lo lamento y me siento mal por ello y entendería que no confiaras en mí o que sintieras que estoy siendo egoísta…

—Tus ojos no mienten, Meribeth —interrumpió Gordon.

—¿Qué? —preguntó ella contrayendo ligeramente sus facciones cuando las palabras de Bruce la tomaron por sorpresa.

El mayor de los Gordon se inclinó ligeramente hacia delante, clavando su mirada en la de Meribeth que apretó sus manos aún más cuando vio la intensidad en los ojos del *highlander*.

—Tu mirada es tan honesta y aguda como la hoja de una espada.

Meribeth tardó unos segundos en esbozar una mueca de desconcierto tras las palabras de Bruce.

—Te miré a los ojos el primer día y te mentí, por si no lo recuerdas —le dijo entre dientes.

—Me miraste el primer día, y dijiste lo necesario para proteger a Crom y seguir sobreviviendo —respondió Bruce con una calma que ponía los pelos de punta—. Pero tus ojos,

esos, me contaron algo diferente.

Meribeth negó con la cabeza lentamente.

—Se me veía solo un ojo ese día y salvo que seas capaz de leer la mente, que lo dudo, nadie puede ver tanto en una mirada… —expresó Meribeth con contundencia.

La oscuridad que se adueñó de los orbes pardos de Bruce hizo que Meribeth no pudiese desviar su mirada de ellos. Era como si *laird* Gordon, a voluntad, ejerciera una extraña atracción de la que era imposible escapar.

—Resiliencia —espetó Bruce lentamente—. Tan fuerte y arraigada que ha sido capaz de contener todo lo demás: el dolor, la impotencia o la sed de venganza —dijo el mayor de los Gordon, con una seguridad aplastante—. Esa cualidad que te ha hecho aguantar y a la que te has aferrado para llegar hasta donde necesitabas —continuó, mirando fijamente a Meribeth—. ¿Porque esa era la meta y el fin, no es así? Mantener a raya la soledad, el adormecimiento de los sentidos y la falta de esperanza, hasta que pusieras a salvo a Crom. ¿Y después qué, Meribeth?

—Es imposible —dijo arrugando el ceño y mirando desafiante e incrédula a Bruce—. ¿Cómo puedes saber eso?

—Sé mucho más, Meribeth. Mirarte, a veces, es como ver mi reflejo en el agua. Me devuelve una imagen algo distorsionada, pero que reconozco a la perfección —afirmó Bruce con esa calma que ella solo había visto en otra persona, en Broc Gordon. Y recordó lo que Amy les contó a ambos sobre el pasado de Bruce y Kam, y de lo que habían padecido bajo la tutela de su padre. Un infierno en vida.

Sí, él, al igual que Broc, podían entenderla y ver lo que escondía, porque ellos sabían lo que era el dolor.

Y en ese momento algo se quebró dentro de ella. No de forma brusca, sino de puntillas, delicadamente, como la suave brisa que acaricia una hoja y la desprende del árbol en silencio, acunándola hasta que la posa sobre la tierra. Pasando casi desapercibida, pero cambiando el rumbo de las cosas para siempre.

—Tengo miedo a que desaparezca el miedo —dijo Meribeth en voz baja, como si fuese una confesión, pero sin dejar de mirar los ojos de Bruce que reaccionaron sutilmente a sus palabras—. No tiene sentido, lo sé, pero esa emoción es lo que me ha permitido seguir en pie desde esa noche, lo que hace que me concentre en asegurarme de que nada ni nadie me impidan hacer lo que es necesario para que Crom esté a salvo y lo que mantiene el pasado a raya. Y si el precio a pagar es ese adormecimiento del que hablas, bienvenido sea. Mantiene alejada las pesadillas y no me atormenta con esperanzas vanas. Además, tampoco me queda nada que ofrecer. Todo lo que tenía murió esa noche con ellos.

—El miedo nunca desaparece, Meribeth. O lo haces tu aliado o te domina. Utilízalo, pero no te sometas a él.

—Para ti es fácil decirlo —contestó Meribeth a la defensiva, antes de cerrar los ojos y apretarlos un instante mientras las palabras que acababa de pronunciar se hacían eco en su cabeza. Sabía que aquella afirmación era injusta—. Lo siento —dijo a continuación abriendo los ojos para volver a mirar los de Bruce—. No quería decir eso. Amy nos contó a Broc y a mí lo difícil que fue para Kam y para ti crecer con un padre como Bryson. Nos habló del día en que intentó ahogar a Kam y de lo que tú hiciste para salvarlo —dijo Meribeth con la expresión extremadamente seria—. Por favor, no culpes a Amy de que nos lo haya contado, no lo hizo por…

—Conozco a Amy, y jamás sería capaz de llevarle la contraria —contestó Bruce, y una chispa divertida iluminó sus ojos. Meribeth se encontró correspondiendo a sus palabras con una

sonrisa de medio lado—. Si os lo ha contado es porque tenía sus razones para ello, y yo la respeto por eso. Además, sois parte de mi familia. No hay nada que ocultar.

Meribeth tragó saliva y asintió lentamente.

—¿Cómo lo consigues? —preguntó a Bruce casi titubeante, y al ver el ceño de Gordon contraerse ligeramente, se apresuró a aclarar lo que quería saber—. ¿Cómo consigues que el miedo no domine tu vida?

La intensidad de la mirada de Bruce fue casi hipnotizadora, capturando la de Meribeth durante unos segundos antes de contestar.

—No lo evades, lo utilizas —dijo con firmeza—. El miedo te hace ser prudente, estar alerta y ser consciente de tu propia mortalidad. Eso es lo que debes aprovechar de él, porque te hará fuerte. En cambio, cuando empieza a privarte de lo esencial para ti, cuando te limita y nubla tus decisiones es cuando debes enfrentarte a él —continuó Bruce con calma—. Cada persona lo hace de forma diferente.

—¿Cómo lo haces tú? —preguntó Meribeth.

Bruce inspiró lentamente antes de hablar.

—No soy un buen ejemplo —contestó, y en sus ojos Meribeth vio una sinceridad aplastante.

—¿Por qué?

—Porque a mí, el miedo me hace ser imprudente y osado.

—¿Y si yo también quiero ser imprudente y osada? —preguntó Meribeth al instante.

Bruce la miró con un brillo apreciativo en los ojos.

—Te diría que estás en el clan adecuado —contestó el *highlander*, y la expresión de Meribeth se relajó momentáneamente, solo un instante antes de que un pensamiento irrumpiera en su mente con ferocidad y opacara sus ojos.

—Últimamente he estado haciendo justo lo contrario.

Bruce la miró fijamente tras esa pequeña confesión.

—Tienes derecho a estar confusa y a dudar —dijo de forma rotunda.

—¿Aun cuando puedo hacer daño con ello? —preguntó Meribeth, con una dureza en la voz que un instante antes no había impregnado sus palabras.

—Siempre que seas honesta contigo misma —afirmó Bruce sin dejar de anclar sus orbes pardos en los de Meribeth—. Esconderte, mentirte o buscar excusas solo trae dolor.

Meribeth asintió lentamente, antes de esbozar una mueca que dejó entrever en su expresión el cansancio que durante los últimos días la asediaba.

—Gracias —dijo lentamente a *laird* Gordon, mientras este escrutaba cada mínimo cambio que se producía en la expresión de Meribeth—. Por acogernos, por ofrecernos un hogar. Sin preguntas, sin exigencias —continuó Meribeth—. Por darnos la libertad de elegir.

—Decidas lo que decidas, cuenta conmigo y con el clan Gordon —dijo Bruce, y Meribeth tragó saliva lentamente. Que el lobo solitario dijera aquellas palabras la sobrecogió, porque sabía que Bruce no hablaba en vano. Aquello no era cortesía, era una promesa.

—Meribeth y Crom, miembros del clan Gordon… Suena bien… —dijo Meribeth lentamente mientras sus ojos se iluminaban brevemente. El azul cielo contra el color bronce hacían una combinación extraordinaria.

—Es perfecto —sentenció Bruce guiñándole un ojo, y Meribeth sonrió abiertamente, antes de inclinar levemente la cabeza hacia un lado y mirar fijamente la expresión de *laird* Gordon, como si estuviese descifrando algún tipo de acertijo.

La ceja arqueada de Bruce en señal de interrogación fue suficiente para que Meribeth

desviara sus ojos solo unos segundos, ampliara su sonrisa de forma inconsciente antes de volver a mirarlo.

—Broc tiene la misma forma de mirar —afirmó Meribeth y, aunque ella no se percató de ello, sus ojos adquirieron un brillo diferente al pronunciar su nombre.

—Cuando te importa una persona prestas atención a ciertos detalles que pasarían inadvertidos en otros —contestó Bruce, y Meribeth sintió de pronto sus mejillas arder, y la necesidad acuciante de explicarse para que Gordon no sacase conclusiones equivocadas.

—Nos salvó la vida y ha sido… —comenzó, parando casi al instante. Tragó la saliva que de pronto pareció escasear en su boca y continuó, aunque su tono de voz sonó diferente. Parecía ligeramente más grave, bajita e íntima—. No he conocido jamás a nadie como él —continuó, mirando fijamente a Bruce a los ojos—. Cuando nos cruzamos en su camino éramos dos desconocidos que solo le complicaron las cosas, condenándolo a una muerte casi segura. ¿Sabes lo que vi en aquel combate? —preguntó Meribeth y Bruce esperó su respuesta pacientemente, incitándola con su mirada a continuar—. Vi a un hombre que dejaría su vida allí antes de permitir que hicieran daño a un niño pequeño y a un muchacho. Que alivió el miedo atroz de un niño y conectó con él de tal manera que le hizo salir de la oscuridad. Incluso pensó en salvaguardar el orgullo de un muchacho antes que contener una herida que a punto estuvo de costarle la vida —siguió Meribeth con la voz algo ronca—. Exuda tanta seguridad… y entiende tan bien la naturaleza de la gente… —dijo con una expresión apasionada—. Es inteligente y a la vez tan honesto y sincero, tan fiel a sí mismo, tan auténtico que me desarma a cada paso.

—¿Es solo gratitud lo que sientes por él? —preguntó Bruce a bocajarro, y la expresión de Meribeth tuvo que ser realmente cómica porque Gordon no pudo disimular una sonrisa—. Parece que no —dijo seguidamente.

—En ningún mento, perdón, momento, he dicho que sienta algo por él —aclaró Meribeth rápidamente, atropellando las palabras.

—Yo creo que sí lo has hecho. En cada frase que has pronunciado —aseveró Bruce, y Meribeth abrió la boca como un pez fuera del agua. De golpe, parecía que le faltaba el aire.

—Hay algo más en lo que los hermanos Gordon nos parecemos —continuó Bruce lentamente, y Meribeth solo atinó a articular dos palabras, pero que fueron suficientes para desatar, con la respuesta de Gordon, un auténtico caos en su corazón.

—¿En qué?

Y Bruce se puso en pie antes de contestar, con esa mirada que podía evaporar la nieve en invierno, y le contestó, articulando cada palabra como si fueran algo vital.

—No sabemos amar a medias.

Meribeth sintió que la sangre abandonaba su rostro.

—Y de eso tampoco se puede huir —concluyó Bruce como si con ello no hubiese desatado una tormenta en el interior de Meribeth porque, ¿tan evidente era lo que ella sentía por Broc? Y…, ¿acababa él de insinuarle que Broc también sentía algo por ella?

—Quédate en la estancia el tiempo que necesites…, antes de decidir cuándo quieres empezar a ser imprudente y osada… —terminó Bruce para después darse la vuelta y andar hacia la puerta.

Maldita sea, susurró Meribeth entre dientes, mientras lo veía salir de la estancia.

Todo se estaba precipitando a una velocidad vertiginosa, y no podía ponerle freno. Ni siquiera la idea de hacerlo le parecía factible.

Había intentado ignorar todo aquello que podía perturbar su plan inicial, pero, como bien le había dicho *laird* Gordon, huir no servía. Y no es que ella se hubiese negado lo que sentía por

Broc, porque no podría, aunque se lo propusiese. Ser honesta consigo misma era algo inherente a su persona. Eso a veces la torturaba vilmente, pero, a la larga, le hacía un inmenso favor. Sin embargo, tenía que reconocer que la posibilidad de que Broc sintiese algo por ella había sido un tema más espinoso que había intentado eludir, por muchas razones. Inicialmente porque pensó que sería imposible y después, cuando fantaseó con la posibilidad de que él llegase a conocer su identidad, porque no podía permitir que nada ni nadie interfiriera en su misión. Jamás pensó que las cosas evolucionarían como lo habían hecho y que todo se descubriría de aquella forma tan abrupta, ni que se sentiría tan expuesta cuando ocurriese. Tampoco había sido consciente de la magnitud de sus sentimientos, hasta ahora que, desaparecido su objetivo final, no podía seguir escondiendo sus emociones en el rincón más oscuro de su ser con la esperanza de que estos perdiesen fuerza una vez que ella se alejara de allí con Crom. Ahora que eso había cambiado ya no podía seguir cerrando los ojos ante la realidad.

Se quería quedar allí, por Crom, por ella.

Deseaba que Broc fuera una constante en su vida.

Ella no era de las que huían. Era de las que luchaban y se enfrentaban a todo.

Aquel era el momento de empezar a ser imprudente y osada.

¿Por qué empezaba a sentir que era una Gordon?

XXVI

Broc se dirigió a la pequeña estancia que Bruce utilizaba para la llevanza de las cuentas del castillo. Edwin le había dicho que este todavía se encontraba allí con Kam. Al tomar el pasillo que lo llevaría hasta ellos, a lo lejos, oyó las voces de los miembros del clan que, reunidos en el salón para la cena, en ese momento charlaban animadamente.

Broc apresuró el paso, aún con la esperanza de que sus hermanos no le hubiesen echado en falta aquella tarde, pero con la sospecha, a tenor de la mirada del *highlander* que le comunicó que Bruce lo había estado buscando, de que no iba a tener esa suerte.

—¿Dónde has estado? —preguntó Kam nada más entrar él a la estancia.

Broc enarcó levemente una ceja ante la mirada de su hermano menor.

—¿Por qué?, ¿me has echado de menos? —preguntó con una media sonrisa en los labios.

Sabía por qué Kam tenía aquella expresión y no se lo reprochaba. Al contrario, lo entendía a la perfección, pero discutir no haría que cambiase el hecho de que había seguido su instinto, y que, a pesar de haberse mantenido alerta cada instante de su expedición, lo había hecho solo. En ese momento, acostumbrado a contar solo con él mismo, no pensó que su acción pudiese generar preocupación en los suyos.

Durante las últimas semanas habían acaecido en el territorio del clan una serie de sucesos que aislados podían considerarse sin relación alguna, pero que en conjunto parecían formar un patrón, algo que generó el recelo de los tres y levantó sus sospechas. Unas cabezas de ganado sustraídas, daños en las tierras de las familias cuyos hogares estaban cerca del territorio de los Farquharson, la muerte de un anciano miembro del clan en extrañas circunstancias, y el ataque a dos de los chicos más jóvenes del clan, cerca de los límites del territorio, quienes recibieron una paliza, dejándolos inconscientes y malheridos.

Unidos eran demasiados incidentes como para que fueran una casualidad.

Sin embargo, no había pruebas de ello y los escasos testigos que tenían no habían sido de mucha ayuda. Estos solo habían coincidido en una cosa y es que los atacantes eran un grupo de hombres y que no vestían *feileadh mor* alguno.

Bruce se había reunido con varios de sus *highlanders*, además de con él y Kam, para investigar aquellos hechos y llegar al fondo del asunto, haciendo hincapié en que los hombres desde ese instante debían ir al menos de dos en dos para realizar dichas pesquisas.

Y, aunque sabía que Bruce tenía razón y estaba de acuerdo con él en las medidas adoptadas, lo cierto era que aquella tarde había hecho caso omiso de sus órdenes cuando al volver de terminar su turno de vigilancia se desvió en solitario de su ruta para examinar, más a fondo, el terreno y los alrededores del lugar donde los dos jóvenes fueron atacados.

—Siempre te echo de menos, lo sabes… —dijo Kam con un extraño brillo en los ojos, aunque su ceño fruncido no hubiese desaparecido del todo—, pero ese no es el motivo por el que pregunto sobre tu paradero de esta tarde. No quiero inmiscuirme en tus asuntos, pero cuando uno de nuestros hombres nos dijo que te vio dirigiéndote al sur, solo, casualmente hacia el mismo lugar donde Andy y Elliot fueron atacados, no sé…, llámame loco, pero se me ha pasado por la cabeza la posibilidad de que hubieses decidido inspeccionar el lugar por tu cuenta, sin que nadie te cubriese las espaldas.

Broc vio el reproche en la mirada de Kam y, al desviar sus ojos hacia los de Bruce, que hasta entonces no había pronunciado palabra, la mirada inquisitiva que le dirigió este le hizo

sentir responsable por no haberles hecho partícipes de sus intenciones.

—De acuerdo, soy culpable, pero solo quería cerciorarme de algo. Muchas veces no basta con inspeccionar el terreno solo una vez. Ampliar la búsqueda trae con asiduidad pistas que pueden pasar desapercibidas en un primer momento.

—Podías habernos dicho eso antes, y haber contado con uno de nosotros para acompañarte —dijo Kam al instante.

—No fue algo premeditado. Estaba cerca del lugar donde ocurrió y decidí inspeccionarlo de nuevo. Creo que huelga decir que sé cuidarme solo —terminó Broc con una ceja alzada, para dar más énfasis a sus últimas palabras.

Kam miró a Bruce poniendo los ojos en blanco, dejando en manos de su hermano mayor la tarea de hacerle entender por qué no debería haber ido solo.

—Todos somos *highlanders*; esa no es la cuestión. Eres uno de los mejores guerreros que he conocido, pero en toda esta situación hay algo que no me gusta. Quiero que todos mis hombres y, entre ellos, mis hermanos, vayan acompañados cuando se acerquen al límite de nuestro territorio, porque todos estos pequeños hurtos y el ataque a Andy y Elliot no tienen sentido. Y, aunque la muerte del viejo Taffy parezca accidental, no creo que haya sido así —comentó Bruce mirando a Broc.

—Sé a lo que te refieres y te entiendo. Yo también sospecho que hay relación entre todos ellos y que su finalidad es la de provocar —dijo Broc, y Bruce asintió lentamente en total acuerdo.

—Exacto —afirmó *laird* Gordon—, y, hasta que no averigüemos más, no voy a arriesgarme a perder a ningún miembro de mi clan, y menos a uno de mis hermanos.

Broc rebuscó entre su *feileadh mor* y de sus dobleces sacó una daga que dejó encima de la mesa haciendo que sus hermanos centraran toda su atención en ella.

Kam se apresuró a tomarla entre sus manos. Era una daga más corta y fina que el puñal que utilizaban los escoceses de un solo filo, largo y con la hoja recta.

—No es escocesa —apuntó el menor de los Gordon.

—Yo diría que italiana —agregó Broc—. La encontré cerca de donde atacaron a los muchachos. También hallé huellas más al sur. Unos siete u ocho hombres, puede que alguno más. Se habían esforzado por hacerlas desaparecer cerca del lugar para no delatar su presencia.

Tanto Bruce como Kam miraron a Broc con un destello apreciativo en los ojos.

—Sin *feileadh mor* reconocible, grupo reducido, y portando un arma que no es originaria de nuestra tierra. Llevando acciones que parecen no tener relación entre ellas, pero con las que intentan llamar nuestra atención —recapituló Kam, poniendo en una sola frase lo que habían descubierto hasta ese instante.

La expresión de Bruce se endureció al momento, y por la oscuridad que se instaló en sus ojos, Broc supo sin duda alguna a la conclusión a la que su hermano había llegado.

—Hombres contratados, mercenarios —verbalizó Broc poniendo voz a los pensamientos del mayor de los Gordon.

La expresión de Kam también se tornó seria al instante.

—¿Contratados por los Farquharson? —preguntó con la certeza de que, aunque tuviesen más de un enemigo y gozaran de la antipatía de un número aún mayor de clanes, los Farquharson eran su principal rival. El odio que le tenían los miembros de ese clan se remontaba a décadas atrás.

—Quisieron matarle durante la reunión en tierras de los McGregor —respondió Broc a Kam haciendo referencia a Bruce—. Después de todo lo que hicieron para llegar hasta él, no creo

que se hayan rendido tan fácilmente, y tras estar bajo sospecha y que el rey los vigile más de cerca, contratar a alguien que haga el trabajo por ellos sería lo más inteligente. Para mí los Farquharson son la opción más evidente.

Tanto Bruce como Kam no pudieron objetar nada a las palabras de Broc. Al contrario, ambos estaban en total acuerdo con él.

—Erskine Farquharson es impulsivo e impaciente, pero es astuto —dijo Bruce lentamente—. Y, si nuestras suposiciones son ciertas, no podemos subestimar a los hombres que ha contratado. No son cualesquiera, son guerreros curtidos a tenor de cómo han actuado: sigilosos y certeros —continuó *laird* Gordon—. De ser cierto, deben llevar semanas rondando los límites de nuestras tierras, incluso las de los Shaw y los Robertson, ya que los ataques no han tenido lugar todos en el sur, para que no pudiésemos asociarlos solo a los Farquharson.

Broc asintió lentamente, mientras Kam miraba fijamente a su hermano.

—Mañana enviaré a Jonhson para que hable con el viejo Shaw, pero sin contarle lo que sabemos, solo para que averigüe si han tenido constancia de algún grupo de hombres cruzando sus tierras —continuó Bruce—. Han sido tan inteligentes como para dejar a McPherson fuera y no pisar su territorio. Sin duda saben de la amistad que nos une.

—Eso solo hace reforzar nuestra idea de que tras esos hombres deben estar los Farquharson —dijo con certeza Kam.

—También podrían ser miembros del clan Farquharson, despojados durante esas incursiones de su *feileadh mor* para que los ataques no puedan relacionarse con ellos —dijo Broc, pero Bruce negó al instante con la cabeza.

—No lo creo. De esa forma se expondrían a que algún testigo pudiese reconocer sus rostros, y no creo que se arriesguen hasta ese extremo después de la última vez.

—Lo que dices tiene sentido, pero siempre hay quien actúa contra el buen juicio —aseveró Broc haciendo un pequeño gesto con los hombros que provocó que Bruce esbozara una pequeña sonrisa.

—Sí, como los Ross… —apostilló Kam valiéndole una mirada asesina por parte de Broc —. ¿Has hablado con Meribeth? —preguntó a continuación cambiando de tema.

Broc desvió los ojos de Kam hacia Bruce, arqueando una ceja, y este no pudo contener una carcajada.

—¿Qué? —preguntó el menor de los Gordon con una mirada aguda y penetrante—. ¿Tampoco puedo preocuparme por cómo están las cosas entre vosotros dos?

—Preguntar, puedes preguntar… Que yo te conteste es más complicado —respondió Broc lentamente, casi desafiante, y Bruce volvió a reír.

Kam inclinó levemente la cabeza para mirar a su hermano mayor esquivando así la figura de Broc que estaba en medio.

—Nos ha salido respondón —concluyó el menor de los Gordon dirigiéndose a Bruce, mientras se acercaba a Broc. Cuando estuvo a su lado, le dio una palmada en el brazo tras un firme apretón. Su mirada, cálida y divertida, desmentía su expresión contrariada.

—Soy mayor que tú dos años, y está claro una vez más que no me tienes el respeto adecuado —contestó Broc despacio, con un tono de voz calmado, aunque el brillo de sus ojos puso en alerta a Kam de inmediato haciendo que diese un paso atrás—. Bruce, ¿dónde está el abrevadero que me comentaste? —preguntó Broc y, ahora sí, su voz reflejó una clara intencionalidad.

La mueca en la cara de Kam fue cómica.

—No te atreverás… —dijo señalando a Broc con un dedo.

—No tiene pérdida —respondió Bruce intentando contener una nueva carcajada—. Cerca de los establos encontrarás…

—Bruce… —interrumpió entre dientes Kam.

—Yo correría —aconsejó Bruce a Kam, y su ceja algo alzada hizo poner los ojos en blanco al menor de los Gordon—. No creo que Elsbeth aprecie que aparezcas a cenar empapado de agua.

Eso sí que llamó la atención de Kam lo suficiente para que su mirada se agudizara y su expresión cambiara.

—Antes tendríais que alcanzarme, par de ancianos —escupió con una sonrisa socarrona, antes de darse la media vuelta y salir corriendo.

—¿Le doy ventaja? —preguntó Broc a Bruce con una sonrisa de medio lado.

El brillo divertido en los ojos de Bruce y su rápida negativa hicieron que la sonrisa de Broc se ampliara aún más.

Esa noche los tres llegaron tarde a cenar.

***

Broc la observó mientras arropaba a Crom. Sus movimientos suaves y protectores al acomodar al pequeño bajo las sábanas le llevaron a recordar su propia niñez, la cálida voz de su madre, lo seguro y hermoso que le parecía, en aquellos días, el mundo a su lado.

—¿No puedes dormir?

Los relámpagos que rasgaron el cielo en la oscuridad de la noche iluminaron la habitación por completo, y los truenos que al instante retumbaron le hicieron encogerse aun en contra de su voluntad.

—¿Tienes miedo? —preguntó seguido su madre acercándose a su cama y sentándose a su lado, abrazándolo y estrechándolo suavemente contra ella.

—No —contestó titubeante Broc—. Soy un highlander*, y los* highlanders *no tienen miedo —continuó con la voz más fuerte y confiada.*

Era un niño de cinco años que exudaba a veces una madurez impropia para su edad, algo que le pesaba a Siüsan. A pesar de la protección del abuelo y de la suya propia, nada parecía poder evitar que parte del clan recelara de su origen y, a espaldas de ellos, hicieran la vida de Broc mucho más compleja de la que debería tener un niño. Broc no le había dicho ni una sola palabra, pero ella notaba que su hijo había empezado a aislarse cada vez más. No por elección propia, sino porque los niños del clan, que antes reclamaban su presencia para jugar con él, habían empezado a darle de lado. Solo unos días atrás Broc había llegado con una herida en el labio y un moratón bajo su ojo izquierdo. En esa ocasión Siüsan no lo dejó pasar, instándole a que le contase lo ocurrido; sin embargo, él la miró con esos ojos verdes que parecían tragarse el mundo a sorbos gigantes y, con una seguridad que ni siquiera ella sabía cómo podía salir de un cuerpo tan pequeño, le sonrió, se acercó a ella dándole un beso en la mejilla y le dijo después al oído: «No te preocupes mamá, no duele».

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Quién te ha dicho que los highlanders *no tienen miedo? —preguntó Siüsan lentamente, dejando a un lado sus pensamientos.*

Broc levantó su cabecita.

—El abuelo no tiene miedo… Siempre dice que un hombre debe ser valiente.

Siüsan tomó aire de golpe para soltarlo despacio.

—¿Y te dijo expresamente que no puedes tener miedo?

Broc frunció su naricilla y cerró parcialmente sus ojos como si estuviese pensando la

respuesta, antes de negar con la cabeza.

—Claro que no, hijo, porque ser valiente no significa no tener miedo.

La cara del pequeño que se contrajo en una expresión entre la sorpresa y la esperanza casi hizo sonreír a Siüsan.

—Ser valiente significa enfrentarse al miedo y no dar la espalda a los problemas.

El sonido de un trueno retumbó incluso dentro de aquellas cuatro paredes y el pequeño se encogió levemente, antes de mirar a su madre con esa honestidad y transparencia que Siüsan sabía que acabarían con ella. ¿Cómo era posible amar tanto a alguien? Tanto como para dar la vida por esa persona si hiciese falta, tanto como para que una sola de sus sonrisas te diese alas… tanto que una sola de sus lágrimas doliese mil veces más que la mayor de las desgracias.

—Mamá… —dijo el pequeño.

—Sí, mi pequeño corazón —contestó Siüsan.

—A veces cuando hay tormenta tengo miedo… —confesó algo avergonzado—. ¿Me enseñas cómo pararlo? —preguntó esperanzado.

—Emm… —dijo Siüsan haciendo que pensaba con minuciosidad la respuesta—. Puedo hacer algo mejor… puedo contarte la historia que mi madre me contaba a mí, sobre el origen de las tormentas.

—¿La abuela? —preguntó Broc con los ojos llenos de cansancio.

—Ajá... —contestó Siüsan haciendo que el pequeño se recostara en el lecho para después ella taparlo bien con las mantas, quitándole el mechón de pelo rebelde del color del bronce que de forma descuidada volvía una y otra vez hacia su frente.

—Es la historia de una madre y un hijo…

—¿Como nosotros?

Siüsan sonrió, asintiendo afirmativamente.

—¿Y qué tiene eso que ver con las tormentas y el miedo? —preguntó Broc.

—Paciencia…

—¿Seguro que no te estás equivocando de historia, mamá?

—Seguro.

—¿Y cómo se llama esa historia?

—¿Tiene que tener nombre? —preguntó Siüsan sintiendo una calidez enorme en su pecho ante el hermoso mohín de su hijo.

—Ajá… —dijo Broc imitando la respuesta anterior de su madre y haciendo que esta tuviese que hacer un esfuerzo por no sonreír abiertamente.

—Está bien, déjame recordar… umm… ¡ah, sí!, se llama «Cuando lloren las nubes».

—Mamá.

—¿Qué, hijo?

Broc hizo una señal a su madre con su pequeña manita para que se acercase a él, y Siüsan lo hizo al instante. Broc se incorporó un poco para susurrarle algo en el oído.

—No sé si me va a gustar esta historia. El título es horrible.

Y ahora sí, Siüsan no pudo evitar reír por lo bajo.

—No se puede prejuzgar una historia antes de conocerla.

—¿Qué es prejuzgar?

Siüsan tomó una de las manos de su hijo y lo miró fijamente.

—Es sacar conclusiones antes de tiempo, incluso antes de conocer aquello de lo que se supone debes formarte una idea.

—Vale, mamá. Entonces no haré eso que dices hasta que la escuche. ¿Me la cuentas

ahora?

—Allá vamos…

Broc sonrió con nostalgia ante aquel recuerdo. Cuando tenía solo cinco años su madre había sido su mundo entero.

Al poco tiempo de aquella noche, la enfermedad había hecho presencia en la vida de ella y le había arrebatado la vitalidad, las fuerzas e incluso esa preciosa sonrisa que todo lo iluminaba. Lo único que no le quitó fueron sus ganas de luchar, su inmenso corazón y su capacidad infinita de amar.

Verla sufrir había sido una tortura, pero que repetiría mil veces si con ello pudiese compartir con ella un solo instante más.

Viendo así a Meribeth, el vínculo que compartía con Crom, la forma en que lo protegía y lo cuidaba, se juró a sí mismo, de nuevo, que no dejaría que nadie les robara eso, no si él podía evitarlo. Sin importar el tiempo o el lugar.

—¿Qué haces… ahí? —preguntó Meribeth cuando al terminar de acomodar a Crom se volvió y lo vio apoyado levemente sobre la jamba de la puerta.

—No te he visto en el salón esta noche y quería saber si todo estaba bien.

—Crom lo está —contestó rápidamente Meribeth, echando una última mirada al pequeño que, bajo las mantas, tenía una respiración pausada y profunda. Crom había estado inquieto los últimos días. Meribeth sabía que el niño era extremadamente inteligente y, aunque ella no le había contado nada de lo que había pasado, él de alguna forma lo intuía. Desde entonces había estado más pendiente de él, hablando de todo lo que el crío había deseado, asegurándole, cuando Crom le confesó que quería quedarse más tiempo con los Gordon, que permanecerían con ellos hasta que él decidiera lo contrario. Eso pareció tranquilizarlo y quitó de su mirada el temor que se instaló de nuevo en ella, como si en el fondo hubiese estado esperando a que algo malo volviese a ocurrir. Y Meribeth lo entendía a la perfección, porque ella misma estaba lidiando con unos sentimientos parecidos. Unos que la estaban volviendo loca. Y ese hombre que ahora la miraba fijamente, que parecía preocuparse por ella y que hacía que el corazón le trotara en el pecho como si le persiguieran las iras del infierno, no ayudaba. Para nada. Ni un poquito.

Además, ¿era posible que una persona ardiera de forma espontánea bajo el peso de una mirada? Porque ella estaba a un solo paso, a un dedo, a un minúsculo aliento de hacerlo. ¡Malditos fueran esos ojos que la dejaban sin aliento! Iría derecha al infierno…, seguro. ¿Y por qué sus propios ojos volvían una y otra vez a los labios de Broc? ¿Por qué quería mordérselos como si fuesen una fruta madura?

De forma inconsciente intentó aliviar la falta de aire que de repente escaseó en la estancia. Se llevó una mano a la camisa que llevaba puesta y se la despegó de la piel repetidamente con pequeños toques, y sopló sobre el mechón de pelo que en ese instante le tapaba parte de la cara.

El ceño fruncido de Broc debería haberla prevenido. Que se incorporara y fuese con una seguridad aplastante hacia ella tenía que haberla hecho reaccionar, y que la mirase de forma penetrante debería haberla hecho hablar, pero nada de eso hizo. En su lugar se quedó quieta hasta que él llegó junto a ella y dejó de respirar cuando Broc, con firmeza, extendió su brazo y, con la palma de la mano, le tocó la frente y la mejilla derecha.

Ja, ilusa… y había pensado solo un instante antes que hacía calor…

Quería que un agujero se abriera en el suelo, y enterrar allí la cabeza.

—¿Qué ha... haces? —preguntó Meribeth quitando de forma brusca la mano de Broc de su cara.

—Tienes las mejillas encendidas, pareces febril —dijo Broc con una expresión que denotaba preocupación.

Febril decía… por favor, lo que estaba era achicharrándose.

—De hecho, tienes algo de fiebre. ¿Te encuentras mal? —preguntó, mirándola fijamente.

La verdad es que durante todo el día la cabeza había estado matándola de dolor, por eso no había ido a cenar esa noche.

Y lo había echado de menos. A él, no a la cena.

—No, yo… estoy bien. Solo un poco cansada. Y hace calor aquí.

La mirada de Broc le dio a entender que no le había convencido su respuesta.

—Quizás un poco de aire fresco antes de acostarme me vendría bien —los ojos de Broc indagadores la hicieron decir las siguientes palabras incluso antes de que fuese consciente de lo que había dicho—. ¿Me acompañas? Será un breve paseo. Tampoco quiero dejarlo solo mucho tiempo —continuó Meribeth desviando un instante sus ojos hacia el niño que dormía profundamente.

Crom, desde que estaban con los Gordon, había vuelto a conciliar ese sueño profundo del que solo los niños parecían disfrutar. Meribeth había comprobado en las últimas semanas que ni siquiera una manada de caballos que pasara al trote por la habitación conseguiría perturbar el descanso del niño. Estaba segura de que no se despertaría y, si así fuese, la habitación de Amy, que siempre estaba atenta al pequeño, solo se distanciaba unos pocos pasos de la de ellos. No en vano, la anciana, sobre todo los primeros días, se pasaba varias veces a lo largo de la noche a observar si ambos estaban bien. Las emociones que eso despertaba en ella eran algo que Meribeth no podía expresar con palabas. La calidez de ese gesto le había llegado hasta lo más profundo de su corazón. Aquella mujer se lo había ganado por entero, al igual que el resto de los Gordon.

—Vamos —dijo Broc acercándose un paso más, provocando que Meribeth aguantara la respiración y cerrara los ojos cuando este se inclinó ligeramente hacia ella, sintiendo el aliento del *highlander* sobre su cuello y haciendo que el vello de su piel se erizara. ¿Pero qué…? ¿Iba a besarla? Meribeth inspiró profundamente y dejó de pensar… y de luchar consigo misma. Deseaba esos labios sobre su boca, el calor de sus brazos, el sabor de sus besos… y esperó… porque si había que estallar en llamas que así fuera, hasta que la voz de Broc la trajo de vuelta a la realidad.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó este con voz algo ronca.

Las mejillas de Meribeth volvieron a colorearse de rojo amapola, chillón, de ese que podía verse en la distancia a tenor del calor que volvió a subir por su cuello hasta sus cejas, cuando, al abrir los ojos, vio los orbes verdes de Broc fijos en ella y, en la mano del *highlander*, una manta que con anterioridad había estado encima de la mesa que Meribeth tenía a sus espaldas. Comprendió que Broc solo se había inclinado hacia ella para coger la misma y no pa-ra be-sar-la, pero eso no evitó que el momento, ese instante de eterna mortificación, no quedase flotando entre los dos. El brillo canalla en los ojos de Broc no dejó lugar a dudas. Él sabía lo que ella había pensado y parecía estar disfrutando de su reacción. ¿Y cómo no iba a hacerlo si hasta ella había entreabierto ligeramente los labios para perderse en su boca?

—Deja de preguntar si estoy bien —contestó Meribeth entre dientes, bordeándole y echando a andar hacia la puerta.

—Entonces deja de mentirme —respondió Broc, y Meribeth paró en seco. Esas palabras le habían escocido, porque eran ciertas.

Un instante después, como si no las hubiese escuchado, retomó el paso.

Si se hubiese vuelto, solo un momento, hubiese visto la sonrisa, tierna y cálida, que esbozaron los labios de Broc, porque ella le resultaba fascinante: sus reacciones, tan francas y transparentes. Su fuerza, su nobleza, su fuerte personalidad. Su sensibilidad, su empatía y su vulnerabilidad, esa que, en vez de exponerla, la impulsaba.

Había estado cerca de Meribeth durante aquellos días, pero dejándole el espacio que sus ojos, esos que no podían ser más sinceros, le pidieron sin palabras. En su mirada podía verse el nudo de emociones tan diversas que la estaban acosando y que ella intentaba desentrañar a toda costa. Se exigía demasiado y los surcos algo oscuros debajo de sus ojos atestiguaban ese hecho. Después de todo por lo que había pasado, soltar las riendas, aunque fuese solo un poco, debía ser tremendamente difícil, y Broc la comprendía mejor de lo que ella podía pensar.

Si no hubiese estado ya enamorado de ella, si no sintiese que aquella mujer podía ponerlo de rodillas con solo pedírselo, en aquel mismo instante lo hubiese descubierto: que una sola de sus miradas podía detener el tiempo.

***

No se alejaron, solo pasearon lentamente al resguardo de una luna llena, plena y brillante que iluminaba la planicie como si extendiera sus brazos hacia la tierra y quisiera colmarla de su radiante luz.

—Quizás tuvieras calor dentro, pero aquí fuera hace frío —dijo con voz firme Broc cuando Meribeth hizo un pequeño mohín con la nariz al sentir cómo el *highlander* le colocaba la manta sobre sus hombros nada más salir del castillo y enfilar el costado del mismo.

La verdad es que el aire era helado y, aunque ansiaba protestar, de sus labios salió algo completamente diferente.

—Gracias.

—Espera…, ¿has dicho gracias? —preguntó Broc arqueando una ceja—. Ahora es cuando estoy preocupado de verdad.

A regañadientes Meribeth no pudo evitar que una sonrisa se esbozara en sus labios ante el comentario del *highlander*. Sabía que los últimos días no había sido ella misma. Había estado irritable, evasiva y entre todas las personas del mundo, él era quien menos se merecía el trato impersonal del que había dotado a cada una de sus interacciones desde la noche en que ella se rompió estando en su compañía.

Se había propuesto sincerarse tras su conversación con Bruce, y sin embargo había terminado manteniendo las distancias con Broc. Y ella no era así, no era una persona que se escondiera detrás de banales excusas.

—He tenido una charla con Bruce —dijo Meribeth parándose en la explanada que había tras el castillo, observando la luna antes de mirar a Broc. Este la miró fijamente, sin decir nada, esperando a que continuase—. Y no sé cómo, he terminado confesándole ciertas cosas que hasta ese momento ni siquiera había sido capaz de verbalizar.

—Bruce tiene ese efecto en las personas —afirmó Broc.

—Sí, sobre todo cuando te mira como si pudiese leerte el alma. Te dan ganas de meterle los dedos en los ojos.

La risa baja y ronca de Broc hizo que su estómago se contrajera, como si un montón de bichitos estuviesen saltando dentro de él. Era una sensación asombrosa y que daba vértigo.

—No te recomiendo que hagas eso.

—Ya…, yo he llegado a la misma conclusión —dijo Meribeth mirándole fijamente y haciendo un divertido mohín con los labios—. Aunque mi vida sea un caos absoluto, no tengo

ganas todavía de dejar este mundo.

—Sabia decisión —apuntó Broc guiñándole un ojo antes de continuar—. ¿Te ayudó esa conversación a ordenar un poco el caos? —preguntó Broc y su tono calmado no desdibujó la sutil preocupación que Meribeth pudo percibir en él.

—Fue como recibir una patada en el trasero o un balde de agua fría sobre la cabeza —respondió Meribeth.

Broc arqueó una ceja ante su respuesta, y Meribeth se apresuró a aclararle lo que había querido decir con esas palabras.

—Me hizo recordar cosas que parecía haber olvidado y reconocer otras que me afanaba por no ver —confesó Meribeth con la voz afectada, y Broc posó sus ojos sobre ella con una aguda mirada—. Lo siento, Broc. Te pido perdón —continuó más tranquila de lo que pensó que estaría al decir aquellas palabras. Llevaba todo el día queriendo un instante con él para poder decírselas. Sincerarse con Broc era una buena manera de empezar a ser ella misma de nuevo.

Sintió los dedos de Broc cerrarse sobre su antebrazo con firmeza, pero de forma tan suave que con solo moverse Meribeth podría evadirse de su agarre. Lo hizo para que ella quedase frente a él y así pudiese mirarla a los ojos directamente.

—¿Por qué? —preguntó soltándola lentamente, y ella lamentó la pérdida del calor de sus manos sobre su cuerpo.

Meribeth se pasó, extrañamente nerviosa, la mano por los cabellos echando hacia atrás ese mechón que hacía tiempo se había acostumbrado a llevar por la mitad de su rostro.

Al terminar el gesto sintió a Broc tensarse a su lado y su mirada oscurecerse ligeramente cuando clavó sus ojos en los vibrantes orbes verdes del *highlander*.

—Por no ser sincera al principio y, después, intentar tomar el camino más fácil.

Vio a Broc fruncir ligeramente el ceño, y antes de que él pudiese decir algo, Meribeth continuó hablando.

—Le dije a Bruce que deseaba que el resto del clan siguiera pensando que soy Fie. No estoy orgullosa de ello, pero necesito sentirme segura en cuanto a Crom.

—No tienes que justificar esa decisión. Lo entiendo —afirmó Broc.

—También le dije a Bruce que nos quedaríamos en el clan. Me dijo que le parecía perfecto.

—Yo no lo hubiese expresado mejor —contestó Broc y, aunque seguía manteniendo la distancia que había entre los dos, a Meribeth, por la forma en que las palabras fueron pronunciadas, con un tono de voz bajo y grave, como si le acariciasen el alma, sintió que el espacio entre ambos se acortaba a pesar de que la distancia seguía siendo la misma.

«Es el momento de ser imprudente y osada, de ser sincera, de ser la Meribeth Colquhoun que eras antes de aquella noche».

Las siguientes palabras parecieron atascarse en su garganta, como si tuviesen vida propia y hubiesen decidido por sí mismas mantenerse en silencio. Volvió a apartarse el pelo de la cara y Broc dio un par de pasos hacia ella, disminuyendo, esta vez de verdad, la distancia que los separaba.

—La otra noche… —comenzó con dificultad Meribeth contrayendo levemente sus facciones al negar levemente con la cabeza.

—Meribeth, mírame —dijo Broc con voz templada.

Y, al hacerlo, al desviar sus ojos y anclarlos en los del *highlander*, la amalgama de emociones que destellaron en sus iris dejó a Meribeth sin aliento.

—No tienes que forzarte a decir nada. No voy a irme a ningún lado —afirmó Broc con

firmeza.

—Quiero hacerlo… —se apresuró a aclarar Meribeth antes de desviar un momento la mirada y tragar saliva. Luego inspiró lentamente el aire fresco de la noche, como si así le diese tiempo a ordenar sus pensamientos, antes de posar nuevamente sus ojos en los del *highlander*—. Desde que escapé con Crom aquella horrible noche solo me he centrado en una cosa: en mantenernos a salvo, buscar refugio y conseguir la ayuda de los McThomas —continuó sin dejar de mirarlo a los ojos—. El miedo y la rabia me mantenían alerta y me impulsaban cada vez que pensaba que no aguantaría un día más.

Los ojos de Broc, escrutadores, la observaban con suma atención.

—Desde que te conocí… no sé por qué —dijo Meribeth, y su voz perdió algo de fuerza, como si esa parte le costara más verbalizarla—, ese miedo fue desapareciendo gradualmente. Ya no sentía que tenía un bloque de piedra oprimiéndome el pecho continuamente, y las pesadillas… dejaron de visitarme todas las noches. Eso debería de ser bueno, ¿verdad? —preguntó Meribeth, y su voz se rompió ligeramente al final de la pregunta. Broc dio un paso más hacia ella contrayendo sus facciones ligeramente, visiblemente preocupado—. Sin embargo, eso solo me desconcertó y me asustó porque, si perdía ese sentimiento, ¿pondría en peligro a Crom? ¿Bajar la guardia suponía traicionar la promesa que le hice a Coby? —continuó y sus ojos brillantes, humedecidos por unas incipientes lágrimas que se negaba a dejar escapar, delataron lo que aquella confesión le afectaba.

Broc acortó aún más la distancia que los separaba y Meribeth puso una mano en su pecho, deteniéndolo, haciéndole saber que, si ahora decía algo, si no la dejaba terminar, quizás no pudiese hacerlo más adelante. Sin embargo, cuando vio en los orbes del *highlander* que lo entendía, manteniéndose quieto, respetando sus deseos, Meribeth no encontró las fuerzas necesarias para apartar su mano del cuerpo de Broc, ni distanciarse de esa calidez que desprendía su piel incluso a través de la tela de su camisa. Tampoco quería obviar la sensación de seguridad que sus músculos, fibrosos y duros, sobre los que su palma reposaba, le provocaban, como si se tratase de un muro, sólido y contundente capaz de hacer frente a cualquier peligro que osara desafiar aquel instante.

—En los últimos días no me he comportado bien contigo y lo lamento, Broc. Quería decirte cómo me siento, porque mereces saberlo, y por qué, desde la noche que todo se descubrió, me he portado como una auténtica imbécil contigo —continuó Meribeth con la voz ronca de intentar contener el nudo que tenía formado en la garganta y que le impedía a veces incluso hablar—. Cuando me apoyaste en esa reunión a pesar de que te había estado ocultando la verdad desde el principio, cuando después me seguiste y dijiste que todo saldría bien, cuando me abrazaste y me be… besaste, todo eso me hizo sentir más viva de lo que me había sentido en mucho tiempo, y despertó emociones en mí que jamás había experimentado. Me sentí confusa y abrumada y la situación me desbordó —continuó Meribeth sin ser consciente siquiera de que una de esas lágrimas que había estado conteniendo se deslizaba por su mejilla con impía voluntad. La mano de Broc se movió con determinación posándose encima de la suya, acunando bajo su fuerte palma los dedos de Meribeth, unos que se negaban, de manera instintiva, a abandonar el pecho del *highlander*. Sintió el latido del corazón de Broc golpear su mano, firme, rítmico, templado, fuerte y seguro… y quiso perderse en él. Su melodía sonó a calma y a tormenta, al viento que todo lo arrasa y al pulso de la tierra que sostiene nuestros pies sobre el suelo, a lluvia borrando las huellas del pasado y a mar embravecido que todo lo vence.

Y su latido se volvió tan vital para ella como lo era el respirar.

—Y… te evité siempre que pude, me distancié, porque me di cuenta de que ahora, aparte

de Crom, había otra persona que me importaba lo suficiente como para desear protegerla a toda costa… —dijo Meribeth y su voz se rompió. Ella de un manotazo, con rabia, arrancó la lágrima que ya perfilaba su barbilla, y se irguió endureciendo su expresión como si aquella muestra de vulnerabilidad fuese inadmisible—, y ahora no podría pasar otra vez por lo mismo, no podría soportar perder a nadie más, no podría soportar perderte. No… no…

Antes de que Meribeth pudiese seguir, Broc la atrajo hacia sus brazos, estrechándola entre ellos.

—No vas a perderme —aseguró Broc con una voz grave y ronca que Meribeth sintió calar hasta sus huesos.

Sin dejar de rodearla con uno de sus brazos, Broc separó su torso ligeramente para mirarla a los ojos y posar la palma de su mano sobre la mejilla de Meribeth, enredando finalmente sus dedos en ese mechón de pelo rebelde que ocultaba la mitad de su rostro, ocultándolo asiduamente del mudo. Broc lo apartó con suavidad para así poder perderse en la mirada única y bicolor de Meribeth, y ella contuvo el aliento, porque, a pesar de ver cómo Broc luchaba por mantener sus emociones a raya, sus grandes orbes verdes refulgían como el fuego en la oscuridad de la noche. Su mirada, intensa y penetrante, escrutaba su rostro como si la estuviese acariciando, y su fuerza, esa oscuridad que a veces la inundaba, haciendo que el peligro la desbordase, parecía a su disposición, como si de alguna forma la velase, protegiéndola incondicionalmente.

Era sobrecogedor…

—Eres la mujer más valiente, fuerte e inteligente que he conocido jamás —dijo Broc acariciando con su pulgar la piel de su mejilla, como si fuese de vital importancia hacerlo y no pudiese evitarlo. La urgencia en sus ojos, el ímpetu en su voz así lo indicaban—. Has pasado por un infierno, y llevas a cuestas la furia, el miedo, el dolor y la sed de justicia, con una madurez y una entereza que admiro profundamente —continuó Broc impidiendo que ella desviara su mirada cuando sus mejillas enrojecieron de pronto—. Deja de disculparte por no contarme la verdad desde el principio. Hiciste lo necesario para sobrevivir y eso incluye no fiarse de nadie. Créeme, si hay alguien que entiende eso soy yo, y, lejos de censurarte por ello, aplaudo tu coraje, tu astucia y tu buen juicio. Yo no podía ser tu excepción, ni al principio ni después, porque necesitabas poner a salvo a Crom —siguió el *highlander* con vehemencia—. Que te sientas mal por ello solo demuestra que eres demasiado buena para este mundo lleno de mentiras, odios sin sentido, envidias y ansias de poder. Eres tan honesta con tus sentimientos, tan sincera y transparente, y tan delicada y protectora con los de los demás que jamás nadie que te conozca podría pensar que hay una pizca de maldad en tus acciones.

Meribeth tembló sin poder evitarlo. No era el frío de la noche, ni el hecho de haber intentado abrirse en canal y exponer aquello que la hacía vulnerable y la desnudaba al completo. No, fueron las palabras de Broc, esa contundencia, esa verdad que traspasaba su piel bajo su contacto, que acariciaba sus oídos y que reverberaba por su cuerpo con una sinceridad que no podía ser fingida.

—Que decidas quedarte con los Gordon demuestra cuánto ha llegado a importarte este clan, igual que lo que significas tú para ellos. En solo unas semanas te consideran uno de los suyos, y me siento honrado y orgulloso de pertenecer a este clan solo por eso —continuó Broc rozando con sus dedos sus cabellos—. Te dije que quería más de una vida para aprender todas tus expresiones y era cierto. No sé si podré tenerlas, pero la mía, mi presente y futuro, son tuyos. No vas a perderme, no voy a irme a ningún sitio. Y tienes todo el tiempo que necesites para saber lo que quieres. Bruce y todos los demás, incluido Duncan, lo comprenden, te apoyan y van a

velar para que nadie te presione por ello. No vamos a permitir que alguien, excepto tú, decida sobre tu futuro y el de Crom.

Meribeth lo miró como si en aquella explanada, al resguardo de la noche, con la luna llena como único testigo y con el frío lamiendo su piel sin tregua, nada más importase que aquellas palabras.

—Promételo —pidió Meribeth con vehemencia—. Prométeme que estarás aquí, junto a nosotros, el tiempo que haga falta. Prométeme que no voy a perderte.

—Te lo juro —afirmó Broc, y Meribeth sintió que podía respirar de nuevo.

No era justo, no podía exigirle aquello, pero lo necesitaba como el aire que respiraba.

Y él se lo había dado. Le había otorgado tiempo para poder ordenar sus emociones, para poder ser ella misma de nuevo, para poder decirle, aunque él no lo supiera que, si esta vida era suya, la de ella era irremediablemente de Broc Gordon.

XXVII

Desde la noche anterior no había visto a Meribeth.

Y Broc no había podido dejar de pensar en ella.

Era la mujer más extraordinaria que había conocido jamás y la más desconcertante. La admiraba, la amaba y la deseaba a partes iguales, y lo estaba volviendo loco.

Solo unas horas atrás lo sorprendió con su descarnada confesión, acrecentando su deseo de protegerla para que nadie pudiese volver a provocarle ni una brizna de dolor. Había que ser muy valiente para reconocer sus miedos y confesar lo que ella consideraba una debilidad, pero que para él significaba todo lo contrario. Aquello le hizo amarla aún más si eso era posible, por cada una de sus palabas, por su mirada abierta en canal y la sinceridad brutal de cada uno de sus gestos, que despertaron en su interior tal amalgama de sentimientos que tuvo que recurrir a todo su autocontrol para dominarlos, sabiendo que aquel no era el momento de dejarlos salir, ya que ella necesitaba tiempo para poder aclarar sus emociones y saber con claridad qué era lo que deseaba hacer. En aquel instante no se trataba de lo que él deseara o sintiese, sino de lo que ella necesitaba. Y él se lo daría todo, hasta el último aliento.

Respetar su espacio, sus tiempos, esperar… Broc protegería eso con cada fibra de su ser contra todo aquel que quisiese arrebatárselo.

Recordó su mirada la noche anterior, cómo sus enormes y hermosos ojos le traspasaron el pecho como si de un puñal se tratase y con mayor peligro que si fuese uno real. Las consecuencias: que tuvo que sujetar con mano férrea sus emociones para no decirle todo lo que sentía por ella. A diferencia de Meribeth, él había crecido dominando el arte del disimulo y el camuflaje, distanciándose de todo lo que le rodeaba, renegando de demostrar cualquier tipo de emoción que pudiesen utilizar en su contra y desconfiando de todos aquellos que se acercaban a él.

Quizás por eso la capacidad de amar de Meribeth, su forma de preocuparse e intentar proteger a los demás le cautivaron desde el primer instante. Para alguien que había estado rodeado durante la mayor parte de su vida de personas cuya principal ambición había sido el poder y el control, de personas que venderían hasta su alma para conseguir lo que deseaban, sin importar lo que costase, incluidas las vidas de aquellos que eran de su propia sangre, traicionándoles, encontrar a una persona con esa nobleza en el alma, esa fuerza inusitada para defender lo que creía justo y ese desmesurado amor en el corazón era como encontrar una gema preciosa en el desierto.

Si a eso se le unía su carácter ingobernable, su astucia, sus hermosos ojos que desbordaban vida a raudales y esa sonrisa que sería capaz de despejar el cielo más nublado, era imposible no caer rendido ante ese sentimiento que le llevaba a querer perderse en cada uno de sus gestos y desafiar a la muerte si hiciese falta por preservar intacta su integridad, su afán de entregarse sin pedir nada a cambio, su valentía, su honestidad y su resiliencia.

Al cruzarse con Donel en el pasillo, Broc dejó al lado sus pensamientos por un instante.

—¿Todavía no ha vuelto Jonhson? —preguntó Broc al *highlander* que, con una expresión afable, la misma que le acompañaba siempre, salvo rara excepción, negó con la cabeza antes de detener su caminar al llegar junto a él.

—Bruce acaba de preguntarme lo mismo. Está seguro de que estos ataques, que en principio pensábamos aislados, ahora se revelan como un asunto mucho más serio —contestó

Donel, tocándose la cicatriz que surcaba su rostro y se acentuaba en su barbilla donde era más visible—. Conozco a Bruce desde que nació y con los años he aprendido a confiar en su instinto. Si él piensa que debemos estar alerta, es porque el peligro es real.

Broc asintió de acuerdo con sus palabras.

—¿Habéis visto algo raro en vuestra vigilancia? —preguntó Donel a Broc.

Después de dejar la noche anterior a Meribeth en su estancia, Broc salió junto a varios *highlanders* del clan para hacer guardia cerca de los límites de la tierra del clan. Era algo que hacían desde que Bruce era *laird*, pero, con los últimos acontecimientos, el mayor de los Gordon había reforzado aún más la medida.

En esas guardias rotaban todos los *highlanders* pertenecientes al clan, incluido Bruce. Por eso esa mañana al amanecer no había quedado con Meribeth para su entrenamiento habitual.

—No, nada extraño; de hecho, todo está demasiado en calma —afirmó Broc con expresión seria. En las semanas que llevaba allí había recorrido el territorio del clan en toda su extensión y las veces en que las órdenes de su *laird* le habían llevado a estar cerca del territorio de los Farquharson, había sido raro no ver, próximo a los límites que separaban sus territorios, a alguno de sus miembros. Sin embargo, en los últimos días, no había presencia de ellos.

Los ojos de Donel le devolvieron una aguda mirada.

—Sé a qué te refieres, y es una señal de que estamos en lo cierto y que esos Farquharson están tramando algo más importante —expresó Donel con voz segura y profunda—. Deberías descansar —observó el *highlander* dándole un toque amistoso en el hombro.

Broc afiló su mirada ladeando una sonrisa antes de hablar.

—¿Es tu forma de decirme que tengo mal aspecto?

—Es mi forma de recordarte que eres un ser humano. Sé que en las últimas semanas has doblado más guardias que ninguno de nuestros hombres. Cuando la esposa de Cameron dio a luz hiciste todas sus noches durante una semana, y cuando la madre de Archie estuvo enferma en cama hiciste las que le correspondían durante varios días —señaló Donel—. Al principio pensé que querías demostrar tu valía, cosa que no es necesaria porque después de salvarle la vida a nuestro *laird* todos sabemos de qué estás hecho y la clase de *highlander* que eres. Más tarde me di cuenta de que ese no era el motivo. —Y la ceja alzada de Broc al escuchar sus palabras hizo que Johnson esbozara una ligera sonrisa—. Cuando descubrimos que eras un Gordon no podíamos estar más orgullosos de contar con un guerrero y un hombre de tu talla entre los nuestros. Y, después, has demostrado con creces que eres uno de los mejores guerreros del clan —continuó Donel ante la mirada expresiva de Broc—, así que me ha quedado claro que, lejos de probar nada, lo que haces, la forma en que te comportas, se debe simplemente a que eres un maldito Gordon de los pies a la cabeza. No cabe duda de que eres hermano de Bruce y Kam —finalizó el *highlander* con una mueca en los labios.

Broc se tomó aquellas palabras por lo que eran: un cumplido.

Desde pequeño nadie había reconocido o alabado su trabajo. No lo había necesitado y desde luego no lo había buscado. Las falsas lisonjas entre los Ross eran como dardos envenenados. Sin embargo, de boca de los Gordon, habían tenido otra connotación y esas se habían colado entre las grietas de su coraza desde el principio. Aquel clan podía adolecer de otras cosas, pero eran hombres y mujeres de honor, justos, honestos y nobles. La forma en la que todos lo habían aceptado como a uno de ellos lo había sorprendido hasta lo indecible.

—Gracias —dijo Broc con media sonrisa, aunque sus ojos, algo rojos por el cansancio y la falta de sueño, no acompañasen el gesto—. ¿Bruce está en el salón principal? —preguntó antes de que Donel se dispusiese a marcharse.

—No, dijo que iba a estar un buen rato en la sala de cuentas y luego, si todavía no han vuelto Kam y compañía, iría a encontrarse con ellos.

Broc frunció el ceño al escuchar aquellas palabras.

—¿A dónde ha ido Kam? —preguntó al instante.

Donel lo miró fijamente para después asentir con la cabeza.

—Es cierto, que no lo sabes —se apresuró a contestar el *highlander* tocándose el puente de la nariz antes de contestar. Broc sabía que era un gesto que el hombre realizaba a menudo cuando hablaba—. Al alba llegó el nieto de Graham presuroso. Parece que el viejo está enfermo. Él fue uno de los pocos hombres que nunca estuvieron de acuerdo con el proceder del antiguo *laird*. Bryson lo apartó del clan cuando demostró su disconformidad con varias de sus decisiones. Bruce aún era un niño y Kam ni siquiera había nacido todavía. Desde entonces ha vivido en el límite de nuestro territorio y, cuando Bryson murió, Bruce intentó que volviese a integrarse en el clan, pero por aquel entonces su hijo y su nuera habían muerto de unas fiebres y él estaba criando solo a su nieto, y no quiso volver a vivir más cerca, ni a ocupar de nuevo un lugar entre los *highlanders* de nuestro clan. Bruce respetó sus deseos, pero no ha dejado de visitarlo en los últimos años con asiduidad. Todos le tenemos en alta estima.

Broc siguió mirando fijamente a Donel atento a su explicación.

—¿Es algo grave? —preguntó Broc.

—Un enfriamiento que no termina de sanar. Al parecer lleva varios días con fiebre y el nieto se preocupó, pero no parece que su vida peligre. Bruce acompañó al muchacho de vuelta y así pudo comprobarlo —continuó Donel—. Aun así, esta mañana cuando regresó y comentó con Kam lo ocurrido, pensaron que lo mejor era que Elisa le echase un vistazo. Kam salió temprano hacia tierras McPherson para saber si ella podría ir a ver a Graham. Elsbeth partió con él, y preguntaron a Fie si deseaba acompañarlos, y el muchacho aceptó. Un par de hombres se sumaron por orden de Bruce.

Broc asintió levemente, anotando mentalmente unirse después a Bruce si finalmente este iba a su encuentro. Quería ver a Meribeth, y cerciorarse de que estaba bien, y asegurarse de que la tristeza y la angustia que habían rondado sus ojos la noche anterior habían desaparecido. Mientras tanto, subiría a su estancia y se echaría un rato. Después de refrescarse en las frías aguas del lago de vuelta al castillo, como atestiguaba su pelo todavía húmedo y su camisa pegada ligeramente al torso, dormir era lo que más necesitaba en ese instante.

Despidiéndose de Donel enfiló el largo pasillo sumido de nuevo en sus pensamientos con la intención de dirigirse a la planta superior, cuando, al inicio de las escaleras, al elevar la mirada hacia el tramo final de estas, vio a Eara, con la cara pálida, una de sus manos apoyada contra la piedra como si intentara sujetarse y apenas lo consiguiera, con los ojos cerrados y la otra mano apoyada en su tripa, abultada por su embarazo, en gesto protector.

Broc temió no ser lo suficientemente rápido como para evitar que Eara y el bebé sufrieran una fatal caída cuando la pelirroja empezó a desplomarse. Echó a correr de inmediato e instintivamente saltó hacia delante, tirándose sobre las escaleras para cogerla antes de que el cuerpo de Eara las tocase. Su único pensamiento fue el de intentar, a toda costa, que ninguna parte de ella impactara contra la piedra y los filos angulosos que conformaban cada uno de los escalones.

Fue solo un instante, pero a Broc le pareció que había pasado una eternidad cuando por fin consiguió tomarla entre sus brazos y que su cuerpo cayera sobre el de él, abrazándola con fuerza mientras seguía amortiguando con el suyo el camino hasta el final de las escaleras, tensando todos sus músculos para intentar no rodar y dejando que fueran su espalda, sus piernas

y su cabeza las que colisionaran con cada escalón hasta el impacto final contra el suelo.

Cuando ambos estuvieron por fin sobre la uniforme piedra, Broc escuchó el pequeño quejido salir de los labios de Eara y, con sumo cuidado, le dio la vuelta entre sus brazos para dejarla sobre su espalda en el suelo, manteniendo uno de sus brazos bajo la cabeza de la pelirroja para poder cerciorarse de que seguía respirando con normalidad.

Los pasos presurosos que vinieron de ambas direcciones del pasillo hicieron a Broc levantar la cabeza a tiempo de ver llegar a Bruce por un lado y a Amy por otro.

La expresión de su hermano cuando vio a su esposa en el suelo, con los ojos cerrados y la mano aún en su vientre fue devastadora, y la de la anciana llevándose una mano a la boca y abriendo desmesuradamente sus ojos no se quedó atrás.

Bruce reaccionó al instante, acortando la distancia entre ellos, en dos zancadas, agachándose inmediatamente para tocar con sumo cuidado cada parte de su esposa a fin de saber el alcance de sus lesiones.

—Pelirroja, despierta y mírame —dijo con voz grave, y en su tono Broc pudo reconocer la urgencia y la necesidad con la que su hermano necesitaba escuchar la voz de su esposa y cerciorarse de que estaba bien. Una desesperación controlada que velaba los ojos de Bruce y que Broc podía entender a la perfección.

—Por todo lo sagrado, ¿qué ha pasado? —preguntó Amy acercándose también hasta ellos.

—La vi tambalearse al final de las escaleras y después perder el conocimiento. Corrí hacia ella, pero lo único que pude hacer fue intentar amortiguar su caída con mi cuerpo —dijo Broc, mientras Bruce seguía tocando a Eara para ver si tenía algún hueso roto.

El quejido que arrancó de su garganta al tocarle la muñeca y la pierna izquierda tuvo un reflejo directo en la expresión de Bruce, endureciendo sus facciones, turbando sus ojos con una oscuridad incierta, dotándolos de una vulnerabilidad y ternura que Broc nunca había presenciado en él, sobre todo cuando la palma de su mano se posó sobre el vientre de Eara. Un instante en el que incluso él contuvo la respiración.

—El bebé se mueve —dijo Bruce con la voz grave.

Amy asintió rápidamente antes de hablar.

—Gracias a Dios —dijo entrecortadamente, como si hubiese hecho un gran esfuerzo y le faltase el aliento.

Bruce tomó a su esposa con extremo cuidado entre sus brazos y la levantó acunándola contra su pecho, y Broc se puso en pie lentamente para seguir sus pasos, junto a Amy. Su semblante no reveló malestar alguno, pero había partes de su cuerpo que gritaron internamente cuando se movió.

Subieron las escaleras y fueron hasta la estancia que compartía Bruce con su esposa, y allí, lentamente, el *laird* de los Gordon acostó con una delicadeza extrema a su pelirroja sobre la cama, y se agachó, posando una de sus rodillas en el suelo, para estar más cerca de ella. El suave aleteo de las pestañas de Eara y el roce de la palma de Bruce sobre una de sus mejillas, mientras que con la otra enredaba sus dedos en los de su esposa intentando calentar su piel, parecieron avivarla.

—Mírame, pelirroja… —volvió a pedirle Bruce y, esta vez, Eara abrió lentamente los ojos. Esos pozos verdes en los que el *highlander* se perdió la primera vez que la vio y que lo significaban todo.

La mirada confusa de Eara se tornó nítida, y la mano que tenía enredada en los dedos de Bruce abandonó su abrigo rápidamente para posarla sobre su vientre al tiempo que el miedo se

adueñaba de sus orbes con evidente angustia.

—El bebé… —dijo intentando incorporarse.

—Tranquila, no debes moverte. Te has desmayado y caído por las escaleras —le explicó Bruce con calma mientras no dejaba de tocar su mejilla con la yema de los dedos—. Pero hemos tenido mucha suerte y Broc consiguió cogerte y amortiguar con su cuerpo la caída —continuó el mayor de los Gordon.

Eara, que hasta ese momento no había sido consciente de que había más personas en la estancia, desvió sus ojos hasta Amy cuando esta se acercó a la cama junto a Broc.

La mano que Eara extendió hacia el *highlander*, Broc la tomó al instante.

—Gracias —dijo Eara con el semblante pálido—. Estás herido… —continuó con el ceño fruncido al fijarse en la sangre que cubría parte de su frente y la ceja.

—Tranquila, no es nada —comenzó Broc—. Sabes que haría cualquier cosa por ti y por mi futura sobrina o sobrino. Si hubiese sido Bruce —continuó Broc con una mueca—, definitivamente lo hubiese dejado rodar —terminó el *highlander* arrancándole con ese comentario una risa baja a Eara, que contrajo de inmediato el rostro a causa del dolor.

Los ojos de Bruce, que un instante antes habían estado mirando intensamente a Broc, se desviaron de nuevo hacia su esposa.

—¿Qué sucede? —preguntó con voz grave y algo ronca—. ¿Dónde te duele? —continuó el mayor de los Gordon con una calma que Broc sabía que no era real, pero que admiró con todo su ser.

—Estoy bien —afirmó Eara mirándole fijamente, y en los ojos de ella, un abismo, en los que Gordon podía leer como si fuese su propia alma. Ella intentaba convencerle de que estaba bien para que él dejase de preocuparse.

—Pelirroja… —inquirió Bruce con una cadencia casi musical, y en esa forma de llamarla implícita una caricia, una promesa, un latido. Y Eara cerró los ojos un instante antes de abrirlos nuevamente.

No podía engañarlo, porque él tenía el don de poder ver dentro de ella con absoluta certeza. Y tampoco podía hacerlo con Amy, cuyos ojos estaban fijos en su rostro con el gesto contraído por la preocupación. Ni siquiera a Broc, al que solo conocía de unas semanas, pero cuya mirada, igual que la de Bruce, exudaba perspicacia y astucia.

Calmarlos fingiendo que todo estaba bien no haría que el daño sufrido, el dolor que sentía o las consecuencias de su caída se esfumaran.

Se recriminó intentar bajar las escaleras cuando aquel mareo la tomó por sorpresa. Con certeza debió dar marcha atrás, hacer algo diferente… porque solo imaginar lo que podría haber pasado si Broc no hubiese estado allí, amortiguando su caída con su cuerpo, le helaba las entrañas.

—Me duele todo, pero sobre todo la mano, la pierna y aquí —dijo finalmente Eara llevando su mano un poco más arriba del inicio de su vientre, hacia uno de los lados—. Eso era lo que más le preocupaba. ¿Y si su bebé no estaba bien? ¿Y si por esa caída le pasaba algo?

—Eara, mírame —pidió Bruce cuando la palidez en el rostro de su pelirroja se acentuó aún más, y sus ojos rehuyeron los suyos presos del miedo—. —Mírame —volvió a demandar Gordon, y ella lo hizo, tragando saliva con dificultad, anclando su mirada a la de su esposo. Ella sabía que Bruce daría su vida, una y mil veces, por aquellos a los que amaba y que se desangraría sin emitir un solo sonido si con ello podía evitar el dolor de los que le importaban. También era consciente de que él estaba sufriendo, podía verlo. Así como él leía en ella, Eara podía ver entre las delgadas grietas de su muro interior, y sabía cómo se enfrentaba a la adversidad, al

sufrimiento y al miedo: encarándolos con una fuerza arrolladora, con inteligencia, determinación y arrojo. Él no era de los que esperaban de brazos cruzados cuando pensaba que el futuro era inevitable, sino de los que salían a su encuentro, e intentaban cambiarlo hasta su último aliento. Y esa esencia que emanaba de él y que lo hacía tan único era lo que, en momentos como aquel, le daba fuerzas a Eara y la hacía sentir que podía superar cualquier cosa que le deparase el destino—. El bebé se mueve…, está bien, pelirroja —dijo mirándola con esos orbes pardos que seguían robándole el aliento.

Eara asintió levemente sintiendo que su inquietud perdía algo de fuerza, pero cuando intentó incorporarse un poco, no tuvo más remedio que cerrar de nuevo los ojos con fuerza, dejándose otra vez caer en la cama con un leve quejido en los labios.

Bruce la tomó suavemente de los hombros impidiendo que volviese a levantarse.

—No debes moverte, no hasta que te vea Elisa —dijo Bruce endureciendo sus facciones, unas que se suavizaron en cuanto Eara volvió a abrir los ojos.

—Sigue mareada —expresó Amy mirando a la pelirroja, intentando aparentar templanza cuando su rostro, a su pesar, indicaba todo lo contrario. La anciana se separó un poco del lecho para tomar una de las mantas que había sobre la silla contigua a la misma, y colocarla, con ayuda de Broc, sobre la pelirroja.

—De acuerdo —dijo Eara, intentando dibujar una sonrisa sobre sus labios y fracasando en ello cuando sus facciones se contrajeron levemente por el dolor.

Bruce miró a Amy un segundo y esta comprendió con solo ese gesto. Moviéndose con una rapidez impropia para una mujer de su edad, trajo el aguamanil de la pequeña mesa que había al otro lado de la habitación, al igual que unos paños que sacó del arcón situado a los pies de la cama y lo colocó todo sobre la silla, a la espera de que Bruce despojase de la ropa a Eara a fin de examinar si había externamente alguna lesión o herida.

Bruce miró a Broc antes de comenzar y este se alejó de la cama, seguido por su hermano. Retirándose lo suficiente para que las palabras no pudiesen llegar con claridad a oídos de Eara.

—Envía a uno de los hombres a por Elisa. Está con Kam y…

—Lo sé —cortó Broc antes de que su hermano siguiera—. Donel me lo dijo. Y no enviaré a nadie. Iré yo —continuó, de forma contundente.

—Llevas sin dormir casi dos días, y tienes una herida en la cabeza —señaló Bruce con dureza.

—He estado en peores circunstancias y lo sabes. Además, Eara es ahora mi hermana. No enviaré a nadie si puedo ir yo. Soy más rápido a caballo que la mayoría de los Gordon. Estaré de vuelta antes de que te des cuenta.

La seguridad que exudaba Broc por cada uno de sus poros era la de un Gordon, y Bruce clavó sus ojos en los de él con esa mirada intensa y oscura que a veces se apoderaba de sus orbes pardos cuando sus emociones lo embargaban.

—De acuerdo —concedió Bruce, poniendo una de sus manos tras la nuca de Broc y uniendo su frente a la de su hermano.

—Estará bien —afirmó con convicción Broc refiriéndose a Eara, y Bruce se separó para asentir con igual determinación.

Broc no miró atrás cuando salió de la habitación. Fue a su estancia, tomó su espada y, sin detenerse ni un instante, corrió escaleras abajo, le comunicó brevemente lo que había sucedido a Donel, salió del castillo y se dirigió hacia los establos.

Cuando salió de ellos montado en Trueno y lo azuzó hasta ponerlo al trote, galopó como el viento, con una sola plegaria en los labios: «Por favor, no me arrebates a nadie más. Ellos son

mi familia».

***

Meribeth rio ante la contestación que Elsbeth le había dado a Kam.

Cuando vivía con Coby y Sunna su matrimonio siempre le pareció ejemplar. Ambos se respetaban, se ayudaban y amaban a sus hijos con devoción… Sin embargo, desde que había llegado a tierras de los Gordon y había contemplado la dinámica entre Bruce y Eara, la forma en que se miraban, se tocaban y se comunicaban sin palabras… entendió que estaba ante un tipo de relación de la que no había sido testigo antes. Y el matrimonio de Kam y Elsbeth era igual. Con sus respuestas ingeniosas, sus miradas cargadas de amor y deseo, su forma de respetar el espacio del otro, pero siempre permaneciendo cerca, sus besos robados cuando pensaban que nadie los veía…

Ese era el tipo de amor que ella deseaba…

—La mejor jinete de todas las Highlands… —contestó Kam al comentario de su esposa, guiñándole un ojo.

—No vas a librarte por agasajar mis oídos —dijo Elsbeth, y Kam rio, consiguiendo que también lo hicieran Elisa y ella.

Estaban de regreso al castillo después de visitar al viejo Graham Gordon, con la tranquilidad de que no era grave lo que el anciano padecía. Según Elisa, el escaso descanso y haberse empapado bajo la lluvia unos días atrás habían recrudecido su enfriamiento previo. Después de que el hombre escuchara lo que Elisa tenía que decirle y prometiera seguir sus indicaciones para una mejora significativa bajo la mirada atenta y retadora de su nieto, todos habían abandonado la pequeña casa y se habían puesto en marcha hacia el hogar del clan Gordon con cierta premura en vista de las nubes negras que empezaron a tapizar el cielo. Elisa estuvo de acuerdo en quedarse con los Gordon hasta que la tormenta, que parecía por momentos inminente, pasase, antes de que Kam y varios de sus hombres volvieran a acompañarla a tierras de los McPherson.

Meribeth sujetó bien las riendas de su caballo, intentando sin éxito que sus pensamientos no volviesen una y otra vez hacia Broc Gordon. Desde la noche anterior no lo había visto y, aunque solo llevaban separados un poco más de medio día, ya lo echaba de menos, mucho, demasiado…

Por esa razón, cuando esa mañana Elsbeth y Kam le preguntaron si quería acompañarlos, no se lo pensó. Aquello le pareció perfecto para distraer sus pensamientos y a la vez explorar parte del terreno de los Gordon que todavía no había tenido la oportunidad de conocer.

No ver a Duncan ni a Irvin cuando fueron a por Elisa, ya que estaban en una reunión con varios clanes colindantes, le supuso una pequeña desilusión. Solo habían hablado un par de veces, pero ahora que todo parecía ir calmándose, la curiosidad por saber más de su padre y conocer a su tío, un hombre que los Gordon respetaban y consideraban de su familia, se había apoderado de ella casi sin darse cuenta. Sin embargo, se recuperó pronto al pensar que tendría tiempo en el futuro para hablar de todo lo que su curiosidad le demandaba. Ese tiempo que Broc le había dicho que poseía y que ella estaba cada vez más segura que viviría. El miedo a que todo fuera una ilusión, a perder de nuevo, seguía arraigado a su fuero interno, pero ya no tenía el poder de limitar sus emociones y afectos. Prefería perder luchando que huir.

Y ese pensamiento la llevó de nuevo hasta Broc…, a la noche anterior, a cuando él acarició su mejilla con los dedos y la besó, saboreando sus labios con los suyos, con hambre…

—¿En qué estás pensando? —preguntó Elisa con un brillo divertido en los ojos—. Te

estaba hablando y ni siquiera te has dado cuenta. Parecías ausente y tus mejillas de pronto se han puesto rojas.

Meribeth arqueó una ceja y balbuceó un poco antes de decir algo coherente.

—No, eh… no… ni siquiera…, no estaba pensando en nada.

—Para no pensar en nada, tu lengua se ha trabado bastante —señaló Kam atento a la conversación mientras la miraba fijamente y esbozaba una sonrisa canalla, desviando la vista un instante hacia su montura cuando esta hizo un extraño.

—Quieto…, tranquilo… ¿Qué pasa, pequeño? —preguntó Kam a su caballo, tocándole con la mano el cuello, intentando tranquilizarlo.

El ceño fruncido del menor de los Gordon, y su mirada hacia el paisaje que les rodeaba, sobre todo hacia las rocas de la montaña que quedaban al este del camino y que estaban demasiado lejos para examinarlas con claridad, puso en alerta al resto.

Los dos hombres que los acompañaban y que iban detrás de ellos azuzaron el paso de sus propias monturas para ponerse a la altura de Kam.

—¿Qué pasa? —preguntó Todd, mirando en la misma dirección que Kam.

—No lo sé —dijo este arrastrando la última palabra—, pero será mejor que nos vayamos cuanto antes de aquí. Algo no está bien.

Meribeth agudizó sus sentidos y se tensó encima de la yegua, la cual, al notar su nerviosismo, se removió levemente hacia un lado. Si algo había aprendido desde que estaba allí era a fiarse del instinto de los hermanos Gordon. Elsbeth y Elisa parecían pensar lo mismo porque los rostros de ambas, que un instante atrás habían estado sonrientes y joviales, ahora se presentaban tensos y serios.

Kam escudriñó el horizonte como si estuviese esperando algún tipo de movimiento que no llegó, y su ceño se relajó visiblemente cuando la figura de un solo jinete, al galope, de pronto se hizo visible al salir detrás de unos árboles, en dirección contraria a las rocas que habían llamado la atención del menor de los Gordon un momento antes.

Todd señaló que se adelantaría para salir al encuentro del desconocido cuando los colores del clan Gordon se hicieron visibles, y Kam detuvo el avance del *highlander* con un gesto de su mano.

—No hace falta. Es mi hermano Broc —dijo este esbozando una ligera sonrisa.

Meribeth lo reconoció antes de que Kam dijese una sola palabra. Desde el mismo momento en que se hizo visible supo que era él. Y eso le produjo escalofríos. ¿Cómo podía ser siempre tan consciente de su presencia? ¿Cómo sus sentidos y su cuerpo reaccionaban así ante la sola mención de su nombre?

Meribeth se mordió el labio inferior en un acto reflejo, intentando desviar su atención del hombre que se acercaba hasta ellos y que hacía que sus mejillas ardieran. ¿Desde cuándo no era dueña de sus emociones?

Quizás si no hubiese estado pensando en ello, si no se hubiese distraído, podría haber intuido algo, pero todo sucedió tan deprisa que apenas pudo reaccionar.

La primera flecha impactó en el pecho de Todd, tirándolo del caballo y matándolo en el acto. Dos seguidas llegaron un instante después hasta ellos. Una atravesó el cuello de Erwin, hiriéndolo de muerte, y la otra encontró su destino en el costado de Kam que, llevándose la mano al lugar donde la flecha había atravesado su carne, azuzó a su caballo para ponerse delante de Elsbeth, Elisa y Meribeth para intentar protegerlas con su cuerpo.

El rugido que surgió de la garganta de Broc, resonando desde la distancia, al ver lo que estaba sucediendo, con el temor de no ser capaz de llegar a tiempo para salvarlos, se incrementó

cuando una segunda flecha impactó en el hombro de su hermano.

Pegando su pecho a la crin de Trueno, le exigió a su caballo lo imposible, galopando contra el viento y escuchando los gritos de Elsbeth que intentaba alcanzar a Kam, el cual seguía, a pesar de sus heridas, protegiendo al resto con su cuerpo.

Y entonces la vio, saliendo de la barrera protectora de Kam, haciendo un movimiento que le congeló las entrañas cuando, azuzando a su caballo, se puso al lado del menor de los Gordon protegiendo también con su carne a Elsbeth y Elisa.

¡Dios, cómo la amaba! Sin embargo, jamás en su vida había temido tanto algo como en aquel preciso instante, en el que hubiese dado su vida porque Meribeth, Kam, Elsbeth y Elisa estuviesen a salvo. Si no salían de allí inmediatamente todos morirían.

Las siluetas visibles de unos seis o siete hombres se recortaron en la ladera de la montaña dispuestos a bajar e ir directos hacia ellos.

No había tiempo que perder.

Broc llegó hasta su familia cuando Kam se aferraba aún al cuello de su caballo para no caer de él. Estaba perdiendo mucha sangre y su rostro, pálido y congestionado por el dolor, apenas podía disimular que, si seguía así, no duraría mucho tiempo consciente.

—¡Broc! ¡Broc! —gritó Elsbeth cuando el mediano de los Gordon evitó que Kam cayera hacia un lado cogiéndole del torso cuando ya iniciaba su descenso.

—¡Es una emboscada! —gritó Meribeth mirándolo con una determinación salvaje.

—Está perdiendo mucha sangre —dijo Elisa intentando acercarse a Kam.

—Debéis marcharos. ¡Ahora! —exclamó Broc, y los ojos de las tres mujeres se desviaron hacia él con fuego en su interior.

—Estás loco si crees que voy a irme y… dejarte —dijo casi sin aliento Kam.

—Y tú eres un demente si piensas que voy a permitir que mueras hoy aquí —contestó Broc cogiendo las riendas del caballo de su hermano para dárselas a Elsbeth, un instante antes de que Kam perdiera la consciencia.

—Eres la mejor jinete que he conocido jamás. Tendrás que llevarlo tú. Sácalo de aquí —espetó con urgencia Broc a la rubia, mientras el *highlander* seguía sosteniendo a Kam.

La expresión de Elsbeth fue devastadora, y en sus ojos, esos orbes azul claro que parecían desafiar al mismo cielo, se veía el dolor, la desesperación, incluso el miedo por perder a Kam, una mirada que encontró su reflejo en la de Broc, donde la preocupación y la determinación por salvar a su hermano y a ellas era vital. Y Elsbeth respondió al instante, con esa audacia y voluntad de hierro que a lo largo de su vida la había hecho mantenerse en pie. Daría su vida por Kam antes de dejar que aquellos hombres los alcanzasen.

—Ni siquiera verán nuestra estela —contestó la rubia tomando las riendas, mientras Broc se bajaba del caballo y ataba a Kam a su montura con una tira de tela que Elsbeth rasgó de su vestido y un trozo de cuero que él portaba en su *feileadh mor*. No había tiempo para algo más elaborado, así que confió en que aquello funcionara.

Broc miró a Elisa y después a Meribeth antes de volver a hablar. Los hombres estarían dentro de poco sobre ellos y necesitaba que se fueran, necesitaba saber que tendrían una oportunidad.

—Id hacia el oeste. Hay hombres haciendo guardia, no están lejos; tendréis más posibilidades si os dirigís hacia ellos. Cabalgad como el viento, no miréis atrás, no os detengáis y, por todo lo sagrado, conseguid llegar a salvo.

—No me iré sin ti —exclamó Meribeth, negando con la cabeza y apretando la mandíbula.

—Broc, por favor, ven con nosotros —pidió Elisa, aunque solo tuvieron que intercambiar

una mirada para que la expresión de la esposa de McPherson se contrajera con una tristeza inmensa. La resolución y la fuerza de esa mujer al asentir levemente, comprendiendo lo que intentaba hacer Broc, y aceptándolo, ganaron todo su respeto. No le extrañaba que Bruce confiara tanto en ella.

—Lucharemos —insistió Elsbeth con convicción, aunque todos sabían lo que ocurriría si se quedaban allí, y él no iba a permitir que ninguno de ellos muriese mientras le quedase un ahíto de vida.

—Si nos quedamos, moriremos todos —exclamó Broc—. Piensa en Kam —dijo mirando a Elsbeth—, en tus hijos y en Duncan —se apresuró a añadir desviando sus ojos hacia Elisa—. Y en Crom, y en mí —terminó el *highlander* mirando a Meribeth.

—Los entretendré todo lo que pueda, pero debéis iros ahora. ¡Marchaos! —gritó Broc antes de dar una palmada al cuarto trasero del caballo de Elsbeth para que este se pusiera en marcha. Mientras se alejaba a galope, guiando al de Kam, Elisa miró al mediano de los Gordon una última vez antes de dar media vuelta y seguirles.

Solo quedaba Meribeth, así que, acercándose rápidamente hasta su montura, rodeó la nuca de Meribeth con los dedos y guio su cabeza hacia abajo lo suficiente para poder probar sus labios una vez más. Aquel beso no fue suave, ni pausado. Fue salvaje y visceral, en donde sus labios, su lengua e incluso sus dientes saquearon el interior de la boca de Meribeth, con desesperación, con una súplica, con el sabor de una despedida impuesta. Y en él volcó todo lo que sentía por aquella extraordinaria mujer.

Su vida por la de ellos. No podía imaginar una muerte mejor.

—Vete, por favor… te lo suplico —susurró Broc separándose de sus labios, entrelazando sus respiraciones, anclando sus miradas.

Los ojos de Meribeth nublados, llenos de un sentimiento que Broc supo que se llevaría con él al infierno, lo miraron con desesperación. Unos ojos que lo volvían loco.

—¡Ahora! —gritó Broc, dándole también una palmada al caballo de Meribeth para que este siguiese al resto.

Cuando la vio alejarse a galope y expiró lentamente el aire que aún mantenía en su pecho, se volvió, montó de nuevo en su caballo, y tocó su espada, listo para utilizarla, dirigiéndose directamente hacia los jinetes, cuyas siluetas ya eran totalmente visibles.

Si creían que podían darles caza, si pensaban por un instante que él les dejaría acercarse a su familia, es que no conocían de qué estaba hecho un Gordon. Su lema, «Resiste y lucha», incluso antes de conocerlo, ya corría por sus venas, formando parte de su carácter. Esa había sido su máxima desde que era un niño, la forma en la que había sobrevivido, y sin duda alguna, la forma en la que moriría.

***

Meribeth no pudo hacerlo. No volvería a quedarse al margen mientras un ser querido moría sin que ella hiciese nada.

Cuando asesinaron a parte de su familia y cuando Coby estaba de rodillas esperando el final, ella solo quiso salir de su escondite y luchar. Mantenerse oculta y quieta en aquellas escaleras fue lo más difícil que hizo en toda su vida, y fue a un alto coste. Todavía las pesadillas la perseguían por la noche y en su corazón, ese peso había sido una losa constante. No fue hasta que llegó Broc, gracias a sus palabras, que ella se dio cuenta de que, con su acción, no solo salvó al niño y le dio descanso a Coby, sino que se salvó a sí misma para poder seguir luchando.

Pero esta vez era diferente…, su corazón no podría soportarlo.

Así que iba a quedarse allí y compartir el mismo destino que él, fuese cual fuera.

Con ella luchando a su lado Broc aguantaría durante más tiempo a aquellos hombres, y Elsbeth, Elisa y Kam tendrían más posibilidades.

Y Crom estaría bien, porque tenía un nuevo hogar y una nueva familia junto a los Gordon.

Apaciguada su alma con esa reflexión, dejó que su último pensamiento racional ocupara su mente, dando paso al instinto visceral que tomó su razón haciéndola trizas.

Tirando de las riendas, giró su montura y dio media vuelta para volver sobre sus pasos.

Miró hacia atrás una sola vez, para ver las figuras de Elsbeth, Kam y Elisa alejándose. Aquello le proporcionó un alivio inmediato.

Sabiendo que el tiempo era esencial, miró de nuevo hacia delante, espoleó a su caballo y, pegando el pecho a la crin del mismo, se dirigió hacia la última posición de Broc. A lo lejos, distinguió la figura de dos hombres que galopaban directos hacia ella, haciendo que su corazón se saltase un latido. ¿Aquello significaba que Broc había caído?

«No», se repitió mentalmente hasta la saciedad, porque si hubiese sido así, el número de hombres a los que tendría que enfrentarse coincidiría con el total de mercenarios que los emboscaron, y no solo dos. Eso significaba que Broc estaba luchando contra el resto, dejando su último aliento para que ellos tuviesen una oportunidad, y Meribeth no iba a consentir que sus esfuerzos fuesen en vano dejando que aquellos dos hombres traspasaran su línea de defensa y persiguieran a su familia. Ella tendría que detenerlos.

Con esa determinación y la experiencia que el entrenamiento de los Gordon le había otorgado, se dirigió hacia los dos extraños, sacando su espada, y empuñándola con fuerza a la altura de su muslo.

Vio la cara de sorpresa de aquellos jinetes cuando acortaron la distancia, y la sonrisa de uno de ellos al centrar su mirada en Meribeth y llegar a la conclusión de que era solo un chiquillo que no supondría un obstáculo para ellos.

Sin embargo, Meribeth sintió la satisfacción de borrarle la sonrisa al instante cuando, al pasar por su lado, antes de que la espada de aquel malnacido la alcanzase, se agachó sobre el costado del animal con rapidez, esquivando su ataque y lanzando una estocada que dio de lleno en el costado de su oponente. El gruñido del hombre seguido de una sarta de maldiciones al comprobar la herida que le había infligido no la hicieron perder la concentración. El puñal que llevaba dentro de su bota y que tomó con la agilidad de un *highlander* entrenado lo lanzó contra el otro mercenario que, hasta ese momento, no había parecido tomarse aquel enfrentamiento en serio.

Meribeth falló por poco su objetivo, pero hirió al hombre en el pómulo, abriéndole una profunda herida.

La mirada peligrosa y desprovista de cualquier emoción que le dirigió el mismo, junto a la risa ronca que brotó de su garganta, pusieron los pelos de punta a Meribeth, sobre todo cuando, al fijarse más en él, lo reconoció.

Meribeth lo había visto antes.

En el salón del castillo del clan Colquhoun.

Empuñando la espada que atravesó a Ronald y acabó con su vida.

Y en ese mismo instante una furia ciega se apoderó de ella. La rabia y el dolor corriendo por sus venas de forma salvaje, provocando su error. Perder la racionalidad y la sangre fría en la lucha era una sentencia de muerte segura, ella lo sabía y, sin embargo, en aquel instante no fue capaz de mantener su objetividad.

Al cargar de nuevo contra él, con toda la furia que la carcomía por dentro, el hombre al que antes Meribeth había conseguido herir en el costado giró su montura en un movimiento que le pareció imposible, interceptando el caballo de ella, acercándose lo suficiente como para, en un ataque rápido y letal, herir al animal, consiguiendo con ello tirarla al suelo.

El impacto fue terrible, dejando a Meribeth sin respiración y sin apenas poder moverse.

Cuando el hombre al que le había cortado la cara, el malnacido que mató a Ronald, bajó lentamente de su caballo con los ojos clavados en los suyos, el otro mercenario distrajo su atención dirigiéndose a él con premura.

—Mátalo y démonos prisa o no los alcanzaremos —espetó con acento extranjero.

La mueca en la cara del bastardo le dio un aspecto aún más inhumano.

—Eso ya es imposible, nos llevan demasiada ventaja —contestó arrastrando las palabras como si el simple hecho de tener que explicar algo tan obvio le resultara tedioso y aburrido.

—Cuddle va a matarnos por dejar que se nos escaparan —dijo entre dientes el otro mercenario.

—No lo hará —señaló el bastardo con una calma extraña y una sonrisa demente—. Hubiese estado bien hacernos con más rehenes, pero ya tenemos lo que necesitamos —continuó mirando a un punto detrás de Meribeth.

Esta por inercia volvió la cabeza, y vio a cinco monturas dirigirse hacia ellos. Solo dos de los jinetes conducían por sí mismos a sus caballos, visiblemente heridos a raíz de la sangre que los cubría en parte. Otras dos monturas llevaban encima el cuerpo de dos mercenarios, bocabajo, aparentemente muertos. Y el corazón de Meribeth se contrajo acelerando su respiración como si fuese un potro salvaje al comprender que Broc, enfrentándose a cuatro de aquellos mercenarios, había conseguido matar a dos y herir de forma considerable a los otros.

Y pensar en él le oprimió la garganta hasta hacerla casi boquear, como si el aire no entrara en su pecho y se estuviese asfixiando. La punzada de dolor que la recorrió entera al pensar en la posibilidad de que aquellos malnacidos lo hubiesen matado casi la volvió loca, hasta que vio la quinta montura.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente cuando se dio cuenta de que era el caballo de Broc y que este portaba a un hombre, atado al mismo, inconsciente. Su cabello rubio, su figura… era él, sin duda. Desconocer si estaba vivo o muerto hizo que algo se rompiera dentro de ella. El grito que salió de sus labios fue suficiente para que el mercenario al que había herido en el costado diera un paso atrás.

Solo con verle, solo con saber que podía estar vivo, sintió que las esperanzas y las fuerzas volvían a ella. Con una voluntad que no creía poseer, se puso en pie para enfrentarse a ellos de nuevo. Solo quería llegar hasta Broc y ver que aún respiraba.

Lo último que vio antes de sentir el golpe en la cabeza y que la oscuridad la engullera por completo fue la sonrisa ladeada del bastardo al que le había cortado la cara, a ese al que había jurado matar si el destino le daba una sola oportunidad.

XXVIII

Broc se despertó y apretó los dientes cuando el dolor en el costado y en la cabeza se agudizaron de tal manera que, por un momento, vio doble.

Lo último que recordaba antes de que lo hirieran en el costado y le golpearan por la espalda fue luchar contra los hombres que pretendían llegar hasta Meribeth, Kam y el resto de su familia. Al principio no supo lo que pretendían, creyendo que intentaban matarlos a todos; sin embargo, cuando uno de ellos, el que parecía el jefe del grupo, se dirigió a él, entendió cuán equivocado estaba.

—He de reconocer que tienes muchos huevos, Broc Gordon, ¿o no eres tú el nuevo hermano de Bruce? —preguntó el hombre con un tono de voz pretencioso. El triunfo en sus ojos le dijo a Broc mucho más de lo que había revelado con sus palabras—. Sí —comentó pasándose la lengua por su labio inferior—, rubio, con el cabello por los hombros, los ojos verdes y una mirada retadora y arrogante que pide a gritos que lo pongan en su lugar —prosiguió el mercenario sonriendo de medio lado—. Y me gusta, sí que me gusta lo que veo, pero tengo que reconocer que me decepciona un poco tu afán de sacrificio. Que te hayas quedado para intentar retrasarnos es estúpido y…

—¿Vas a seguir hablando? —contestó Broc con ese tono de voz templado e indiferente que siempre sacaba de quicio a sus oponentes—. Porque prefiero morir ahora antes que tener que seguir escuchando tus majaderías.

La expresión del mercenario apenas cambió, pero la tensión que emanaba de su cuerpo y la chispa de furia que atravesó su mirada fueron suficientes para saber que aquello no le había gustado, y Broc se congratuló por ello. De esa forma sería más fácil.

—Me habían dicho que eras inteligente, pero veo que esa información es errada —afirmó el mercenario endureciendo las palabras al final, como si pretendiese con ello que adquirieran más fuerza.

—Y a ti, ¿te han encargado un trabajo por tu mente privilegiada o porque eres incapaz de mantener la boca cerrada? —preguntó Broc, y aquello sí provocó una reacción en el mercenario que siseó entre dientes al escuchar sus palabras, aunque se recompusiera con rapidez esbozando una sonrisa fría y despectiva.

—Vas a lamentar haber dicho eso —escupió con autoridad.

—Puedes intentarlo —contestó Broc, pretendiendo dilatar el inicio de la lucha. Eran seis contra uno, una desventaja imposible de superar. Lo único que necesitaba era darles tiempo a Meribeth y al resto para que se pusieran a salvo.

—Chait, Louis, id y traedme a Kam Gordon. Herido no creo que llegue muy lejos. Quizás lo necesitemos finalmente —dijo el jefe de los mercenarios sin apartar sus ojos, con un brillo asesino, de los de Broc.

—Ya tenemos a uno de los hermanos, ¿para que necesitamos al otro? —preguntó Louis, y la mirada que le dirigió el jefe hizo que este palideciera.

—Porque tendremos dos cosas que quiera laird *Gordon. Dos es mejor que una.*

Y entonces Broc entendió qué era lo que perseguían aquellos mercenarios...

Intentando concentrarse en lo que ocurrió después, cerró los ojos con fuerza. Recordaba haber cargado contra ellos y ver a dos de los hombres salir en pos de Kam, mientras él era rodeado por el resto. Recordaba haber lanzado su puñal y matado a uno de los mercenarios para

después sentir un dolor lacerante en su brazo izquierdo al ser alcanzado. Recordaba herir de muerte en el cuello a otro de ellos antes de ser derribado del caballo. Veía con claridad el momento en que hirió a otro de los mercenarios en el hombro para después revolverse cuando un dolor punzante en el costado le atravesó haciéndole perder el aliento. Recordaba ver la satisfacción en los ojos del jefe al sacar su espada de su costado y su cara de asombro cuando Broc sacó fuerzas de donde no las había y le alcanzó en la pierna. Eso fue lo último… antes de que la oscuridad lo engullera.

Y ahora despertaba en una especie de celda o calabozo, húmedo y vacío, salvo por las mantas y el orinal que había a su lado. Escudriñó el habitáculo que, en penumbra, iluminado levemente por la luz de la antorcha que debía haber en el pasillo y que se filtraba al interior por la pequeña abertura que había en la parte superior, era más grande de lo que en un principio había creído. La minúscula abertura estaba prácticamente cerrada, dificultando a nadie ver el interior y a Broc poder otear algo de fuera, por eso, la estancia, más allá de un brazo estaba completamente sumida en la oscuridad.

Alargó su mano hasta su bota izquierda en busca de su puñal, solo para comprobar que este no estaba. Los mercenarios parecían haber hecho bien su trabajo registrándolo antes de dejarlo allí.

Gruñó entre dientes cuando intentó moverse, pero el leve gemido de dolor proveniente de la oscuridad agudizó sus sentidos, poniéndolo alerta.

—Quien seas… sal de ahí y déjate ver —espetó Broc con voz grave y amenazadora.

El silencio fue su única respuesta y Broc, esta vez con éxito, consiguió ponerse de rodillas antes de posar uno de sus pies en el suelo e impulsarse para erguirse. Se llevó una mano al costado, comprobando que le habían quemado la herida para que dejase de sangrar. Otra prueba de que lo querían vivo.

De pronto su nombre, dicho por otros labios, lo dejó paralizado, haciendo que sus entrañas se contrajeran con un frío aterrador.

—Broc…

Casi susurrado, proveniente de una voz inconfundible, única para él y que reconocería al instante, aunque estuviese privado de todos y cada uno de sus sentidos. Había sonado demasiado débil, y él rogó para que aquello fuese solo una alucinación; sin embargo, un nuevo quejido le confirmó lo real que era.

Sin dilación, fue lo más rápido que pudo hasta el lugar donde provenía la voz, encontrando su cuerpo entre aquella oscuridad, tumbada en el suelo, bocabajo, temblando de frío.

La tomó con mucho cuidado, con la rabia carcomiendo cada rincón de su cuerpo, y su autocontrol por frenar lo que estaba sintiendo, mermado considerablemente. Le dio la vuelta, tocando cada parte de su cuerpo para saber si estaba herida, e intentando mantener la calma, una que se diluía cada vez que pensaba por qué estaba allí, y qué demonios le habían hecho. El bulto en la parte de atrás de la cabeza y el lastimero quejido que exhalaron los labios de Meribeth cuando él lo tocó le indicaron cómo había acabado inconsciente.

La cogió en brazos, obviando el dolor de su costado, y la llevó hasta una zona que, aunque en penumbra, le permitía verla con mayor nitidez. El moratón en su mejilla izquierda y la herida en la frente le hicieron apretar la mandíbula y farfullar una maldición que era de todo menos piadosa. Con suma delicadeza le levantó parte de la camisa para verle el estómago, el costado y la espalda, donde antes, al palparla, se había encogido de dolor. El tono violáceo que se extendía ya por su costado derecho y su espalda lo dejó helado. Si salían de allí con vida, si

por algún milagro conseguía estar cara a cara con el que le había hecho aquello, que Dios se apiadara de él, porque iba a hacerlo pedazos infligiéndole, antes de darle muerte, un dolor inhumano de soportar. Poque le arrancaría la piel a tiras.

—Broc —salió de los labios de Meribeth, casi como un ruego, y él se estremeció por dentro.

Se sentó antes de volver a atraerla hacia sus brazos, estrechándola entre ellos, con sumo cuidado, para darle calor y poder comprobar que, a pesar de las lesiones de su cuerpo, ella estaba bien.

La posó sobre su regazo, y con una de sus manos, echó hacia un lado el mechón de pelo que siempre caía sobre parte de su cara, ocultando uno de sus ojos. Ver su rostro entero, tocar la suavidad de su mejilla, contemplarla fijamente, le convenció plenamente de que estaba allí y una multitud de preguntas se agolparon en su mente pugnando por ser saciadas. ¿Los habían capturado a todos? ¿Estaría Kam…?

El suave aleteo de las pestañas de Meribeth hizo que Broc centrara toda su atención en ella dejando a un lado las incógnitas que había suscitado su presencia allí. Cuando abrió los ojos y lo enfocó, la multitud de emociones que recorrieron sus iris fueron una auténtica locura que embelesó a Broc de formas que ni siquiera sabía que eran posibles. ¿Cómo una mirada podía contener tanto, podía rebosar sentimientos tan encontrados y desestabilizar su interior? Tenía tanta fuerza, era tan única y extraordinaria que las palabras carecían de significado para poder expresar lo que le hacía sentir, y a pesar de ello, cuando Meribeth abrió los labios para hablar, Broc se adelantó con un tono de voz que distaba mucho de la maraña de emociones que se estaban dando un festín en su interior, pugnando las unas contra las otras y haciendo que el *highlander* tuviese que echar mano de su tan preciado autocontrol para poder mantener su templanza a flote.

—¿Estás bien? ¿Qué demonios pasó? ¿Cómo pudieron alcanzaros? —preguntó con el ceño fruncido antes de que Meribeth se despejara completamente tras la pregunta y abriera desmesuradamente los ojos cuando tomó consciencia de con quién estaba.

Soltando un pequeño gruñido, ella le echó los brazos al cuello para abrazarle con todas sus fuerzas. Las manos de Broc no pudieron ni quisieron resistirse y la apretaron contra su pecho metiendo su cara entre los mechones cortos de Meribeth y oliendo su aroma, intentando calmar la angustia que le había generado encontrarla en aquel calabozo junto a él. Pensar que podrían haberla matado le revolvía las entrañas, y pensar en lo que podría pasarle lo enfurecía hasta la necedad.

—Estás vivo, estás vivo… —repitió Meribeth apretándose más contra él, con un tono de voz desgarrado que hizo que el pecho de Broc se contrajese como si un puño hubiese entrado en él cerrándose en su interior.

—Estoy bien —afirmó Broc entrecortadamente, intentando tranquilizarla. Los temblores que sacudían el delgado cuerpo de Meribeth hacían eco en el suyo.

—¿Dónde os atraparon? —preguntó Broc, y la falta de respuesta por parte de Meribeth le hizo temer lo peor.

—Meribeth… —dijo con voz suave pero demandante, y ella lentamente se retiró lo suficiente como para poder mirarle a los ojos, dejando momentáneamente sus brazos, de forma reticente pero necesaria. Meribeth sabía que lo que iba a decirle enojaría a Broc, pero ya podía escupir fuego por la boca que ella, si pudiese retroceder en el tiempo, volvería a hacer lo mismo.

—A ellos no creo que pudieran alcanzarlos —comenzó Meribeth con voz firme, mirándole a los ojos, a esos orbes verdes que le estaban devolviendo a su vez la mirada con una

intensidad desbordante. El ceño aún fruncido se acentuó más cuando sus ojos se achicaron por un instante antes de que su expresión de desconcierto adquiriera la determinación de alguien cuya comprensión llega de pronto. Broc negó con la cabeza ligeramente antes de que Meribeth asintiese de la misma forma—. No pude irme, lo siento —siguió elevando una de sus manos para tocar la cara de Broc. Esta no llegó a su destino porque el *highlander* la tomó a medio camino, sujetando la muñeca de Meribeth e impidiéndole conseguir su fin—, no podía dejarte.

—¡Maldita sea, Meribeth! ¿Te diste la vuelta? ¿Por qué? —preguntó Broc en un tono de voz bajo, por si alguien estaba escuchando desde fuera de la celda, pero marcando las palabras con fiereza, muestra de cómo se sentía de solo pensar en la imprudencia de Meribeth. Si estaba allí, viva, era una cuestión de suerte. Tenía claro que a él le habían permitido seguir con vida con un propósito, pero a ella, a quien creían un muchacho más del clan y que no era familiar directo de Bruce, podrían haberla matado en el acto. Lo lógico es que se hubiesen desecho de ella al igual que no les tembló la mano al matar a los hombres que acompañaban a Kam. ¡Y si algo le hubiese pasado a Meribeth…! Dios, de solo imaginarlo quería prender fuego a aquel calabozo—. ¿En qué diablos estabas pensando?

La expresión de Meribeth se endureció y sus ojos relucieron como dos ascuas ardientes.

—¡En ti, maldita sea! —escupió ella con rabia—. Me di la vuelta porque no podía dejarte, porque prefería morir contigo allí que volver a sentir lo que es que me arrebaten a alguien que me importa —continuó Meribeth sin dejar de mirarlo.

Y Meribeth calló ante la maraña de sentimientos que inundaron los ojos de Broc, ante su brutal y descarnada mirada, en la que había un dolor que ella no había visto jamás con anterioridad.

—Me da igual lo que…

La forma en la que tiró de su muñeca, esa que sujetaba con firmeza y a su vez con extremo cuidado haciendo que todo su cuerpo fuese hacia delante, pegándola a su pecho y la manera en que capturó su boca, dejaron a Meribeth sin aliento. El mismo que Broc se bebió de sus labios y la hicieron estremecerse de arriba abajo. Ese beso en el que ambos volcaron todas sus emociones: furia, miedo, pasión, deseo… y que fue tan visceral y caótico, tan malditamente único, que Meribeth pensó que moriría allí mismo.

No podía pensar, apenas podía respirar y, sin embargo, cada ahíto de aire iba dirigido a prolongar aquella agonía de placer, porque si Broc paraba en aquel instante, ella lo mataría, y gracias a Dios él pareció leerle el pensamiento porque lejos de detenerse, el *highlander* enredó los dedos entre sus mechones de pelo y ahondó aún más el beso, fulminando su voluntad como si esta no le perteneciera. En ese instante ni siquiera podía imaginar nada más importante que el beberse de los labios de Broc todo lo que este tuviese para darle.

El gruñido que surgió de la garganta del *highlander* cuando ella le mordió el labio inferior como si quisiese alimentarse de él hasta el fin de los tiempos arremolinó en su vientre un anhelo fiero que deseó saciar con un hambre voraz. Y de nuevo la lengua de Broc, su mano en su nuca y sus dedos en sus mechones, y el olor de aquel hombre, así como el sabor de su boca, la dejaron al borde del abismo.

Si Broc no hubiese ralentizado el beso, calmándolo lentamente…, Meribeth tenía la certeza de que hubiese estallado en llamas.

El aliento de ambos, cuando Broc se separó lo suficiente para que sus frentes estuviesen apoyándose una en la otra, se mezclaba al ritmo de sus respiraciones, trabajosas e irregulares.

—Jamás vuelvas a hacer algo así —dijo Broc, y su voz sonó a mitad orden, mitad ruego.

Meribeth tardó un instante en saber a qué se refería, hasta que recordó lo último que se

habían dicho antes de que Broc la besara como si ella fuese el antídoto de algún tipo de veneno.

—Dices que no podías dejarme —continuó Broc, y Meribeth tembló al sentir la fuerza de sus emociones brotando de cada una de sus palabras—, pero ¿has pensado en lo que pasaría si algo te ocurriese, Meribeth? —preguntó, y ella pudo sentir la urgencia y algo parecido a la desesperación que embargó su voz al hacerle aquella pregunta—. Crom, Duncan, mi familia, los Gordon al completo… —continuó separándose lo justo para poder mirarla a los ojos— y yo. Lo que he sentido al verte tirada en esta celda ha sido peor que la muerte.

Meribeth no podía respirar, siempre le faltaba el aire cuando los orbes verdes de Broc la miraban, pero ahora hacían más que eso: la estaban devorando, acariciando su rostro con devoción y un deseo descarnado, como si fuese lo más valioso de este mundo para él, incluso más que su vida. Y ella no fue consciente de que sus propios ojos la traicionaban hasta que vio fruncir el ceño a Broc y limpiar con su pulgar las lágrimas que vagaban de forma caótica por sus mejillas. ¿Cuándo había comenzado a llorar? ¿Por qué? .Y, tras eso, las preguntas fueron llegando una tras otra, sin tregua: ¿Cómo pudo dudar alguna vez de lo que transmitían sus ojos? ¿Por qué había tenido tanto miedo a ese sentimiento y a la posibilidad de que fuese cierto, de que Broc sintiese algo profundo por ella? El intentar obviarlo durante semanas, ¿había conseguido que sufriese menos? En absoluto, todo lo contrario. Porque cuando creyó que había muerto, en lo único en lo que pensó fue en lo que no le había dicho y en el tiempo que había perdido.

Y en ese momento fue ella la que enredó los dedos en el cabello de Broc y reclamó sus labios con desesperación, con el ansia del sediento al que se le escapa la vida entre los dedos y la necesita para sobrevivir.

Broc ahogó un gruñido ante la osadía de Meribeth, sobre todo cuando esta tiró de sus mechones para ahondar más el beso y él la sentó a horcajadas sobre su regazo. Su lengua, su sabor inundando cada rincón de su boca lo volvió loco, al igual que su cuerpo, que pegado al suyo y con la fricción de sus caderas, provocó que un calor abrasador bullera entre ambos, dejándole al borde del abismo. Esa forma de entregarse, sin reservas, con una pasión que incendió cada rincón de su cuerpo, lo hubiese reducido a cenizas si no hubiera sido por la situación en la que se encontraban y por la posibilidad de que alguien entrase en aquella celda.

Aunque estaban en la parte del habitáculo donde la oscuridad prácticamente lo devoraba todo, no quería arriesgarse a que alguien los descubriese. Le costó toda su fuerza de voluntad suavizar de nuevo el beso, apaciguar las llamas hasta conseguir que se convirtieran en ascuas, porque Meribeth corría ahora por sus venas y parar aquel beso era como detener su pulso; sin embargo, lo consiguieron, entre los dos, despacio, bebiéndose los gemidos y los jadeos del otro hasta que solo sus respiraciones, irregulares y enloquecidas, se escucharon entre ambos.

—Prometo no volver a hacerlo si tú prometes no volver a sacrificarte por mí —dijo Meribeth con la voz entrecortada—. Dices que verme aquí es para ti peor que la muerte, ¿qué crees que sentí yo al pensar que habías muerto? —preguntó Meribeth mirándole a los ojos, unos que estaban clavados en ella, intensos, más oscuros de lo normal, teñidos de ese peligro que hacía que cualquier ser sobre la faz de la tierra sintiese que sus horas estaban contadas—. No quiero volver a pasar por eso. No puedo. Prefiero morir luchando a tu lado que llorarte después.

Y los grandes orbes verdes de Broc se oscurecieron aún más.

—Meribeth Colquhoun, ¿qué me has hecho? —preguntó el *highlander* con voz ronca, desplazando su mano hasta el mechón de pelo que obstinadamente ocultaba parte de su cara, para tomarlo entre sus dedos y alejarlos de su mejilla.

—Lo mismo que me has hecho tú a mí, Broc Gordon —dijo Meribeth sintiendo que su corazón iba a salírsele del pecho.

La sonrisa de Broc, una que esbozó haciendo que su interior temblara de nuevo, lo iluminó todo, porque aun, en la más absoluta oscuridad, no había nada que pudiese vencerlo.

***

Eara se había quedado dormida con la mano de Bruce entre las suyas. Parecía que, salvo el dolor provocado por las contusiones debidas a su caída, no había sufrido alguna lesión de gravedad. El bebé parecía estar bien y Eara no había sentido dolor en el vientre salvo por la punzada debajo del pecho que a veces se presentaba al respirar…; sin embargo, hasta que Elisa la revisara, él no iba a poder volver a respirar con normalidad.

Amy permanecía sentada a su lado y miraba a Eara con la preocupación reflejada en su rostro, aunque su expresión se había suavizado bastante según pasaba el tiempo desde la caída y no parecía presentarse ninguna complicación que pusiera en riesgo la salud del bebé y de la pelirroja.

—Si no hubiese sido por Broc…, podría haberse… —dijo Amy con voz baja para no perturbar el descanso de la pelirroja.

—Lo sé —dijo Bruce, retirando, con sumo cuidado, uno de los mechones de pelo que cruzaba la mejilla de su esposa, colocándoselo detrás del hombro.

Amy pensó que había tanto amor en aquel simple gesto, en la forma en la que la miraba, en cómo la tocaba y se la bebía con los ojos, adorando cada una de las facetas de la pelirroja, que la anciana redobló sus ruegos para que nada le pasase a Eara.

Desde que la conoció, le había robado a ella también el corazón. No solo porque supuso la felicidad completa de Bruce, sino porque era una mujer extraordinaria. Junto a Elsbeth, ambas habían llenado de alegría el hogar de los Gordon, forjando nuevos cimientos sobre los que descansar los pilares de toda una vida. Ellas eran el corazón de aquel clan, con una fuerza, una personalidad y una nobleza únicas.

Unos golpes en la puerta hicieron que ambos miraran hacia la misma. Era imposible que Broc hubiese vuelto ya con Elisa.

Jonhson la abrió y se asomó lentamente, cruzando su mirada con la de su *laird* al que puso al instante en alerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bruce, dejando con sumo cuidado las manos de su esposa sobre la cama y levantándose con cuidado para no despertarla. Bruce conocía a sus hombres de confianza como a la palma de su mano y sabía que Jonhson, en aquellas circunstancias, jamás hubiese irrumpido en su habitación de no haber por medio una razón de peso. Antes de dirigirse hacia él miró a Amy que asintió con la cabeza ante lo que vio en sus ojos. Ella lo conocía desde que era un niño, y a veces no hacían falta palabras.

—Si despierta y todavía no has vuelto, te avisaré enseguida —contestó Amy a la petición que los ojos pardos de Bruce le hicieron en silencio. El ceño de la anciana volvió a contraerse de preocupación. Ella también había observado la mirada de Jonhson y sabía que algo grave ocurría.

Bruce siguió a Jonhson hasta fuera de la estancia, pero en cuanto la puerta se cerró tras ellos, paró en seco para que el *highlander* le dijese qué demonios pasaba.

—Un grupo de nuestros hombres ha encontrado a un chico en nuestras tierras. No debe tener más de doce o trece años. No llevaba *feileadh mor*, pero se identificó como un Farquharson. Dice que tiene un mensaje para ti de suma importancia —dijo Jonhson con expresión extremadamente seria—, y que solo hablará contigo. Lo he llevado a la sala principal. Craig y Henderson están con él.

—Y, ¿qué más? —preguntó Bruce al ver un titubeo en la mirada siempre firme del

highlander.

Jonhson carraspeó ligeramente antes de hablar.

—Ten cuidado. Sé que solo es un crío, pero hay algo extraño en él. No sabría decirte, pero su mirada, su forma de hablar y comportarse parecen las de un guerrero curtido y no las de un chico al que todavía no le ha salido vello en la barba. Es inquietante —terminó Jonhson mirando a Bruce con cierta suspicacia en los ojos—. Además, no sé qué planean los Farquharson ni por qué mandan a un niño, pero seguro que es una trampa.

Los ojos de Bruce se oscurecieron hasta tornarse del color de la obsidiana.

—Vamos a averiguarlo —dijo este con un tono de voz que dejó momentáneamente a Jonhson sin palabras. Más valía que aquello no fuese un plan para engañar a Bruce o el lobo solitario destrozaría todo a su paso.

***

Moray miró la estancia deteniendo sus ojos en el lema de los Gordon.

Esperaba que fuese verdad y ese «Bydand» definiera a la perfección al clan. «Resiste y lucha» era un gran lema; solo deseaba que el *laird* del clan Gordon estuviese a la altura de él, y le permitiese contarle lo que había ido a decir sin que su sangre tiñera la piedra de aquel castillo antes de abrir siquiera la boca.

Tanto Cailean como Edom habían arriesgado mucho para que él estuviese allí y que Bruce Gordon escuchase su mensaje. Ahora quedaba en sus manos que así fuese. Muchas vidas dependían de ello.

Había oído muchas cosas de *laird* Gordon. Sabía que se le apodaba el lobo solitario, que según los Farquharson era un hombre cruel y vengativo que había heredado de su padre su inhumana apetencia por el sufrimiento humano, y que, si este podía infligírselo a un Farquharson, mejor. Decían de él que era un hombre grande, de facciones desagradables y crueles, cuyo liderazgo se basaba más en el miedo y la fuerza bruta que en la lealtad de sus hombres y su astucia.

Moray podía oler las mentiras a distancia, y sabía que todas aquellas falacias eran producto del arraigado odio que mantenía a los dos clanes en constante lucha. Había sido más fácil para Angus Farquharson y ahora para Erskine fomentar esas absurdas creencias entre los suyos que enfrentar la verdad: que Bruce Gordon era solo un hombre, aunque peligroso a raíz de lo que había podido escuchar de algunos de los *highlanders* de otros clanes que habían visitado a Erskine y de lo que Cailean le había contado. A Moray no se le había pasado por alto que, a pesar de pertenecer a clanes enfrentados y considerarse enemigos durante décadas, Cailean sentía cierto respeto por el hijo de Bryson Gordon. Por eso él estaba allí.

Cuando la puerta se abrió y entró por él un hombre alto, delgado y fuerte, de músculos fibrosos y la mirada más intensa y penetrante que había visto jamás, su cuerpo se tensó al instante. Ese hombre exudaba por cada poro de su piel una seguridad brutal. Su presencia era imponente y sus ojos entre marrones y verdes eran dos antorchas que podrían guiar a ejércitos enteros. Su mirada inteligente y directa, tan sincera que rayaba lo insultante, era capaz de desnudar a sus adversarios, como si estos no pudiesen hacer nada por esconder sus más oscuros secretos.

Ese hombre era único, y lo supo en cuanto sus miradas se cruzaron.

Moray no tuvo dudas. Fue fulminante y revelador, y supo, en ese mismo instante, que su vida no volvería a ser la misma.

—Creo que tienes un mensaje para mí.

Moray enfrentó la mirada oscura de Bruce, y entendió por qué los demás podían sentirse intimidados por ella, pero en su caso, tuvo el efecto contrario: le confortó, de una manera que no había sentido en su corta vida.

—No le haré perder el tiempo —dijo, y supo por su expresión que su voz templada, y su falta de reacción a su escrutinio habían alimentado la curiosidad de *laird* Gordon, y más cuando le enseñó las manos antes de meter lentamente una de ellas entre sus ropajes.

Los dos *highlanders* que habían estado custodiándolo en la sala antes de que apareciese Bruce se tensaron ante su gesto. ¿Creían que iba a sacar un puñal y lanzárselo a su *laird*? Podría. No era descabellado que un joven fuese entrenado para tener tal habilidad. De hecho, sería sumamente efectivo, ya que nadie esperaría eso de él.

Sin embargo, los dos hombres, a pesar de su reacción inicial, se mantuvieron en su posición con una disciplina férrea, dispuestos a lanzarse sobre él si hacía algo temerario o si su *laird* les daba una orden directa. La forma en que miraban esos hombres a Gordon podría ser la envidia de cualquiera *laird*. Respeto, confianza, lealtad…

Moray siguió rebuscando hasta que encontró lo que quería entregarle a Bruce y lo sacó lentamente, siempre con transparencia y movimientos claros, tendiéndoselo a Gordon en el acto. Unas cuantas líneas escritas de puño y letra de Cailean y su broche perteneciente al clan Farquharson.

Bruce las tomó, observando el broche con detenimiento y leyendo después el escueto mensaje de Cailean. Su expresión cuando acabó era más indescifrable que al principio.

—¿Sabes lo que contiene este mensaje? —preguntó Bruce.

Moray no dejó de clavar sus ojos en los de *laird* Gordon, directamente, enfrentando la mirada del lobo solitario, encontrando en ella un lugar que sabía a libertad.

—Sí, yo estaba con él cuando lo escribió —dijo Moray con una calma que era impropia de un chico de su edad y que se encontraba en tierra enemiga a merced de aquellos que no solo odiaban a su clan, sino que querrían su cabeza en cuanto supiesen por qué estaba allí—. Dice que es Cailean, hijo de Agnus Farquharson, y que yo soy su voz. Que necesita que escuches lo que tengo que decirte por el bien de ambos clanes y que lo único que desea es que tengas en cuenta que la decisión de un *laird* no conlleva implícita el sentir de todo un clan.

Los ojos de Bruce se oscurecieron aún más si eso era posible, y un brillo extraño se instaló en ellos al escuchar sus palabras.

—¿Quién eres tú? —dijo Bruce, y Moray supo perfectamente qué le estaba preguntando. No era solo su nombre sino la posición que ocupaba en el clan y por qué Cailean confiaba en él para llevar aquel mensaje.

—Me llamo Moray y no soy nadie relevante dentro del clan. Cailean me salvó hace unos años de una muerte segura, protegiéndome desde entonces. Le debo la vida.

—¿Y por qué tengo la sensación de que es al revés?

Y ahora fueron los ojos del chico los que destellaron durante un instante, convirtiendo el azul de sus ojos en un océano sin fin.

—¿Cuál es el mensaje? —preguntó Bruce, y Moray miró a los tres hombres que había en la sala junto a *laird* Gordon, para después volver a anclar su mirada a la del *highlander*.

Gordon entendió su gesto a la perfección y siguió imperturbable, confirmándole sin palabras que si tenía algo que decir podía hacerlo delante de sus hombres. Sin embargo, antes de que Moray abriese la boca, una sola de sus miradas hizo que salvo el *highlander* que había llegado con él un instante antes, el resto abandonara la estancia con premura.

Aquel hombre era peligroso hasta decir basta.

Le había hecho una concesión, pero no sin antes demostrarle que en su clan no había margen para las luchas de poder o la traición, y se lo había dejado claro en lo que tardó Moray en inspirar dos veces.

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de Moray y en sus ojos, esos que parecían contener en ellos una sabiduría impropia de su edad, un atisbo de calidez que hizo a Bruce arquear una ceja antes de acortar ligeramente la distancia entre ambos, como si así pudiese escrutarlo más de lo que ya lo estaba haciendo. Y tenía razón, porque la curiosidad que apareció en sus ojos pardos intensificó su mirada hasta atravesar a Moray con ella, como si pudiese leer en su alma.

—Erskine ha contratado a unos mercenarios para matarte —dijo Moray con firmeza y determinación.

—¿Qué demonios…? —comenzó a decir Jonhson con las facciones llenas de tensión—. ¿Y Cailean cree que contándonoslo vamos a matar a su hermano y así allanarle el camino para ser el próximo *laird*? Está loco si cree que… —continuó, pero la mano alzada de Bruce, solicitando que se detuviese, hizo que el *highlander* contuviera lo que estaba a punto de decir.

La mirada mortalmente seria de Bruce se recrudeció aún más, mientras mantenía sus ojos fijos en los de Moray. El silencio de *laird* Gordon indicaba, a pesar de su expresión, que deseaba seguir escuchando su explicación.

—Cailean se está muriendo, no le queda mucho tiempo —continuó Moray—, y no quiere que su clan sufra las consecuencias de los actos de Erskine.

—¿Quién más os está ayudando? —preguntó Bruce—. Tú solo no has podido salir de las tierras de los Farquharson sin que nadie se dé cuenta.

El brillo en los ojos de Moray no pasó desapercibido para ninguno de los presentes.

—Uno de nuestros *highlanders* es mitad Gordon —explicó el chico observando el desconcierto en la cara de Jonhson y el ceño fruncido en la de Bruce—. Es uno de nuestros mejores hombres, pero, desgraciadamente, por su sangre materna, ha sufrido el desprecio de muchos de los miembros del clan. Ahora tiene un hijo y no quiere que le ocurra lo mismo —continuó Moray—. Tuve que esperar a que estuviera de guardia para poder escapar con su ayuda.

Moray pudo observar la mirada de Bruce, inquisitiva, como si estuviese analizando en tan solo unos instantes toda la información que él le estaba dando.

—¿El clan apoya a su *laird*? —preguntó Bruce rompiendo el silencio que se había prolongado en la sala tras las palabras del muchacho.

—Muy pocos, y algunos lo hacen por miedo. Es verdad que odian a los Gordon y que desean verte muerto, pero no a costa de sufrir la ira de Guillermo —dijo Moray con convicción —. La mayoría del clan no sabe nada de los planes de Erskine, aunque sospechan que algo ocurre. Los mercenarios apenas se dejan ver, pero han estado varias veces en el castillo y en esos casos ha sido imposible ocultar su presencia. Llevan semanas vigilándoos para poder tenderos una trampa, atacando a distintos puntos de vuestras tierras para crear confusión y un motivo plausible que después explique vuestra muerte y no implique a los Farquharson. Eso no ha pasado desapercibido tampoco para los nuestros —siguió Moray con la resolución y el aplomo de un curtido guerrero, a pesar de ser prácticamente un crío—. Pero te subestimaron desde el principio, sobre todo Erskine, que pensó que de esa forma conseguirían tenderte una trampa, provocando todo lo contrario: que reforzaras la vigilancia en los límites de tus tierras e hicieras que ninguno de tus hombres se desplazara solo. Por eso —dijo Moray y su expresión por primera vez desde que había llegado adquirió un gesto que podría parecer cercano a la preocupación— decidieron ir a por alguien que te importa lo suficiente como para hacer que te intercambies por

él si lo quieres de vuelta con vida.

Los ojos de Bruce tardaron solo un instante en oscurecerse como si se tratase de la entrada a los infiernos.

—¿Has dicho él? —preguntó marcando cada palabra con una cadencia que era más una advertencia que una pregunta.

Moray sintió la oscuridad que había dentro de Bruce; en ese instante podía hasta masticarla. Afilada como la hoja de una espada, inmisericorde y capaz de arrasar con todo.

—Kam, van a por tu hermano Kam —aseveró Moray, y entonces sí, la contención en los ojos de Bruce, esa que había permanecido inmutable durante toda la conversación, se rompió, desbordando los iris pardos del *highlander* que refulgieron como si fueran dos témpanos de hielo.

Unas voces, provenientes de fuera de la sala, junto a unos pasos apresurados hicieron que la atención de los tres se centrara en la entrada, por la que un momento después apareció uno de los hombres de Bruce, con la mirada embargada por una urgencia que hasta el mismo Moray temió lo peor. ¿Había llegado tarde?

—¿Qué ocurre? —preguntó Bruce y su voz, más grave y ronca de lo normal, retumbó en las piedras que conformaban las paredes de aquella estancia.

—Una emboscada. Un grupo de siete u ocho hombres han atacado a Kam y al resto cuando volvían de ver al anciano —dijo el *highlander* que parecía ser uno de los más jóvenes—. Kam está herido y ha perdido mucha sangre. Elsbeth y Elisa están bien, pero han matado a Todd y a Ervin —dijo el hombre con la respiración entrecortada.

—¿Dónde están? —preguntó Jonhson al instante.

—Estarán aquí en breve. Yo me he adelantado para poder…, para deciros…

—¿Cómo han conseguido escapar? ¿Y qué ha pasado con Fie? —preguntó Bruce con una expresión que haría temblar hasta el hombre más bragado.

La mirada del *highlander* titubeó por un segundo, y Moray supo al igual que Bruce, a tenor del gruñido que salió de su garganta, que había ocurrido algo aún peor de lo que el joven había relatado hasta ese momento.

—Elsbeth nos ha dicho que han conseguido huir gracias a Broc, que llegó justo cuando empezó la emboscada —dijo el *highlander* antes de que sus ojos suplicasen perdón por lo que iba a decir a continuación—. Él decidió quedarse para intentar retrasar a los hombres que los atacaron.

—Uno contra siete… ¡Dios mío! —exclamó Jonhson casi en una súplica.

—La esposa de *laird* McPherson ha dicho que Fie también se volvió para ayudar a Broc —terminó el joven con la expresión de un hombre que acababa de hacer lo más difícil que había tenido que realizar en su vida.

Jonhson se pasó una mano por la cara, donde sus cicatrices palidecieron de pronto, dotando a su rostro de una apariencia aún más ruda y dura de la que tenía ya de por sí. Y Bruce…

Laird Gordon pareció extender su oscuridad por toda la sala y su voz dura y profunda se coló por cada grieta y hendidura de aquella estancia.

—Prepara la habitación de Kam para que Elisa pueda atenderlo —le dijo al *highlander* antes de desviar su mirada hacia Jonhson, al que no le hizo falta palabra alguna para entender las órdenes de su *laird*.

—Enviaré a varios hombres a inspeccionar el lugar y yo iré a por Duncan.

Bruce no tuvo ni siquiera que asentir antes de desviar su atención de Jonhson a Moray.

—Reza lo que sepas para que mi familia esté bien o no quedarán ni siquiera los restos que confirmen que una vez existió el clan Farquharson —sentenció *laird* Gordon.

Moray dio un paso al frente antes de hablar, con los ojos clavados en los orbes pardos de Bruce que lucían inmisericordes.

La piedad no tenía cabida en ellos.

—Puedo hacer algo mejor… —dijo el chico—. Puedo ofrecerte mi ayuda.

XXIX

Broc no quería moverse para no despertarla.

Meribeth se había quedado dormida después de luchar contra el cansancio que hacía que sus ojos se cerrasen incluso en plena conversación. Así que Broc la apoyó contra su pecho cuando apenas pudo mantenerse consciente, y desde entonces la acunaba entre sus brazos, escondidos entre las sombras para que nadie pudiese verlos si se asomaban por la pequeña ventana que coronaba la puerta del calabozo y que quedaba a la altura de los ojos.

En el silencio solo podía rememorar una y otra vez las palabras de Meribeth cuando le confesó que prefería morir a su lado, luchando, que llorarle después. Esa frase se le había clavado en el pecho con una puntería más certera que cualquiera de las flechas que en el pasado habían estado a punto de matarlo. Y es que la amaba, más allá de la razón.

Jamás pensó que conocería ese tipo de amor, con esa intensidad y fuerza, pero allí estaba, observando cada uno de sus rasgos, repasándolos para fijarlos en su mente y poder evocarlos como una oración cuando ella no estuviese a su lado y él exhalara su último aliento. Porque si algo tenía claro es que no saldría de allí con vida. Aquellos mercenarios querían utilizarlo como cebo para atraer a Bruce hasta ellos y así acabar con él. Y no iba a permitirlo.

Unos pasos, seguidos de varias voces, pusieron en alerta a Broc que con suavidad removió a Meribeth de su regazo, y la despertó antes de que la puerta se abriera y la luz, procedente de las antorchas que portaban varios de los mercenarios, iluminara el lugar. Ahora que se veía con más claridad el habitáculo, Broc podía asegurar que este era aún más grande de lo que había imaginado al principio. Austero al máximo, parecía más una cueva que algo fabricado por el hombre.

—Pase lo que pase, no intervengas, por favor… —pidió Broc a Meribeth en un susurro, antes de que un total de seis hombres entraran en aquel agujero.

La mirada de Broc, intensa y segura, suplicándole que confiara en él, con esa templanza y esa fuerza que ella no sabía cómo era capaz de mantener en aquellas circunstancias, la llevó a asentir aun en contra de su voluntad.

—Vamos, arriba… —dijo uno de los mercenarios que Broc calculó estaría cercano al último tercio de su vida y al que no había visto en la emboscada. De los otros cinco, tres eran más jóvenes, uno pelirrojo y con los ojos oscuros, otro con unos rasgos exóticos que no logró localizar, y el último con una nariz chata provocada por lo que parecía una fractura anterior. Los tres eran altos y fornidos, y el de la nariz chata debía de gozar de una fuerza considerable a tenor de los músculos que presentaba y que parecían dispuestos a destrozar la camisa que los ceñía. Otro de los restantes tenía una mirada peligrosa, desprovista de cualquier tipo de emoción, así como una sonrisa torcida y vacía que en ese momento estaba centrada en Meribeth de una forma tal que hizo que Broc, de forma involuntaria, apretara un puño en un acto reflejo. La cicatriz que cruzaba su cara de un lado a otro solo hacía que su aspecto fuera más fiero y detestable, sobre todo cuando mojó su labio inferior con la lengua como si estuviese relamiéndose con lo que sea que tuviese en mente. La tensión que notó apoderarse del cuerpo de Meribeth al posar sus ojos en él no le gustó en absoluto, sobre todo cuando un odio desmedido brilló en su orbe ambarino como si quisiese matarlo. A ese hombre tampoco recordaba haberlo visto, aunque estaba seguro por la forma en que Meribeth reaccionó a su presencia de que ella no era la primera vez que lo enfrentaba. El último de los hombres era sin duda el jefe, y Broc lo conocía. A ese sí lo había

visto durante la emboscada. Había hablado con él y, por lo poco que pudo sacar en claro tras las frases que intercambiaron, algo le decía que aquel hombre vendería hasta a su madre por un puñado de monedas.

La forma en que los ojos del líder le buscaron por el habitáculo y se centraron en él, socarrones, le dijo más que cualquier otra cosa que saliese de sus labios. Y seis hombres… ¿Por qué necesitaban a seis hombres contra lo que ellos creían que era un chico, y un *highlander* herido?

La respuesta llegó pronto.

—Sostenedle —dijo el jefe mirándolo a él.

Meribeth se puso delante de Broc antes de que él mismo pudiese impedírselo, dando un cabezazo al pelirrojo que iba en cabeza para ir contra el *highlander*. El aullido del mercenario seguido de la risa del hombre con la cara cruzada por la cicatriz fue suficiente para que el jefe perdiese la paciencia.

Broc tomó a Meribeth y la apartó del puño del gigante musculoso que se dirigía hacia ella con la intención de dejarla inconsciente o matarla.

—No matéis al chico, lo necesitamos para que lleve el mensaje a Bruce.

El puño del mercenario impactó sobre el cuerpo de Broc que no pudo esquivarlo al intentar alejar a Meribeth de él.

Broc se quedó sin aire ante el golpe, aunque se rehízo lo suficientemente rápido como para bloquear el siguiente que iba directo a su mandíbula, no sin que su costado se resintiese por la fuerza que tuvo que ejercer para evitar que aquel gigante lo hiciese pedazos.

—¡No lo toquéis! —escupió con ira Meribeth al ver cómo Broc, herido y en desventaja de uno a cinco, solo era cuestión de tiempo que fuese reducido por el grupo de mercenarios.

La daga que el hombre con una enorme cicatriz en la cara puso de pronto en el cuello de Meribeth tras cogerla por detrás, mientras que Broc lidiaba con el gigante, fue lo único que consiguió detener a Broc.

—Chait, ¿qué demonios haces? —preguntó el jefe al hombre de la cicatriz al que ahora Broc podía ponerle nombre.

—Facilitarte las cosas —dijo con una sonrisa ladeada mientras Meribeth intentaba revolverse entre sus brazos—. Estate quieto o puede que te corte el cuello sin querer —susurró Chait en el oído de Meribeth antes de dirigirse de nuevo al jefe de los mercenarios —. Al chico parece importarle el *highlander*, y por lo que veo, es igual al contrario, ¿verdad? —preguntó mirando directamente a Broc.

Broc sabía ahora, por lo que acababan de decir, que necesitaban a Meribeth para que llevara un mensaje a Bruce. La querían con vida y se aferró a eso para poder respirar de nuevo. El pensar que la pudiesen lastimar o matar lo había llevado, por momentos, al borde de la locura. Si no hubiese sido por su mente disciplinada y su lógica, quizás no hubiese llegado cuerdo a ese instante. Sin embargo, debía tener cuidado. El hecho de saber que la querían viva no significaba que la necesitasen ilesa. Por la mirada de Chait intuyó que el mercenario estaba convencido de que lo tenía cogido por los huevos. Y estaba en lo cierto. Aquel malnacido suponía que el chico era importante para él, y así debía seguir. Las implicaciones de que descubrieran que era una mujer podían ser devastadoras. Esos hombres no dudarían en divertirse con ella de otras formas antes de enviarla de vuelta con Bruce. Y tendrían que matarlo a él antes de permitir que la hicieran sufrir de cualquier forma imaginable.

Decirles que era sobrina de Duncan McPherson tampoco había sido una opción, porque involucrar a un miembro de otro clan hubiese acabado con la vida de Meribeth más rápido que el

impacto de una flecha. Con ella como testigo, habría puesto tras los mercenarios a dos clanes poderosos, y eso era demasiado arriesgado para ellos, mientras que, si seguían pensando que Meribeth era solo un muchacho del clan Gordon, lo verían como alguien a quien poder utilizar para su propósito. Sin embargo, nada les impedía torturarla y hacerla sufrir hasta que Broc hiciese lo que ellos deseaban, así que podía preguntar ahora y evitar que Meribeth pasase por un infierno, o podía condenarla junto a él.

—¿Qué queréis? —preguntó Broc con un tono de voz calmado y exigente, sorprendiendo al jefe de los mercenarios que resopló ante su actitud.

—Te dije que necesitabas que te pusieran en tu lugar y voy a disfrutar haciéndolo, te lo aseguro —señaló el líder de los mercenarios con gesto triunfante.

—¡Broc…, no! —gritó Meribeth y la punta del puñal se clavó ligeramente en su carne provocando que una gota de sangre manara del rasguño y resbalara por su cuello como si lo estuviese lamiendo.

La oscuridad que se adueñó de los ojos de Broc al ver esa gota fue espeluznante.

—Vuelve a hacerle daño y no encontrarán ni tus huesos —amenazó Broc haciendo que la sonrisa ladeada de Chait desapareciera por completo.

—Cuddle, acabemos con esto, o mataré al *highlander* ahora mismo —dijo Chait dirigiéndose al que, hasta ese instante, Broc pensaba que era el jefe de los mercenarios. Aunque la forma en la que aquel hombre de la cicatriz se había referido al otro como iguales ante el resto de los hombres le planteó la duda de si ambos compartían el liderazgo del grupo.

Broc no apartó la mirada de Chait que, después de decir aquellas palabras, frunció el ceño al comprobar que, lejos de opacar la oscuridad en los orbes de Broc, su amenaza solo la había aumentado, como si este estuviese deseando que lo intentara. La duda que Broc vio en los ojos del mercenario en respuesta a su actitud, su sorpresa, fue un dato que guardó para sí. Si tenía la oportunidad de enfrentarse a él, aquello le daría ventaja.

—Está bien, está bien… —dijo Cuddle posando nuevamente sus ojos sobre Broc tras intercambiar una mirada con su compañero de armas.

—Vamos a mandarle un mensaje a tu hermano, uno que hará que acepte nuestras condiciones, si es que quiere volver a verte con vida. Un regalito que lo convencerá de lo que somos capaces de hacer…

Broc miró a Cuddle y sonrió levemente como si aquel discurso le hubiese parecido gracioso. Ante ese gesto, el rostro del mercenario se distorsionó, endureciendo sus facciones y desbordando por sus ojos un odio desmedido.

—¿Crees de verdad que Bruce vendrá a por mí? ¿Que dejará a su familia y a su clan y pondrá en riesgo su vida por un medio hermano al que conoce de solo unas semanas? ¿Ese era vuestro plan? —preguntó con desdén—. Evidentemente habéis fallado reteniendo al hermano equivocado. Imagino que quien os haya pagado no estará nada satisfecho cuando se dé cuenta de que ha contratado a un grupo de inútiles que lo dejará expuesto después de que tengáis que matarme para ocultar su implicación, sin que ni siquiera hayáis tenido la posibilidad de acercaros a Bruce.

El silencio se hizo en la estancia, mientras Cuddle miraba fijamente a Broc a los ojos como si estuviese midiendo la veracidad de sus palabras.

—¿Piensas que no realizamos bien nuestro trabajo? Estás equivocado, bastardo —respondió Cuddle deleitándose bien en la vocalización de su última palabra—. Sabemos que los hermanos Gordon te han recibido con los brazos abiertos y que te tienen en alta estima. Eres uno de los hombres de confianza de *laird* Gordon, incluso llevas su puñal en tu bota izquierda, ese

que te hemos quitado mientras estabas inconsciente. De hecho, Bruce Gordon te debe su vida, y ahora también Kam, después de que te sacrificaras para darle tiempo a escapar —espetó Cuddle con el semblante sombrío—. ¿Creías acaso que conseguirías minar nuestra confianza con solo dos frases hechas?

Y Broc le devolvió la mirada con un brillo diferente en sus orbes verdes.

—Contesta —dijo entre dientes Cuddle, y el destello que surcó los ojos de Broc, ese que hablaba de astucia y de resiliencia, dejó desorientado al mercenario que ahora no tenía tan claro qué era lo que había buscado el *highlander* con sus palabras.

—Terminemos con esto —escupió Cuddle un instante después, todavía intentando descubrir qué era lo que había en la mirada de Broc—. Podemos hacerlo fácil o difícil, tú decides. Si lo pones fácil, el chico no sufrirá; si lo complicas… será mucho peor para él y para ti. Es cierto que necesito al muchacho para que lleve el mensaje, pero puedo torturarlo y hacerle pasar un infierno antes de dejarlo ir, o puedo permitir que se vaya ileso al amanecer con el regalo para Bruce.

Broc sostuvo la mirada de Cuddle por unos instantes antes de responder.

—Si lo quieres fácil, saca al chico de aquí mientras lo haces.

La sorpresa en los ojos de Cuddle con un cierto brillo de reconocimiento fue respuesta suficiente para que, con un gesto de su cabeza, Chait saliese de la estancia con Meribeth, la cual intentó resistirse sin ningún éxito. La fuerza del mercenario ejercida sobre su torso y sus brazos, inmovilizándolos, y la daga sobre su garganta hicieron imposible ninguna maniobra.

—¡Broc, Broc…, no! —gritó Meribeth antes de que el mercenario la sacase de la celda, quedando el *highlander* con cinco mercenarios a su alrededor.

—De acuerdo… —dijo Cuddle extendiendo su mano para que uno de sus hombres le diese su puñal, acercándolo a una de las antorchas y calentando la hoja a conciencia—. Tengo que reconocer que me asombra tu perspicacia y que tienes valor, demasiado para mi gusto. Ahora, cumple con tu parte. Solo necesito uno de tus dedos.

***

Meribeth se sentía como si la hubiesen abierto en canal y estuviesen hurgando en sus entrañas. La impotencia, la rabia, el dolor, la desesperación… todo golpeando su pecho y sus vísceras como si la clemencia no existiera. Solo fueron unos momentos, pero para ella pasaron siglos. Un infinito fuera de aquella habitación, en donde se encontraba la persona que, junto a Crom, era la más importante de su vida. Estaba enamorada de él, lo amaba de tal manera que lo que le había dicho en aquella celda cuando estaban solos, que prefería morir luchando con él que llorarlo después, era tan cierto como que el sol salía cada mañana por el este. No podía perderlo, no podía dejar que sacrificase una y otra vez su vida por ellos. ¿Es que no se daba cuenta de lo valioso que era para los que lo amaban?

Y se odió en ese instante por enfurecerse con él, porque esa cualidad de Broc, esa manera de entregarse, esa fuerza interior y su capacidad para realizar lo más beneficioso en cada ocasión dejando a un lado sus intereses, incluso cuando estos significaban sacrificar su propia vida, fue lo que hizo que se enamorase de él, y lo que hacía también que quisiese gritarle, exigiéndole que fuese más egoísta.

Cuando la puerta del calabozo se abrió y salieron los mercenarios por ella, con Cuddle al frente, Meribeth quiso poseer mayor fuerza para liberarse de los brazos del hombre que la retenía y así tener la oportunidad de clavarle un puñal en la garganta. Sabía que le había hecho algo a Broc, pero cuando vio sobre la mano de uno de los mercenarios un pedacito de paño, manchado

de sangre, con un trozo de dedo en él, su visión se nubló con tal rabia que hubiese quemado los cimientos de aquella construcción para asarlos vivos, a todos, sin excepción.

—¿Qué le has hecho? —escupió Meribeth con la voz ronca y los ojos llenos de furia.

—No te preocupes, no morirá por esto. Ha sido… —dijo Cuddle con una sonrisa sesgada — solo un pequeño corte —continuó el jefe de los mercenarios cuyo rostro cambió de expresión cuando Meribeth consiguió escupirle en la cara a pesar del puñal que había contra su garganta. En ese momento no le importó nada, ni siquiera su vida. Fue algo visceral que salió de sus entrañas.

El bofetón que le dio Cuddle con el revés de la mano hizo que su cara se volviese completamente y que el puñal rasgara su piel en la base del cuello.

Sintió la sangre en la boca, procedente del labio que el golpe le había partido. Sin embargo, a pesar de ello, cuando el líder de aquel grupo de criminales se acercó tanto como para que ella pudiese ver con claridad las motas de color ámbar de sus iris azules, Meribeth lo encaró, sin dejar de mirarlo a los ojos, con toda la rabia que bullía en su interior.

—Ten cuidado, porque aún puedo retractarme de mi palabra y hacerte pasar un infierno antes de enviarte de vuelta —espetó Cuddle con frialdad, reflejo del poco respeto por la vida humana que poseía. En aquel momento, Meribeth supo por qué aquel hombre era peligroso, al igual que el de la cicatriz que todavía la sostenía y que parecía disfrutar con sus infructuosos forcejeos. Porque ambos parecían carecer de cualquier tipo de emoción—. Mañana al alba te llevaremos hasta el límite de las tierras de tu clan, y llevarás el mensaje que te digamos junto a este trocito de Broc Gordon ante la presencia de Bruce. Asegúrate de que entiende que: o acata nuestras órdenes o no volverá a ver a su hermano.

Meribeth contuvo la respiración cuando, a una señal de su cabeza, el hombre de la cicatriz la llevó en volandas hasta el interior del habitáculo y la tiró al suelo, volviéndose después con rapidez para cerrar la celda tras de sí. Ese hombre al que Meribeth juró matar si tenía ocasión, estaba segura que, junto al resto, formaban el grupo que contrató Frang para realizar el trabajo sucio y matar a Coby y toda su familia.

Meribeth se levantó del suelo con rapidez y barrió la estancia con los ojos, ansiosos, buscando a Broc hasta que lo vio apoyado en una de las esquinas gracias a la claridad de la antorcha que habían dejado tras su marcha los mercenarios y que, ubicada en el soporte que había en la pared para tal fin, iluminaba parcialmente la estancia.

—Broc… —dijo Meribeth corriendo hacia él y cayendo de rodillas a su lado. Su voz sonó urgente, ronca, casi rota al verlo.

Broc tenía los ojos cerrados, sentado en el suelo y apretando sobre su mano izquierda un trozo de tela que los mercenarios debían haberle dejado para vendar la herida.

—Estoy bien —dijo intentando esbozar una ligera sonrisa a la vez que abría sus preciosos orbes verdes y la miraba fijamente. Sin embargo, su expresión cambió cuando se fijó en el rostro y en el cuello de Meribeth. El ceño fruncido, la preocupación en sus ojos, hasta el punto de dilatar sus pupilas, y el gruñido bajo que salió de su garganta fueron simultáneos, al mismo tiempo que alargaba su mano derecha para tocar con sumo cuidado el pómulo de Meribeth.

—¿Qué te han hecho? ¿Quién ha sido? —preguntó apretando los dientes.

Meribeth negó con la cabeza cuando aquello fue lo primero que preguntó Broc a pesar del dolor que debía estar soportando y del sudor que perlaba su frente incluso con la temperatura gélida que hacía en aquella celda. El nudo que habitaba en su pecho se apretó de tal forma que temió que la rompiera en mil pedazos.

—No ha pasado nada —dijo Meribeth desviando su mirada para que no viera lo que

aquello le estaba haciendo—. Déjame ver tu mano —prosiguió, centrando sus ojos en el regazo de Broc, donde se encontraba apoyada esta bajo un paño, apretándola contra su cuerpo.

—Meribeth, dímelo —exigió Broc, y ella lo miró con los ojos cargados de impotencia y dolor.

—Enséñame tu mano primero —respondió ella con rabia.

Los ojos de Broc se achicaron un instante estudiando su rostro, y entonces su expresión se suavizó y su mirada penetrante y tenaz, opacada por lo que debía estar sufriendo, se tornó cálida y profunda, como si al mirarla a los ojos hubiese visto con claridad lo que ella sentía en ese momento.

—De acuerdo —dijo Broc, descubriendo su mano izquierda.

Meribeth tuvo que inspirar deprisa y apretar los dientes para no maldecir a esos engendros del demonio al contemplar lo que le habían hecho cortándole la última parte del dedo meñique. El corte irregular había sido quemado para detener la hemorragia.

Llevada por una necesidad imperiosa, como si tocarle pudiese calmar lo que bullía en su interior, extendió su mano y tiró lejos el trozo de tela que le habían dado para vendárselo, acariciando lentamente el dorso de su mano hasta acercarse a su herida, mirándola, como si así pudiese calmar de alguna manera el daño y el dolor que le habían infligido.

—Si me dices que estás bien después de esto, no volveré a hablarte en la vida —dijo Meribeth a la vez que sacaba su camisa de dentro de sus pantalones y rasgaba, con los dientes al principio y las manos después, un trozo lo suficientemente grande de tela como para vendar el dedo.

—No llores, por favor…, Meribeth. He estado en peores circunstancias. Un pedazo de mi dedo meñique no es nada —dijo Broc suavemente, tocándole la mejilla para enjugar sus lágrimas, unas que caían furtivamente y de las que ella no había sido consciente hasta que él las había nombrado.

—No estoy llorando, estoy furiosa —respondió Meribeth, mientras se concentraba en terminar de vendar la herida de Broc—. Quiero una espada para matar a esos malnacidos y quiero marcharme mañana de aquí, contigo —siguió Meribeth con un tono de voz duro.

—Meribeth —dijo Broc, y ella negó con la cabeza.

—No, no lo digas.

Y Broc le levantó el mentón suavemente para que ella le mirase a los ojos.

Lo que vio en los de Meribeth lo consumió por dentro. Nadie jamás lo había mirado así, como si fuese la parte más importante de su mundo. Ese era el mejor regalo que le había deparado la vida, y solo lamentaba no poder disfrutar de ella a su lado.

—No puedes pedirme que… No, me niego. No voy a despedirme de ti mañana —señaló Meribeth con una furia controlada sabiendo lo que él quería decirle, desviando de nuevo la vista hacia la mano de Broc y terminando el vendaje.

—Mírame, Meribeth —dijo Broc con voz firme y profunda, pero ella se resistió. Sabía que Broc trataría de convencerla y ella cedería, porque haría cualquier cosa por él—, te lo suplico —y ese ruego salido de sus labios, lleno de fuerza y sentimiento, fue más de lo que pudo soportar, así que, con lentitud, con uno de sus puños apretados, levantó la cabeza y lo miró.

Su rostro, sus ojos, su expresión, plenos de un sinfín de emociones que no le dio tiempo a descifrar, estaban fijos en ella, como si no existiese nada más a su alrededor y aquel instante fuese crucial en la vida de ambos.

—Meribeth Colquhoun…, te quiero —dijo Broc anclando su mirada a la de ella, retirando el mechón de pelo que cubría la mitad de su rostro hacia atrás y dejando al descubierto

sus maravillosos ojos. Uno de color ámbar que lo hacía temblar y el otro azul, como la inmensidad del océano y que le proporcionaba la tempestad y la calma. Unos ojos en los que Broc se moría por perderse y no volver a salir jamás—. Te amo… como nunca he amado a nadie, y no voy a decirte adiós mañana. Jamás me he rendido y no pienso hacerlo ahora que te he encontrado a ti, mi latido, mi confidente, mi amiga, mi alma —continuó Broc, y un sollozo escapó de los labios de Meribeth que sentía cómo se partía en dos. Aquellas palabras fueron directas a su pecho dejándola hecha pedazos. ¿Cómo podía un instante ser el más feliz de su vida y a la vez el más agónico?

De pronto, los labios de Broc sobre los suyos, su lengua penetrando su boca, con osadía, con una pasión desbordada que la consumió, arrastrándola a un deseo que necesitaba saciar o se volvería loca, arrasaron con todos sus pensamientos, quedando solo las sensaciones, el hormigueo en cada rincón de su piel, los escalofríos recorriendo su columna, la sed que necesitaba saciar con su sabor, el abismo bajo sus pies y el vértigo en el que quería seguir viviendo mientras tocaba el cielo con las puntas de los dedos. Y como respuesta ella le besó con todo lo que tenía, con todo lo que era, entregándoselo en cada roce, en el desgarrador baile de sus lenguas, en cada respiración y en cada latido.

Y Broc gruñó contra su boca como si fuese un animal herido, necesitado y hambriento, que controlaba a duras penas la desnudez de la pasión de ambos, como si al tocarla, al beber de su aliento, todo su autodominio desapareciese.

Con la escasa voluntad que le quedaba y el dolor de su mano atravesándolo cuando, sin querer, capturó esta entre ambos cuerpos, Broc suavizó el beso hasta que sus labios se separaron lentamente. Las respiraciones de los dos, agitadas y erráticas, se fueron volviendo pausadas y rítmicas mientras el *highlander* no dejaba de mirar a Meribeth.

—Yo también te quiero, Broc Gordon, así que no se te ocurra dejarme —dijo esta, en un susurro, volcando el alma en cada una de sus palabras.

—Nunca —contestó Broc, sintiendo que su pecho se expandía hasta el infinito al oír esa confesión saliendo de sus labios, una con la que había soñado desde que supo que la amaba más que a su vida. Selló su juramento con otro beso, esta vez más lento, más pausado y profundo, antes de que ambos recuperasen el control sabiendo que quedaba poco tiempo y que había cosas que debían decirse antes de que Meribeth partiese al alba.

—Si lo que nos han dicho es cierto, te dejarán marchar con un mensaje para Bruce —dijo Broc, y esta vez Meribeth no negó con la cabeza, aunque el ceño fruncido y la profunda preocupación que opacaban sus ojos fueron más que significativos a la hora de expresar que, a pesar de saber que no había otra elección, su fuero interno seguía exigiendo quedarse a su lado.

—Necesito que le digas algo a Bruce.

—Si vas a pedirme que le diga que te abandone, estás muy equivocado —dijo Meribeth con la voz entrecortada por el ímpetu y la furia. Conocía a Broc lo suficiente para saber que esa idea se le había pasado por la cabeza.

Broc la miró fijamente y en sus ojos una marea de emociones que dejaron a Meribeth sin aliento.

—No voy a rendirme. Te lo he dicho antes y es cierto, pero tampoco voy a permitir que me utilicen para atraerlo hasta aquí y que lo maten. Porque eso es lo que quieren, Meribeth, y no voy a permitirlo. Es mi hermano, mi sangre, y no dejaré que la derramen —dijo Broc con fuerza y determinación—. Por eso tienes que decirle lo que voy a contarte ahora. Confía en mí. Voy a luchar, pero no será a costa de hacer lo que esos malnacidos quieren.

—De acuerdo —contestó Meribeth, extendiendo una de sus manos para limpiarle el

sudor frío que perlaba la frente del *highlander*—. Estoy contigo, ahora y siempre —continuó frunciendo ligeramente el ceño cuando se dio cuenta de que había algo que no había podido contarle todavía a Broc—. Por cierto… —siguió, atenta a su expresión, que no dejaba entrever ni el dolor que debía estar soportando ni la preocupación que sin duda lo embargaba. Aquel hombre era extraordinario, y ella lo amaba profundamente—. El mercenario que me sujetó y puso un cuchillo en mi cuello…

—Sí, ¿qué pasa con él? —preguntó Broc cuyas facciones se habían tensado ante la mención del mismo.

—Lo he visto antes.

La mirada de Broc se oscureció y su mandíbula se apretó en un acto reflejo.

—¿Dónde? —preguntó con voz grave y demandante.

—En el salón principal del castillo de los Colquhoun, aquella noche —dijo Meribeth y Broc supo perfectamente a qué noche se refería—. Era uno de los mercenarios que Frag contrató, y fue el que mató a Ronald.

—¿Estás segura? —preguntó Broc mirándola fijamente.

—Era él. Jamás podré olvidar su cara.

Broc asintió con firmeza antes de hablar.

—Pagará por lo que hizo —sentenció Broc.

—Eso espero, porque, si tengo la oportunidad, seré yo misma quien lo envíe directo al infierno —afirmó Meribeth con contundencia.

—No dudo de ello, mi luchadora —dijo Broc haciendo que los ojos de Meribeth brillaran durante un instante.

—Está bien… ¿Qué quieres que le diga a Bruce? —preguntó Meribeth sabiendo que el alba estaba cerca y que el tiempo que les quedaba era tan escaso como precioso.

***

Bruce siguió a Elisa fuera del dormitorio.

Amy se había quedado con Eara después de que Elisa comprobara que su embarazo iba bien y de que revisara y curase cada una de las lesiones que su caída había provocado.

—Están bien. Tanto Eara como el bebé. Tu pelirroja solo tiene algunos golpes consecuencia de la caída, y el dolor del costado es también debido a eso. Solo necesita descanso y se pondrá bien en unos días. Y Kam…

Bruce la miró a los ojos, esos que nunca mentían, que siempre le decían la verdad por dolorosa que fuese. La mujer que se había convertido en una hermana para él y en cuyas manos había puesto, más de una vez, la vida de las personas que más amaba en este mundo.

—Kam ha perdido mucha sangre, pero es muy fuerte, lo sabes, y sus heridas no han alcanzado ningún punto vital.

—No ha recobrado la consciencia en ningún momento —señaló Bruce. La tensión que podía verse reflejada en su rostro, y que no ocultó a Elisa, era un fiel reflejo de la delicada situación en la que sabía que se encontraba el menor de sus hermanos.

—Pero lo hará…, sus heridas no son tan graves. Créeme: volverá en sí en cualquier instante dispuesto a retomar la lucha —dijo Elisa con convicción, aunque una sombra opacó la luz de sus ojos al pronunciar sus últimas palabras.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bruce afilando su mirada—. Cuéntamelo, Elisa.

La esposa de Duncan McPherson se bajó lentamente las mangas de su vestido. Se las había remangado cuando llegaron, primero para curar a Kam y después para revisar a Eara.

—Si no hubiese caído inconsciente nadie habría sido capaz de sacarlo de allí —dijo Elisa con la voz afectada—. Apenas podía mantenerse sobre su caballo cuando le dijo a Broc que era un loco si pensaba que iba a dejarle, pero Broc le respondió que el demente era él si creía que iba a permitir que muriese allí —continuó Elisa, a la que le temblaban ligeramente las manos. Unas que escondió entre las dobleces de su vestido para controlarlo—. Broc llegó justo cuando nos estaban atacando. Tendrías que haber visto su expresión cuando vio malherido a Kam. Solo había visto esa mirada en otra persona; en ti. Tan oscura, tan llena de determinación que lo supe. Supe que nada de lo que dijésemos le haría cambiar de opinión. Puso su cuerpo entre nosotros y esos hombres y no dudó, ni por un instante, en quedarse para enfrentar a los que nos atacaron para que nosotros pudiésemos escapar. Y su forma de mirar a Meribeth me partió por dentro. Está tan enamorado de ella —continuó la esposa de Duncan, mirando a Bruce con los ojos nublados—. Nos dijo que nos marchásemos, de forma contundente, y nos recordó a cada uno la familia que nos esperaba a la vuelta y a la que no podíamos defraudar. Es demasiado inteligente y tiene el corazón enorme. Se parece muchísimo a ti, ¿lo sabes?

Bruce endureció sus facciones cuando escuchó las palabras de Elisa. La furia que recorría sus venas, el dolor sordo que aprisionaba su pecho desde que supo lo que había pasado, era como un veneno que se extendía a cada instante. Ver a Kam herido lo había llevado al límite, pero desconocer si Broc estaba vivo lo estaba dejando al borde del abismo. Si habían osado tocarle, arrasaría con todo el clan Farquharson.

—Es mejor que yo. Ambos lo son —dijo Bruce refiriéndose a sus hermanos, y Elisa tuvo que tragarse el nudo que se formó en su garganta al oírselo decir de esa forma, con orgullo, con un sentimiento de admiración que se reflejó en su expresión, en su mirada, plena de emociones, tan fuertes, tan honestas que Elisa dio un paso hacia él y lo abrazó.

Quería a Bruce Gordon. Después de Duncan y de sus hijos, aquel hombre era su familia, la persona en la que más confiaba, y en aquel momento se sentía impotente por no poder hacer más.

—Es un Gordon. No se rendirá —dijo Elisa de todo corazón—. ¿Cómo puedo ayudarte?

Bruce la estrechó contra sí antes de separarse lo suficiente como para mirarla a los ojos.

—Ya lo haces, continuamente —dijo Bruce, y la calidez en sus ojos, esa que solo dedicaba a las personas a las que amaba, conmovió a Elisa hasta lo más hondo de su alma. Si iban a por él, si amenazaban a los Gordon, también amenazaban a los McPherson, y ella sería la primera en luchar para preservar la felicidad de su familia.

***

Uno de sus hombres avisó a Bruce de que Jonhson se acercaba al castillo junto con Duncan e Irvin. Faltaba poco para el amanecer. Dejó a su pelirroja en manos de Amy tras cerciorarse de que Eara dormía tranquila y estaba bien, y después se acercó al cuarto de Kam para asegurarse de que este seguía recuperándose.

Su hermano todavía no había despertado, pero su respiración era más regular y sus heridas habían dejado de sangrar. Elsbeth seguía junto a él y Bruce ni siquiera intentó convencer a la rubia de que se fuese a descansar. La mirada que ella le dirigió le dejó claro que no pensaba irse de su lado, y Bruce la entendió. Cuando hirieron a Eara nadie hubiese podido separarlo de ella ni un instante. Incluso ahora, que sabía que estaba bien, no hubiese salido de su cuarto de no ser por la situación a la que se enfrentaban.

—Te traeré algo de comer más tarde, y…

—No voy a separarme de él —dijo con contundencia Elsbeth.

—No iba a sugerir tal cosa; aprecio demasiado mi vida —afirmó Bruce, y eso consiguió que una chispa se encendiera en los ojos azul claro de Elsbeth, que su mirada se suavizase y que una perezosa sonrisa se esbozara en sus labios.

—Me conoces muy bien —dijo la rubia mirando a Bruce con un punto canalla en sus ojos.

—Lo que sí puedo hacer es traerte una cama más pequeña y unirla a esta para que descanses junto a él sin miedo a golpear alguna de sus heridas mientras duermes.

Elsbeth asintió lentamente mientras sus ojos se turbaban con una sospechosa humedad.

—Creí que le perdía —dijo finalmente Elsbeth con la voz algo ronca, enlazando su mirada con la de Bruce, compartiendo el dolor que eso hubiese supuesto para ambos y entendiéndose sin palabras.

—Lo sé —afirmó Gordon sin dejar de mirar a los ojos casi transparentes de la rubia, tomando una de sus manos y apretándola suavemente—. Cuando se despierte, hazle pagar por ello —espetó Bruce, y la carcajada espontánea que salió de los labios de Elsbeth mientras se limpiaba una lágrima furtiva hizo sonreír al *highlander* que, guiñándole un ojo, se levantó lentamente, echó un último vistazo a Kam y salió por la puerta camino al salón principal.

XXX

Bruce entró en el salón principal cuando Duncan terminaba de abrazar a su esposa y la miraba con extrema preocupación.

—Estoy bien, Duncan. De verdad.

Los ojos del jefe del clan McPherson estaban fijos en Elisa y, a pesar de verla allí, de tocarla y saber que nada le había ocurrido, el recuerdo de lo que Jonhson les había relatado cuando los encontró de vuelta a tierras de los McPherson aún resonaba en sus oídos. Supo que algo andaba mal nada más ver la expresión del *highlander*, pero cuando les contó que su esposa había caído junto al resto en una emboscada en la que habían muerto dos de los mejores guerreros de los Gordon y Kam había resultado herido, creyó que la tierra se abría bajo sus pies para engullirlo por entero.

Después de escuchar todo lo acaecido de boca del *highlander* y, aun habiéndole asegurado, una y otra vez, que su esposa estaba a salvo, seguía sin apaciguar la furia de su interior que bullía con un sinfín de emociones.

En esos momentos que la había tenido entre sus brazos, cerciorándose de que estaba bien, y que podía contemplar su hermoso rostro, parte de su desasosiego desapareció, pero la rabia, la ira que había sentido en su interior y que había mantenido bajo control hasta ese momento, ahora clamaba por salir, pidiendo el castigo de los que habían osado hacer aquello. Y solo tuvo que ver la expresión y los ojos de Bruce cuando este entró en la estancia para saber que, si él exigía justicia, Bruce Gordon reclamaba venganza y la sangre de aquellos malnacidos.

Bruce se acercó hasta donde ellos se encontraban, con paso firme y seguro, y Duncan enlazó sus dedos con los de su esposa cuando esta hizo el gesto de apartarse. No podía separarse de ella, ahora no, todavía no, cuando aún tenía el regusto amargo de la angustia que lo había carcomido por dentro todo el camino hasta allí.

Bruce extendió uno de sus antebrazos hacia Irvin, el cual lo estrechó de forma enérgica. Después hizo lo mismo con Duncan que alargó el contacto un poco más de lo habitual.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el *highlander* mirando fijamente a Bruce—. Jonhson nos ha esbozado a grandes rasgos lo que ha ocurrido, pero no nos ha dado mucha más información. Queríamos llegar aquí cuanto antes, así que hemos cabalgado sin descanso —continuó Duncan, con expresión grave.

Bruce inspiró con fuerza y procedió a exponerles todo lo que sabía. Les habló de las sospechas que habían albergado en las últimas semanas sobre una posible amenaza, de la emboscada que habían sufrido Kam, Elsbeth, Elisa y Meribeth a manos de unos mercenarios, del motivo de por qué Broc había ido a por ellos, de la muerte de dos de sus hombres a manos de esos demonios y de cómo había resultado herido Kam.

Les contó, con una expresión que Duncan no había visto en Bruce desde hacía años, cómo Broc había tomado la decisión de quedarse e intentar retrasar a los mercenarios el tiempo suficiente para que ellos pudiesen escapar, y la forma en que Meribeth decidió dar media vuelta en su huida y ayudar a Broc.

La expresión de Duncan e Irvin fueron pasando por varios estados, desde la sorpresa a la extrema preocupación, de la angustia a la furia ciega. Sin embargo, fue cuando Bruce les relató la llegada de Moray y el mensaje que el muchacho le había entregado, cuando ambos estallaron sin poder contenerse por un instante más.

—¡Maldito hijo de perra! —exclamó Irvin cuya expresión parecía la de un animal salvaje deseando la sangre de su presa.

—Erskine está loco —dijo Duncan apretando los dedos de su mujer entre los suyos. Después de escucharla a ella, y de lo relatado por Bruce, tocarla, sentir que estaba bien… era una necesidad—. El odio de su padre y el de él hacia ti y este clan le han llevado a perder la cabeza. Está condenando a los suyos a una guerra que no puede ganar —prosiguió el jefe del clan McPherson—. Si le ha hecho algo a mi sobrina o a Broc, morirá lentamente y con el máximo dolor. No quedará un lugar en la tierra donde los Farquharson que hayan participado en esto puedan esconderse u obtener piedad.

Duncan sabía que sus palabras eran un fiel reflejo de lo que Bruce sentía y pensaba hacer. Con solo mirarle a los ojos sabía que Gordon mataría a Erskine y a los mercenarios por haber asesinado a sus hombres, herir a Kam y poner en riesgo a los demás. Estaba seguro que arrasaría con todo el clan Farquharson si osaban hacerle algo a Broc y a Meribeth.

—Es la guerra —dijo Irvin apretando los dientes.

—No —dijo Bruce—. Todavía no. Solo tenemos el testimonio de un muchacho y ninguna prueba que vincule a esos mercenarios con Erskine o el clan Farquharson.

—¿Y eso va a detenerte? —preguntó Irvin sorprendido.

Bruce lo miró a los ojos, e Irvin supo que lo que había dicho era una tremenda estupidez al observar la oscuridad que inundaba sus pupilas. Lo conocía demasiado bien para saber que nada impediría que Bruce fuese a por su hermano y a por Meribeth e hiciese justicia por la muerte de sus hombres.

—¿Dónde está el muchacho? —preguntó Duncan.

—Está descansando —contestó Bruce mirándole fijamente—. No ha dormido en los dos últimos días.

—No podemos fiarnos de él. Es un Farquharson. Imagino que lo tendrás vigilado —dijo Irvin con evidente tensión en sus facciones. Desde que habían llegado ninguno había relajado su expresión.

La de Bruce permanecía igual, pero algo en sus ojos llamó la atención de Duncan y una sospecha, sobre una posibilidad inusitada, se instaló en su mente.

—¿Confías en él? Lo más seguro es que Cailean lo haya enviado para quitarse a su hermano de en medio. Todo el mundo sabe que ambos no se soportan y que sus formas de pensar y actuar son completamente diferentes. Si Erskine ha cometido la locura de contratar a unos mercenarios para matarte, ¿qué mejor forma por parte de Cailean de acabar con su hermano sin mancharse las manos que hacer que tú te deshagas de él?

—Lo he pensado —dijo Bruce con calma—. Pero creo que el chico dice la verdad.

Irvin frunció el ceño antes de hablar.

—Yo no confío en él.

—¿Confías en mí? —preguntó Bruce mirando fijamente al primo de Duncan que durante unos instantes pareció debatirse consigo mismo.

—Por supuesto que confío en ti —contestó Irvin con rotundidad—, el problema es que…

—Pues entonces fíate también de mi instinto, ese que me dice que el chico es sincero y que le ha echado agallas para hacer lo que ha hecho.

—Tiene razón —dijo Duncan al instante.

—Acabas de decir que… —comenzó Irvin.

Duncan asintió lentamente.

—Sí, sé lo que he dicho y lo mantengo, porque es lo más lógico, pero, aunque eso fuese

cierto, nos daría igual. El que exponga a su hermano con el fin de eliminarlo no quita que Erskine haya contratado a esos mercenarios y quiera matar a Bruce. Si para lograr su fin nos ayuda, eso es suficiente por ahora. Y en el caso de que el instinto de Bruce no falle, cosa en la que confío, y Cailean haya arriesgado tanto por el bien de su clan, el chico, como bien dice Bruce, le ha echado agallas, y puede sernos de ayuda.

Bruce miró fijamente a Duncan, y este achicó los ojos al ver lo que había en ellos.

—¿Te la ha ofrecido? —preguntó Irvin—. Porque, si es así, eso sí sería sospechoso. Quizás haya llegado como salvador y realmente lo que quiera es condenarnos.

—Ese chico es especial —afirmó Bruce con voz grave, sin ninguna duda en sus orbes pardos—. Ya lo entenderéis cuando habléis con él más tarde —continuó, mirando a Duncan e Irvin, así como a Elisa, que seguía la conversación con visible preocupación—. Además, puede servirnos de ayuda cuando pronto envíen a alguien —afirmó Bruce.

—Sí, desde luego que lo harán. Seguramente para intercambiar la vida de tu hermano por la tuya. Querrán que vayas solo, y, cuando te tengan, te matarán —espetó Duncan con dureza —, y ninguno vamos a permitir que hagas eso —continuó McPherson que conocía demasiado bien a Bruce y sabía que el lobo solitario no se quedaría quieto con la vida de su hermano y la de Meribeth pendiendo de un hilo.

—No hay que… —empezó a decir Bruce cuando unas voces, junto a unos pasos apresurados colapsaron el pasillo que llegaba hasta allí.

El primero en aparecer fue Donel, con la cara en tensión y la urgencia reflejada en cada una de sus facciones y detrás de él…

Meribeth…

—¡Dios mío! —exclamó Elisa antes de que todos los presentes se acercasen hasta ella.

Su rostro estaba demacrado, con oscuros surcos bajo sus ojos. Su rictus era el de una persona que había pasado por un infierno y su mirada, afiliada y determinada, reflejaba un gran dolor.

—¿Estás bien? ¿Estás herida? —preguntaron Elisa y Duncan alternativamente, antes de que la esposa de McPherson la abrazara un instante.

Sin embargo, los ojos de Meribeth y su atención no estaban puestos en ninguno de ellos sino en Bruce Gordon, el hombre que la miraba fijamente, escrutando su rostro, y desgranando su mirada como si pudiese leerle el alma, y ella no se lo impidió, porque sabía lo que buscaba en ella. Solo tragó saliva, esa que apenas le quedaba desde que abandonó a Broc al alba con el único propósito de llegar hasta Bruce.

—Estoy bien —dijo cuando las preguntas de Elisa y Duncan hicieron eco en su cabeza. El cansancio y la desesperación que intentaba mantener a raya hacían que fuese difícil mantenerse centrada. La mano de Elisa sobre el moratón que sabía debía de haberse formado en su mejilla le indicó que la curandera estaba examinándola a pesar de su afirmación. Claramente ninguno de los presentes creía que estaba bien en realidad. Ella tampoco lo hubiese hecho si desde fuera se viese tan mal como en verdad se sentía.

—Broc sigue vivo —fue lo siguiente que dijo Meribeth ante el continuo escrutinio de Bruce, consiguiendo con su declaración que los ojos pardos del *highlander* refulgieran como si estuvieran en llamas, avivándose con ahínco, con una fuerza que parecía demasiada para habitar dentro de un solo hombre—. Tengo mucho que contaros…

Gordon tomó una silla y la puso al lado de Meribeth instándola a que se sentase, antes de alejarse un instante para servirle un vaso de agua que después colocó con cuidado entre sus manos.

—Bebe y siéntate. Descansa un poco. Esperaremos lo que necesites.

Meribeth tomó asiento, dando un sorbo al agua que en ese instante le pareció la exquisitez más sublime que había tomado jamás. En el tiempo que habían estado encarcelados en aquella especie de calabozo, no les habían dado ni agua ni nada para comer. El estómago lo tenía completamente cerrado, su apetito parecía inexistente, pero en cambio la sed había sido una tortura.

Cuando levantó la vista, el resto había tomado asiento a su lado. Elisa a su izquierda, Duncan e Irvin a la derecha y Bruce enfrente de ella.

Intentando mantener al margen sus emociones, les contó lo ocurrido desde que se dio la vuelta para ayudar a Broc hasta el momento en que despertó en un calabozo y el estado en que se encontró al mediano de los Gordon. Ante esas últimas palabras, la mandíbula de Bruce se endureció y a Meribeth se le hizo un nudo en la garganta al pensar en que todavía tenía que relatarle lo peor.

—¿Y dices que reconociste a uno de los mercenarios? —preguntó Duncan achicando los ojos, solo un instante antes de que intuyese la respuesta—. Era uno de los que viste la noche que mataron a Colquhoun —afirmó seguidamente.

Meribeth asintió y en sus orbes, esos que podían verse en ese instante con claridad, se reflejó con nitidez el odio que sentía hacia ese hombre.

—Fue el que mató a Ronald, y es junto a otro de los mercenarios, uno que se llama Cuddle, los que están al mando de los hombres que nos emboscaron —continuó antes de mirar a Bruce que seguía muy atento a sus palabras—. Me dejaron con vida para que te trajese un mensaje —continuó Meribeth—. Quieren que te reúnas con ellos dentro de cuatro días, al atardecer, en dirección sureste al límite de las tierras del clan.

—Son astutos. En esa dirección, las tierras del clan Gordon limitan con varios clanes, no solo los Farquharson —intervino Irvin—. De esa manera es muy difícil señalar a Erskine.

Los ojos de Meribeth se abrieron un poco más de lo normal, tomados por la sorpresa.

—¿Cómo habéis averiguado que son ellos?

Bruce achicó algo los ojos, mirando a Meribeth intensamente, inclinándose un poco hacia delante y acortando ligeramente la distancia con ella.

—¿Cómo lo sabéis vosotros? —preguntó Gordon.

La mirada de Meribeth brilló durante un instante antes de contestar a Bruce.

—Por algo que dijeron —explicó con urgencia—. Desde el principio tuvieron mucho cuidado en no revelar para quién trabajan —explicó Meribeth a los presentes—. Nos tenían retenidos en un calabozo sin vista al exterior, apenas había luz en él, y antes de sacarme de allí y hasta que estuve cerca del límite de las tierras de los Gordon, donde me acompañaron varios de ellos, tuve los ojos vendados. Incluso podría jurar que me hicieron dar un rodeo para que fuese aún más difícil orientarme y saber desde qué dirección habíamos partido —y Meribeth miró con suma atención a Bruce—, pero Broc sospechaba de los Farquharson, y… una de las veces que vinieron al calabozo, tu hermano provocó a Cuddle.

La mirada de Bruce se afiló haciéndose más intensa y penetrante.

—¿Lo provocó? ¿Cómo? —preguntó con rapidez, y Meribeth procedió a decirle lo que sabía.

—Cuddle no le ocultó el hecho de que te quieren a ti, y que, reteniéndole…, aceptarías sus condiciones —dijo Meribeth tragando saliva y desviando levemente la mirada hacia sus manos antes de seguir—. Y entonces Broc le contestó que eran unos inútiles y que su plan había fracasado si pensaban que dejarías a tu familia y a tu clan, poniendo en riesgo tu vida, para salvar

a un medio hermano al que solo conocías de unas semanas. Les dijo que habían retenido al hermano equivocado.

—¿Qué demonios pensaba al decir eso? —saltó Irvin con un gruñido al final—. Podrían haberlo matado. Tendría que haberles hecho ver lo valioso que es para los Gordon, no al contrario.

—No hacía falta…, eso ya lo sabían —dijo Duncan para sí, encontrando la razón del comportamiento de Broc.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Irvin desviando sus ojos hacia su primo.

—De que se lo llevaron porque sabían que con él bastaba —contestó Bruce con dureza —. Elisa nos dijo que eran siete u ocho hombres. El jefe podría haber puesto más esfuerzo en alcanzar a Kam, pero solo envió a dos. ¿Por qué? Yo te lo diré —continuó Bruce—. Porque cuando vio a Broc, lo reconoció, supo quién era y también que sería suficiente. Ya tenía lo que había ido a buscar; sin embargo, envió a varios de sus hombres a por Kam porque, si tenían suerte y lo apresaban, dos rehenes de mi familia hubiesen supuesto una mayor demostración de su poder.

—¿Y entonces por qué provocarle? Si es tan obvio, ¿por qué hacerlo?

Esta vez fue Meribeth la que tomó la palabra.

—Yo le pregunté lo mismo después —dijo con la atención de todos los presentes fijos en ella—. Y me contestó que la mejor manera de hacer que un hombre que se cree superior cometa un error es poniendo en tela de juicio su inteligencia.

Bruce masculló algo entre dientes antes de hablar.

—Lo habían reconocido, pero él quería averiguar cómo. No podían saber que era valioso para nosotros solo con habernos vigilado. Alguien tenía que habérselo asegurado, y quería averiguar quién.

Meribeth asintió y los ojos de Bruce refulgieron con interés. No como resultado de la curiosidad, sino derivado de la furia y la sed de venganza.

—Cuando Broc provocó a Cuddle con lo que os he dicho antes, este le contestó que estaba equivocado. Que ellos habían hecho muy bien su trabajo y que sabían que los Gordon lo tenían en alta estima. Que tú le debías la vida y que ahora Kam también. Le dijo… —continuó Meribeth haciendo una pequeña pausa— que sabía que era uno de tus hombres de confianza y que incluso le habías regalado tu puñal, el que llevaba en su bota izquierda y que le quitaron cuando estaba inconsciente.

Fue terminar de decir esas palabras y los ojos de Bruce se volvieron negros como una noche sin luna.

—El viejo Shaw —afirmó, y más que esperar una confirmación por parte de Meribeth o alguna reacción del resto de los presentes, aquello sonó como una sentencia de muerte.

—¿Estás seguro que está metido en esto? —preguntó Irvin, reacio a pensar que eso fuese cierto.

—Tiene sentido que hayan recibido ayuda de alguien que tiene relación con el clan Gordon —señaló Duncan con furia contenida.

—Es el único *laird* de los alrededores que conoce físicamente a Broc —dijo Bruce y su voz podría cortar el hielo—. Y él sabía lo del puñal. Surgió en una conversación cuando Broc acompañó a Kam en una reunión con Shaw. Por eso Broc, al escuchar eso por parte de Cuddle, supo que el viejo Shaw le había dado la información a los Farquharson.

—Está loco si ha elegido traicionarte… —aseveró Duncan.

—Imagino que Erskine ha sido muy persuasivo. Le habrá prometido ese pedazo de tierra

por el que llevan disputando años. Además, la madre de Shaw era una Farquharson y aunque él siempre ha aparentado mantenerse al margen de la enemistad existente entre nuestros dos clanes, la verdad es que su ego y su ansia por esa tierra son su debilidad.

—Su sobrino debería haber tomado el mando del clan hace una década —sentenció Irvin entre dientes.

—Lo hará después de esto —afirmó Bruce quedando claro que lejos de ser una reflexión, aquellas palabras eran una promesa.

—Broc quería que te dijese otra cosa —intervino Meribeth tragando con dificultad, sobre todo cuando vio la mirada de Bruce—. Quería que me prometieras, por tu familia, que no aceptarás las condiciones de ese mercenario, bajo ningún concepto. Quería que me juraras —y ahí la expresión del lobo solitario se volvió tan peligrosa que Meribeth dudó en seguir— que ninguno de tus planes consistirá en ir solo. Quería que supieras que confía en ti, que está orgulloso de ser tu hermano y de ser un Gordon y que te ruega, por grave que sea la ofensa, que no accedas a sus demandas y que no les dejes vencer de esa manera.

Y los orbes pardos de Bruce se enturbiaron con su última palabra, como si una tormenta estuviese fraguándose en su interior y nada ni nadie fuese capaz de detenerla.

—¿Qué demonios…? —empezó a decir Irvin cuando Duncan, con su mano, frenó las palabras de su primo, apretando su brazo a modo de advertencia, porque al igual que Bruce, supo que aquel mensaje tenía más de un significado. Un escalofrío recorrió la espalda de Duncan antes de que Gordon se dirigiese a Meribeth.

—¿Qué le han hecho? —preguntó el lobo solitario con voz dura.

Meribeth cerró los ojos un instante haciendo que una sola lágrima surcara su mejilla.

Se había prometido que no iba a permitir que sus sentimientos se apoderaran de ella, pero era extremadamente difícil.

—No tuvieron que utilizar la fuerza.

—Meribeth… —dijo Bruce y sonó a súplica.

—Uno de los hombres me puso un puñal en la garganta y lo amenazaron con torturarme. Él accedió, si me sacaban del calabozo para que no lo viera.

—Dios mío —exclamó Elisa con la voz rota.

—Está bien, él está bien —se apresuró a repetir Meribeth, como si aquello pudiese aliviar la maraña de emociones que veía dentro del lobo solitario y las suyas propias.

Con el pulso más firme de lo que creía capaz, sacó de entre sus ropajes el trozo de paño que le habían dado los mercenarios y que portaba en su interior la parte final del dedo meñique de Broc, y se lo tendió a Gordon.

Bruce lo tomó de sus manos, apretando la mandíbula como si esta fuese de piedra, y lo abrió lentamente hasta que quedó extendido en su palma, con el dedo de Broc en medio.

Elisa se llevó las manos a la boca, Irvin blasfemó por lo bajo con tal furia que Meribeth pensó que las venas de su cuello reventarían, y Duncan tenía toda su atención centrada en Bruce, apretando uno de sus puños con tal fuerza que una gota de sangre se escurrió entre sus dedos.

Cuando el lobo solitario cerró su mano, acunando dentro de ella el dedo de Broc, y levantó la mirada, Meribeth juraría que en ella la muerte había encontrado a su compañero.

—Repíteme de nuevo todo lo que recuerdes. Palabras, rostros, gestos, lugares, miradas…

Y Meribeth se quedó sin aliento ante la gélida voz de Bruce y el juramento que vio en sus ojos, uno de sangre y muerte, y, por primera vez desde que dejó a Broc atrás, sintió esperanza y la certeza de que Farquharson, Shaw y aquel puñado de mercenarios, que creían tener acorralado al lobo solitario, ni siquiera podían llegar a imaginar lo que habían iniciado y a la bestia que

habían desatado.

***

Moray miró a los presentes uno a uno. Fue rápido, pero solo le bastó una ojeada a los cuatro hombres que compartían espacio con él en aquella estancia para saber que Erskine tenía las horas contadas.

Cuando le dijo a Bruce Gordon que le ayudaría, no mintió.

Él no era de los que daban su palabra en balde, sino de los que cumplían sus promesas.

Cailean con seguridad ya habría muerto. No quiso dejarlo agonizar solo, pero el juramento que el *highlander* le pidió para cumplir su última voluntad, antes de caer inconsciente, lo ató de pies y manos. Se despidió de él antes de su huida, mientras Cailean apenas podía tomar aire, agonizante y febril, con la respiración trabajosa y errática. Él había hecho todo lo posible para que estuviese más cómodo y su sufrimiento fuese el mínimo y, sin embargo, eso no bastaba para aliviar un corazón que sangraba por el único ser humano que le había tendido la mano en su corta existencia. Gracias a él había sobrevivido cuando lo encontraron medio muerto, y gracias a él había hallado un refugio. Nunca fue un hogar, pero sí lo suficiente para permanecer a salvo.

En esos momentos, ya no le quedaba nada entre los Farquharson. El clan siempre le dio la espalda y Erskine lo odiaba a muerte por la simple razón de que Moray podía leer en su negro y retorcido interior como si fuese en un libro abierto, y eso le daba miedo. Era un ser despreciable al que no le importaba sacrificar a los suyos por sus delirios de grandeza y su sed de venganza.

A Moray nada lo ataba ya a aquel clan, ni a aquellas tierras… y, por primera vez en mucho tiempo, se sintió libre de elegir.

En eso había ocupado sus pensamientos mientras había permanecido, hasta que el sol despuntó por el horizonte, en una de las habitaciones del castillo para descansar. No le debía nada a nadie, ni siquiera a Cailean cuya voluntad había completado al ir hasta allí y transmitir su mensaje, pero lo que vio en los ojos de todos los presentes, lo que vio en los de Bruce Gordon, le hizo pensar que todavía había cosas por las que merecía la pena luchar.

—¿Y dices que puedes hacernos entrar? —preguntó Duncan arqueando una ceja.

Moray asintió levemente.

—La misma persona que me ayudó a escapar estará en la formación rocosa, en el límite sur del territorio de los dos clanes, los próximos tres días por si necesito dejarle algún mensaje. Está de guardia y con él podemos ir hasta la entrada del pasadizo por el que pude escaparme del castillo.

—¿Qué pasadizo? —preguntó Irvin.

—Uno cuya existencia solo conoce Cailean, y que lleva hasta una pequeña estancia que actualmente se utiliza para el abastecimiento y que es adyacente a la sala principal.

—¿Por qué solo tres días? —preguntó Duncan.

—Porque es el tiempo que él estará de guardia y que nos permitirá entrar en territorio Farquharson sin que nadie se percate de ello. Es el encargado de vigilar esa franja de terreno, justo donde se encuentra la entrada al pasadizo.

—Pasadizos…, entrada que solo él conoce… —repitió entre dientes Irvin—. No le creeréis ni por un instante, ¿verdad? —preguntó el *highlander* achicando los ojos—. Solo le falta decirnos que puede volar.

—¿Por qué? —preguntó Bruce a Moray, centrándose en el muchacho, y este estuvo a punto de esbozar una sonrisa. Esa era la pregunta que había estado esperando, la que él hubiese hecho de ser la situación a la inversa.

Desde la última y única conversación que había mantenido con él, la mirada de *laird* Gordon se había oscurecido aún más, si eso era posible, y su expresión se había tornado dura e inmisericorde como si cualquier tipo de compasión hubiese desaparecido de su organismo, y Moray no pudo sino admirar la razón que había tras ello. Esa devoción, fuerza y determinación por los suyos, esa capacidad de abstracción y decisión, de liderazgo sin buscarlo de forma consciente. Todas ellas brutales y genuinas.

—Yo no soy un Farquharson —aseveró Moray que entendió a la perfección la desconfianza de Bruce, así como su necesidad de saber cuál era su motivación para ofrecerle ayuda; y las miradas de los tres hombres, curiosas, extremadamente serias, se centraron en él, guardando absoluto silencio para que siguiese con su explicación—. Cailean me salvó de morir cuando me encontró medio muerto en las montañas. Parecía que alguien me había torturado y apenas era capaz de hablar. Tenía seis años y no me acordaba de mi pasado ni de quién era. Cailean se peleó con su padre para quedarse conmigo porque tanto él como Erskine querían que me dejase donde me encontraron para que muriese por la gravedad de mis heridas, el frío o el hambre. Cualquiera de ellas valía —explicó Moray relatándolo sin que nada en su rostro o en su expresión corporal delatara que aún recordaba aquello con total nitidez—. En los años que llevo con los Farquharson, el clan me ha tratado como un intruso y, cuando Cailean no esté, cosa que es muy probable que haya sucedido ya, Erskine me querrá muerto, y más si descubre lo que he hecho. Así que no me queda nada allí.

—Eso no contesta a mi pregunta —dijo Bruce, y ambos se sostuvieron la mirada. Duncan e Irvin, sorprendidos por el comportamiento del joven, por la madurez y sabiduría que exudaba el muchacho, siguieron atentos a sus palabras.

—Quieres saber por qué me ofrezco a ayudarte y a guiaros hasta el clan Farquharson cuando eso puede suponer mi muerte. No entiendes por qué arriesgaría mi vida por alguien que no conozco —expuso Moray, y Duncan juraría que dentro de los iris azules del muchacho una bruma espesa y letal se había apoderado de ellos—. Primero, porque cumplo mis promesas y le debo a Cailean hacer todo lo posible para que su último deseo, ese que le llevó a tomar la determinación de enviarme para avisarte, se cumpla. Él no quería que su gente sufriese por las decisiones y los delirios de Erskine. Él deseaba la paz entre ambos clanes, algo impensable con su hermano al mando —continuó Moray—. Y segundo…, porque creo que hay cosas por las que merece la pena arriesgarse…

La mirada afilada de Bruce ante sus últimas palabras hizo que Moray lo mirase fijamente antes de hablar.

—No lo hago por esta tierra, ni por los Farquharson o los Gordon. Ni tampoco por el honor, la supervivencia o la lealtad. Es por la autenticidad, y la absoluta incondicionalidad que demuestras hacia los tuyos. Es porque darías tu vida por tu hermano, por cada uno de tus seres queridos, sin titubear. Todos los presentes en esta sala lo harían, y eso es algo que no he visto en mucho tiempo, algo escaso que me devuelve la esperanza en el ser humano.

—¿Cómo sabes eso? No le conoces en absoluto —aseveró Duncan.

—Sé lo que me han contado, lo que me relató Cailean, y lo que he visto desde que he llegado. Llamémosle instinto.

—¿Pero tú qué edad tienes, muchacho? —preguntó Irvin frunciendo el ceño.

—¿Importa? —preguntó Moray, y Duncan, a pesar de la situación que estaban viviendo y de la seriedad del momento, tuvo que morderse la mejilla por dentro para evitar que una sonrisa acudiese a sus labios de forma espontánea. Ahora entendía por qué Bruce les avisó de que el chico era especial. La verdad es que esa palabra se quedaba corta para describir al muchacho.

Los ojos pardos de Bruce inquisitivos se mantuvieron fijos en los de Moray.

—Si vuelves y algo sale mal, morirás a sus manos. Y si nos traicionas, perecerás entre las mías —sentenció Bruce.

—Me parece justo —afirmó Moray, y Bruce echó hacia atrás el torso, tomando distancia del joven que no hacía más que sorprenderlo.

—Eres demasiado joven para estar desafiando a la muerte —afirmó Bruce.

—Y yo sigo sin entender por qué se arriesgaría —intervino Irvin haciendo un gesto con su mano para señalar al muchacho con ella.

—Ya estaba muerto con seis años y podría haber perecido los siguientes a manos de los Farquharson. Sabía a lo que me exponía cuando vine a traerte el mensaje, y sé a lo que me expongo si os guío hasta el seno del clan Farquharson. Cada día es un día extra en mi vida. La muerte es algo que no me da miedo.

—Vale —exclamó Irvin—. He tenido suficiente. ¿Dónde está escondido el anciano que llevas dentro?

Bruce desvió los ojos hacia Duncan y ambos se sostuvieron la mirada unos instantes, comunicándose sin palabras, antes de que Gordon los volviese de nuevo hacia el muchacho.

—Imaginemos por un instante que puedes llevarme hasta el interior del castillo.

—Ehh…, no es «te lleva»…, es «nos lleva» —terció Irvin mirando a Bruce con cara de pocos amigos—. No creas que vas a dejarme atrás.

Bruce fue a decir algo, pero McPherson se le adelantó acallando cualquier intención.

—Donde vas tú, yo voy —sentenció Duncan —. Tu familia es mi familia, y recuerda lo que le han hecho a mi sobrina.

—Y a mí tendrás que matarme para evitar que siga tus pasos —afirmó Jonhson.

Bruce miró a los tres hombres y sus ojos pardos se llenaron de un sinfín de matices, y lo que vio en ellos reafirmó a Moray en su opinión sobre *laird* Gordon. Aquel era un hombre que no dejaba indiferente, al que se odiaba o se le entregaba la lealtad al extremo de seguirle hasta las mismísimas puertas del infierno.

Lo que aquellos tres hombres le estaban ofreciendo en ese instante era precisamente eso, además de su confianza ciega y su amistad inquebrantable. Aquello hablaba de familia, de esa que Moray no había tenido jamás y que solo había vislumbrado en el apoyo de Cailean.

El asentimiento de Bruce con la cabeza, en señal de acuerdo, y la satisfacción en los ojos del resto fueron evidentes, antes de que la mirada de Gordon volviese a estar centrada en él.

—Supongamos que puedes llevarnos hasta el interior del castillo, ¿cómo sabemos que es allí donde tienen retenido a Broc?

Moray no dudó a la hora de contestar.

—Los mercenarios se reúnen con Erskine en el castillo. Pasan días fuera, pero siempre vuelven a compartir sus avances con él, y por lo que me has contado del lugar en el que tienen retenido a tu hermano, estoy seguro de que se trata de los viejos calabozos. Los mandó construir el abuelo de Agnus y se han mantenido en vigor hasta ahora, aunque su uso ha ido decayendo con el paso de los años —aseveró Moray frunciendo el ceño al final—. Estoy seguro de que los mercenarios los retienen allí. Esos calabozos los aíslan del mundo exterior y están exentos de miradas ajenas. Además, Erskine es muy desconfiado y le gusta controlarlo todo —continuó Moray mirando ahora fijamente a Bruce—, y se cree superior al resto hasta tal punto que piensa que, haga lo que haga, saldrá vencedor e impune. Por eso sé que tiene que tenerlos retenidos cerca de él.

—Eso lo hace peligroso, pero también descuidado —apuntó Duncan con expresión grave.

Moray asintió. Cuando Gordon y McPherson le habían contado el mensaje que la sobrina de Duncan, a la que habían apresado junto a Broc Gordon, les había traído, así como todo lo que recordaba del lugar en el que los habían retenido, él no dudó de la ubicación.

—Estoy seguro de que Erskine no contempla la posibilidad de que el rey lo descubra. Está tan pagado de sí mismo que cree ciegamente que nadie del clan osaría traicionarle, y tan obsesionado con matarte que se ha arriesgado a que esos mercenarios entren en el castillo de forma imprudente a la vista de cualquiera. La mayoría del clan cree que esos hombres están allí para vigilar tus movimientos por si decides atacarnos tras lo que pasó hace unas semanas en tierras de los McGregor, como represalia por tu parte. La verdad solo la conocen algunos de los ancianos y sus hombres de confianza. Cuando se lo dijo a Cailean, de inmediato se puso en contra; sin embargo, la gravedad de su enfermedad le impidió tomar medidas. Antes contaba con más adeptos, pero desde que supieron que iba a morir, todos lo abandonaron a favor de Erskine.

—Entonces si él muere, ¿hay alguien en quien Cailean confíe para hacerse con el liderazgo del clan y que no esté tan podrido como Erskine?

Moray se mantuvo en silencio por un momento como si estuviese sopesando por primera vez si contar algo o no.

—Si pretendes guardar información será imposible confiar lo suficiente en ti como para seguirte hasta el interior del seno del clan Farquharson —inquirió Duncan.

—Has dicho que querías ayudarnos. Demuéstralo —exigió Bruce con voz grave y dura.

—No os estoy ocultando nada —contestó Moray, y sus ojos azules como el mar lucieron transparentes como las aguas de un riachuelo—. Cailean creía que uno de los ancianos, Eairrsidh, cuyas ideas nunca fueron muy afines a las de Angus, es un líder a tener en cuenta.

—¿Pero? —preguntó Bruce, que, tras ese comentario del muchacho y su anterior pausa, sospechaba una objeción.

—Yo creo que su hijo Dour sería una mejor opción —contestó Moray—. Se ha mostrado desconfiado con la explicación de Erskine en cuanto a la presencia de los mercenarios y no es afín a su forma de proceder, aunque sea leal a su *laird* y a su clan. Es justo, inteligente y reflexivo y no es obstinado cuando le demuestran que hay una alternativa mejor. El clan le tiene en alta estima, y todos le respetan.

—De acuerdo —dijo Bruce —. Y el *highlander* que te ayudó a escapar, ¿estás seguro que acudirá al lugar que has dicho?

—Estoy seguro. Si no acude es porque está muerto —afirmó Moray.

Bruce miró a los presentes, que asintieron sin dudar antes de que desviara sus ojos de nuevo hacia Moray.

—Está bien. Esto es lo que haremos… —comenzó Gordon, pero Moray lo interrumpió levantando levemente una de sus manos.

—Perdona, no es mi intención interrumpirte, pero necesito que me prometas algo antes de ayudarte.

—Lo sabía —dijo Irvin entre dientes—. ¿Te atreves a solicitar algo? Suficiente es que te permitimos vivir.

Moray no miró al *highlander*, siguió con sus ojos clavados en Bruce.

—¿Qué quieres? —preguntó Gordon, y su voz volvió a sonar tan gélida como el más austero de los inviernos.

—Tu palabra de que, pase lo que pase, aceptarás a Edom y su familia entre los tuyos —dijo con determinación, y en su rostro podía verse la importancia de su petición. Era algo personal—. Con suerte no habrán notado mi ausencia, hay veces que pasan días sin que me deje

ver por Erskine, pero cuando entremos, todos sabrán que ha sido con su ayuda —continuó Moray —. No puede seguir en ese clan si quiere continuar vivo, y su deseo es sacar a su hijo de allí. Tiene fe en lo que Cailean le ha contado sobre ti y tu clan.

Duncan miró a Bruce por un instante. La petición era comprensible, pero también lo sería si su amigo decidía no aceptarlo entre los suyos.

—¿Por qué no pides por tu propia vida? —preguntó Bruce, y por primera vez los ojos del muchacho se turbaron. Fue en la única ocasión en la que los presentes tuvieron la sensación de que realmente estaban ante un muchacho de doce años y no ante lo que parecía un curtido guerrero.

—No hay vidas que dependan de mí, ni nada que me retenga —concluyó Moray y su voz, aunque firme, sonó más apagada de lo que lo había hecho en toda la conversación. Un matiz extraño, casi nostálgico, había teñido las palabras del chico y no pasó desapercibido para Bruce.

—El *highlander* será bienvenido entre los míos —afirmó Gordon después de lo que pareció una eternidad, y Moray esbozó una genuina sonrisa antes de asentir en señal de respeto —. Y en cuanto a ti y tu futuro, hablaremos cuando todo esto termine.

Esa afirmación arrancó una mirada tumultuosa del chico que se quedó momentáneamente sin palabras.

—¿Es necesario? —preguntó Moray.

—No está abierto a discusión —sentenció Bruce—. Y ahora, vamos a hablar de cómo entrar en el castillo y rescatar con vida a mi hermano.

XXXI

Meribeth apretó los dientes cuando Elisa le tocó el torso donde había varios moratones de diversos tamaños.

—¿Te duele mucho aquí? —preguntó Elisa con el ceño fruncido, totalmente concentrada en su examen.

—Estoy bien —respondió Meribeth carraspeando un poco cuando una zona resultó estar definitivamente más sensible al dolor, casi insoportable cuando Elisa la tocó.

—No estás bien, así que no me mientas, por favor —pidió la esposa de McPherson retirándose un poco para sacar varias hierbas de su bolsa y disponerlas sobre la mesa a fin de hacer una especie de ungüento y extendérselo por encima de las lesiones. Eso le aliviaría el dolor y le ayudaría a sanar antes.

—Debería estar abajo, no aquí —afirmó Meribeth apretando los ojos cuando una punzada le atravesó el costado.

—Casi no te tenías en pie. En tu estado te habrías desmayado en cualquier instante —expuso Elisa—. Necesitabas descansar y comer algo, aparte de dejarme ver tus heridas para comprobar que no tienes nada que nos haga temer por tu vida —siguió la esposa de McPherson impidiendo que Meribeth le replicase cuando vio en sus ojos esa intención—. Debes pensar en Crom, en Broc y en todos los que nos preocupamos por ti —prosiguió, y el rostro de Meribeth se contrajo ligeramente y no solo debido al dolor físico. Escuchar el nombre de Crom la hizo suavizar su mirada y preguntar casi en un susurro.

—¿Crom está bien?

Elisa dejó por un instante el cuenco en el que estaba mezclando las hierbas para prestar toda su atención a Meribeth.

—Estaba muy asustado cuando no volviste con nosotros. Amy y Bruce hablaron con él y consiguieron tranquilizarlo un poco, pero estoy segura de que, hasta que no te vea, no estará bien de nuevo.

Meribeth asintió, con el pecho contraído como si un puño lo estuviese estrujando sin compasión. Ese niño era junto a Broc lo más importante de su vida. No quería ser ella la que le produjera ningún tipo de dolor.

—Lo que hiciste…, volverte para ayudar a Broc, fue increíblemente valiente —dijo Elisa, mirándola a los ojos—. Lo amas, ¿verdad? —preguntó la curandera.

Y la mirada que le devolvió Meribeth, casi tortuosa, con demasiadas emociones bailando en sus pupilas, fue contestación suficiente para la esposa de McPherson. Fue como leer en un libro abierto.

—¿Tanto se me nota? —preguntó Meribeth apretando al final los dientes cuando una inspiración más profunda hizo que maldijera por lo bajo a causa del dolor en el costado.

El ceño de Elisa se frunció aún más al contemplar su rostro.

—En Broc es más que evidente.

Meribeth desvió rápidamente sus ojos hasta Elisa.

—Cómo te mira, cómo se preocupa por ti y por Crom… su expresión cuando habla de ti.

—¿Su expresión? —preguntó Meribeth.

—Sí —dijo Elisa apremiándola a que se subiera la camisa para extender el ungüento que acababa de preparar—. Como si fueras lo más preciado para él en este mundo.

Y Meribeth tragó saliva cuando sus ojos se humedecieron de pronto.

Él le había dicho que la amaba. Sus palabras aún resonaban en sus oídos como si fuese música, y su tacto estaba impreso en su piel y en sus labios. No podía perderlo, no podía…

—Van a traerlo de vuelta —dijo Elisa tomando una de las manos de Meribeth y apretándola suavemente.

—Lo amo tanto que duele —confesó Meribeth—. Si algo llegase a pasarle…

—Sé exactamente a qué te refieres…, pero él no es de los que se rinden, ninguno de los Gordon lo son, y el resto, los que nos preocupamos por ellos, no nos daremos por vencidos hasta que vuelva.

Meribeth afirmó, mirando a Elisa con agradecimiento. Era una mujer tan fuerte, tan dulce y protectora que desde el principio sintió una conexión especial con ella, al igual que con Eara, Elsbeth y Amy. Todas habían sido incondicionales con ella, con Crom, y no tendría vida suficiente para agradecerles todo lo que habían hecho por ellos.

—Gracias, Elisa —dijo Meribeth con el corazón en un puño.

—Eres de la familia, y debería ser yo la que te diera las gracias. Tú y Broc nos salvasteis la vida. Es algo que no olvidaré jamás —dijo la esposa de McPherson que finalizó de curar sus heridas ayudándola a bajarse la camisa—. Y ahora, necesitas comer algo —continuó cuando vio que Meribeth iba a objetar sobre ello—. Descansar, curar tus heridas y comer es lo mínimo que necesitas para poder estar fuerte y en condiciones para lo que se avecina.

—Pero no puedo perder más tiempo, necesito ver a Crom y necesito saber qué está pasando… Estamos hablando de la vida de Broc.

—Y yo te estoy hablando de tu vida… Necesitas comer si quieres seguir manteniéndote en pie. ¿Cómo quieres ayudar si no tienes fuerzas?

Y Meribeth la miró con sus ojos de distinto color, ambos ardiendo como si fueran antorchas.

La risa baja y genuina de Elisa llenó la estancia, antes de levantar las manos en señal de paz.

—Vale, esa mirada a punto de asesinarme está llena de fuerza —dijo la curandera con esa calidez y determinación en su rostro que generaba confianza al instante.

—Lo siento —expresó Meribeth sacudiendo un poco la cabeza, provocando que su mechón, ese que durante tanto tiempo había ocultado la mitad de su rostro, volviera a hacerlo. Con un movimiento elegante y pausado, lo retiró de su cara, levantándose de la cama en la que había estado sentada mientras Elisa la curaba.

—Bruce jamás te dejaría atrás —explicó Elisa guardando las hierbas que había utilizado para su cura en la bolsa—. Sé de qué hablo —continuó la esposa de McPherson—. Quería que en cuanto me cerciorara de que habías descansado y que tus heridas estaban curadas, bajaras a hablar con él.

Meribeth puso cara de «haber empezado diciéndome eso» antes de recomponer su vestimenta con urgencia para salir de la estancia e ir a su encuentro.

—Pero antes debes comer algo —dijo Elisa, haciendo que Meribeth se detuviese en su apremio—, o le diré a Bruce que no estás lo suficientemente recuperada —continuó Elisa, y Meribeth apretó los dientes mascullando entre ellos—, y mientras lo haces te contaré una historia.

—¿Es necesario? —preguntó Meribeth, y Elisa sonrió levemente, con un brillo desafiante en su mirada, suficiente para que Meribeth descubriera una parte del carácter de la esposa de McPherson que desconocía hasta ahora. Esa no era la curandera dulce, la madre entregada o la

amante esposa. Ese era el rostro y la mirada de una guerrera.

—Es la historia de un grupo de mujeres que se unieron para ayudar a una amiga, y la intervención de un *highlander* que las consideró como los mejores guerreros con los que había contado jamás.

***

Erskine miró hacia el lecho en el que el cuerpo de su hermano, con un poco de su ayuda, descansaba ya en paz. La agonía se había estado alargando demasiado y, aunque no podía negar que había sido satisfactorio ver cómo Cailean se ahogaba en sus propios fluidos, extenderlo por más tiempo hubiese interferido en sus planes. Incluso en su agonía, Cailean había intentado perjudicarle, haciendo llamar a Eairrsidh, uno de los ancianos con el que Erskine siempre había tenido sus diferencias. Sabía que el clan respetaba y valoraba al anciano y a su hijo Dour, uno de los mejores *highlanders* del clan, convirtiendo a ambos en un peligro para él, y más en los últimos tiempos en los que su liderazgo había sido cuestionado por algunos importantes miembros del clan que veían en ellos una opción mucho más óptima para ser el jefe de su clan.

Erskine lo sabía porque tenía oídos en todas partes, y había tomado medidas para aislar a todos los ancianos o *highlanders* cuyo sentir hubiese sido ese.

Siempre pensó que la amenaza por el puesto de *laird* en el clan provendría de Cailean, pero este, tras recoger al perro moribundo de Moray, dio un paso atrás inexplicablemente. Después, su enfermedad lo apartó del todo, dejando el camino libre para Erskine y sus planes de llevar al clan a lo más alto. Matar a Bruce Gordon lo volvería intocable al otorgar a los suyos la venganza y la sed de sangre que desde hacía décadas llevaban esperando saciar.

Por eso, y antes de que Cailean, el cual había tenido la osadía de enfrentarlo y amenazarle si no cejaba en su empeño de tomar venganza hacia los Gordon, pudiese hablar con Eairrsidh, él había visitado su habitación y le había tapado la boca y la nariz para que dejase de respirar de una vez por todas. En su estado agónico, Cailean no había opuesto apenas resistencia, aunque su mirada, llena de incredulidad y dolor, le sorprendió un poco. Erskine no imaginó que, a esas alturas, Cailean no hubiese sabido que nada era más importante para él que el poder y la venganza, muy por encima de su propia sangre. Le decepcionó comprobar que aquel moribundo que una vez pensó que lucharía con él por el aprecio de su padre fuese un cobarde sentimental, débil y patético. Poner fin a su vida había sido un acto de piedad, y había evitado que Cailean lo traicionase uniéndose a Eairrsidh. Gracias a los cielos que el viejo no se encontraba en tierras de los Farquharson a su reclamo, sino en tierra de los Robertson, junto a su hijo, a fin de visitar a su hermana que estaba casada con un miembro de ese clan.

La puerta de la estancia se abrió dando paso a uno de sus hombres de confianza.

—No lo encontramos por ninguna parte.

Erskine miró al *highlander* con frialdad en los ojos, vacíos de cualquier emoción.

—Es una serpiente muy resbaladiza. Sabe esconderse y pasar desapercibido. No es la primera vez que no lo vemos en días, así que seguid buscando, con discreción, y ampliando el círculo de búsqueda hasta los límites de nuestras tierras. No me extrañaría que se hubiese alejado de aquí o que incluso llegase a pensar en escapar. Sabe que muerto mi hermano su vida no vale nada entre los nuestros, aunque en esta ocasión me ha sorprendido. Pensé que velaría el cuerpo de Cailean después de lo que mi hermano hizo por él. Le creía un perro fiel y ha resultado ser una alimaña desagradecida —dijo Erskine.

—Lo encontraremos, *laird* Farquharson —expresó el *highlander* con solemnidad y determinación.

—No me cabe duda de que lo haréis, y cuando lo encontréis, traédmelo ante mí. Le sacaré sus malditos ojos antes de dejarlo morir poco a poco.

El *highlander* asintió inclinando levemente la cabeza hacia delante antes de retirarse y salir con premura fuera de la habitación, mientras Erskine rechinaba los dientes al acordarse del maldito crío. Lo quería muerto. Desde que su hermano lo recogió medio agonizando, la mirada de ese niño le había perturbado, como si fuese capaz de ver en su interior con absoluta precisión. La desaprobación en sus iris azules, fríos como el hielo, y esa seguridad que irradiaba, molesta y antinatural para alguien de su edad, le resultaban inquietantes y completamente intolerables. Lo había dejado respirar por la promesa que le hizo a su padre. Angus tampoco toleraba al crío, pero Cailean siempre había sido su ojo derecho y, cuando este le rogó por la vida del chico, su padre se lo entregó, haciendo saber a todos que matar al niño sería una ofensa directa hacia él. Y así había sido, hasta el día de hoy, en el que muerto Angus y fallecido Cailean su promesa dejaba de tener validez.

Unos pasos tras él le alertaron de la presencia del mercenario que sigiloso había entrado en la estancia sin que él se percatase. Aquellos hombres que manejaban la espada con maestría haciendo del pillaje, el soborno, el asesinato y la codicia su oficio eran en el fondo como perros salvajes, que sabían mover el rabo si la contraprestación era lo suficientemente jugosa. Aunque sabía que eran muy inferiores a él, no debía subestimarlos.

—Te agradecería que llamases antes de entrar. Aunque haya explicado vuestra presencia entre los míos como parte de mi plan para vigilar el límite entre mis tierras y las de los Gordon, sería incómodo tener que buscar un argumento que sustentase la familiaridad con la que accedes al seno de mi hogar.

Cuddle esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Me he asegurado de no llamar la atención. Una de las cualidades esenciales para ser un mercenario y aspirar a tener una larga vida es pasar desapercibido y ser excelente en el oficio, como lo soy yo. Nuestra presencia ha sido mínima y la exposición a tus hombres o tu clan aún ha sido menor. Aunque te cueste creerlo, no somos estúpidos, *laird* Farquharson —expuso el mercenario con evidente desdén—. Ser descubiertos no solo le perjudica a usted, sino que también nos expone a nosotros. Es demasiado peligroso para la longevidad de nuestro trabajo y la integridad de nuestros cuellos.

Erskine asintió levemente.

—Eso espero, porque después de que hayamos matado a Bruce Gordon, es esencial que nada me relacione con su muerte.

—Y nada lo hará —sentenció Cuddle—. ¿Está seguro de que sus hombres de confianza le son leales por completo?

La mirada casi asesina que le prodigó Erskine fue respuesta suficiente.

—Sigo pensando que sería mucho más fácil y menos peligroso si lo hiciésemos fuera de este castillo. La extensión de sus tierras es lo suficientemente grande para buscar una ubicación más apropiada y discreta.

Erskine miró a Cuddle despectivamente antes de hablar.

—El lugar más seguro dentro de mis tierras es este castillo. Mis hombres son tan leales que darían su vida por mí, y el resto de mi clan no dirá nada, aunque los torturen, porque soy su *laird* y jamás traicionarían mi confianza. Saben lo que les pasaría a ellos y a sus familiares si osaran hacer algo en contra del jefe de este clan.

Erskine se calló unos instantes dejando que su mensaje calase en el mercenario, haciéndole entender que el lugar era indiscutible, absteniéndose de revelar que prefería hacer las

cosas a su manera y no como él le aconsejaba, porque no confiaba en ellos y mucho menos en su palabra. Matar a Bruce fuera de aquel castillo, en el seno de su clan, era mucho más seguro para él que hacerlo en mitad de la nada, solo acompañado por un puñado de sus *highlanders* y expuesto a la traición de aquellos perros. ¿Quién le decía que el bastardo de Bruce Gordon no intentaría comprar la lealtad de los mercenarios ofreciéndoles más dinero en el instante en que viera la muerte de cerca? No era tan idiota como para ponerse en esa tesitura convirtiéndose en un blanco fácil.

—Está bien. El punto de encuentro con Bruce es al atardecer, así que será de noche cuando podamos traerlo ante ti. Mejor hacerlo de madrugada, así evitaríamos testigos indeseados.

—De acuerdo —dijo Erskine—. En cuanto lleguéis, mis hombres os escoltarán hasta aquí. Debéis traerlo al salón principal.

Cuddle frunció el entrecejo, pero *laird* Farquharson se adelantó, respondiendo a la pregunta que vio en sus ojos.

—Voy a prepararle un regalo de bienvenida a ese bastardo —escupió con evidente odio y regocijo—. Primero lo haré sufrir antes de sacarle las entrañas —continuó, desvelándole después cuáles eran sus planes.

Cuddle relajó sus facciones mientras escuchaba lo que Erskine quería hacer. Cuando lo contrató, pensó que aquel sería un trabajo más, sin saber que poco a poco se complicaría a medida que el plan avanzaba y Farquharson cambiaba las reglas. El *highlander* no solo deseaba matar a *laird* Gordon, un hombre que era tan letal como inteligente, sino que además hacía peligrar sus planes constantemente queriendo consumar sus vengativas demandas; sin embargo, debía reconocer que, lo que la mente retorcida del *laird* había ideado le tentaba, porque si había algo que deseaba después de capturar a Broc Gordon era ver sufrir, gritar y rogar a aquel bastardo.

***

Meribeth todavía escuchaba en su cabeza el eco de la historia que Elisa le había contado cuando, antes de bajar al salón, fue a ver a Crom, el mismo que salió corriendo hacia sus brazos en cuanto la divisó, apretando su cintura con los suyos como si temiese que se la quitasen.

Y Meribeth lo arropó contra su cuerpo, en silencio, como si las palabras no fuesen necesarias entre ambos. La sonrisa que le devolvió Crom cuando se separaron lo necesario para mirarse a la cara, a pesar de la preocupación que Meribeth vio estacionada en sus ojos, fue suficiente para que se desvaneciese en parte el peso que, de forma invisible, aprisionaba su pecho en los últimos días.

También había comido un poco de lo que Elisa gentilmente le había subido a la habitación, no porque tuviese ganas, sino porque la esposa de McPherson podía llegar a ser muy convincente. Su mirada penetrante y su postura con los brazos cruzados sobre su pecho le habían dado a entender que más le valía hacer lo que le decía si quería llegar a hablar con Bruce y ponerse al tanto de lo que habían decidido para salvar a Broc.

Pensar en él era como clavarse un puñal ardiendo en las entrañas, aunque también le otorgaba el alivio que necesitaba para seguir respirando. Una dicotomía que la volvía loca, pero que le proporcionaba las fuerzas necesarias para no rendirse.

Así que cuando, más tarde, se reunió con Bruce en el salón, por todas aquellas razones, se sintió más fuerte de lo que lo había sido en mucho tiempo. Los ojos de *laird* Gordon fijos en su persona, firmes y seguros, la guiaron hasta que estuvo frente a la única silla que quedaba libre.

Junto a Bruce se encontraban Duncan, Irvin y Jonhson, además de un chico rubio cuyos ojos azules la escrutaron con una elegancia digna de elogio. Solo fue un instante, pero al muchacho pareció bastarle para leerle el alma. Fue una sensación extraña que en ningún momento la inquietó o perturbó. Sus ojos destilaban experiencia, calma y una comprensión que difícilmente podía asociarse a un chico de su edad. Era como ver un alma antigua habitando en los ojos de un muchacho, lleno de misterio y ejerciendo una atracción sobre su persona difícil de ignorar.

Bruce rompió el silencio y devolvió a Meribeth al presente, saliendo de ese lapsus que parecía haberla poseído al mirar al chico.

—¿Has conseguido descansar algo? —preguntó Gordon, con la certeza en sus ojos de que Meribeth no había podido hacerlo, pero sin que los mismos desprendieran, en ningún momento, una pizca de censura o descontento por ello, sino de genuina preocupación. Esa emoción que Meribeth había aprendido a leer en los ojos de todos los hermanos Gordon y que solo mostraban a aquellos que les importaban.

—He descansado lo suficiente —contestó ella mirándolo fijamente—. Estoy bien, de verdad —aseguró con determinación, ante la persistente mirada del jefe del clan Gordon, desbordando esa fuerza de voluntad y coraje que eran intrínsecos en ella.

Bruce la observó durante unos instantes antes de asentir ligeramente con una levísima sonrisa en los labios, presentándole después al chico de ojos azules y alma milenaria que la miraba fijamente, explicándole quién era, por qué estaba allí y lo que estaba dispuesto a hacer por ellos. Meribeth no perdió detalle de la rápida explicación y del plan que pensaban llevar a cabo con solo un puñado de hombres.

—Yo voy con vosotros —aseveró Meribeth con voz grave sin dejar de mirar a los ojos de Bruce.

Y ante la expresión de los orbes pardos de Gordon, tras su declaración, Meribeth de forma instintiva pensó en Coby porque, aunque Bruce era muy diferente a Colquhoun, en cierto modo le recordaba a él: seguro, protector, inteligente y también inquebrantable. Sabía que Coby ante esa misma situación jamás le hubiese permitido ir, y, sin embargo, allí estaba ella, sosteniéndole la mirada a Bruce, con la historia de Elisa presente en su memoria y con la certeza de que iría a por Broc, aunque tuviese que partir y luchar sola, mientras en su interior bullían las ganas de que aquel hombre que tenía frente a sí la tratase como a un guerrero más, que entendiese su desesperación y le pidiera que los acompañase.

No desvió la mirada hacia ninguno de los presentes, a pesar de que el silencio tras su aseveración pareció enrarecer el ambiente. Podía sentir los ojos de Duncan sobre ella y la voz de Irvin no tardó mucho en romper la calma.

—Ni hablar —escupió el *highlander* con dureza—. Acabamos de encontrarte y no vamos a dejar que arriesgues tu vida para perderte de nuevo.

—Irvin —dijo Duncan, y su expresión al pronunciar su nombre pareció una especie de advertencia.

—¿Qué…? —preguntó este desviando sus ojos hacia su primo y jefe de clan—. Es arriesgado y no está preparada. Y no me voy a quedar de brazos cruzados viendo cómo mi propia sangre decide ir directa a encontrarse con la muerte.

—No es decisión tuya —espetó Meribeth a Irvin, despejando su rostro del mechón de cabello que le caía usualmente por la mejilla, dejando al descubierto sus ojos, mostrando limpiamente lo que había en ellos—. Iré con vosotros o lo haré yo sola.

—Eres demasiado joven para entender que… —comenzó Irvin, pero Meribeth no le dejó

acabar.

—¿Para entender lo que conlleva enfrentarse a la muerte? ¿Vas a decirme eso después de lo que pasó con Coby y su familia?, ¿de ver cómo los asesinaban?, ¿después de conseguir escapar con todo en contra? —preguntó Meribeth con el corazón martilleándole en la garganta.

La expresión de Irvin se ensombreció, con pesar.

—No me refiero a eso, solo es… que no queremos perderte —dijo Irvin con voz grave.

—No tengo pensado morirme —contestó Meribeth con firmeza, sin que le pasara inadvertida la mirada que Duncan le dirigió a Bruce.

Irvin puso los ojos en blanco ante la respuesta de Meribeth.

—Cuando todo esto acabe, vas a venirte a pasar una temporada con nosotros, porque se te está pegando la mala leche de los Gordon.

La sonrisa irónica que le devolvió Meribeth arrancó por un instante un brillo divertido en los orbes del guerrero McPherson.

—Es una guerrera excepcional —sentenció Bruce de pronto—. Con su inteligencia y su forma de luchar es difícil de abatir —continuó mirando a Duncan e Irvin para terminar posando sus ojos sobre ella—. Yo pondría mi vida en sus manos.

En los ojos de Duncan McPherson el orgullo por lo que acababa de escuchar y la preocupación por la decisión de su sobrina pugnaban por imponerse entre sí, mientras que en los de Meribeth se había desatado el caos. Que Gordon pensara eso de ella la tomó por sorpresa y la sobrecogió, pero que dijera que pondría su vida en sus manos, eso la dejó sin palabras.

—Para mí será un honor luchar a tu lado —dijo Duncan a Meribeth cuyos ojos ya no pudieron ocultar la emoción que le provocaron las palabras de aquellos dos *highlanders*.

—Estáis locos —soltó Irvin—. De Bruce me lo espero, pero de ti… —dijo el guerrero McPherson señalando a su primo.

—No vas a poder pararla y confío en el criterio de Gordon. Si él la quiere a su lado es porque es una de las mejores.

—Es tu sobrina, la hija de mi primo y mejor amigo —masculló Irvin.

—Estoy aquí, Irvin —soltó Meribeth—. No puedes detenerme a causa de tus miedos. Es mi elección y nada me impedirá ir.

—Pero ¿tantas ganas tienes de morir? Entiendo que quieras vengarte de los mercenarios que mataron a Coby, pero, si confías en mí, prometo traerte la cabeza de todos ellos.

Meribeth miró fijamente a Irvin mientras este apretaba la mandíbula en un claro gesto de contener su genio.

—No es solo por esos hombres —contestó Meribeth desbordando su alma a través de sus ojos. Siempre había sido así de honesta con sus emociones, no podía evitarlo, por eso, ocultar la mitad de su rostro para parecer un chico mientras escapaba con Crom no fue solo una buena idea para pasar desapercibida, sino también un escudo para disimular sus reacciones, algo con lo que ahora no contaba—. Lo hago también por mí, por quitarme ese puñal que me atraviesa el pecho desde que escapé de tierras Colquhoun, y que no me deja respirar —expresó con vehemencia, antes de que su gesto se dulcificara por un instante y un dolor desgarrador inundara sus orbes—, y es por Broc —dijo con un brillo diferente en sus ojos, la voz más ronca de lo normal y una expresión implacable—. No dejaré que me lo arrebaten —afirmó con rotundidad—, él es el amor de mi vida, así que, si quieres que permanezca impasible y me quede aquí, tendrás que matarme primero.

Meribeth sintió las miradas de todos los presentes fijas en ella, pero la de Bruce y la de Duncan las notó hasta en los huesos. Sí, lo había dicho, que amaba a Broc Gordon más que a su

vida, y se sentía liberada, como si lo hubiese gritado desde lo alto de un acantilado. El rostro de Irvin cambió conforme iba escuchando las palabras de Meribeth.

—Tiene tu mismo carácter —dijo malhumorado Irvin mirando a su primo Duncan—, pero, dado que Bruce y Duncan te apoyan, y que tienes tan fuertes y justos motivos para querer ir, no puedo decir una palabra más.

La sonrisa velada de Meribeth hizo que Irvin gruñera con la garganta antes de que la puerta de la estancia se abriera dejando paso a Edwin, uno de los hombres de confianza de Bruce, que después de mirar a su *laird* se apartó hacia un lado para dejar pasar a Evan McAlister y su esposa Meg, así como a Logan McGregor y a su mujer Edine. Tras ellos entraron Alec Campbell y su esposa Helen acompañados de Alice, la mujer de Irvin y hermana de Elsbeth. La expresión de todos era de profunda gravedad.

—Cuando mandaste a uno de tus hombres a por mí por lo de la emboscada, yo envié a uno de los míos a avisar a Logan —aclaró Duncan a Bruce—. El resto no sé cómo… —empezó a expresar *laird* McPherson, pero Logan acabó por él.

—Yo avisé a los demás.

Meribeth no pudo interpretar la mirada de Bruce Gordon cuyos ojos estaban en ese instante fijos en los recién llegados. Un brillo diferente y una fuerza que la sobrecogió desbordaban sus orbes pardos. El silencio se adueñó de la estancia mientras esa mirada era respondida por la de los visitantes, que fijas en él, desbordaban diferentes emociones y cada una parecía evocar su propia y personal historia que le relacionaba con Bruce Gordon. Aquellas miradas hablaban de respeto, de orgullo, de compañerismo, de gratitud, de lealtad, de amistad…, de familia. Y Meribeth fue consciente en un solo instante de lo que aquel clan, aquellos hermanos Gordon eran capaces de provocar no solo en ella, sino en todos los que los rodeaban, sin proponérselo, sin esperarlo, y sintió orgullo de pertenecer a aquel clan por voluntad propia. Era una Colquhoun de adopción, una McPherson por sangre y una Gordon de corazón. La fuerza sobrecogedora que los ojos de Bruce destilaron observando a aquellas personas removió algo dentro de Meribeth y, por primera vez en los últimos días, se permitió pensar que todo saldría bien, que traerían a Broc de vuelta, que podría decirle y demostrarle todo lo que él significaba para ella.

Desde que era una niña siempre había sido honesta con sus sentimientos, pero a veces no había sido consecuente con ellos. Después de que su madre muriese, de creer desde que tuvo uso de razón que su padre la abandonó, y de saber que su abuelo materno casi mató a golpes a su madre para renegar de ella, le costó abrir su corazón a los demás. Era extrovertida y no tenía pelos en la lengua a la hora de hablar, pero jamás expresó sus sentimientos. Nunca le dijo a Sunna, a Coby o a Ronald que los quería, siempre mantuvo una especie de muro emocional entre ella y el resto. Y después de aprender de primera mano cómo un clan podía dar la espalda a los suyos hasta asesinarlos sin escrúpulos, ese muro se hizo tan alto que pensó que jamás podría derribarlo. Solo con Crom se permitió bajar la guardia hasta que llegó él, Broc Gordon, y, como la tempestad, arrasó con todo a su paso, derribó el muro y entró en su mundo interior, en ese que ni ella era capaz de expresar, y arrancó con sus miradas, con su presencia silenciosa, sus palabras, sus actos y sus promesas, el miedo, la oscuridad y la indiferencia; desterrando el vacío y el temor que la impedían abrirse a alguien más y dejarlo entrar.

Sus pensamientos quedaron relegados a un segundo lugar cuando uno de los visitantes, la morena con ojos color miel, se adelantó al resto, apresurada en dirección a Bruce y este la envolvió entre sus brazos, apretándola contra él. Meribeth comprendió en ese momento de quién se trataba. Por lo que los hermanos Gordon le habían contado sobre ella, y por el relato de Elisa,

debía ser Helen Campbell, la prima que solo unos meses atrás habían descubierto que tenían y a la que en cuanto conocieron, le brindaron no solo la protección de su clan, sino el calor de una familia.

—Dime que estáis todos bien —la escuchó decir con la voz afectada antes de que uno de los hombres que había llegado con ella, con el pelo rubio oscuro y ojos azules, se acercara hasta Helen con intención de separarla de Bruce; sin embargo, bastó solo una mirada de Gordon para que el *highlander*, con cara de pocos amigos, renunciase a su intención.

—Kam está herido —dijo Bruce, y Helen se separó de él lo suficiente para mirar a su primo. Su expresión tensa y sus orbes color miel, aunque contenidos, no pudieron ocultar el temor que los embargaba —, pero, tranquila, se pondrá bien.

—¿Acabas de decir que han herido a Kam? —preguntó Logan a Bruce antes de desviar sus ojos hasta Duncan—. El hombre que enviaste nos habló de una emboscada, pero no nos dijo nada de que hubiesen herido a alguien.

Bruce se adelantó a la respuesta de McPherson.

—Él no supo nada hasta que llegó aquí. Suficiente fue poner en su conocimiento que su esposa había sido una de las personas a las que emboscaron.

La expresión de Logan se endureció, tensando sus facciones.

—¿Está Elisa bien? —se apresuró a preguntar a la vez que lo hacían su hermana Meg y Helen.

—Elisa está bien, ahora se encuentra con Kam, cerciorándose de que su estado evoluciona bien, y también pendiente de cómo sigue Eara —aclaró Duncan.

—¿Eara? —preguntaron Helen y Alice.

—¿Le ha pasado algo a la pelirroja? —quiso saber también Meg.

El ceño fruncido de las tres mujeres y la seriedad en el rostro de los hombres evidenciaron la preocupación de todos por Eara.

—Tuvo una caída por las escaleras, pero Elisa dice que tanto el bebé como ella se encuentran bien.

El alivio en los rostros de los presentes fue instantáneo.

Irvin pasó al lado de Meribeth para ir al encuentro de su esposa Alice. Meribeth la conocía de la vez que había visitado el clan McPherson.

—¿Qué haces aquí? Sabes que debes tener cuidado —le preguntó el *highlander* a la mujer de su vida. Alice estaba embarazada y, aunque todavía no habían compartido la noticia con los presentes, todos lo sabían desde el principio, sobre todo por el carácter protector del *highlander* hacia su menuda esposa.

—Estoy embarazada no impedida —contestó Alice que, aunque todos los que la conocían sabían que era una mujer parca en palabras, cuando hablaba ponía las cosas en su lugar—. Y, ahora que sé que Kam está herido, con mayor motivo debo estar aquí. Mi hermana me necesita —continuó Alice tocando la mejilla de su esposo con un gesto cariñoso, a lo que Irvin respondió pasando su brazo alrededor de su cintura para atraerla más hacia su lado.

—¿Sabéis quién o el por qué de la emboscada? —preguntó Evan McAlister antes de que lo hiciese Logan, retomando la conversación.

—¿Y Broc? —preguntó de pronto Meg mirando a su alrededor antes de centrarse en los presentes. Las expresiones de Irvin, Duncan y Meribeth fueron suficiente para que todos supiesen que algo grave había pasado. Incluso miraron al chico rubio desconocido buscando una respuesta y cuyos ojos, a cambio, destilaron comprensión y pesar.

Cuando Meg miró a Bruce, este negó con la cabeza lentamente.

Esta vez fue Meribeth la que contestó.

—Volvíamos de ver a un anciano del clan que llevaba días enfermo, cuando unos mercenarios nos emboscaron. Desde unas rocas, en la ladera de una montaña, a bastante distancia, lo suficiente para no percatarnos de su presencia, dispararon varias flechas certeras contra nosotros, matando a dos de nuestros *highlanders* e hiriendo a Kam —explicó a Meg—. En ese momento llegó Broc, que estaba buscándonos para llevar de vuelta a Elisa, por la caída de Eara —a esa altura del relato el nudo en la garganta volvía de nuevo apretando tan fuerte que le costaba respirar—. Decidió quedarse atrás para que el resto pudiésemos escapar.

—¿Qué? —preguntó Meg, pero las expresiones de los restantes eran igual de perplejas.

—Eran ocho hombres, Kam estaba inconsciente y las flechas seguían cayendo a nuestro alrededor. Intentamos salir de allí todos juntos, pero él…

—¿Lo dejasteis allí? —preguntó Meg dando un paso al frente.

—Él nos lo suplicó, Meg —respondió Meribeth—. Espoleó el caballo de su hermano y le hizo prometer a Elsbeth que lo pondría a salvo. Y a Elisa no le dio opción, créeme.

Y la mirada de Meg sobre Meribeth, intensa y penetrante, fue clara. No hicieron falta palabras para saber que la rubia quería conocer el motivo que le había impedido a ella ayudarlo.

Fue Bruce el que hizo que la mirada de la esposa de Evan McAlister recayera de nuevo sobre él.

—Broc les salvó la vida. Los mercenarios habían matado a dos hombres y herido a Kam y él sabía que si intentaban huir les darían alcance a todos —dijo Bruce con voz grave—. Sabía que la única posibilidad era intentar retrasarlos lo suficiente para darles ventaja y que pudiesen escapar. Hay que ser muy valiente para hacer lo que hizo, y también lo fue el resto al honrar su sacrificio. Que hubiesen muerto todos allí no hubiese sido heroico, solo absurdo. Y estoy hablando de mi hermano, mi sangre, y ella —dijo señalando a Meribeth—, de la persona a la que ama. Y conozco suficiente a Broc para saber que no podía quedarse impasible sin hacer algo para salvarlos. Lo sé porque a mí me hubiese vuelto loco —continuó Bruce—. Y ella —dijo señalando a Meribeth— no lo dejó, sino que se quedó a su lado en contra de los deseos de Broc, y los capturaron a los dos.

Los ojos llenos de angustia e impotencia de Meg se centraron en Meribeth y Bruce respectivamente.

—Perdonadme —dijo la rubia con la voz afectada—. Pero es como un hermano para mí.

—Lo sé —contestó Bruce—. Y mataré a todo aquel que haya osado hacerle daño.

Y esa promesa, ese juramento salido de los labios de Bruce, resonó en la estancia como una sentencia de muerte, de ida al infierno, ese al que Gordon enviaría a cualquiera que quisiera arrebatarle a su familia.

Meg asintió lentamente mirando a Bruce con intensidad.

La expresión del resto era de suma gravedad.

—Por Dios santo, Gordon. ¿Qué demonios es lo que ha pasado? —preguntó Logan con un tono de voz cargado de preocupación.

—Creo que deberíais sentaros. Es mejor que empiece desde el principio —respondió Gordon, y el resto así lo hizo.

Entre Meribeth, Bruce y Duncan, con la intervención posterior de Moray, al que Bruce presentó al resto de los presentes, contaron a los demás todo lo que había acontecido durante los últimos días. Las expresiones de todos pasaron de la incredulidad al estupor más absoluto, algunas de horror cuando les pusieron al tanto de lo que Erskine les había enviado junto a Meribeth en forma de amenaza y recordatorio de lo que le podrían hacer a Broc si Bruce no

acudía. Cuando terminaron, los rostros de los presentes estaban tensos y extremadamente serios.

—¿Confías en él? —preguntó Logan a Bruce, señalando con un leve movimiento de cabeza a Moray.

—Lo suficiente para aceptar su ayuda —afirmó Gordon sin ningún atisbo de duda.

—Entonces voy contigo —dijo Logan con rotundidad.

—No —respondió Bruce—. No es tu lucha.

—Claro que lo es —aseguró Logan—. Tú eres mi aliado, ayudaste a mi esposa y a mis hermanas cuando ellas intentaron proteger a Helen y sin ti no hubiésemos conseguido descubrir la alianza entre los traidores en tierras McPherson que estuvo a punto de costar muchas vidas y una guerra —enumeró Logan con rapidez—. Y si *laird* Farquharson ha llegado al extremo de contratar a unos mercenarios, los mismos que asesinaron a Coby Colquhoun para matarte a ti, amenazando la vida de la esposa de Duncan y la de tu hermano, créeme que debo ir. Guillermo debe saberlo, y llevar contigo a un consejero del rey no solo te proporcionará un testigo fiable, sino que también le proporcionarás a Guillermo las pruebas necesarias para poder condenar los actos deshonrosos y deleznables de *laird* Farquharson, así como los nombres de todos los que le apoyan. También me dará la posibilidad de atrapar a los que mataron a Colquhoun, de conseguir sus confesiones y probar que realmente su asesinato fue por una lucha interna de poder, y así evitar una guerra con los clanes vecinos.

La mirada intensa de Bruce sobre Logan hizo que este arqueara una ceja, y que Gordon finalmente esbozara una leve sonrisa en señal de aceptación.

—Son todo ventajas, Gordon, y además no es por alardear, pero soy muy bueno con la espada.

—Yo también voy —espetó Meg McAlister con rotundidad, haciendo que el duelo de miradas entre Logan y Bruce quedase relegado a un segundo lugar y que todos los presentes volviesen sus ojos hacia ella—. Broc es mi familia, y si él es bueno con la espada —dijo señalando a su hermano Logan—, yo soy excepcional con el arco, y lo sabes.

El brillo apreciativo que apareció en los ojos de Bruce respaldó las palabras de Meg. Cualquiera que hubiese visto a la esposa de McAlister con un arco en sus manos sabía que sus palabras habían sido hasta modestas. En su vida, Bruce jamás vio a nadie manejar el arco como lo hacía Meg McAlister, como si fuera una prolongación de sí misma. Su pelirroja también era magnífica con el arco, pero la destreza de Meg McAlister no parecía de este mundo.

—¡Se os ha ido a todos la cabeza! —exclamó Irvin soltando al final un gruñido ante la mirada fija de su esposa Alice.

—Agradece que estoy embarazada o yo también iría. Meg vale por cien *highlanders*, Irvin McPherson, así que deja de ser tan arrogante —dijo Alice con autoridad—. Y tú, Bruce Gordon, acepta nuestra ayuda —continuó mirando con fiereza a Bruce—. Siempre has sido brutalmente sincero y… —expresó suavizando sus facciones— una vez nos dijiste que por separado éramos excepcionales, pero juntas, extraordinarias. Nos aseguraste que, si alguna vez lo deseábamos, tendríamos un lugar entre los guerreros Gordon, ¿recuerdas?

La sonrisa ladeada de Meg hizo que Alice y Helen esbozaran una igual.

A Meribeth le encantaban aquellas mujeres.

Bruce miró intensamente a Alice McPherson.

—Jamás podría olvidarlo —contestó este alzando ligeramente una ceja, aunque con una voz más cálida y grave de lo habitual.

—Tú luchaste por nosotras, y creamos un lazo más fuerte que el de la gratitud o el honor. Forjaste sin saberlo un vínculo con todas de por vida, basado en el respeto, en la admiración

mutua y en la amistad. Ahora somos nosotras las que decidimos luchar a tu lado, no por una deuda pendiente, sino porque somos familia y estaremos junto a ti donde nos necesites.

El brillo en los ojos de Bruce, tan intenso que parecía poder atravesar el alma de todos los presentes, fue pasando de rostro en rostro hasta que se detuvo en Alice.

—Eres puro fuego, Alice McPherson —dijo Bruce a la esposa de Irvin—, y nunca pierdes el tiempo hablando si no tienes algo importante que decir.

—Me conoces muy bien, Bruce Gordon —interrumpió Alice guiñándole un ojo al *highlander* consiguiendo que este casi soltara una carcajada.

—Lo dije ese día y lo mantengo. Sois extraordinarias —afirmó Bruce, y cada una de sus palabras estaba tan cargada de convicción y veracidad que Alice tragó con fuerza el nudo que tenía en su garganta.

—Jamás he visto a nadie manejar el arco como lo haces tú, Meg McAlister —continuó Bruce ahora dirigiéndose a la esposa de Evan—. Me salvaste la vida una vez y ahora estás dispuesta a arriesgarte por mi hermano Broc…

—Y por ti —dijo Meg con determinación—. Lo que ha dicho Alice es totalmente cierto. Todas pensamos igual. Lucharemos bajo tus órdenes, a tu lado.

—Será un honor —dijo Bruce, y Meribeth sintió de nuevo, en su propio pecho, el orgullo de pertenecer a aquel clan y de querer a aquellos hermanos, que por sí solos eran capaces de levantar ese tipo de hermandad, de lealtad entre los clanes más importantes de las Highlands y entre las mujeres y hombres que los lideraban.

—Evan, di algo, por el amor de Dios —dijo Irvin al esposo de Meg.

La mirada fuerte y segura que Evan McAlister intercambió con su esposa, una que se mantuvo firme durante unos instantes, rebosaba complicidad, devoción y orgullo.

—Que, si ella va, yo también —dijo por fin Evan, y el destello en los ojos de Meg, de amor infinito hacia su esposo, caló en el interior de Meribeth como si fuese una antorcha. Esa era la forma en que Broc la había mirado, esa era la misma mirada que había visto en Kam al observar a Elsbeth, y la que los ojos de Bruce Gordon desprendían al contemplar a su pelirroja. Esa era la clase de amor que no esperaba encontrar, de la que jamás pensaba formar parte. Su origen, su estancia entre los Colquhoun no le auspiciaba un destino como aquel. Nadie se interesaba por una bastarda por muy arraigados que estuvieran sus lazos a los del *laird* del clan, y Meribeth, salvo Coby, no había conocido a ningún *highlander* que la admirara y respetara no solo por su proceder sino también por su pensamiento, uno que no llevaba a considerar a la mujer, entre otras muchas cosas, una mera extensión del marido. Tampoco había conocido a ningún hombre que hubiese conmovido su corazón en algún sentido y menos que lo hubiese hecho vibrar. Hasta que llegó él y con su mirada lo arrasó todo. Se metió bajo su piel, invadió su tranquilidad y gobernó sus pensamientos, mostrándole que esa clase de amor existía, ese que hacía que la respiración se entrecortase y el corazón latiera desbocado con solo mirarla a los ojos, el que provocaba que cada aliento a su lado pareciera infinito y que su solo toque hiciera que su cuerpo ardiese.

—No quiero estropearos el momento y menos ser la voz discordante, pero esto es una locura —espetó Irvin, sacando a Meribeth de sus pensamientos—. No me gustaría que vuestros hijos perdieran a sus dos padres.

—Y no van a hacerlo —contestó Alice con determinación—, al igual que yo no voy a perder al padre de mi hijo, así que asegúrate de volver conmigo o juro que iré a por ti hasta las mismísimas puertas del infierno —continuó entre dientes.

Y un destello de admiración y entrega cruzó por los ojos de Irvin al mirar a su esposa

como si no hubiese nada ni nadie más sobre la faz de la tierra.

—He avisado a Grant y también vendrá, así que, Alice, no te preocupes, Erskine puede estar loco, pero no es estúpido. Si algo nos ocurriese en sus tierras no sé cómo podría explicar la muerte de cuatro de los *lairds* más importantes de las Highlands en el seno de su hogar, entre ellos un consejero del rey —espetó Logan, y Bruce esbozó una sonrisa de complicidad con McGregor.

El plan de Bruce era prácticamente un suicidio, pero con aquellos *lairds* de clan a su lado, las posibilidades de éxito se elevaban drásticamente. Siempre había luchado solo, con McPherson como único aliado, hasta que las cosas cambiaron y sus aliados aumentaron sin proponérselo. Y al mirar a Meg McGregor, Helen, Alice, y acudir a su mente Edine McGregor, Aili e Isobel McAlister, así como su pelirroja, Elsbeth y Meribeth, todas aquellas extraordinarias mujeres y excepcionales guerreras, no pudo sino tragar con fuerza ante el generoso regalo que todas ellas le estaban haciendo.

Que aparte de McPherson, quien era su familia, McGregor, McAlister y MacLaren estuviesen dispuestos a confiar en su plan e ir con él a un destino más que incierto era algo que jamás olvidaría. El lobo solitario ahora tenía una manada, una que iría con él hasta el mismísimo infierno.

—Pero estás hablando de meternos en sus tierras sin su consentimiento e invadir su hogar. Eso puede darle una excusa plausible ante el rey para actuar contra nosotros —señaló Irvin.

La sonrisa de Bruce se volvió peligrosa en solo un instante. Era como ver a un depredador relamerse antes de cazar a su presa.

—No habrá excusa alguna —dijo Bruce con ese tono de voz que ponía los pelos de punta —. Ellos entraron en nuestra tierra, mataron a dos de mis *highlanders*, amenazaron la vida de mi familia, hirieron a Kam y amenazan con matar a Broc —continuó impávido, con un rictus que prometía la muerte—. Es un hecho que voy a entrar en sus tierras, a invadir su hogar y a darles caza. Nadie hace daño a los míos y sigue vivo.

—Así me gusta, conciso, vengativo y con muy mala leche —espetó Irvin McPherson guiñándole un ojo a Gordon.

Y Meribeth no pudo reprimir una leve sonrisa al escuchar a McPherson.

—De acuerdo, yo también voy —exclamó Alec Campbell con desgana, que desde que llegó con el resto no había contribuido a la conversación. El *highlander* había estado en todo momento al lado de su esposa Helen, pendiente de ella. Meribeth sabía, por lo que había escuchado entre los miembros del clan en alguna reunión, que la relación entre Alec y Bruce no había empezado con buen pie, y que a pesar de ser ahora familia tras su matrimonio con la prima de los hermanos Gordon, esta seguía sin ser la más idónea.

—No, tú sí que no vienes —contestó Gordon enfatizando en la negación, y la postura de Campbell se tensó visiblemente.

—Dejemos una cosa clara —comenzó Alec —. No me hace especial ilusión acompañarte, y menos proteger tu vida. De buena gana te ensartaba yo con mi espada, pero —dijo después de que una especie de gruñido surgiera de la garganta de su amada esposa—, eres el primo de mi mujer y no puedo permitir que ella sufra. Eso y que quiero traer de vuelta al único hermano Gordon que no conozco, a ver si con un poco de suerte este me cae mejor.

—Campbell, sabes cómo conmover el corazón de un hombre —dijo Irvin con una sonrisa burlona.

—Lo sé —espetó Alec con una ceja alzada, y Evan McAlister soltó una carcajada.

Gordon, lejos de parecer ofendido miró a Campbell fijamente.

—Sé que te cuesta asimilarlo, Campbell, pero desde que te casaste con Helen eres de mi familia.

—No me lo recuerdes que me dan arcadas —expresó Alec con cara de asco.

—Y por lo tanto te necesito aquí, para que defiendas lo que más amo, lo que más me importa en el caso de que algo salga mal y los Farquharson se atrevan a pisar nuestras tierras.

La cara de Alec cambió al instante. Su semblante estaba extremadamente serio y sus ojos, del color del cielo, miraban desafiantes a Bruce, escrutadores como si quisiese cerciorarse de la veracidad de lo que había escuchado salir de sus labios.

—¿Qué parte de que quiere ensartarte con una flecha y le da pereza ayudarte no has escuchado para que le pidas precisamente a él, al «tengo una diana en mi hogar con tu nombre grabado y en la que lanzo todo tipo de objetos punzantes por diversión», que defienda tu hogar? —preguntó Irvin con un bufido.

Bruce no miró a Irvin, solo tenía sus ojos clavados en los de Alec Campbell que le devolvía a su vez la mirada sorprendido y desconcertado, como si no hubiese esperado jamás que Gordon le pidiese aquello.

—La misma parte que me dice que si no dejas de hablar, los McPherson van a tener que ponerse de luto —dijo Bruce a Irvin, con su voz grave y templada.

Alec achicó sus ojos perfilando su mirada, haciendo que pareciera tan aguda y certera como la de un halcón.

—Tendrán que matarme a mí y a todos los *highlanders* de mi clan antes de que un solo Farquharson ponga un pie en esta tierra —espetó Campbell, que parecía repuesto de la impresión. Sin embargo, sus palabras sonaron vagamente afectadas, como si algo lo hubiese conmovido.

Bruce adelantó su brazo y Alec no dudó en aceptarlo, estrechando sus antebrazos y sellando así su promesa.

En ese momento la puerta de la estancia se abrió de nuevo y las miradas de todos se volvieron hacia allí.

Meribeth, que había sido testigo durante esa reunión de la fuerza que aquella alianza, con Bruce Gordon a la cabeza, podía ejercer, sintió la necesidad de partir al instante. Solo tenía en mente rescatar a Broc y traerlo de vuelta. Él le dijo, antes de despedirse, que todo iría bien, que volverían a estar juntos, y ella supo que, por primera vez desde que se conocieron, le había mentido. Su boca le contó lo que deseaba que ocurriese, que distaba mucho de lo que en realidad pensaba. Sus ojos verdes, esos orbes llenos de luz y fuerza que jamás le escondieron nada, por una vez se escudaron frente a ella, y eso incentivó su miedo, porque lo conocía lo suficiente para saber cómo pensaba, para entender que jamás aceptaría que Bruce se expusiese por él, que se sacrificaría a sí mismo antes que dejar que lo utilizasen para alcanzar a su familia, y ella temía llegar demasiado tarde. Y en su fuero interno rogó y suplicó una y otra vez para que siguiese vivo y que aguantase lo suficiente hasta que fuesen a por él.

Los rostros de sorpresa de los presentes la hicieron salir de sus pensamientos. Al parecer los dos hombres que aparecieron en la puerta con un *feileadh mor* que ella no conocía habían causado la conmoción de los presentes.

Estos entraron y se acercaron lentamente mientras el primero, un hombre joven con los ojos azules más penetrantes que había visto jamás, esbozaba una pequeña sonrisa.

—Estamos a tus órdenes, Gordon. Cuenta con nosotros para destrozar a quien haya osado tocar a nuestra familia.

—Firth —dijo Bruce extendiendo su antebrazo, el cual el recién llegado estrechó con rapidez provocando que los ojos de Gordon reluciesen con extrema calidez —. Craig —pronunció después para dar la bienvenida al otro *highlander*.

Meribeth vio el parecido entre ambos aun cuando el tono de pelo y el color de ojos de los recién llegados eran diferentes. Sin embargo, en su rostro podía verse la huella del parentesco de forma evidente.

—¿Cómo os habéis enterado? —preguntó Duncan antes de que Bruce tuviese oportunidad de hacerlo.

—Sí, y ¿cómo coño habéis tardado tan poco? —preguntó Irvin con la ceja alzada—. El territorio de los McThomas no está precisamente aquí al lado.

Y Meribeth entendió en ese preciso instante quiénes eran los recién llegados. Ese gesto al fruncir ligeramente el entrecejo del que se llamaba Craig, la sonrisa ladeada llena de significado y el brillo en los ojos de Firth… iguales a los de Eara. Eran los hermanos de la pelirroja.

—Porque ya estábamos de camino para acudir a la reunión de Duncan —explicó Firth—. Salimos unos días antes porque teníamos que dar un pequeño rodeo para llevarle al viejo Chattan un mensaje de Tay, pero en el camino de vuelta nos encontramos con Grant. Él ha sido el que nos lo ha contado —continuó con una sonrisa en los labios—. Por cierto, venía detrás de nosotros cuando se ha puesto a hablar con Jonhson.

Justo en ese instante un hombre entró. Su voz llenó la estancia después de barrer con sus ojos la habitación en un instante.

—Creo que ya estamos todos, ¿verdad? ¿A dónde hay que ir y a quién hay que matar? —dijo Gran MacLaren con una determinación aplastante.

Los ojos de Bruce brillaron cargados de emociones antes de que una sonrisa depredadora, enigmática y poderosa se apoderara de sus labios.

XXXII

Broc estaba medio adormilado y febril cuando entraron en el calabozo, lo sostuvieron entre varios y lo llevaron casi a rastras por los pasillos y escaleras del castillo hasta una estancia amplia donde el lema del clan, «*Fide et fortitudine*» (Fe y fuerza), presidía la sala vistiendo una de sus paredes. El bordado era exquisito, eso era innegable, y el lema, un gran lema, si no fuese porque pertenecía a un clan cuyo *laird* era un desquiciado ególatra cuyo mayor deseo era matar a Bruce Gordon.

Lástima, porque él no iba a permitir que lo utilizasen para tal fin, aunque en su posición, tenía que admitir, iba a resultarle complicado. Pero lo difícil siempre había supuesto un aliciente para él.

Llevaba por lo menos un día y una noche en aquel salón colgado por los brazos con dos cuerdas que, atadas a sus muñecas, se tensaban hasta dos salientes de hierro enterrados en la piedra, sujetándolo de tal manera que, aunque perdiera el conocimiento, estas continuarían manteniéndolo erguido. Y habían hecho bien, porque, aun con sus fuerzas mermadas, si hubiese tenido una sola oportunidad, hubiese matado a Farquharson con sus propias manos.

La forma en que lo miró Erskine, con asco e ira, delató desde el primer momento lo loco y obsesionado que estaba el *laird* con el clan Gordon y sobre todo con Bruce.

Las palabras que escupió cuando se aseguró de que Broc estaba bien atado, acercándose lo suficiente para que él pudiese oler su aliento a vino agrio, aún resonaban en su cabeza.

—Por fin voy a poder cortarle la cabeza a ese hijo de perra, y tú serás quien hará posible que se postre ante mis pies y me suplique por su vida.

—Si crees que vas a matar a Bruce es que eres más estúpido de lo que has demostrado hasta ahora —contestó Broc, y el golpe en el costado que recibió de parte de Farquharson le hizo apretar los dientes. El dolor, no por el golpe en sí, sino por las viejas heridas que aún no habían curado del todo, fue agudo y constante. Si no hubiese estado colgado se habría doblado en dos, pero el dolor había merecido la pena solo por ver la expresión de Farquharson y comprobar la facilidad con la que podía provocar al *highlander*.

—Si esperas que mi hermano te suplique es que no lo conoces, en absoluto —continuó Broc—. En verdad no sabes nada de él. ¿Cómo podría el excremento en el barro apreciar la tierra fértil, fuerte y poderosa? —preguntó Broc con una sonrisa ladeada, y su mirada, esa que tanto se parecía a la de su hermano mayor, clavada en *laird* Farquharson, de forma firme, intensa, desafiante y brutal. El gruñido que salió de la garganta de Erskine se intensificó cuando Broc se apresuró a añadir—. Serás tú quien se arrodille y se avergüence meándose encima cuando mi hermano venga a por ti. Él es infinitamente mejor que tú y no tendrá piedad.

Erskine le abofeteó con fuerza, pero la cabeza de Broc no se movió. Mirándole en cambio con el triunfo en sus ojos, Erskine no entendió aquella actitud. ¿Se había vuelto loco aquel bastardo? ¿Cómo osaba desafiarlo? Si no fuese porque quería ver en los ojos de Bruce cuando lo llevasen a aquella sala, la angustia de ver la tortura a la que estaba siendo sometido su hermano, habría abierto en canal a aquel hijo de perra que había perdido la cordura. Tenía que ser así, porque ningún hombre en su sano juicio le habría hablado como lo había hecho Broc Gordon.

—Quiero escucharle gritar de dolor, que aúlle lo suficientemente alto como para que su garganta se quiebre. Quiero que le azotéis hasta que su espalda quede hecha jirones y su mirada se vidrie. Lo quiero agonizando de dolor para dentro de dos días —ordenó Erskine a varios de

los mercenarios que habían portado a Broc hasta allí. Estos desviaron sus ojos hasta Cuddle, el jefe de los mismos, esperando su orden. Aquello pareció enfurecer aún más a Farquharson que achicó los ojos y su nariz aguileña se arrugó en un gesto de tensión máxima. La risa baja y ronca de Broc solo hizo que su rabia aumentase.

—Os pago para que me obedezcáis, malditos mercenarios de mierda.

Cuddle miró a sus hombres y asintió levemente. Inmediatamente después, los golpes comenzaron, hasta que Broc apenas pudo permanecer consciente. El dolor del costado fue el más difícil de soportar, ya que las heridas recientes estaban aún frescas. Aguantó los golpes, mirando a Erskine cuyo rostro mostró su confusión cuando comprobó que, a pesar de la sangre que manaba de su rostro, y del tratamiento brutal que estaban dando al cuerpo de Broc, este no gritaba, no suplicaba y no bajaba su indolente mirada. Así que cuando les gritó que rasgaran su camisa y empezaran con los azotes, la orden fue que se emplearan a fondo. La necesidad de Erskine de doblegar y quebrar el cuerpo y el espíritu del *highlander* ya no era solo parte de su plan para derrotar a Bruce, sino una prioridad para su mente perturbada.

Broc contuvo el grito que pugnó por salir de sus labios cuando, tras los primeros golpes, la fuerza que ejercieron se duplicó por dos, haciendo de cada azote un pozo de agonía sin fin. Fue durante esos momentos donde la historia que Amy le contó sobre Bruce vino a su cabeza. De como un niño de doce años aguantó sin emitir sonido alguno para salvar a su hermano Kam.

Él podía gritar, podría aullar como había exigido Erskine, y quizás aquella agonía terminase, y sin embargo era su sangre Gordon, esa que corría por sus venas, la que le impidió dar su brazo a torcer. Prefería morir antes de que aquel hombre escuchase salir un solo sonido procedente de sus labios.

Así que apretó los dientes y los puños y se aferró a ese sentimiento que durante las últimas semanas había crecido en él, como las raíces de un árbol milenario, profundas, fuertes e inmensas…, cerró los ojos y la visualizó, con su mechón de pelo rebelde y denso, suave y frustrante, que lo había vuelto loco. Se recreó en sus ansias por acariciarlo, por meter sus dedos en él y alejarlo de su rostro, que hacían que le hormiguearan las manos cada vez que estaba cerca de ella. La mitad de sus facciones le habían fascinado, pero cuando por fin quedó expuesto ese orbe azul tan inmenso como el océano y distinto al fuego de su gemelo, Broc solo pudo caer rendido ante su preciosa e intensa mirada. Tan exótica, honesta y enigmática como lo era ella. Amaba su corazón y adoraba su alma, ese espíritu fuerte y resiliente que no sabía lo que era rendirse. Le encantaba hablar con ella, desafiarla, escucharla y encontrarse a mitad de camino en sus discusiones. Jamás había sentido por nadie lo que sentía por ella. Una emoción que iba más allá del tiempo, de las circunstancias o de la razón.

Con su rostro en mente siguió aguantando aun cuando pensó que finalmente Erskine conseguiría lo que buscaba, pero entonces sobre esa delgada línea, entonaba el apellido Gordon, entre dientes, repitiendo el lema de su clan, de sus hermanos, del hogar que nunca pensó que tendría, de la familia que creyó que no recuperaría.

Estuvo aguantando la tortura hasta que la consciencia lo abandonó, benévola con él, para despertar de nuevo a golpe de agua fría, con su cuello expuesto de un tirón del cabello a merced del cuchillo de uno de los mercenarios y de las palabras llenas de odio de Erskine susurradas en su oído. Así una y otra vez, en un bucle que había distorsionado el tiempo. En esos momentos, después de tres rondas, el despertar por primera vez fue diferente, encontrando solo en la sala a uno de sus torturadores que dormitaba en el otro extremo de la estancia. El salón estaba en penumbra y el castillo en silencio. Debía ser de madrugada, aunque el paso del tiempo era confuso entre la duermevela que los golpes y las pérdidas de consciencia generaban en él. Un

suave golpeteo en la puerta tras el cual se asomó otro de los mercenarios hizo que Broc entrecerrara sus ojos simulando que todavía seguía inconsciente.

—Cuddle quiere hablar contigo —dijo el mercenario con el pelo pelirrojo que había venido a avisar a su vigilante.

Sintió los ojos del hombre que le vigilaba sobre él antes de que su voz le llegara algo difusa por la distancia.

—¿Vas a vigilarlo tú?

—No va a ir a ninguna parte —dijo el pelirrojo con tono sarcástico. Ahí Broc tuvo que darle la razón—. Seguiré haciendo guardia fuera. Lo que no quiere *laird* Farquharson es que nadie entre en la estancia. Yo de ti me apresuraría, ya sabes lo mal que se toma Cuddle que no cumplamos sus órdenes al instante.

Broc sintió unos pasos alejarse y el sonido de la puerta tras la salida de ambos hombres.

Se encontraba solo, aunque no sabía por cuánto tiempo.

Tiró de las cuerdas que estaban firmemente anudadas a los enganches de hierro, y apretó los dientes cuando sus brazos, demasiado tiempo en esa posición, agonizaron de dolor.

Un leve sonido tras él lo puso en tensión. Desde el lugar en el que se encontraba no podía ver de dónde provenía o qué lo producía. Siguió en su posición, simulando encontrarse inconsciente cuando notó la presencia de una persona que antes no había estado allí. ¿De dónde había salido? ¿Quién era?

La pobre iluminación de la estancia no dejaba mucha visibilidad al ojo humano, pero Broc llevaba demasiado tiempo allí y los suyos se habían acostumbrado a la penumbra haciendo posible que distinguiera una sombra a su izquierda.

Si era alguien dispuesto a matarle clavándole un puñal en las entrañas, o asfixiándolo con sus propias manos poco podría hacer por enfrentarlo. Sin embargo, esa persona se movió con sumo sigilo hacia él, hasta quedar frente a Broc, observándolo en silencio, hasta que dio un paso más cerca de él. El cabezazo que le lanzó Broc dio de lleno en el blanco y el gruñido que salió de los labios del hombre lo saboreó como si hubiese sido una gran victoria.

—Si llego a saber que tienes ese nivel de aguante, no me acerco. ¿Acabas de atacarme cuando apenas puedes mantenerte en pie? —preguntó el *highlander* que con el color de los Farquharson le miraba interrogante con sus dedos colocándose la nariz que Broc le había roto con el golpe.

—¿Quién eres? —preguntó Broc, y él mismo se asombró de escuchar lo extraña que sonaba su voz. Desgastada, afónica, algo ronca y con una cadencia demasiado lenta.

—Soy un aliado —dijo el *highlander*, y Broc enarcó una ceja, un gesto que casi le hizo gruñir. Su rostro había sufrido también golpes. Menos que su cuerpo, pero sabía que tenía una ceja rota y el labio reventado—. Y no tengo mucho tiempo.

—¿Cómo has entrado? —preguntó Broc.

—Por un pasadizo —dijo este.

—¿Puedes sacarme? —dijo Broc, y el verde de sus ojos se intensificó, dotando a su mirada de esa profundidad que por naturaleza le era inherente.

—No, esta noche es imposible. No sé la posición de los mercenarios ni la de los hombres de confianza de Erskine. Sería ir a ciegas y en tu situación, solos los dos, no lo conseguiríamos.

—¿Por qué haces esto? ¿Eres real? —preguntó Broc pensando que quizás los golpes infligidos y la fiebre que llevaba arrastrando varios días le estaban jugando una mala pasada.

—Claro que soy real. La sangre en mi nariz torcida lo demuestra —continuó el *highlander* con el ceño fruncido—. Tengo sangre Gordon en mis venas, y a pesar de que este

clan nunca me ha aceptado del todo, tampoco quiero que la gran parte de buena gente que lo compone sufra por los delirios de un hombre que siempre ha estado loco de poder y que tiene una obsesión enfermiza por los Gordon, sobre todo por Bruce.

—Me he dado cuenta de eso, y entiendo tu proceder —dijo Broc con esfuerzo, y sintió la mirada del *highlander* sobre él. Broc se la devolvió, con esa intensidad que era parte de él a pesar de estar al borde del abismo. Él mejor que nadie podía entender lo que había intentado decirle aquel hombre. Broc ya no pertenecía al clan Ross, habían intentado matarlo y su vida con ellos nunca fue fácil, y, sin embargo, siempre quiso ayudar a aquellos de su clan que no tenían la culpa de estar liderados por un hombre débil y cegado por la codicia.

—Solo quería comprobar que seguías vivo, y decirte que no estás solo. Alguien de los nuestros fue hace días a avisar a Bruce de las intenciones de Erskine de matarle. Hay esperanza.

—Nunca he dudado de mi hermano —dijo Broc mirándole fijamente—. Por eso debo pedirte un favor.

—¿Qué favor? —preguntó el *highlander* con cautela.

—¿Cuándo han concertado reunirse con Bruce?

Si bien era cierto que Edom no estaba dentro del círculo de confianza de Erskine, era indiscutible que este se encontraba entre los mejores guerreros del clan. Y aunque no era bien aceptado por todos, gozaba del respeto del resto de los *highlanders* y tenía la inteligencia necesaria para acercarse a aquellos cuya lengua se soltaba cuando el vino corría por sus gargantas. Como el viejo Marcus, hombre curtido y veterano en la lucha, borracho y padre de Anderson, uno de los hombres de mayor confianza de Erskine, al que le gustaba fanfarronear del favor que Erskine profesaba a su hijo. Por él, en una de sus borracheras, había descubierto que retenían a uno de los hermanos Gordon prisionero, y que pensaban utilizarlo para obligar al gran lobo solitario a entregarse a cambio de la vida de su hermano. Querían atraerlo hasta allí, para después matarlo. Eso lo había descubierto el día después de la marcha de Moray del que no sabía si había llegado bien a territorio del clan Gordon para poder cumplir con el deseo de Cailean.

Ante las palabras de Marcus, una guerra entre los clanes parecía inevitable, sobre todo si moría Bruce Gordon. Que Erskine pretendiera ocultar la planificación y asesinato de Bruce a través del uso de los mercenarios era inteligente y demasiado osado por parte de su *laird*. Bruce no era cualquier *highlander* y su clan era de los más fuertes y poderosos de las Highlands. Las mentiras tenían vidas muy cortas y si Erskine conseguía su objetivo, Edom estaba seguro de que ni el rey ni los aliados de Gordon dejarían aquello impune. Investigarían y al final el clan Farquharson al completo caería en desgracia.

Con Cailean muerto, él seguía fiel a su palabra, acudiendo a la entrada del pasadizo por si tuviese un mensaje.

—Dentro de tres días —dijo finalmente, dándole la información que le pedía.

Broc asintió levemente.

—Si algo me pasa antes, quiero pedirte que vayas a ver a Bruce y lo detengas. Ya no tendría sentido que se expusiera, y menos que declarase una guerra. Dile que no quiero la sangre de ningún Gordon bajo mi conciencia, y menos la suya, porque su sangre es mi sangre —dijo con la voz ronca—. Y si sigo vivo para entonces, debes matarme, y llevar el mismo mensaje a mi hermano.

El *highlander* lo miró con un destello de respeto y admiración.

—¿Estás dispuesto a dar tu vida?

—La daría por ellos, siempre —contestó Broc, y el *highlander* asintió, con el corazón latiendo como hacía años que no lo hacía. Toda su vida había hecho lo que debía hacer, sin sentir

el honor o el orgullo por pertenecer a un clan, y solo una respuesta, solo una de Broc Gordon, y el *highlander* que había dentro de él deseó por primera vez luchar por algo más grande que el deber.

***

Meribeth miró a Crom intentando ver en sus ojos algún atisbo de censura. Siempre había sido expresivo con su mirada, pero durante la época que dejó de hablar, sus ojos habían adquirido la especial cualidad de transmitir por sí solos. Meribeth podía leer en ellos como si en verdad oyera sus palabras, y las de ahora solo destilaban cautela, temor y resignación.

—Tienes derecho a estar enfadado conmigo —dijo Meribeth—. Yo lo estaría en tu lugar.

Y la expresión de dolor que cruzó su mirada la dejó sin aliento.

—No estoy enfadado. ¿Piensas que soy un niño pequeño? —preguntó Crom con el ceño fruncido.

—No lo eres —contestó Meribeth suavizando su entonación, algo que le nacía natural cuando hablaba con Crom. Para ella era su hermano, quizás no de sangre, pero sí de corazón. Le había visto nacer, lo había cogido en brazos, llevado a todos los sitios con ella cuando la perseguía demandando su atención. Le había contado cuentos y curado sus heridas cuando se caía, y lo había velado cuando creyó que lo vería morir, con el alma hecha jirones y pidiendo a Dios cambiar su lugar por el de él—, pero sigues siendo un niño y no deberías tener prisa por crecer. Sé —se apresuró a decir Meribeth cuando vio que Crom iba a replicar— que te prometí estar siempre a tu lado y que nunca te abandonaría, y lo que estoy a punto de hacer…

—Meribeth, por favor… —le cortó Crom con la expresión tan seria que en verdad aparentaba en ese instante tener más edad—, no creo que me estés abandonando, y no estoy enfadado, solo asustado. Tengo miedo de perderte, porque eres mi hermana y te quiero muchísimo, pero… lo entiendo. Si yo fuese más alto y pudiese manejar ya una espada como lo haces tú, también iría y nadie podría impedírmelo, porque estamos hablando de Broc, y él es nuestra familia. Él te quiere tanto como te quiero yo.

Meribeth se quedó mirando a esos ojos que acunaban el corazón de un *highlander* en el cuerpo de un niño, mientras este se abría en canal y decía lo que pensaba y expresaba sus sentimientos con una naturalidad que simplemente la desarmó por completo. Cuando fuese más mayor Crom iba a ser un peligro para todas las muchachas del clan Gordon.

Algo tuvo que ver en su expresión porque Crom ladeó la cabeza con un brillo en la mirada que por un instante la confundió.

—Porque sabes que te quiere, ¿verdad?

Meribeth le revolvió el pelo mientras sentía que sus mejillas se sonrojaban. Era Crom, por amor a las Highlands…, no tenía por qué sentirse así de azorada, pero que hasta un niño de su edad se hubiese dado cuenta de lo que Broc sentía y que ella hubiese dudado de los sentimientos del *highlander* no la dejaba en muy buen lugar. Eso demostraba su poca destreza respecto a ese tipo de sentimientos.

—Deberías acostarte… Cuando despiertes por la mañana, estaré de vuelta.

La mirada de Crom ahora seria, fija en ella, reflejaba que no le hacía gracia que hubiese cambiado de tema sin contestar antes a sus preguntas, y Meribeth no era de las que se escondían, jamás lo había sido.

—Lo sé, Crom —contestó tocándole la mejilla.

—¿Y tú a él? —preguntó rápidamente.

—Eso es algo entre Broc y yo. ¿Por qué quieres saber…?

—Porque quiero que seas feliz, y él te hace feliz, y a mí también.

De acuerdo, no había quien pudiese con eso.

Desde que Crom había vuelto a hablar, la influencia de los hermanos Gordon se encontraba en sus preguntas directas y sus respuestas brutalmente sinceras, al igual que en sus miradas, escrutadoras e intensas, como la que le estaba dirigiendo en ese preciso momento. Quizás Crom no debería pasar tanto tiempo con ellos… Estaba claro que absorbía la información con ansia viva, y ella era la que sufría las consecuencias.

—¿A ti también te hace feliz…? —repitió Meribeth con una ceja alzada.

—Ya te he dicho que es nuestra familia. Nos salvó la vida, es fuerte, inteligente y está pendiente de nosotros. Nos escucha y siempre tiene tiempo para mí. Te quiere y te hace sonreír. Así que sí, me hace feliz —prosiguió Crom—, y lo sería mucho más si tú también le quisieras.

—Emmm… —soltó Meribeth que hacía mucho que no escuchaba hablar tanto a Crom, y definitivamente no como lo había hecho un instante antes. Simplemente la había dejado sorprendida.

—Eso es un sí, ¿verdad? —afirmó Crom sonriendo por primera vez en la conversación, a pesar de que Meribeth negaba lentamente con la cabeza—. Pues entonces deja de perder el tiempo conmigo y tráelo de vuelta —terminó antes de acercarse a ella, darle un beso en la mejilla y dar media vuelta para meterse bajo las mantas.

Meribeth tardó todavía unos instantes en reaccionar. ¿Qué demonios acababa de pasar?

Pero no hacían falta las palabras, porque Crom tenía razón. Ya no volvería a cuestionar nunca más su buena suerte, el amor que recibía y los momentos increíbles que arañaba a la vida. Así había sido ella antes de la muerte de los Colquhoun y así era como debía volver a ser. Crom le había dado una lección aquella noche, y también la había hecho muy feliz. Saber que el hombre al que amaba también era aceptado y querido por Crom era más de lo que podía haber deseado…

Con las últimas palabras de Crom repitiéndose en su mente de forma incansable, dejó la habitación con su espada en la mano y un puñal en su bota derecha. Aquella noche irían al rescate de Broc y, por lo más sagrado, lo traería de vuelta.

***

Bruce miró a su esposa y a su hermano.

Su pelirroja estaba bien, y su hijo también, a tenor de lo que Elisa le había repetido hasta la saciedad durante todo el día. Eara había aguantado guardando cama hasta que la esposa de McPherson le aseguró que no había peligro, siempre que no se excediera y no hiciese esfuerzos durante unos días. Al fin y al cabo, estaba en la recta final de su embarazo, y aquella caída podría haber sido fatal. Solo imaginar lo que le podría haber pasado hacía que la sangre se congelara en las venas, aunque verla ahora, con el color sonrosado en sus mejillas, y el brillo cautivador en sus ojos verdes, esos que hacían que todo su mundo temblase, llena de vitalidad y con la mirada clavada en él, intensa, fuerte y… preocupada, le hizo vibrar como solo ella conseguía hacerlo, manteniendo a raya los vestigios del invierno que aún portaba en su interior.

Kam, que había recobrado la consciencia a media tarde y cuya fiebre había bajado considerablemente, le miraba incorporado desde la cama, con Eara sentada a su derecha y su esposa Elsbeth a su izquierda.

—Quizás sea una trampa, ten cuidado —dijo Kam con la voz algo ronca. Bruce conocía a su hermano como si fuese él mismo, y sabía que su expresión tensa y su mirada dura no eran producto del dolor por su herida, sino de la contención que estaba ejerciendo sobre sus

emociones.

Bruce le había contado todo lo que había pasado tras su llegada inconsciente al hogar, lo que había ocurrido con Broc, y las circunstancias en las que se encontraban. Le habló sobre el mensaje traído por Meribeth, de la llegada de Moray y del plan que habían ideado para sacarlo de allí. Durante toda la explicación, Kam mantuvo la misma expresión, concentrada, atenta y templada, salvo cuando Bruce le dijo lo que le habían hecho a Broc. La mandíbula de Kam ante su mención se apretó como si estuviese aguantando un profundo dolor y sus ojos destilaron una rabia e ira imposibles de contener. Aun así, Bruce le vio apretar uno de sus puños antes de hablar, como si estuviese intentando recuperar esa templanza que tanto lo caracterizaba.

—Lo sé —contestó Bruce mirando a los ojos a Kam y una sombra de dolor nubló los ojos azules del menor de los Gordon. Había impotencia y angustia en ellos.

Bruce haría cualquier cosa, iría al mismo infierno y daría su vida por aquellos a los que amaba. Perder a Kam nunca fue una opción, al igual que tampoco lo era perder a Broc. Mataría, arrasaría y perdería su alma por cualquiera de ellos.

—Debes ir y yo voy a acompañarte —afirmó Kam iniciando el movimiento para levantarse, pero tres pares de manos se lo impidieron.

—Ni se te ocurra, Kam —dijo Elsbeth tajante—, estás malherido y podrías haber muerto —continuó la rubia con los ojos llenos dolor, y la expresión de Kam cambió. Ver sufrir a Elsbeth lo mataba.

—Si hace falta te atamos a la cama y te pego con la jofaina en la cabeza —espetó la pelirroja, provocando que Kam girara su cabeza rápidamente hacia ella con una ceja alzada. Si no fuera porque la situación no era ninguna broma, aquella imagen hubiese arrancado una sonrisa de los labios de Bruce que, como siempre, admiró el empuje y la fuerza de su esposa. Dios, cómo la amaba.

—Lo traeré de vuelta —afirmó Bruce mirando fijamente a su hermano.

Durante unos instantes se sostuvieron la mirada, una conversación entre ellos en la que las palabras sobraban porque no hacían falta. Kam asintió lentamente antes de hablar.

—Si le ha hecho algo más… —dijo Kam, y los ojos de Gordon se oscurecieron hasta parecer obsidiana, letales.

—Entonces Erskine deseará estar muerto —contestó Bruce.

Los ojos de Bruce se desviaron hasta su pelirroja que, levantándose, acortó la distancia que los separaba, y le abrazó por la cintura. Gordon la envolvió inmediatamente entre sus brazos.

—Estás al mando, pelirroja —le dijo Bruce al oído, besando su cabello.

—Solo por un breve instante. Vuelve antes de que me dé cuenta —respondió Eara enterrando su cara en el cuello de su esposo. Cómo deseaba haber cogido su arco y haberlo acompañado, pero Elisa le dijo en privado que, aunque todo parecía estar bien, era necesario para la salud del bebé y la de ella que durante unos días no hiciese ningún esfuerzo. Metiendo la cabeza bajo su mentón, Eara inhaló el olor de Bruce a lluvia y a cuero. Esa fragancia personal que la calmaba y la excitaba a la vez, que la hacía sentir segura y libre.

—Ten cuidado —terminó de decir Eara en un susurro.

—No te preocupes —dijo Bruce separándose lo suficiente para que Eara levantase su cabeza y lo mirase a los ojos—. Me acompañan Meribeth y Meg McAlister. Beth es una fiera con la espada y Meg es la mataclanes. Con ellas dos a mi lado los que deben temer son los Farquharson.

Eara sonrió levemente y, cuando su esposo le guiñó un ojo, solo pudo ponerse de puntillas y besarlo. Una vez quiso que le prometiese que, de llegar el caso en que uno de los dos

tuviese que abandonar este mundo antes que el otro, sería ella quien lo hiciese primero. Había visto en sus ojos la agonía de solo pensar en perderla, había visto el abismo y el dolor porque era el mismo que ella sentía nada más de imaginar su vida sin él. Habría sido fácil mentirle, decirle lo que quería escuchar y, sin embargo, él enlazó su mirada con la suya, sin dejar de tocar su piel, de abrazarla, y le hizo la promesa que sí estaba en su mano. Le juró que nunca rendiría su último aliento con facilidad, porque siempre lucharía por estar un segundo más a su lado.

—¿Recuerdas el juramento que me hiciste en territorio McGregor? —le preguntó Eara sin soltar su cintura en la que sus manos agarraban su *feileadh mor* con fuerza.

Los ojos de Bruce se oscurecieron, presos de una amalgama de emociones en las que Eara se perdió. Había amor, devoción, deseo, fuerza…

—Por supuesto, pelirroja.

—¿Podrías jurármelo otra vez?

Y Bruce la atrajo de nuevo entre sus brazos para decírselo al oído.

—Nunca rendiré mi último aliento, porque siempre lucharé por vivir un instante más a tu lado.

Eara cerró los ojos con fuerza cuando escuchó su voz y sintió su aliento en el cuello.

Aquel hombre era su vida.

No quiso temblar, pero el frío empezó a colarse en su interior, como si fuese una advertencia; sin embargo, la voz de Bruce, de nuevo en su oído, grave, susurrada y profunda, desterró el temor.

—Y sabes… que yo jamás incumplo una promesa.

***

La noche era cerrada, apenas se podía distinguir una persona a cinco pasos, pero la seguridad con la que el muchacho se movía en la oscuridad, como si aquel camino pudiese hacerlo con los ojos cerrados, era impresionante. Habían salido al anochecer, y cruzado a tierras de los Farquharson sin que hubiese habido alguna complicación, gracias a los conocimientos de Moray sobre el terreno y a la posición de los hombres en las rondas de las guardias de los *highlanders* del clan. La oscuridad que los envolvía los ayudó sobremanera, como si la fortuna hubiese querido ponerse de su parte, así como que Edom estuviese en el límite sur de las tierras haciendo guardia.

Todos se refugiaron detrás de unas rocas a la espera de que el *highlander* que vigilaba aquella franja de tierra se acercase para rodearlo. Si no era el hombre con el que Moray debía reunirse, entonces su suerte estaría echada. La silueta del *highlander* bajó de su caballo a unos cincuenta pasos y con lentitud se dirigió hasta donde ellos se encontraban.

—Un movimiento, un solo sonido y será lo último que hagas —susurró Logan cuando el hombre pasó la formación rocosa, asaltándole por la espalda y colocando la hoja de un cuchillo sobre la piel de su cuello.

El resto lo rodeó. McAlister apuntándole con su espada y Meg con una flecha.

—¡Deteneos! —susurró Moray entre dientes—. Está con nosotros.

Edom, al escuchar la voz de Moray, que se abrió paso entre ellos hasta colocarse al lado del *highlander*, puso las manos en alto, dejando claro que no pensaba ser ninguna amenaza.

—¿Es el hombre del que nos hablaste? —preguntó Irvin.

—¿El que es un Gordon? —preguntó Bruce.

—Solo en parte —contestó el hombre con voz grave y templada, hablando por primera vez.

—Si llevas, aunque sea solo una gota de nuestra sangre, eres un Gordon —afirmó Bruce.

La oscuridad evitó que los presentes pudiesen percatarse del cambio que aquellas palabras generaron en la expresión de Edom, como si estas, de alguna manera, le hubiesen afectado.

—Debemos irnos, aquí no estamos seguros —dijo Edom a continuación.

Sin mediar ni una palabra más, conocedores del riesgo que estaban corriendo, subieron a sus caballos y cabalgaron lentamente hasta otra formación rocosa, en un terreno ligeramente más elevado desde el que podía verse, a lo lejos, la silueta del hogar de los Farquharson. Nadie hubiese imaginado que lo que había entre ese monumental enjambre de piedras era una entrada hacia el interior del mismo.

Uno a uno fueron pasando por la abertura que quedó al descubierto cuando Edom apartó varias piedras y dejó a la vista una entrada por la que cabría con dificultad un hombre. Sin embargo, todos consiguieron pasar y reptar por un pasadizo durante unos veinte pasos, iluminado levemente por una luz que provenía del fondo, antes de que este se ensanchara hasta el punto de poder avanzar de pie. Fueron solo unos pasos más cuando unas pequeñas escaleras los dejaron en un túnel, estrecho y largo. Edom tomó la antorcha encendida que había en un pequeño rellano, al inicio del pasadizo, y se volvió para encarar a los presentes.

—Aquí podemos hablar sin peligro —dijo el *highlander*—. ¿Qué es lo que pretenden? El castillo está más vigilado que nunca. Si entran, con su escaso número, en franca desventaja, será una muerte segura —espetó Edom que con la oscuridad no había podido percatarse anteriormente del color distinto de los *feileadh mor* de los presentes, ni de que había una mujer con ellos.

—Él es Bruce Gordon —dijo Moray tomando la palabra, señalando a Bruce.

Edom desvió los ojos por un instante hacia el hombre que indicaba Moray. Pelo castaño, fuerte, delgado, más alto de la media y con una mirada que por un instante lo dejó paralizado.

—El lobo solitario —dijo cuando por fin reaccionó, sin desviar sus ojos de Gordon e inclinando su cabeza en señal de respeto.

—Los demás son todos *lairds* de clanes aliados a los Gordon.

Llegado a ese punto Edom frunció el ceño, y su expresión de sorpresa fue difícil de disimular.

—¿Son todos *lairds*?

—McAlister, McPherson, MacLaren, hermanos McThomas y Logan McGregor, consejero del rey Guillermo —dijo Moray, y los ojos de Edom se abrieron más de lo normal. Aquellos clanes eran de los más importantes, fuertes e influyentes de las Highlands.

Ahora empezaba a entender que no estaban precisamente en desventaja. ¿Quién en su sano juicio podría atentar contra todos aquellos *lairds* y salir indemne ante sus clanes y el rey? El hecho de que Gordon hubiese conseguido no solo el respaldo de aquellos *lairds*, sino que estos hubiesen estado dispuestos a acompañarle en aquel plan suicida era algo nunca visto. Edom no había oído hablar jamás de algo parecido, y miró con asombro y admiración al hombre capaz de conseguir aquello.

—¿Dónde está mi hermano? —preguntó Bruce, y la expresión de Edom cambió. Su cuerpo se tensó, y en su rostro, mortalmente serio, pudo leerse con claridad la ausencia de buenas noticias.

—Erskine está más intratable que nunca. Solo mantiene cerca a sus hombres de confianza y a esos mercenarios que contrató —comenzó a decir sin apartar la vista de Bruce—. Al resto de los hombres los mantiene lo más lejos posible y a los *highlanders* que no gozan de su total gracia

los tiene vigilando el límite del territorio del clan o las cercanías del castillo, para que no hagan preguntas sobre por qué Erskine de pronto ha cerrado las puertas del gran salón, abiertas siempre para las comidas —a ese punto la expresión de Edom se tensó tanto que parecía una cuerda a punto de romperse—. Hace un par de días, dijo a los miembros del clan que durante una semana estarían cerradas. El motivo: que necesitaban hacer unas reformas en el muro norte.

—¿Y la realidad? —preguntó Duncan ante la mirada oscura y peligrosa de Bruce.

—Anoche esperé a que fuese de madrugada y me arriesgué a entrar en el salón. Quería saber qué era lo que ocultaba. Este pasadizo lleva exactamente a una habitación que hay contigua al mismo y por la que se puede acceder a él y…

—¿Y? —preguntó Bruce.

A Edom se le erizó la piel ante el tono que había utilizado el *highlander* y el temor que podía infundir con una sola palabra. Él era uno de los mejores guerreros Farquharson y nunca le había temido a nada, salvo al daño que pudiesen sufrir su esposa y su hijo, y sin embargo aquel hombre, su rostro, su postura, su voz… todo imponía de una manera como la que jamás había sido testigo.

—Tienen a su hermano colgado por los brazos en uno de los extremos de la estancia. Lo han estado torturando. Desde golpes hasta desfigurarle la espalda tras azotarlo brutalmente. Lo suficiente para infligirle un gran dolor, pero no lo bastante como para matarlo. Creo que quiere mantenerlo con vida, en esa situación, para poder mostrárselo.

El gruñido que salió de la garganta de Bruce y el quejido de Meribeth fueron suficientes para que Edom se apresurase a continuar.

—Pero está bien, pude hablar con él —dijo el *highlander*—. El hombre que lo vigilaba salió por un momento y me acerqué hasta él. Estaba consciente, tanto como para poder hablar conmigo. Yo solo quería que supiese que tenía un aliado dentro del castillo. Que había esperanza.

—¿Y él qué te dijo? —preguntó Meribeth dando un paso al frente con la mano en el pecho como si estuviese tratando de contener algo que era incontenible.

Edom miró por un momento a aquel muchacho al que solo podía ver un ojo, pero que lo estaba mirando con desesperación.

—Él me pidió un favor…

—¿Qué favor? —preguntó Bruce

—No creo que eso tenga importancia aho… —comenzó Edom.

—¿Qué favor? —volvió a preguntar Bruce, pronunciando lentamente esas dos palabras, afiladas y concisas.

Los ojos de Edom se anclaron a los de Gordon, sabiendo que lo que iba a decir era peligroso incluso para él.

—Su seguridad y su entereza, en su situación, me sorprendieron —dijo mirando a Bruce —, pero obtuvo mi absoluto respeto y admiración cuando ni siquiera titubeó al hacerme su petición. Me pidió que, si moría antes del día fijado por Erskine para intercambiarte por él, que fuera a verte y te detuviese. Me dijo que si eso ocurría ya no tendría sentido que te expusieras, y menos que declarases una guerra por él —dijo Edom tragando saliva antes de continuar—. Quería que supieses que no quiere la sangre de ningún Gordon bajo su conciencia, y menos la tuya, porque tu sangre es su sangre —y ante esas palabras vio el destello de dolor cruzar por los ojos de Bruce Gordon. Solo fue un instante, pero el suficiente para que Edom se cuestionase cómo aquel hombre podía contener aquello en su interior y mantenerse inquebrantable—. También me pidió que si seguía vivo para entonces —continuó haciendo un alto antes de decir

las palabras que podrían hacer que le cortasen el cuello o le atravesasen con una flecha certera—, debía matarle, y llevarte el mismo mensaje.

—Maldito loco —exclamó Irvin apretando los dientes.

Meribeth tembló al escuchar esas palabras, porque ella ya lo sabía. El día que se despidió de ella con la esperanza en la boca vio la verdad en sus ojos, la de un adiós impuesto, injusto y desgarrador, y no dijo nada… porque le entendía demasiado bien, porque ella hubiese hecho lo mismo. Eso era lo que la razón le decía y le dictaba el corazón y, sin embargo, las entrañas se le retorcían al pensar que él estaba dispuesto a morir y dejarla atrás.

La mano de Duncan en su brazo la trajo de vuelta, serenándola lo suficiente para que su temblor no fuese visible. La mirada de su tío, llena de comprensión, la hizo tragar saliva, y la fuerza y determinación que subyacían en sus ojos la mantuvo centrada en la misión, olvidando todo lo que no fuese sacar de allí con vida a Broc.

—Cuando lo tenga entre mis manos lo mato —dijo Meribeth entre dientes, cruzando una mirada con Gordon, reconociendo ambos en los ojos del otro lo importante que era Broc para ellos, lo que admiraban su maldita forma de ser, su corazón noble, su naturaleza rebelde, la forma de darse a los demás, honesta y genuina, sin pedir nada a cambio, y lo equivocado que estaba a su vez si pensaba que entregando su vida evitaría una guerra y las muertes que conllevaba. En los ojos de Bruce había una sentencia de muerte dirigida a todos aquellos que hubiesen osado hacerle daño, porque la vida de Broc no tenía precio, ni aceptaría jamás su sacrificio.

Bruce sintió una mano apretar la suya. No tuvo que mirar hacia su derecha para saber de quién era, pero sus ojos se desviaron al sentirla temblar. Lo que vio en el rostro de Meribeth, el amor infinito, el desgarro de la incertidumbre, el dolor por la impotencia, la fuerza arrolladora, el anhelo, la furia y la sed de justicia. Comprendía ese sentimiento tan bien que no hacían falta las palabras. Sabía que Meribeth amaba a Broc como los Gordon amaban, con el corazón en la mano y el pecho abierto en canal.

—Pase lo que pase, sácalo de ahí —pidió Meribeth con un tono mitad súplica, mitad orden. Y Bruce apretó su mano de vuelta porque aquella noche volvería con todos o caería el último.

XXXIII

Broc sentía como si le hubiesen arrancado los brazos de cuajo. El último golpe le había hecho caer con todo su peso hacia atrás y sus brazos, entumecidos y agonizantes, parecieron cercenarse por el impacto. Tuvo que apretar los dientes antes de dejar salir cualquier tipo de lamento. Durante la noche y esa misma mañana, Erskine y los mercenarios le habían dado una tregua, sin embargo, desde el atardecer, *laird* Farquharson acompañado por cuatro de sus *highlanders*, así como Cuddle, Chaid y cinco mercenarios más se afanaban en torturarle nuevamente, a la vez que se vanagloriaban de su plan, totalmente imbuido en sus delirios de grandeza.

Broc solo veía a un hijo de perra ególatra, demente, al que la vida o el sufrimiento humano le daban igual. El solo hecho de creer por parte de Farquharson que se podía comparar a Bruce le daba ganas de vomitar.

—¿Está todo preparado para pasado mañana? —preguntó Erskine a Cuddle cuando pensó que Broc había vuelto a la inconsciencia después del golpe que había recibido de manos de Chait. Erskine apenas toleraba a aquellos perros contratados, pero había que reconocer que podían ser sumamente efectivos cuando se lo proponían. Eran violentos y sabían cómo usar la imaginación a la hora de provocar dolor. El que le hubiesen arrancado dos uñas al mediano de los Gordon había sido inspirador. Había visto salir sangre de la boca del *highlander* en su afán por no gritar; el muy bastardo se la había mordido por dentro para evitar soltar un alarido; sin embargo, a Erskine no le hacía falta escuchar ese sonido desgarrador procedente de su garganta para saber que el dolor había sido atroz. Los ojos de Broc Gordon estaban nublados de aguantar la agonía, la palidez de su rostro, su sudor frío y su precaria capacidad en ocasiones para mantenerse en pie eran signos suficientes de lo cerca que estaba de romperse. Y él lo estaba disfrutando más de lo que podía haber imaginado, deseando que llegase el momento en el que el maldito Gordon se quebrase, aguardando impaciente el instante en que pudiese mostrárselo a Bruce. Eso sería grandioso y saborearía su triunfo unos momentos antes de rajarle a Gordon las entrañas y terminar con ese bastardo de una vez por todas.

—Sí, no se preocupe. Tendrá lo que quiere. Si ese bastardo aparece acompañado lo mataremos con una flecha en mitad de los ojos y le traeremos después su cuerpo, y si viene solo, lo arrastraremos hasta aquí para que vea la sorpresa que le ha preparado antes de desmembrarlo poco a poco.

La sonrisa desquiciada de Erskine, fría como el tempano, se abrió paso entre sus labios como si le hubiesen hecho el mejor presente de toda su vida.

—Si cree que va a poder vencer a Bruce es que es más estúpido de lo que pensaba —comenzó Broc con la voz ronca y la respiración agitada cuando se puso erguido con dificultad y levantó la cabeza para mirar fijamente a Erskine—. Débil, cobarde y estúpido loco de mierda —espetó Broc y la expresión de Farquharson cambió en un instante, con la rabia distorsionando cada una de sus facciones.

—Da gracias a que quiero ver la cara de tu hermano cuando vea lo que te he hecho, si no ya estarías muerto, bastardo —escupió Erskine entre dientes.

Broc sonrió de medio lado y la inconsciencia estuvo a punto de arrastrarlo de nuevo.

—Hazlo si te atreves… así te estaré esperando en el infierno.

La mirada de Erskine revelaba que se estaba conteniendo para no darle al mediano de los

Gordon lo que este le pedía. Un desafío que no había caído en saco roto, y Broc se congratuló de comprobar lo fácil que estaba siendo provocar a aquel malnacido.

Farquharson sacó su puñal de su bota izquierda y se acercó a Broc lentamente hasta apoyar la punta del mismo en el centro del pecho del mediano de los Gordon.

—Mírame mientras te arrebato la vida con mis propias manos —dijo Erskine acercando su cara a la de Broc.

—*Laird* Farquharson, no olvide su plan. No caiga en la provocación de este bastardo. Ha esperado mucho tiempo para llegar hasta aquí —dijo uno de los *highlanders*, el que era la mano derecha de Erskine.

Las caras de los mercenarios, en cambio, eran de total indiferencia. A ellos se les pagaba por realizar un trabajo; si la persona para la que trabajaban quería un cambio de planes, ellos no eran nadie para discutírselo.

Erskine iba a decir algo cuando una voz grave, potente y llena de fuerza resonó en la estancia enmudeciendo a todos los presentes.

—Si brota una sola gota de su sangre, te cortaré la cabeza para ponerla en una pica y que se pudra a la intemperie, en el mismo seno de tu clan.

Erskine se movió tan rápido que estuvo a punto de enredarse con sus propios pies antes de que sus ojos se abrieran descomunalmente al contemplar a Bruce Gordon a unos pasos de distancia, a la espalda de Broc.

Sus hombres de confianza, así como los mercenarios presentes, se pusieron en guardia antes de que él pudiese reaccionar, mientras veía a Bruce Gordon moverse por su gran salón con una seguridad y templanza inconcebibles para alguien que se encontraba solo en territorio enemigo y en clara desventaja en número. Quizás siempre había sobreestimado a aquel hijo de perra y en verdad era un necio pagado de sí mismo que se creía su propia leyenda, considerándose invencible.

—¿Cómo has podido llegar hasta aquí? ¿Cómo has evitado a mis hombres y cruzado mi territorio sin que te hayan visto? —preguntó Erskine deteniendo con un gesto de su mano el avance de sus hombres hacia Gordon. Este no suponía ningún peligro para él, a pesar de saber que el *highlander* debía tener algún plan, porque no podía ser tan estúpido como para entrar allí con solo una espada y pensar salir victorioso.

La mirada de Bruce se desvió sobre su hombro hasta donde estaba su prisionero y una ola de satisfacción y euforia recorrió su cuerpo al comprobar la mirada del lobo solitario, de ese que decían que nada podía afectarle, tan frío y gélido como el invierno.

La sonrisa de Erskine y la emoción que le embargó al principio al tener a Bruce Gordon donde quería se fueron desdibujando de su boca al observar el cambio que sufrió la expresión de sus ojos.

Esos orbes que le parecieron pardos al principio, en los que creyó ver un abismo de desesperación, en esos momentos arrojaban una emoción distinta. Las sombras en ellos se hacían cada vez más grandes, mientras algo aterrador parecía salir directamente de sus pupilas, invadiendo aquella estancia. Incluso su cuerpo sintió el frío que destilaban.

—Es imposible que hayas llegado hasta aquí sin ayuda de alguien de los míos. Alguien que estará muerto en cuan…

Las palabras murieron en su boca cuando la figura del muchacho salió del fondo de la estancia para ponerse al lado de Bruce.

La mueca de odio en el rostro de Erskine contrajo sus facciones dotándole de un aspecto dantesco. Y en ese momento lo entendió. Si habían entrado en la sala era porque alguno de los

pasadizos no había sido tapiado. Él no había estado interesado en ellos. Siempre los consideró un peligro y en cuanto tuvo la potestad necesaria los mandó destruir. Erskine sintió la ira acumulándose en su sangre, a punto de hervir, cuando una idea tomó forma en su mente, porque aquel trabajo, el de inutilizar los pasadizos, se lo encargó en su día a su hermano Cailean, adquiriendo de pronto aquella traición una mayor dimensión. Sabía que la relación con su hermano nunca había sido buena, sin embargo, jamás imaginó, sabiendo cómo Cailean amaba a su clan, que este fuese capaz de traicionarlo. Si su hermano siguiese con vida volvería a matarlo con sus propias manos.

—Estás muerto, pequeño engendro del diablo —escupió Erskine lentamente, mirando fijamente a Moray, con una calma fría y un odio claramente arraigado—. Mi hermano te protegió todos estos años, y ahora veo claro que yo debería haberte matado. Desde que Cailean te encontró casi muerto y te recogió, cambió. Tú envenenaste su mente hasta pudrirlo y llevarlo al extremo de traicionar a su sangre y a su clan. Afortunadamente, el perro ha muerto, a manos mías —dijo Erskine y se congratuló al ver por un instante lo que esa información había ocasionado en el muchacho. Ver ese destello de dolor en sus ojos, en esos que parecían imperturbables, fue un auténtico placer—, y ahora que él no está, nadie va a impedir que te saque las tripas con un cuchillo, lentamente.

La satisfacción de haber provocado dolor al chico se desvaneció cuando este abrió la boca.

—No le temo a la muerte, Erskine, pero siento decepcionarte, porque no seré yo quien perezca esta noche sobre estas piedras —dijo con calma—, y nunca me ha producido satisfacción el sufrimiento ajeno y menos la muerte de un ser humano, pero en este caso he de confesar que no sentiré pena por la tuya, porque este mundo será un sitio mucho mejor sin ti en él.

Broc pensó, al escuchar al principio la voz de Bruce, que los golpes y la tortura a la que le habían sometido durante los últimos días habían nublado sus sentidos, embotándolos, haciéndole delirar; sin embargo, aquella frase era tan de su hermano que, a pesar de saber que era imposible que Bruce llegase hasta allí sin que nadie se lo hubiese impedido, sacó fuerzas de donde apenas quedaban para levantar la cabeza y buscarle.

La figura de Bruce, su rostro a corta a distancia… parecía él, pero fue su mirada, sus ojos fijos en Broc, lo que le despejó del todo, irguiéndose al instante como si la fuerza que emanaba de ella le insuflara vida a él.

Desde su llegada a tierras de los Gordon había sentido lo que era tener una familia, lo que era estar al lado de personas que le importaban y a las que, a su vez, él les importaba. Bruce y Kam se entregaron por completo a forjar con él una relación de hermanos, lo aceptaron sin preguntas, sin dudas ni reticencias, y compartieron su hogar con él como si Broc tuviese derecho a ello solo por portar su misma sangre.

Aquello lo desconcertó y su parte protectora, esa que le había hecho sobrevivir durante tantos años, se impuso. Le costó dejar que el muro que tan concienzudamente había levantado a lo largo de los años se resquebrajase, desconociendo que parte de él seguía en pie, inquebrantable, hasta ese momento. Pensar que Bruce acudiría al intercambio no fue lo mismo que presenciarlo, que ver con sus propios ojos y sentir hasta los huesos cómo alguien de su familia haría lo que fuese por él. Eso derribó el último vestigio de resistencia arrasando con todo, dejándolo completamente al descubierto.

Ese descubrimiento que debería haber sido una fuente de alegría para él fue distinto a la maraña de emociones que recorrieron su cuerpo al contemplar a Bruce en una clara desventaja de

nueve a uno. Impotencia y dolor hasta tal punto que lo que la tortura no había conseguido, arrancarle un solo sonido de los labios, aquella imagen lo haría sin dificultad, sobre todo cuando sintió que se le congelaba la sangre en las venas al ver a Meribeth emerger de las sombras y andar hasta colocarse a la izquierda de Bruce.

Si ver a su hermano en peligro le había dejado al borde del abismo, contemplar a Meribeth en la misma situación lo volvió loco. Un gruñido salido de lo más profundo de su garganta rompió el silencio reinante.

Los ojos de Erskine, por un instante, al igual que los de Meribeth y Bruce se desviaron hasta Broc que, con rabia, miraba a Erskine con intensidad.

—Si todavía te quedaban fuerzas, bastardo… —escupió Erskine con sarcasmo y una sonrisa ladeada.

Bruce puso una mano encima del brazo de Meribeth cuando esta dio un paso hacia delante con el rostro desencajado y la clara intención de ir hacia Broc.

Lo que vio en la mirada de Gordon la detuvo en el acto. Bruce se lo estaba diciendo todo con los ojos y tenía razón, debía ceñirse al plan, pero ver a Broc en aquel estado la estaba matando. No sabía cómo Bruce podía contenerse de aquella manera.

—¿Te gusta mi regalo? —preguntó Erskine a Gordon señalando a Broc—. Este no era el plan inicial, pero no importa. Esto es incluso más satisfactorio —prosiguió Farquharson con una sonrisa en los labios—. Contemplar tu expresión al verlo así, sin que puedas hacer nada, es impagable. El gran lobo solitario, al que todos respetan y al que muchos temen, no puede ni siquiera salvar a su hermano; el mismo que pronto morirá a mis manos.

La mirada de Bruce se oscureció, dando varios pasos al frente, acortando la distancia entre él y Erskine.

—¡Que nadie se mueva! —espetó Erskine cuando sus hombres reaccionaron al movimiento de Bruce dando también un paso al frente.

—Señor, está claro que no está solo, no sabemos cuántos más pueden haberle acompañado por ese pasadizo —dijo en una súplica uno de los *highlanders* Farquharson.

—No seas estúpido —respondió Erskine sin dejar de mirar a Bruce—. Gordon está en mis tierras, dentro de mi castillo. Aunque lo haya hecho con ayuda de algún traidor, solo ha podido traer a un número reducido de sus hombres, ¿verdad? —preguntó al aire ya que no esperó respuesta antes de continuar—, porque un número mayor no hubiese pasado desapercibido al borde de mis tierras. Esta era una misión de rescate, no de guerra —siseó al final, cuando Cuddle se acercó y le dijo algo en voz baja, al oído. Erskine escuchó con atención antes de que sus ojos relucieran con un brillo peligroso. Cuando Cuddle se retiró de nuevo hacia atrás, el *laird* siguió como si aquella pequeña interrupción no hubiese tenido lugar—, porque declararme la guerra sin pruebas que aportar al rey hubiese supuesto para el clan Gordon su destrucción ante la corte. ¿Cómo justificar allanar mi territorio y entrar hasta el seno de mi hogar si no es para matarme como solo un cobarde haría? Hasta el muchacho a tu derecha hubiese tenido que declarar que fueron unos mercenarios los que le retuvieron junto a Broc. *Laird* Gordon sabía que no tenía pruebas que me relacionen con el secuestro de su hermano —continuó sonriendo con malicia—, y que lo que ha hecho está muy mal —dijo chasqueando la lengua como si estuviese regañando a un niño pequeño—. Ha podido traer a más hombres, pero no pueden superarnos en número ni pueden salir de mis tierras con vida. Es una pena —dijo Erskine mirando a Bruce con un falso pesar—, si hubieses seguido nuestras órdenes, nadie salvo tú y tu maldito hermano hubieseis muerto. Ahora, por tu imprudencia, deberán morir todos los que han violado mi hogar sin mi consentimiento. Estoy en mi derecho. Has venido a matarme y yo me defendí —continuó con

sorna—. No tuve más remedio para salvar mi vida que segar la tuya y la de tus hombres. La enemistad entre nuestros clanes te cegó al desaparecer tu hermano y decidiste culparme sin razón, volviéndote loco. Será algo que…

—Con lo aburrida, insustancial y poco inteligente que es tu verborrea, lo que me extraña es que no te hayan matado ya —dijo Bruce dando otro paso al frente—, quizás porque el destino me tenía reservado ese placer.

Los ojos de Erskine se achicaron y su ceño se frunció ligeramente cuando sintió la rotunda sinceridad que destilaron las palabras de *laird* Gordon. No había recelo ni miedo en sus ojos tras lo que le había expuesto. Al contrario, sus orbes destilaban la gélida determinación y la inhumana resolución de un asesino sin escrúpulos.

—Da la alarma —ordenó Erskine en ese instante a uno de sus hombres. Incluso Cuddle hizo el gesto a varios de los suyos para que abandonaran la estancia; sin embargo, la voz de una mujer resonando entre las cuatro paredes del gran salón los mantuvo pegados al suelo.

—A todo aquel que abra esa puerta o dé un solo paso le insertaré una flecha en mitad de los ojos.

La cabellera color miel con destellos dorados apareció por uno de los laterales. En sus manos, tensado y listo para disparar, un arco, apuntando directamente a la cabeza de Erskine.

—¿Una mujer? —preguntó con desprecio.

—La mejor guerrera que conocerás en tu corta vida —dijo Bruce con una calma impensable para alguien que se supone que iba a morir—. Yo me tomaría sus amenazas muy en serio, no en vano la llaman la mataclanes.

La mirada de Erskine y las de los presentes se volvieron de nuevo con rapidez hacia la joven mujer que aguantaba la tensión del arco como si sus brazos fuesen de hierro forjado. Todos habían oído hablar en las Highlands de la mataclanes, la hija de McGregor y esposa del jefe del clan McAlister. En ese momento la relevancia de que ella estuviese allí caló en la mente de Erskine como un bloque de piedra, mirando con desconcierto a Bruce.

La risa baja y desgastada de Broc resonó en los oídos de Erskine como si fuese una broma de mal gusto antes de escuchar las siguientes palabras de Bruce.

—No se debe desafiar a un lobo cuando amenazas lo que es suyo —prosiguió Gordon—, ni proclamas tu victoria hasta que tu oponente no está muerto a tus pies.

—Ni desprecias las habilidades de mi esposa por ser una mujer —dijo una voz de hombre desde el fondo.

Erskine dio un paso atrás cuando reconoció a Evan McAlister, *laird* del clan McAlister, posicionándose al lado de su esposa, con la espada en la mano.

—Ni debes dar por sentado que el rey creerá tu palabrería barata y sin sentido. Menos mal que estoy aquí para dar fe a nuestro monarca de lo que realmente ocurre entre estos muros —exclamó Logan McGregor acercándose hasta Meribeth, colocándose a su izquierda.

—¡Maldito hijo de perra! —escupió con rabia contenida Erskine que, mirando a Bruce, pareció tomar conciencia poco a poco de la estrategia de su enemigo, una que no le otorgaba salida alguna.

—Sí, sí que lo es, es un maldito hijo de perra, pero es lo que más me gusta de él —exclamó Irvin emergiendo de entre las sombras junto a su primo, *laird* McPherson, al cual miró con perplejidad fijamente Erskine antes de hablar.

—Si tocas a un Gordon, le declaras la guerra a todos los McPherson —declaró Duncan con la mirada dura y la voz templada, esa que hacía que pareciese que nada ni nadie podía perturbarlo.

—Y a los McThomas —bramó Firth desde la esquina de la estancia, desde la que avanzó junto a Craig para situarse detrás de Bruce, cubriendo su espalda.

—Y mi prima está casada con un McPherson, así que, por extensión, si los desafías a ellos, desafías a los MacLaren, y yo soy el *laird* del clan MacLaren —dijo Grant acercándose a donde se encontraba Broc, consiguiendo crear una media luna que abarcaba la mitad del salón, justo enfrente de Erskine, sus hombres y los mercenarios.

—Deberías mirarte el semblante, Farquharson —dijo Bruce con un tono de voz helado, tan afilado como la hoja de su puñal y tan certero como las flechas de su pelirroja—. Ha merecido la pena aguantar tu absurda charla solo para ver tu rostro, descompuesto y desprovisto de color.

Erskine apenas pudo tragar la escasa saliva que permanecía aún en su boca. Era como si hubiese tomado serrín y su garganta estuviese en carne viva. Jamás hubiese imaginado que Bruce Gordon, aquel *highlander* odiado e incomprendido por todos, sin amigos y cuyo único aliado, Duncan McPherson, había sido durante décadas enemigo suyo tuviese el poder suficiente para convocar a su lado a tal número de *lairds* pertenecientes a los clanes más poderosos de las Highlands. Aquello era imposible y sin embargo lo estaba contemplando con sus propios ojos. ¿Cómo y desde cuándo Bruce Gordon tenía, no solo aquel número de aliados, sino de tal importancia como para que todos arriesgasen su vida por él?

—¿Crees que puedes engañarme? —preguntó Erskine desquiciado—. Sabía que no arriesgarías la vida por tu hermano, pero que vendrías por orgullo. Querías castigar a aquel que había osado desafiarte, y para ello no solo estabas dispuesto a que matara a este bastardo, sino que has conseguido con mentiras convencer a los mejores *lairds* de las Highlands de que respalden tu locura —dijo Erskine con odio—. No lo conocen, pero este hombre es un monstruo, al igual que lo era su padre —bramó a todos los presentes señalando a Bruce con un gesto desproporcionado—. Durante años hemos sufrido el acoso, la ira y la sanguinaria naturaleza de su progenitor, cobrándose la vida de muchos Farquharson, deshonrando el honor de estas tierras y de sus hombres y provocando nuestra desgracia —prosiguió nervioso y alterado—. Lo que he hecho ha sido por necesidad, por obligación con los míos, por su supervivencia, una que necesito proteger y cuya única forma es acabando con la semilla del mal. No quería una guerra, solo terminar con su vida, con la del mismísimo diablo —espetó al final.

—Es verdad que es insoportable, mandón, individualista, brutalmente sincero y un grano en el culo —intervino Irvin, cortando las próximas palabras de Farquharson—, pero no voy a permitir que lo compares a Bryson Gordon ni que ensucies las razones por las que arriesga su vida —remarcó con evidente furia—, aunque para ello tenga que arrancarte la lengua y hacértela tragar después.

La mirada de Erskine que se desvió con rapidez, como un demente, de un rostro a otro de los presentes evidenciaba el desconcierto por la muestra de lealtad hacia Bruce Gordon. ¿Cómo podían estar tan cegados aquellos hombres? Debía hacérselo entender. Aquel hombre no era honorable, solo era un lobo con piel de cordero, para el que el poder y el orgullo lo eran todo. Con una rapidez que no esperaron los presentes, Erskine cogió a uno de sus hombres y lo empujó hacia delante escudándose en los otros dos que dispuestos a su lado creaban la línea más cercana al prisionero.

Con la distracción creada, Cuddle y Chait, así como el resto de los mercenarios, corrieron hacia la puerta. El grito ensordecedor de Cuddle cuando su mano derecha fue clavada a la misma con una flecha y el gruñido de otro de los hombres que iba tras él al caer al suelo con su pierna atravesada por la extraordinaria puntería de Meg los detuvo en el acto, sobre todo cuando la

espada de Grant se asentó en la garganta de Chait.

—Ni se te ocurra moverte —dijo MacLaren, mientras McAlister, Irvin, Firth, Craig y McGregor desarmaban a los hombres de Farquharson y al resto de mercenarios.

Sin embargo, todos los ojos se desviaron hacia el cuello de Broc en donde la hoja del puñal de Erskine descansaba.

—No vas a destruirme, no es así como debían ser las cosas. Soy yo, ¿me oyes? Yo quien va a matarte a ti.

Meribeth miró a aquel desquiciado con el corazón retumbando en su pecho como si estuviese a punto de estallar. Sabía que Erskine no tenía salida, y por eso era tan peligroso en aquel instante. Meg apuntaba con su arco en su dirección como si estuviese esperando el momento propicio. Duncan y Bruce estaban cerca, enfrente de él, con sus espadas en las manos, mientras Erskine sostenía la cabeza de Broc ligeramente hacia atrás, apretando la hoja sobre su piel y dejando claro que segaría su vida si no hacían lo que él quería.

De nuevo el destino volvía a ponerla en una situación donde solo podía ser espectadora de cómo la vida de alguien importante para ella pendía de un hilo. Sintió la impotencia correr por sus venas de nuevo y el aire en aquella estancia pareció evaporarse a tenor de cómo le costaba, cada vez más, inspirar. Se estaba ahogando…, por Dios…, no podía perderlo.

—Suéltale y tómame a mí en su lugar. Es a mí a quien quieres matar, no a él —escuchó decir a Bruce, y sus ojos, que no se habían despegado de Broc en ningún instante, se abrieron a causa del miedo.

Meribeth conocía muy bien la fortaleza y la templanza de Broc, se lo había demostrado con creces. Cuando salieron del pasadizo y esperó entre las sombras tuvo tiempo de ver lo que habían hecho con él. Su espalda destrozada, sus brazos atados y amoratados por las cuerdas y los golpes. Su costado herido y sus antiguas heridas abiertas, incluido el vendaje en el dedo meñique de su mano que estaba lleno de sangre. Debía llevar allí días, torturado como les había dicho Edom, y sin embargo cuando salió de su escondite y pudo mirarle a los ojos no vio temor en ellos, salvo cuando la reconoció. No temía por su vida, sino por la de ella, al igual que ahora, sus ojos verdes, esos que adoraba y que eran capaces de atravesar su alma, destilaban miedo por la posibilidad de que su hermano se cambiase por él.

Meribeth escuchó el gruñido bronco que salió de sus labios cuando Bruce lanzó la oferta a Erskine, antes de que con rabia dijese la única palabra que Meribeth sabía que saldría de sus labios.

—Nooo —dijo con voz ronca y rota antes de que el cuchillo de Erskine se clavase aún más en su piel e hiciese que unas gotas de sangre resbalasen por ella hasta su pecho.

A Bruce no le dio tiempo a gritar cuando vio el cambio en la mirada de Broc. Este fue demasiado rápido y ella solo pudo correr hacia él cuando este ya iniciaba el gesto.

El cabezazo hacia atrás que propinó a Erskine, que todavía sostenía su cabeza con fuerza, provocó que el puñal cortase aún más la carne. Farquharson no esperó ese movimiento por parte del *highlander*; no concebía que nadie antepusiera la vida de otra persona sobre la suya misma, y esa fue su perdición. No imaginó en ningún momento que Broc se aventurara a una acción tan descabellada que podría costarle la vida, a tal punto de cortarse el cuello a sí mismo, solo por evitar que Bruce ocupase su lugar. Él, que había matado a su hermano con sus propias manos, jamás sería capaz de entender el sentimiento que llevaba a otros a darlo todo por otra persona.

El chasquido de un hueso al romperse seguido de un gruñido profundo les dio a Duncan, Bruce y Meribeth la oportunidad de separar a Erskine de Broc. Bruce llegó a tiempo de detener a Erskine, que, repuesto del golpe, levantó su puñal para asestar el golpe final en el pecho de su

hermano. Ni siquiera tuvo una oportunidad. Gordon paró el golpe a un palmo de distancia del corazón de Broc, y mirando a Farquharson a los ojos le retorció la mano y el brazo hasta que Erskine, con un alarido, soltó el puñal. El golpe que después le propinó en el estómago lo hizo doblarse en dos.

—Levanta —dijo Bruce entre dientes.

Erskine boqueó en el suelo antes de levantar sus ojos hacia Bruce.

A la misma vez, Meribeth corrió hasta Broc para poner sus dedos en el cuello del *highlander*, deteniendo así el flujo de sangre, y rogando una y otra vez para que la herida no fuese mortal, mirando a los ojos de Duncan con desesperación cuando este se acercó rápidamente para comprobar la gravedad de la herida.

—No es profunda —tuvo que decirle dos veces McPherson para que entendiese sus palabras y dejase salir el aire que sin saberlo había estado reteniendo en su interior.

—Meribeth, estoy bien —dijo Broc con voz ronca levantando la cabeza, mirándola directamente a los ojos. Esa forma de pronunciar su nombre, como si lo estuviese acariciando, estuvo a punto de quebrarla. Puso la mano en su mejilla y quitó los mechones de pelo que con el sudor y la sangre se le habían quedado adheridos a la piel, mientras Duncan cortaba las cuerdas que lo seguían manteniendo preso. El gruñido casi salvaje que salió de sus labios cuando fueron liberados hizo que Meribeth lo sujetase con ayuda de Duncan por la cintura. Sin embargo, Broc se deshizo parcialmente de su agarre para girarse lentamente y mirar de frente a Erskine y a Bruce.

—No puedes matarme, aunque lo desees —espetó Erskine cuando vio la mirada de Gordon—. Has traído a todos estos *lairds* hasta aquí para asegurarte de preservar tu vida, pero lo que no has pensado es que al hacerlo también debes salvar la mía. No puedes matar a un *laird* sin una causa justa y yo —dijo Erskine levantando sus manos y enseñándolas carentes de armas—, no soy ninguna amenaza. Estoy desarmado.

McAlister, que había desprovisto de sus armas a varios hombres de Farquharson, lanzó una de ellas a los pies de Erskine.

—No, no lo estás. Yo te he visto con esa espada en la mano —sentenció Evan. La sonrisa en los labios de su esposa Meg mientras seguía manteniendo el arco en tensión expresó sin mediar palabra la satisfacción que le habían producido esas palabras. Aquel bastardo no se escaparía de las fauces de la muerte tras casi matar a Kam, de torturar y querer asesinar a Broc y de planear la muerte de Bruce.

—Yo también soy testigo de ello —expresó Meg con voz fuerte y segura.

—Que me maten si no confieso por mi honor ante el rey que te vi empuñar esa espada con intención de matar a Bruce Gordon —expresó MacLaren.

—Verteré mi sangre para jurar ante quien sea necesario que lo amenazaste empuñando esa espada —dijo Firth McThomas.

—Mi vista no es lo que era, pero cierto es que este hijo de perra —dijo Irvin señalando a Erskine— no solo le tendió una trampa a Bruce, sino que lo atacó sin piedad con intención de asesinarlo a sangre fría, y con esa espada —continuó con una mueca divertida en el rostro.

—No os saldréis con la vuestra, esto será un asesinato y yo… —comenzó Erskine.

—Coge la espada —volvió a decir Bruce con un tono de voz que cortó cualquier intención de réplica por parte de Farquharson.

—Toma la espada —dijo una voz saliendo de entre las sombras.

El pasadizo por el que habían llegado todos daba a una pequeña estancia contigua al gran salón. Esa diminuta habitación nunca fue bloqueada, puesto que a ella solo podían acceder los

habitantes del castillo; sin embargo, si hubiesen sabido del pasadizo que había oculto bajo ella aquel espacio hubiese sido destruido hacía mucho tiempo.

Por esa habitación habían accedido miembros del clan Farquharson que, a la llamada de Edom a órdenes de Bruce, entre las sombras, habían presenciado todo lo acontecido en los últimos instantes.

Los ojos de Erskine se abrieron y su rostro se demacró aún más cuando varios de los ancianos del clan, algunos afectos a él hasta ese momento y otros opuestos a su forma de pensar, junto a Eairrsidh y su hijo Dour dieron unos pasos hacia delante quedando plenamente a la luz.

—Toma esa espada y defiende el honor de tu clan —dijo Eairrsidh con fuerza.

—Gordon y el resto de *lairds* han entrado en nuestras tierras y violado la seguridad de nuestro hogar. Quieren matarme y no voy a…

—He visto y oído suficiente para saber que el único que ha deshonrado a su clan, el único que es un asesino capaz de matar a su hermano moribundo con sus propias manos y llevado a su clan al borde de la destrucción eres tú —dijo Eairrsidh entre dientes. Su furia era visible al igual que en el resto de los presentes—. Ellos tienen derecho a desafiarte y tú no puedes negarte.

—O aceptas el desafío o morirás a la intemperie, desnudo, expuesto a nuestro clan y a los suyos para que te torturen hasta la muerte por cada una de tus ofensas —dijo otro de los ancianos.

—Nadie me ordena lo que hacer…, ¿me oís? ¡Yo soy *laird* Farquharson!

—Ya no —dijo otro de los ancianos—. Se hará oficial más adelante, en una votación consensuada, pero ya no te reconozco como *laird* y en este instante otorgo mi lealtad a Eairrsidh.

—Y yo —dijo otro de los *highlanders* de mayor edad.

La cara de estupefacción de Farquharson hubiese sido delirante si no fuese por la situación difícil y dramática que se respiraba en aquel instante.

Bruce dio un paso más al frente, con su espada en la mano y el infierno reinando en sus ojos.

—Toma la espada o será una muerte lenta y dolorosa.

La mano de Broc asió el brazo de Bruce, deteniéndole, haciendo que este volviese la cabeza con rapidez para mirarle a los ojos.

—Este enfrentamiento es mío —dijo el mediano de los Gordon, apretando los dientes al final cuando un ramalazo de dolor cruzó su espalda.

Broc vio la duda en los ojos de Bruce.

—No estás en condiciones —contestó este en voz baja, suficiente para que él y Meribeth, que estaba a su lado, al igual que Duncan, escucharan sus palabras.

—Puedo con él —aseguró Broc irguiéndose con determinación y tragándose el dolor que todo su cuerpo clamaba, incluso en zonas que no pensó posible. Había recuperado la sensibilidad en sus brazos y en sus manos. Eso era más que suficiente para enfrentarse a Erskine—. Confía en mí, hermano —dijo lentamente mirando fijamente a Bruce a los ojos. Pardos contra verdes, en una silenciosa conversación donde las emociones lo abarcaban todo. Era la primera vez que le llamaba así, la primera vez en que el último bastión de sus defensas no estaba entre los dos. Durante su cautiverio pensó mucho en lo que Kam y Bruce le habían dicho en repetidas ocasiones: que le costaba confiar. Él sabía que eso era cierto y comprendía que el muro que había erigido a su alrededor era difícil de derribar. No en vano, lo había construido durante años para sobrevivir, y aunque su mente desde que decidió ser un Gordon comprendía que debía destruir esa última defensa, su corazón siempre fue renuente a hacerlo. Ahora que había caído de golpe, ahora que era completamente libre, sus emociones inundaron sus ojos a raudales. Y Bruce fue

consciente de ello cuando sus orbes lo miraron con intensidad al escuchar esa simple palabra: «hermano».

—De acuerdo —dijo Farquharson escupiendo saliva cuando pronunció esas palabras con odio—, lucharé contra él, pero si le venzo perdonaréis mi vida —dijo con un brillo calculador en sus ojos. No lucharía contra Bruce, no era estúpido, pero contra Broc, eso era harina de otro costal. Erskine era muy bueno con la espada y, dadas las condiciones en las que se encontraba su adversario, podría acabar con él sin dificultad.

Bruce escuchó las palabras de Erskine sin dejar de mirar a su hermano, antes de soltar lentamente la empuñadura de su espada y agarrarla por la hoja, tendiéndosela a Broc. Este la tomó con presteza, deteniendo el movimiento cuando Bruce la retuvo un instante más.

—Si te hace un solo rasguño no encontrarán un pedazo reconocible de él —sentenció, y Broc, a pesar de cómo se encontraba y del momento, sonrió dejando escuchar a los presentes su risa, suave y grave.

—Y yo lo remataré mandando directamente esos pedazos al infierno —dijo Meribeth, y Broc la rodeó con su brazo izquierdo para apretarla contra su pecho, inhalando el aroma de su pelo, ese que lo había mantenido con vida durante el tiempo que había permanecido preso entre aquellos muros. La miró a los ojos, desbordados los suyos por todo lo que sentía, y la besó en los labios, suavemente, entregándole el alma. Ella conseguía poner todo su mundo al revés con solo pronunciar su nombre.

—Es lo más bonito que me han dicho nunca —dijo Broc en voz baja, cuando separó sus labios de los de ella. El brillo canalla en los ojos de Meribeth encendió su deseo de besarla de nuevo, hasta que ambos se quedasen sin aliento.

—Pues tendremos que cambiar eso —respondió Meribeth mirándole a los ojos—. Me temo que necesitaré el resto de mi vida para remediarlo. ¿Es mucho tiempo? —preguntó casi en un susurro.

—Te dije una vez que quería más de una vida a tu lado —dijo Broc, y la sonrisa de ella, radiante, haciéndola brillar por completo, lo dejó sin aliento.

—Todas son tuyas —contestó Meribeth, y Broc sintió su pecho expandirse con una emoción que amenazó con hacerlo estallar. Su vida, su alma, su corazón, su hogar… no era la tierra, ni un clan, tampoco una promesa o el arraigado sentido del deber y el honor… Su hogar eran las personas a las que amaba. Allí, en la tierra de un clan enemigo, en el seno del castillo de los Farquharson, torturado y rodeado de personas que deseaban su muerte, sintió que lo tenía todo, más de lo que alguna vez se atrevió a desear y que jamás pensó que alcanzaría. Al mirar a los ojos de los suyos, al verlos allí, cerca de él, volvió a sentir el verdadero significado de tener una familia. Una forjada por la libertad, y por los sentimientos más honestos, generosos, transparentes e incondicionales que había conocido jamás.

Asiendo con fuerza la espada que le había dado Bruce, con la determinación y el impulso que le otorgaban todas aquellas emociones, producto de la necesidad férrea de proteger lo que amaba y no podía perder, besó suavemente a Meribeth y se volvió hacia Erskine con una mirada implacable.

—Terminemos con esto —dijo Broc a Erskine antes de dirigirse al centro de la estancia donde todos los presentes se dispusieron formando un círculo, dejando espacio suficiente en el centro para la contienda.

Erskine sonrió dejando escapar una risa sarcástica, mientras echaba una mirada a su alrededor. Sus hombres estaban desarmados y contenidos por Evan McAlister, los hermanos McThomas e Irvin McPherson, y los mercenarios, esos desgraciados, estaban vigilados por

Logan McGregor y Grant MacLaren. Puestos de rodillas y con las manos en la espalda para que no tuviesen la tentación de realizar algún movimiento.

Esos desgraciados a los que había pagado una fortuna ni siquiera habían sido capaces de llevar a cabo su misión. Ahora Bruce Gordon debería descansar bajo tierra y no allí, frente a él, pagado de esa arrogancia y falsa superioridad que le ponía enfermo.

Quizás había sido impulsivo e impaciente, pero la muerte de su padre meses atrás lo complicó todo. Sí, él había sido elegido *laird*, pero a costa de sobornos y amenazas. Algunos de los ancianos no habían reprimido su desacuerdo en sus miradas, así como la falta de confianza en su liderazgo como nuevo jefe del clan. Él había querido borrar esas dudas y desprecios a base de imposición y miedo. Eso era lo que le enseñó su padre, lo que aprendió desde que era un infante que apenas podía hablar. Y, a pesar de ser el hijo más diligente, más obediente y entregado, su padre y su clan siempre prefirieron a Cailean. ¿Cómo había podido aquel ser patético y desinteresado despertar tanta lealtad entre sus congéneres? Incluso su padre, algo que Erskine nunca había visto, cambió de opinión sobre matar a Moray cuando lo encontraron moribundo, otorgándole a Cailean el deseo de salvarlo y criarlo en el clan, cuando este le rogó. Ahora, viéndolo allí, como parte de ese círculo, mirándolo con esos ojos fríos y desconcertantes, supo que perdonarle la vida aquel día había sido el principio del fin.

Con los cinco sentidos dispuestos en la lucha, sujetó con firmeza la espada que le habían arrojado ante a los pies, mirando fijamente a su contrincante y analizando cuáles eran sus posibilidades. Broc Gordon apenas podía mantenerse en pie. La espalda que él mismo había lacerado con sumo placer debía de estar matándolo de dolor, al igual que los golpes en el costado que esa misma mañana se presentaban en forma de círculos violáceos. El mediano de los Gordon era un bastardo orgulloso y demasiado pagado de sí para darse cuenta de que enfrentarse a él en el estado en que se encontraba era un suicidio. Quizás él no saliera vivo de allí, pero se iba a dar el placer de matar a aquel hijo de perra y de quitarle algo a Bruce, porque, a tenor de la mirada de Gordon cuando encaró a su hermano, Erskine entendió que este suponía para Bruce mucho más de lo que él jamás podría llegar a entender. Así que le infligiría una herida que le perduraría por siempre: la de no poder salvar a uno de los suyos, y lo haría con el regusto amargo de no poder librar al mundo de Bruce Gordon, pero con la satisfacción de herirlo de muerte.

Aquello iba a ser tan fácil… que pensó en jugar un poco con aquel bastardo, moviéndose lentamente, con pasos laterales, que Broc siguió con torpeza. Esperó a que el mediano de los Gordon ejecutara el primer golpe, pero este parecía no estar seguro de tomar la iniciativa, y no le extrañaba, ya que nada tenía que hacer frente a él. Con una sonrisa socarrona, sabiendo de su superioridad, hizo un amago que Broc imitó con retraso. Sus movimientos por el mal estado en que se encontraba parecían estar ralentizados de forma significativa. Erskine hizo otro amago para cerciorarse de que aquella serpiente, aunque aparentemente abatida, no fuese capaz de clavar sus colmillos e inocular su veneno en un acto desesperado, y la falta de rapidez en su respuesta corroboró su primera impresión. Con la seguridad que le daba haber comprobado que Broc Gordon no era oponente alguno, se dispuso a atacar, con un movimiento veloz, preciso y mortal. Amagó el golpe hacia su lado derecho y, cuando vio cómo Broc iniciaba el movimiento para repeler su espada, dejando al descubierto la parte izquierda de su pecho, Erskine cambió la dirección de su espada y la inclinación del cuerpo con maestría, para darle a Broc el final que merecía. Fue rápido y certero en el movimiento, un ataque imposible de repeler, incluso para un enemigo que estuviese a su altura, por eso, cuando cayó de rodillas, escupiendo sangre por la boca y observando la espada de Broc atravesando su pecho, pensó que aquello era un mal sueño.

Tuvo fuerzas suficientes para mirar hacia arriba, a los ojos de Broc Gordon y ver en ellos

su astuta resolución, así como su determinación fría e inmisericorde. Era imposible que en su estado hubiese podido hacer aquel magistral movimiento, y la rabia por saberse vencido subió por su pecho hasta convertirse en un gruñido de odio que terminó cuando otra bocanada de sangre acudió a sus labios. Acabó maldiciendo en silencio a los Gordon antes de caer al suelo, muerto.

—Eso ha sido impresionante —apuntó Irvin asintiendo levemente en señal de reconocimiento.

Broc que había sabido, dado su estado, que debía acabar pronto con Erskine, relajó los músculos cuando el cuerpo de *laird* Farquharson cayó al suelo con la mirada vidriosa y el odio plasmado para toda la eternidad en sus ojos.

No tuvo la percepción de caer hasta que los brazos de Meribeth lo rodearon y uno de los suyos terminó por encima del hombro de Bruce. Ambos lo sostuvieron y le impidieron derrumbarse. Con dificultad, miró a Meribeth que con los ojos rebosando preocupación, le abrazaba por la cintura con fuerza, pasando el otro brazo de Broc también por encima de sus hombros.

La mirada de ambos pareció quedarse suspendida por unos instantes, como si en aquella estancia estuvieran a solas.

Broc sentía las voces a lo lejos. La de los aliados de Bruce y la de Eairrsidh y los ancianos del clan Farquharson determinando que había sido una pelea justa.

Escuchó a Bruce… dirigirse a él…

—Te tengo… —dos simples palabras que le hicieron sentir que nunca más volvería a estar solo, que tenía una familia que jamás lo dejaría caer, que lo amaban tanto como él los amaba a ellos, que eran su hogar.

Y percibió el aliento de Meribeth cerca de su mejilla y su voz…

—Te quiero, Broc Gordon, así que ni se te ocurra dejarme o te seguiré allá a donde vayas para matarte yo con mis propias manos.

Y su corazón se saltó un latido, inundando de calor su cuerpo, cicatrizando las heridas de su alma. Había anhelado escuchar esas dos palabras «te quiero», unas que pensó que el destino le arrebataría de nuevo. Miró a Meribeth a los ojos, esos dos orbes que le tenían totalmente rendido, y dejó que sus emociones también se desbordaran. Ella era el amor de su vida. El huracán que lo arrasaba todo y la brisa que acunaba sus sueños, el sol que iluminaba cada paso y la oscuridad que necesitaba para abrazar las pesadillas del pasado. Una mirada eterna en el tiempo…

—Cásate conmigo, Meribeth.

Y Meribeth casi lo dejó caer.

Con un nudo en la garganta ella pensó que el dolor producido por las heridas y los golpes estaba haciendo delirar a Broc; sin embargo, su mirada, sus maravillosos ojos verdes que la dejaban sin aliento la miraban con tal seguridad que tuvo que aceptar la veracidad en sus palabras.

Contuvo la respiración, mirándolo sin parpadear.

No había sonrisa en sus labios ni confusión en sus ojos. Su expresión era determinada y su mirada profunda e intensa.

Maldita sea…, lo decía en serio…

Meribeth miró por encima del hombro de Broc. Los ojos de Bruce fijos en ella estaban llenos de calidez y en su mirada una chispa divertida que terminó por convencerla de que aquello estaba pasando de verdad.

—Espero que no sea producto del dolor o la tortura, porque si acepto, después no podrás

decir que estabas enajenado.

Irvin asintió con la cabeza.

—Es igual de delicada con los sentimientos ajenos que su tío Irvin. En eso es una McPherson de los pies a la cabeza.

La mirada de más de uno de los presentes se desvió hacia el primo de *laird* McPherson que puso los ojos en blanco al percatarse de la reprobación de aquellas ante el momento de su comentario. La más espeluznante fue la de Bruce, que de haber podido lo habría fulminado.

—Ni siquiera la muerte podría hacerme renegar de mis palabras —dijo Broc, y la estancia quedó en completo silencio.

Meribeth tragó saliva, respirando de forma irregular, mientras su corazón la traicionaba y sus ojos se humedecían sin control.

—No hay nada que desee más que pasar el resto de mi vida a tu lado —dijo con la voz afectada y algo ronca.

La sonrisa que iluminó el rostro de Broc la dejó sin respiración, al igual que su mirada, provocando que temblara su interior con la promesa de sus ojos. Había un infinito en sus orbes verdes… y Meribeth quería perderse en él.

Broc luchó con todas sus fuerzas…

Jamás había sido tan feliz…

Pero la oscuridad se cernió sobre él, y el mundo dejó de existir.

XXXIV

—Esto se está convirtiendo en una costumbre. Vamos a tener que encerrarlo para que no salga del castillo.

La voz de Kam sonó distante como si fuese su eco.

—Tampoco creo que funcione eso —oyó decir a una mujer, y Broc juraría que era la voz de Elsbeth—. Te recuerdo que también se hizo daño cuando salvó a Eara de su caída por las escaleras. Yo creo que la única forma de que tenga una larga vida es que no salga de su habitación. La alimentación machacada, para que no se atragante, y las visitas restringidas, para que no haya ningún accidente.

—No podéis hacer eso —y esa voz era la de la pelirroja. Broc quería abrir los ojos, pero le estaba resultando tremendamente difícil—, porque Meribeth os mataría a los dos. No ha dormido en estos últimos tres días, sin separarse de la cabecera de su lecho y, ¿vosotros queréis encerrar a Broc sin que ella pueda verlo? No es viable —continuó Eara, y Broc pudo distinguir, por su tono, que las tonterías que estaban diciendo Kam y Elsbeth, en el fondo, la divertían.

—Eara, hay que hacer sacrificios. Su castidad será recompensada con una larga vida para Broc —dijo Kam, y Broc sintió una sensación cálida en el pecho cuando las dos mujeres rieron, bajito, como consecuencia de las ocurrencias del mendrugo de su hermano que se consideraba muy gracioso.

—Antes tendréis que matarme —dijo de pronto una voz adormilada, a la vez que una mano apretaba la suya, acariciando su palma con los dedos. Esa voz la reconocería en cualquier lugar, a través del tiempo y la distancia. Era la voz y el tacto de Meribeth, y por primera vez desde que empezó a escuchar la conversación, el ansia por poder abrir los ojos y responder se volvió urgente.

—No les hagas caso, solo están bromeando —dijo Eara, deteniéndose un instante antes de continuar. Broc supo, por la musicalidad que escondía su voz, que la pelirroja se había unido al dúo formado por Kam y Elsbeth para tomarle el pelo a Meribeth, y no tuvo que esperar para confirmarlo, porque sus siguientes palabras fueron prueba suficiente de ello—. Ten por seguro que disfrutarás de tu noche de bodas como es debido…

El gemido ahogado que profirió Meribeth fue suficiente para que las risas volviesen a llenar la estancia, lástima que él no pudiese unirse a ellas y volviese a caer en un pozo oscuro.

***

—¿Por qué no despierta? Han pasado cinco días —escuchó decir Broc a Meribeth, saliendo un poco de la neblina en la que parecía estar inmerso.

—Su cuerpo ha sufrido muchísimo durante las últimas semanas —respondió una voz que Broc al principio no ubicó, pero que después reconoció como la de Elisa McPherson—. Ya no tiene fiebre y sus heridas se están curando bien. No está en peligro, Meribeth, solo tenemos que esperar.

Su mano volvió a sentir los dedos de Meribeth acariciando su piel, y solo quería poder responder a su toque. Lo deseaba tanto que hasta dolía.

—Deberías ir a descansar. No creo que a Broc le gustase saber que estás a punto de desmayarte por agotamiento. No te has movido de esa silla en los cinco días que lleva inconsciente.

—Eso no es verdad, Elisa. Me he levantado para hacer mis necesidades —corrigió Meribeth a la esposa de McPherson, y Broc se imaginó a Elisa poniendo los ojos en blanco, porque la risa baja y cansada de Meribeth le tocó el alma. Dios, cómo deseaba abrazarla, mirarla, besarla, hablar con ella y no alejarse de su lado jamás.

—Eso no cuenta, listilla —respondió Elisa con la voz cálida, como si, a pesar de regañarla, la entendiese perfectamente.

—Lo siento. Es lo máximo que puedo hacer por ti —dijo Meribeth resuelta.

—La convivencia con los Gordon te ha dejado secuelas, como que hayas adquirido su forma de contestar —espetó Elisa con un tono de voz serio, pero cuya musicalidad al final desmintió que aquello pudiese, de alguna forma, ser algo negativo.

—Tengo que confesar que ya era así antes de venir aquí. Coby decía que era la niña más rebelde y cabezota que había conocido jamás y que, con frecuencia, le hacía querer tirarse desde un acantilado al mar.

—Qué bonito —dijo Elisa con ironía.

—Sí, son buenos recuerdos.

El silencio que siguió durante varias respiraciones llevó a pensar a Broc que quizás Elisa había abandonado la estancia, pero su voz de nuevo resonando entre las cuatro paredes le hizo contener el aliento, sobre todo al escuchar el consejo que le dio a Meribeth.

—De verdad, debes descansar y, si no quieres separarte de él, no lo hagas. Acuéstate con cuidado a su lado, así, si despierta o hay algún cambio, estarás con él. Nadie, salvo la familia o yo, entra en la habitación, así que no me mires como si de pronto me hubiesen salido dos cabezas sobre los hombros. Todo el mundo sabe ya de su propuesta de matrimonio y tu respuesta, y aunque no fuese así, ningún miembro de este clan pensaría o cuestionaría tu proceder, y menos conociendo a Bruce.

—Eso no me importa —dijo Meribeth con voz cansada—. No quiero hacerle daño al moverme.

El silencio envolvió la estancia por unos instantes que se alargaron hasta el punto de que Broc temió haber caído de nuevo en la oscuridad.

De pronto un suave peso se acomodó a su derecha, en la cama.

—No hacía falta que me levantaras, me cogieras de la mano y me acostaras como si fuese una niña pequeña. De verdad que no quiero hacerle daño —dijo Meribeth, y el agotamiento implícito que cada una de sus palabras destilaba hizo que Broc luchase desesperadamente por despertarse.

—Y no se lo vas a hacer —contestó Elisa—. Él está ligeramente de lado para proteger su espalda, y tú te encuentras de frente a él; salvo que le des una patada, es difícil que puedas lastimarlo.

Broc oyó muy cerca de él un suspiro. Sonaba a rendición y alivio.

—Muchas gracias, Elisa, por todo lo que has hecho por él y por todos nosotros —escuchó decir Broc a Meribeth. Su voz soñolienta, como si le costase hablar.

—Bruce es mi hermano y los Gordon, mi familia. No hay nada que no hiciera por vosotros. Y ahora, descansa —dijo Elisa, tras lo cual se escucharon sus pasos alejándose hasta abandonar la estancia.

Broc detestó estar en aquel estado y una vez más luchó con todas sus fuerzas por despertarse y poder abrazar a Meribeth. Sentir su cuerpo cerca de él, el calor que emanaba, la sensación de plenitud y libertad que sentía a su lado… eran tan adictivos y necesarios como el mismo aire que respiraba.

Escuchar su voz, casi en un susurro, a tan escasa distancia de sus labios, hizo que en su interior se desatase una tormenta.

—Te amo, Broc Gordon. Vuelve conmigo —dijo Meribeth, mezclando su aliento con el suyo, rompiendo el velo invisible que parecía mantenerlo encadenado al otro lado, en la inconsciencia, una lejanía que quería desterrar de una vez por todas.

Su garganta reseca y sus labios inertes se revelaron por fin, al unísono, como si todo su esfuerzo y su desesperación por volver hasta ella fuesen tan fuertes como para forjar su propio destino.

—Siempre… —dijo Broc con voz ronca.

El pequeño grito que dio Meribeth antes de tomar su rostro entre las manos fue de júbilo, cargado de toda la angustia y el desasosiego que había soportado en los últimos días. Ahora que Broc había abierto por fin los ojos y podía mirar los suyos, todo lo demás dejó de importar. Ese momento, esos ojos que la miraban como si fuese lo más preciado en el mundo volvieron a cambiarlo todo. En solo un instante, el último reducto de oscuridad, de fría soledad que azoraba su alma a escondidas, desapareció, cegada y desterrada por todo lo que la vida le otorgaba. Desde que había huido de tierras de clan Colquhoun con el dolor y el peso, no solo de la pérdida, sino también de la impotencia y el horror, jamás pensó que tuviese una segunda oportunidad de volver a ser feliz y de sanar unas heridas cuyas cicatrices sabía que llevaría siempre consigo, pero entonces Broc Gordon se cruzó en su camino, paciente, sincero, devastadoramente honesto, con una fortaleza interior envidiable y una astucia y tesón que no conocían límites; con una mirada capaz de traspasar su alma, un rostro que dejaba sin aliento y un cuerpo que invitaba al pecado, y lo cambió todo. Si esa combinación fue peligrosa, conocer su personalidad fue letal. Con él a su lado el camino fue más fácil y el final, posible. Ahora, que había estado a punto de perderlo, dos veces, nada la detendría. Ahora entendía que era mejor amar y perder que nunca haber amado.

—¡Estás despierto, por fin! Pensé que… —dijo Meribeth quebrándosele la voz al final.

Sus ojos se humedecieron y todo su rostro reflejó, en un solo instante, lo que aquellos días habían supuesto para ella. Y a Broc, saber que había sufrido de aquella manera por él lo destrozaba por dentro.

—Estoy bien… Ven aquí, por favor… —pidió Broc abriendo sus brazos para que ella se perdiese en ellos.

Ahora que había salido de su letargo, sentía dolor en todo su cuerpo, incluso en sitios que ni siquiera pensó que podrían resentirse de aquella manera. Sin embargo, recibió aquel dolor con una sonrisa en los labios. Era un recordatorio de todo por lo que había pasado y que, a pesar de ello, seguía vivo.

Meribeth tardó solo una inspiración en refugiarse entre los brazos de Broc, que la apretó contra sí en cuanto se acercó lo suficiente para acomodarla sobre su pecho. Oler su pelo, besar su piel… Tenerla tan cerca fue el mejor remedio para sanar todas sus heridas.

—Dímelo de nuevo —pidió Broc, su voz algo ronca y áspera.

Y Meribeth no tuvo que preguntar a qué se refería. Sabía lo que Broc quería oír, y ella se lo diría una y otra vez, hasta el fin de sus días.

—Te amo, Broc Gordon —repitió suavemente alzando la cabeza lo suficiente para poder mirarle a los ojos.

La mirada de Broc se oscureció, intensa, como si el fuego ardiera en su interior, y Meribeth tembló por dentro. Aquel hombre la hacía sentir que perdía la tierra bajo sus pies y que el mundo se difuminaba a su alrededor. Que, juntos, eran invencibles.

Meribeth contuvo el aliento cuando él acercó lentamente su rostro al de ella acortando la escasa distancia existente entre los dos, y volvió a contener el aliento al contemplar la mutación en los ojos del *highlander*: de la oscuridad más absoluta a arder como el mismísimo infierno. Su respiración se mezcló con la de Broc antes de que su sabor inundara su boca, en un beso visceral, uno que gritaba la necesidad y las ganas de ambos, la desesperación e incertidumbre de perderse el uno en el otro.

Meribeth perdió la noción del tiempo y del lugar en el que se encontraba. Solo sentía los brazos de Broc rodeándola, las manos del *highlander* quemando su piel y sus labios, su lengua y su cruda necesidad devorando la suya de una manera de la que no pensaba que pudiese recuperarse jamás. Si eso era el deseo, la pasión y el amor, iba a tener una vida muy corta, porque aquello tenía que suponer un desgaste para su salud. Su interior estaba a punto de explotar.

Con la poca cordura que le quedaba a Broc, esa que estaba pendiendo de un hilo muy fino, separó sus labios de los de Meribeth, lentamente, dándoles tiempo a ambos para calmar su respiración.

—Eres mi vida, Meribeth… —dijo Broc sin aliento.

Meribeth sentía los latidos de su corazón, rebeldes y erráticos. Debía calmarse, como su respiración lo estaba haciendo con esfuerzo, pero mirar los ojos de Broc, unos que a su vez devoraban su rostro con una mirada salvaje, le dificultaba mucho la tarea, tanto que hundió su cabeza en el cuello del *highlander*, inspirando su olor, y sintiendo el calor y el sabor de su piel en los labios al rozar su clavícula al hablar.

—Necesitas descansar… Has estado a punto de morir de nuevo —comentó Meribeth como si le costara pronunciar las palabras—. Quizás debería… debería dejar el lecho para que… pudieses estar tranquilo y… —continuó, sintiendo como cada parte de su cuerpo y de su mente se rebelaban ante la idea de acabar esa frase, de dejar su lugar entre sus brazos. Aquel momento se sentía tan bien que el mundo fuera de aquella cama parecía lejano y sin relevancia. Quería permanecer allí sintiendo bajo su mano el latir del corazón del *highlander*, rodeada del calor que emanaba su cuerpo, del sonido de su respiración y la cadencia de su voz grave y templada.

—Me recuperaré mucho más rápido si estás conmigo —dijo Broc cerca de su oído—. Y no pienso descansar si no estás a mi lado. He estado sumido en un sueño del que no podía despertar y lo último que deseo es volver a cerrar los ojos y dormir —continuó Broc apretándola un poco más entre sus brazos como si con ello quisiese reafirmar sus palabras. La sonrisa involuntaria que asomó a los labios de Meribeth al escuchar sus palabras calentó el interior de Broc como si las brasas de una hoguera se hubiesen instalado en su pecho. Meribeth pasó su brazo derecho por encima de la cintura de Broc, uniendo su cuerpo al del *highlander*, tan estrechamente que ni una brizna de hierba podría caber entre ambos. El gruñido bajo que salió de los labios de Broc puso en alerta a Meribeth que apartó su cara lo suficiente como para poder ver su rostro.

—¿Te he hecho daño? —preguntó frunciendo el ceño.

La mirada intensa de Broc volvió a dejarla sin aliento.

—No exactamente —contestó este con un brillo canalla en los ojos—, pero no te muevas tanto o no podré responder de mí —continuó, bajando suavemente la voz, que, más grave, le dio a las últimas palabras un tono decadente que hizo que cada parte de Meribeth, hasta el último palmo de su piel, se estremeciera.

La mirada de Broc se templó, suavizándose ligeramente cuando pasó sus dedos por el pelo de Meribeth, retirando un mechón de pelo que se había deslizado por su mejilla, ocultando

parte de su rostro.

—¿Cuántos días llevo inconsciente? —preguntó, y ella agradeció que rompiese el silencio, uno que un instante antes había potenciado cada sensación que Broc provocaba en su cuerpo. Esa pregunta la obligó a salir del vértice al que la mirada de Broc la había abocado.

—Cinco días —contestó Meribeth, y Broc en su voz pudo distinguir el poso de dolor que de forma inconsciente acudía a ella cada vez que hablaba de cómo había resultado herido—. Perdiste el conocimiento en territorio de los Farquharson, tras acabar con Erskine, y así has permanecido hasta ahora.

Broc asintió lentamente mientras sus dedos en vez de abandonar el pelo de Meribeth se enredaron en ellos, deslizándose entre sus mechones con una suavidad y ternura que a Meribeth le partió el alma.

—¿Qué pasó con los Farquharson? —preguntó mirándola a los ojos con una leve sonrisa en los labios, una que no llegó a sus preciosos ojos verdes.

—Después de que acabaras con Erskine y, tras quedar inconsciente, llegaron más hombres del clan. Varios de los mercenarios aprovecharon la confusión para intentar escapar por el mismo pasadizo por el que habíamos conseguido penetrar en el castillo —respondió ella, cuya sed de venganza hacia Chait creyó que saciaría cuando este intentó escapar y encontró la espada de Meribeth en su camino hacia la libertad. Todavía recordaba la expresión de sus ojos, sorprendidos por la velocidad de reacción y la forma en que la mano no le tembló a la hora de dirigir la punta de la espada a la base de su garganta. Meribeth todavía evocaba el momento en que, por un instante, deseó que aquel desgraciado hiciese algún movimiento para desarmarla, porque eso le hubiese dado la excusa para matarlo. De hecho, solo la voz de Logan, pidiéndole que no lo hiciese, diciéndole al oído que personalmente se encargaría de que recibiera su justo castigo, la convenció para dejar que siguiese vivo, ya que su testimonio y el del resto de mercenarios sobre lo ocurrido en el clan Colquhoun eran cruciales, no solo para detener una posible guerra, sino también para el futuro de Crom y el suyo propio—. Al final los detuvimos y Eairrsidh junto a su hijo, al igual que el resto de los ancianos del clan, tuvieron una conversación con Logan y los demás *lairds* sobre todo lo que había perpetrado Erskine a sus espaldas —prosiguió acicateada por la atención que Broc estaba prestando a sus palabras—. El chico, Moray, fue esencial para esclarecer muchos puntos oscuros del proceder de Erskine.

—¿Y Bruce no se quedó? —preguntó Broc con el ceño fruncido.

Los ojos de Meribeth brillaron y su expresión se suavizó al recordar ese momento.

—Bruce dijo que confiaba completamente en ellos para explicar la situación. Que estaría dispuesto a tener una reunión con el nuevo *laird* del clan para discutir lo que fuese necesario, pero que en aquel instante su prioridad era tu vida, y que nada era más importante que traerte de vuelta a casa.

Broc tragó el nudo que se le formó en la garganta.

—En ese momento me sentí muy orgullosa de pertenecer a este clan y de que Bruce fuese tu hermano. No hubo ninguna objeción por parte de los Farquharson, y no me extraña. El tono de voz de Bruce fue suficientemente intimidatorio como para que más de uno se hiciese sus necesidades encima.

Y aquello provocó que Broc soltara una pequeña carcajada, aunque tuvo que dejar de reírse cuando eso le provocó que los moratones a la altura de las costillas protestaran con una punzada de dolor.

Lo que Meribeth no le contó en ese momento fue cómo Bruce preguntó a los prisioneros quién o quiénes de aquellos mercenarios le había cortado el dedo a Broc, así como sonsacó a uno

de los hombres de Erskine el nombre de los que habían torturado a su hermano. Los desafió a todos y a cada uno de ellos, manteniéndolos con vida para que Logan pudiese obtener sus confesiones, pero devolviendo cada golpe que recibió Broc por tres.

—Parece ser que Eairrsidh es el nuevo *laird*. Él junto a Logan y Grant MacLaren partieron a la corte llevando retenidos a los mercenarios y a varios de los Farquharson que estuvieron involucrados en el plan de Erskine, para testificar todo lo ocurrido ante el rey. Logan le dijo a Bruce que era posible que él también fuese requerido por Guillermo, pero tu hermano le contestó que hasta que Kam y tú no estuvierais fuera de peligro, él no iría a ninguna parte.

—¿Y McGregor lo aceptó? —preguntó Broc intuyendo cuál iba a ser la respuesta de Meribeth.

—Ni siquiera intentó convencer a Bruce. Creo que ya lo conoce lo suficiente para saber que nadie puede obligar a tu hermano a hacer algo.

—¿Kam está bien? —preguntó, porque, aunque creía haber escuchado su voz en algún momento cuando estaba inconsciente, no sabía si aquello había sido real o fruto de su imaginación.

—Kam está recuperándose, pero está muy bien, tanto que cuando te trajeron no quería dejar la habitación para cuidarte, a pesar de que Bruce, Elisa y yo no nos separábamos de la cabecera de tu lecho. Al final, Bruce consiguió llevárselo a la fuerza y meterlo en la cama para que descansara. Eso le duró un día, al siguiente estaba aquí otra vez, hasta que Elisa nos dijo que estabas fuera de peligro y que era cuestión de tiempo que despertaras.

—¿Y Crom? —preguntó Broc, aunque su voz sonó un poco adormilada, como si el cansancio de pronto hubiese hecho mella en él, sin previo aviso.

Las ojeras bajo sus hermosos ojos, su expresión tensa y el sudor que perlaba ligeramente su frente indicaron a Meribeth que, a pesar de estar consciente, todavía quedaba un largo trecho hasta que sus heridas y la tortura a la que fue sometido quedaran atrás. La venda que llevaba en su mano izquierda y que cubría el dedo que le fue cercenado de forma salvaje todavía se manchaba de sangre cada vez que Elisa hacía una de sus curas, al igual que su maltrecha espalda, donde la piel lacerada por los latigazos no volvería a ser la misma. Recordar todo eso hacía que la sangre le hirviese de nuevo y su sed de justicia no se aplacase, a pesar de que el bastardo que le hizo eso hubiese acabado muerto a manos del mismo Broc.

—Está aliviado, contento y más feliz de lo que lo he visto en mucho tiempo. Tampoco quería al principio separarse de tu cama, pero lo convencí para que solo viniese un rato cada día.

Meribeth vio a Broc luchar contra el sueño que, de forma insistente, intentaba cerrar sus párpados a pesar de la resistencia que él oponía a ello. Cuando la voz de Broc se apagó hablando y sus ojos se cerraron finalmente, Meribeth lo envolvió en sus brazos. Ahora sería ella la que lo protegiera con su cuerpo, con el calor de su piel, velando su sueño y dando gracias a la vida por poder hacerlo.

***

Habían pasado más de dos semanas, y todavía no había noticias de Logan.

La reunión en tierras McPherson se había aplazado hasta que McGregor y MacLaren volviesen de la corte y el tema con los Farquharson se hubiese esclarecido y zanjado ante el rey. Todos esperaban que, con los mercenarios detenidos y pendientes de juicio ante el rey Guillermo, alguno de ellos confesase todo lo ocurrido en tierras Colquhoun.

Broc, que ya estaba bastante recuperado, confiaba que Logan mantuviese su palabra y consiguiera el testimonio de alguno de ellos para que Meribeth no tuviese que enfrentar la difícil

decisión de resurgir de entre los muertos para intentar hacer justicia. Sabía que ella temía que Crom nunca estuviese a salvo si ese llegaba a ser el caso. Aunque vista la alianza tan fuerte y sólida de los Gordon con los más importantes clanes de las Highlands y la incondicionalidad de estos a la hora de luchar al lado de Bruce, Broc sabía que la posibilidad de que llegasen hasta ellos era prácticamente nula.

Por su parte, Meribeth, a la vuelta de tierra de los Farquharson, tomó la decisión de no seguir ocultándole al resto del clan Gordon que era una mujer, y aunque a esas alturas ya había muchos que lo sospechaban o lo sabían, ella no quiso seguir escondiéndose detrás del personaje de Fie, ni quiso continuar ocultándoles la verdad. Después de lo que habían hecho por ellos, de la generosidad y el cariño con el que los habían acogido y convertido en parte del clan, se negaba a seguir con el engaño. El personaje inventado de Fie la había ayudado a sobrevivir, pero ya no lo necesitaba. Si el plan de Logan tenía éxito, no tendría que revelar quiénes eran en realidad.

Jamás volverían a ser Meribeth y Crom Colquhoun, pero podían ser Meribeth y Crom Gordon, porque conocía lo suficiente de la naturaleza humana para afirmar que, si el mundo se enteraba de que estaban vivos, nunca llegarían a estar tranquilos. Incluso el rey podría intervenir y exigirles que Crom volviera con los suyos, algo que ella no iba a permitir sabiendo que, dentro de ese clan, por mucho que apresaran a los que idearon y apoyaron el plan para asesinar a Coby, nunca conseguirían identificarlos a todos. Crom nunca estaría seguro.

Ahora, para el clan Gordon y el resto del mundo ella era la sobrina desconocida de Duncan McPherson, y Crom, su medio hermano pequeño, convertidos en Gordon por matrimonio. Una verdad que ella llevaba con orgullo y que marcaba un nuevo comienzo para los dos.

La voz de Kam atrajo la atención de todos los ocupantes de la mesa que centraron sus ojos en él.

Por primera vez desde que rescataran a Broc se habían reunido para cenar todos juntos sin la compañía del resto de *lairds* y aliados que habían permanecido, algunos más y otros menos, en tierras Gordon, antes de volver a partir a sus respectivos clanes.

—Hermano, ¿estás seguro de lo que vas a hacer? El matrimonio es algo espeluz… —comenzó Kam que, ante la mirada fría como el hielo de Elsbeth, cambió el rumbo de sus palabras—, maravilloso, sin duda.

La risa baja de todos los que se sentaban alrededor de aquella mesa donde compartían cena y conversación hizo que varios de los miembros del clan Gordon y *highlanders* que ocupaban otras dentro del gran salón desviaran sus miradas hacia ellos.

La mirada que Kam profesaba siempre a su esposa, cargada de un amor profundo y sólido, desmentía las palabras del menor de los Gordon, que en ese instante tenía un brillo canalla en los ojos y una sonrisa socarrona en los labios. Las ironías y frases veladas que siempre pendían entre ambos sobre los inconvenientes de estar casados eran una broma privada entre ellos, bien conocida por la familia. El temperamento de Kam siempre jovial y su humor irónico contrastaban a la perfección con el discurso sin tapujos y la forma directa de Elsbeth de encarar las cosas. Cuando estaban juntos eran explosivos, como en ese instante en que Elsbeth, a pesar de estar aguantando bien la expresión de su rostro, se veía que estaban haciendo verdaderos esfuerzos por no reírse.

—Elsbeth, cuando quieras lo tiro al abrevadero —señaló Bruce mirando a la rubia con una chispa divertida en los ojos.

—Eh… que yo soy tu hermano —saltó Kam, aunque en el fondo se le veía complacido de que el mayor de los Gordon diese su apoyo incondicional a su esposa.

—Ella también es mi hermana —contestó Bruce, y Elsbeth sonrió ampliamente mientras consolaba con la mano a Kam con pequeñas palmaditas en la espalda.

—Yo también apoyo a Elsbeth. Esta noche no me caes especialmente bien —dijo Meribeth a Kam, y Bruce soltó una carcajada.

Kam le guiñó a su vez un ojo y esta negó ligeramente con la cabeza, a pesar de que no podía ocultar que sus labios se morían por esbozar una sonrisa.

—¿Cuándo llegará el padre David? —preguntó Broc de pronto mirando a Bruce y obviando la mirada de «¿Qué te acabo de decir?» del menor de los Gordon.

—En unos días —contestó Bruce con expresión divertida cuando Kam masculló lo suficientemente alto para que todos lo escucharan.

—No aprende de sus hermanos. ¡Ay! —espetó Kam encogiéndose ligeramente y masajeándose la pierna donde había recibido una patada por debajo de la mesa procedente de Broc—. Te estás recuperando estupendamente, de eso no cabe duda —continuó Kam, rebosando su mirada de alivio y calidez a raudales.

Broc esbozó una sonrisa de medio lado, mientras escuchaba cómo la conversación derivaba hacia otros caminos. Todavía recordaba cuando Kam recibió la flecha que le atravesó el hombro. Podría haber muerto delante de él, en un solo instante, y la impotencia que le recorrió aquel día fue la misma que sentía en ese mismo momento; sin embargo, verle reír, con su herida casi curada, y el brillo canalla que siempre rondaba sus ojos, era un regalo que no pensaba desperdiciar.

Ya no había ningún resquicio en su interior que lo llevara de nuevo a las sombras, tras un muro; todas ellas habían desaparecido en el camino que lo llevó hasta el sitio en el que se encontraba ahora. El amor de Meribeth, un hogar de verdad, unos hermanos y una familia incondicional, y un clan inquebrantable.

Las palabras de su abuelo, las que le dijera unas semanas antes de morir, volvieron a su mente con fuerza. «Atesora cada instante, vívelo como si fuese el último y nunca te arrepientas de actuar con el corazón. Es tu mejor aliado».

En ese momento, visto desde la distancia y de todo lo que había ocurrido en las últimas semanas, comprendió que siempre había transitado por un mismo sendero. El de la razón, la desconfianza y la supervivencia; caminos que siempre primaron sobre un corazón que buscó refugio tras un escudo sólido e infranqueable. Ahora, sentado a esa mesa donde su familia comía, hablaba y reía junta, entendía por primera vez las palabras de su abuelo. Desde que el destino le llevó hasta Meribeth y Crom, desde que conoció a sus hermanos, había sido el corazón el que, sin pedir permiso, sin mediar con la razón, había decidido cada una de sus acciones. Porque por ellos lo daría todo, por ellos moriría… por ellos rendía su corazón con una sonrisa en los labios y el alma llena.

***

—¿Se han adaptado bien Edom y su familia? —preguntó Broc a Bruce tras la cena, cuando solo estaban ellos tres sentados en la mesa y el mayor de los Gordon tenía los ojos fijos en su pelirroja, que, cerca del hogar, charlaba animadamente con Elsbeth y Meribeth. Se echaba en falta la compañía de Elisa y Duncan McPherson que, habiéndose marchado unos días atrás, prometieron volver pronto, esta vez con los pequeños, junto a Alice e Irvin.

Todos los demás, Meg y Evan McAlister, Campbell y Helen y los hermanos de la pelirroja, habían vuelto a sus respectivos clanes. Firth y Craig se habían quedado hasta esa misma mañana, pero, como el resto, habían retornado a sus obligaciones con la promesa de volver tan pronto se fijase una nueva reunión en tierras del clan McPherson.

—Sí; es como si siempre hubiesen pertenecido a esta tierra —dijo Bruce desviando sus ojos hacia sus hermanos.

—¿Qué va a pasar con Moray? —preguntó Kam mirando seriamente a Bruce. Esa misma mañana, Dour, hijo del nuevo *laird* del clan Farquharson, había pedido permiso desde el límite de ambos territorios para reunirse con Bruce. Casi a media mañana, Dour llegó al castillo donde se encerró en el gran salón con Bruce para salir poco tiempo después con cara seria y circunspecta.

Tanto Kam como Broc no habían estado presentes, ya que ambos habían empezado a retomar, con tranquilidad y sin grandes exigencias físicas, su rutina y actividades propias dentro del clan. Ese mismo día los dos habían partido al alba para reunirse con el sobrino del viejo Shaw, a petición de este, a fin de intentar recobrar la alianza que habían mantenido con los Gordon desde hacía décadas y que perdieron gracias a la traición del viejo. Este había sido apartado de la jefatura del clan al quedar al descubierto su intervención en el plan de Farquharson para acabar con Bruce, a la espera de que fuese convocado a la corte por el rey.

Por eso, ambos hermanos Gordon, que retornaron al atardecer de dicha reunión, no habían tenido oportunidad de hablar tranquilamente con Bruce acerca de lo que este había tratado con Dour esa mañana. Solo sabían lo que Johnson les había dicho: que el hijo de Eairrsidh no salió muy contento de su charla con el mayor de los Gordon.

—Exigía que le devolviésemos a Moray para interrogarlo.

Broc desvió con rapidez sus ojos hacia Bruce. Su ceño fruncido y su rostro tenso evidenciaban que esa petición no era tampoco de su agrado.

Broc había tenido la oportunidad de hablar con Moray cuando estuvo lo suficientemente recuperado como para levantarse de la cama, y decir que la personalidad y la madurez del muchacho lo habían sorprendido era quedarse muy corto. Meribeth le contó que tras la muerte de Erskine, Bruce insistió en llevárselo de vuelta con él a pesar de la objeción de Eairrsidh. La intervención de Logan en ese instante, asegurando que necesitaba el testimonio del chico, propició la salida del mismo de tierras Farquharson.

—Jonhson nos dijo que Dour no parecía contento con la reunión mantenida y que se fue al poco tiempo de llegar. Ambos pensábamos —continuó Broc señalando a Kam y a sí mismo— que su intención al venir hasta aquí era la de hablar sobre la oferta que le hiciste de una tregua entre ambos clanes hasta que Eairrsidh regrese de la corte y pueda reunirse contigo. No sabía que te había exigido tal necedad. ¿Se puede saber en base a qué quieren interrogarlo?

Los ojos de Bruce brillaron con apreciación.

—Dice que, independientemente de los planes de Erskine y de su evidente enajenación, nada justifica que el muchacho ayudara a introducirnos hasta el seno de su hogar. Que parte de los ancianos y del clan ven en su actuación un claro acto de traición hacia los suyos.

—¿Los suyos? ¿Después de cómo lo trataron o de lo que pensaban hacer? —saltó Kam —. Además, el chico seguía las órdenes de Cailean.

—Y Cailean está muerto —respondió Bruce.

—¿Y Edom?, ¿también requieren su presencia? —preguntó Broc mirando fijamente a Bruce porque sabía que tras la expresión de su hermano había algo más. Ya lo conocía lo suficiente como para poder estar seguro de ello.

—No saben, o fingen no saber, la ayuda que nos prestó Edom. Él era uno de los mejores *highlanders* del clan y saben que lleva sangre Gordon. Era arriesgado verter una acusación de esa magnitud y más después de que este decidiera dejar a los Farquharson y formar parte de este clan.

—Claro, para ellos es más seguro ajusticiar a un chico que realmente no lleva sangre Farquharson en sus venas y que, salvo a Cailean en vida, parece no importarle a nadie. Así tienen a quién culpar y sentenciar para aplacar a los ancianos y al clan entero —dijo Broc frunciendo el ceño.

—Eso es despreciable —siseó Kam.

—¿Qué les has dicho? —preguntó Broc.

—Que el chico ahora forma parte de mi clan y que, si lo quieren, tendrán que ir a la guerra.

Broc no disimuló el orgullo que sintió y que se reflejó por un instante en sus ojos al escuchar las palabras de Bruce y ver la indignación en el rostro de Kam. Otros, a pesar de su ayuda, se hubiesen desentendido del chico. Al fin y al cabo, aunque no llevase su sangre, pertenecía al clan Farquharson, y era una ley no escrita que sobre los miembros de un clan decidía el *laird* del mismo. Inmiscuirse era una infracción grave que podía llevarse ante el rey, algo que no preocupaba en absoluto a Bruce Gordon. Una calidez y admiración genuinas se extendieron por su pecho al observar a aquellos dos hombres que no dudaban en hacer lo correcto a pesar de las dificultades que eso les pudiese acarrear. Eran distintos, con caracteres opuestos y, sin embargo, eran uno en todo lo que importaba. Darían su vida sin dudar por el otro, por su familia, por su clan; y ahora lo sabía hasta el rincón más recóndito de su ser: también por él.

XXXV

Broc subió las escaleras que daban a las habitaciones de la familia. Meribeth se había retirado antes, acompañando a un Crom soñoliento que no quería irse a dormir a pesar de que todo su rostro gritaba que, de un instante a otro, quedaría atrapado entre los brazos de Morfeo. Pensar en ella le acompañó hasta que entró en la estancia, de tal forma que, al cerrar la puerta tras de sí y antes de colocar la vela encima de la pequeña mesa que había cerca de la puerta, la sintió como si estuviese allí. Era tan vívido que juraría que podía oler su aroma, ligeramente floral, cerca de él. Eso fue un instante antes de que todo su cuerpo se tensara al detectar que no estaba solo y lo llevara a reaccionar por instinto. Se volvió rápidamente al notar la presencia a su espalda, tomando a su oponente por sorpresa y tirándolo sobre la cama con él encima para inmovilizarlo. Su antebrazo sobre su pecho y sus piernas aprisionando su cuerpo. Un cuerpo menudo, curvo, un pecho que no era plano y unos ojos bicolores que lo miraban con una ceja alzada…

—¡Pero qué…! —masculló Broc antes de suavizar la presión que ejercía sobre ella—. Podría haberte hecho daño —continuó con la expresión y la voz extremadamente serias.

—No me ha dado tiempo a decirte que estaba aquí. He ido a abrir la boca y de repente me he encontrado contigo encima —expresó Meribeth con una mueca nada contenida que consiguió que Broc, a pesar de seguir con el ceño fruncido, sonriera espontáneamente. Bajó la cabeza un segundo para evitar que ella viese su gesto y recuperar su expresión seria, pero Meribeth fue más rápida.

—Te has reído, lo he visto —señaló Meribeth, y Broc desvió sus ojos hasta los de ella, los cuales brillaban de forma cálida y traviesa como si ese fuese su hábitat natural—. Quería estar un rato a solas contigo —continuó mirándolo fijamente.

Broc no podía apartar sus ojos de su rostro, de esa mirada que lo incendiaba, de la sonrisa que en los últimos días parecía bailar perpetuamente entre sus carnosos labios. Su pelo corto y sedoso, en el que se moría por enredar sus dedos, había crecido un poco hasta ocultar prácticamente su esbelto cuello, uno que su boca se desesperaba por besar.

Sus manos, que estaban ahora apoyadas a ambos lados de la cabeza de Meribeth para no aplastarla con su peso, le quemaban por rozar su piel, acariciar su mejilla, deslizar su dedo hasta…

—Yo también lo deseaba —dijo Broc con la voz un poco más ronca de lo normal y parte de su anatomía tomando decisiones llevadas por el deseo voraz que Meribeth despertaba en él.

Era cierto que, aunque habían estado juntos durante el tiempo que Broc permaneció guardando reposo, también lo era que apenas pudieron estar a solas, ya que la presencia de invitados que permanecieron días en el hogar de los Gordon, preocupados por la situación y la salud de Broc y de Kam, unida a un sinfín de circunstancias más provocaron que esos instantes fuesen demasiados escasos y cortos.

—Sé que tendremos toda una vida para disfrutar de estos momentos, pero si algo aprendí después de la emboscada y de pensar que no volvería a verte es que hay cosas que no debo dar por sentado, y me prometí que si tenía otra oportunidad tomaría lo que la vida me ofrece a cada momento, sin postergar nada, ni una semana, ni un día…, ni siquiera una inspiración más —espetó Meribeth ahora más seria.

Estaban demasiado cerca, sus alientos casi se entremezclaban y Broc perdería su

autocontrol si ella lo seguía mirando así.

Con lentitud, la suficiente para que ella pudiese alejarse si así lo deseaba, Broc movió su mano e hizo aquello contra lo que había estado luchando desde el inicio de la conversación. Rozó su piel, acariciando su mejilla, reverencialmente, con adoración, desde la sien, siguiendo el trazado de su rostro como si quisiese aprenderlo de memoria, hasta llegar a su boca, donde siguió con los dedos el dibujo de sus labios, sediento por beber de ellos.

—El padre David llegará en… —comenzó Broc con la voz ronca, teñida por el deseo que corría raudo por sus venas y que estaba manteniendo a raya a base de gastar toda la templanza que le quedaba para el resto de su vida. Sin embargo, Meribeth no le dejó terminar cuando levantó su mano y la puso encima de sus labios solicitando que guardara silencio.

—Broc Gordon, escúchame bien: solo la muerte, la inconsciencia o un *highlander* más guapo que tú me impedirían casarme contigo —dijo Meribeth con gesto solemne mientras se regocijaba por dentro al ver la diversión y el anhelo danzar en los ojos verdes de Broc que la miraban como si ella fuese todo su mundo.

Broc apartó con suavidad los dedos que Meribeth tenía sobre sus labios.

—¿Así que más guapo que yo? —preguntó Broc mirándola fijamente, con una ceja alzada y los ojos en llamas.

Meribeth negó con la cabeza levemente mientras sus ojos, divertidos, miraban con pasión al *highlander*. La risa baja que se le escapó cuando la ceja de Broc se elevó aún más al no tener respuesta de ella, reverberó en su cuerpo haciendo que fuera más consciente todavía de las zonas que estaban directamente en contacto con las de Broc. Sentía su cuerpo duro sobre el de ella y a cada instante que pasaba se le hacía más difícil hablar y mantener el aliento.

—Ambos sabemos que es muy improbable que exista otro *highlander* más guapo que tú —continuó Meribeth contemplando el rostro de Broc. Aquel hombre siempre había sido impresionante, como si sus facciones hubiesen sido cinceladas por un artista. Equilibradas, perfectas, varoniles, hechas para el pecado. Tan hermoso como peligroso.

—Improbable no es imposible —señaló Broc siguiéndole el juego.

Y el brillo canalla en los ojos de Meribeth ante su réplica obtuvo su recompensa en la mirada peligrosa, admirativa y cargada de deseo que le devolvió Broc al escuchar la suya.

—Tendrás que vivir con eso.

Y Broc soltó una carcajada disminuyendo la escasa distancia que había entre los dos, apoyando sus antebrazos a ambos lados de la cabeza de Meribeth, para no aprisionarla con su peso; sin embargo, desde el torso hasta los pies, sus cuerpos estaban tan unidos como lo permitían las telas de sus ropajes que, en ese instante, se interponían entre los dos. A Meribeth se le cortó la respiración cuando sintió, más plenamente sobre el suyo, el cuerpo fuerte y atlético de Broc. Incluso a través de las telas sentía la dureza de los músculos de su abdomen, de sus piernas y de esa zona íntima que la intrigaba y despertaba en ese instante su más extrema curiosidad.

—Ahora es cuando tú me dices qué motivos te impedirían casarte conmigo —dijo Meribeth con la voz entrecortada. Su respiración estaba alterada, más rápida y superficial de lo normal.

Y la mirada de Broc se intensificó, y Meribeth sintió que le faltaba el aire.

—Por más que lo intento, no encuentro ninguno. Ya es tarde para mí —dijo Broc lentamente —. ¿Aún no te has dado cuenta? —preguntó, y Meribeth con la boca seca, y el pulso latiendo en su garganta, apenas atinó a decir una palabra.

—¿De qué? —consiguió preguntar finalmente.

—De que mi corazón es y siempre será tuyo —dijo Broc, y su voz cargada de intención,

pasión y fuerza reverberó en el interior de Meribeth como un eco eterno, haciéndola temblar de pies a cabeza.

—¿Solo tu corazón? —preguntó ella a media voz con sus ojos clavados en los de él.

Lo que vio en ellos, la luz que los iluminó, la calidez, el amor y la pasión que los consumió, la dejó al borde del abismo.

—Cada parte de mí —dijo Broc acortando la distancia entre sus labios, apenas un suspiro.

—No me parece justo —susurró Meribeth, mezclando su respiración con la de Broc, llevando sus manos a su cintura y metiéndolas lentamente por debajo de su camisa, rozando con la punta de sus dedos los músculos de su espalda. El siseo que salió de los labios de Broc, así como la forma en que enredó sus dedos entre los cabellos de Meribeth, la llevaron a ser osada—. Si tú me das todo lo tuyo, entonces yo tendré que darte todo lo mío —dijo con convicción y un brillo travieso en los ojos.

La carcajada espontánea de Broc fue pura ambrosía para sus oídos. Ese sonido era el más hermoso que había escuchado jamás, y saber que había sido ella la que lo había provocado la hacía sentir poderosa y extremadamente feliz.

—Eres mi perdición —le dijo Broc antes de apoderarse de sus labios, dejándola sin aliento.

Ese beso era… abiertamente carnal, donde el deseo y la pasión se desbordaban con cada roce, con el sabor de su boca, que, hambrienta, devoraba la suya en profundidad. Su lengua se enredó con la de Meribeth arrancando un gemido de su interior del que ella ni siquiera fue consciente. Se sentía febril, arropada dentro de una pasión que lo estaba arrasando todo y que la hizo entregarse por completo.

Aun así, pudo sentir su contención para no asustarla, ralentizando el beso, deleitándose en su boca como si el tiempo no fuese importante y quisiese perderse en ella por toda la eternidad, llevándola poco a poco a la locura.

Las manos de Meribeth se movieron como si tuviesen voluntad propia y, bajo sus dedos, continuó acariciando la fuerte espalda de Broc, recorriendo su piel, tocándola como si quisiese aprendérsela de memoria, sobre todo, cuando sus músculos se tensaban ante su roce. La respuesta inmediata de Broc ante su osadía fue intensificar el beso, deslizando uno de sus dedos hasta la boca de Meribeth, introduciéndolo suavemente para que ella, de forma instintiva, se abriera más a él y saquear así a su antojo el interior de la misma. Su lengua, sus dientes, sus carnosos labios, se convirtieron en su alimento y él tomó todo lo que tenía hasta que Meribeth no pudo ni recordar su nombre.

Su cuerpo reaccionó con voluntad propia y tomó el mando, bajando sus manos hacia el final de la espalda de Broc, haciéndole un hueco entre sus piernas y apretando las caderas del *highlander* contra las de ella. No sabía qué estaba haciendo, solo seguía su instinto, ese que había tomado el mando y que desterró su razón lejos de aquel momento. El gruñido que se bebió salido de la garganta de Broc fue como un afrodisiaco que la hizo ir más lejos, mordiendo su labio inferior y succionándolo como si en ello le fuese la vida.

Broc rompió el beso, ambos jadeando como si les faltara el aire y se estuviesen ahogando sin el aliento del otro. Meribeth lo miró a los ojos, esos que ahora parecían salvajes y hambrientos más allá de cualquier tipo de control.

—Meribeth… —dijo Broc con la voz grave y entrecortada—. Si seguimos, la primera vez puede ser…

Meribeth le puso los dedos sobre los labios, deteniendo lo que iba a decir.

—Lo sé…, he pasado suficiente tiempo como Fie para saber qué esperar, y he escuchado lo necesario como Meribeth para entender cómo puede ser la primera vez, así que, aclarado esto, si paras, te mato —le dijo sin aliento, y la sonrisa que se dibujó en la boca de Broc y que Meribeth sintió bajo sus dedos, así como sus labios besando cada uno de ellos, reverberó por su cuerpo hasta su vientre, haciéndola que contuviese el aliento.

—Ya que solo tú puedes pararme…, no voy a dejar que abandones esta cama hasta que salga el sol y nuestros cuerpos estén exhaustos —prometió Broc con sus ojos oscurecidos por el deseo, más allá de cualquier intento por controlarlo, y Meribeth tragó saliva ante esa mirada, ante esas palabras que hicieron arder a su cuerpo.

Lentamente, sin dejar de mirarla a los ojos, Broc comenzó a desnudarla. Meribeth no sabía que algo como desvestirse podía convertirse en una tortura, hasta que Broc jugó con su piel, arrastrando sus dedos por cada palmo que iba descubriendo, provocando sensaciones desconocidas para ella, llevándola hasta el abismo, haciendo que tuviese que morderse los labios para no soltar los gemidos que pugnaban por salir de su garganta a cada instante. Sin embargo, fue su boca, hecha para llevarla a los infiernos, al placer sublime y desmedido, la que consiguió arrancarle un sonoro jadeo cuando la boca del *highlander* cubrió su pecho, lamiendo su pezón, mordisqueándolo, succionándolo haciendo que todo su cuerpo temblase. Sus manos perdieron su fuerza y cayeron hacia los lados, y cuando Broc las tomó llevándolas por encima de su cabeza, cubriendo sus manos con una de las suyas, dejándola aún más expuesta, con su aliento sobre su aureola, húmeda y torturada por lo que acababa de hacerle, Meribeth no pudo evitar soltar un sollozo de necesidad.

Estaba completamente a su merced, y el hecho de abandonarse a sus caricias, a lo que quisiese hacerle, hacía que su deseo se desbordara.

Cuando Broc cubrió su otro pezón y lo apresó entre sus dientes, el cuerpo de Meribeth reaccionó por sí solo, arqueando el torso para ofrecerse totalmente al *highlander*. La risa ronca y baja de Broc resonó en la estancia, antes de metérselo por completo en la boca y chuparlo con sus labios, arremolinando su lengua con maestría sobre él, haciéndola gritar. La mano de Broc sobre su boca para amortiguar sus gemidos solo hicieron que la sangre de ambos hirviera aún más cuando ella entreabrió los labios y chupó los dedos de Broc que, lanzando un gruñido, pareció más un animal salvaje que un hombre con una pizca de control.

Meribeth necesitaba con urgencia algo a lo que ni siquiera sabía ponerle nombre, pero que, de no alcanzar pronto, su cuerpo sucumbiría en llamas, porque el placer que había ido alcanzando cada vez cotas más altas pedía algún tipo de liberación. Cuando sintió el frío en las piernas, ni siquiera tuvo que mirar para saber que su pantalón había desaparecido, quedando desnuda y expuesta ante los ojos de Broc. Sentir sus dedos ascender por su pierna y perderse por el interior de sus muslos hizo que su respiración superficial se volviera errática. El jadeo que sus labios emitieron al sentir los dedos de Broc llegar al mismo centro de su femineidad, y abrirse paso entre sus húmedos pliegues, la hizo morderse los labios y arquear de nuevo el cuerpo.

La fricción de su dedo sobre su intimidad la volvió loca, pero cuando este desapareció de pronto, la sensación de vacío que la invadió fue abrumadora. Pensó que se volvería loca de frustración cuando la boca del *highlander* ocupó su lugar, poseyéndola con los labios y con la lengua con tal ímpetu y voracidad que Meribeth pensó que moriría en aquel preciso momento. Y lo hizo, solo un instante después, cuando su cuerpo se tensó de pronto y un placer devastador y exquisito se apoderó de su vientre y se extendió por todo su cuerpo. Demasiadas sensaciones…, que la llevaron al éxtasis más absoluto, haciendo que su mente se quedase en blanco, con el corazón desbocado y las manos en un puño, apretando las sábanas, mientras se arqueaba contra

ellas con el corazón desbocado.

Jamás pensó que la intimidad la llevara a sentir esa unión, ese vínculo tan fuerte y poderoso con otra persona. Sus extremidades parecían carecer de fuerza y voluntad, y sus sentidos, aletargados por ese vértice de placer, fueron despertando poco a poco, conscientes de pronto de los besos que Broc iba, de forma suave y delicada, prodigándole por su vientre, ascendiendo lentamente por la línea central de su pecho, surcando con su lengua un camino que su aliento recorría después, provocándole escalofríos en la piel y una sensación de vértigo que amenazó con empezar todo de nuevo.

Aunque estaba saciada de una forma que no imaginó jamás, su cuerpo respondió a sus caricias como si no tuviese bastante, y sus ojos se clavaron en los de él, absorta en las promesas que albergaban y en el deseo visceral que, lejos de hacerla retroceder, la empujaban a perderse en su mirada. Broc la besó una vez más antes de incorporarse sobre sus rodillas, entre las piernas de Meribeth que, completamente desnuda, no podía apartar los ojos de él, conteniendo el aliento cuando este comenzó a desnudarse. Su torso libre de cualquier prenda parecía esculpido en piedra, hermoso a pesar de las cicatrices que lo surcaban o quizás debido a ellas, y que, en cierta forma, enfatizaban aún más su arrolladora masculinidad.

Meribeth se pasó la lengua por sus labios resecos y el leve gruñido que salió de la garganta de Broc hizo que todo su cuerpo reaccionase, y que el anhelo volviese a resurgir con urgencia, dejándola aturdida, y aún más cuando él se quitó el *feileadh more* y Meribeth contempló su miembro erecto frente a ella. Sabía lo que venía a continuación. No en vano, había pasado mucho tiempo siendo Fie, y en su viaje hasta allí, en los lugares en donde habían pasado algunos días, compartiendo los establos, las comidas y el trabajo a veces con otros hombres, había sido imposible no escuchar las historias que unos a otros se contaban sobre sus aventuras con alguna muchacha del lugar. Sin embargo, jamás pensó que el atributo masculino fuese tan grande e imponente. Las medidas no cuadraban en su esquema mental en el que empezó a dudar de que aquello fuese posible; sin embargo, su curiosidad innata y una necesidad imperiosa la llevaron a alargar la mano y tocarlo. El siseo que salió de los labios de Broc ante el roce de sus dedos consiguió que desviase su mirada hasta sus ojos, para observar en su rostro una emoción desconocida, como si su vida estuviese pendiendo de un hilo. Se veía un hombre atormentado que estaba utilizando todo su autocontrol para no desatar lo que había en su interior. Lo sentía, llegaba hasta ella su necesidad, y la dureza bajo el tacto de su mano se volvió como el granito. Volvió a descender su mirada hasta su miembro y la gota que vio fluir de su punta, de color nacarado, la llevó a pensar en cómo él la había poseído con la boca. Una idea inundó sus sentidos y, con audacia, volvió a levantar los ojos hasta los de él.

Broc sintió que el mundo explotaba en llamas cuando ella levantó sus ojos y volvió a mirarlo. Si antes había visto en ellos cuando se desnudó cautela y curiosidad, ahora veía determinación y arrojo.

Quería ir lento, quería que ella lo deseara y que se perdiera en el placer, una y otra vez, hasta quedar saciada y exhausta. Había tenido que recurrir a todo su autocontrol para dominar su deseo y ahora allí estaba, al borde del abismo, por esa mirada que lo abrasó por completo y que lo puso sobre aviso solo un instante antes de que ella sacara la lengua y chupara la punta de su miembro con exquisita gula, arrancándole el alma con ello. Si aquello no lo volvió loco fue porque sabía que, a pesar de la fuerza de sus emociones, lo rendiría todo por ella. Debía ir despacio. Era su primera vez y podía ser doloroso.

Con rapidez, puso la mano en su mejilla y enredó sus dedos en el cabello, deteniéndola suavemente cuando Meribeth quiso seguir con sus caricias.

—Si haces eso una vez más no podré contenerme, y es tu primera vez, Meribeth —dijo con la voz ronca, rota por el placer que ella le provocaba.

—Quiero proporcionarte el mismo placer que me has dado a mí —contestó, y Broc sintió que su pecho se contraía por todo lo que ella le hacía sentir. Jamás pensó que llegaría a amar a alguien tanto como la amaba a ella. Meribeth era su vida, y verla así, tan hermosa, apasionada, generosa y confiada… era más de lo que su maltrecho autocontrol podía soportar.

—Ven aquí —le dijo Broc, sentándose y llevándola sobre su regazo, donde Meribeth se colocó a horcajadas sobre él—. Créeme —le dijo acunando su rostro con una de sus manos, mientras la mantenía pegada a él estrechándola contra su pecho con el otro brazo—, si me dieras más placer me matarías. Tocarte, venerar tu cuerpo con devoción me tiene justo al borde. Si haces algo más, caeré al abismo sin remedio —finalizó Broc, y Meribeth lo creyó, arrancándole un gemido cuando él pegó su torso al pecho de ella. El contacto de sus cuerpos desnudos, de piel con piel, fue demasiado para sus sentidos. Sus pezones volvieron a endurecerse y el deseo se arremolinó de nuevo en su interior, creciendo con mayor intensidad. Cuando él la tocó de nuevo entre sus muslos, haciéndola delirar, Meribeth echó la cabeza hacia atrás aferrada a sus hombros con los brazos. La sensación de inestabilidad a la que estaba llevando otra vez a sus sentidos la obligó a morderse los labios para no gritar; sin embargo, de nada sirvió cuando Broc succionó el lateral de su cuello y lo mordisqueó mientras seguía haciendo magia con sus dedos. Meribeth empezó a moverse buscando el placer y el alivio que los mismos le ofrecían en una danza más antigua que el tiempo y, cuando sintió algo mucho más grande posicionarse en su entrada, no retrocedió, sino que hizo más presión contra su cadera, invitándole a entrar. Dios, lo deseaba con todo su ser, y, a juzgar por cómo sentía latir el corazón de Broc sobre su pecho, y la forma en que la tocaba, como si quisiese dejar su huella en ella, supo sin lugar a dudas que ambos estaban al borde del precipicio.

Cuando empezó a penetrarla, Meribeth contuvo el aliento. El dolor y el escozor por la invasión se hicieron más que presentes, pero cuando ella siseó entre dientes, Broc se detuvo al instante, instándola a que lo mirase.

Meribeth vio sus ojos nublados por el deseo y la preocupación.

—No quiero que te detengas —le dijo Meribeth. Sabía que la primera vez dolería y estaba preparada para ello, pero no deseaba que aquella sensación, la de tenerlo dentro de ella, cesase.

Vio a Broc escrutarla con los ojos, antes de besarla con una intensidad que hizo que el dolor disminuyera y que su cuerpo se relajase a pesar de la invasión.

Cuando empujó otra vez en su interior, Meribeth bajó las caderas de golpe y, aunque él quiso detenerla, ella fue más rápida, empalándose en su miembro hasta que sintió que podría partirla en dos.

—Meribeth —dijo Broc entre dientes, manteniéndola unida a él, y estrechándola entre sus brazos de tal manera que ni siquiera el aire tenía cabida entre los dos.

Ella ocultó su rostro en el cuello de Broc. El dolor había sido intenso, hasta el punto de tener que morderse los labios, haciéndose sangre, para evitar el grito que pugnó por salir de su garganta. Sin embargo, permaneció en esa posición, sin moverse, intentando acomodarse a la invasión.

Sentir el cuerpo fuerte y duro de Broc bajo el suyo, alrededor de ella, y en su interior, oler su aroma, percibir su afán de protección para no lastimarla, su autocontrol, consiguieron que se relajara poco a poco hasta que el dolor fue remitiendo, convirtiéndose en solo un ligero quemazón.

Escuchaba la honda respiración de Broc más rápida de lo normal y su corazón desbocado bajo la palma de su mano, esa que colocó entre ambos cuando levantó la cabeza y se separó solo un poco para poder mirarle a los ojos. Sin embargo, no pudo recolocar sus caderas porque Broc se lo impidió, manteniéndolas de forma delicada pero firme contra las suyas.

—Maldita sea, Meribeth, no te muevas, no quiero lastimarte —le dijo Broc entre dientes, como si estuviese sufriendo. Pero para Meribeth aquel amago de movimiento se sintió tan bien que la curiosidad y el instinto ganaron la partida.

—Confío en ti. Cree tú en mí —le dijo Meribeth casi en un susurro manteniendo su mirada clavada en la de él, moviendo ligeramente sus caderas. Esta vez, Broc suavizó el agarre y en vez de impedírselo, la acompañó en el movimiento, mientras ella se elevaba ligeramente para después dejarse caer de nuevo, llenándola otra vez por completo. El siseo y el jadeo casi animal que salió de los labios de Broc animaron a Meribeth a continuar con aquella danza, donde empezó a cabalgarlo cada vez más rápido y más duro. El placer la tomó por sorpresa cuando el dolor desapareció casi por completo, uniendo sus vestigios al gozo que se concentró de nuevo en su interior.

Cuando Broc tomó el control tumbándola de espaldas, y arremetió entre sus muslos como si le fuese la vida, se sintió desarmada, más amada y deseada de lo que jamás pensó que sería posible. El hambre con la que la besó y la forma en que su lengua penetró en su boca, al mismo ritmo que sus embestidas, mientras estaban piel con piel, resbaladizos por el sudor y embriagados por una pasión desmedida, la llevó a enloquecer. Meribeth estaba tocando el cielo con los dedos cuando su cuerpo de pronto explotó de placer entre sus brazos, haciéndola temblar, mientras Broc se bebía cada uno de sus gemidos, y de sus gritos, en un éxtasis que se alargó en el tiempo, arrastrando a Broc que, con un gruñido salvaje, se unió a ella en el placer más sublime, haciendo arder cada rincón de su ser.

Saciados, en brazos uno del otro, los encontró el alba. Apenas habían dormido, sin poder dejar de tocarse.

—Debería irme —dijo Meribeth al observar cómo la oscuridad que había reinado fuera del castillo empezaba a teñirse con la luz que anunciaba el amanecer.

—¿Por qué? —preguntó Broc acunándola contra sí.

—No quiero que me acusen de robarte la virtud. Acabaría con tu reputación —contestó Meribeth, y Broc soltó una pequeña carcajada. Siempre lo sorprendía, le sacaba una sonrisa de los labios, y le hacía reír. Su sentido del humor, su ingenio y la forma que tenía de enfrentar la vida hacían que la amase aún más de lo que ya lo hacía, si es que eso era posible.

—Entonces tendrás que casarte conmigo en cuanto llegue el padre David —contestó Broc con fingida seriedad, siguiéndole el juego, mientras bajaba la cabeza para mirarla a los ojos. El brillo travieso, la chispa de diversión que reinaba en los de ella fue directa a su pecho, donde la calidez y el orgullo cohabitaban a partes iguales.

—Por supuesto que lo haré. Después de yacer contigo esta noche, no puedo abandonarte a tu suerte —y Meribeth tuvo que morderse el labio para no reírse cuando Broc simuló una mueca de dolor y sorpresa por lo que le había dicho—. Lo sé. Sé que te he hecho daño con mis palabras —continuó Meribeth asintiendo con la cabeza aguantando para no romper su rictus de seriedad ante la sonrisa canalla de Broc—. Pero cumpliré por mi honor y el de mis ancestros.

—Pero dijiste que estabas enamorada de mí, y ahora afirmas que lo haces por mi honor —dijo Broc lentamente, arqueando una ceja, con fingida indignación, con sus penetrantes ojos anclados en los suyos, con una complicidad que a Meribeth la deshacía de amor por dentro.

Y Meribeth se mordió el labio inferior fascinada al ver cómo la mirada del *highlander* se oscurecía al observar su gesto. Era deseo, era amor, era sentimiento puro, y era por ella.

—No recuerdo haber dicho esas palabras… ¿Estás seguro de que…?

Y Broc la tomó más fuerte entre sus brazos para girarla y dejarla de un solo movimiento bajo su cuerpo. Meribeth no pudo acabar la frase, ni siquiera deseaba seguir con aquel juego que ella misma había empezado… porque la urgencia de tenerlo de nuevo, de sentirlo dentro de ella, de compartir sus cuerpos hasta perderse en la maraña de sentimientos que creaban entre los dos, era urgente.

—Entonces tendré que volver a recordártelo —dijo Broc en su oído, y Meribeth asintió despacio, rodeando la cintura de Broc con sus piernas, y el cuello con sus brazos.

—Hazlo sin prisa… hasta que rememore cada una de las palabras.

Y Broc la besó suavemente en los labios antes de enredar sus dedos en el cabello de Meribeth, tocándola como si fuese lo más preciado del mundo.

—Lo prometo —dijo antes de devorar cada parte de ella.

XXXVI

Una semana después, el día anterior a la boda, McGregor llegó procedente de la corte con noticias.

La presencia de Bruce y de Broc al final no era requerida por el rey. Logan actuó como testigo de todo lo acontecido en territorio Farquharson y las confesiones de varios de los mercenarios a cambio de una muerte rápida y piadosa fueron fundamentales y esclarecedoras. Sobre todo la de Cuddle, que no solo expuso con todo detalle el trabajo que le había encargado Erskine Farqharson y sus intenciones, sino que también confesó todo lo que sabía de la muerte de *laird* Colquhoun. Al final, había más involucrados de los que Logan y Meribeth habían imaginado. Más de la mitad de los ancianos conocían y apoyaban el plan de Frang, que fue llevado a cabo no solo con su beneplácito sino también con su ayuda.

Logan le dijo a Meribeth que Guillermo había enviado a *highlanders* de su máxima confianza al clan Colquhoun para indagar y esclarecer todo lo ocurrido. A Meribeth no le extrañaba que el rey se volcase para averiguar la verdad, pues de ello dependía que se declarase o no una guerra en el seno de su reino.

Además, Logan le confió a Meribeth que si había una cosa que le revolvía las tripas a Guillermo era la traición, por lo que le aseguraba que el rey castigaría con la máxima pena a todos aquellos que tuvieran que ver en la sufrida por Coby y su familia.

También le transmitió a ella un mensaje del monarca.

Logan le había contado al rey la verdad sobre ella y Crom. Solo los oídos de Guillermo habían escuchado tal confidencia. Según McGregor, esa era la única forma de protegerlos. Había sido arriesgado, pero necesario, y el rey, oídas las circunstancias, así como el razonamiento de Logan, coincidió con este en que lo más beneficioso para todos fuese que Meribeth y Crom Colquhoun siguiesen muertos ante el resto del mundo. Desde ese instante, ellos serían Meribeth y Crom Gordon, y tendrían su beneplácito y su protección.

Para Meribeth escuchar aquello alivió la incertidumbre y la angustia que, sin saberlo aún, permanecían intrínsicamente unidas a ella. Engañar al rey y temer ser descubiertos algún día era algo que pesaba en su interior y que sabía que se haría más difícil de llevar con el tiempo. Ahora que el monarca conocía su secreto y que los apoyaba, nada oscurecía su futuro, y el profundo agradecimiento y la felicidad completa que sintió en ese instante fue suficiente para que las lágrimas desbordaran sus ojos con una facilidad pasmosa. Los brazos de Broc, que permaneció a su lado en todo momento mientras Logan le explicaba a ella y a los hermanos Gordon lo que había pasado en la corte, la apretaron contra su pecho, sin que hicieran falta palabras.

Logan también les habló de lo que Guillermo había decidido respecto a los Farquharson. Decretó mantener al clan bajo vigilancia y aprobó a Eairrsidh como nuevo *laird* del mismo. Ordenó una tregua con los Gordon y su directa intervención si se producía algún acto deliberado de provocación hacia los mismos.

Logan se quedó esa noche en territorio de los Gordon, donde pudo cenar tranquilo con el resto de la familia, para así asistir a la boda de Broc y Meribeth.

La boda se celebró con todos los Gordon presentes, con Moray, Logan McGregor y parte de los McPherson que acudieron al enlace con la satisfacción de saber que con aquella boda los lazos entre ambos clanes se estrechaban oficialmente.

Decir que el padre David estuvo cerca de visitar al creador cuando se empecinó en salvar

a Meribeth de la boda fue quedarse corto. Eara, ya recuperada de la caída, Elsbeth, Elisa y Amy no fueron delicadas con él. Hasta el pequeño Crom le frunció el ceño y casi enseñó los dientes cuando el sacerdote le preguntó a Meribeth si era consciente de lo que estaba haciendo, que casarse con un Gordon era como estar en el purgatorio. El cura tuvo que claudicar y seguir adelante, cuando Meribeth le respondió que entonces sería feliz de arder en el infierno.

El vestido de Meribeth, uno que le regaló Elsbeth de los suyos y que ajustó a su figura, dejó a todos los presentes con la boca abierta. De azul oscuro, con un bordado en el pecho de color del bronce y las mangas con una abertura lateral a la altura de los codos y motivos florales de azul y dorado más claros, con la cintura entallada con un cordón fino del mismo color que el bordado y que caía hacia su cadera y resaltaba su figura, iba realmente bellísima. Su pelo lo adornó Eara con unas pequeñas flores, dejando al descubierto su precioso rostro, donde el rubor natural de Meribeth y sus labios carnosos, del color de las amapolas, no hacían más que resaltar su belleza natural. Ni siquiera la pequeña cicatriz de su mejilla distorsionaba la misma; al contrario, la dotaba de un atractivo mayor. Una singularidad en un rostro perfecto y con unos ojos extraordinarios.

El broche de los McPherson, perteneciente al padre de Meribeth y que su tío Duncan prendió al lado del corazón de la novia, emocionó a todos los McPherson. Irvin carraspeó varias veces durante la ceremonia con un sospechoso brillo en los ojos, lo que provocó las miradas divertidas de Kam y Duncan.

Broc, con el *feileadh mor* de los Gordon y una banda de cuero en la muñeca hecha por el herrero del can, en donde en su interior Bruce y Kam le habían pedido a este que grabara la palabra •*bràthair*», «hermano», iba también sumamente atractivo.

Durante toda la ceremonia, las miradas de Broc y de Meribeth, cargadas de un amor innegable, desbordaron un sinfín de emociones que evidenciaron la unión tan profunda que existía entre ambos. Nadie podía, en su sano juicio, cuestionar lo que había entre los dos. Un sentimiento atemporal, único y extraordinario que los hacía más fuertes, ayudándoles a matar los fantasmas del pasado, acabando con esos ecos que el sufrimiento, la soledad y la muerte se negaron, durante mucho tiempo, a dejarles escapar.

La celebración posterior consistió en llenar las mesas del gran salón de viandas y bebidas, música y baile, donde todos, incluido el padre David, disfrutaron hasta la madrugada.

—Está preciosa —dijo Kam chocando un hombro contra el de su hermano Broc, que, apoyado en una de las mesas, observaba cómo su esposa, al otro lado de la estancia, se reía por un comentario de Elsbeth, arrancando también las carcajadas de Eara, Alice y Elisa.

—Sí; lo está —afirmó Broc con una sonrisa en los labios.

—Tienes la mirada de tonto, muchacho. Estás perdido —intervino Irvin acercándose hasta ellos, junto a Duncan.

Broc sonrió aún más. No podía negar que estaba enamorado, completa e irremediablemente enamorado de su esposa.

—Es como estar embriagado constantemente —apuntó Logan que llegó hasta ellos acompañado por Bruce.

—Sí, así se siente tener a tu lado a la persona a la que amas —apuntó Duncan.

—Sí, porque encontrarla no es siempre tan maravilloso, si no que se lo pregunten a tu hermano Bruce —soltó Irvin a Broc con una sonrisa socarrona.

—Nunca me lo has contado —dijo Broc con una chispa de curiosidad en los ojos.

—Lo odiaba —contestó Kam antes de que Bruce pudiese decir algo.

—Su prometida, a la que no conocía, lo quería muerto —siguió Logan intentando evitar

que sus labios dibujaran una sonrisa.

—El día que se encontraron por primera vez, ella le lanzó una flecha dejándole un bonito recuerdo en el cuello, y después le puso una espada en sus atributos masculinos —desarrolló Duncan, sin que pudiese disimular su diversión.

Bruce los miró a todos, no con esa condenada y gélida frialdad que desarmaba a quienes intentaban provocarlo, sino con la calidez de encontrarse rodeado de su familia, de sus seres queridos, cuyo número en los últimos años había crecido, otorgando a su vida un extraordinario regalo que atesorar.

—Decid la verdad…, tenéis envidia —soltó Bruce, haciendo que Irvin se atragantara con el sorbo de vino que estaba tomando, que Kam y Duncan rieran y que Logan negara con la cabeza. Broc rio por lo bajo. Conocía lo suficiente a Bruce para saber que su hermano estaba feliz en ese instante.

—¿Por qué? —preguntó Irvin —. ¿Por que estuvieran a punto de cortarte los huevos? —continuó irónico.

—Porque fue emocionante y único —contestó Bruce.

—Eso es verdad —asintió Kam—. Logan volvió a encontrarse con su primer amor, Duncan tropezó con Elisa, y tú… lo tuyo ni me acuerdo —dijo finalmente mirando a Irvin.

—A Alice le faltó hacerle señales de humo para que supiese que su amor era correspondido —soltó Duncan, y todos rieron al unísono.

—¿Y tú no te incluyes, niño? —le preguntó Irvin a Kam con el ceño fruncido.

Los ojos de Kam brillaron con un punto canalla.

—Me gusta guardar el secreto —contestó, y las carcajadas volvieron a escucharse. Incluso Irvin se sumó a las risas.

Un rato después, Logan se había alejado de ellos para hablar con Jonhson y Duncan e Irvin se encontraban al fondo de la estancia con sus respectivas esposas.

Los tres hermanos Gordon permanecían en el mismo sitio, juntos, observando cómo su clan, su familia y sus amigos se divertían.

—Gracias —dijo Broc haciendo que los ojos de sus hermanos se centrasen en él —. Por darme de nuevo un hogar y una familia, y por hacerme recordar qué se siente al ser amado por ellos.

—Eres nuestro hermano —contestó Kam, con el rostro serio y los ojos llenos de emoción.

—Más mío que suyo —contestó Bruce señalando a Kam, provocando que este soltase una carcajada y que Broc esbozase una sonrisa—. Siempre nos tendrás a tu lado —continuó Bruce, esta vez dejando a un lado las bromas, mirando a Broc con esa calidez que solo reservaba para los suyos.

Broc asintió con un nudo en la garganta, desviando sus ojos hasta su esposa.

Nunca pensó que sería tan feliz.

Jamás imaginó que la vida pudiese regalarle aquel destino.

Ahora y siempre, lo protegería con todo su ser.

El lema y la sangre de los Gordon latían por sus venas.

***

Broc se acercó a ella mientras intentaba quitarse el vestido.

Se había sentido hermosa con él, pero después de tanto tiempo utilizando ropas de muchacho, cómodas y amplias, al final de la celebración hubiese dado lo que fuese con tal de

deshacerse de él.

Se habían retirado a su habitación al final del festejo cuando muchos de los miembros del clan ya habían abandonado el gran salón.

—Espera, te ayudo —dijo Broc en su oído, rodeándole la cintura desde atrás y pegando la espalda de ella a su pecho.

—Por favorrrrr… —suplicó Meribeth, cuya petición cayó en el olvido cuando Broc dibujó con sus labios una senda de besos por su esbelto cuello, hasta terminar en su hombro, donde mordió levemente la carne haciendo que un gemido brotara de la garganta de Meribeth. No habían vuelto a estar juntos desde aquella noche una semana atrás, y ahora su cuerpo, con solo esa caricia, recordaba cada instante de la misma, haciendo que el anhelo, la urgencia y el deseo corrieran por sus venas con intensidad.

Girando entre los brazos de Broc, se dio la vuelta buscando su rostro, sus ojos, su boca. Y él se adelantó, tomando sus labios con vehemencia.

El beso fue urgente y visceral, donde ambos se entregaron a una pasión desmedida, hasta que el fuego que ardía entre ambos les pidió mucho más.

Los dedos de Broc en la espalda de Meribeth intentaban desatar los hilos que cerraban el vestido. Un entramado de cintas sobre las que había que arrojar suma paciencia.

—Arráncame el vestido —dijo Meribeth desnudando el torso de Broc con sus manos. El brillo que vio en los ojos verdes del *highlander* la confundió por un instante antes de sentir que las cintas cedían y que su vestido caía a sus pies.

—¿Ibas a hacerlo antes de que te lo dijera? —preguntó con la voz un poco más aguda al final, viendo cómo Broc tiraba su puñal al suelo.

—¿Demasiado ímpetu? —preguntó Broc con diversión.

—No. Me encanta —soltó Meribeth, antes de que Broc se quitase el *feileadh mor*, y ella contemplase, con deleite, el cuerpo desnudo de su esposo.

Llevada por la necesidad de sentir su piel, se acercó a él y, con sus dedos, recorrió los músculos de sus brazos, su pecho, bajando lentamente hasta su abdomen donde estos parecían estar esculpidos en piedra. El calor que desprendía el cuerpo de Broc, la fuerza que emanaba de él, la sobrecogió, hasta que levantó el rostro y vio en los ojos de su esposo lo que sus caricias le estaban provocando. Su mirada, oscurecida por la pasión, plena del amor que le profesaba, la hizo arder a ella.

—Me gusta mucho sentir el calor de tu cuerpo bajo mis manos —dijo Meribeth casi en un susurro, y su voz desprendió sentimiento puro, en contraste al deseo desgarrado que unos momentos antes la había consumido.

—Soy todo tuyo —dijo Broc con voz ronca y grave, porque los dedos de Meribeth lo estaban volviendo loco.

Cuando sus miradas se encontraron y ella lentamente subió sus manos por su torso rodeándole el cuello con los brazos, Broc la tomó por la cintura con ambas manos y la levantó en vilo, pegándola a él mientras Meribeth lo envolvía con sus piernas. Apenas fueron capaces de encontrar la cama sucumbiendo de nuevo a la pasión, y cuando él estuvo dentro de ella, Broc unió sus manos, besándola con calma, embistiendo lentamente en su interior, arrancándole gemidos, bebiéndose sus jadeos y saciando su deseo hasta llevarla al límite. Cuando todo su cuerpo se tensó y el placer poseyó cada mínima parte de su cuerpo, Meribeth gritó su nombre, mientras él la seguía, derramándose en su interior, ambos temblando por la intensidad de lo que acababan de compartir.

—Si es siempre así, no creo que sea capaz de sobrevivir mucho tiempo —dijo Meribeth

con la respiración aún entrecortada—, pero sería una buena forma de morir.

Broc salió de su interior lentamente, arrancando un jadeo en ambos, colocándose a su lado y llevándose a Meribeth con él, acunándola entre sus brazos.

—¿Entonces no quieres que lo repitamos? —preguntó Broc alzando una ceja, divertido.

—¿Estás loco? —exclamó Meribeth levantando medio cuerpo para poder mirarlo a la cara. La risa espontánea de Broc al ver su expresión contrajo su pecho con calidez. La emoción que la embargó atenazó su garganta por un instante, lo suficiente para que tuviese que aclarar la voz antes de seguir hablando. Cuando lo hizo, fue en un tono mucho más suave, afectado ligeramente por todo lo que Broc le provocaba—. Viviremos menos, pero seremos más felices —terminó, embriagada de la ternura y la devoción que veía en los ojos de Broc al mirarla.

—Estoy de acuerdo —respondió el *highlander*, atrayéndola de nuevo a sus brazos.

—Bien, porque no me conformaré con menos —aseguró Meribeth besando el hombro de Broc antes de volver a posar la cabeza sobre su pecho—. He aprendido de la peor manera posible que la vida puede ser efímera y traicionera y que no podemos evitarlo.

Broc la acunó aún más contra su cuerpo cuando las últimas palabras de Meribeth sonaron teñidas por el dolor.

—Pero sí podemos soñar en cómo vivir el tiempo que tengamos en este mundo —continuó Meribeth rozando con suavidad la piel del *highlander*.

—¿Y con qué sueñas tú? —preguntó Broc, enredando sus dedos en los cortos mechones de pelo de Meribeth. Cuando presionó ligeramente los músculos de su cuello, ella no pudo resistir emitir un pequeño ruidito de placer.

—Hubo un tiempo en que soñaba con ser la dueña de mi destino —comenzó Meribeth—. Después, cuando tuve que huir con Crom, lo sueños simplemente desaparecieron. Estaba vacía, como si me hubiesen extraído toda capacidad de sentir. Era como estar muerta en vida.

—¿Y ahora?

Meribeth inclinó su cabeza hacia arriba para poder mirar a Broc a los ojos.

—Ahora no necesito soñar, porque tengo más de lo que alguna vez pude imaginar.

Broc la miró, memorizando cada línea, cada ligera curva de su rostro, perdiéndose en esos ojos que lo volvían loco. Tocó su mejilla suavemente, con delicadeza, hasta alcanzar sus labios. Esa plena felicidad, esa imagen, era la que quería repetir cada día hasta el final de sus días.

—Te quiero, Meribeth Gordon. Eres mi vida —dijo Broc, y las emociones impregnaron sus palabras dotándolas de una fuerza desgarradora.

—Y tú la mía —respondió Meribeth, perdiéndose en los labios de Broc cuando este la besó hasta dejarlos sin aliento.

La vida les había dado a ambos una segunda oportunidad de ser felices.

Juntos eran uno solo.

Juntos eran más fuertes.

Juntos eran invencibles.

EPÍLOGO

Todo se había precipitado…

Por la mañana estaban en la reunión de clanes en territorio McPherson, esa que se había postergado durante semanas y que por fin se estaba celebrando aquellos días, y al anochecer se encontraban todos en el gran salón del clan Gordon esperando noticias.

Jonhson había interrumpido en el hogar de los McPherson al atardecer en busca de Bruce y Elisa porque Eara, a la que todavía le quedaban un par de semanas para salir de cuentas, estaba de parto.

Jamás ninguno de los presentes había visto moverse a un hombre más rápido de lo que lo hizo Bruce Gordon que, junto a Elisa McPherson, partieron de inmediato, seguidos después por algunos de los asistentes a la citada reunión. Aquellos para los que el clan Gordon no era solo un aliado más.

—¿Esto es normal? —preguntó Irvin con la cara seria—. Lleva mucho tiempo.

Alice, que también estaba embarazada, apretó la mano de su esposo. La noticia de que iban a ser padres alegró en su día tanto a los McPherson como a los Gordon, e Irvin todavía era objeto de sus bromas por convertirse próximamente en un padre de edad avanzada.

—Es normal. Hay partos que se alargan durante varios días.

La mirada de Irvin hacia el vientre de Alice no pasó desapercibida para ella, así como la preocupación que tiñó los ojos del *highlander* al hacerlo.

—Todo irá bien —comentó Meg McAlister paseándose por la estancia—. La pelirroja tiene un genio de mil demonios. Es fuerte y cabezota. Saldrá adelante.

Edine McGregor miró a Meg y Aili que en ese instante se ponía de pie para acompañar a su hermana en su caminar por la sala. Todas tenían hijos, sabían por lo que la pelirroja estaba pasando y el peligro que enfrentaba. Desear que todo saliese bien ayudaba a mitigar la preocupación que todos los presentes sentían por ellos.

Isobel MacLaren, sentada al lado de su prima Edine, desvió sus ojos hacia su marido Grant, que, junto con Logan, Evan y Andrew hablaban en voz baja un poco más retirados. Ellos habían perdido a su primer hijo a los pocos meses de saber de su embarazo, sin un motivo aparente. Un suceso que la dejó postrada en cama durante semanas y que la había sumido en una tristeza que al principio fue difícil de combatir. De manera instintiva, se llevó la mano a su vientre, en donde crecía una nueva vida. Algo interiormente le decía que esta vez todo iría bien, aferrándose a ese sentimiento cuando su mente divagaba con otras posibilidades.

—Enhorabuena —escuchó Isobel a su lado, en voz tan baja, que solo había sido audible para ella. Levantando la cabeza, desvió sus ojos hacia el chico de cabello rubio y ojos azules sentado a su izquierda, que la miraba a su vez con suma calidez.

—¿Perdón? —preguntó.

—No se preocupe, toda irá bien esta vez —le dijo con convicción, dejándola aturdida por un instante. ¿A qué se refería? No era posible que supiese de… ¿Cómo iba a saberlo? Se preguntó, desechando ese pensamiento al instante, cuando comprendió que debía de haberlo entendido mal, aunque la forma en que la miraba, como si pudiese ver dentro de ella, la dejó extrañamente tranquila. La voz de Helen, más alta de lo habitual, captó su atención e hizo que desviara la mirada del muchacho y la centrara en su amiga.

—Además tiene con ella a Elisa. Todos sabemos que es la mejor curandera de las

Highlands —señaló Helen Campbell a los presentes, recibiendo la sonrisa de su marido Alec que junto a ella esperaban pacientes alguna noticia.

Duncan McPherson, que parecía imperturbable a simple vista, apretaba los dientes mientras se apoyaba en el borde de una de las mesas de la estancia. Para él, que había perdido a su primera esposa y a su hijo en el parto, aun cuando después había tenido dos hijos gemelos sanos con Elisa, ese momento siempre se le hacía eterno y sumamente angustioso. Y en aquel instante, en el que las horas pasaban y no llegaban noticias, su corazón solo podía angustiarse por aquellos que le importaban y que ya formaban parte de su familia.

Unos pasos procedentes de las escaleras pusieron a todos en alerta; sin embargo, las expresiones de Broc y Kam, junto con Firth McThomas cuando entraron, hicieron que la tensión que había en el ambiente se diluyera en un momento.

La sonrisa de Broc, la alegría en el rosto de Firth y el júbilo en los ojos del menor de los Gordon adelantaron la buena nueva.

—Tenemos una sobrina preciosa. Tanto Eara como ella están bien —dijo Broc, cuyos ojos delataron la emoción que los embargaba.

—Y es pelirroja —apuntó Kam.

—Si es como su madre, no creo que el mundo esté preparado para otra —apuntó Irvin.

—¿Y si tiene el carácter de mi hermana, y la personalidad de Bruce? —preguntó Firth.

—Entonces es mejor que corramos ya —espetó Irvin provocando la risa de todos los presentes.

Las felicitaciones no se hicieron esperar, y así siguieron hasta que un rato después, Elsbeth y Meribeth bajaron junto a Elisa para reunirse con los demás.

—Ha costado un poco, pero todo ha salido bien. Eara está ahora descansando; subiré dentro de un rato a ver cómo sigue —dijo Elisa cuya mirada parecía cansada.

Duncan la abrazó cuando estuvo a su lado, dándole un beso en sus cabellos.

—Eara es una luchadora —dijo Elsbeth con admiración.

—A mí se me han quitado las ganas de tener hijos en mucho tiempo —expresó Meribeth guiñándole un ojo a Broc. Este la rodeó con los brazos mientras apretaba la espalda de Meribeth contra su pecho.

—Podemos dejar de intentarlo —le dijo este a su oído.

—Tampoco ha sido para tanto —respondió Meribeth, dándole en la mano que descansaba sobre su pecho. La risa baja de Broc provocó la suya. Dios, nunca se cansaría de oírla. Era el sonido más maravilloso sobre la faz de la tierra.

Unos pasos de nuevo hicieron que todos se volvieran a la vez.

Bruce, con un pequeño bulto entre sus brazos, entró en la estancia.

Cualquiera que conociese bien a Bruce sabría, por la expresión de su rostro y su mirada, que había pasado por un infierno. Los vestigios estaban aún presentes y, sin embargo, el infinito amor y la ternura desmedida que desbordaban sus ojos al mirar a su hija, que portaba en sus brazos como si fuese parte de él, conmovieron a todos los que estaban allí.

El lobo solitario levantó la mirada después de destapar el paño con los colores del clan que envolvían a la pequeña. Todos se acercaron hasta él para verla.

—Os presento a Laren Gordon —dijo Bruce, su voz teñida de orgullo y amor.

Firth se emocionó una vez más al escuchar el nombre de su sobrina. Que su hermana y Bruce le hubiesen puesto a la pequeña el nombre de su abuela le provocaba un sentimiento que ni siquiera las palabras podían expresar.

De pie, a unos pasos de los presentes, viendo a Bruce acunar a su sobrina, viendo la

unión, la confianza, la lealtad y el amor que se respiraba en aquella sala, fue plenamente feliz por Eara. Amaba a su hermana con todo su corazón, y siempre había deseado para ella una vida plena. Contemplar aquella imagen le hizo recordar los problemas que había en el seno de su propio clan: la relación cada vez más distante entre Tay y Craig, el secretismo y el silencio de este último, el carácter irascible de Sim, la enfermedad que su abuela les ocultaba, las continuas disputas con los Sutherland y su posible alianza con los Ogilvy.

Pensar en estos últimos era clavarse una daga en mitad del pecho.

Llevaba enamorado de Inghean desde hacía tanto tiempo que pensar en ella dolía.

Su felicidad era todo lo que deseaba, y ahora esta estaba en peligro.

Desviando sus ojos por la sala, su mirada se detuvo en el lema de los Gordon «Resiste y lucha».

Era un gran lema, uno que sentía como si fuese también suyo, uno que tendría que seguir si quería proteger a aquellos a los que amaba, porque para él, ellos lo eran todo.

FIN

Agradecimientos

A mis lectoras. Gracias por todo vuestro apoyo y cariño, por vuestras opiniones y mensajes. Gracias por hacer mi sueño realidad.

A mi marido y a mi hija. Os adoro. Sin vosotros esta novela no hubiese sido posible.

A mi padre, por sus palabras de aliento y su continuo apoyo. Te quiero.

A Mar por la estupenda maquetación, y a Marta por su maravilloso trabajo en la corrección. Es un lujo y un placer trabajar con las dos. Gracias.

A Nune por otra increíble portada.

A Lorraine Cocó, mi parabatai, por estar siempre a mi lado e impulsarme a realizar mis sueños.

A Marisa Gallen, mi amiga y lectora cero, por su extraordinario ojo de halcón, sus maravillosos audios, su constante apoyo, su corazón enorme y generoso, por su sentido del humor y su fuerza. Gracias por estar en mi vida, preciosa.

A Laura Sanz, mi amiga, mi confidente, con la que me tiro horas hablando por teléfono. Gracias por soportarme durante estos últimos meses en los que pensé que no podría terminar la novela, por apoyarme incondicionalmente, por escucharme y estar ahí en todo momento. Gracias por tus sabios consejos y por darme fuerzas cuando me detenía para tomar aliento. Te quiero mucho, corazón.

Biografía



Josephine Lys se licenció en Derecho, sin embargo, la lectura fue siempre su pasión junto con los viajes y la pintura. Finalmente, el entusiasmo por los libros la llevó por el camino de la escritura y comenzó a imaginar y relatar sus propias historias. Enamorada de la Inglaterra del siglo XIX, del Renacimiento italiano y de Escocia, escribe sus novelas ambientadas en dichos escenarios históricos, aunque siempre está abierta a experimentar con otros géneros y otras épocas.

Un disfraz para una dama (2007) fue su primera novela publicada, hoy en día, ya un clásico. Su segunda novela, Atentamente tuyo (2008) siguió los pasos de la primera. Con su tercer trabajo, El guante y la espada (2012), y varias reediciones de sus primeras obras, se consolidó definitivamente como una de las nuevas voces de la novela romántica histórica. Su novela

Corazones de plata ha resultado finalista en el VI Premio Internacional HQÑ (2017), publicándose en mayo de 2018 de la mano de HarperCollins Ibérica. Con un proyecto siempre en mente actualmente se dedica por completo a su pasión teniendo hasta la fecha doce novelas publicadas.

Sus novelas

Trilogía de Los Hermanos McGregor:

El hielo bajo tus pies.

No puedo evitar amarte.

Susúrrale mi nombre al viento.

Serie Tierras Altas:

Dibuja tu nombre en mi piel.

Como el color del brezo.

Invierno.

Donde expiran los silencios.

Cuando lloren las nubes.

Otras novelas:

Un disfraz para una dama.

Atentamente tuyo.

El guante y la espada.

Corazones de plata.

Lágrimas en la lluvia.